

Prismas

Revista de historia intelectual

24

2020



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 24 / 2020

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vicerrector: Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vicedirector: Néstor Daniel González

Centro de Historia Intelectual

Director: Elías Palti

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 24, número 24, 2020

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional

de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad

de Buenos Aires / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editora: Flavia Fiorucci

Secretaría de redacción: Anahi Ballent y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Gabriel Entin, Ximena Espeche y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional
de San Martín

Lila Caimari, Conicet / Universidad de San Andrés

Roger Chartier, Collège de France

Stefan Collini, University of Cambridge

Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Iván Jaksic, Stanford University

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Claudio Lomnitz, University of Columbia

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal
do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto (1928-2016)

Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontificia Universidade
Católica de Río de Janeiro

Pierre Rosanvallon, Collège de France

José Szabón (1937-2008)

Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo /

Princeton University

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en su propia página web: www.historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas.

Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde 2010, año desde el cual es publicada en el portal Scielo:

www.scielo.org. Además, está indexada en Latindex, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y el Directorio

de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). E integra los siguientes portales y bases de datos: Dialnet, Amelica, la Biblioteca

Saavedra Fajardo y Foro Ibero-ideas. En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas de investigación

en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: www.historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas.

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: revistaprimas@gmail.com / página web: www.historiaintelectual.com.ar

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones a los autores”

en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

- 9 *Confrontar al “bárbaro”: la mirada china sobre los europeos entre los siglos XVI y XVII*, Ana Carolina Hosne
- 29 *Tiempo e historia en la sociología de Gabriel Tarde*, Daniel Szabón
- 51 *La crítica tras la borrasca cultural y la tormenta poscolonial*, Eduardo Becerra Grande
- 63 *Tabular, evocar, recordar: la refundación de la Argentina en las Tablas de sangre de José Rivera Indarte*, Alejandro Quintero Mächler
- 83 *Raúl Prebisch y la vida cultural tucumana*, Darlan Praxedes
- 103 *Retrato del filósofo como joven anarquista. Luis Juan Guerrero y la Editorial Argonauta*, Ricardo Ibarlucía

Argumentos

- 125 *Antoine Lilti. La Ilustración, entre pasado y presente*, Gabriela Goldin Marcovich
- 129 *Todo nos concierne*, Antoine Lilti

Dossier

- Izquierdas y derechas en el siglo XX argentino. Once intervenciones sobre la vida de las categorías*
- 149 *Izquierdas y derechas. Una introducción*, Ana Clarisa Agüero y Ernesto Bohoslavsky
- 159 *Izquierda(s). Breve ensayo sobre la gestación de una noción del lenguaje político moderno*, Carlos Altamirano
- 171 *¿Vía del medio o callejón sin salida? Los demócratacristianos en la Argentina desde comienzos del siglo XX hasta la década de 1960*, Diego Mauro
- 179 *¿Nacionalistas? ¿Peronistas? ¿Socialistas? A propósito de la categoría de “izquierda nacional” en el escenario ideológico argentino*, Martín Ribadero
- 187 *Cuando la revolución cambia de signo. La “izquierda” del peronismo como objeto de deseo y de represión*, Laura Ehrlich
- 195 *Clasificar lo inclasificable: izquierda y derecha como categorías nativas*, Ana Teresa Martínez

- 203 *Las fuerzas políticas cordobesas entre el orden notabiliar y la ampliación de la democracia. Consideraciones en torno a los conceptos de derechas e izquierdas*, Javier Moyano
- 211 *¿Qué queda de izquierda en el “socialismo democrático” de Ghioldi? El Partido Socialista argentino a la luz de las categorías izquierda y derecha (1946-1955)*, Ricardo Martínez Mazzola
- 219 *Liberalismo y derechas en la Argentina, 1912-1943. Apuestas interpretativas, posibilidades y límites*, Leandro Losada
- 227 *Las derechas nacionalistas frente al peronismo*, Daniel Lvovich
- 235 *Apuntes sobre la izquierda cristiana y la secularización en la Argentina*, José Zanca
- 245 *Notas para una historia de la izquierda*, Roberto Pittaluga

Lecturas

Sobre Estaciones de Carlos Altamirano (Ampersand, 2019)

- 255 *Presentación*, Adrián Gorelik
- 257 *El lector militante*, Adriana Petra
- 263 *Carlos Altamirano: los comienzos y la cadencia de las escrituras*, Gonzalo Aguilar
- 269 *Carlos Altamirano, historiador*, Fernando J. Devoto

Reseñas

- 277 Barbara Cassin (dir.), Jaime Labastida (coord.), *Vocabulario de las filosofías occidentales. Diccionario de los intraducibles*, por Andrés G. Freijomil
- 281 Marisa González de Oleaga, *Itinerarios. Historiografía y Posmodernidad*, por María Silvia Di Liscia
- 284 Federico Neiburg y Jane I. Guyer (eds.), *The Real Economy: Essays in Ethnographic Theory*, por Jimena Caravaca
- 288 John Krige (ed.), *How Knowledge Moves. Writing the Transnational History of Science and Technology*, por Dhan Zunino Singh
- 292 José Luis de Diego, *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición*, por Fabio Esposito
- 295 Richard J. Evans, *Eric Hobsbawm. A Life in History*, por José Ragas
- 298 José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, *Historia natural y mítica de los elefantes*, por Juan Pimentel
- 301 Carolina Martínez, *Mundos perfectos y extraños en los confines del Orbis Terrarum. Utopía y expansión ultramarina en la modernidad temprana (siglos XVI-XVIII)*, por Andrés G. Freijomil
- 304 Sheila Fitzpatrick, *La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética*, por Martín Baña
- 307 Paula López Caballero y Christophe Giudicelli (eds.), *Regímenes de alteridad. Estados-Nación y alteridades indígenas en América Latina, 1810-1950*, por Dolores Estruch

- 310 Gabriel Cid, *Pensar la Revolución. Historia intelectual de la independencia chilena*, por Gabriel Entin
- 313 Javier Uriarte, *The Desertmakers. Travel, War, and the State in Latin America*, por Lara Segade
- 316 Claudio Lomnitz, *Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía*, por Jorge Myers
- 320 Martín Bergel, *La desmesura revolucionaria: Cultura y política en los orígenes del APRA*, por Claudio Lomnitz
- 323 Fernando Degiovanni, *Vernacular Latinamericanisms. War, the Market, and the Making of a Discipline*, por Rafael Rojas
- 326 Cecilia Nuria Gil Mariño, *Negocios de cine. Circuitos del entretenimiento, diplomacia cultural y Nación en los inicios del sonoro en Argentina y Brasil*, por María Julia Alarcón
- 329 Ezequiel Adamovsky, *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, por Nicolás Suárez
- 332 Leandro Losada, *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940*, por Gonzalo Bustamante Kuschel
- 335 María Bjerg, *Lazos rotos. La inmigración, el matrimonio y las emociones en la Argentina entre los siglos XIX y XX*, por Sandra Gayol
- 339 María Celia Vázquez, *Victoria Ocampo, cronista outsider*, por Silvina Cormick
- 342 Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*, por Anahi Ballent
- 345 Marina Franco, *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*, por Paola Benassai
- 348 Manfredo Tafuri, Fernando Aliata, Anahi Ballent, Alejandro Crispiani, Mercedes Daguerre, Adrián Gorelik, Jorge Francisco Liernur, Graciela Silvestri, *Tafuri en Argentina*, por Ana Clarisa Agüero

Fichas

- 353 Libros fichados: Pablo Manolo Rodríguez, *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas* / Fabio Wasserman (comp.), *El mundo en movimiento: el concepto de Revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII-XX)* / Beverly Adams y Natalia Majluf (eds.), *Redes de vanguardia. Amauta y América Latina, 1926-1930* / Pedro Demenech, *Velhos e novos mundos: Ángel Rama em seu Diário (1974-1983)* / Maximiliano Figuepron, *Morir en las grandes pestes. Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX* / Josep Sabah, *Entre lenguas y mundos. Las cartas de un maestro de la Alliance Israélite Universelle desde el Litoral* / Mariana Luzzi y Ariel Wilkis, *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)* / Cecilia Durán, *Arquitectura como arte público. Estado, arquitectos y cultura en la Revista de Arquitectura (1925-1943)* / Enriqueta Muñiz, *Historia de una investigación. Operación Masacre de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor)* / María Fernanda Alle, *Una poética de la convocatoria. La literatura comunista de Raúl González Tuñón*

Confrontar al “bárbaro”: la mirada china sobre los europeos entre los siglos XVI y XVII*

Ana Carolina Hosne

CONICET

Este artículo analiza algunas de las fuentes que registraron la presencia de europeos en China, desde la llegada de un grupo de portugueses a las costas de la provincia de Cantón a principios del siglo XVI y, posteriormente, la de sucesivas generaciones de misioneros jesuitas a partir de fines del mismo siglo, calificándolos como *yi* 夷, término que fue traducido en distintas lenguas europeas como “bárbaro”. China cuenta con una larga tradición de registros de poblaciones extranjeras, a veces oscilando entre la fantasía y la realidad, sobre todo cuando se trataba de tierras distantes e incógnitas.¹

Ya en textos antiguos de China pre-imperial se menciona a los *Siyi* 四夷, traducidos por el reconocido misionero y estudioso escocés James Legge como “four barbarians”, en referencia a los grupos étnicos que rodeaban a China: los “bárbaros” orientales (*Dongyi* 東夷), “bárbaros” del sur (*Nanman* 南蠻), “bárbaros” occidentales (*Xirong* 西戎), y “bárbaros” del norte (*Beidi* 北狄).² Si partimos del supuesto de que los bárbaros son seres fronterizos, o periféricos, en torno a un centro, los “bárbaros de las cuatro partes” nos remiten al concepto de *Zhong guo*, el nombre actual de China, que en general se traduce como Reino Medio o Estados centrales.³ Comenzó a usarse en el período de los Zhou orientales (770-221 AEC) para referir a un grupo

* Agradezco a la Fundación Gerda Henkel por su apoyo para la realización de esta investigación. Asimismo, expreso mi agradecimiento a Elke Papelitzky, Ignacio Villagrán y Wei Ran 魏然.

¹ Cf. Ge Zhaoguang 葛趙光, *Shanhaijing, zhigongtu he lixingjizhong de yiyujiyi* 山海經·職貢圖和旅行記中的異域記憶, *Gudai Zhongguo de lishi, sixiang yu zongjiao* 古代中國的歷史, 思想與宗教, Beijing 北京, Beijing shifandaxue chubanshe 北京師範大學出版社, 2006, pp. 71-87. Véase también Michel Cartier, “Barbarians through Chinese Eyes: the Emergence of an Anthropological Approach to Ethnic Differences”, *Comparative Civilizations Review*, vol. 6, n° 6 (1981), pp. 1-14.

² El período pre-imperial abarca las dinastías Xia, Shang y Zhou, y se extiende hasta el año 221 AEC. Es con la dinastía Qin (221-206 AEC), que se inicia la era imperial. La Dinastía Qin, muy breve, fue seguida por la Dinastía Han, que se divide en dos períodos: Han occidentales (206 AEC - 9 EC) y Han orientales (25-220 EC).

³ Peter Bol sostiene que a *Zhongguo*, el nombre oficial de China actualmente, se le atribuye una supuesta continuidad histórica. Sin embargo, a fines del siglo XIX el Gran Estado Qing, *Daqing guo*, no era equivalente a “China”, tal como muchos occidentales en ese momento usaban el término. *Zhongguo* es el término que se impuso sobre *Zhong hua* o *Hua xia* a fines del siglo XIX por intelectuales que observaban los modernos estado-nación occidentales, y que argumentaban que su país también necesitaba un nombre, en un contexto internacional en el que China buscaba una posición de igualdad. Cf. Peter Bol, “Geography and Culture: The Middle-Period Discourse on the *Zhong guo* – the Central Country”, en Ying-kuei H. (comp.), *Space and Cultural Fields: Spatial Images, Practices and Social Production*, Taipei, Center for Chinese Studies, 2009, pp. 61-106; p. 65.

de estados vasallos del rey Zhou, en la meseta septentrional a lo largo del Río Amarillo, que participaban en el sistema político y ritual Zhou, marcando una jerarquía con las entidades políticas más allá del universo-centro Zhou en un sentido político, ritual y cultural.⁴ A su vez, esta jerarquía en torno a *Zhong guo* se comprende dentro del contexto más abarcador de *Tianxia*, literalmente “todo bajo el Cielo”. En el pensamiento chino, el *Tianxia* refiere a un mundo jerárquicamente ordenado, en cuyo centro reside el Hijo del Cielo –el emperador– con el mandato de gobernar “todo bajo el Cielo” –en ese entonces una supuesta cultura unificada Zhou–. Los habitantes de los estados centrales se pensaban a sí mismos como *Xia* 夏, *Hua* 華 o *Huaxia* 華夏, que se traducirían como “chino/a”, si bien, como sostiene el académico israelí Yuri Pines, este término es anacrónico por occidental, y solo puede sostenerse como una convención heurística.⁵ Uno de los términos que se contraponen a *Hua* es *Yi* 夷, que globaliza a todos los “bárbaros” o extranjeros en una oposición “sino-bárbara” y una consecuente retórica “ellos-nosotros”, aplicable a los pobladores de zonas más o menos distantes respecto del Reino Medio.⁶ Pero la realidad siempre resultó más compleja que este juego de opuestos en tensión, en una configuración centro-periferia, y por ello una primera parte de este artículo se centra en la literatura crítica en torno al “bárbaro – *yi* 夷” en distintos períodos de la historia de China, para luego introducir las fuentes del período Ming en torno a los encuentros con europeos en los siglos XVI y XVII que nos interesan aquí. Asimismo, se analiza la cuestión de la histórica traducción de *yi* como “bárbaro” por europeos en el siglo XVII. La segunda parte se centra en el encuentro con los primeros portugueses en el sur de China en la primera mitad del siglo XVI. Los portugueses –llamados *Folangji* en fuentes chinas– identificados como *yi*, no figuraban entonces en los registros imperiales de pueblos extranjeros de la Dinastía Ming. Hubo instancias de hostilidad y conflictos armados entre portugueses y chinos a comienzos de la década de 1520 en el sur de China, que impidieron el establecimiento de relaciones comerciales y, como vemos aquí, dejaron su impronta en los posteriores retratos de portugueses en fuentes chinas.

La tercera parte se focaliza en la tan estudiada misión jesuítica en China, que se funda en 1583, en la provincia de Cantón, que estimuló intercambios de saberes en círculos letrados en ciudades con una gran tradición intelectual, como Nanchang o Peking. La cartografía –que en el Reino Medio incluía la representación de poblaciones extranjeras o “bárbaras”– fue uno de los ámbitos de interés compartido, que tratamos aquí. Sin embargo, fuera de estos circuitos letrados, los misioneros de la Compañía de Jesús no estuvieron exentos del calificativo de *yi*, como analizamos al final de esta sección. A modo de conclusión, la cuarta parte de este artículo ofrece unas últimas reflexiones en torno a las experiencias de los *Folangji* y de los misioneros en China imperial, y los contextos y situaciones en los cuales fueron percibidos como *yi* por los habitantes del Reino Medio.

⁴ El período de la dinastía Zhou se extiende entre 1045-221 AEC, y se subdivide en dos períodos, los Zhou occidentales (1045-771 EC) y los Zhou orientales (771-256 AEC). A su vez, el período de los Zhou orientales se subdivide en el período de Primavera y Otoño (770-476) y el período de los Reinos Combatientes (475-221 AEC).

⁵ En este sentido, Pines sostiene que los pensadores pre-imperiales se refieren a sí mismos como *Xia*, *Hua* o como habitantes de los “Estados Centrales” (*Zhongguo*). Cf. Yuri Pines, “Beasts or humans: Pre-Imperial origins of the ‘Sino-Barbarian’ dichotomy”, en Reuven Amitai y Michal Biran (comps.), *Mongols, Turks, and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World*, Leiden, Brill, 2005, p. 63.

⁶ El término “bárbaro”, común a un grupo de lenguas europeas, no tiene un único análogo en la lengua china, que ofrece una serie de términos para designar a personas foráneas o extranjeras, tales como *man* 蠻, *di* 狄, *hu* 胡, *fan* 番/蕃, etc. pero que son automáticamente traducidos como “bárbaros”, un término general que borra diferencias presentes en el idioma chino. Cf. Nicola de Cosmo, *Ancient China and its Enemies. The Rise of Nomadic Power in East Asian History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 95, n° 7.

1. Algunas cuestiones y debates en torno al *yi* 夷

Si en los Estados Centrales los “bárbaros” se representaban en cuatro partes en torno a un centro –cuya geografía no se mantuvo invariable a través del tiempo–,⁷ es necesario introducir ciertos conceptos para entender el *yi*, generalmente traducido en lenguas europeas como “bárbaro”.

Hemos mencionado en la introducción el concepto de *Zhong guo*, el nombre actual de China, que puede traducirse como Reino Medio o Estados centrales, y que comenzó a utilizarse en el período de los Zhou orientales. Sus habitantes son los *Xia* 夏, *Hua* 華 o *Huaxia* 華夏. Ese centro, en tanto categoría analítica y no espacial, es el que en los textos pre-imperiales se representa rodeado de los *Siyi* 四夷 o “bárbaros de las cuatro partes”.⁸ Si *hua* es generalmente la autorreferencia a quienes crearon y formaron parte de un centro/civilización chinos, *yi* se presenta como la categoría englobante de su opuesto en el binomio *hua-yi*, a través de distintos períodos de la historia de China, en su periferia.⁹

Los intelectuales del temprano siglo xx identificaron a *Hua* y a *Xia* como los ancestros de los Han, que constituyen la mayoría de la población de lo que es actualmente la República Popular de China.¹⁰ Se ve en la consolidación de la Dinastía Han (206 AEC - 220 EC) la de una centralidad étnica, al mismo tiempo que el poder y la influencia imperial de China se proyectaban mucho más allá del Este asiático. Fue, además, bajo los Han que se adoptó el Confucianismo como doctrina de Estado, en tanto entrenamiento profesional con el servicio al Estado como objetivo central.¹¹ Distintos estudiosos analizaron esta dicotomía “sino-bárbara”, algunos con especial énfasis en el período pre-imperial, para comprender cuán inclusiva podía ser respecto de los “bárbaros”, y –en todo caso– analizar en qué términos se daba su inclusión/exclusión. En esta dirección, en su controvertido libro *The Discourse of Race in Modern China*, Frank Dikötter propone un estudio sistemático del discurso racial que aparece en China a fines del siglo XIX partiendo de textos pre-imperiales, en los que observa grados de discriminación racial. Es el color de la piel, sostiene Dikötter, el que atribuye al “bárbaro” una marca indeleble de animalidad que lo deshumaniza.¹²

El académico israelí Yuri Pines critica el análisis sobre el discurso racial de Dikötter, y sostiene en cambio que en el período Zhou primó una identidad cultural-inclusiva, antes que

⁷ Focalizado en el período de la Dinastía Song (960-1279), Peter Bol distingue el uso moderno de *Zhongguo* como China del uso de *Zhong guo*/País central, cuya ubicación geográfica fue variando, pero sin dejar de marcar una distinción cultural, antes que étnica, entre sus habitantes y el Otro extranjero. Cf. Peter Bol, “Geography and Culture”, pp. 99-100.

⁸ Uno de los primeros textos que menciona a los *Siyi* es en el *Zuozhuan*, texto antiguo que contiene uno de los comentarios a los Anales de Primavera y Otoño (*Chunqiu*).

⁹ Sin embargo, este modelo no necesariamente se correspondía con la realidad. Magnus Fiskesjö cita al letrado de la Dinastía Qing, Cui Shu (1740-1816), quien provee ejemplos en textos pre-imperiales que contradicen esta configuración espacial de los “cuatro bárbaros”. Cf. Magnus Fiskesjö, “On the ‘Raw’ and the ‘Cooked’ Barbarians of Imperial China”, *Inner Asia*, vol.1, n° 2, 1999, p. 141, nota 11.

¹⁰ E. Rawski, *Early Modern China and Northeast Asia. Cross-Border Perspectives*, Cambridge (MA), Cambridge University Press, 2015, p. 190.

¹¹ M. Nylan, *The Five “Confucian” Classics*, New Haven, Yale University Press, 2001, p. 3

¹² Frank Dikötter, *The Discourse of Race in Modern China*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1992, p. 6. La obra de Dikötter cuenta entre sus críticos a Lydia Liu, quien sostiene que el análisis sobre las connotaciones raciales del término *yi* parten de una malinterpretación de la tradición de los comentarios a los Clásicos confucianos. Cf. Lydia Liu, *The Clash of Empires: the invention of China in modern world making*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004, pp. 72-73.

una racial-excluyente. Reflexiona sobre aquellos elementos a partir de los cuales los antiguos pensadores y estadistas chinos concebían lo que él denomina “*chineseness*,” que reside sobre todo en la adhesión a las normas rituales comunes de la Dinastía Zhou (1046-256), antes que a componentes étnicos o raciales, lo que apunta a diferencias culturales, ergo cambiables.¹³ En síntesis, la “bestialización” del “bárbaro” no es racial, sino que se establece según patrones de conducta, sobre todo normas rituales que constituyen una línea demarcatoria entre yo y el Otro en la China pre-imperial. Por otro lado, el estudio de Pines permite desarmar el modelo de la oposición *hua-yi* demostrando la coexistencia de poblaciones “bárbaras” en el corazón del mundo Zhou, involucradas en la vida militar y diplomática de sus estados, también estableciendo alianzas matrimoniales con miembros de los linajes gobernantes Zhou.¹⁴

Una de las cuestiones que giran en torno al análisis del “bárbaro” en China es la de su “sinización” (*Hanhua* 漢化), que refiere a la asimilación cultural de los “bárbaros” a la cultura *Huaxia* y/o a la adopción de instituciones y una estructura de legitimidad confucianas, entre otros aspectos, íntimamente ligados al expansionismo de la Dinastía Han. Lo que comienza a reflejarse en los textos a partir del período Han es una distinción entre aquellos “bárbaros” que podían ser asimilados por ese “centro-civilización-civilizador”, y los que no, mediante la imagen del consumo de carne cruda o cocida. Los *shengfan* 生番, literalmente “bárbaros crudos”, eran considerados salvajes y resistentes, fuera de cualquier forma de control y gobierno desde el Reino Medio. En cambio, los *shufan* 熟番, o “bárbaros cocidos”, eran considerados dóciles, registrados por el poder central, que pagaban tributos y estaban sujetos a ese orden.¹⁵

Si bien el modelo de los “bárbaros de las cuatro partes” es, justamente, un modelo o una representación de lo que circunda a *Zhong guo*, no hay una definición “universal” de estos conceptos, sino que se aplicaron de modo distinto según las poblaciones y el contexto político. En esta dirección, Magnus Fiskesjö muestra cómo las categorías *sheng* y *shu* se aplicaban sobre todo para los “bárbaros del sur”, pero casi nunca para los del norte, y sugiere que ello podía deberse a que los límites ecológicos en la frontera sur no eran tan firmemente demarcados como en el norte, a la vez que los del sur tenían poca coherencia política y poder militar, y estaban más dispuestos a la transformación cultural que los pueblos del norte.¹⁶

El caso de la Dinastía Qing (1644-1911), de origen manchú, es uno de los más controvertidos en los debates en torno a la “sinización,” en la medida en que se brinda a interpretaciones que tienen como trasfondo la cuestión del nacionalismo chino contemporáneo. Uno de los debates enfrentó al académico chino Ho Ping-ti y a la académica estadounidense de ascendencia japonesa Evelyn Rawski, respecto a las explicaciones del éxito de los manchúes –pertenecientes

¹³ Yuri Pines, “Beasts or humans”, pp. 59-102.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 66-73.

¹⁵ Esta división siempre invita a recordar a Claude Lévi-Strauss, y su obra *Le Cru et le cuit* (1964) –el primer volumen del estudio *Mythologiques* sobre mitología amerindia– donde el consumo de carne cruda se presenta como signo evidente de salvajismo que afecta el estado fisiológico del bárbaro.

¹⁶ Magnus Fiskesjö analiza casos concretos de “crudos” y “cocidos” en los períodos Ming y Qing y sus “fronteras internas” en Hainan, Yunnan, Sichuan, Taiwan y Hunan. Cf. Magnus Fiskesjö, “On the ‘Raw’ and the ‘Cooked’ Barbarians of Imperial China”, *Inner Asia*, vol. 1, n° 2, 1999, pp. 139-168. El caso de Taiwan bajo el dominio Qing es también analizado por Emma Teng, quien lo ubica en una intersección entre la sujeción política y la aculturación. Esto es, “cocido/crudo” podía referir a aquellos que se rendían o no al dominio Qing, que pagaban tributos o no al imperio, pero al mismo tiempo también podía referir a la coexistencia o no con los Han, y a hablar o no su lengua. Cf. Emma Teng, *Taiwan’s Imagined Geographies. Chinese Colonial Travel Writing and Pictures, 1683-1895*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004, pp. 125-127.

a los “bárbaros del norte” – fundadores de la Dinastía Qing, para consolidarse en el poder. Para Ho Ping-ti, el éxito en términos de la construcción de su imperio reside en la adopción de una política de sistemática sinización por parte de los primeros Manchúes.¹⁷ Rawski, refutándolo, afirma que esta generalización descansa demasiado en fuentes oficiales chinas, y no manchúes. Sostiene que el éxito de los manchúes para construir el imperio Qing residió en la habilidad para usar sus vínculos con poblaciones no-Han en el interior de Asia y diferenciar la administración de regiones no-Han de aquellas anteriormente bajo los Ming. En síntesis, los factores que consolidaron la expansión Qing provenían de fuera de la Gran Muralla, y no de la arena política interna dominada por la elite letrada confuciana.¹⁸ Distanciándose de ambas posturas, Pamela Kyle Crossley objeta el peso de lo “étnico” para calificar a la cultura política de los Qing, que aún divide a académicos que la consideran más “china” o más “manchú”. En su obra *A Translucent Mirror: History and Identity in Qing imperial ideology*, Crossley muestra cómo los gobernantes manchúes inventaron una historia y una genealogía en torno a un nuevo estilo de ideología imperial, que combina diversas tradiciones políticas. Respecto al concepto de “sinización”, Crossley lo considera un receptáculo de imposiciones ideológicas según las cuales los procesos de aculturación y asimilación se presentan como distintivos del caso chino.¹⁹

Para adentrarnos en los Otros “bárbaros” y extranjeros bajo la Dinastía Ming, esto es, los europeos que llegan al sur de China en la primera mitad del siglo xvi, tema de este artículo, lo primero a señalar es que nos enfrentamos a extranjeros que no solo no integraban el modelo de los “bárbaros de las cuatro partes”, sino que tampoco figuraban en los registros de la “Oficina de traductores” *Siyi guan* 四夷(譯)館, fundada en 1407 durante la dinastía Ming, que reunía a traductores de lenguas extranjeras así como memoriales compuestos por embajadas en el extranjero.²⁰

Como mencionamos anteriormente, *yi* 夷 es el término que actúa como un genérico en oposición a *hua* 華, y es sobre el que vamos a concentrarnos a continuación. En primer lugar, es el que encontramos en las fuentes chinas que refieren a los portugueses, primero en Malaca y después en el sur de China, como “bárbaros del mar” –*haiyi* 海夷–. Por otro lado, es el término que algunos misioneros europeos –dominicos– que compusieron diccionarios de la lengua china van a elegir para traducir como “bárbaro” en el siglo xvii, como veremos más adelante.

En su obra *Clash of Empires*, Lydia Liu reflexiona sobre el concepto de *yi* 夷 y su traducción como “bárbaro”, “extranjero”, o “no-chino”, a partir de un suceso que marca la aparición de *yi* en un documento internacional legal: el tratado de Tianjin de 1858 entre China y Gran Bretaña. El artículo 51 del tratado proscribió el carácter chino *yi* como “bárbaro”, una exigencia de los británicos que encontraban peyorativo ser llamados de ese modo. Según Liu, esta pros-

¹⁷ Según Ho, el emperador Kangxi de la Dinastía Qing mostró una exaltación por Confucio sin precedentes, con la ejecución de rituales confucianos como expresión del más alto grado de “sinización.” Cf. Ho Ping-ti, “In Defense of Sinicization: A Rebuttal of Evelyn Rawski’s ‘Reenvisioning the Qing’”, *The Journal of Asian Studies*, vol. 57, n° 1, febrero de 1998, p. 143.

¹⁸ Evelyn Rawski, *The Last Emperors: A Social History of Qing Imperial Institutions*, Berkeley, University of California Press, 1998, pp. 6-10; 59-95. Véase también E. Rawski, “Reenvisioning the Qing: The Significance of the Qing Period in Chinese History”, *The Journal of Asian Studies*, vol. 55, n° 4, noviembre de 1996, p. 831.

¹⁹ P. Kyle Crossley, *A Translucent Mirror: History and Identity in Qing Imperial Ideology*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 12-14. Véase también P. Kyle Crossley, H. Siu y D. Sutton (comps.), *Empire at the Margins. Culture, Ethnicity, and Frontier in Early Modern China*, Berkeley, University of California Press, 2006, pp. 1-2; 12-14.

²⁰ Cf. N. Wild, “Materials for the Study of the Ssü I Kuan 四夷(譯)館 (Bureau of Translators)”, *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, University of London, vol. 11, n° 3, 1945, pp. 617- 640.

cripción consolida a *yi* como un “super-signo”, que fuerza al término chino a significar “bárbaro” en el idioma inglés, con una aparente conmensurabilidad que invade y penetra la lengua china. Liu menciona las distintas denominaciones para los extranjeros alternativas a *yi*, como *xiren* 西人 (hombre del oeste), o *xiyang ren* 西洋人 (hombre del mar occidental), entre otras, durante las dinastías Ming y Qing. Según Liu, el trasfondo histórico de esta traducción es el de la lucha entre la Dinastía Manchú en su ocaso y el ascendente imperio británico.²¹ Por su parte, Fang Weigui señala cómo el término *yi*, general para dar cuenta de todos los “bárbaros” en contraposición con los *Huaxia*, a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue progresivamente reemplazado por los términos *yang* 洋, *xi* 西 y *wai* 外 para significar “extranjero”.²²

Respecto de la acepción de *yi* como “bárbaro” en lenguas europeas, en el diccionario chino-español compuesto por un misionero dominico en Fujian, Francisco Díaz (1602-1669) alrededor del año 1640, revisado por Antonio Díaz (1667-1715), se encuentra lo que podría ser una de las primeras traducciones impresas: “*cosa llana; bárbaro*”.²³ En una copia de este diccionario, que presenta algunas variaciones respecto a las traducciones y al orden de las entradas, *yi* se traduce como “*cosa llana; hombre bárbaro o extranjero*”.²⁴ Curiosamente, en el primer diccionario compuesto por misioneros en China, el *Dicionário Português-Chinês* de los jesuitas italianos Michele Ruggieri (1543-1607) y Matteo Ricci (1552-1610), entre los años 1583-1588, los misioneros incluyen las entradas “bárbara” y “bárbaramente” en portugués, pero dejan en blanco las columnas correspondientes a la fonética china romanizada y a la traducción en chino.²⁵ Dado el gran número de diccionarios compuestos en distintos espacios misionales en el Este asiático por distintas órdenes religiosas, creemos que estos hallazgos constituyen un primer paso en el rastreo de las traducciones por europeos del carácter *yi* como “bárbaro”, que alienta una investigación más exhaustiva de este corpus.

2. Los desconocidos y hostiles Folangji en el sur de China

Los primeros registros chinos de europeos están inextricablemente ligados a la conquista de Malaca, en la actual Malasia, por los portugueses, registrados como *Folangji* 佛朗機, una adaptación fonética en chino del árabe y el persa para referirse a los Francos de las Cruzadas –*Faranghi*, *Firanji*–.²⁶ Anteriormente, el almirante chino *Zheng He* 鄭和 (1371-1433) y sus

²¹ L. Liu, *Clash of Empires*, pp. 31-36.

²² Cf. Fang Weigui, “Yi, Yang, Xi, Wai and Other terms: the Transition from ‘Barbarian’ to ‘Foreigner’”, en M. Lachner, I. Amelung y J. Kurtz (comps.), *New Terms for New Ideas. Western Knowledge and Lexical Change in Late Imperial China*, Leiden, Brill, 2001, pp. 96-107.

²³ Francisco Díaz, *Diccionario de la lengua mandarina*, microfilm, Bibliothèque Nationale de France, 199 ff, 31v.

²⁴ *Ibid.*, 437 ff, 137. Sobre las variaciones en el diccionario de Díaz, véase Otto Zwartjes, “El Vocabulario de la letra china de Francisco Díaz”, *Boletín Hispánico Helvético*, vol. 23, 2014, pp. 57-100; pp. 75-81.

²⁵ M. Ruggieri y M. Ricci, *Dicionário Português-Chinês. Portuguese-Chinese Dictionary*. Editado por John Witek, Macau, Instituto Português do Oriente y Ricci Institute for Chinese-Western Cultural History, 2001, 50v. Witek respeta la numeración de los folios del documento original, Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI) *Japonica-Sinica* I, 198, ff. 32r-169r.

²⁶ Harriet Zurndorfer, “Encounter and coexistence: Portugal and Ming China 1511-1610: Rethinking the Dynamics of a Century of Global-local Relations”, en Manuel Perez García y Lucio De Sousa (comps.), *Global History and New Policentric Approaches*, Singapur, Palgrave Studies in Comparative Global History, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 37- 52, p. 41.

flotas habían navegado aquellas aguas, llegando hasta el este de África como punto más occidental de sus expediciones. El emperador Yongle 永樂 (r. 1402-1424), el tercero de la Dinastía Ming, esperaba que estas expediciones ultramarinas llegaran a reinos más distantes que, mediante el reconocimiento del dominio de los Ming, ofrecieran tributos al régimen.

Durante el siglo XVI, los cronistas portugueses, y portugueses al servicio del *Estado da Índia* en general, hacían referencia a las expediciones del almirante eunuco Zheng He en el Océano Índico, estableciendo una continuidad con aquellas posteriores de navegantes portugueses en esas aguas.²⁷ Algunos incluso añadieron tintes proféticos, proclamando que India sería conquistada por “gente blanca” –chinos y portugueses–, que provenía de lejos.²⁸

En 1511 la flota de Alfonso de Albuquerque ancló en Malaca y la conquistó, y Jorge de Albuquerque fue su nuevo gobernador. En su *Décadas de Asia*, el historiador y cronista portugués João de Barros (1496-1570) narra brevemente la toma de Malaca por Albuquerque, quien al llegar ve cinco barcos –“juncos”– chinos. Albuquerque se comunica con ellos, y observa que son gente “noble, dotada en distintas ciencias, y que no se conducía con los modos bárbaros de las otras naciones de India...”²⁹ Sin embargo, esta imagen favorable no sería recíproca. La conquista de Malaca por los Folangji quedó registrada en los Registros verídicos de la Historia Ming (*Mingshi lu*) con una imagen negativa de aquella usurpación portuguesa. Según este registro, luego de la conquista de Malaca y de la expulsión de su gobernante, el Sultán Mahamet, un mensajero portugués se dirigió a las autoridades imperiales, haciéndose pasar por un habitante de Malaca, pero no logró engañar al Ministro de Ritos.³⁰ El ministro se dio cuenta por sus facciones de que no era oriundo del lugar, y que tampoco tenía permiso para comerciar. Una vez descubierta la farsa, los oficiales Ming decidieron enviar a los Folangji de vuelta a sus tierras, pero lo cierto es que desconocían su lugar de proveniencia.³¹

Luego de dos visitas a Cantón entre 1514 y 1515-1516, los portugueses organizaron una primera expedición oficial a dicha ciudad a principios de 1517 encabezada por Fernão Peres. A su llegada, los barcos dispararon cañones como forma de saludo, algo que los oficiales imperiales chinos consideraron una violación de las costumbres locales. Estos aceptaron las disculpas de Peres, y todo quedó atrás. Sin embargo, los portugueses tuvieron que esperar un permiso oficial para entrar en Cantón, y en el ínterin permanecieron en la costa.³² En esta ciudad la suerte de los portugueses se jugó con el reemplazo de Fernão Peres –quien debió dejar Cantón por un ataque a sus flotas en la ciudad de Tunmen, entre otros motivos– por su hermano, Simão d’Andrade, quien llegó en 1519 con una actitud belicosa, ordenando la construcción de un fuerte en las costas, lo que para los chinos era una apropiación ilegal de su tierra. Los cargos contra los portugueses incluían el de robo a barcos de distintas nacionalidades y

²⁷ El *Estado da Índia*, también conocido como la India portuguesa, se fundó en territorios conquistados por el Imperio portugués en India en 1505.

²⁸ Cf. Dos Santos Alves, “La voix de la prophétie: Informations portugaises de la 1^e moitié du XVI^e s. sur les voyages de Zheng He”, pp. 42-45.

²⁹ João de Barros, *Décadas da Ásia*, 1552. Disponible en <https://books.google.com.ar/books?redir_esc=y&id=rPgOAAAAYAAJ&q=Cina#v=onepage&q=Affonso&f=false>.

³⁰ El Ministerio de Ritos era uno de los seis ministerios de gobierno en China imperial.

³¹ Cf. 明世宗肅皇帝實錄 *Mingshizongsuhuangdi shilu*, 卷之五百十一 *juan zhi wubaishiyi* (Registros del Emperador Shizong de la Dinastía Ming, rollo 511). Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=968436>>.

³² Tien-Tsé Chang, *Sino-Portuguese Trade from 1514 to 1644. A Synthesis of Portuguese and Chinese Sources*, Leiden, Brill, 1934, pp. 42-43.

secuestro de niños –muchos de familias respetables– para ser vendidos como esclavos. Lo que trascendió en los Registros verídicos de la Dinastía Ming es que los Folangji comían niños. Esta información se encuentra también en otras fuentes, como el *Siyi Guangji* 四夷廣記, o “Registros extensos de los bárbaros de las cuatro partes” de Shen Maoshang, que se publica a principios del siglo xvii.³³ En el *Siyi Guangji* la sección dedicada a los Folangji integra los “Extensos registros de los Pueblos del mar” (*haiguo guangji* 海國廣記), y describe la ubicación de los Folangji, aunque se desconoce su lugar de proveniencia, pero lo que se cree es que allí comen niños. Es en la sección dedicada a las “costumbres” de los Folangji (*Folangji de fengsu* 佛朗基的風俗) donde se incluyen estos hábitos, similares a los de los pobladores de Java (*Zhuawa* 爪哇), porque los Folangji eran muy cercanos en sus costumbres a esa tierra.³⁴ Referencias al canibalismo de habitantes de tierras extranjeras también abundaban en relatos europeos del período moderno temprano.³⁵ En el caso particular de los Folangji, el relato se da en un contexto de esclavitud y venta de niños.

La conquista de Malaca también era un punto atravesado del lado chino, cuando los oficiales reclamaban a los portugueses que restituyeran el territorio pronto. Porque Malaca, un sultanato convertido al Islam a principios del siglo xv, era un enclave comercial estratégico entre el Océano Índico y el Mar de China meridional, tributario de la Dinastía Ming.³⁶ El comportamiento pirata de Simão de Andrade llevó a una ruptura oficial de las relaciones sino-portuguesas, que condujo a dos conflictos armados entre los portugueses y los chinos, en 1521 y 1522 en Guangzhou, cuando los portugueses se negaron a retirarse, como les pedían los oficiales.³⁷

Uno de los aspectos que no pasó desapercibido a los oficiales imperiales es el de la artillería portuguesa, especialmente los cañones, que en los registros Ming se mencionan con el nombre de “Folangji”, como llamaban a los portugueses. Según Tonio Andrade, en el primer conflicto de 1521, la artillería portuguesa fue más efectiva que la china, pero en 1522 la artillería china fue superior y definió la victoria del lado chino. En todo caso, el conflicto armado aceleró este proceso de adopción de artillería europea.³⁸ Estos conflictos tuvieron un impacto directo sobre las relaciones comerciales entre China y Portugal, estancadas por alrededor de

³³ El *Siyi Guangji* o Extensos Registros de los bárbaros de las cuatro partes de Shen Maoshang 慎懋賞 de la Dinastía Ming solo sobrevivió en una versión manuscrita que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Taiwan. El manuscrito describe 94 países. Cf. Elke Papelitzky, “An Introduction to *Siyi guangji* 四夷廣記”, *Crossroads: Studies on the History of Exchange Relations in the East Asian World*, vol. 11, 2015, pp.85-95, p. 1.

³⁴ Shen Maoshang 慎懋賞, *Siyi Guangji* 四夷廣記, 989-90. Disponible en <http://rbook2.ncl.edu.tw/Search/SearchDetail?item=e94f29dff7c44f67bbabb817c2fe33a1fdY1NjE20&image=1&page=3&whereString=IEBTdWJqZWNOX0NhdGVnb3J5NCAi5aSW57SA5LmL5bGsLiAmIEBIYXNjBWFnZSAx0&sourceWhereString=ICYgQHNvdXJjZV9zb3VyY2UgICllj6TnsY3lvbHlg4_mqqLntKLos4fmlpnlqujsi0&SourceID=>>.

Esta leyenda sobre el canibalismo de los Folangji también se encuentra en una fuente más temprana, *Shuyu Zhouzi lu* 殊域周咨錄 (1574), de Yan Congjian 嚴從簡, que igualmente ubica a Java como su lugar de origen, donde se suponía había caníbales. Estas repeticiones en las fuentes se debían a la práctica de lectores de copiar el contenido de textos en nuevos libros, reproduciendo estas ficciones una y otra vez. Cf. Ge Zhaoguang 葛趙光, *Shanhaijing, zhigongtu he lixingjizhong de yiyujiyi* 山海經·職貢圖行記中的異域記憶, p. 78.

³⁵ Como ejemplo, el viajero William of Ruybruck y su referencia a las poblaciones Uighur de Asia central que comían a sus parientes. Cf. William of Ruybruck, *The Mission of Friar William of Rubruck. His journey to the court of the Great Khan Möngke, 1253-1255*, trad. de Peter Jackson, Londres, Hakluyt Society, 1990, pp. 157-158.

³⁶ El sultanato abarcaba desde los asentamientos musulmanes malayos de la provincia de Phuket, Satun, Pattani bordeando el reino de Siam –actual Tailandia– por el norte, hasta Sumatra por el suroeste.

³⁷ Tien-Tsé Chang, *Sino-Portuguese Trade*, pp. 57-59.

³⁸ T. Andrade, *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, New Jersey, Princeton University Press, 2016, pp. 124-126.

treinta años. Durante todo este tiempo, los intentos de los portugueses de redirigir las relaciones comerciales con Cantón fueron poco exitosos, e hicieron de Pattani, en Malaca, su puerto principal de operaciones. Asimismo, un comercio de contrabando se desarrolló en ciudades costeras como Cantón, Fujian y, más al norte, Ningbo.³⁹

Como sostiene Ge Zhaoguang, bajo la dinastía Ming, aún antes de la llegada de los jesuitas y el intercambio de saberes que se inicia con el establecimiento de los misioneros en el Reino Medio, China tenía más información sobre los europeos, especialmente portugueses. Además, una nueva generación de mercaderes portugueses se había acercado nuevamente al sur de China con ánimos de recomponer relaciones, y también de asegurarse un pie firme en Macao. Las negociaciones dieron como resultado el primer tratado Luso-chino de 1554, que otorgaba a los portugueses permiso para residir temporalmente en Macao y comerciar en Cantón, mediante pago de tasas. Con el tiempo, ese permiso temporario se volvió permanente. Esta vez los portugueses comenzaron la nueva relación con los chinos dejando atrás el nombre de Folangji, ligado a numerosos conflictos previos.⁴⁰ En ese momento, uno de los textos que describe a los portugueses, entre otros pueblos extranjeros, es el Registro ilustrado de los Bárbaros orientales (*Dongyi tushuo* 東夷圖說), que incluye las Imágenes de los “bárbaros” orientales (*Dongyi tuxiang* 東夷圖像), ambos de 1586, encargados por un oficial de Guangdong, Cai Ruxian 蔡汝賢, quien en 1568 había recibido el título de *Jinshi*, el más alto en el sistema de exámenes para el servicio civil. Las descripciones de los Folangji no incluyen todavía información precisa de su proveniencia, ubicándolos próximos a Malaca, tierra que conquistan.⁴¹ Curiosamente, si bien detalla una dieta de los Folangji que no se priva de carnes varias –pescado, carne roja, cerdo– los califica de budistas (*xinfo* 信佛).⁴² Observamos el calificativo de *yi* en la fuente cuando se refiere a su “naturaleza cruel y maliciosa”, aparte de que “lo único que aman es el lucro”.⁴³ Luego repasa los primeros tiempos de contacto con los Folangji, “los enemigos de Zhongguo”, durante el reino de Zhengde 正德 (r. 1491-1521), y sus ofensas en la provincia de Guangdong.

Dediquemos unas últimas reflexiones en este apartado a los viajes de Zheng He, y a una apreciación que nos muestra cómo los chinos podían concebir la expansión y el avance hacia otros pueblos, lo que a su vez puede explicar aun más el rechazo que sintieron frente a los modos de los portugueses en Cantón, y los desentendimientos que llevaron al conflicto abierto. Un oficial del período Ming, Mao Yuanyi 茅元儀 (1594-1640), compuso un conocido y extenso tratado militar, el Tratado sobre la preparación militar (*Wubei zhi* 武備志,) en 1621. De 240 volúmenes, es el tratado más largo sobre asuntos militares de la historia de China, escrito en respuesta a conflictos militares en la frontera nororiental del Imperio Ming, que desencadenarían en la victoria de los manchúes, los fundadores de la dinastía Qing. En su tratado, Mao

³⁹ Charles R. Boxer, *Fidalgos in the Far East, 1550-1770. Fact and Fancy in the History of Macao*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1948, p. 2.

⁴⁰ Zhang, Qiong, *Making the New World their Own: Chinese Encounters with Jesuit Science in the Age of Discover*, Leiden, Brill, 2015, p. 283.

⁴¹ Según Zhang Qiong, Cai toma algunas descripciones que encuentra en Huang Zhong's Palabras del mar (*Haiyu*, 海語 1536), como las de su ubicación, cercana a Malaca. Cf. Qiong, Zhang, *Making the New World their Own*, pp. 293-294.

⁴² Cai Ruxian 蔡汝賢, *Dongyi Tushuo* 東夷圖說, Beijing Tushuguan Cang Ming Wanli Keben 北京圖書館藏明萬曆刻本, 1586, p. 428.

⁴³ *Ibid.*, p. 429.

provee un mapa de los viajes de Zheng He, el *Zheng He Hanghai Tu* 鄭和航海圖, donde vuelca la visión sobre el expansionismo de un reino según letrados, quienes dicen que

los antiguos reyes no deseaban expandir sus dominios. Por lo tanto, esforzarse hacia aquello que está cerca para alcanzar lo que está lejos no es lo que desea el hombre de bien [*junzi*]. Él no agota la energía de sus ejércitos, ni debilita a su gente. Es a través de la civilización del ritual y la música que se iluminan las diferentes regiones, llevando su luz a todo bajo el Cielo, dejando a nadie privado de gozar de su virtud transformadora.⁴⁴

Observamos aquí un concepto de llegada hacia naciones distantes que ofrece un interesante contraste con la experiencia de los portugueses en Malaca y en el sur de China, repudiada por los oficiales imperiales en esta región. La transmisión de la civilización del ritual y la música es también la de una cultura (*wen*) de la que forma parte, la confuciana. Si pensamos que la tan discutida “sinización” (*Hanhua*) se compone de la transmisión/adopción de valores, instituciones y, en definitiva, una cultura confuciana, Mao propone esa vía para lo que podría considerarse una “domesticación” de pueblos extranjeros, antes que la conquista por la fuerza. En esta dirección, lo que se contrapone cuando los oficiales imperiales y los Folangji se enfrentan en el sur de China son dos actitudes respecto del expansionismo ultramarino, y el consecuente avance sobre poblaciones extranjeras o “bárbaras”. No obstante, aun en un contexto de choque durante el conflicto sino-portugués en el sur de China, difícilmente haya registros en que los Folangji calificaran a los chinos como “bárbaros,” como los portugueses sí lo hicieron con los pobladores de la India, y –yendo más lejos– con los del Brasil, a quienes las misiones jesuíticas bajo jurisdicción de la Corona portuguesa tenían como objetivo “humanizar” y luego “cristianizar”.⁴⁵

Después de intentos fallidos por parte de castellanos de entrar a China desde Filipinas en la década de 1570, con la excepción de aquellos que lograron aunque sea permanecer unos pocos meses, los próximos europeos que lograron no solo entrar sino permanecer en China fueron los misioneros jesuitas, bajo la jurisdicción del *Padroado* portugués.⁴⁶ Son esos encuentros sostenidos los que nos interesa analizar a continuación.

3. Los jesuitas en China: los “bárbaros” sinizados

Los jesuitas que llegan a China bajo la Dinastía Ming (1368-1644) entre 1582 y 1583, con permiso para establecer una residencia en Cantón, abren otra etapa en los vínculos entre europeos y los habitantes del Reino Medio. Para ese entonces, China ya tenía conocimiento de los

⁴⁴ 儒者曰先王不務遠夫勞近以務遠君子不取也不窮兵不疲而禮樂文明赫昭異域使光天之下無不沾德化焉。 Cf. Mao Yuanyi 茅元儀, *Zhenghehanghai tu* 鄭和航海圖, Beijing 北京, Zhonghua shuju 中華書局, 1961, p. 1 (mi traducción).

⁴⁵ Cf. Serafim Leites SJ (ed.), *Monumenta Brasiliae I, 1538-1553*, Roma, *Monumenta Historica Societatis Iesu*, vol. 79, 1956, p. 12. Salvo esta breve referencia que cita Leites, la visión del “bárbaro” en espacios coloniales como la América española y el Brasil portugués escapa a los límites de este trabajo.

⁴⁶ Se trata de misioneros agustinos, como Martín de Rada y Jerónimo Marín, que visitaron el sur de China en 1575, pero permanecieron solo algunos meses. Para un análisis detallado de las experiencias de castellanos en Filipinas y sus planes de entrar a China véase Manel Ollé, *La empresa de China: de la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Barcelona, Acontilado, 2002.

Folangji, y algunos no tardarían en considerar a los jesuitas europeos como sus sucesores. Pero, a diferencia de los Folangji, los jesuitas que llegan a China para intentar convertir a sus habitantes al cristianismo ponen en marcha toda una maquinaria de producción de conocimiento –cartográfico, astronómico, geográfico, matemático, filosófico, entre otros– herencia de su formación en los colegios de la Compañía de Jesús en Europa. Gradualmente los jesuitas se fueron integrando a los círculos letrados de distintos espacios urbanos como Nanchang, Nanjing y Pekín. La pregunta que surge es si aun en este contexto los jesuitas podían ser considerados *yi* por los habitantes del Reino Medio, aspecto que analizamos en esta sección. En todo caso, como veremos más adelante, lo que queda claro fue su considerable esfuerzo por evitar el epíteto de “bárbaros” cada vez que fuera posible.

Matteo Ricci (1552-1610), uno de los jesuitas fundadores de la misión, puso de inmediato a disposición de sus interlocutores chinos su formación en el Colegio Romano. Cuando Ricci se interioriza con la producción cartográfica local, observa cómo China se representaba siempre en el centro, rodeada por poblaciones extranjeras o *yi*. De hecho, como señala Joseph Needham, la descripción de países extranjeros era un tipo de obra geográfica.⁴⁷ En efecto, la cartografía china, tanto la que sirvió a Ricci para componer sus mapamundi en suelo chino como la que él mismo produjo refleja cómo los chinos se percibían frente a sus vecinos de “las cuatro partes”. Un mapa que los jesuitas seguramente conocieron es el Mapa de China y de los Países extranjeros o “bárbaros” (*Huayi tu* 華夷圖), grabado en piedra en 1137 pero que probablemente data del 1040. Otro mapa que los jesuitas sí declaran haber consultado es el Atlas terrestre ampliado (*Guangyu tu* 廣輿圖) (1541), de Luo Hongxian 羅洪賢 (1504-1564), que es una versión adaptada del Mapa terrestre (*Yudi tu* 輿地圖) del letrado *Zhu Siben* 朱思本 (1273-1333) durante la dinastía Yuan. Se publicó por primera vez en 1561 y se reimprimió sucesivas veces. Matteo Ricci y los misioneros que lo sucedieron se basaron en la sexta edición de 1579. Como lo indica en su prefacio, el *Guangyu tu* provee información de pueblos foráneos.⁴⁸

Ricci comenzó a diseñar mapamundis poco tiempo después de establecer la misión en Zhaoqing, en la provincia de Guangdong. Los mapamundi riccianos contaron con cuatro ediciones: Zhaoqing (1584), Nanjing (1600), Peking (1602) y Peking (1603). El título de las dos primeras ediciones es Mapa geográfico integral de montañas y mares (*Shanghai Yudi Quantu* 山海輿地全圖).⁴⁹ Ricci cambió este nombre por el de Mapa de los innumerables reinos del mundo (*Kunyu Wanguo Quantu* 坤輿萬國全圖) para los dos últimas ediciones en Peking.⁵⁰

⁴⁷ Joseph Needham establece una clasificación de textos con conocimiento geográfico en China. Además de las historias oficiales dinásticas que contienen una sección sobre geografía (*dili zhi* 地理志), Needham incluye: 1) geografías antropológicas; 2) descripción de las regiones del sur; 3) descripción de países extranjeros; 4) relatos de viaje; 5) obras hidrográficas; 6) descripciones costeras y 7) topografías locales. Cf. Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 3: *Mathematics and the Sciences of the Heavens and the Earth. With the collaboration of Wang Ling*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 508-556.

⁴⁸ Zhu Siben (元) 朱思本, *Guang yu tu* 廣輿圖, 明萬己卯(七年), 1579) 海虞錢岱刊本. Disponible en <<http://rbook2.ncl.edu.tw/Search/SearchDetail?item=cebabe50d6ba483d87ed3da5e97de956fDY1NjQ2&image=1&page=&whereString=ICYgIuW7o-i8v-WcliIg0&sourceWhereString=&SourceID=>>>.

⁴⁹ Hay solo una ligera variación en el nombre de las dos primeras ediciones. La primera edición tiene por título *Yudishanghai Quantu* 輿地山海全圖, y la segunda edición invierte los términos, por *Shanghaiyudiquantu* 山海輿地全圖. Cf. P. D'Elia SJ, “Recent Discoveries and New Studies (1938-1960) on the World Map in Chinese of father Matteo Ricci”, *Monumenta Serica*, vol. 20, 1961, p. 88.

⁵⁰ La edición que se conserva es la de Peking de 1602, dividida en seis paneles, de 1.52 metros de alto por 3.66 metros de ancho. Se encuentra en la Biblioteca Vaticana.

Su objetivo era mostrar la ubicación exacta de Europa en relación a China –a la que siguió representando en el centro–, proveer la ubicación de lugares según la latitud y longitud, las descripciones de los cinco continentes terrestres –Asia, Europa, África, las Américas y Magellanica– rodeados de océanos, demostrar la esfericidad de la Tierra, incluir las distinciones de meridianos, paralelos y grados, la línea ecuatorial, trópicos y los polos ártico y antártico. Consciente del conocimiento cartográfico que aporta a China, Ricci afirma:

De todas estas cosas, ajenas a ellos, el Padre [Ricci se refiere a sí mismo en tercera persona] desplegaba razones tan claras y manifiestas, que muchos no podían negar que todo lo que decía era verdad, y por eso en muy poco tiempo se difunden todas estas cosas a los letrados en China. De lo que se puede vislumbrar el rédito que resultaba para nosotros y también a toda nuestra tierra [i.e.Europa] por lo que no osaban llamarla bárbara, como llaman a todas las otras fuera de China.⁵¹

Él mismo un extranjero, parte de la agenda de Ricci con la creación de mapamundis era mostrar a sus interlocutores chinos que la tierra de donde el jesuita provenía no entraba en la categoría de “bárbara”.

Si bien no quedan copias de la segunda edición del mapamundi ricciano, sí se conserva uno de los prefacios escrito por el influyente *Wu Zuohai* 吳左海, el secretario en el Ministerio de Asuntos civiles en Nanjing. Wu no asocia directamente a Ricci con los Folangji cuando afirma que tanto a los compatriotas de Ricci como a los Folangji les encantaba hacer largos viajes y mandar descripciones e impresiones de los mismos, y que gracias a la acumulación de esos relatos se familiarizaron con la forma de la Tierra a través del tiempo. Posteriormente, en uno de los prefacios por *Guo Qingluo* 郭青螺 –el gobernador de la provincia de Guizhou– a la segunda edición del mapamundi ricciano (que Guo publica en formato de libro), sin conocer a Ricci personalmente, Guo se refiere a Ricci como un “bárbaro de afuera” (*waiyiren* 外夷人):

Dado que el mapa de Ricci es demasiado grande para ser fácilmente estudiado, lo reduje en tamaño, guardando las proporciones, y lo convertí en un libro, ubicando a la izquierda todas las explicaciones que figuran en el mapa... Algunas personas podrían decir: “Pero Ricci es un bárbaro extranjero; por lo que su mapa y sus explicaciones no son necesariamente conformes al cielo y la Tierra. Por qué usted, doctor, le atribuye tanta importancia?”⁵²

Guo responde a esta pregunta con los comentarios a los Anales de Primavera y Otoño, *Zuo Zhuan*, donde Confucio aprende los nombres de funcionarios de Shao Hao gracias a un príncipe extranjero, el Príncipe de Tan. Y entonces asevera que si el Hijo del Cielo –el Emperador–

⁵¹ “Di tutte queste cose, a loro tanto strane, rendeva il Padre ragioni sì chiare e manifeste, che molti non potevano negare esser tutto quanto diceva verità, e per questo in breve si sparse la fama di queste cose per tutti I letterati della Cina. Di che si può scorgere quanto credito ne risultasse ai Nostri et anche a tutta la nostra terra, che non osavano dipoi chiamarla barbara, come chiamano a tutte le altre terre fuora della Cina” (mi traducción). Cf. Matteo Ricci, *Della Entrata della Cina*, I, 311-e12. Véase también P. D’Elia, *Il Mappamondo cinese del P. Matteo Ricci S.I.* (3° ed., Pechino 1602), conservado en la Biblioteca Vaticana, comentado, traducido y anotado por el P. Pasquale M. D’Elia S. I. Ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1938, p. 163.

⁵² P. D’Elia SJ, “Recent Discoveries”, pp. 105-106. D’Elia publica estos prefacios inéditos en chino junto con su propia traducción en inglés, que reproducimos aquí en castellano.

fuera a olvidar los nombres de sus funcionarios, ellos se aprenderán con los “bárbaros de las cuatro partes” (*siyi*). Y equipara a Ricci con “el Príncipe de Tan de nuestros días...”

sobre todo considerando que Ricci ha estado en el Reino Medio por un largo tiempo ya. ¡El Reino Medio “sinizó” al extranjero! Por lo tanto él es uno más en el Reino Medio.⁵³

Ricci ya había dejado en claro años antes su voluntad de asimilación local en el espacio misionarial que le había sido asignado. Dos años después de su llegada al Reino Medio, en una carta a su correligionario Giulio Fuligati (c.1549-1633) en Siena, Ricci cuenta que estaba “hecho un chino” –*fatto un cina*– desde la vestimenta, ceremonial, y “todo lo exterior”.⁵⁴ Y eso era aún antes de que Ricci comenzara a vestirse como un letrado confuciano a mediados de la década de 1590, y a integrar los círculos de las elites educadas en Nanchang, Nanjing y Peking, hasta su muerte en la capital imperial en 1610.

Otros jesuitas que sucedieron a Ricci en la misión en China ampliaron la producción cartográfica y geográfica. Una obra en particular tenía como objetivo explicar la geografía de “nuevos países” o, en todo caso, de aquellos no registrados en el Bureau de Operaciones (*Zhifang si* 職方司), parte del Ministerio de Guerra. Se trata de los “Registros de tierras fuera de la administración imperial” (*Zhifang waiji* 職方外記), compilado por el jesuita Giulio Aleni (1582-1600) y compuesto por sus correligionarios Diego de Pantoja (1571-1589) y Sabatino de Ursis (1575-1620). La obra incluye mapas de cada una de las cinco partes del mundo que describe: Asia (*Yaxiya* 亞細亞), Europa (*Oulouba* 歐羅巴), África (*Liweiyazhou* 利未亞洲), cuyo nombre de fonética romanizada en realidad refiere a Libia, con preponderancia del norte de África, América (*Yamolijia* 亞墨利加) y un quinto continente, Magellanica (*Mowalannijia* 墨瓦臘尼加). Tal vez porque para los lectores chinos la mayoría de estas poblaciones eran *yi* o, en todo caso, “no-chinas”, incluyendo a los autores y al compilador, casi no se utiliza este término en la obra.⁵⁵

Si los jesuitas en China tuvieron reconocimiento por sus aportes al conocimiento geográfico y cartográfico, entre otros, como se puede ver en los prefacios que oficiales imperiales y letrados escribieron para ellos, estos también lidiaron con la adversidad, sobre todo por sus actividades *qua* misioneros y la difusión de una “nueva enseñanza” entre los habitantes del Reino Medio. Si en sus obras los jesuitas eran presentados como “hombre del extremo occidente” (*Taixi* 泰西) o “letrado occidental” (*Xiru* 西儒), en situaciones de conflicto podían ser llamados *yi*, como lo muestran los edictos anticristianos de Nanjing de 1616, en lo que fue la primera persecución anticristiana.⁵⁶

⁵³ P. D’Elia SJ, “Recent Discoveries”, p. 106. La traducción del idioma chino al italiano es de P. D’Elia.

⁵⁴ Carta al P. Giulio Fuligati, S.I., Sciaochin, 24 de noviembre de 1585. Cf. P. Tacchi Venturi, *Opere Storiche del P. Matteo Ricci S.I.*, Macerata, F. Giorgetti, 1911-1913, vol. II, p. 72.

⁵⁵ Hay una referencia a un tipo de población “bárbara” (*yizhongyiren* 一種夷人): los *Jingba* 井巴, que se trasladan en camellos, y que comen desde carne humana hasta pájaros, bestias e insectos. Cf. Ai Rulüe 艾儒略 (Giulio Aleni), *Zhifang waiji* 職方外記. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=798910&searchu=%E5%A4%B7>>.

Hay otra mención para el caso de América de los pueblos “salvajes” o “bárbaros” del noroeste, en Norteamérica, *Xibeizhumanfang* 西北諸蠻方. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=926087&searchu=%E8%A0%BB>>.

⁵⁶ En este sentido, Lydia Liu está en lo correcto cuando dice que un jesuita como Ricci era llamado *Xiren* o *Xiyang ren* (hombre del mar occidental), como apelativos alternativos a *yi*, pero aquí es necesario distinguir que eso se dio

Durante su cargo como viceministro (y como ministro interino) en el Ministerio de Ritos en Nanjing (Nangong), Shen Que 沈淮 (1565-1624) escribió memoriales, presentados en 1616, contra los misioneros instalados en Nanjing. Shen los acusaba de varias cosas: de ser extranjeros que entraron y armaron su residencia en el Reino Medio de modo ilegal, de introducir prácticas y creencias que dañaban la tradición china, a la vez que representaban una amenaza política a la dinastía Ming.⁵⁷ También los acusó de estar divulgando una enseñanza heterodoxa –esto es, una religión foránea que no estaba bajo control del gobierno y de la ortodoxia oficial estatal, como había ocurrido con el budismo y el daoísmo–. La religión o “enseñanzas” de los jesuitas son calificadas como “veneno”, que “viene a subvertir el orden del Reino Medio”.⁵⁸

Los memoriales de Shen Que se encuentran en la fuente principal sobre la persecución de Nanjing, los *Poxie ji* 破邪集, en ocho rollos, que pueden traducirse como “Escritos para quebrar la heterodoxia”. Su compilador, Xu Changzi 徐昌治 (1582-1672) los publicó en 1640. En esa obra Xu integra algunos documentos que se encuentran en la colección de Archivos del Ministerio de Ritos de Nanjing (*Nangong Shudu* 南宮書牘) (1620).⁵⁹ En los *Poxie ji* los jesuitas son siempre llamados *yi*, acompañado del calificativo “lejanos” (*yuan yi* 遠夷). Los misioneros de la residencia de Nanjing fueron arrestados, y la residencia clausurada. El punto culminante de la persecución fue la quema de imágenes y de estatuas cristianas.

En 1616, el año de emisión de los memoriales, la residencia de los jesuitas en Nanjing fue inspeccionada por soldados durante dos días, dejando como resultado dos inventarios de la residencia en dicha ciudad. Además, confiscaron instrumentos de medición astronómica, globos terráqueos y esferas celestes, objetando el derecho que estos “bárbaros” se atribuyeron para fabricarlos, en violación a leyes locales.⁶⁰ En el edicto imperial de expulsión se menciona a dos de los misioneros que fueron arrestados, Diego de Pantoja (1571-1618) y Sabatino de Ursis (1575-1620), entre otros, y “mediante investigaciones se sospecha que estos eran bárbaros del tipo francos (*Folangji yizhong* 佛朗機一種)”.⁶¹

Álvaro Semedo (1585-1658), otro de los misioneros que había sido encarcelado durante la persecución, narra cómo los padres fueron tan bien tratados por los presos, quienes –sostiene– generalmente son gente de mala calaña, pero que en China mostraron “humanidad y

en el contexto de los elegantes prefacios de sus interlocutores chinos, y que –como vemos aquí– en contextos de hostilidad podía ser denominado *yi*. Cf. Lydia Liu, *Clash of Empires*, p. 35.

⁵⁷ Como señala Ad Dudink, no se trató de una persecución anticristiana *per se*, sino de una persecución contra las enseñanzas “heterodoxas”, fuera del control estatal. Cf. Adrian Dudink, “Christianity in Late Ming China: Five Studies”, tesis doctoral, Universidad de Leiden, 1995, v-vii; 15.

⁵⁸ Literalmente, “crear caos” (天主教將以夷亂華). Cf. Xu Changzi 徐昌治, *Shengchao Poxie ji juan er* 聖朝破邪集卷二. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=792744>>.

⁵⁹ Según Ad Dudink, Xu hace algunas omisiones. En el prefacio de los *Poxie ji* (1639), Xu dice que los textos reunidos refutan al cristianismo, porque “habla mal del budismo, daña al daoísmo y, además, ataca al confucianismo al mismo tiempo que lo cita como autoridad”. Pero, sin decirlo, Xu omite los pasajes en *Nangong shudu* que son tan críticos del budismo como del cristianismo. Cf. Dudink, “Christianity in Late Ming China”, p. 24. Es pertinente mencionar aquí que los jesuitas, comenzando por Matteo Ricci, atacaban constantemente al budismo, sin estar realmente interiorizados con la filosofía budista. Ése es uno de los aspectos que se les objeta en los *Poxie ji*. Un clásico estudio que analiza estas críticas a los jesuitas es el de Jacques Gernet, *China and the Christian Impact. A Conflict of Cultures*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

⁶⁰ A. Dudink, “The Inventories of the Jesuit House at Nanking made up during the persecution of 1616-17 (Shen Que, Nangong Shudu, 1620)”, en Federico Masini (comp.), *Western Humanistic Culture Presented to China by Jesuit Missionaries (xvii-xviii Centuries)*, Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1996, pp. 137-138.

⁶¹ Cf. A. Dudink, “Christianity in Late Ming China”, p. 47.

delicadeza” hacia los extranjeros, lo que muestra la “natural urbanidad de esta nación”.⁶² No se puede negar, prosigue, que los chinos tengan una “singularísima perspicacia”, pudiendo aplicárseles lo que Aristóteles dijo para los asiáticos, i.e. que Asia supera en ingenio a Europa, pero que Europa la supera en valor, algo que es corroborado por la experiencia. Semedo se queja de que “hay muchos que llaman bárbaros a los chinos, como si hablaran de los negros de Guinea o de los tapuyi –[tapyi?]- del Brasil”.⁶³

En general, lo que los jesuitas intentaban demostrar a sus interlocutores chinos no era solo que ellos no eran bárbaros –así como tampoco su lugar de proveniencia, Europa– sino que además no eran muy diferentes a ellos. En una obra de 1626, publicada en Hangzhou, *Ayuda para el ojo y el oído del letrado occidental* (*Xiru ermuzi* 西儒耳目資, 1626), con varios prefacios de sus amigos chinos, el jesuita belga Nicolas Trigault (1577-1628) ofrece un sistema de transcripción fonética para el aprendizaje del chino, acompañado por diagramas. La obra no solo fue muy consultada por los misioneros que llegaban a China, sino también por los letrados chinos interesados en ese sistema fonético graficado. En el prefacio Trigault introduce una sugerente idea:

Quando expresas lo que hay en tu mente, generas significado. Si no expresas tus pensamientos a alguien, entonces no te comunicas con nadie. Pero las personas prefieren comunicarse, porque no pueden bloquear sus pensamientos; entonces se comunican de diferentes maneras: usan palabras cuando están cerca, y letras cuando están lejos. Todos ellos juntos expresan pensamientos, y ayudan a las personas a comprenderse. Los pensamientos de las personas presentan grandes similitudes y pequeñas diferencias, pero cuando las expresan, es ahí donde se observan grandes diferencias y pocas similitudes. ¿Por qué? Porque los pensamientos natos son naturales, y por lo tanto presentan grandes similitudes; pero el modo en que la gente los expresa es fortuito, y por lo tanto surgen grandes diferencias.⁶⁴

Si uno extrapola esta frase del sistema fonético, lo que Trigault dice a sus interlocutores es que piensan igual, y si las dificultades residen en que no hablan la misma lengua, entonces se las puede sortear. Podríamos preguntarnos si los misioneros se pronunciarían de este mismo modo en los contextos misionales coloniales, como el que indica Semedo en referencia a los indios del Brasil, que sí merecían llamarse “bárbaros”. El aprendizaje y la fluidez lograda con el idioma chino, una cultura letrada compartida, el ceremonial y todo lo que –como había declarado Ricci– tenía que ver con “lo exterior,” eran todos signos de la voluntad de “sinizarse” por parte de los misioneros, y “sinizarse” significaba alejarse lo más posible del calificativo de *yi*, o de cualquier otro término que tuviera un sentido peyorativo. Como mostramos aquí, los misioneros recibieron ese epíteto en el único terreno donde les era más difícil transigir: el religioso.

⁶² Álvaro Semedo SJ, *Relação da grande monarquia de China*, traducido del italiano por Luís Gonzaga Gomes, Macau, Direcção de Serviços de Educação e Juventude, Fundação Macau, 1994, p. 64.

⁶³ *Ibid.*, p. 66.

⁶⁴ 人具靈才，以理為本。理靜屬性，理動生意。意生於內而未表於外者，必不能通於外。但人心好通，不忍自囿於內，則其表於外之法必巧，以近用言，以遠用字。言擊耳鼓，字照目鏡，總出內意於我外。或響或現，進通於他人之內。惟內意於人有大同小異，外表於人有大異小同，何也？內意根於本理之自然，故大同；外表根於人定之偶然，故大異(mi traducción). Cf. Jin Nige 金尼閣 (Trigault, Nicolas), *Xiru ermuzi* 西儒耳目資, Hangzhou, 1626, vol. 1, p. 52. Disponible en <[https://zh.wikipedia.org/w/index.php?title=File:%E8%A5%BF%E5%84%92%E8%80%B3%E7%9B%AE%E8%B3%87\(%E4%B8%80\).pdf&page=52](https://zh.wikipedia.org/w/index.php?title=File:%E8%A5%BF%E5%84%92%E8%80%B3%E7%9B%AE%E8%B3%87(%E4%B8%80).pdf&page=52)>.

4. Conclusiones

En este trabajo hemos analizado algunos ejemplos de encuentros entre los habitantes del Reino Medio durante el período Ming y europeos que llegan a China gracias a los movimientos expansivos de los imperios modernos tempranos. Desde los *Folangji*, y su llegada al mar meridional de China, no identificados en los registros de la Dinastía Ming, a los misioneros europeos “sinizados” que pasaron gran parte de su vida en el Reino Medio, todos ellos fueron en algún momento de su estancia en China llamados *yi*. El término *yi* podía tener una connotación poco amistosa, o peyorativa, pero fueron los europeos quienes forzaron su significado como “bárbaro” al traducirlo a sus lenguas. Posteriormente, las protestas de los británicos en el Tratado de Tianjin de 1858 –episodio que analiza Lydia Liu– contra el término *yi* expusieron una inconmensurabilidad que no se había pronunciado anteriormente, o al menos no con esa magnitud. Evidentemente, las relaciones de fuerza entre los británicos y los chinos en el contexto de la Segunda Guerra del Opio, que se había desencadenado en 1856, no eran las mismas que las de los *Folangji* y los misioneros jesuitas en el período Ming. Sin embargo, de uno u otro modo, tanto los *Folangji* como los misioneros lograron permanecer en o cerca de China –cerca, en el caso de los portugueses que se instalaron en Macao, y desde allí siguieron vinculados comercialmente–. Eran contactos que condujeron a otro tipo de relaciones, distintas de las que el Reino Medio había conocido históricamente, como, por ejemplo, la de ejercer un control administrativo directo sobre una población, o incluirla dentro de su sistema tributario. China tampoco tenía conocimiento geográfico del lugar de origen de los europeos porque, sencillamente, los *Folangji* y los misioneros jesuitas venían de lejos.

Estos “nuevos *yi*” podían dejar de serlo si aceptaban las normas impuestas por un centro que, tal vez, lo que tenía de imaginario lo tenía de legítimo. En este sentido, las caracterizaciones de “crudos” y “cocidos” que se aplicaban a poblaciones que tenían lazos de algún tipo con China –como estados vasallos, tributarios, vecinos fronterizos, o poblaciones ubicadas en anteriores fronteras imperiales, entre otros– difícilmente puedan aplicarse a los europeos durante el período Ming. Sin embargo, estas categorías podrían resaltar algo que parece evidente en los casos que analizamos aquí: la voluntad o no de aceptar las reglas que China imponía a los extranjeros que ponían pie –o intentaban poner pie– en ella. Para los *Folangji* podía ser la aceptación del pago de tasas, que finalmente acordaron, aprendiendo de los errores del pasado, y suavizando sus modos amenazantes, así como las acciones criminales y piratas que se habían manifestado desde el inicio con la imperdonable conquista de Malaca, una región tributaria de la Dinastía Ming. Y para los misioneros, la adopción de una cultura confuciana, mediante un ejercicio consciente y sostenido de identificación con los letrados chinos. En el plano del conocimiento geográfico, los jesuitas, aun yendo en contra de las representaciones cartográficas con las que estaban familiarizados desde sus años en los colegios de la Compañía de Jesús, no descentraron el Reino Medio, pero declararon su objetivo de mostrar cuántas más regiones y naciones lo rodeaban, más allá de los distintos grupos de *yi* en “las cuatro partes”. En el Reino Medio, los misioneros se cuidaron de usar el término *yi*, cuando sus interlocutores chinos no tenían modo de conocer toda la literatura europea que condenaba a los habitantes de mundos extraeuropeos, como aquellos de las Américas, al status de “bárbaros”. Por último, si consideramos los ejemplos aquí analizados, desde los *Folangji* en adelante, lo que tienen en común es que el uso del calificativo de *yi* para los europeos se dio en contextos de hostilidad o de choque con las autoridades imperiales y/o habitantes del Reino Medio.

Volviendo a la cuestión de la “sinización”, los misioneros jesuitas tenían un genuino interés en formar parte de la cultura letrada confuciana; y también habían percibido que allí residía un núcleo duro de “sinización”.⁶⁵ Pero hubo un límite a esa visión y voluntad: los ritos confucianos, que algunos misioneros jesuitas interpretaron como “no idolátricos” –ergo, tolerables– en lo que fue una concepción más global del confucianismo como un sistema moral para el “buen gobierno”, sin fundamentos metafísicos o sobrenaturales, compatible con el cristianismo.⁶⁶ Pero esa concepción, denunciada en Roma por otras órdenes religiosas –especialmente dominicos y franciscanos que llegan a China en el siglo xvii– derivó en lo que se conoce como la Controversia de los Ritos chinos, que alcanzó su clímax en el tardío siglo xviii, y que contribuyó al fin de la misión jesuítica en China. Tanto estas acusaciones del lado europeo como las críticas que recibieron los misioneros en escritos como los *Poxie Ji*, desde distintos ángulos, muestran los costos impredecibles e incalculables de evitar ser llamados *yi* en el Reino Medio. □

Bibliografía

Fuentes primarias

Ai Ruliè 艾儒略 (Aleni, Giulio), *Zhifang waiji* 職方外記, 1623. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&res=520749>>.

Barros, João de, *Decadas da Ásia*, 1552. Disponible en <https://books.google.com.ar/books?redir_esc=y&id=rPgOAAAAAJ&q=Cina#v=onepage&q=Affonso&f=false>.

Cai Ruxian 蔡汝賢, *Dongyi Tushuo* 東夷圖說, Beijing Tushuguan Cang Ming Wanli Keben 北京圖書館藏明萬曆刻本, 1586.

Díaz, Francisco, *Diccionario de la lengua mandarina*, Microfilm, Bibliothèque Nationale de France, 199ff.

Jin Nige 金尼閣 (Trigault, Nicolas), *Xiru ermuzi* 西儒耳目資, Hangzhou, 1626, 3 Vols. Disponible en <[https://zh.wikipedia.org/wiki/File:%E8%A5%BF%E5%84%92%E8%80%B3%E7%9B%AE%E8%B3%87\(%E4%B8%80\).pdf](https://zh.wikipedia.org/wiki/File:%E8%A5%BF%E5%84%92%E8%80%B3%E7%9B%AE%E8%B3%87(%E4%B8%80).pdf)>.

Leites, Serafim SJ, *Monumenta Brasiliae I* (1538-1553), Roma, Monumenta Historica Societatis Iesu, vol. 79, 1956.

Mao Yuanyi 茅元儀, *Zhenghe hanghai tu* 鄭和航海圖, Beijing 北京, Zhonghua shuju 中華書局, 1961.

Mingshi zongshu huangdi shilu 明世宗肅皇帝實錄. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=968436>>.

Ricci, Matteo SJ. *Storia dell'Introduzione del Cristianesimo in Cina, nuovamente edita ed ampiamente commentata col sussidio di molti fonti cinesi da Pasquale M. D'Elia SJ*, 3 vols., Roma, Libreria dello Stato, 1942-1949.

Rubruck, William of, *The Mission of Friar William of Rubruck. His journey to the court of the Great Khan Möngke, 1253-1255*, trad. de Peter Jackson, Londres, Hakluyt Society, 1990.

Ruggieri, M. y Ricci, M., *Dicionário Português-Chinês. Portuguese-Chinese Dictionary*, ed. De John Witek, Macau, Instituto Português do Oriente y Ricci Institute for Chinese-Western Cultural History, 2001.

Semedo, Álvaro SJ, *Relação da grande monarquia de China*, traducido del italiano por Luís Gonzaga Gomes, Macau, Direcção de Serviços de Educação e Juventude/ Fundação Macau, 1994.

⁶⁵ En el campo de estudios misionales esto formó parte de la llamada estrategia de “acomodación” y la Compañía de Jesús en sus misiones en Asia inspiró un vasto campo de análisis en torno a la *accomodatio*, que escapa a los límites de este estudio.

⁶⁶ Ana C. Hosne, *The Jesuit Missions to China and Peru. Expectations and Appraisals of Expansionism, 1570-1610*, Oxon, Routledge, 2013, p. 30.

Shen Maoshang 慎懋賞, *Siyi guangji* 四夷廣記, Jiu chaoben 舊鈔本, 1578. Disponible en <http://rbook2.ncl.edu.tw/Search/SearchDetail?item=e94f29dff7c44f67bbabb817c2fe33a1fDY1NjE20&image=1&page=3&whereString=IEBTdWJqZWN0X0NhdGVnb3J5NCAi5aSW57SA5LmL5bGsLiAmIEBIYXNjbWFnZSAx0&sourceWhereString=ICYgQHNvdXJjZV9zb3VyY2UgICLLj6TnsY3ljbHlg4_mqqlntKLos4fmlplnuqsi0&SourceID=>>.

Tacchi Venturi, Pietro, *Opere Storiche del P. Matteo Ricci S.I.*, Macerata, F. Giorgetti, 1911-1913, 2 vols.

Xu Changzi 徐昌治, *Shengchao Poxie Ji* 聖朝破邪集(1640), ba juan 八卷. Disponible en <<https://ctext.org/wiki.pl?if=gb&chapter=974810>>.

Zhu Sibei 朱思本, *Guang yu tu* 廣輿圖, Ming Wanli Yimao 明萬曆己卯_(七年, 1579) Hai Yuqian Daikanben 海虞錢岱刊本. Disponible en <<http://rbook2.ncl.edu.tw/Search/SearchDetail?item=cebabe50d6ba483d87ed3da5e97de956fDY1NjQ20&image=1&page=&whereString=ICYgIuW7o-i8v-WcliIlg0&sourceWhereString=&SourceID=>>>.

Bibliografía secundaria

Andrade, Tonio, *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, New Jersey, Princeton University Press, 2016.

Bol, Peter, “Geography and Culture: The Middle-Period Discourse on the Zhong guo – the Central Country”, en Ying-kuei H. (comp.), *Space and Cultural Fields: Spatial Images, Practices and Social Production*, Taipei, Center for Chinese Studies, 2009, pp. 61-106.

Boxer, Charles R., *Fidalgos in the Far East, 1550-1770. Fact and Fancy in the History of Macao*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1948.

Cartier, Michel, “Barbarians through Chinese Eyes: the Emergence of an Anthropological Approach to Ethnic Differences”, *Comparative Civilizations Review*, vol. 6, n° 6, 1981, pp. 1-14.

Chang, Tien-Tsé, *Sino-Portuguese Trade from 1514 to 1644. A Synthesis of Portuguese and Chinese Sources*, Leiden, Brill, 1934.

Cosmo, Nicola di, *Ancient China and its Enemies. The Rise of Nomadic Power in East Asian History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

D’Elia, Pasquale SJ, *Il Mappamondo cinese del P. Matteo Ricci S.I.* (3° ed., Pechino 1602) conservado en la Biblioteca Vaticana, comentado, traducido y anotado por el P. Pasquale M. D’Elia S.I., Ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1938.

—, “Recent Discoveries and New Studies (1938-1960) on the World Map in Chinese of father Matteo Ricci”, *Monumenta Serica*, vol. 20, 1961, pp. 82-164.

Dikötter, Frank, *The Discourse of Race in Modern China*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1992.

Dos Santos Alves, Jorge M., “La voix de la prophétie: Informations portugaises de la 1e moitié du xv^e s. sur les voyages de Zheng He”, en Claudine Salmon y Roderich Ptak (comps.), *Zheng He. Images & Perceptions. Bilder & Wahrnehmungen*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2005, pp. 39-55.

Dudink, Adrian, “Christianity in Late Ming China: Five Studies”, tesis doctoral, Universidad de Leiden, 1995.

—, “The Inventories of the Jesuit House at Nanking made up during the persecution of 1616-17 (Shen Que, Nangong Shudu, 1620)”, en Federico Masini (comp.), *Western Humanistic Culture Presented to China by Jesuit Missionaries (xvi-xvii Centuries)*, Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1996, pp. 119-157.

Fang Weigui, “Yi, Yang, Xi, Wai and Other terms: the Transition from ‘Barbarian’ to ‘Foreigner’”, en M. Lackner, I. Amelung y J. Kurtz (comps.), *New Terms for New Ideas. Western Knowledge and Lexical Change in Late Imperial China*, Leiden, Brill, 2001, pp. 95-123.

Fiskesjö, Magnus, “On the ‘Raw’ and the ‘Cooked’ Barbarians of Imperial China”, *Inner Asia*, vol. 1, n° 2, 1999, pp. 139-168.

Ge Zhaoguang 葛趙光, “Shanhaijing, zhigongtu he lixingjizhong de yiyuyi, 山海經, 職貢圖和旅行記中的異域記憶, *Gudaizhongguode lishi, sixiangyuzongjiao* 古代中國的歷史, 思想與宗教, Beijing 北京, Beijing shifandaxue chubanshe 北京師範大學出版社, 2006.

Gernet, Jacques, *China and the Christian Impact. A Conflict of Cultures*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Ho Ping-ti, "In Defense of Sinicization: A Rebuttal of Evelyn Rawski's 'Reenvisioning the Qing'", *The Journal of Asian Studies*, vol. 57, n° 1, febrero de 1998, pp. 123-155.

Hosne, Ana Carolina, *The Jesuit Missions to China and Peru. Expectations and Appraisals of Expansionism, 1570-1610*, Oxon, Routledge, 2013.

Kyle Crossley, P. *Translucent Mirror: History and Identity in Qing Imperial Ideology*, Berkeley, University of California Press, 1999.

Kyle Crossley, P., H. Siu y D. Sutton (comps.), *Empire at the Margins. Culture, Ethnicity, and Frontier in Early Modern China*, Berkeley, University of California Press, 2006.

Liu, Lydia He, *The Clash of Empires: the invention of China in modern world making*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004.

Needham, Joseph, *Science and Civilisation in China*, vol. 3: *Mathematics and the Sciences of the Heavens and the Earth. With the collaboration of Wang Ling*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Nylan, Michael, *The Five "Confucian" Classics*, New Haven, Yale University Press, 2001.

Ollé, Manel, *La empresa de China: de la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Barcelona, Acantilado, 2002.

Papelitzky, Elke, "An Introduction to Siyi Guangji 四夷廣記" *Crossroads: Studies on the History of Exchange Relations in the East Asian World*, vol. 11, 2015, pp. 85-95.

Pines, Yuri, "Beasts or Humans: Pre-Imperial origins of the 'Sino-Barbarian' dichotomy", en Reuven Amitai y Michal Biran (comps.), *Mongols, Turks, and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World*, Leiden, Brill, 2005, pp. 59-102.

Rawski, Evelyn, *The Last Emperors: A Social History of Qing Imperial Institutions*, Berkeley, University of California Press, 1998.

—, E. Rawski, *Early Modern China and Northeast Asia. Cross-Border Perspectives*, Cambridge (MA), Cambridge University Press, 2015.

—, "Reenvisioning the Qing: The Significance of the Qing Period in Chinese History", en Emma Teng, *Taiwan's Imagined Geographies. Chinese Colonial Travel Writing and Pictures, 1683-1895*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004.

Wild, Norman, "Materials for the Study of the Ssū I Kuan 四夷(譯)館 (Bureau of Translators)", *Bulleting of the School of Oriental and African Studies*, University of London, vol. 11, n° 3, 1945, pp. 617- 640.

Zhang, Qiong, *Making the New World their Own: Chinese Encounters with Jesuit Science in the Age of Discover*, Leiden, Brill, 2015.

Zurndorfer, Harriet, "Encounter and coexistence: Portugal and Ming China 1511-1610: Rethinking the Dynamics of a Century of Global-local Relations", en Manuel Perez García y Lucio de Sousa (comps.), *Global History and New Policentric Approaches*, Singapur, Palgrave Studies in Comparative Global History, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 37-52.

Zwartjes, Otto, "El Vocabulario de la letra china de Francisco Díaz", *Boletín Hispánico Helvético*, vol. 23, 2014, pp. 57-100.

Resumen / Abstract

Confrontar al “bárbaro”: la mirada sobre los europeos en China entre los siglos XVI y XVII

Este artículo analiza algunas fuentes que registraron la presencia de europeos en China, desde la llegada de portugueses a las costas de la provincia de Cantón a principios del siglo XVI y, posteriormente, la de sucesivas generaciones de misioneros jesuitas a partir de fines de ese siglo, a los que calificaron como *yi* 夷, término que fue traducido en distintas lenguas europeas como “bárbaro”. La primera parte de este artículo se centra en algunas cuestiones teóricas en torno al concepto de *yi*, así como en el tema de la traducción de *yi* como “bárbaro” por europeos en el siglo XVII. La segunda parte analiza la mirada china sobre los primeros portugueses que llegaron al mar meridional de China en el temprano siglo XVI –llamados *Folangji*–, calificados como *yi* en distintas fuentes del período Ming, hasta su posterior radicación en Macao. La tercera parte se centra en la misión jesuítica en China, fundada en 1583, que dio origen a múltiples intercambios de saberes en círculos letrados, en distintas ciudades. No obstante, fuera de estos círculos letrados, los misioneros de la Compañía de Jesús no estuvieron exentos del calificativo de *yi*. Las conclusiones ofrecen reflexiones sobre los contextos y las situaciones en los cuales los europeos en este período fueron percibidos como *yi* por los habitantes del Reino Medio.

Palabras clave: Bárbaros - China - Europa - Ming - Folangji - Jesuitas

Fecha de recepción del original: 6/2/2020

Fecha de aceptación del original: 1/4/2020

Facing the “barbarian”. Chinese views of Europeans in the 16th and 17th centuries

This article examines Chinese records on Europeans –from the arrival of the Portuguese in the South China Sea in the early 16th century, to that of different generations of Jesuit missionaries as from the end of that century– in which they were named *yi* 夷, a term usually translated as “barbarian” into European languages. The first part of this article analyzes the theoretical background around the concept of *yi*, as well as the question of its first translations as “barbarian” by Europeans in the 17th century. The second part focuses on Chinese sources on the first Portuguese who reached the South China Sea in the early 16th century –called Folangji– regarded as *yi* in different sources during the Ming period, until their later establishment in Macao. The third section examines the Jesuit China mission, founded in 1583, which encouraged exchanges in diverse fields of knowledge in literati and scholarly circles, in different cities. However, in other scenarios outside these groups, the Jesuit missionaries could not avoid being called *yi*. Concluding remarks reflect on the different situations in which Europeans in the Middle Kingdom were regarded as *yi* by the Chinese.

Keywords: Barbarians - China - Europe - Ming - Folangji - Jesuitas

Tiempo e historia en la sociología de Gabriel Tarde

Daniel Szabón

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional Arturo Jauretche

Desde hace varias décadas asistimos a un rescate de la figura de Gabriel Tarde (Sarlat, 1843-París, 1904) que supone una valorización creciente de la importancia de quien fuera para la fecha de su fallecimiento el nombre más celebrado de la sociología francesa –por entonces en pleno proceso de consolidación profesional y académica– así como uno de sus principales penalistas y criminólogos.¹ Tal “redescubrimiento” (para usar un término a esta altura ya un poco abusivo) ha incluido la reedición de sus obras más importantes, así como la publicación de algunos trabajos inéditos y la ampliación de los estudios que lo tienen como objeto.² En este trabajo nos interesará mostrar un aspecto que entendemos hasta ahora ha estado ausente en la renovación del interés por la obra del autor de *Las leyes de la imitación*, como es el del modo en que en ella opera una forma particular de entender la temporalidad de la vida humana. Este interés por el lugar del *tiempo* en la sociología tardeana es solidario de una preocupación por su forma de concebir la *historia* y la relación que puede encontrarse entre ambas operaciones cognoscitivas –la sociológica y la histórica– en su producción.

En lo que sigue intentaremos, en primer lugar, mostrar la presencia de dicha problemática en sus textos, siguiendo el criterio cronológico de su redacción (que no siempre coincidirá con el de su publicación). Posteriormente, se intentará sistematizar el saldo de tal recorrido esbozando los aspectos más salientes de dicho tratamiento. Finalmente, en la última sección se buscará contraponer tales rasgos a algunos presentes en la sociología durkheimiana, ubicando a ambas en el contexto más amplio de las transformaciones que atravesaba hacia entonces el tratamiento de la dimensión temporal por parte de los estudios históricos.

¹ David Toews, “The Renaissance of *philosophie tardienne*”, *Pli. The Warwick Journal of Philosophy*, n° 8, 1999, pp. 164-173; Eduardo Viana Vargas, *Antes Tarde de lo que nunca. Gabriel Tarde e a emergência das ciências sociais*, Río de Janeiro, Contra Capa Livraria, 2000; Laurent Mucchielli, “Tardomania? Réflexions sur les usages contemporains de Tarde”, *Revue d’Histoire des Sciences Humaines*, n° 3, 2000, pp. 161-184; Eric Alliez, “Différence et répétition de Gabriel Tarde”, *Multitudes*, n° 7, diciembre de 2001, pp. 171-176; Bruno Latour, “Gabriel Tarde and the End of the Social”, en Patrick Joyce (comp.), *The Social and its Problems*, Londres, Routledge, 2002, pp. 117-132.

² El grupo “Empêcheurs de penser en rond” ha emprendido la reedición de la obra completa de Tarde; en nuestro país se han editado recientemente *Monadología y sociología* (Cactus, 2006), *La opinión y la multitud* (Urbanita, 2013) y *Ensayos sociológicos* (Prometeo, 2015 y 2017).

1. Tarde y el tiempo: un interés duradero

Tratándose de un autor que no se caracteriza por la sistematicidad de su pensamiento (y menos aun por el ordenamiento en su exposición) toda reconstrucción que se intente postular del mismo debe tomarse siempre con recaudos. En lo que hace a los tópicos tratados en este trabajo (tiempo e historia) Tarde desarrolló sus puntos de vista en la materia de modo fragmentario y desordenado, en trabajos que tenían otros propósitos, tanto en sociología como en criminológica. Como veremos, en algunos casos se trata de textos que el autor decidió dejar sin publicar, lo que no deja de imponer una nota de caución sobre su lectura. Aun con estas precauciones, sin embargo, consideramos que se puede esbozar una caracterización del modo en que nuestro autor despliega su concepción acerca de la naturaleza del tiempo y, correspondientemente, del conocimiento histórico.

Apuntes juveniles, notas personales, primeros artículos

Ya en los aportes más tempranos del joven Tarde puede advertirse la presencia de preocupaciones referidas a los dos problemas centrales aquí analizados: el tiempo y la historia. Nos referiremos a las anotaciones inéditas de Tarde redactadas desde los años 1860,³ así como a sus primeros artículos, escritos a comienzos de la década siguiente (aunque editados muy posteriormente).⁴ En sus primeras notas, el problema de la naturaleza del tiempo (y del espacio) se introduce como parte de una inquietud metafísica que está en el corazón de su proyecto filosófico-sociológico: la oposición entre continuidad y discontinuidad como aspecto esencial de la realidad de las cosas, disyuntiva en la cual abogará firmemente por la segunda alternativa. Jugando con la hipótesis de un mundo en el que no existiera sucesión temporal, donde la infinidad de las cosas se desplegaría “de un golpe”, para luego “suicidarse”,⁵ Tarde se pregunta acerca de la mejor forma de representar el presente (punto, línea o superficie), para pasar a intentar definir el “instante” como “una cantidad infinitesimal de una capacidad infinita”.⁶ Criticando la suposición de la continuidad de los movimientos, afirma la posibilidad de que este sea un desplazamiento gradual; tras la continuidad siempre se esconden “hiatos incomprensibles” que la fragmentan y discontinúan.⁷

Tarde sugiere que el papel de la memoria es precisamente mantener unido aquello que cambia en el tiempo (una noción que reencontraremos más adelante). Frente a las hipótesis evolutivas se pregunta si no es mejor considerar la “creación *ex abrupto*”: cada punto por el que pasa la evolución viene a ser una “creación” de la nada. Si la razón de ser de la evolución del germen es el estado adulto al que llega, ¿por qué no se da “de golpe”, sin tantos pasos previos? Discutiendo la existencia de “leyes” para todo hecho, sociales o naturales, planteando la

³ Analizados a partir de la consulta de sus diarios y notas personales, disponibles en el “Fonds Gabriel Tarde” del Centre d’Histoire d’Europe du Vingtième Siècle (CHEVS), Fondation Nationale des Sciences Politiques. Los textos examinados corresponden a las cajas numeradas de GTA1 a GTA51, distinguidas como “Manuscritos de estudio”.

⁴ Como “La variation universelle”, “L’action des faits futurs”, “Les possibles” o “Les traits communs de la nature et de l’histoire”. Cf. Jean Milet, *Gabriel Tarde et la philosophie de l’histoire*, Paris, Vrin, 1970.

⁵ “Hypothèse”, 20 de octubre de 1867, GTA 41.

⁶ “Idée de temps”, 10 de junio de 1864 y septiembre de 1872, GTA 41, subrayado del autor.

⁷ Nota sin título, marzo de 1876, GTA 01.

posibilidad de una ley de lo “episódico”, concluirá que los acontecimientos históricos son “hechos que evolucionan”, en el sentido de ser capitales por su fecundidad. Del mismo modo rechaza “el hábito de localizar exclusivamente en el pasado las razones de ser del presente, a pesar de que la acción del futuro, que aún no es, sobre el presente, no sea menos concebible que la acción del pasado, que ya no está”. El “prejuicio del libre albedrío” es lo que nos impide explicar al niño por el adulto, al inferior por el superior, a la hoja por la flor.⁸ La marca de las lecturas de Leibniz y Maine Biran es evidente en su discusión del modelo categorial de Kant:⁹ es el “yo” del observador quien se representa a sí mismo en las concepciones de tiempo y espacio.¹⁰ Tiempo y Espacio son subordinados por la primacía del *yo*: “en mi teoría... el *yo* es todo, espacio y tiempo”.¹¹

El tema de la “exagerada” primacía que se le otorga al pasado para explicar al presente en desmedro del futuro, que reaparecerá en varias publicaciones de Tarde, tiene una significativa presencia en sus apuntes de juventud. Ya en “L’action des faits futurs” –escrito en 1878, pero publicado en 1901–¹² Tarde llamaba la atención acerca de la tendencia “casi invencible” por la que se busca siempre apoyar “al hecho posterior en el anterior y nunca viceversa” en una cadena de fenómenos, y plantea la hipótesis de una “acción a distancia” temporal equivalente a la gravedad newtoniana en el espacio, capaz de producir sus efectos más allá del sentido de la escala cronológica.¹³ Las dificultades que experimentamos a la hora de comprender teleológicamente el despliegue de lo existente partiendo del punto de llegada, defecto propio del determinismo, pueden ser corregidas por el “evolucionismo” en la medida en que este último pueda agregarle la fundamental “idea de finalidad”, aunque despojada de todo “barniz teológico”. Así entendida, la evolución no es mera sucesión “mecánica” sino una “armonía co-establecida”, por la que la “unilateralidad” del nexo causal simple de las “leyes” se complementa con la reciprocidad del lazo de causalidad entre los fenómenos sucesivos.

Al reflexionar acerca de la relación entre ambos tipos de relaciones, las causales y las evolutivas, aventurando la hipótesis de que “lo real no es más que la concentración” de distintos “órdenes de posibles”, el producto de su “lucha fecunda y su mutilación mutua”,¹⁴ Tarde introduce aquí un tema, el de los “posibles”, que revela otra de las grandes influencias en su pensamiento, la del matemático Cournot.¹⁵ Anudadas de esta forma la posibilidad contingente que preside sobre la aparición de los fenómenos con la dirección que rige su secuencia a lo largo del tiempo, Tarde se pregunta por qué es más sencillo para nuestro entendimiento admitir los “futuros contingentes” que los “pasados contingentes”, criticando la tendencia a inducir el futuro del pasado conocido en lugar del pasado del futuro, enigmático por definición: del he-

⁸ “Examen de la formule de l’évolution”, agosto de 1973, GTA 43.

⁹ La psicología introspectiva de Pierre Maine de Biran (1766-1824) dejará su marca en la filosofía francesa, tanto en autores como Boutroux o Fouillée, genéricamente caracterizados como “espiritualistas”, hasta nombres como Bergson o Merleau Ponty, ya en el siglo xx. cf. François Azouvi, *Maine de Biran. La science de l’homme*, París, Vrin, 1995; Anne Devarieux, *Maine de Biran, la individualité perseverante*, París, Millon, 2004.

¹⁰ “Théorie sur l’origine des idées d’Espace et de Temps”, mayo ‘78, GTA 37.

¹¹ Nota sin título, septiembre 79, GTA 37.

¹² Gabriel Tarde, “L’action des faits futurs”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 9, n° 2, 1901, pp. 119-137.

¹³ *Ibid.*, pp. 120-122.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 123-124.

¹⁵ El nombre de Auguste-Antoine Cournot (1801-1877) es relevante en economía, matemática y filosofía de la historia, intentando articular en esta los aspectos contingentes y necesarios de los hechos; cf. Robert Leroux: “La philosophie de l’histoire de Cournot”, *Revue d’histoire des sciences humaines*, n° 12, 2005, pp. 141-162.

cho de que “el pasado nos hace conocer el futuro” derivamos la “ilusión” de que el primero engendra al segundo.¹⁶

Toda nuestra representación del flujo temporal como movimiento del pasado hacia el futuro nace de esta confusión; disolverla requiere reconocer la existencia de un “sentido” en la “marcha de las cosas” dado por el papel de la *diferenciación*, verdadero principio maestro que informa los textos producidos en esta época de su vida. No se trata de negar la influencia de los hechos del pasado ni de mezclarla con la que proviene del futuro en una “determinación mutua” indiferenciada, sino de reconocer la existencia de diversos “grados de intensidad” en este campo de hechos situados a lo largo de la escala temporal, una “jerarquía de influencias escalonadas” que incluye entre ellos los “hechos históricos”. Echando mano de la cournotiana “razón de las cosas”, Tarde reclama que tal razón sea buscada tanto en el pasado del cual provienen como en el futuro hacia el que “convergen”, término en el que se condensan sentidos físico-naturales como históricos, sociológicos y psicológicos. La historia se resuelve así en “ríos” convergentes cuya dirección, lejos de ser solo “rectilínea y uniforme” como querría el determinismo mecanicista, tiene curvas, meandros, aceleraciones y retardaciones, nacidas de sus respectivos “encuentros” [*rencontres*]. Este azaroso cruce entre ríos es equiparado por Tarde a lo que significativamente llamará la “duración”, cuya existencia prolongada en el tiempo ha llevado al error de considerarla como única realidad. La crítica al “monopolio explicativo” de lo duradero sobre lo acontecimental supone, así, toda una forma de entender la historia.¹⁷

Por su parte, el artículo “Les possibles”, originalmente finalizado hacia 1874,¹⁸ desarrolla la idea del carácter “condicional” de toda existencia (humana o natural), nacida del “exceso de la potencia sobre el acto”. Es la realización de algunos “posibles” lo que los saca del estado de virtualidad y los coloca en el mundo de lo existente, pero a condición del “sacrificio” de otras posibilidades, “abortadas” por su triunfo, debido al contraste entre la finitud del mundo y la infinitud de los posibles. Reaparece aquí la importancia de la idea de “finalidad” –y el reproche al darwinismo por desconocerla– entendida ahora como tendencia de todo “germen” a irradiar en una infinitud de sentidos. Este “deseo de totalidad”, esta voluntad de afirmación, “sed insaciable del Universo”, es el motor del movimiento de lo real, la “Diferencia Universal” que obliga a la eterna sustitución de lo existente por lo distinto, intentando siempre realizar alguna sección del “cortejo de posibles” que todo lo real arrastra consigo.

Finalmente, también es relevante en estos apuntes juveniles su crítica (de cuño leibniziano) a la antítesis kantiana “el universo no tiene comienzo ni fin”, que para Tarde supondría un tiempo extra-humano, y por lo tanto, imposible de concebir como “forma mental”, como afirmaba el autor de la *Crítica de la razón pura*. Por el contrario, para Tarde el tiempo es “virtualidad infinita”, lo que hace inaceptable la idea de un “tiempo vacío”; concluye afirmando la importancia central de la *simultaneidad*, noción tan relevante para la noción de tiempo como la de sucesión.¹⁹

¹⁶ “Nous induisons l’avenir du passé, *qui est le connu pour nous*; jamais, le passé de l’avenir, qui est l’énigme; le passé nous fait connaître l’avenir, et de là l’illusion de penser qu’il le fait être”, Gabriel Tarde, “L’action des faits futurs”, cursivas del autor.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 133-136.

¹⁸ Publicado póstumamente: “Les possibles: fragments d’un ouvrage de jeunesse inédit”, *Archives d’anthropologie criminelle*, n° 25, 1910, pp. 8-41.

¹⁹ Gabriel Tarde, “Notes sur Kant (*Critique de la raison pure*, ed. Tissot)”, junio de 1876, GTA 01.

Primera formulación del modelo

Los primeros artículos en materia filosófica publicados por Tarde muestran su negativa a reconocerle cientificidad a la historia: si en el primero de ellos se afirmaba que la historia no era más que “la narración de los conflictos” entre creencias y deseos contrapuestos,²⁰ en el segundo dirá taxativamente que, en cuanto a la sucesión de “invenciones” que conforman la existencia humana, toda ciencia es imposible, y solo hay lugar para su *historia*.²¹ Este tema es el punto de partida del artículo “Les traits communs de la nature et de l’histoire”, que luego será reeditado como primer capítulo de *Las leyes de la imitación*.²² La tesis de esta obra es conocida: la sociedad es una forma de relación entre las personas sostenida en la facultad imitativa de los integrantes del conjunto; lo social nace de una acción originariamente individual (el “creador” o “inventor”) luego reproducida y generalizada por la imitación de sus pares. Forma social del gran principio de *repetición*, la imitación cumple en este terreno el mismo papel que la herencia en el biológico y la vibración ondulatoria en el físico: reproducir y propagar los efectos de lo que siempre es originalmente “individual”, hasta alcanzar su mayor generalización posible.²³

Se advertirán en esta apretada síntesis algunos rasgos ya comentados de la concepción de tiempo e historia tardeanas. La impronta *secuencial* que adquiere la relación individuo-sociedad: lo social es producto del *devenir* de las relaciones entre los sujetos que conforman la vida colectiva, que se va constituyendo desde un punto de partida individual hasta su desenlace. Dicha secuencia es claramente teleológica, ya que todo lo existente tiende a reproducirse y multiplicarse. Por último, el lugar central del “accidente” en la anatomía de lo social que postula nuestro autor: esa novedad individual surge de la imaginación afortunada de un innovador, de la inspiración genial de un inventor o descubridor. Como ocurre en Cournot con los accidentes históricos, la invención es en Tarde el fruto del cruce casual entre secuencias lógicas anteriores; “lo normal deriva de lo accidental”.²⁴ Ahora bien, esta centralidad de lo “accidental” supone un obstáculo para la posibilidad de una ciencia de lo social, que como vimos requiere para Tarde partir de sus regularidades para no reducirse al nivel de una “filosofía” o una *historia*.²⁵ La solución tardeana consiste en disolver los hechos históricos en “actos individuales”, alejándose del “falso racionalismo” idealista que supone verlos “impersonalmente”, capturando por el contrario su profunda esencia subjetiva. Esta perspectiva “*accidentalista*” equipara así al lugar del accidente en la historia –los verdaderos “hechos de la historia” con el de la invención individual en las “cosas sociales”–.²⁶

²⁰ Gabriel Tarde, “La croyance et le désir. La possibilité de leur mesure”, *Revue philosophique*, n° 10, 1880, pp. 150-180 y 264-283

²¹ Gabriel Tarde, “La psychologie en économie politique”, *Revue philosophique*, n° 12, 1881, p. 410, pp. 232-250 y 401-418.

²² Gabriel Tarde, “Les traits communs de la nature et de l’histoire”, *Revue philosophique*, n° 14, 1882, pp. 270-291.

²³ Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación y La sociología*, Barcelona, CIS, 2014 [*Les lois de l’imitation*, París, Alcan, 1890].

²⁴ Tarde, *Las leyes de la imitación*, p. 145 [“Les traits communs de la nature et l’histoire”, *Revue philosophique*, n° 14, 1882, p. 273].

²⁵ Gabriel Tarde, “Y a-t-il lieu à une science, ou seulement à une histoire et tout au plus à une philosophie des faits sociaux?...”, “Les traits communs...”, p. 270.

²⁶ *Ibid.*, p. 271. En la reedición del texto en *Las leyes...* el término “accidentalista” desaparece.

En otro capítulo de *Las leyes de la imitación*, la pregunta acerca de “Qué es la historia”²⁷ será respondida por Tarde analizando los métodos de trabajo de arqueólogos y estadísticos. El arqueólogo, afirma, al desconocer los rasgos específicamente individuales de sus actores, hace “sociología pura”, dado que se ve obligado a considerar solo lo esencial de la existencia humana, “el despliegue de ideas y necesidades”, es decir, los inventos. La cruel acción del tiempo, que destruye todo resto del componente “carnal y frágil” de los hechos humanos, permite observar directamente “lo propiamente social”.

A diferencia de los historiadores, que solo consideran en la historia a los individuos en concurso, en conflicto [...] los arqueólogos [...] forman la sociología pura [...] oyen en cierto modo [...] la música del pasado sin ver la orquesta [...] Para ellos [...] la historia [...] consiste simplemente en apariciones y despliegues [...] de ideas originales, de necesidades originales, de invenciones [...] que se convierten [...] en los grandes personajes históricos y los verdaderos agentes del progreso humano [...].²⁸

Esta misma abstracción de los actos humanos remotos más allá de sus protagonistas se encuentra en la estadística, “método sociológico por excelencia”, al ver los acontecimientos humanos en forma “abstracta e impersonal”. Al hacerlo, muestra la propagación alcanzada por una innovación, sus obstáculos y su evolución posterior, siendo así la “fisiología” de las sociedades (así como la arqueología era su “paleontología”). A través de este prisma el conjunto incoherente de los hechos históricos puede resolverse en los hechos sociales básicos de invención e imitación. Si bien las primeras surgen accidentalmente, su evolución se desarrolla bajo la forma de regularidades, ondas imitativas que se entrecruzan a lo largo del tiempo:

En medio de esta mezcla incoherente de hechos históricos [...] en vano busca la razón un orden sin hallarlo [...] Pero miremos bajo los nombres y las fechas, las batallas y las revoluciones, ¿qué es lo que vemos? Deseos [...] provocados o excitados por las invenciones [...] y también creencias [...] originadas por los descubrimientos [...] El orden como se manifiestan y se suceden estas invenciones y estos descubrimientos es puramente caprichoso y accidental [...] pero a la larga, por la eliminación inevitable de los que se contradicen [...] el grupo simultáneo por ellos formado se vuelve armonioso y cohesionado.²⁹

En su tratamiento de la estadística, Tarde se ocupa de rechazar la obsesión de quienes –como “Quételet y su escuela”– consideran las regularidades sociales como índices de la reproducción uniforme de determinados actos. El error de esta “física social”, afirma, radica en privilegiar solo un momento del despliegue de una innovación, las “mesetas”, relegando sus otras etapas: su ascenso, cuando su difusión crece y su descenso cuando pasa a estar en desuso. El amesetamiento de las corrientes es solo un equilibrio provisional, producto del cruce de innovaciones concurrentes, pero no puede reflejar una regularidad “objetiva”: resultado del choque de las invenciones, su equilibrio es siempre inestable y provisorio. La perspectiva diacrónica

²⁷ Publicado originalmente como “L’archéologie et la statistique”, *Revue philosophique*, n° 16, 1883, pp. 363-384 y 492-511.

²⁸ Tarde, *Las leyes de la imitación*, pp. 227-228.

²⁹ *Ibid.*, pp. 233-234.

tardeana evita esta distorsión, mostrando que tales mesetas no revelan más que el agotamiento del recorrido de ideas antiguas, cosa que olvidan quienes pretenden utilizar estas regularidades para subordinar la vida social a las “leyes naturales”, en lugar de entenderla como producto de los actos de quienes la conforman. La historia es, entonces, una sucesión de innovaciones “exitosas”, propagadas por imitación hasta convertirse en “hechos sociales”. Lejos de la obsesión determinista por la continuidad, se trata de una historia “anecdótica”, atenta a las discontinuidades que producen las siempre imprevisibles invenciones y preocupada más por lo que tiene adelante que por lo que está a sus espaldas: el “destino” de las imitaciones que le dan cuerpo.³⁰

Lógica, tiempo e historia

El éxito de su primer libro sociológico llevó a Tarde a complementarlo con *La logique sociale* (1895), suerte de continuación de *Las leyes de la imitación* centrada ahora en el análisis de la “invención”. En el capítulo segundo del texto, “L’esprit social”,³¹ se propone una génesis “conjetural” de la formación de las categorías del pensamiento, tanto las del individuo (espacio, tiempo) como las sociales (lenguaje, Dios), por el cual las categorías lógicas resultan “de la repetición consolidada de actos voluntarios” y las instituciones sociales son un extracto de “experiencias antiguas” en las que se condensa “todo el pasado de la nación”.³² Como corolario de este recorrido —que evidencia la influencia del neocriticismo de Renouvier—³³ el conjunto social se presenta como resultado de “esfuerzos seculares” en busca del equilibrio entre las “creencias y deseos” contenidos en su seno. La historia ocupa así un lugar central en la explicación del funcionamiento de la vida colectiva, pero entendida como extrapolación al plano social del análisis introspectivo de la psiquis individual. Así como el “yo individual” se mueve incesantemente sobre capas formadas por recuerdos y costumbres, del mismo modo el conjunto evoluciona a lo largo del tiempo por encima de una acumulación de tradiciones y hábitos, y es la estela que deja su movimiento lo que llamamos “historia”.³⁴

En el capítulo “La serie histórica de los estados lógicos” Tarde ensaya una ambiciosa propuesta de comprensión de la “dialéctica social”, reducida esquemáticamente a las posibilidades de acuerdos lógicos o teleológicos entre los distintos “juicios” o “finalidades” (es decir, Creencias y Deseos) en relación dialógica. Se conforman así una serie de posibilidades lógicas que, desplegadas temporalmente, “expresan una sucesión histórica”.³⁵ Influida aquí

³⁰ *Ibid.*, p. 259.

³¹ Publicado antes como “Catégories logiques et institutions sociales”, *Revue philosophique*, n° 28, 1889, pp. 113-136 y 292-309.

³² “Je n’entends point par catégories des moules rigides et coéternels dont la pensée [...] serait forcée à subir la forme inflexible et innée [...] [elles] sont [...] des conditions permanentes, nécessaires [...] d’où s’écarterent souvent mais ou aspirent et reviennent toujours les éléments tumultueux de la vie mentale et aussi bien de la vie sociale.” Gabriel Tarde, *La logique sociale*, París, Alcan, 1898 [1895], p. 93.

³³ Charles Renouvier (1815-1903) ejerció su influencia tanto en la recepción del kantismo en Francia como en el terreno de la política, donde su “pluralismo” informará a toda una tradición de pensadores de la III República. Cf. William Logue, *Charles Renouvier, Philosopher of Liberty*, Baton Rouge, Louisiana State UP, 1993; Sue Stedman Jones, “Representation in Durkheim’s Masters: Kant and Renouvier”, en William S. F. Pickering (comp.), *Durkheim and Representations*, Routledge, 2014, pp. 37-79.

³⁴ Tarde, *Logique sociale*, pp. 126-127.

³⁵ *Ibid.*, p. 135 [antes, “La série historique des états logiques”, *Revue Internationale de Sociologie*, n° 2, 1894, p. 35].

por Cournot y por el logicismo hegeliano, Tarde pasa revista a todas las combinaciones posibles para concluir que la serie desemboca en el acuerdo final, síntesis única y universal de todo que vendría a confirmar su punto de partida: la existencia de “fines en la naturaleza”. En estas diversas “formas de acuerdo” (lógicas y teleológicas) vuelve a aparecer su repetida confianza en la tendencia a la “unanimitad universal”, expresada políticamente en las grandes centralizaciones organizativas estatales, en las que se vislumbra la armonía final entre las lógicas y las teleologías individuales y sociales. Si este esquema lógico contrasta con el carácter intrínsecamente “desordenado” de la faz más superficial de la historia, encadenamiento de acontecimientos refractario al conocimiento científico, la respuesta es nuevamente que las regularidades no deben buscarse en el nivel de lo pasajero acontecimental, donde impera la mera sucesión cronológica, sino en las profundidades de sus repeticiones regulares: es allí donde se encuentra el “orden histórico”, no “en la historia misma”, sino en sus “productos acumulados”.³⁶

No menos ambiciosa es la pretensión de Tarde en *La oposición universal* (1897), donde pretendía encontrar la ley general que preside sobre todas las contradicciones, partiendo de la tesis de la Oposición como principio intelectual universal.³⁷ Este objetivo eminentemente lógico-metafísico se traduce en sociológico en la medida en que se asume el carácter *social* de la contradicción de todas las oposiciones (ya sea mecánicas, físicas o biológicas). Aquí nuevamente nuestro autor ensaya una genealogía de la formación de las categorías, particularmente de las nociones de tiempo y espacio, partiendo de la mente del individuo. Intentando resolver la contradicción que ya está presente en sus textos juveniles entre la discontinuidad profunda de lo real y su apariencia mental como continuidad, Tarde encuentra una clave en la facultad humana de objetivar la percepción y las sensaciones. El Espacio sería entonces la percepción objetivada (la Creencia), y el Tiempo la objetivación de nuestra voluntad (el Deseo), sin término ni objeto. Espacio y Tiempo, siempre únicos e idénticos a sí mismos, nacen del *yo*, de la necesidad de conciliar la percepción con el intelecto. Si en el caso del Espacio la noción se origina en la necesidad de distanciar los objetos percibidos por el niño desde que empieza a conocer el mundo, en el caso del Tiempo su existencia es requisito para evitar las contradicciones entre sensaciones diferentes: así, somos nosotros quienes “creamos al tiempo”.³⁸

La preocupación tardeana por develar las regularidades escondidas detrás del panorama enmarañado de los acontecimientos vuelve a aparecer en el breve texto *Las leyes sociales* (1898).³⁹ Y una vez más, tal inquietud requiere una redefinición de los supuestos de base del conocimiento científico por la que la causalidad queda relegada por la regularidad repetitiva.⁴⁰ Como en “Arqueología y estadística” y en *La logique sociale*, la científicidad de la historia solo se capta haciendo abstracción de la sucesión cronológica de los acontecimientos, y enfo-

³⁶ “[le désordre de] l’histoire [...] n’est que superficiel [...] L’ordre historique cherché [est] dans les produits accumulés de l’histoire, dans les grammaires, dans les codes, dans les théologies ou les corps de sciences, dans les administrations et les industries [...] non dans l’histoire elle-même [...]”. *Ibid.*, pp. 123-124.

³⁷ Gabriel Tarde, *L’opposition universelle. Essai d’une théorie des contraires*, París, Alcan, 1897.

³⁸ “Nous créons le temps, pour y placer les représentations si nombreuses [...] et éviter la contradiction des deux jugements opposés [...] l’un affirmant leur caractère réel [...] l’autre le niant”. *Ibid.*, p. 191.

³⁹ Originalmente una serie de conferencias pronunciadas en el Collège Libre de Sciences Sociales.

⁴⁰ “La historia solo se convierte en una ciencia en la medida en que es capaz de establecer relaciones de causalidad entre una causa general, capaz de repetición o repetida de hecho, y un efecto general, no menos repetido o capaz de repetirse.” Gabriel Tarde, *Las leyes sociales*, Barcelona, Gedisa, 2013 [1898], p. 41.

cándose en la faz repetitiva de lo que subyace tras ellos, es decir, en las operaciones intermentales, de las que resultan. En una curiosa coincidencia con uno de los primeros trabajos de quien ya podía llamarse su rival Émile Durkheim,⁴¹ Tarde acordará con los “adversarios de la teoría de las causas individuales” el error de concentrarse en los “grandes hombres” como protagonistas de la historia, cuando de lo que se trata es de analizar las grandes (o pequeñas) ideas nacidas en cerebros grandes o comunes, fuente original de las “corrientes” que forman los ríos de la historia.⁴²

El último Tarde: el Curso sobre Antoine Cournot

La impronta dejada por Cournot es reconocida en diversas ocasiones por Tarde, quien le dedicó varios textos, el más relevante de los cuales es el Curso sobre su Filosofía de la Historia impartido entre 1902 y 1903 en el Collège de France (es decir, muy poco antes de su fallecimiento).⁴³ Aquí, partiendo de la distinción cournotiana entre “causa” y “razón” –la primera como “fuerza” productiva del acontecimiento, la segunda principio explicativo general de su “encadenamiento”–,⁴⁴ Tarde reitera sus críticas a sociólogos (e historiadores) que realizan una mirada “panorámica” del pasado, sin descender a su detalle de los hechos sociales, descuidando las reglas generales que rigen sobre su repetición. Tarde celebra el gran acierto de Cournot en su apuesta leibniziana por la *infinitesimalidad*: el “ateísmo larvado e inconsciente” de ese “politeísmo” que supone el cálculo infinitesimal le permite evitar los peligros de la mirada “en bloque” del pasado, reconociendo que los efectos de una causa siempre están acotados en el tiempo.⁴⁵ El lugar central que le otorga el filósofo a la distinción entre “lo esencial y lo accidental” corresponde, en su traducción tardeana, al de la variación y la repetición; la variación es efecto del azar, y el azar, por lo tanto, es lo normal, lo esencial.

Introduciéndose en el tratamiento cournotiano del problema de la científicidad de la historia, Tarde discutirá su distinción entre los hechos que requieren de explicación histórica y aquellos que no la precisan por estar dadas sus condiciones “por la naturaleza permanente de las cosas”,⁴⁶ suerte de “curvas” cuya inclinación constriñe a todo accidente a desembocar en ciertas confluencias. Aquí el gran acierto de Cournot de definir la historia como mezcla de elementos tanto racionales como accidentales no lo exime, a ojos de Tarde, de dos grandes errores: no reconocer que el “accidente” corresponde a la dimensión psicológico-subjetiva de la *finalidad* (porque solo en relación con los deseos o esperanzas de un sujeto puede juzgarse

⁴¹ Émile Durkheim, “Du rôle des grands hommes dans la société” (Discours aux lycéens de Sens), *Cahiers internationaux de sociologie*, n° 43, 1967 [1883], pp. 25-32.

⁴² Tarde, *Las leyes sociales*, pp. 141-142.

⁴³ Cf. Thierry Martin, “Tarde, lecteur de Cournot”, prefacio a Gabriel Tarde, *Philosophie de l'histoire et science sociale. La philosophie de Cournot*, París, Les Empêcheurs de penser en rond/Seuil, 2002.

⁴⁴ “[...] la philosophie de l'histoire s'enquiert de la *raison* des événements plutôt que de la *cause* des événements”. Antoine-Augustin Cournot, *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, París, Hachette, 1872, p. 11.

⁴⁵ “[...] l'infinitésimal à sa raison d'être objective [...] la sphère ou rayonnent les effets d'une cause donnée est toujours limité [...] Il vient [...] toujours un moment ou un effet, à force de décroître, a le droit d'être considéré comme infiniment petit [...]”. Tarde, *Philosophie de l'histoire*, p. 82.

⁴⁶ Antoine-Augustin Cournot, *Essai sur les fondements de nos connaissances et sur le caractère de la critique philosophique*, París, Hachette, 1851, vol. 2, p. 178.

lo accidental o no de un hecho) y, principalmente, su opción por la continuidad sobre la discontinuidad. Para Tarde la ciencia requiere disolver toda representación “ontológica”, partiendo de una perspectiva subjetiva que dé cuenta de la discontinuidad de lo real. Al revés del proverbio leibniziano, para Tarde, la naturaleza *sí* da saltos,⁴⁷ y es solo debido a la “inclinación ontológica del lenguaje” que tendemos a agrupar lo diverso diferenciado en “nociones homogéneas”, y así “sustituir a la discontinuidad real por una continuidad ficticia”.⁴⁸

La noción de cambio y la idea de continuidad temporal son entonces el resultado del proceso del que surge toda nuestra vida mental. Esta resolución introspectiva biraniana del esquema cournotiano se resolverá en la equivalencia que postula entre las dimensiones espacial y temporal con su par predilecto, el conformado por Creencia y Deseo. Al igual que en *La oposición...* el tiempo es definido como “deseo universal sin término ni objeto preciso”, “voluntad pura, sin objeto pero susceptible de todos los objetos, el optativo categórico”.⁴⁹ La Historia se entiende, nuevamente, como la serie entrelazada de problemas suscitados por la contradicción entre creencias y deseos inter-individuales, resueltos por adaptaciones unilaterales o recíprocas de ideas y deseos gracias a la acción imitativa. En esta secuencia lógica accidentante y razón están ligados, pero si en el modelo cournotiano el primero era simple medio para la segunda, en Tarde el azar ocupa un papel central, porque el estado social (resultado objetivo del desarrollo histórico) difiere de acuerdo al accidente histórico.

Por eso el triunfo de la Razón sobre el Azar solo puede concebirse en el sentido “subjetivo” descuidado por Cournot: la historia es, efectivamente, un trabajo de “lógica social”, pero esta no es más que “la lógica individual vista desde cierto aspecto”. Su científicidad no está en su carácter “objetivo”, sino precisamente en el subjetivo. Solo allí se encuentran sus regularidades, subyacentes al funcionamiento social de cualquier acontecimiento histórico, porque en todos ellos las leyes inter-psicológicas que rigen la dinámica del choque entre creencias y deseos son las mismas:

[...] la historia se ofrece a la mirada del observador como una serie de partidas de ajedrez que se repiten siempre, y que nunca se asemejan [...] en realidad [...] a pesar de esta inagotable variedad de combinaciones [...] las reglas del juego de ajedrez, presentes en el espíritu de cada jugador, siguen siendo las mismas y se aplican de manera idéntica a cada partida [...] ocurre lo mismo en la historia. A pesar de la infinita diversidad de acontecimientos históricos, el funcionamiento en todos los casos está sometido a las mismas leyes inter-psicológicas que son al libre devenir de las fases históricas lo que las reglas del juego son a las partidas de ajedrez.⁵⁰

⁴⁷ “[...] ce proverbe, *natura non facit saltus*, est en contradiction manifeste avec cet autre axiome, *mundum regunt numeri*: si les nombres, qui sont choses essentiellement discontinus, régissent le monde [...] la continuité n’est point souveraine”. Tarde, *Philosophie de l’histoire*, p. 120.

⁴⁸ “[Le] penchant ontologique du langage consiste à masser des individus distincts et nombrables en une notion [...] homogène [pour] substituer à une discontinuité réelle une continuité fictive [...]”. *Ibid.*, p. 121.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 135.

⁵⁰ “[...] l’histoire s’offre [...] au regard de l’observateur comme une série de parties d’échecs qui se répètent toujours, et jamais ne se ressemblent [...] les règles du jeu d’échecs, présentes à l’esprit de chaque joueur [...] s’appliquent identiquement à chaque partie [...] il est de même de l’histoire. Malgré l’infinie diversité des événements historiques, le fonctionnement sous tous les rapports est soumis aux mêmes lois inter-psychologiques qui sont au libre déroulement de phases historiques ce que les règles du jeu sont aux parties d’échecs.” Tarde, *Philosophie de l’histoire*, p. 287 (publicado antes en “L’accident et le rationnel en histoire”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 13, n° 3, 1905, pp. 319-347) (mi traducción).

2. Rasgos principales del tiempo tardeano

El camino recorrido permite apreciar la importancia otorgada por Tarde a lo largo de su obra al tema de la naturaleza del tiempo, inseparable de su propia forma de comprender la reflexión sociológica. Podríamos postular, a partir del mismo, una serie de elementos que condensan sus rasgos más característicos.

Una realidad micro-acontecimental

El lugar central del “accidente” en el esquema interpretativo de Tarde debe haber quedado suficientemente demostrado en las páginas precedentes. Desde su negativa a reconocer una mayor relevancia a las “duraciones” por sobre los “encuentros” (tanto en el plano de su carácter de “realidad” como en su capacidad explicativa) hasta la importancia otorgada al “azar” en el encadenamiento de los hechos históricos, pasando por el lugar del “descubrimiento” o “invención” en el despliegue de los fenómenos colectivos, el modelo tardeano es resueltamente “accidentalista”. Pero detrás de cada accidente, de cada irrupción imprevista del azar, se encuentran operando los principios explicativos que habilitan su cognoscibilidad, los cuales también son acontecimientos. Los grandes hitos que pautan el despliegue de la historia a lo largo del tiempo, ese tapiz irregular y enrevesado sin orden ni razón aparente, se resuelven en Tarde en verdaderos micro-acontecimientos a nivel intrapsicológico, resultantes de la aparición del germen de una idea en el interior del cerebro de un individuo que deberá “luchar” para poder imponerse y así desplegarse.⁵¹

Un presente en perpetua dilatación

El carácter siempre móvil y pulsante de lo real se corresponde en Tarde con su modo de concebir lo existente desde su faz reproductiva e irradiante; es también solidario con su crítica a la predilección estadística por los “amesetamientos” circunstanciales de las corrientes de propagación de invenciones, así como con su propuesta de comprender el desarrollo histórico haciendo abstracción de la sucesión cronológica y concentrándose en la mera repetición amplificada de operaciones elementales. No es de extrañar que al rechazo a la primacía explicativa del pasado lo acompañe, además de una jerarquización del papel del futuro, el señalamiento de la *simultaneidad* como aspecto tan “esencial” de la idea de tiempo como la de sucesión. Lo social resulta de la acción continua y simultánea de su institución como tal por parte de sus miembros, no de la coerción de sus formas pretéritas sobre los actos de los hombres del presente: es en este sentido más *acto instituyente* que “totalidad instituida”.⁵² Por todo ello, el factor expli-

⁵¹ Como tematizará en sus trabajos “monadológicos”, también cada cerebro puede pensarse como una “congregación de pequeñas almas” en disputa recíproca, siendo cada decisión el fruto de la victoria de una “mónada” sobre las restantes; cf. “Monadología y sociología”, en *Ensayos sociológicos 2*, Buenos Aires, Prometeo, 2017 [1893]; la idea ya estaba en su primer libro, *La criminalidad comparada*, Madrid, 1913 [1886].

⁵² “[...] c’est par ces actions inter-spirituelles que se forment [...] ces institutions [...] Qu’est-ce donc que ces choses sociales [...] si ce n’est la similitude et la simultanité d’empreintes multiples produites par une accumulation et une consolidation d’actions individuelles [...]?”, Gabriel Tarde, “La réalité sociale”, *Revue philosophique*, n° 52, 1901, pp. 459-461 (cursivas en el original).

cativo de lo real aparece colocado en la amplificación del presente por su autogeneración, antes que en la preexistencia de un pasado que lo determinaría causalmente.

Un tiempo plano, homogéneo, “sustantivo”

La unicidad del tiempo remite tanto al hecho de ser resultado de la propagación y ampliación dilatada en la esfera colectiva de un tiempo que tiene su origen en el individuo como a que el presente es en Tarde mera continuación amplificada del pasado, resultado de la reverberación de las ondas que se produjeron y se siguen produciendo desde distintos focos. Los tiempos pretéritos carecen de toda realidad en la medida en que no sean recreados en el presente; así, el tiempo no parece presentar “pliegue” o espesor alguno que permita distinguir en él secciones especiales con rasgos propios. Carente de multiplicidad o segmentación que le otorgue algún grado de complejidad interna, es “unitariamente” idéntico a sí mismo, la dilatación de un único y mismo devenir; el tiempo tardeano es en este sentido antes “sustantivo” que “estructural”.⁵³

Discontinuidad y fragmentación

Tal fertilidad de lo real para engendrarse constante y reiteradamente a sí mismo remite a otro elemento crucial de la metafísica tardeana: la Diferenciación como principio motor universal, aspecto “sustancial” de lo real, sinónimo mismo de la existencia (“existir es diferir”),⁵⁴ reverso de la impugnada “filosofía de la identidad”. Invirtiendo el axioma leibniziano, para Tarde “la naturaleza da saltos”, pequeños e infinitesimales; por eso antes que el *natura non facit saltus* de Leibniz opta por el *mundum regunt numeri* que muestra la preponderancia de la discontinuidad.⁵⁵ Esta “variación universal” es tan inagotable como caótica: la aparición de la novedad que irrumpe a partir del cruce de corrientes imitativas que se oponen o se adaptan recíprocamente es por definición imprevisible, ya que el choque del que surge cada invención es siempre accidental. Tal inestabilidad profunda equivale, desde el punto de vista temporal, a la radical *discontinuidad* del tiempo detrás de su engañosa apariencia de continuidad; un tiempo entonces discontinuo, sucesión de micro-acontecimientos que pautan su despliegue cronológico de salto en salto, de novedad en novedad.

Del tiempo individual a una formalidad atemporal

En Tarde la existencia del tiempo –producto, como toda categoría, del esfuerzo del sujeto– se apoya en la repetitividad del principio de acción individual, el de su propagación. Tal constancia del movimiento supone su atemporalidad: la serie de partidas de ajedrez cuyas reglas “se aplican de manera idéntica” o las caprichosas corrientes de los ríos, sometidas todas a las “le-

⁵³ Utilizamos aquí la distinción de Krzysztof Pomian: “Totalité unitaire qui subsiste par elle-même, la substance [...] était posée comme invariable [...] dans un monde composé de substances [...] les changements ne pouvaient donc être qu’accidentels”. Krzysztof Pomian, *L’ordre du temps*, París, Gallimard, 1984 [1976-1981], p. 212.

⁵⁴ “Existir, es diferir; la diferencia [...] [es] el lado sustancial de las cosas”; “Monadología”, p. 182.

⁵⁵ “[...] au fond, ce proverbe, *natura non facit saltus*, est en contradiction manifeste avec cet autre axiome [...]: *mundum regunt numeri* [...] les nombres [...] choses essentiellement discontinus, régissent le monde [...] prouve que la continuité n’y est point souveraine, et que[...] la nature fait des sauts”. Tarde, *Philosophie de l’histoire*, p. 120.

yes de la hidrostática”,⁵⁶ así lo evidencian. Para Tarde es el aspecto lógico-formal del funcionamiento colectivo (su “lógica”) el que permite atravesar el aspecto “confuso” y “caótico” de los hechos históricos. Descender de la perspectiva “a vuelo de pájaro” con la que se ha querido entender evolutivamente la historia para adoptar el punto de vista de sus actores equivale así a optar por la intemporalidad abstracta de los mecanismos subyacentes a su accionar, la “lógica” que preside sobre su despliegue histórico-temporal.⁵⁷ La dilatación del actuar individual que resulta en los fenómenos sociales implica así un deslizamiento explicativo desde la temporalidad del sujeto hacia una atemporalidad formal inter-subjetiva.

3. La sociología tardeana y los historiadores

Si tales son los rasgos propios de la temporalidad que informan el esquema sociológico de Tarde, corresponde la pregunta acerca de su relación con la historia, no ya entendida como el encadenamiento de los actos humanos en el tiempo sino en el más específico de la actividad realizada por los historiadores de su tiempo. La relevancia de esta pregunta para el tema desarrollado en este trabajo se entenderá mejor en función de la profunda redefinición atravesada por la actividad historiadora en Francia, a partir de razones institucionales, académicas, políticas y epistemológicas, y el lugar que le cupo en ella al objeto “tiempo”. Como veremos, en tal proceso de transformaciones un lugar central le corresponde a una serie de disciplinas ajenas –y competidoras– con la histórica, que no tardarán en entablar con ella un diálogo no exento de tensiones y conflictos, y entre las cuales la más importante será la sociología.

La profunda renovación sufrida por la actividad de los historiadores en el período en el que se inscribe la producción de Tarde supuso una “profesionalización” de la disciplina que implicó un movimiento doble: si por un lado le permitió inscribirse en el terreno crecientemente robusto de las instituciones oficiales del conocimiento, particularmente en espacios académicos como los conformados por universidades, academias e institutos –frutos muchos de ellos de las iniciativas reformistas en materia educativa iniciadas en el II Imperio y continuadas por la III República–⁵⁸ por otro lado tal reconocimiento supuso un reemplazo de su anterior función “política” por el de la propiamente cognoscitiva. Lejos de utilizar al pasado como fundamentación de las intervenciones sobre su presente, el historiador se verá a sí mismo como sabio, conocedor o experto, con la pretensión de poder construir un conocimiento fundado, objetivo, verdadero, en una palabra: “científico”.

Entre las operaciones de redefinición de su actividad que supuso este tipo de desplazamiento –un método propio, una nueva serie de temas, un estilo de escritura– un lugar de relevancia le corresponde a la forma de entender aquello que para muchos consistía el obstáculo principal que impedía a la historia sostener una operación cognoscitiva sobre bases estables: la

⁵⁶ “Les tracés des fleuves ont beau être capricieux, tous s’écoulent conformément aux règles sans exception de l’hydrostatique [...]”, Gabriel Tarde, *Les transformations du pouvoir*, París, Alcan, 1909 [1899], pp. 192-193.

⁵⁷ “Pour nous, nous avons à formuler des lois de causation, de causation logique, qui rendent compte à la fois et des vérifications partielles de règles énoncées par les philosophes de l’histoire, et des exceptions fréquentes à ces règles [...]”. *Ibid.*, p. 187 (cursivas del autor).

⁵⁸ Cf. George Weisz, *The Emergence of Modern Universities in France, 1863-1914*, Princeton UP, 1983; Victor Karady, “Les professeurs de la République. Le marché scolaire, les réformes universitaires et les transformations de la fonction professorale à la fin du 19^{ème} siècle”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 47-48, 1983, pp. 90-112.

naturaleza *temporal* de sus materiales, esto es, su fugacidad, irrepitibilidad e imprevisibilidad, que los hacían más objeto de la narración literaria que de un posible estudio científico.⁵⁹ Tal operación supuso destacar los rasgos propios que corresponden a la temporalidad propia de los objetos sobre los que debe fijar su atención el historiador: fijeza, perdurabilidad, regularidad, generalidad, pasaban a ser atributos de una temporalidad que quedaba al mismo tiempo expurgada de aquellos elementos que más conspiraban contra tal objetivo, siendo el *acontecimiento*, cuya singularidad y excepcionalidad solo lo hacía apto para la crónica y no para el conocimiento, el que condensaba aquello que debía eliminarse.⁶⁰

La distinción entre el tiempo fugaz, inestable y accidental del acontecimiento y el más denso, sólido y estabilizado de los “procesos”, la posibilidad de reconocer una dimensión de la temporalidad que abarcase las transformaciones que contenía en su seno y que se desplegaba con un ritmo propio que se daba a sí misma, el reconocimiento de la existencia de una multiplicidad de capas o estratos temporales de densidad desigual –que permiten que el pasado sobreviva en el presente–,⁶¹ cuyo eventual descalce es fruto de sus velocidades disímiles, son algunas de las principales características de este recorrido. Que tal decantación no era homogéneamente compartida por los miembros de la comunidad de historiadores lo prueba la diversidad e intensidad de los debates que la cruzaron hacia los años de cambio de siglo,⁶² en los que la discusión acerca de la naturaleza del conocimiento histórico iba de la mano de una revalorización de la historia *événementielle*.⁶³

En ellos, un papel central le corresponderá a la irrupción de la sociología, disciplina que muy tempranamente impugnará las limitaciones de la historia en sus posibilidades de “cientificidad”;⁶⁴ no es el azar lo que ha permitido que en el ejemplo más conocido de esas polémicas, la postura de la impugnación de François Simiand a los tres “ídolos” que debían derrumbar la “tribu de los historiadores” (representada en el debate por Charles Seignobos) se hiciera bajo el signo de la sociología durkheimiana;⁶⁵ como tampoco es casual que los desarrollos del grupo nucleado en su *Année sociologique* hayan sido percibidos rápidamente como

⁵⁹ William R. Keylor, *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1975.

⁶⁰ “Ce qui est à éliminer [de l’histoire] [...] ce sont les événements [...] l’événement [est] le fait historique vu par l’aspect qui le rend singulier [...] l’institution [est] le même acte vu dans sa similarité avec des autres.” Paul Lacombe, *De l’histoire considérée comme science*, París, Hachette, 1894, pp. 9-10, 65.

⁶¹ “[...] el pasado nunca muere por completo para el hombre [...] Si se adentra en sí mismo podrá encontrar y distinguir esas diferentes épocas, según lo que cada una ha dejado en él.” Numa Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, México, Porrúa, 1971 [1864], pp. 4-5.

⁶² Como los protagonizados por Lacombe y el rumano A. D. Xénopol, cf. Francisco Sevillano Calero (comp.), *La polémica sobre el método histórico (1900-1908). Textos escogidos*, Alicante, Universidad de Alicante, 2017.

⁶³ Keylor, *Academy and Community*; Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens: une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, Tolosa, Privat, 1976; Pim Den Boer, *Une histoire des historiens français*, París, Vendémiaire, 2015 [1987]; Isabel Noronha-DiVanna, *Writing History in the Third Republic*, Cambridge UP, 2010.

⁶⁴ Robert Leroux, *Histoire et sociologie en France. De l’histoire-science a la sociologie durkheimienne*, París, PUF, 1998; Laurent Mucchielli, “Aux origines de la Nouvelle Histoire en France: l’évolution intellectuelle et la formation du champ des sciences sociales (1880-1930)”, *Revue de synthèse*, vol. 116, n° 1, 1995, pp. 55-98.

⁶⁵ Madeleine Réberioux, “Le débat de 1903: historiens et sociologues”, en Charles-Olivier Carbonell y George Livet (comps.), *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L’histoire de France au début du xx^e siècle*, Tolosa, Presses de l’Institut d’Études Politiques de Toulouse, 1983; Fernando Devoto, “Repensando una antigua polémica entre historiadores y sociólogos. El debate Simiand-Seignobos y algunos dilemas de la historiografía contemporánea”, en Fernando Devoto, *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 47-73.

“amenaza” por parte de ciertos historiadores.⁶⁶ Pero así como el espacio de los historiadores se encontraba cruzado por debates que oponían concepciones metodológicas y epistemológicas tan contrapuestas como las mencionadas, del mismo modo tampoco el universo de la sociología se encontraba desprovisto de tensiones similares (o aun mayores, dado el estado aun más incipiente de cristalización de su “campo”),⁶⁷ las que se traducirán asimismo en sonados enfrentamientos públicos entre algunos de sus representantes, de los que Tarde fue uno de sus protagonistas más conspicuos.

Es en esta intersección de ambos tipos de discusiones –las que oponen a los historiadores y las que tienen lugar en el seno de la sociología– donde debemos inscribir la cuestión de las relaciones entre la sociología tardeana y la “cuestión del tiempo”. Para Tarde la regularidad en las acciones humanas se encuentra en la reiteración de las operaciones elementales que estructuran las relaciones que vinculan a los individuos, de cuya repetición y ampliación propagativa depende la existencia misma del conjunto. Su análisis se detiene en los elementos básicos de tales operaciones: la imitación y la invención, la oposición y la adaptación, verdaderas “leyes” sociales que en cuanto tales tienen una validez atemporal. De ahí que el énfasis tardeano en la temporalidad constitutiva del lazo social no supone una atención equivalente a su historicidad, sino más bien a su perpetua fluidez y movilidad. Su noción de tiempo se nos presenta como sustantiva, carente de divisiones internas, más abierta a la imprevisibilidad de una colección de acontecimientos que a la continuidad ordenada de los procesos, desprovista de toda trascendencia que subsuma los hechos de sus protagonistas, en suma, carente de poder explicativo para dar cuenta de ellos.

Es por esto que creemos poder afirmar que la sociología tardeana se asienta en una idea de temporalidad más alejada de las renovaciones producidas en el seno de la comunidad de historiadores; para ilustrar esta distancia, nada mejor que contrastarla con la obra de su principal adversario, Émile Durkheim.⁶⁸ Aunque cierta “recuperación” de Tarde ha afirmado mayor sensibilidad hacia la historia (frente a la “ahistoricidad” que caracterizaría a la de su archirrival),⁶⁹ nuestra opinión es que los rasgos más salientes de la temporalidad de su modelo sociológico la alejan de la propia del conocimiento histórico, al menos de acuerdo a las torsiones que se estaban produciendo hacia esos años en el seno de esta disciplina. Mientras la sociología durkheimiana se apoyaba en una forma de entender la temporalidad que la hacía afín a las operaciones que tenían lugar en la referida redefinición de los estudios históricos, la tardeana supone por el contrario una concepción más afín al modo tradicional de entender al conocimiento histórico.⁷⁰

⁶⁶ Pierre Besnard, “L’impérialisme sociologique face à l’histoire”, *Études durkheimiennes*, Ginebra, Droz, 2003, pp. 299-310.

⁶⁷ Laurent Mucchielli, *La découverte du social: naissance de la sociologie en France*, París, La Découverte, 1998.

⁶⁸ El tema es tratado en profundidad en la tesis doctoral del autor de estas líneas: Daniel Szabón, “Tiempo, historia y sociología. El tiempo histórico en el debate entre Émile Durkheim y Gabriel Tarde”, tesis doctoral en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.

⁶⁹ “La sociologie de Durkheim est an-historique; la sociologie de Tarde est profondément et radicalement historique.” Jean Milet, *Gabriel Tarde et la philosophie de l’histoire*, París, Vrin, 1970, p. 240.

⁷⁰ Acerca del carácter histórico de la sociología durkheimiana, cf. Georges Davy, “Introduction”, en Georges Davy, *Émile Durkheim. Choix de textes avec étude du système sociologique*, París, Michaud, 1911; Georges Davy, “L’explication sociologique et le recours à l’histoire d’après Comte, Mill et Durkheim”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 54, 1949, pp. 346-353; Robert Bellah, “Durkheim and History”, *American Sociological Review*, vol. 24, n°4, 1959, pp. 447-461; Jean-Claude Filloux, “Introduction” a Emile Durkheim, *La science sociale et l’action*, París, PUF, 1970; Bernard Lacroix, *Durkheim y lo político*, México, FCE, 1984 [1981]; Mustafa Emirbayer, “Durkheim’s Contribution to the Sociological Analysis of History”, *Sociological Forum*, vol. 11, n° 2, 1996, pp. 263-284.

Tal contraposición no dejó de ser reconocida por los propios protagonistas del célebre entredicho: si bien de un modo menos evidente que otros componentes de la polémica –el modo de comprender las relaciones entre los polos “sociedad” e “individuo”, la relación entre el conocimiento sociológico y el psicológico, la cientificidad de la sociología– el del tiempo y la historia forma uno de los ejes que articula el enfrentamiento entre Durkheim y Tarde, y alimenta la mayor parte de las intervenciones, los ataques y las defensas recíprocas de ambos contendientes.⁷¹ Dos ejemplos nos permitirán apreciar el alcance de esta centralidad.

El primero corresponde al que podría considerarse con justicia como el episodio inaugural de la larga polémica que enfrentará a ambos autores: la publicación de la tesis doctoral de Durkheim, *La división del trabajo social*, texto que merecería una reseña elogiosa pero aun así severa del criminalista devenido recientemente sociólogo de renombre. En su obra Durkheim había señalado lateralmente una crítica al “método de comparación” seguido por Tarde en *Las leyes de la imitación*, por desconocer las especificidades inherentes al desarrollo de las sociedades, que conformarían “tipos” irreductibles según una secuencia evolutiva; esto habría llevado al magistrado de Sarlat a confundir “el fin de una sociedad” con “el comienzo de la que la sucede”, llegando así a la conclusión errada de considerar el debilitamiento del tradicionalismo como “una fase transitoria”, desconociendo que tal debilitamiento “depende de las condiciones mismas que dominan el desarrollo histórico”.⁷² Recíprocamente, la crítica de Tarde no dejará de señalar su objeción al modo en que el autor de *La división...* concibe la historia:

Al leerlo parecería que el río del progreso corriera sobre un lecho de musgo [...] que la humanidad [...] pasara tranquilamente en el curso de las épocas de un estado de paz uniforme [...] a un estado de paz multiforme y aún más profundo [...]. [Durkheim] juzga la historia como neptuniano y no como vulcaniano, ve en ella siempre las formaciones sedimentarias, y no los levantamientos ígneos. No le otorga su lugar a lo accidental y a lo irracional [...] ni tampoco a los accidentes de genio [...].⁷³

El segundo ejemplo se encuentra en la obra donde más metódicamente Durkheim busca desacreditar el principio básico en el que se asienta la sociología tardeana: el papel de la imitación en el funcionamiento de la vida colectiva. Luego de haber marcado las limitaciones explicativas de la imitación para dar cuenta del fenómeno del suicidio, señalando su imposibilidad de dar cuenta de las “regularidades” que revelan las estadísticas, Durkheim vuelve a la carga hacia el final de la obra con un argumento convergente:

Los individuos que componen una sociedad cambian de un año a otro. Sin embargo, el número de suicidas es el mismo, en tanto que la sociedad misma no cambia [...] La población de hoy

⁷¹ Cf. Daniel Szabón, “Tiempo, historia y sociología”.

⁷² Emile Durkheim, *La división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 252.

⁷³ “Il semble à le lire que la rivière du progrès ait coulé sur un lit de mousse [...] que l’humanité, toujours tranquille, ait passé doucement, au cours des âges, d’un état de paix uniforme [...] à un état de paix multiforme et plus profonde encore... [Durkheim] est enclin à juger l’histoire en *neptunien* non en *vulcanien*, à y voir partout des formations sédimentaires non des soulèvements ignés. Il ne fait point sa part à l’accidentel, à l’irrationnel [...] pas même à l’accident du génie.” Gabriel Tarde, “Questions sociales” (reseña de Durkheim, Gumplowicz y Novicow), *Revue philosophique*, n° 35, 1893, p. 618-638 (mi traducción).

no ha aprendido de la de ayer cuál es el monto del impuesto que debe pagar al suicidio; sin embargo, lo satisfará exactamente si las circunstancias no cambian.⁷⁴

Si el modelo de Tarde no puede explicar las regularidades en las cifras de suicidios es por su negativa a aceptar la existencia de estas “condiciones” de funcionamiento de la vida colectiva, las cuales trascienden a los sujetos individuales que la conforman, transitoriamente, y tienden a perdurar en la medida en que no cambien sus “circunstancias”, término aquí equivalente a lo que en otras obras llamará sus “condiciones de existencia”. Esta objeción durkheimiana equivale a sustituir un modelo de copresencia como el imitativo por uno en el cual la acción del pasado se ejerce *dentro* del presente, de modo coherente al que utiliza el autor en obras como *Las reglas del método sociológico*, donde el carácter coercitivo de los “hechos sociales” correspondía en buena medida a su anterioridad sobre la existencia de los individuos, quienes al nacer se los encuentran “ya hechos”.⁷⁵

A diferencia de lo que podría encontrarse en la sociología de Durkheim, en Tarde la historia no posee el estatuto privilegiado que le otorgarán tantos de sus contemporáneos por el cual la remisión a su dinámica propia explicaba las transformaciones en las que ella misma se manifestaba.⁷⁶ La insistencia tardeana en contrapesar el peso otorgado al conocimiento del pasado a la hora de comprender el presente es evidencia de la ahistoricidad que tiñe su forma de aprehender la temporalidad. El teleologismo del que hace gala, la importancia que otorga a la tendencia hacia el “acuerdo universal”, el intento de equilibrio entre finalismo y causalismo que busca a través de la noción de “simultaneidad”, así como su empleo para debilitar la primacía de la sucesión cronológica, son convergentes con tal depreciación de las capacidades heurísticas de la historia. Si Tarde acepta la existencia de un “orden histórico”, no encuentra su clave en la sucesión de lo anterior a lo siguiente, donde impera la concatenación imprevista y azarosa, sino en la acumulación de sus resultados.⁷⁷ Su rechazo a una explicación basada en la dinámica propia de los fenómenos sociales responde a ver en ella una lógica que imprime una dirección inescapable a los actos de los individuos, sus verdaderos creadores. Las metáforas que emplea para referirse al curso de la historia (red tortuosa de caminos, ramas de un río con innumerables afluentes) ilustran su opción radicalmente antideterminista. A diferencia de Durkheim, su negativa a aceptar un tiempo propio de “lo social”, solidaria con su impugnación a la independencia de la sociedad de sus partes componentes, no le permite otorgarle entidad de tiempo propiamente *histórico*, al menos en el sentido en que los historiadores pasaron a concebir dicha categoría a partir de comienzos del siglo xx.

Resulta significativo que hacia 1897 Tarde ubicara su modelo sociológico mucho más cerca de los historiadores que el de su rival, apelando veladamente al recelo de aquellos por su “imperialismo sociológico”.⁷⁸ Cuando hacia los años '20 una nueva generación de historiado-

⁷⁴ Émile Durkheim, *El suicidio*, Buenos Aires, Schapire, 1965, pp. 247-248.

⁷⁵ Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 29.

⁷⁶ Cf. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

⁷⁷ “L'ordre historique cherché [est] dans les produits accumulés de l'histoire [...] non dans l'histoire elle-même [...]”, Tarde, *Logique sociale*, pp. 123-124.

⁷⁸ “Je comprends fort bien le mauvais accueil fait par les historiens à une sociologie telle que celle de Durkheim, qui [...] supprime [...] l'intérêt et toute l'importance de l'histoire [...] ma sociologie à moi ne prétend nullement se substituer à l'histoire, ni même la régir”, Gabriel Tarde, “Contre Durkheim à propos de son *Suicide*”, en Massimo Borlandi y Mohamed Cherkaoui, *Le Suicide un siècle après Durkheim*, París, PUF, 2000, pp. 219-255.

res franceses busque filiar la empresa de *Annales* en sus predecesores, la referencia escogida será el Simiand que debatió con Seignobos, colocándose así implícitamente en la estela de Durkheim antes que en la de Tarde.⁷⁹ No parece casual que la actual recuperación del magistrado de Sarlat arriba mencionada no haya incluido, además de sociólogos, filósofos, psicólogos y economistas, a los historiadores.⁸⁰ Quizá las características de la temporalidad tardeana aquí reseñadas expliquen esta omisión. □

Bibliografía

- Alliez, Eric, “Différence et répétition de Gabriel Tarde”, *Multitudes*, n° 7, diciembre de 2001, pp. 171-176.
- Azouvi, François, Maine de Biran, *La science de l’homme*, París, Vrin, 1995.
- Bellah, Robert, “Durkheim and History”, *American Sociological Review*, vol. 24, n° 4, 1959, pp. 447-461.
- Besnard, Pierre, “L’impérialisme sociologique face à l’histoire”, en Pierre Besnard, *Études durkheimiennes*, Ginebra, Droz, 2003, pp. 299-310.
- Carbonell, Charles-Olivier, *Histoire et historiens: une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, Tolosa, Privat, 1976.
- Cournot, Antoine-Augustin, *Essai sur les fondements de nos connaissances et sur le caractère de la critique philosophique*, París, Hachette, 1851.
- , *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, París, Hachette, 1872.
- Darnton, Robert, “An Early Information Society; News and Media in Eighteenth-Century Paris”, *American Historical Review*, vol. 105, n° 1, 1999, pp. 1-35.
- Davy, Georges, “Introduction”, en Georges Davy, *Émile Durkheim. Choix de textes avec étude du système sociologique*, París, Michaud, 1911.
- , “L’explication sociologique et le recours à l’histoire d’après Comte, Mill et Durkheim”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 54, 1949, pp. 346-353.
- Den Boer, Pim, *Une histoire des historiens français*, París, Vendémiaire, 2015 [1987].
- Devarieux, Anne, *Maine de Biran, la individualité perseverante*, París, Millon, 2004.
- Devoto, Fernando, “Repensando una antigua polémica entre historiadores y sociólogos. El debate Simiand-Seignobos y algunos dilemas de la historiografía contemporánea”, en Fernando Devoto, *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 47-73.
- Durkheim, Émile, *El suicidio*, Buenos Aires, Schapire, 1965 [1897].
- , *La división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire, 1967 [1901].
- , *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire, 1967 [1901].
- , “Du rôle des grands hommes dans la société” (Discours aux lycéens de Sens), *Cahiers internationaux de sociologie*, n° 43, 1967 [1883], pp. 25-32.
- Emirbayer, Mustafa, “Durkheim’s Contribution to the Sociological Analysis of History”, *Sociological Forum*, vol. 11, n° 2, 1996, pp. 263-284.
- Filloux, Jean-Claude, “Introduction” a Emile Durkheim, *La science sociale et l’action*, París, PUF, 1970.

⁷⁹ Robert C. Rhodes, “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, *Theory and Society*, vol. 5, n° 1, 1978, pp. 45-73.

⁸⁰ Una excepción parece ser Robert Darnton, “An Early Information Society; News and Media in Eighteenth-Century Paris”, *American Historical Review*, vol. 105, n° 1, 1999, pp. 1-35.

- Fustel de Coulanges, Numa, *La ciudad antigua*, México, Porrúa, 1971 [1864].
- Karady, Victor, “Les professeurs de la République. Le marché scolaire, les réformes universitaires et les transformations de la fonction professorale à la fin du 19^{ème} siècle”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 47-48, 1983, pp. 90-112.
- Keylor, William R., *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge (MA), Harvard UP, 1975.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 [1979].
- Lacombe, Paul, *De l'histoire considérée comme science*, Paris, Hachette, 1894.
- Lacroix, Bernard, *Durkheim y lo político*, México, FCE, 1984 [1981].
- Latour, Bruno, “Gabriel Tarde and the End of the Social”, en Patrick Joyce (comp.), *The Social and its Problems*, Londres, Routledge, 2002, pp. 117-132.
- Leroux, Robert, *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science a la sociologie durkheimienne*, Paris, PUF, 1998.
- , “La philosophie de l'histoire de Cournot”, *Revue d'histoire des sciences humaines*, n° 12, 2005, pp. 141-162.
- Logue, William, *Charles Renouvier, Philosopher of Liberty*, Baton Rouge, Louisiana State UP, 1993.
- Martin, Thierry, “Tarde, lecteur de Cournot”, prefacio a Gabriel Tarde, *Philosophie de l'histoire et science sociale. La philosophie de Cournot*, Paris, Les Empêcheurs de penser en rond/Seuil, 2002.
- Milet, Jean, *Gabriel Tarde et la philosophie de l'histoire*, Paris, Vrin, 1970.
- Mucchielli, Laurent, “Aux origines de la Nouvelle Histoire en France: l'évolution intellectuelle et la formation du champ des sciences sociales (1880-1930)”, *Revue de synthèse*, vol. 116, n° 1, 1995, pp. 55-98.
- , *La découverte du social: naissance de la sociologie en France*, Paris, La Découverte, 1998.
- , “Tardomania? Réflexions sur les usages contemporaines de Tarde”, *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, n° 3, 2000, pp. 161-184
- Nocera, Pablo, “En los intersticios de las disciplinas. Gabriel Tarde y los orígenes de la sociología francesa”, en Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación y La sociología*, Madrid, CIS, 2011.
- Noronha-DiVanna, Isabel, *Writing History in the Third Republic*, Cambridge UP, 2010.
- Pomian, Krzysztof, *L'ordre du temps*, Paris, Gallimard, 1984 [1976-1981].
- Réberieux, Madeleine, “Le débat de 1903: historiens et sociologues”, en Charles-Olivier Carbonell y George Livet (comps.), *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L'histoire de France au début du xx^e siècle*, Tolosa, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, pp. 219-230.
- Rhodes, Robert C., “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, *Theory and Society*, vol. 5, n°1, 1978, pp. 45-73.
- Salmon, Louise, *Le laboratoire de Gabriel Tarde. Des manuscrits et une bibliothèque pour les sciences sociales*, Paris, CNRS, 2014.
- Sazbón, Daniel, “La ‘descomposición de lo social’: la sociología de Tarde y sus lecturas recientes”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 3, 2006, pp. 123-144.
- , “Tiempo, historia y sociología. El tiempo histórico en el debate entre Émile Durkheim y Gabriel Tarde”, tesis doctoral en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.
- Sevillano Calero, Francisco (comp.), *La polémica sobre el método histórico (1900-1908). Textos escogidos*, Alicante, Universidad de Alicante, 2017.
- Stedman Jones, Sue, “Representation in Durkheim's Masters: Kant and Renouvier”, en William S. F. Pickering (comp.), *Durkheim and Representations*, Routledge, 2014, pp. 37-79.
- Tarde, Gabriel, “La croyance et le désir. La possibilité de leur mesure”, *Revue philosophique*, n° 10, 1880, pp. 150-180 y 264-283.

- , “Les traits communs de la nature et l’histoire”, *Revue philosophique*, n° 14, 1882, pp. 270-291.
- , “L’archéologie et la statistique”, *Revue philosophique*, n° 16, 1883, pp. 363-384 y 492-511.
- , “Catégories logiques et institutions sociales”, *Revue philosophique*, n° 28, 1889, pp. 113-136 y 292-309.
- , “Questions sociales”, *Revue philosophique*, n° 35, 1893, p. 618-638.
- , “La série historique des états logiques”, *Revue Internationale de Sociologie*, n° 2, 1894, pp 34-49.
- , *L’opposition universelle. Essai d’une théorie des contraires*, París, Alcan, 1897.
- , *La logique sociale*, París, Alcan, 1898 [1895].
- , “La réalité sociale”, *Revue philosophique*, n° 52, 1901, pp. 459-461.
- , “L’action des faits futurs”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 9, n° 2, 1901, pp. 119-137.
- , “L’accident et le rationnel en histoire”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, vol. 13, n° 3, 1905, pp. 319-347.
- , *Les transformations du pouvoir*, París, Alcan, 1909 [1899].
- , “Les possibles: fragments d’un ouvrage de jeunesse inédit”, *Archives d’anthropologie criminelle*, n° 25, 1910, pp. 8-41.
- , *La criminalidad comparada*, Madrid, 1913 [1886].
- , “Contre Durkheim à propos de son Suicide”, en Massimo Borlandi y Mohamed Cherkaoui, *Le Suicide un siècle après Durkheim*, París, PUF, 2000, pp. 219-255.
- , *Philosophie de l’histoire et science sociale. La philosophie de Cournot*, París, Les Empêcheurs de penser en rond/Seuil, 2002.
- , *Las leyes sociales*, Barcelona, Gedisa, 2013 [1898].
- , *Las leyes de la imitación y La sociología*, Barcelona, CIS, 2014.
- , *Ensayos sociológicos*, vol. 2, Buenos Aires, Prometeo, 2017 [1893].
- Toews, David, “The Renaissance of philosophie tardienne”, *Pli. The Warwick Journal of Philosophy*, n° 8, 1999, pp. 164-173.
- Viana Vargas, Eduardo, *Antes Tarde do que nunca. Gabriel Tarde e a emergência das ciências sociais*, Río de Janeiro, Contra Capa Livraria, 2000.
- Weisz, George, *The Emergence of Modern Universities in France, 1863-1914*, Princeton UP, 1983.

Resumen / Abstract

Tiempo e historia en la sociología de Gabriel Tarde

Desde hace varias décadas se asiste a una recuperación de la figura de Gabriel Tarde (1843-1904) que supone una valorización creciente de la importancia de quien fuera uno de los nombres más celebrados de la sociología francesa, así como importante penalista y criminólogo. En este trabajo nos detendremos en el modo en que en su sociología opera una forma particular de entender la temporalidad de la vida humana.

En lo que sigue intentaremos, por un lado, mostrar la presencia de dicha problemática en su producción, esbozando los aspectos más salientes de dicho tratamiento, y por otro lado contraponer tales rasgos a algunos presentes en la sociología durkheimiana, ubicando a ambas en el contexto más amplio de las transformaciones que atravesaba el tratamiento de la dimensión temporal tanto en la sociología como en la historia.

Palabras clave: Gabriel Tarde - Tiempo histórico - Sociología francesa - Historia intelectual

Fecha de recepción del original: 5/11/19

Fecha de aceptación del original: 23/1/20

Time and History in Gabriel Tarde's Sociology

The last decades have shown an increase of interest in the work of Gabriel Tarde (1843-1904), leading to the growing appreciation of the importance of one of the most celebrated French sociologists of his time, as well as one of the major criminologists. In this paper we will concentrate on one aspect of Tarde's work that hasn't been accounted for in the renewal of interest in his writings: its particular understanding of the temporality of human life.

In the following pages we will seek, first, to demonstrate the place of this problematic in his production, sketching the more salient aspects of his treatment of time, and second, to contrast it with the understanding of time in Durkheimian sociology. In order to do so, we will place both authors in the wider context of the transformations that the treatment of temporality was then undergoing in both sociology and the historical sciences.

Keywords: Gabriel Tarde - Historical time - French sociology - Intellectual history

La crítica tras la borrasca cultural y la tormenta poscolonial

Eduardo Becerra Grande

Universidad Autónoma de Madrid

El momento actual en el campo de la crítica literaria se define por discusiones y debates que apuntan a problemas situados más allá del terreno estrictamente estético: como la función de la literatura dentro de la textura cultural del presente o incluso su validez como categoría o disciplina a la hora de analizar el espacio social y de actuar dentro de él. Esta misma línea enmarca muchos de los debates en el ámbito del latinoamericanismo, ahora menos centrados en los aciertos y errores de escuelas, tendencias o “teorías” en detrimento de otras en el estudio de los textos literarios, y en cambio más enfocados en la discusión de su propia validez en cuanto disciplina como marco de análisis de los procesos históricos y sus dinámicas culturales. Al hilo de lo anterior, el discurso crítico a menudo insiste en exhibir una sospecha creciente respecto de la literatura en cuanto disciplina de rango burgués y carácter elitista, cuyos discursos mostrarían esas adherencias ideológicas determinadas ya desde su origen. Yendo un poco más allá, hacia el problema de las regiones y las culturas dependientes y periféricas, la defensa de lo literario y de su autonomía expresaría el mantenimiento de una mentalidad colonizada e impuesta desde centros culturales hegemónicos, trasunto de un orden internacional que en lo económico y lo político actúa continuamente a través de mecanismos de dominación de todo tipo.

El resultado ha sido un relato autorreflexivo en el que problemáticas como el papel de la crítica de la literatura en la definición de los procesos históricos latinoamericanos, la relación de lo literario con otras expresiones culturales, en cuanto mecanismos de representación del espacio social, sus efectos políticos y los intereses ideológicos desde los que se aborda, han ido desplazando los puntos de interés que en otros tiempos le fueron asignados: la restitución del sentido preciso de los textos literarios, la descripción de sus recursos formales, el establecimiento de su valor estético o la detección de su significación e importancia dentro de la historia de la literatura. “Hoy se habla más –señalaba José Luis de Diego en 2010– de subjetividad, carnaval o desterritorialización que de metáfora, romanticismo o soneto y esta mutación tiene su historia.”¹ También se habla más de lugar de enunciación que de significado; más de diferencia y del otro que de tradición, de subalternidad que de influencia, de hegemonía y resisten-

¹ José Luis de Diego, “El estatuto actual de los estudios literarios”, en Raquel Macciuci (ed.), *Crítica y literaturas hispánicas entre dos siglos. Mestizajes genéricos y diálogos intermediales*, Madrid, Maia Ediciones, 2010, pp. 41-64, p. 42.

cia que de estilo, de mercado y capital más que de forma y expresión, en definitiva, más de ideología y política que de literatura.

Esta situación tiene, en efecto, su historia, y aunque a estas alturas podamos estar familiarizados con ella, convendría evitar normalizarla, ya que al día de hoy y a pesar del tiempo transcurrido y las miles de páginas escritas, nos sigue interpelando a los que aún creemos en la conveniencia de mantener la literatura y sus prácticas en el centro de nuestros intereses. Estaremos firmando la derrota si damos por canceladas algunas preguntas básicas que están en el origen de esta situación: ¿qué factores se han dado para que una disciplina establezca como condición para su supervivencia la abolición –y ya no la sustitución– de los principios que la sustentaron y justificaron, del marco conceptual sobre el que se desplegó? Y al hilo de ello: ¿qué ventajas ofrece a la crítica literaria su autoinmolación mediante su ingreso en el marco más amplio de los estudios culturales y sus derivas poscoloniales? Lo que sigue pretende ser una respuesta muy provisional a estos interrogantes.

Para la primera pregunta espero que baste con un bosquejo irremediadamente incompleto. En los años '60 comienza a reivindicarse la necesidad de que la crítica en América Latina se ponga al mismo nivel que ofrecía en ese momento una producción literaria excepcional. Muy pronto se manifestaría un doble cauce para su desarrollo. Por un lado, la crítica, para su modernización, debía vincularse con las corrientes de la teoría literaria más relevantes de la modernidad occidental; por el lado opuesto, atender a las propias especificidades de su tradición sin asumir acríticamente modelos foráneos para ponerla en práctica: la tensión entre ambas posturas se hará muy presente en el futuro inmediato. La situación actual será resultado de procesos que surgen de lugares diferentes pero que acaban entrecruzándose, imbricándose y coincidiendo a partir de objetivos comunes.

Por un lado, el surgimiento de los estudios culturales en Inglaterra y la irrupción de la filosofía posestructuralista francesa y su impacto en las universidades estadounidenses –que traerá la hegemonía de la “teoría” como herramienta clave para la interpretación de los textos– señalan un punto de partida evidente. Entre otros efectos, cobra importancia la cultura de masas para el análisis de los fenómenos sociales, y la literatura pierde relevancia como disciplina privilegiada a la hora de representar la realidad histórica, al juzgarse expresión exclusiva de los intereses de las élites que históricamente han gestionado las leyes de su circulación social y el sistema de valores por el que se rige. Al tiempo, se extienden por los departamentos de Literatura y Teoría Literaria estadounidenses el relativismo desfundamentador extremo que –vía Derrida– desenmascara cualquier tipo de verdad como un simple efecto de discurso; y también el ideario de Foucault y su consideración de las narrativas de la modernidad como construcciones discursivas con las que justificar y enmascarar ejercicios de poder, opresión y hegemonía. Otro proceso se desarrolla en paralelo a esta dinámica: el impacto, vía Cuba, del discurso revolucionario en la intelectualidad de América Latina tras el 1 de enero de 1959. La teoría de la dependencia surge como la contracara de un sueño modernizador ya definitivamente fracasado y el arte y la cultura pasan a ser también campos de batalla y resistencia revolucionaria contra las injerencias y las amenazas del capitalismo y del imperialismo venidos de afuera y de sus estrategias neocolonialistas. El desembarco de un buen número de críticos latinoamericanos de izquierda en los campus estadounidenses, debido al exilio al que los abocaron las dictaduras de los setenta, completa el panorama y acaba por conformar un caldo cultural e ideológico de orígenes diversos pero en el que coinciden una posición anticánónica ante la cultura, la politización omnipresente en los análisis de los discursos, la sospecha ante toda defensa de la neutralidad

ideológica de las manifestaciones artísticas y la relativización de toda jerarquía en el espacio del saber. Desde estos postulados, la crítica literaria pasa a formar parte del campo más general de los “estudios culturales”, y las especificidades de su discurso pierden significación dentro del conjunto de los relatos sociales.

Esta pérdida se vio reforzada con la incorporación del ideario poscolonial. Con el trasfondo de las propuestas de Aimée Cesaire, Franz Fanon y Edward Said, adquiere mayor relevancia a partir de los ‘80 gracias a nombres como Gayatri Spivak y Homi K. Bhabha, provenientes, como Said, del campo de la crítica literaria. La poscolonialidad extremará el acento político de los análisis y supondrá una impugnación aun más radical del ideario de la modernidad occidental. La historia universal se lee como una imposición hegemónica de la razón europea, expansión colonial que constituiría el fundamento epistémico de la era moderna. Lo colonial define entonces tanto una situación histórica como una estrategia representacional, una *episteme*, conformada desde lugares de dominio y opresión: el objetivo es desenmascarar esta coyuntura y articular narraciones alternativas en las que los “otros” históricamente silenciados por su condición sexual, racial o de clase puedan por fin tomar la palabra.

Esta refutación del pensamiento “eurocéntrico” resultaría muy atractiva para la cultura latinoamericana, siempre en lucha por la reafirmación de sus perfiles propios, de ahí su coincidencia con algunos discursos elaborados desde Hispanoamérica: como *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (1975), de Roberto Fernández Retamar, “El escritor y la crítica en el contexto de subdesarrollo” (1977), de Mario Benedetti, o *El cambio en la noción de literatura* (1978), de Carlos Rincón. Todos ellos reniegan del sentido universalizador del concepto de teoría para otorgarle un sentido conscientemente regional, debido a la mentalidad neocolonialista que escondería, bajo su aparente neutralidad, cualquier tipo de universal teórico. La meta es también aquí descolonizar la crítica y sus discursos: “Una de las consecuencias de ‘nuestra (latinoamericanística) experiencia’ –señalará Walter Mignolo años después– sería la de emplear la actividad teórica en una tarea de descolonización en lugar de buscar una teoría que capture la esencia de literaturas coloniales.”² El punto de llegada fue la “post-literatura”, que supone leer, según John Beverley, “no solo ‘a contrapelo’ como en la práctica de la deconstrucción académica, sino contra la literatura misma”.³ O en palabras de Carlos Rincón: “Al estar imbricado el texto literario con una gama de otros textos, el discurso literario con otros discursos que imponen en él sus propios procesos de significación, se bosqueja un descentramiento del concepto de literatura, un concepto de literatura ajeno a la ideología de lo literario”.⁴

Llegados aquí una precisión se hace necesaria: la irrupción de los estudios culturales y la filosofía francesa en las universidades estadounidenses fue especialmente apreciable en los departamentos de Teoría y Estudios Literarios. Según Santiago Castro-Gómez, esto explica el acercamiento de los *cultural studies* en los Estados Unidos “a pensadores como Derrida, Lyotard, Deleuze y Baudrillard” y su toma de distancia “del rigor analítico de las ciencias sociales” para adquirir “un perfil más textualista, que no se interesa demasiado por el control empírico y

² Walter Mignolo, “Teorizar a través de fronteras culturales”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 17, n° 33, 1991, pp. 103-112, pp. 100-101.

³ John Beverley, “Post-literatura”, *Nuevo Texto Crítico*, vol. 7, n° 14-15, 1994-1995, pp. 385-400, p. 398.

⁴ Carlos Rincón, “Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario”, *Nuevo Texto Crítico*, vol. 7, n° 14-15, 1994-1995, pp. 5-10, p. 7.

metodológico de sus afirmaciones”.⁵ Néstor García Canclini comparte este diagnóstico: “En Estados Unidos, los *cultural studies* han modificado significativamente los análisis de los discursos [...], pero son escasas las investigaciones empíricas”.⁶ Estos matices son clave al establecer algunas distinciones dentro del campo crítico latinoamericanista. Mientras que figuras como Jesús Martín Barbero, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Carlos Monsiváis, Roger Bartra o Néstor García Canclini se centraron en el análisis de la heterogeneidad cultural de las sociedades latinoamericanas, en las interacciones entre sus actores sociales y en los imaginarios y las políticas de representación generados desde diferentes lugares del espectro cultural, los investigadores más vinculados a la academia USA como Mabel Moraña, John Berveley, Román de la Campa, Sara Castro-Klaren o Walter Mignolo, se centraron en el análisis de discursos multidisciplinares sobre los que rastrear mecanismos políticos de control, opresión y exclusión, por un lado, y de resistencia y denuncia, por otro.

En sus expresiones más radicales, el punto de llegada se situó en una práctica que hizo de la lectura y el análisis un juego de lenguaje siempre susceptible de someterse a nuevas reescrituras, ceñido al espacio exclusivo de los textos. Este llamado “giro lingüístico” supuso en su momento una apertura saludable hacia nuevas posibilidades, desprendiendo los textos y sus lecturas de sentidos enquistados por el tiempo y por una inercia que convenía revisar. También tuvo como efecto positivo la ampliación del corpus a la hora de diseñar el mapa cultural hispanoamericano, con la inclusión de las manifestaciones silenciadas y expulsadas a los márgenes de la cultura por los intereses de las clases dominantes y sus proyectos modernizadores: las expresiones indígenas, el folklore y la subliteratura, entre otras, producto de la emergencia de nuevas regiones culturales trazadas por otros marcadores: el género, la raza, la subalternidad, la subcultura o la cultura popular, entre otras.

El problema surge cuando esta forma de leer se institucionaliza, comienza a generalizarse en los campus y a reivindicarse como la única posible si se pretende ejercer la crítica desde posiciones progresistas o de “izquierda”. El innegable éxito de estas propuestas sigue diseminando desde hace muchos años por los recintos académicos artículos, *papers* y ensayos que a menudo hacen visible la aplicación mecánica de estas recetas teóricas, sin que el texto original señale los cauces y los límites de la interpretación. El viaje desde los textos hacia su sentido se invierte: el sentido está ya dado en la elección de la forma de leer, el texto se convierte en subsidiario de la teoría, que una y otra vez expone y subraya sus fundamentos en cada lectura en un viaje de ida y vuelta incesante, lo que a menudo provoca el efecto de que los discursos parezcan decir casi siempre lo mismo.

A pesar de sus intenciones de permitir el libre vuelo del sentido gracias a los juegos del significante que la “escritura” instaura, estos ejercicios a menudo estrecharon el marco de sus operaciones al someterse a una actividad vigilante para el cumplimiento de determinada ortodoxia ideológica. Además, al discurrir exclusivamente en el espacio textual, dirimían los conflictos sociales en un plano exclusivamente discursivo, lo que redujo la efectividad política buscada; su radicalidad y violencia retórica fue producto en buena medida de su ejecución en un terreno puramente especulativo, cuyos ecos apenas resonaron más allá de las aulas y las salas de conferencias.

⁵ Santiago Castro-Gómez, “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXIX, n° 203, abril-junio de 2003, pp. 425-430, p. 346.

⁶ Néstor García Canclini, “El malestar en los estudios culturales”, *Fractal*, vol. II, n° 6, julio-septiembre de 1997, pp. 45-60. Disponible en <<http://www.mxfractal.org/F6cancli.html>>.

El problema de su capacidad de intervención efectiva en la esfera social se encuentra detrás de estos debates, y la popularización de esta problemática tiene mucho que ver con una discusión central del presente. El culturalismo y la poscolonialidad justificaron sus propuestas metodológicas y sus nuevos paradigmas por la necesidad de romper con el discurso ensimismado de lo literario, de superar su carácter meramente especulativo dentro de un saber académico ajeno a los conflictos y las tensiones políticas que tenían lugar fuera de los campus. La alternativa fue el intento de articulación de un pensamiento práctico, de la crítica como práctica social capaz de romper este encierro: “¿Con qué fin producir conocimiento y tratar de comprender? –se pregunta Walter Mignolo–. ¿Para ‘avanzar en el conocimiento’? ¿‘para llegar a la verdad’? ¿O para incidir en la transformación social y, en consecuencia, el conocimiento-comprensión estará en relación a los problemas y asuntos que nos exige la historia, la sociedad y las genealogías intelectuales en las que elegimos inscribirnos?”⁷ Más ilustrativo resulta este balance de Mabel Moraña: “Si bien ya es evidente que los estudios culturales han triunfado en la tarea de colonizar el estatuto de las humanidades y las ciencias sociales, queda aún por probarse su verdadera capacidad de intervención e interpelación política. Esto permitiría saber, una vez desmontada la modernidad, qué hacer con sus fantasmas”.⁸

La elección, por parte de Moraña, del verbo “colonizar” para describir la acción ejercida deja muy claro que sus intentos liberadores no estuvieron exentos de tentaciones hegemónicas. Por otro lado, el tono convencido con el que se proclama la inminente cancelación de la modernidad gracias a la acción crítica nos coloca en un ámbito algo ensimismado, atento más bien a las proclamas enfáticas generadas desde su propio lugar de enunciación –académico, institucional, adicto a la especulación y nada empírico– que no acaba de derrumbar sus muros y se recrea en sus propios espejismos: “Los estudios culturales –señaló Castro-Gómez– manejan una imagen sobredimensionada de sí mismos según la cual, su función social no es tanto producir conocimientos cuanto transformar el mundo”.⁹

François Cusset, en su libro sobre el impacto de la teoría francesa en los campus estadounidenses, señaló cómo en este marco la lucha de clases quedó convertida en la lucha de los textos, donde no fue fácil distinguir el combate social de la pose anticonformista, en un método de análisis que tendió a la *sobresemiologización*: a dirimir los conflictos de la sociedad en un plano exclusivamente simbólico. Ello fue producto de un anhelo intelectual que se remonta a tiempos lejanos: “El sueño de una *influencia teórica sobre el mundo*, viejo sueño del universitario pero también del militante”¹⁰ (y este anhelo de identificación entre el universitario y el militante explica muchas cosas respecto a las tomas de posición de muchos de estos críticos), pero para Cusset, lo que queda aquí son los rastros de un camino de retirada de la modernidad ante “el proceso postmoderno de puesta en discurso de lo que queda de vida”.¹¹

⁷ Walter Mignolo, “Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales”, en C. Walsh (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, Quito, Universidad Simón Bolívar, 2003, pp. 31-57, pp. 51-52.

⁸ Mabel Moraña, “Estudios culturales, acción intelectual y recuperación de lo político”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXIX, n° 203, abril-junio de 2003, pp. 425-430, p. 430.

⁹ Santiago Castro-Gómez, “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional”, p. 344.

¹⁰ François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Barcelona, Melusina, 2005, p. 333.

¹¹ *Ibid.*

Soy un convencido de los efectos benéficos del “desacuerdo como hecho estimulante”, para usar las palabras de Wilfrido H. Corral,¹² de ahí mi interés en las polémicas generadas en torno a este tema. Pero el problema se produce cuando de ello resulta la división en dos bloques excluyentes que apenas han encontrado espacios comunes para la discusión. Algo comprensible si lo que está en juego es el rechazo rotundo, por un lado, y la defensa decidida, por otro, de la conveniencia de que la crítica atienda, al menos en una parte significativa, a las especificidades de los discursos de la literatura. Al día de hoy las cosas no han cambiado sustancialmente ni el paso del tiempo ha traído novedades significativas en los términos en que se ha planteado esta oposición. Por ello, hacer un balance –muy provisional– no viene de la convicción de que esta sea una discusión ya clausurada, pretendo tan solo señalar algunos puntos que considero útil destacar si se pretende retomar una polémica aún muy viva.

La crisis de la literatura por su pérdida de presencia y valor dentro de los discursos culturales y por su posición de clara subsidiaridad respecto a otras disciplinas es uno más de los signos de depreciación general de los saberes humanísticos, y una de las causas viene de la dificultad de establecer su valor y sus efectos sociales desde criterios empíricos. La sustitución de lo literario por lo cultural y la fuerte impronta política del paradigma poscolonial fueron también a su modo intentos de restituir la utilidad de las Humanidades a partir de paradigmas que impugnaron los del pasado mediante una enmienda a la totalidad. Dos preguntas cabe hacerse: la primera es hasta qué punto esos nuevos modelos teóricos se han acercado a sus objetivos; la segunda es en qué medida la literatura ha perdido su efectividad e importancia como lugar de análisis de los procesos históricos y sobre todo como actividad capaz de dar respuesta a los conflictos que tienen lugar en el cuerpo social.

En un artículo muy reciente, Jens Aderman, un ferviente partidario de la deriva culturalista, denunciaba la conversión de los lenguajes de los estudios culturales “en instancias anémicas y puramente auto-referenciales de un izquierdismo de *campus*”¹³ y su caída en un “autismo político que caracteriza el estado contemporáneo de ese campo”.¹⁴ La razón principal, según él, se encuentra en la realidad de una “academia mercantilizada”. Es llamativa la insistencia de muchos trabajos recientes sobre el tema en esta mercantilización señalada por Aderman: una acusación muy significativa al achacársele a unas propuestas que una y otra vez subrayaron la necesidad de alejar el trabajo crítico de la lógica y las políticas del capitalismo global.

Se muestra aquí un perfil clave del problema, el hecho de que la institucionalización de la crítica cultural y poscolonial y su innegable popularización en el medio universitario hayan atenuado su poder transgresor por la estandarización de sus lenguajes. En esta coyuntura, la crítica literaria deja asomar de nuevo un potencial político que ya no exige la negación de sus especificidades sino una perspectiva diferente a la hora de tratar con ellas. Nelly Richard, desde la óptica de la crítica cultural, señaló tempranamente algunos perfiles de esta disyuntiva:

¹² Wilfrido H. Corral, *El error del acierto (contra ciertos dogmas latinoamericanistas)*, Quito, Paradiso Editores, 2006, p. 47.

¹³ Jens Aderman, “Para una hermenéutica de la enemistad: los estudios culturales latinoamericanos y el nuevo fascismo”, *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, n° 41, enero-junio 2017, pp. 79-89, p. 82.

¹⁴ *Ibid.*, p. 86.

La explicación sociologista a la que recurren los estudios culturales para abordar a la cultura en su dimensión de consumo sólo se encontraría capacitada para medir los efectos de producción y circulación social de los textos, pero no para atender lo más complejo de las apuestas estético-críticas que se libran en cada una de sus batallas de la forma y de sus estrategias de lenguaje. Realzar el juego y la tensión de estas apuestas seguiría siendo una tarea necesaria que aún justifica la existencia de la crítica literaria, para que no triunfen los principios igualadores del mercado frente a los cuales los estudios culturales ofrecen muy poca resistencia.

Pero ¿cómo hacerlo para que esta defensa no recaiga en la nostalgia conservadora de una fundamentación universal, de una trascendencia del juicio que aún cree en la pureza e integridad de un sistema de la literatura que, de ser así, no podría sino resentir como amenaza los efectos políticamente emancipatorios del descentramiento del canon operado por los estudios culturales? ¿Cómo hacerlo para que la crítica a lo promiscuo e indiscriminado de las mezclas en los estudios culturales no se confunda con la defensa purista de una universalidad del canon basada en el dudoso criterio de una “autonomía” del juicio literario?

Este es otro de los interesantes desafíos que plantea la discusión en torno a los estudios culturales en sus cruces polémicos con el trabajo de la crítica literaria.¹⁵

Lo fundamental de la cita viene de la asunción convencida de que ambas disciplinas no tienen por qué ser excluyentes. Recientemente, Mónica Bernabé, en un artículo sobre las relaciones y las tensiones entre la cultura de las humanidades y los estudios de la cultura, reivindicaba enfáticamente la necesidad de salir del recinto cerrado de la biblioteca para adentrarnos en el terreno más abierto y libre del archivo:

La biblioteca, entendida por su parte como un corpus organizado de nuestra tradición, se tensa con el archivo, mundo oscuro que Borges prefiguró en “La biblioteca de Babel”, y que Foucault teorizó como la ley de lo que puede ser dicho: es decir, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. Tal vez, lo que hoy entendemos por archivo sea la realización de la fórmula que lanzó Blanchot hacia fines de los años treinta: “Ya no existe biblioteca, a partir de ahora, cada cual leerá a su aire”. El archivo le impone a la biblioteca un desvío [...]. No hay en el archivo un criterio de selección que diga que hay textos que merecen estar en él y otros que no tienen la dignidad suficiente como para estar ahí. Ya hace tiempo que el libro convive, dialoga y converge con otros soportes del archivo audiovisual desjerarquizando la aristocrática biblioteca de las humanidades.¹⁶

Si, como señala Bernabé, el libro convive con los otros materiales del archivo –sin que se excluyan recíprocamente–, la biblioteca puede permanecer y no debe impedirse a nadie entrar en ella y curiosear entre sus volúmenes, y sin que ello implique de por sí adoptar una pose “aristocrática” respecto a la cultura.

¹⁵ Nelly Richard, “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en D. Mato (ed.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp. 185-199, p. 193.

¹⁶ Mónica Bernabé, “Contrapunteo de la cultura de las humanidades y los estudios de la cultura”, *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, n° 41, enero-junio de 2017, pp. 68-78, p. 74.

Quien más quien menos sabe de la desaparición progresiva, o cuando menos la reducción de su presencia, de las obras literarias en los planes de estudios de muchos departamentos de Literatura, de los análisis literarios en los programas de muchos congresos y encuentros académicos y de las páginas de muchas revistas hasta hace poco especializadas en el campo literario. Aquí salimos de la discusión intelectual desinteresada, hablamos también de una lógica económica que amenaza con achicar el radio de acción de la literatura y su crítica y, ante ella, para la defensa de su vigencia, es cierto que han de esgrimirse argumentos que conecten con coyunturas históricas y culturales que ya no son las del pasado.

Ante la pérdida de relevancia de la literatura y de sus discursos, no creo que su sustitución o absorción por otras disciplinas solvente sin más el problema. El ensimismamiento ante la supuesta aura sublime e inmaculada de la literatura no debe ser asumido como único horizonte de la crítica, pues en este marco tampoco han faltado los excesos. Pero quizá haya que retomar la idea algo olvidada de que la lógica simbólica que la literatura pone en juego en sus escrituras y representaciones se origina y se nutre en los múltiples territorios de una realidad que, a pesar de su calidad esquiva e incierta, es posible nombrar y traer a sus textos. Sin duda de forma incompleta, pero en estos logros parciales la literatura no difiere de cualquier otra rama del saber y sus discursos. El reconocimiento del perfil y el impacto modestos de su radio de acción y de su papel en las sociedades actuales no tendría por qué llevarnos a juzgarlo menos necesario a la hora de desentrañar, desde sus rasgos específicos, las condiciones bajo las que opera el mundo que nos rodea.

Incluso, ¿por qué no pensar lo contrario? Que la literatura constituye una atalaya aventajada para detectar ciertas dinámicas sociales que envuelven la experiencia de lo real a lo largo de la historia y también en el presente. A este respecto, Constantino Bértolo, crítico este sí literario de formación marxista, ha afirmado que la historia de la humanidad es la historia de la lucha por las palabras, por sus sentidos no solo individuales sino también sociales e históricos, de ahí que el poder siempre haya buscado apoderarse de ellas, detentar en exclusiva el derecho a interpretarlas y darles un sentido acorde con sus exigencias. Si, como señala Bértolo, la literatura es un lugar donde antes que nada se piensan las palabras, las colectivas y las privadas, surge no como la única pero sí como una disciplina privilegiada para observar esa lucha, descifrar sus estrategias y derivas e intervenir en ella.¹⁷ La nueva sociedad tecnológica se ha esgrimido como prueba de la decadencia de lo literario y de su pérdida de relevancia, pero no sería descabellado, precisamente por ello, pensar que allí donde impera el ruido de mensajes, relatos y representaciones sin fin, la sofisticación que nos ofrece el instrumental de la literatura y de su crítica para el estudio de los discursos podría cobrar importancia y adquirir un papel relevante: “Las sociedades están –como ha señalado Beatriz Sarlo– cada vez más informatizadas y comunicadas desde un punto de vista técnico, pero algunas cuestiones esenciales son cada vez más opacas”.¹⁸ Para enfrentar este panorama, en vez de negar su validez Sarlo reivindica y enfatiza precisamente la necesidad de la experiencia estética sin que ello implique abandonar sus implicaciones ideológicas: “La literatura es socialmente significativa porque algo, que captamos con dificultad, se queda *en* los textos y puede volver a activarse una vez que estos

¹⁷ Constantino Bértolo, *La cena de los notables*, Cáceres, Periférica, 2008.

¹⁸ Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Barcelona, Ariel, 2001, p. 187.

han agotado otras funciones sociales. Me pregunto si les estamos comunicando a los estudiantes y a los lectores este hecho simple: nos sentimos atraídos hacia la literatura porque es un discurso de alto impacto, un discurso tensionado por el conflicto y la fusión de dimensiones estéticas e ideológicas”.¹⁹

Cabe plantearse si la renuncia a observar esta complejidad y riqueza de matices del discurso literario –por parte de corrientes que con sus propuestas buscan enfrentarse a los efectos de la nueva economía– no viene siendo efecto precisamente de las exigencias de eficacia y resultados rápidos que esta lógica económica está empezando a extender en el espacio académico, un ideario basado en la corta duración, siempre extraña al estudio humanístico. Quizá incluso la tan denostada filología –echada al baúl del olvido por las nuevas tendencias críticas– nos enseña un camino de vuelta hacia la restitución de la densidad conceptual y expresiva del texto literario: filología ya no como guardiana de la tradición, encargada de consagrar, fijar e inmovilizar los monumentos del pasado, sino como actividad capaz de exponernos, como señalara Hans Ulrich Gumbrecht en *Los poderes de la filología*, “a una alta complejidad intelectual sin tener necesidad inmediata de reducir esta complejidad”;²⁰ conquista de un tiempo más pausado y menos urgente y que nos otorgue:

El privilegio de que a uno se le permita exponerse a un desafío intelectual sin la obligación de tener que dar una reacción ni una “solución” rápida. Naturalmente, sin instituciones específicas y sin esfuerzos individuales específicos, tal “exceso de tiempo” no estará ya nunca a nuestra disposición. Necesitamos instituciones de Aprendizaje para producir y proteger el tiempo excesivo contra las temporalidades mucho más demandantes del día a día. En este nuevo sentido, no es solo plausible creer que la “Filología clásica como profesión está desubicada”, como una vez dijo Nietzsche. Dando un significado solo ligeramente diferente a las mismas palabras, uno podría querer argumentar que la institución académica no se trata de otra cosa que de ese estar fuera del tiempo. Me doy cuenta de que la idea nos causa temor, pero no pienso que sea ni que deba ser percibida como tan atemorizante.²¹

Aquí también se juega una política de enorme importancia para la universidad y los saberes humanísticos: una política muy distinta a la repasada en páginas anteriores, ya no tan atenta a señalamientos enfáticos y un tanto repetitivos de las injusticias sufridas por actores sociales que, se quiera o no, se ubican fuera de los lugares en los que esos discursos son enunciados. Ahora se trata de la lucha por lograr que los poderes económicos y políticos accedan a crear las condiciones necesarias que permitan a las Humanidades desarrollar sin injerencias ni presiones sus propios métodos –los tiempos y ritmos que les son propios– y sus herramientas especializadas de análisis, como vías de mejora –y a pesar de su limitado campo de influencia– para las sociedades en su conjunto, no por supuesto para crear espacios de privilegio donde el estudioso se ensimisme y se duerma en los laureles de su propia disciplina. Como señalara Beatriz Sarlo, renunciar a la literatura como objeto de la crítica también supone cerrar el ac-

¹⁹ Beatriz Sarlo, “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”, *Revista de Crítica Cultural*, n° 15, noviembre 1997, pp. 32-38, Disponible en <http://www.academia.edu/1196235/Los_estudios_culturales_y_la_cr%C3%ADtica_literaria_en_la_encrucijada_valorativa>.

²⁰ Hans Ulrich Gumbrecht, *Los poderes de la filología*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 96.

²¹ *Ibid.*, p. 98.

ceso a un saber al que todo el mundo, independientemente de su origen social, cultural, de género o raza, tiene derecho si ese es su deseo, por lo que estamos obligados a poner los medios para abrir esa posibilidad –y ello tiene también evidentes implicaciones políticas–. Porque si no aceptamos que hay grandes obras de literatura significativas pese a otras consideraciones ideológicas: “¿Estamos dispuestos –se pregunta Sarlo– a renunciar a nuestros derechos de apropiación de una tradición cultural y sobre todo a renunciar en nombre de otros a quienes no les transmitimos esa tradición en las escuelas y en las universidades porque pensamos que esa tradición no es suficientemente correcta desde un punto de vista ideológico?”²²

A toda disciplina ha de permitírsele actuar en el espacio de su propia diferencia, solo así es posible evitar reduccionismos y simplificaciones, efecto de la decisión de rehuir la complejidad de sus discursos. No imagino otras condiciones mejores para el desarrollo de un pensamiento en libertad. □

Bibliografía

- Aderman, Jens, “Para una hermenéutica de la enemistad: los estudios culturales latinoamericanos y el nuevo fascismo”, *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, n° 41, enero-junio de 2017, pp. 79-89.
- Benedetti, Mario, “El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo”, *Arte, Sociedad, Ideología*, n° 3, octubre-noviembre de 1977, pp. 4-21.
- Bernabé, Mónica, “Contrapunteo de la cultura de las humanidades y los estudios de la cultura”, *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, n° 41, enero-junio de 2017, pp. 68-78.
- Bértolo, Constantino, *La cena de los notables*, Cáceres, Periférica, 2008.
- Berverley, John, “Post-literatura”, *Nuevo Texto Crítico*, vol. 7, n° 14-15, 1994-1995, pp. 385-400.
- Castro-Gómez, Santiago, “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXIX, n° 203, abril-junio de 2003, pp. 425-430.
- Corral, Wilfrido H., *El error del acierto (contra ciertos dogmas latinoamericanistas)*, Quito, Paradiso Editores, 2006.
- Cusset, François, *French Theory. Foucault, Derrida & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Barcelona, Melusina, 2005.
- De Diego, José Luis, “El estatuto actual de los estudios literarios”, en Raquel Macchiuci (ed.), *Crítica y literaturas hispánicas entre dos siglos. Mestizajes genéricos y diálogos intermediales*, Madrid, Maia Ediciones, 2010, pp. 41-64.
- Eagleton, Terry, *El acontecimiento de la literatura*, Barcelona, Península, 2012.
- Fernández Retamar, Roberto, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975.
- García Canclini, Néstor, “El malestar en los estudios culturales”, *Fractal*, II, 6, julio-septiembre de 1997, pp. 45-60. Disponible en <<http://www.mxfractal.org/F6cancli.html>>.
- Gumbrecht, Hans Ulrich, *Los poderes de la filología*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- Mignolo, Walter, “Teorizar a través de fronteras culturales”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 17, n° 33, 1991, pp. 103-112.
- , “Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales”, en C. Walsh (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, Quito, Universidad Simón Bolívar, 2003, pp. 31-57.

²² Sarlo, “Los Estudios y la crítica literaria”, disponible en línea <http://www.academia.edu/1196235/Los_estudios_culturales_y_la_cr%C3%ADtica_literaria_en_la_encrucijada_valorativa>.

Moraña, Mabel, "Estudios culturales, acción intelectual y recuperación de lo político", *Revista Iberoamericana*, vol. LXIX, n° 203, abril-junio de 2003, pp. 425-430.

Richard, Nelly, "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana", D. Mato (ed.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp. 185-199.

Rincón, Carlos, *El cambio actual en la noción de literatura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

—, "Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario", *Nuevo Texto Crítico*, vol. 7, n° 14-15, 1994-1995, pp. 5-10.

Sarlo, Beatriz, "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", *Revista de Crítica Cultural*, n° 15, noviembre de 1997, pp. 32-38. Disponible en <http://www.academia.edu/1196235/Los_estudios_culturales_y_la_cr%C3%ADtica_literaria_en_la_encrucijada_valorativa>.

—, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Barcelona, Ariel, 2001.

Resumen / Abstract

La crítica tras la borrasca cultural y la tormenta poscolonial

El presente artículo trata de dibujar un estado de la cuestión sobre el momento actual de la crítica literaria de y sobre América Latina. Para llevarlo a cabo, se ha optado por analizar las consecuencias que ha tenido la irrupción de los llamados estudios culturales y de los planteamientos poscoloniales para este campo de estudio; acontecimientos que han generado numerosos debates sobre las condiciones en que debe desarrollarse la crítica literaria y las funciones que debe cumplir. Esto ha supuesto frecuentes revisiones y cuestionamientos de los fundamentos que sustentaron el ejercicio crítico en el pasado, para ser sustituidos por paradigmas renovados que apuntan a una necesaria politización de la crítica. Con todo ello, la crítica literaria latinoamericanista se sitúa en una encrucijada compleja que amenaza con subvertir los principios que en el pasado la justificaron. Esta encrucijada es la que se trata de describir, analizar y valorar a lo largo de este trabajo.

Palabras clave: Crítica literaria latinoamericana - Estudios culturales - Poscolonialidad - Filología

Criticism after the cultural downpour and postcolonial storm

This article attempts to map the current state of literary criticism of and about Latin America. To do this, the present study analyzes the consequences of the emergence of that area of production which has been identified under the rubric of cultural studies and of postcolonial approaches to this field. These developments have generated numerous debates concerning the conditions in which literary criticism should develop and the functions it must fulfill. These have presupposed frequent revisions and a critical questioning of the foundations on which literary criticism was posited in the past, and have encouraged that they be replaced by renewed paradigms which privilege a necessary politicizing of literary criticism. Taking all these elements into consideration, Latin American literary criticism finds itself at a complex turning point that threatens to subvert the principles that had justified it in the past. It is this turning point which this article proposes to describe, analyze and evaluate.

Keywords: Literary criticism in Latin America - Cultural studies - Postcoloniality - Philology

Fecha de recepción del original: 19/9/2018

Fecha de aceptación del original: 15/3/2019

Tabular, evocar, recordar

La refundación de la Argentina en las Tablas de sangre

*de José Rivera Indarte**

Alejandro Quintero Mächler

Columbia University

La Hispanoamérica de mediados del siglo XIX era un lugar propicio para la refundación nacional. A lo largo y a lo ancho del continente la posindependencia había traído consigo guerras civiles, depresión económica y un caudillo tras otro. La noción misma de “independencia”, su significado, verdadero alcance y razón de ser, tambaleaba, se debatía, tornándose inestable. En más de un caso los letrados recurrieron a la escritura para proponer o proyectar una nación imaginada, futura, aún inexistente, palpable solo en el papel. Lo que terminó siendo Argentina no constituyó una excepción: su intelectualidad, forzada a un largo exilio por el régimen de Juan Manuel de Rosas, vertió una y otra vez en forma escrita la “nación” que eventualmente sucedería a la caída del Restaurador. Mientras la dictadura se endurecía, la nación se imaginaba y refundaba desde Montevideo, Santiago de Chile y Río de Janeiro.¹

Las *Tablas de sangre* (1843) es uno de los textos más interesantes de este período refundacional, denominado por Elías J. Palti el “momento romántico”.² Su autor, José Rivera Indarte (1814-1845), personaje escasamente estudiado y muy controvertido, quizá fuera el más estridente, violento y radical de aquella generación del 37 –Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento, José Mármol, y un largo etcétera– que, dejando atrás la distinción entre unitarios y federales, se ensañó desde el exilio contra el régimen de Rosas y promovió una futura “Argentina” que enmendara y concluyera lo iniciado por la Revolución de Mayo. Satélite un tanto

* Doy las gracias a Fernando Degiovanni por haberme recomendado la lectura de Rivera Indarte y haber revisado un borrador preliminar de este artículo.

¹ Véase Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010; Jorge Myers, “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. I, pp. 29-50; para el exilio en Brasil véase Adriana Amante, “Las huellas del peregrino, el exilio en Brasil en la época de Rosas”, en Cristina Iglesia (comp.), *Letras y divisas, ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, UBA, 1998, pp. 69-89; y para la emigración a Chile cf. Ana María Stiven, “El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)”, en Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. I, pp. 412-440.

² Elías J. Palti, *El momento romántico: nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba, 2009. Para Palti, el problema clave de este momento es: “¿cómo narrar una historia que, sencillamente, parecía no haber conducido a nada o, peor aún, a Rosas?” (p. 27).

marginal de este grupo romántico y liberal,³ colaboró en la prensa con algunos de sus más destacados miembros, como Florencio Varela y Juan María Gutiérrez,⁴ si bien mantuvo recurrentes altercados con otros, Vicente F. López y Juan Bautista Alberdi en particular. Para sus contemporáneos, entonces, aun para sus aliados antirrosistas, Rivera Indarte era un incómodo, ambivalente y a menudo detestable personaje: Mitre lamentaba sus “ideas excéntricas”, su “ciencia superficial”,⁵ mientras que Echeverría lo calificó de “malogrado”, a pesar de su “enérgica pluma”;⁶ López lo llama “canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y vil en apariencia”, aunque de “mucho talento”,⁷ y según Pedro de Angelis, publicista de Rosas y uno de sus mayores rivales, “un Lavater hubiera leído en sus facciones la perversidad de su alma”.⁸

Sea como fuere, Rivera Indarte no era un polemista cualquiera sino la vanguardia misma de la oposición, rol que adquirió en el exilio: para De Angelis, probablemente el letrado más influyente de Buenos Aires,⁹ se trataba del más peligroso de los expatriados, nada menos que “su prototipo” o modelo, de quien “todos siguen las huellas”.¹⁰ Y sin embargo, a pesar de su innegable importancia, la incomodidad con la obra de Rivera Indarte se ha perpetuado en nuestros días y rara vez ha sobrepasado el nivel de la sorpresa, el descreimiento, la indignación o el desdén. Las *Tablas de sangre*, en particular, a primera vista poco más de cuarenta páginas de presuntas atrocidades, desmanes y excesos del régimen de Rosas, han quedado relegadas al papel de banal exageración refutada una y otra vez por historiadores.¹¹ En estudios novedosos como los de Gabo Ferro y Adriana Novoa,¹² en cuya línea de investigación me inscribo, ni Rivera Indarte ni sus *Tablas* son mencionadas. Este vacío bibliográfico es inexplicable dado el papel central que jugó Rivera Indarte en los circuitos de propaganda antirrosista, por no hablar de la fogosa polémica que tanto él como sus escritos suscitaban. Las *Tablas* exigen un nuevo acercamiento que resalte su retórica y enfatice su concepción de la futura nación argentina; que las sitúe, en fin, como un texto clave del medio siglo XIX en Hispanoamérica.

El propósito de este ensayo es suplir ese vacío. Mi hipótesis central es que las *Tablas* constituyen, primero, una interpretación original, temprana e influyente del Rosismo –que antecede a la de un Sarmiento–; y segundo y simultáneamente, que crean y configuran en el

³ Incluido en ella por el mismo Echeverría –cuya actitud ambivalente con respecto a Rivera Indarte es conocida– en su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en El Plata desde el año 37*, en *Dogma socialista de la asociación de mayo*, Montevideo, Imprenta del Nacional, 1846.

⁴ Colaboró con Gutiérrez, por ejemplo, en *Tirteo y El Talismán*. Véase Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1983, vol. VI, p. 208.

⁵ Bartolomé Mitre, “Estudios sobre la vida y escritos de José Rivera Indarte”, en José Rivera Indarte, *Poesías de Rivera Indarte, con biografía del autor, escrita por el coronel de artillería Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1853, pp. xv-xvi.

⁶ Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. LXIV.

⁷ Vicente Fidel López, *Evocaciones históricas-Autobiografía-La Gran Semana de 1810-El Conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, El Ateneo, 1929, p. 30.

⁸ *El Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, 31 de julio de 1845, p. 343.

⁹ Véase Josefa Emilia Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina, Ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995.

¹⁰ *El Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, 24 de abril de 1846, p. 429.

¹¹ John Lynch, *Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Oxford, Oxford University Press, 1981, p. 242; y Gabriel di Meglio, *¡Mueran los salvajes unitarios!, La mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 179-188.

¹² Gabo Ferro, *Barbarie y civilización; sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Marea, 2008; Adriana Novoa, “The Meaning of Blood in Argentina: Genealogy and Darwinism in the Recovery of the Past”, en *Revista Hispánica Moderna*, diciembre de 2009, vol. II, n° 2, pp. 213-234.

papel una “nación argentina” cuando esta no existía. Como se verá más adelante, la “nación victimizada” de que escribe Rivera Indarte no debe darse por sentada, pues no solo hace del dolor el catalizador de la identidad, sino que incluye dentro de las víctimas sacrificiales que la posibilitan a individuos hasta entonces invisibilizados por la historia y los relatos imperantes. Más en concreto, esos dos objetivos generales anuncian estas preguntas, relacionadas entre sí: ¿De qué modo las *Tablas* definen e interpretan la violencia rosista, esto es, al régimen y su actuar? ¿Qué efectos buscaban suscitar en los lectores y de qué herramientas se valen para generarlos? Y, por supuesto, ¿qué imagen de la “Argentina” crean y presentan?

El orden del escrito seguirá los tres verbos de su título: *tabular*, *evocar*, *recordar*, que siguen el fin de las *Tablas* y propician la refundación nacional. En cuanto a *tabular*, primero mencionaré brevemente el origen y la estructura de la obra, elementos sin los cuales no se la puede comprender; y segundo, mostraré cómo Rivera Indarte complejiza, de entrada, su imagen del Rosismo al exceder su propósito inicial de meramente tabular las atrocidades rosistas; en cuanto a *evocar*, indagaré en el retrato del régimen rosista que Rivera Indarte elabora en las *Tablas*, utilizando para ello el concepto de “horrorismo” de la filósofa Adriana Cavarero; y en cuanto a *recordar*, sosteniéndome en los conceptos de “necro-nominalismo” y “necro-geografía”, propuestos por el historiador Thomas Laqueur, mostraré cómo Rivera Indarte construye una nación argentina sufriente, que padece a Rosas más allá de la gobernación de Buenos Aires, compuesta por individuos victimizados y recordados que no figuraban antes en el discurso letrado. Partiré, de este modo, de la concepción y la intención generales de la obra para arribar a una minuciosa lectura de ella que la ilumina desde dos perspectivas: por un lado una mirada que se concentra en los victimarios, los rosistas, y el horror que instilan; por otro lado, el punto de vista que subraya y hace ostensible un sujeto colectivo victimizado, ocasionado por los primeros.

Tabular la sangre

Origen y estructura básica de las Tablas de sangre

Las *Tablas de sangre* es uno de los textos más polémicos, viscerales y originales de la diáspora antirrosista y, en general, del medio siglo hispanoamericano. En él se describía no solo un régimen terriblemente violento sino también la posibilidad de una futura nación argentina que lo sobreviviera. Para comprender a cabalidad la originalidad y el alcance de lo escrito y sugerido en las *Tablas*, es necesario ahondar un poco en su origen, su estructura y la intención con que fueron elaboradas.

Las *Tablas de sangre de las administraciones de Rosas, desde 1829 hasta 31 de octubre de 1843*, versión pulida de unas anteriores *Efemérides de los degüellos y matanzas de Rosas*, fueron publicadas en 1843 en la Imprenta de *El Nacional*. No aparecieron como un folleto independiente sino como parte de un volumen que iniciaba con *Rosas y sus opositores* y cerraba con *Es acción santa matar a Rosas*. Situadas en medio de estos textos, entre el ensayo que perfila el ascenso del tirano, sus crueldades y violencias, y el panfleto final que insta a sus lectores –en particular lectoras– a matarlo, actúan de bisagra entre el uno y el otro. A pesar de la innegable relación orgánica que mantienen con estos escritos que a lado y lado las acompañan, las *Tablas* pueden ser leídas en tanto texto independiente, dados su carácter cerrado y completo y sus cualidades únicas.

Para 1843, Rivera Indarte ya era reconocido como un feroz antirrosista cuya retórica, de “pluma teñida en sangre”,¹³ era capaz de “dirigirse al corazón de sus compatriotas por medio del entusiasmo” y dar “golpes certeros, de esos que arrancan sangre, en el corazón de muchos malos poderosos”.¹⁴ Llevaba entonces 29 años de una vida nómada, tortuosa, y de camaleónico fervor: nacido en Córdoba, había llegado de niño a Buenos Aires, donde sufrió todo tipo de dificultades, incluido un temprano destierro a Montevideo, por su tendencia al robo y la bravuconería.¹⁵ Al regresar, estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires bajo Valentín Alsina, puliendo al tiempo su “diatriba panfletaria” en *La Gaceta Mercantil* y otros periódicos rosistas.¹⁶ Sus coqueteos con el régimen no durarían: en 1836 se lo acusó de conspiración y fue “sepultado en un calabozo”. El infortunio resultó transfigurador: “como Saulo postrado en tierra”, Rivera Indarte “oyó la voz de su Dios que lo llamaba al buen camino”.¹⁷ Con la misma furia con que impregnaba sus himnos y discursos rosistas –véase el popular “Himno de los restauradores”– se entregó a un ardoroso antirrosismo, a tal grado que se lo culpó luego de un atentado al Restaurador.¹⁸ Tras salir de prisión y una breve estancia en los Estados Unidos, se instaló de nuevo en Montevideo, epicentro de la prensa antirrosista. Desde ese año de 1839 hasta su muerte, acaecida en el Brasil en 1845, ejerció como redactor en jefe de *El Nacional*, al que transformó en el órgano más vehemente de los exiliados antirrosistas, su “catecismo político”.¹⁹ *El Nacional* circulaba en el Uruguay, el Brasil, Chile e incluso Bolivia,²⁰ inserto en una extensa red de publicaciones críticas de Rosas que sobrepasaba en mucho el marco geográfico del Río de la Plata y que, dentro de ella, gozaba de una distribución clandestina. *El Grito Argentino*, *Muera Rosas!*, *El Constitucional*, *La Semana*, *El Comercio del Plata* y *El Diario de la Tarde*, por nombrar tan solo los periódicos de la ciudad de Montevideo, aunaban fuerzas con *El Nacional* en la denuncia enfática del régimen que los había forzado a salir del país. Dentro de este frente común de publicaciones, textos como las *Tablas de sangre* destacaban por su amplia circulación, violencia verbal y novedad propositiva.

Pero las *Tablas* no fueron una simple consecuencia de la polarización ideológica o el producto de un mero afán crítico. Tampoco fueron, o no solamente, la elaboración de una mente poseída por el fanatismo del recién converso. Otros intereses estaban en juego: tanto Buenos Aires como Montevideo habían surgido, desde los albores del siglo, como ciudades-puerto de primerísima importancia en el comercio atlántico.²¹ Por este motivo los vaivenes políticos del Río de la Plata eran seguidos de cerca por potencias europeas como Francia y Gran Bretaña, que leían con avidez todo lo publicado en Buenos Aires o en Montevideo. Como se sabe, la negativa

¹³ *El Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, diciembre de 1844, p. 72.

¹⁴ Mitre, “Estudios sobre la vida y escritos de José Rivera Indarte”, pp. xxii, xxxi.

¹⁵ El recuento de sus “aventuras delictuosas”, en Cutolo, *Nuevo diccionario*, vol. vi, pp. 205-206.

¹⁶ *Ibid.*, p. 207.

¹⁷ Mitre, “Estudios sobre la vida y escritos de José Rivera Indarte”, pp. xvii, xviii.

¹⁸ La “máquina infernal” del 28 de marzo de 1841, véase Nicolás Lucero, *La Máquina infernal. Apuntes sobre Rivera Indarte*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1992, p. 15.

¹⁹ Cutolo, *Nuevo diccionario*, vol. vi, p. 207.

²⁰ Miguel Ángel de Marco, *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el centenario de Mayo*, Buenos Aires, Educa, 2006, p. 154.

²¹ Véase Jeremy Adelman, *Republic of Capital, Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 1999. Jürgen Osterhammel describe el siglo xix como la “golden age of port cities”, en *The Transformation of the World, A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 2014, pp. 259, 275.

de Rosas a permitir la libre navegación del Paraná generó dos bloqueos navales de Buenos Aires: el primero solo francés (1838-1840), el siguiente anglo-francés (1845-1850). A las intermitentes intervenciones europeas habría que sumar la guerra civil del Uruguay, o Guerra Grande (1839-1851), en la que Rosas participó desde 1843. La situación geopolítica adquirió entonces una creciente complejidad, y la recurrencia de los conflictos amenazaba la regularidad del creciente comercio atlántico y la inestabilidad restaba confianza a los inversionistas.

La perpetuación del régimen rosista, en consecuencia, significaba para algunos la imposibilidad de medrar económicamente. Por ello no debe extrañarnos que la cultura impresa y los intereses financieros juntaran fuerzas, como en el caso de las *Tablas*. Cuenta José María Rosa que el británico-uruguayo Samuel Fischer Lafone, dueño de la firma bancaria Lafone & Co., establecida en Montevideo, habría contratado a Rivera Indarte, cuya retórica ya tenía fama, para una misión calumniadora. Se trataba de denunciar con exageración al régimen rosista, brindando un *casus belli* a Francia y Gran Bretaña para poder bloquear Buenos Aires. Lafone le habría pedido al cordobés un registro de “‘todas las muertes, posibles muertes y atentados contra la humanidad’ que hubiera hecho Rosas, pagándole ‘un penique por muerto’”, instrucciones que luego develaron en la opinión pública el *Atlas* de Londres y *La Presse*, de París.²² En todo caso, las *Tablas*, que tenían el objetivo de “‘estremecer de horror a los flemáticos victorianos” y “‘quitar el aliento a los buenos burgueses de Luis Felipe””, surtieron el efecto deseado: no solo el segundo bloqueo de Buenos Aires se hizo realidad, sino que además los negocios de Lafone prosperaron.²³

Las *Tablas* ocultaron cualquier referencia a tales maquinaciones y fueron presentadas como una investigación seria, verídica y pormenorizada de los horrores de Rosas, un reflejo invertido de las célebres *clasificaciones*.²⁴ El objetivo final era, según su autor, *tabular* “‘la pérdida de sangre humana””, consignando, tanto como fuera posible, datos a prueba de dudas. Las *Tablas* fueron concebidas como una empresa escrituraria “científica” cuyas conclusiones eran susceptibles de ser dispuestas en tablas, lo que equivalía a una sistematización de la información. El formato elegido, en consecuencia, legitimaba la veracidad del texto, que incluso se atrevía a señalar sus propios límites epistemológicos. En efecto, se lee en las *Tablas* que:

Hemos formado tablas alfabéticas de la sangre derramada, por orden de Rosas, comprendiendo en ellas solo víctimas muertas a hierro o a fuego, cuyos sacrificios constan de documentos oficiales o de relación dada por testigos dignos de fe. Muchísimas serán las que omitiremos, y que no hemos podido averiguar en la incomunicación en que estamos con el interior de Buenos Aires y las otras provincias argentinas [...] algún día, con nuevos y mejores datos, mejoraremos nuestras *Tablas*.²⁵

²² José María Rosa, *Rosas, nuestro contemporáneo. Sus veinte años de gobierno*, Buenos Aires, La Candelaria, 1970, p. 94. Aunque verosímil, el que Rivera Indarte haya cobrado por las *Tablas* debe cuando menos ser objeto de sospecha, dadas las filiaciones rosistas de Rosa. Cutolo, sin embargo, refrenda esta versión en *Nuevo diccionario*, vol. VI, p. 208.

²³ *Ibid.*, p. 95. El *Times* y *Le Constitutionelle* las reprodujeron, Robert Peel lloró al leerlas en la Cámara de los Comunes y Thiers, primer ministro francés, las citó conmovido ante el Parlamento.

²⁴ Informes o tablas con que el régimen *clasificaba* a desafectos y opositores, véase Di Meglio, *¡Mueran los salvajes unitarios!*, p. 131.

²⁵ José Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores-Tablas de Sangre-Es acción santa matar a Rosas*, Buenos Aires, Ignacio del Mazo Editor, 1911, p. 311.

La sistematicidad de las *Tablas* no hacía distinciones entre víctimas: todas eran dignas de registro y tabulación, sin importar su condición. La pretensión de contar un día con “nuevos y mejores datos”, además, sugería que una más profunda pesquisa incrementaría, sin duda, el número de ellas.

La sistematicidad legitimadora del texto es igualmente ostensible en cómo sus “tablas alfabéticas” de víctimas aparejan letra y número: las 46 páginas de que consta inician en orden alfabético con la letra “A” y la entrada “Abad (D.N.)”, “fusilado el 4 de abril de 1842” (p. 313), y terminan con la “Z” y la entrada de “Zorrilla (D.N.)”, asesinado “el 14 de abril de 1842” (p. 356). Al final, después de un pequeño “Suplemento a las letras A, B, C, F, I, L, N” (pp. 356-358), se encuentra un conciso “Resumen total de las tablas”, donde se afirma con seguridad aritmética que el total de víctimas equivale a 22.030 personas, entre envenenados (4), degollados (3.765), fusilados (1.393), asesinados (722), muertos en grandes batallas (14.920), y muertos en escaramuzas y persecuciones (1.600) (pp. 358-359). Esta sangre derramada, cuya cantidad real –al decir de Rivera Indarte– era muy superior a la referida en las *Tablas*, estaba libre de toda culpa, pues quienes “han muerto por opiniones políticas o inicua-mente [...] a la faz de Dios y de los hombres”, además de ser de “los más activos e inteligentes de la población” (p. 359), “son inocentes” (p. 311). La cuantificación de la sangre inocente se reviste, así, cuando menos en intención, de una aritmética sistematicidad que la legitima, reforzando la importancia del número, que hace las veces de precio: es decir, habría definido el monto que, presuntamente, cobró Rivera Indarte por su trabajo.

El análisis espacio-temporal del Rosismo más allá de la cuantificación

No obstante lo anterior, en mi opinión las *Tablas* evidencian la existencia de un interesante desplazamiento en su proceso de escritura, pues se parte de unas meras “tablas alfabéticas” de víctimas y se termina en un intento desesperado e hiperbólico de aprehender el Rosismo como tal, en mayúscula. Con lo que el objetivo inicial terminó por desdibujarse un poco, dado el exceso irrepresentable que para los antirrosistas representaba el régimen de Rosas. El gesto totalizador en que devino la escritura explicaría por qué, junto a la compilación de nombres, esto es, las esperables “tablas alfabéticas” de víctimas, se van sucediendo ante el lector, aquí y allá, todo tipo de lugares manchados por el derrame de sangre: hay 1) *ciudades* como “Catarmarca” o “Mendoza”; 2) *espacios geográficos* como el río “Canelón Grande” o los “Andes (Cordillera de los)”; y 3) *construcciones ominosas* como “Santos Lugares”, el “campamento de Rosas [...] célebre por los fusilamientos que en él han tenido lugar” (p. 348).

Aparecen 4) *batallas* como las de “Cagancha” o “Pago Largo”, y 5) *conflictos aún sin terminar*, como el “Sitio (el de Montevideo)”, por no hablar de 6) *suplicios y torturas*, como la célebre “Resbalosa” (p. 346), procedimiento que retomaremos más abajo. También 7) *instituciones* como la “Universidad”, a la que “Rosas le quita las rentas y las aplica a equipar y armar los ejércitos que defienden su tiranía” (p. 352), los “Hospitales”, que Rosas “cierra por un decreto [...] y echa a los enfermos a la calle”, o la casa de “Huérfanos”, cerrada “bajo los mismos pretextos que los hospitales y la universidad” (p. 335). Y 8) *comunidades corporativas*, como los “Jesuitas”, “expulsados [...] por no haber permitido que en sus altares se adorase el retrato de Rosas” (*ibid.*). Se incluyen asimismo 9) *grupos socio-económicos*, como los “Pescadores”, “degollados [...] el 25 de abril de 1843” (p. 344), e incluso, bajo la entrada “Yndios”, 10) *comunidades indígenas* de difícil integración en la nación, como 110 indios pampas que Rosas

manda fusilar, “traídos expresamente del desierto para aterrar a Buenos Aires con este espectáculo” (p. 354). Los 11 *medios de comunicación y las publicaciones* no podrían faltar, y por ello se adjuntan periódicos clave dentro de la propaganda rosista, como el bilingüe “*British Packet*”, y 12) *decretos del régimen*, como aquella “Circular” del 20 de febrero de 1841, en que se pide que “exterminen a los unitarios y les confisquen sus bienes” (p. 327). Otros que destacan en las *Tablas* son los 13) *victimarios célebres y los rosistas empedernidos*, como Félix Aldao, temible fraile cubierto “con la sangre de tanta víctima indefensa” (p. 317), o como “Ezcurra (La Encarnación)”, nada menos que la esposa del Restaurador.

La dimensión del tiempo también figura de modo ostensible, pues se insertan en las *Tablas* los 14) *meses* en los que la relación de hechos se adensa, como “Abril”, que en 1842 significó 30 días de terror, pues “del 1 al 30, la mashorca y los empleados de Rosas, en bandas, recorren día y noche las calles degollando a los individuos cuyos nombres Rosas les ha dado” (p. 313); o como “Setiembre”, mes infausto en 1839, cuando Rosas “ordena [...] que sus súbditos usen bigote en señal de guerra exterminadora” y empieza a ser “adorado el retrato del incestuoso degollador Rosas por primera vez en la Iglesia de la Merced” (p. 350). También está “Octubre”, cuyo transcurrir en el año de 1840 implicó que “los mashorqueros divididos en cuadrillas degüellan de día y de noche en las calles, plazas y casas de Buenos Aires a sus habitantes más distinguidos, saqueando sus efectos más preciosos y destruyendo lo que no les convenía llevar” (p. 342); y “Diciembre”, que en el auspicioso día 8, del año de 1829, ve a Juan Manuel de Rosas tomar posesión de la gobernación (p. 329). Las *Tablas* disponen también 15) *fechas exactas*, como “Junio de 1831”, mes en que se pasan 11 personas por las armas (p. 336). Por último, muchas de las entradas que corresponden a meses refieren hechos que escapan al marco temporal sugerido por el título de las *Tablas* (de 1829 a 1843): la de “Octubre”, por poner tan solo un ejemplo, se remonta de hecho a 1814, cuando “Rosas abusa vergonzosamente de la confianza de sus padres”, “los maltrata y se muda el apellido paterno *Ortiz de Rosas* en el de *Rosas*” (p. 342).

Las 15 categorías mencionadas indican que las *Tablas* son mucho más que una “tabla alfabética” de víctimas: en primer lugar, porque en la medida en que incluyen algunas de las figuras del Rosismo, constituyen así mismo un “quién es quién” del régimen, esto es, una lista de los victimarios más prominentes, cuyos nombres y faenas no deben olvidarse. En segundo lugar, porque al lado de víctimas y victimarios, Rivera Indarte tabula lugares, corporaciones, batallas, fechas puntuales, acontecimientos, periódicos, suplicios e instituciones, articulando así una suerte de diccionario o enciclopedia del Rosismo, una guía perturbadora para comprender su génesis, funcionamiento y desarrollo. Las *Tablas* indican al lector, es cierto, el “quién es quién”, pero también responden al “qué”, al “cómo”, al “dónde” y al “cuándo”. Delimitan al régimen en el espacio, situando su influencia más allá de la gobernación de Buenos Aires (donde en sentido estricto gobernaba Rosas): en Montevideo, en la cordillera de los Andes, incluso en Córdoba; y lo insertan a la vez en una línea de tiempo particular que no se corresponde a cabalidad con los 20 años que cubren los mandatos de Rosas. La cronología, en cualquier caso, tiende a seguir los rastros de sangre que se le atribuyen al dictador y sus secuaces, muchos de ellos señalados con nombre propio. La noción de evento o acontecimiento histórico queda ligada, explícita o implícitamente, al derrame de sangre y su onerosa impronta. De ahí que una fecha como el 23 de enero de 1830, cuando Rosas fusila al mayor Montero, tenga tanta importancia, pues constituyó según Rivera Indarte “el primer ensayo de su gobierno” (p. 340). Y estos rastros, instantes clave de una historia de violencia extrema ejercida por unos victimarios concretos, son sin falta señalados en el mapa.

Podríamos decir entonces que el Rosismo, en las *Tablas*, es un sistema que instituye, habita e irriga un espacio-tiempo determinado, un escenario diacrónico marcado por lugares y momentos de sangre. Y que, como veremos más adelante, puede ser descrito como una máquina productora de víctimas cuyo actuar excede la gobernación de Buenos Aires. Todo en este sistema aparece ligado entre sí, análisis que sugiere Rivera Indarte con la circularidad que inserta en sus referencias cruzadas: a partir de vínculos que conducen de una entrada a otra, las *Tablas* logran urdir una enciclopedia del poder que relaciona nombres con hechos, fechas con instituciones, víctimas con victimarios y crueldades con prácticas culturales. La entrada “As-trada (Genaro Berón, Gobernador de Corrientes”, por ejemplo, que describe cómo “es muerto el 31 de marzo de 1839 en Pago Largo”, añade al final la sugerencia: “V. Pago Largo” (p. 321), batalla que se encuentra unas páginas más adelante. “González (D. Marcos)”, pasado por las armas, se conecta en el texto con “Aldao” (p. 334), su verdugo en la vida real. Como si la búsqueda de un nombre en el diccionario de las víctimas del Rosismo permitiera encontrar a su vez al asesino. Y así en otros casos de autorreferencialidad e hipervínculo con los que Rivera Indarte dotaba de mayor complejidad su interpretación del Rosismo.

Evocar el horror

“Horrorismo”: la esencia del régimen

Ahora bien, si las *Tablas* escenifican un espacio-tiempo rosista, ¿cuál es, específicamente, el modo en que este se manifiesta? ¿Cómo *actúa* y qué *produce*? Aquí vale la pena adentrarse prolijamente en detalles, pues la factura misma de las *Tablas* y su efecto deseado dependen de la acumulación selectiva de ellos. A lo largo del inventario de cruentas hazañas que compilan, el lector se topa con fusilados, trucidados, mutilados, muertos a lanzadas, muertos a palos, muertos a bayonetazos o a hachazos, castrados vivos, despedazados vivos, pasados a cuchillo, desollados, descoyuntados, quemados, pero sobre todo degollados y decapitados; prácticas sistemáticas de “violencia política extrema”, ejercidas en Buenos Aires y en las provincias rebeldes, que ya se habían normalizado para 1843 y componían “una galería de imágenes que calaron profundamente en los opositores a Rosas”, como señala Mario Etchechury.²⁶ Se trata, pues, de un sofisticado lenguaje de la violencia, sí, pero ¿qué dice? Tomemos el caso de “La resbalosa” –o “La refalosa”, como el poema de Hilario Ascasubi, publicado el mismo año que las *Tablas*–, quizá la más célebre de las técnicas rosistas para dar muerte. Con ese nombre se denotaba una canción popular tanto como un procedimiento, que Rivera Indarte describe de este modo:

Resbalosa. Suplicio inventado por Rosas. La víctima es amarrada de los brazos y completamente desnuda, es tomada por sus asesinos, que le van siguiendo, con un cuchillo o sierra desafilada, los compases de una canción brutal y obscena, sobre la garganta del paciente, lentamente y en medio de brutales vivas, hasta separarle la cabeza del tronco (p. 346).

²⁶ Mario Etchechury Barrera, “La devastación como cálculo o sistema, violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia en la Confederación Argentina (1840-43)”, Programa Interuniversitario de Historia Política, en <http://historiapolitica.com/datos/foros/foro_movilizacionmilitar_etchechury.pdf>, 2015, p. 16.

La canción a que se refiere el pasaje, y que acompaña como música de fondo el procedimiento quirúrgico –la víctima es un “paciente” y, como queda claro, un “violín”–, es la copla “Violín y violón”, publicada por la *Imprenta del Estado* bajo el título de “Canción del violín por un federal neto”, y cuyos inequívocos versos rezan: “el que con salvajes/ tenga relación/ la verga y el degüello/ por esta traición/ que el santo sistema/ de federación/ le da a los salvajes/ violín y violón”.

Aquí no sobra señalar que la fijación con la decapitación, y el desmembramiento en general, era un rasgo predominante de las sociedades posindependendistas.²⁷ Estas se concibieron con frecuencia, echando mano de un símil orgánico que se instrumentalizaba en el lenguaje político, como sociedades acéfalas tras la caída de la monarquía española. En el discurso rioplatense de la época el apego a esta imagen era aun más fuerte. El mismo Rosas, en su “Carta a la Hacienda de Figueroa” (1834), describió a la nación como un cuerpo de “miembros muertos o dilacerados, y enfermos de la más corrupta gangrena”.²⁸ De modo similar los antirrosistas, así Rivera Indarte en *Rosas y sus opositores*, acusaban a Rosas de haber mantenido a “la república Argentina acéfala, inconstituida” (p. 136), desmembrada. Y otros denunciaban que el régimen había perfeccionado “el arte de cortar cabezas”.²⁹ El objetivo, entonces, era establecer un reiterado paralelo entre el descabezamiento de un individuo y la acefalía “nacional”.

Las *Tablas* enfatizan una y otra vez el descabezamiento.³⁰ El ejemplo más sobresaliente quizá sea el incluido en la entrada “Zelarrayán”, a la que se le dedica casi una página completa y que recuerda la historia de San Juan Bautista. La entrada refiere la historia del teniente coronel Juan Zelarrayán, a quien Rosas mandó decapitar en 1838, tras lo cual “hizo traer la cabeza a su casa, y como frenético la manoseaba, la escupía, la pisoteaba” (p. 355). Como si la degradación humillante de la cabeza desgajada no bastara,

la puso en el patio de su casa, después la envió al cuartel del Retiro y exigió a Céspedes y a otro amigo de Zelarrayán, que tenía puestos en capilla, que para salvar sus vidas estuviesen de rodillas delante de la cabeza por tres días consecutivos, durante cuatro horas, y de custodia para ver si así lo cumplían, estaban el general Corvalán de un lado y el General Rolón de otro (p. 355).

Y Zelarrayán, de cuya historia se elaboraron impactantes representaciones visuales en los medios antirrosistas, no es más que un ejemplo, si bien el más conspicuo, de varios más que nos ofrecen las *Tablas*: en la ciudad de Catamarca, en fecha desconocida, los tenientes de Rosas “hacen degollar a sangre fría a los principales funcionarios de la provincia”, tras de lo cual sus “cabezas fueron clavadas en estacas en la plaza mayor. Al pie de ella se elevaba una pirámide de 600 cabezas de prisioneros degollados” (p. 325). Y en julio de 1843, en Tucumán, las cabezas de siete franceses “fueron puestas en hileras a distancia de los troncos” (p. 327). A la pasión simétrica por formar pirámides e hileras con cabezas, realizadas con un público en mente,

²⁷ Y del siglo XIX occidental, véase Laure Murat, *The Man Who Thought He Was Napoleon. Toward a Political History of Madness*, Chicago, Chicago University Press, 2014.

²⁸ Juan Manuel Rosas, “Carta a la Hacienda de Figueroa”, en José Luis Romero, *Pensamiento Conservador (1815-1898)*, Caracas, Ayacucho, 1986, p. 236.

²⁹ *Muera Rosas!*, abril 9 de 1842, p. 2.

³⁰ A menudo utilizando el cuchillo, de tradición rioplatense. Véase Alejandro M. Rabinovich, *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013.

para ser vistas –lo que Etchechury llama la “puesta en escena” o “teatralización de la guerra”–,³¹ deberíamos añadir la fijación por disponerlas en lo alto, como escarmiento, en plazas y lugares públicos: la cabeza de Pedro Castelli, asesinado el 15 de noviembre de 1839, es colocada “en el medio de la plaza a la expectación pública [...] en un palo bien alto” (p. 324), mientras que la de Juan Apóstol Martínez se mantuvo “clavada en un palo muchos días” (p. 339).³²

¿Cómo definir este lenguaje de la violencia que, como hemos visto, adquiriría connotaciones específicas en el Río de la Plata? En general los antirrosistas –no solo Rivera Indarte– representaron el Rosismo como una monstruosidad que rebasaba la capacidad descriptiva del lenguaje, forzando su ensanche y retorcimiento. Fue esta misma sensación de estar permanentemente a la caza de algo inefable la que condujo a la filósofa Adriana Cavarero a crear el concepto de “horrorismo”, un intento por nombrar lo innombrable o representar lo irrepresentable: la violencia “terrorista” del siglo XXI en que cuerpos-bomba, sobre todo femeninos, terminan decapitados o desmembrados en el acto mismo de volar en pedazos. Cavarero robustece lo que entiende por horrorismo a través de un desplazamiento de perspectiva: resitúa el foco de atención en la víctima, no en el victimario, aproximándose a la violencia desde el punto de vista de quien, como ser vulnerable e indefenso, la padece y la observa. Contrapone de este modo el “terror” como objetivo patente del victimario, y el “horror”, que resalta y describe de manera más acertada la experiencia de la víctima.³³ El símbolo más claro de lo que quiere expresar Cavarero es la mítica cabeza de Medusa –trabajada por Mario Praz en su análisis del romanticismo–³⁴ que la filósofa elige para ilustrar sus argumentos. Ella apunta, por un lado, a una violencia que se ejerce sobre el cuerpo de la víctima en tanto individuo único e irreplicable, y que lo desgaja. Por otro lado, la imagen enseña una mirada horrorizada –tanto que el grito que le corresponde enmudece en una mueca inaudible–, petrificada y petrificante, que a la vez se encuentra y se identifica con la del espectador. Quien observa un cuadro como “La testa di Medusa” de Caravaggio es testigo, así, lo mismo de una expresión horrorizada que de su propio horror.³⁵ Esta imagen resulta productiva para nuestros fines, como es obvio, por la manía descabezadora en que se sumergía el discurso tanto escrito como visual antirrosista.

Con todo, si se quiere utilizar el concepto de “horrorismo” para entender un texto como las *Tablas*, hay que hacer las siguientes salvedades: primero, debe tenerse en cuenta que el horror de que habla Rivera Indarte pertenece al reino de lo escrito y no es del todo real, elaborado como está a partir de exageraciones e intereses; segundo, en las *Tablas* la víctima no agrade a su vez al ser desgajada, como sucede en el caso de las mujeres-bomba, sino que muere inofensiva e inerte; tercero, aspecto que demostraré en el siguiente acápite, las *Tablas* en tanto operación escrituraria compensan la destrucción del individuo con su permanencia en tanto nombre. Hechas estas salvedades, el horrorismo de Rivera Indarte sería un recurso letrado, cargado de fuertes dosis de ficción, que permitiría al lector re-vivir lo ya supuestamente vivido por un muerto: el “horrorismo real” es suplantado por un “horrorismo” vicario. Podríamos

³¹ Etchechury Barrera, “La devastación como cálculo o sistema”, p. 16.

³² Para una historia de la decapitación, que sugiere paralelos con las *Tablas*, véase Antonio Domínguez Leiva, *Décapitations. Du culte des crânes au cinéma gore*, París, PUF, 2004.

³³ Adriana Cavarero, *Horrorism. Naming Contemporary Violence*, Nueva York, Columbia University Press, 2011, p. 21.

³⁴ Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, Acantilado, 1999.

³⁵ Cavarero, *Horrorism*, pp. 15-17.

decir entonces que Rivera Indarte buscó en las *Tablas* evocar en detalle los medios violentos del régimen rosista, su “maquinaria del dolor” y sus “espectáculos de la muerte”,³⁶ capaces, según él, de petrificar a una población indefensa y vulnerable. Y podríamos decir también que se esforzó por generar en su público una repulsión aneja al fenómeno del horrorismo que Cavarero articula, pues solo así el lector/a podría padecer vicariamente el horror del régimen, precisamente aquello que, según Rivera Indarte, el Rosismo *producía*. Las *Tablas* son la Medusa. Y gracias a su estrategia horrorista Rivera Indarte generaba la expresión más radical de una visión crítica del régimen que haría carrera, que se transformaría en un género literario en sí mismo, y que sería ampliada posteriormente por otros letrados, como Sarmiento, poseídos por el mismo afán sistematizador.

Este horrorismo es desarrollado y ampliado por Rivera Indarte en la descripción de los otros modos de amputar, decapitación aparte, en que la imaginación del régimen corría libre. El cordobés los presenta como parte de un *modus operandi* selectivo y sofisticado, un lenguaje que se inscribía en el cuerpo del vulnerado y cuya caligrafía comportaba una maestría en el cercenar. En las *Tablas* se describen estas técnicas minuciosamente, y el horrorismo se fortalece en función de la acumulación. Una de estas intervenciones era el “emparejamiento”: se empezaba por cortar una oreja y luego, para “emparejar”, se continuaba con la otra. Las orejas así recaudadas terminaban usualmente como trofeos de torero a la vista de Rosas o de su familia. Al coronel Facundo Borda, por ejemplo, lo empareja el general Oribe, trasunto uruguayo del Restaurador: “le hace cortar las orejas al cadáver, y se las remite a la hija de Rosas, y esta las presenta a las damas y caballeros de tertulia” (p. 323),³⁷ aunando la frase el espacio intelectual más sagrado, la tertulia, con el horror de la barbarie.

Otra mutilación recurrente era la castración: “las víctimas”, nos cuenta Rivera Indarte, “antes de ser degolladas suelen ser castradas” (p. 315). A Marcos Avellaneda “le abrieron el pecho, lo castraron y las partes pudendas con la grasa las colgaron en un árbol” (p. 326). A otros les extraían lonjas, como al gobernador de Corrientes: dado de baja en Pago Largo, se le extrae una lonja de piel y con ella se elabora una manea, expresamente confeccionada “para el caballo del degollador Rosas” (p. 321). La acusación de fabricar aditamentos ecuestres a partir de la piel humana nos conduce al imaginario ganadero, luego reforzado *ad náuseam*, con que los críticos del régimen lo definían. Y no sin razón: gacetas afectas al régimen, como las gaudiosas de Luis Pérez, tenían títulos como *El Torito de los muchachos* (1830); otras, como *El Gaucho*, amenazaban expresamente con “sacarles/para botas el pellejo” a los unitarios (p. 186).³⁸ El sustento de este imaginario era el carácter ganadero del propio Rosas y su concepción de la economía, una economía de hacendados y peones, pampa y saladeros, carnes y cueros. Rivera Indarte llegó incluso a denunciar en las *Tablas*, aventuro que pensando en la *Colección general de las marcas del ganado de la provincia de Buenos Aires* (1830), que las víctimas del Rosismo solían ser marcadas como si fueran reses (p. 345). Sea como fuere, la mutilación selectiva, lenguaje para ser visto y, en las *Tablas*, leído y sentido, es ubicua. A veces el seccionar encuentra un destinatario apropiado para una determinada intervención, como en el caso de varios curas rebeldes que en 1842 “fueron desollados en la corona y manos a

³⁶ Términos de Ricardo Salvatore en *Wandering Paisanos, State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Duke, Duke University Press, 2003, pp. 235, 250.

³⁷ Los paralelos entre Manuela Rosas y el personaje bíblico de Salomé son frecuentes en el antirrosismo.

³⁸ Julio Schwartzman, *Letras Gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, p. 186.

pretexto de degradarlos en su carácter sacerdotal” (p. 332). A veces, simplemente, se impone la necesidad de despedazar y de paso mancillar la integridad física de la víctima: a un tal Castellote “le cortaron las piernas, porque dijeron que de otro modo no se le podían sacar los grillos” (p. 324).

Además de carniceros proclives a la mutilación, Rivera Indarte presentó a los rosistas como salvajes *gourmands*, de acuerdo con los prejuicios entonces imperantes que hacían de la dieta un marcador de barbarie o civilización. Aquí, en la presunta culinaria rosista, vuelve a hacer su aparición el imaginario ganadero. Tachados de carnívoros y caníbales, los rosistas filetean y asan carne humana, una práctica que se asociaba con el bárbaro indígena –recuérdese que la palabra “caníbal” viene de “caribe”–. La entrada “Catepón (Don Felipe)” cuenta cómo “a dos franceses [...] antes de degollarlos les sacaron pedazos del pecho y los pusieron a asar en su presencia” (p. 357). También en “Acosta (D. Crisóstomo)”, se relata la impactante historia de un soldado que, tras degollar a tres prisioneros, “bebió la sangre de uno de ellos; empapándose la cara y las manos, exclamando que tenía hambre y sed de esa clase de alimento” (p. 356). Es probable, no obstante, que el rumor más repulsivo que Rivera Indarte suscribe en las *Tablas* sea el de la venta pública de cabezas degolladas en el mercado de Buenos Aires, historia repetida hasta el cansancio en la más violenta literatura antirrosista. Según la entrada correspondiente a “Abril”, “las cabezas de las víctimas eran puestas en el mercado público con cintas celestes” (p. 313), aludiendo a los colores unitarios –el verde y el celeste– que Rosas había proscrito al imponer, con totalitarismo cromático, el rojo punzó.

Como si lo anterior fuera poco, también abundan en las *Tablas* imaginativas torturas que, si bien no siempre causaban la muerte, al menos cumplían con lesionar la dignidad de los vulnerables. Una de estas, el “estaqueo” –argentinismo que implica que la víctima es amarrada por sus extremidades, con tiras de cuero, entre cuatro estacas–, era llevada hasta sus últimas consecuencias, esto es, hasta el descoyuntamiento de “piernas y brazos” (p. 343), o hasta “reventárselos en sangre” (p. 328). Otra tortura que recuerda, junto con el emparejamiento, cómo Rosas fomentó el torreo, es el “encohetamiento”: las víctimas eran hostigadas y perseguidas con cohetes, tal y como se hacía con los toros en ciertas modalidades de la fiesta brava (p. 331). Pero quizás el tormento más inusual ocurría en los jardines de Santos Lugares. Allí, se dice en las *Tablas*, los prisioneros eran forzados a “arrancar raíces de los árboles con las uñas” (p. 348). La entrada dedicada a “Pizarro (D. Enrique)” nos informa que eran “raíces de árbol de durazno” (p. 344).

No es gratuita la minuciosidad con que he señalado y catalogado las técnicas de la violencia rosista, descritas con regocijo por Rivera Indarte. Para empezar, la acumulación es una de las técnicas más eficaces para incrementar el horror del lector. En segundo lugar, los ejemplos demuestran que el horrorismo de Rivera Indarte no era simplemente cuestión de listar una atrocidad tras otra. Todo lo contrario: muchas de ellas apuntaban a una conexión entre la violencia y otros rasgos del régimen con que se articulaba inextricablemente: la comercialización de cueros, el consumo de “tasajo” y carne de res, la fiesta brava, elementos todos que devinieron en lugares comunes y *loci* discursivos. Y en tercero y último lugar, no está de más repetir que, si el cuerpo del individuo es metonimia de la “nación”, como vimos en las decapitaciones, los otros modos de amputar refuerzan al máximo la idea de una comunidad política desmembrada, reducida, comercializada y debilitada: una comunidad desplomándose en su sangre.

Recordar a los muertos

Necro-nominalismo y necro-geografía: la creación de una nación victimizada

Al valerse del horrorismo para describir y definir el qué y el cómo del espacio-tiempo rosista, Rivera Indarte no solo horroriza al lector y lo conduce a vivir vicariamente el sufrimiento experimentado por las víctimas. Su horrorismo funge, asimismo, como mecanismo que dibuja y delimita una nación sufriente, en una coyuntura histórica en que, precisamente, la idea de “nación argentina” carecía de contornos precisos. En la época de Rosas, lo que hoy comprende el territorio argentino se encontraba frágilmente cohesionado alrededor del “Tratado del Litoral”, suscrito en 1831, que confederaba sin mucha solidez las “provincias interiores” —en realidad Estados propiamente dichos, con plena soberanía y el aval de una constitución—³⁹ con la gobernación de Buenos Aires, que quedaba a cargo de la diplomacia internacional y la defensa del territorio. Sin embargo, para entonces “sigue ausente una nacionalidad argentina que vaya más allá de la unión confederal en las invocaciones de las ‘causas’ a defender”, como subraya José Carlos Chiaramonte.⁴⁰ Cuando se habla de “república argentina” se designa, en el mejor de los casos, “la reunión de las sociedades provinciales, pero no a una sociedad nacional amalgamada, a la cual corresponda un sentimiento de fuerte pertenencia”.⁴¹ Propongo así que las *Tablas* se lean como una ingeniosa respuesta a estas circunstancias, toda vez que crean una sufriente “nación imaginada”, proyectada hacia el futuro y erigida sobre víctimas que merecen ser recordadas.

¿Cuáles víctimas? Vemos, por ejemplo, a los más vulnerables, inofensivos e inermes, víctimas sobre todo de la sangrienta campaña de 1839-1842 contra las provincias interiores:⁴² niños, mujeres y ancianos, que juntos constituyen los sacrificios más dolorosos, incomprensibles y efectivos retóricamente. En la medida de lo posible, todos son incluidos con sus nombres propios. Y cuando no es así Rivera Indarte se ocupa de señalarlo. Por primera vez, a los individuos del común, no necesariamente héroes o mártires de la patria, se les abre la puerta para entrar a la idea de una nación. Los niños, como se dijo antes, son victimizados cuando se elimina la casa de huérfanos y algunos son “forzados a mendigar por las calles” (p. 352). Por su parte, las mujeres, o bien son “degolladas con sus hijitos en brazos” (p. 323), o bien sufren asaltos sexuales como el del 31 de diciembre de 1842, cuando unos esbirros de Rosas “violaban en seguida a varias señoras principales” (p. 324). Otras pierden la razón, como “una señorita de Mendoza”, “infeliz” muchacha que humillada por Oribe “se volvió loca” (p. 317). Por último, en las *Tablas* se consigna más de un caso de “ancianos venerables” o “decrépitos” que son, contra todo respeto a los mayores, “sacados de su cama y degollados” (p. 349). El énfasis de Rivera Indarte en las personas más vulnerables y menos conspicuas del territorio contribuye sin duda a que la nación imaginada se asocie con una población inicua y victimizada, inocente e incapaz de defenderse, por primera vez registrada en la historia de manera individual.

³⁹ José Carlos Chiaramonte, *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, p. 105.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 141.

⁴¹ *Ibid.*, p. 143.

⁴² Según Etchechury, se trató de un “nuevo tipo de guerra” que buscaba “gobernar las emociones”, “marcada por ‘excesos o atrocidades’ como programa de combate”, en “La devastación como cálculo o sistema”, p. 19.

Ahora bien, estas víctimas esbozan lo que Thomas Laqueur llama una “necro-geografía”, esto es, una geografía definida a partir de la ubicación espacial de los muertos y que debe entenderse como “nacional” en alcance e intención.⁴³ Como hemos visto, las coordenadas espaciales de las *Tablas* van más allá de Buenos Aires: Montevideo, los cerros de los Andes, Córdoba, Tucumán, etc., dibujan las fronteras exteriores del Rosismo. Dentro de estos puntos, al mismo tiempo, se encuentran las innumerables batallas y todos esos lugares “interiores” en que la sangre se derramó en abundancia: Barranca Yaco, Cagancha, Santos Lugares, etc., y que pueblan un mapa “nacional” adolorido, una suerte de afligido cuerpo cuyas heridas lo han forzado a despertar y, podría decirse, a adquirir una vaga conciencia de identidad. Como si el dolor ocasionara la polarización amigo-enemigo, nosotros-ellos, interior-exterior, civilización-barbarie, o como si el dolor y el derrame de sangre fueran la causa del volver sobre sí de una comunidad, en el proceso constituyéndose en tanto nación. El horrorismo de Rivera Indarte, de este modo, no finaliza con la eliminación del individuo; antes bien, es precisamente la catalogación prolija de toda víctima la que permite que se pueda pensar en una comunidad adolorida que sucedería a la violencia ejercida por el régimen rosista. Una comunidad, además, que no olvida a sus victimarios, antes bien los señala y los enjuicia. Se podría decir, en este sentido, que el Rosismo es el causante último del despertar “nacional” de la Argentina victimizada que Rivera Indarte describe. Allí donde el Rosismo causó dolor, ejerció violencia, allí donde el victimario dejó vestigios, allí florece una conciencia “nacional” que a la vez rescata del olvido el anonimato de los muertos.

El historiador David Armitage sugiere que las guerras civiles de una nación suelen generar menos el debilitamiento que la consolidación de las identidades nacionales, o su aparición.⁴⁴ En una línea parecida, Miguel Ángel Centeno ha relacionado las guerras internacionales con el fortalecimiento de una nación.⁴⁵ Bajo el Rosismo, ambas, tanto la guerra civil como la internacional, fueron fenómenos casi constantes. Con este contexto en mente, Rivera Indarte no desaprovechó la oportunidad que se le ofrecía para edificar el discurso de una futura Argentina que no se correspondiera con el Rosismo, pero sí con la huella de su violencia. Para ello recurrió a dos estrategias escriturarias: primero, incluyó junto a los nombres de las víctimas su procedencia en términos de “provincia” o “estado soberano”, fijando la nación en el mapa: vemos desfilar en las *Tablas* a porteños, estamarqueños, cordobeses, entrerrianos, tucumanos, salteños, sanjuaninos, correntinos, santiagueños, santafecinos y mendocinos, si bien al lado de franceses, orientales, ingleses, españoles, chilenos, brasileños –Rivera Indarte no olvida a su público internacional–. Aunque este recurso parecería mantener las identidades regionales, en realidad consolida y posibilita, a otra escala, el espacio de la futura nación –sea como confederación, sea como república unificada–, intención que se hace más transparente al observar la segunda estrategia, que dobla a la primera: una y otra vez, sobre todo en las entradas que refieren batallas, Rivera Indarte hace el distingo excluyente entre “patriotas” y “soldados de Rosas”. En la entrada “Angaco”, por ejemplo, se lee que “mueren 55 patriotas, y 94 soldados de Rosas” (p. 319); en la de “Calchines”, menos cruenta, el conteo suma “20 patriotas y 40 solda-

⁴³ Thomas W. Laqueur, *The Work of the Dead. A Cultural History of Mortal Remains*, Princeton, Princeton University Press, 2015, p. 45.

⁴⁴ David Armitage, *Civil Wars. A History in Ideas*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2017.

⁴⁵ Miguel Ángel Centeno, *Blood and Debt. War and the Nation-State in Latin America*, Pensilvania, Pennsylvania State University Press, 2002.

dos de Rosas” (p. 325). Lo patriota, así, dobla a otro nivel político lo regional, y la sangre derramada dibuja y le da contorno a la nación imaginada, hermanando víctimas provenientes de distintos lugares.

Esta necro-geografía nacional comporta, sobre todo, una cartografía atiborrada de nombres, un listado de muertos individuales, hombres y mujeres que, como hemos visto, no eran necesariamente los “grandes nombres” que se habían exaltado durante las revoluciones independentistas. Laqueur ha propuesto el concepto de “necro-nominalismo” para referirse al fenómeno, muy extendido en el siglo XIX, de recolectar, registrar y listar, de modo preciso y creciente, nombres de muertos. En su opinión, esto se explica por la conjunción de varios intereses, en particular del Estado y de la sociedad civil, que aunados contribuyeron a la celebración, y consignación en la memoria colectiva, de una comunidad de muertos cuyo sacrificio se habría realizado en aras de abstracciones tales como la nación.⁴⁶ Es entonces cuando se empiezan a conmemorar las muertes de personas aparentemente sin importancia, aun aquellas cuyo nombre no sobrevivió a su muerte. Las *Tablas*, dentro del mundo de la ficción o fuera de ella, son un gran ejemplo pionero de este proceso de “necro-nominalismo” decimonónico. Participan también, a su manera, del proceso de recordar a los que no legaron un nombre. Aquí y allá, las *Tablas* consignan los “D.N.”, los de “desconocido nombre”, circunstancia que se señala cuando viene al caso, por más que se sepa el apellido de la víctima. El ejercicio de Rivera Indarte de nombrar en principio a todos los muertos, un ejercicio impulsado desde la sociedad civil, no al alimón con el Estado como lo sugiere el concepto de Laqueur, no es muy distinto de los actos de rememoración que suelen hacerse actualmente en países en conflicto armado, donde lo mismo las víctimas que los artistas plásticos perpetúan los nombres de los muertos en un intento de trabajar la memoria y cicatrizar heridas.⁴⁷ En algunos pueblos incluso se les asignan nombres a los muertos anónimos, se los entierra como si fueran conocidos y así se los recuerda. Rivera Indarte es un precursor de esta práctica que dignifica el nombre propio y el derecho a ser recordado.

Pero los muertos no solo deberían ser recordados en el papel sino también debidamente sepultados. Con frecuencia esto no era posible, pues Rosas se extralimitaba al impedir la digna sepultura de sus enemigos, autorizando el escamoteo de cadáveres. Entregado a su propia empresa refundacional, el Restaurador no concedía ninguna posibilidad a la elaboración de un martirologio que lo antagonizara. Las *Tablas* ofrecen múltiples ejemplos de lo dicho: en la historia de “Zelarrayán”, Rivera Indarte comenta “la inhumana prohibición impuesta [...] a las viudas y deudos de sus víctimas de gastar luto por ellas, de hacerles funerales o manifestar el menor signo de dolor por su pérdida. Rosas nunca ha consentido en que se dé sepulcro especial a los que mueren por su orden” (p. 355). La viuda de “Carocino” es un caso diciente, pues “después de la muerte de su marido” solicitó “que se le permitiese enterrar en sagrado los huesos [...] sepultados en una zanja de la Guardia del Monte, y Rosas puso de su puño y letra a la súplica: No ha lugar” (pp. 355-356). Y la obsesión con impedir el surgimiento de mártires lo condujo a perseguir e intentar poseer el cuerpo del general Lavalle, “que por los patriotas es llevado a Bolivia” (p. 336). A veces, sin embargo, le bastaba con mutilar o desfigurar a sus víctimas, “para hacer imposible su reconocimiento” (p. 316) y, por ende, su enterramiento en

⁴⁶ Laqueur, *The Work of the Dead*, pp. 414-416.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, “Ríos y silencios” (2017) del colombiano Juan Manuel Echavarría.

tanto individuo. Esta lucha por la posesión y el entierro de los cuerpos muertos se reflejaba en los debates escritos entre rosistas y antirrosistas, que pugnaban por celebrar e imponer sus mártires. En el juicio del *Dogma socialista* de Echeverría, suscrito por De Angelis tres años después de las *Tablas*, se pretendía desmontar la elevación a nivel de “mártires sublimes” de los nombres de Lavalle, Maza y Acha, al tiempo que se proponían otros como Dorrego y Facundo Quiroga, elogiados por el régimen.⁴⁸

Con este contexto en mente, desde mi perspectiva las *Tablas* resultan muy originales. Pues no solo pueden ser tomadas como la compensación bi-dimensional que ofrece Rivera Indarte por la ausencia de debidos funerales, sino que, a la vez, la disponen en el papel para todo tipo de víctimas, no únicamente para los grandes pro-hombres, al representar la nación imaginada y refundada como un cementerio patriota, “Argentina” como un cementerio nacional –recuérdese que fundación viene de “*fundus*”, “tierra”–. El XIX fue, en efecto, el siglo de la transformación de los ritos funerarios: de un enterramiento monopolizado por la Iglesia y estructurado alrededor de los camposantos, se va mudando lenta pero perceptiblemente hacia los cementerios públicos y laicos, cuyo modelo pionero sería el parisino Père-Lachaise (1804), y que fungen de trasunto de la nación, son más democráticos e incluyentes, fomentan las visitas de allegados y no se olvidan de inscribir nombres. Rivera Indarte, ante el control rosista de los cuerpos muertos, concibió con su pluma un cementerio nacional moderno, transcrito al papel, en que se incluía a aquellos mártires del común, antes innominados y relegados al olvido.

Las *Tablas* son, en fin, un ejemplo temprano de necro-nominalismo que resulta precursor en una época todavía más preocupada por consignar y ensalzar los nombres de héroes y próceres que los del hombre del común o los más vulnerables. Si bien no se puede descartar una intención democrática en el gesto, la inclusión de estos últimos engrosaría el número total de víctimas y por ende la gravedad de los cargos hechos al régimen rosista. Este necro-nominalismo, por otra parte, es desplegado a lo largo del mapa de las atrocidades rosistas, correspondiéndose con una geografía victimista cuyos contornos serían los de la futura Argentina. Necro-nominalismo y necro-geografía, entonces, proyectados como “nacionales”.

* * *

Las *Tablas de sangre* son, antes que nada, una obra de ficción: por su factura, el origen de su publicación y la intención de su autor, un letrado proclive a la invectiva y la hipérbole. No ha sido mi propósito evaluar la verosimilitud de la obra ni sopesar el relativo acierto de sus afirmaciones. Antes bien, he sugerido que las *Tablas* exigen una lectura que tenga en cuenta el contexto en que fueron elaboradas, la estructura en que fueron dispuestas y el objetivo político que persiguieron.

En tanto visión sistemática de lo que pudiera significar el Rosismo, las *Tablas* excedieron, y por mucho, su propósito inicial de tabular la sangre derramada. En esto contrastan con otras *Tablas* que, inspiradas en el género literario introducido por Rivera Indarte, se limitaron a una mera cuantificación.⁴⁹ Quizá las más interesantes de todas ellas sean las *Efemérides san-*

⁴⁸ *El Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, 24 de abril de 1846, pp. 423-424.

⁴⁹ Véanse las *Tablas de sangre* en Francisco Solano López, *El tirano pintado por sí mismo*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1871.

grientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas (1849), del cónsul francés Aimé Roger. Allí el “sistema abominable, ruinoso, corrosivo y opresor, que agobia al infeliz pueblo argentino”⁵⁰ es tabulado a partir de los meses del año, configurando un “Año de Rosas”⁵¹ narrado en presente continuo. Pero no es posible distinguir en las *Efemérides* todos los elementos que hemos discernido en las *Tablas*: las grandes personalidades del régimen (los victimarios que no deben olvidarse), las instituciones, las corporaciones, las torturas idiosincráticas, los lugares que establecen un espacio de agencia rosista, la autorreferencialidad, etc. La obra de Roger no rebasa el objetivo inicial de cuantificar lo derramado y se mantiene en un mero cálculo aritmético que, como mucho, plantea una temporalidad rosista. Estas limitaciones estructurales impiden a las *Efemérides* abrirse a una descripción abarcadora del Rosismo en que por su parte Rivera Indarte se sumerge con regodeo. En esto, las *Tablas* anteceden y anuncian *Facundo*, de 1845, y *El Matadero*, de póstuma publicación (1871), obras fundacionales de la nación argentina.

El concepto de “horrorismo” permite iluminar a las *Tablas* como un texto que pretende, en su carácter de cabeza de Medusa, tanto captar el Rosismo como hacerlo experimentable para quienquiera que se adentre en él. Pero Rivera Indarte no se constriñe a un relato simplista de la violencia: dibuja a la vez una nación sufriente, una Argentina cuya conciencia de sí es producto del dolor y de la sangre derramada ocasionados por Rosas. Con énfasis necro-nominalista, inscribe los nombres de las víctimas para que los recuerde la posteridad; con pericia necro-geográfica, bosqueja y anuncia los contornos de la futura nación. No es casualidad que en varios momentos el texto se refiera a los “patriotas” que luchan contra “los soldados de Rosas”, ni que distinga entre víctimas y victimarios.

Por último, no está de más subrayar que para los antirrosistas la lucha contra el Restaurador se transformó en una suerte de “segunda independencia”, ubicuo concepto que no estaba confinado al Río de la Plata y que sirvió en una desilusionada Hispanoamérica, a mediados del XIX, para denunciar la persistencia histórica de las estructuras coloniales, las hondas crisis económicas o el surgimiento del caudillismo. El concepto de “independencia” demostró así su resiliencia, su carácter infinitamente extensible. Se relacionaba, además, con la idea de “refundación”, pues tras los procesos de independencia de 1808-1826, una suerte de primer ensayo fallido, parecía que la ansiada nación aún no había arribado. Las *Tablas*, que desembocan en la idea de que *Es acción santa matar a Rosas*, caben perfectamente en estos discursos de renovación nacional, y se destacan por el uso explícito de un lenguaje sangriento que no escatimó en recursos literarios. Apuntan a un modo de pensar, recordar y escribir la nación, asociada al dolor y la sangre. Y dibujan una comunidad más democrática e incluyente, compuesta de individuos con nombres propios que ameritan ser recordados, por la posteridad, en un cementerio de papel. □

Bibliografía

Adelman, Jeremy, *Republic of Capital, Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

⁵⁰ Aimé Roger, *Efemérides sangrientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas, con un apéndice de sus robos*, Buenos Aires, Rafael Palumbo, 1911, p. 3.

⁵¹ *Ibid.*, p. 99.

- Amante, Adriana, “Las huellas del peregrino, el exilio en Brasil en la época de Rosas”, en Cristina Iglesia (comp.), *Letras y divisas, ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, UBA, 1998, pp. 69-89.
- Armitage, David, *Civil Wars. A History in Ideas*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2017.
- Cavareo, Adriana, *Horrorism*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
- Centeno, Miguel Ángel, *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America*, Pensilvania, Pennsylvania State University Press, 2002.
- Chiaromonte, José Carlos, *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.
- Cutolo, Vicente Osvaldo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1983, vol. iv.
- De Marco, Miguel Ángel, *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario de Mayo*, Buenos Aires, Educa, 2006.
- Di Meglio, Gabriel, *¡Mueran los salvajes unitarios! La mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Domínguez Leiva, Antonio, *Décapitations. Du culte des crânes au cinéma gore*, París, PUF, 2004.
- Echeverría, Esteban, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en El Plata desde el año 37*, en *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*, Montevideo, Imprenta del Nacional, 1846.
- Etchecury Barrera, Mario, “La devastación como cálculo o sistema, violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia en la Confederación Argentina (1840-43)”, Programa Interuniversitario de Historia Política (2015). Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/foros/foro_movilizacionmilitar_etchecury.pdf>, consultado el 8 de enero de 2020.
- Ferro, Gabo, *Barbarie y Civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Marea, 2008.
- Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.
- Laqueur, Thomas W., *The Work of the Dead. A Cultural History of Mortal Remains*, Princeton, Princeton University Press, 2015.
- López, Vicente Fidel, *Evocaciones Históricas-Autobiografía-La gran semana de 1810-El conflicto y La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, El Ateneo, 1929.
- Lucero, Nicolás, *La máquina infernal. Apuntes sobre Rivera Indarte*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1992.
- Lynch, John, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Oxford, Oxford University Press, 1981.
- Mitre, Bartolomé, “Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte”, en José Rivera Indarte, *Poesías de Rivera Indarte. Con Biografía del autor, escrita por el Coronel de Artillería Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1853, pp. III-LXXXV.
- Murat, Laure, *The Man Who Thought He Was Napoleon. Toward a Political History of Madness*, Chicago, Chicago University Press, 2014.
- Myers, Jorge, “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo xx”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. i, pp. 29-50.
- Novoa, Adriana, “The Meaning of Blood in Argentina: Genealogy and Darwinism in the Recovery of the Past”, en *Revista Hispánica Moderna*, vol. II, n° 2, diciembre de 2009, pp. 213-234.
- Osterhammel, Jürgen, *The Transformation of the World, A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 2014.
- Palti, Elías J., *El momento romántico: nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, Acantilado, 1999.
- Rabinovich, Alejandro M., *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013.

Rivera Indarte, José, *Rosas y sus opositores-Tablas de sangre-Es acción santa matar a Rosas*, Buenos Aires, Ignacio del Mazo Editor, 1884.

Roger, Aimé, *Efemérides sangrientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas, con un Apéndice de sus robos*, Buenos Aires, Rafael Palumbo, 1911.

Rosa, José María, *Rosas, nuestro contemporáneo. Sus veinte años de gobierno*, Buenos Aires, La Candelaria, 1970.

Rosas, Juan Manuel, "Carta de la Hacienda de Figueroa (1834)", en Romero, José Luis. *Pensamiento Conservador (1815-1898)*, Caracas, Ayacucho, 1986, pp. 235-242.

Sabor, Josefa Emilia, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina, Ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995.

Salvatore, Ricardo, *Wandering Paisanos, State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Duke, Duke University Press, 2003.

Schwartzman, Julio, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.

Solano López, Vicente, *El tirano pintado por sí mismo*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1871.

Stuven, Ana María, "El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)", en Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, pp. 412-440.

Resumen / Abstract

Tabular, evocar, recordar. La refundación de la Argentina en las *Tablas de sangre* de José Rivera Indarte

El artículo examina las poco trabajadas *Tablas de sangre* (1843) del letrado argentino José Rivera Indarte, ejemplo único del deseo de refundación nacional a mediados del siglo XIX hispanoamericano. Adoptando y ensanchando críticamente los aportes teóricos de Adriana Cavarero y Thomas Laqueur, el artículo propone leer las *Tablas* no solo como una interpretación precursora e influyente del rosismo, sino también como configuración escrituraria de una "nación argentina", cuando esta aún no existía. Para ello se hace uso del concepto de "horrorismo", que ilumina la descripción del régimen que ofrecen las *Tablas*, y se utilizan los de "necro-nominalismo" y "necro-geografía" para analizar su creación de una "nación victimizada".

Palabras clave: Siglo XIX - Refundación nacional - Nacionalismo - Argentina

Tabulate, recall, remember. The refoundation of Argentina in José Rivera Indarte's *Tablas de sangre*

This article examines Argentine *letrado* José Rivera Indarte's overlooked *Tables of Blood* (1843) as a unique example of the Spanish American mid-nineteenth century desire to refound the Nation. Adapting and enlarging critically the theoretical proposals of Adriana Cavarero and Thomas Laqueur, the article reads the *Tablas* not only as an influential and precursory interpretation of *Rosismo*, but also as the written construction of an "Argentine nation", precisely when it did not exist. In order to do so, the concept of "horrorism" is advanced so as to shed light onto the *Tablas*' description of the Regime, while the concepts of "necro-nominalism" and "necro-geography" are used to analyze their creation of a "victimized nation".

Keywords: Nineteenth Century - National foundation - Nationalism - Argentina

Fecha de recepción del original: 9/8/19

Fecha de aceptación del original: 21/1/20

*Raúl Prebisch y la vida cultural tucumana**

Darlan Praxedes

Universidade de São Paulo

Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas, entre 1949 y 1962, fundador y primer director del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) y de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), Raúl Prebisch (1901-1986) suele ser considerado en los medios intelectuales y políticos el creador de instituciones, fundador –junto con el brasileño Celso Furtado– del “estructuralismo latinoamericano”, “padre del desarrollo” e ideólogo del “desarrollismo” en esa región.¹

Sin embargo, su imagen en la Argentina es muy diferente y revela otro Prebisch, considerado por la militancia nacionalista y peronista, hasta el día de hoy, como un “vendepatria” por su participación en los gobiernos de la “década infame” (1930-1943) y la elaboración del plan económico de la “Revolución Libertadora” de 1955, el “Plan Prebisch”.

Al referirse a esta dicotomía David Pollock hace la pregunta correcta, pero, al igual que otros admiradores e intérpretes de las ideas de Prebisch, no encuentra cómo enmarcar el problema en términos satisfactorios: “¿Cuál fue el ‘verdadero’ Raúl Prebisch?”.² En otras pala-

*Agradezco las sugerencias de Luiz Jackson, Alejandro Blanco, Jimena Caravaca, Sergio Miceli, Lidiane Rodrigues y a los evaluadores anónimos de *Prismas*. Agradezco muy especialmente a Lucas D’Avenia por su generosidad al traducir este texto.

¹ Véase la introducción de Ricardo Bielschowsky para el libro *Cinquenta anos de pensamento na Cepal*, en Ricardo Bielschowsky (comp.), Río de Janeiro, Record, 2000, pp. 15-68. Del mismo autor, *Pensamento econômico brasileiro: o ciclo ideológico do desenvolvimentismo*, Río de Janeiro, Contraponto, 1988. Véanse también la síntesis de Cristóbal Kay, “Teorías latinoamericanas del desarrollo”, *Nueva Sociedad*, n° 113, 1991, pp. 101-113, y Octavio Rodríguez, *Teoria do subdesenvolvimento da Cepal*, Río de Janeiro, Forense Universitária, 1981.

² La cita completa es la siguiente: “[...] simultáneamente la vida de Prebisch proyecta una doble imagen, casi la de una personalidad escindida. Aparece primero el Prebisch internacional de la CEPAL, la UNCTAD, y, sobre todo, la prestigiosa personalidad de la ONU: fundador del estructuralismo, innovador y artífice de instituciones, el que propuso la integración regional de América Latina y el incansable luchador por la justicia en las relaciones globales y regionales. [...]. El otro Prebisch –durante los años en que se desempeñó en la función pública en la Argentina y antes de su expulsión del Banco Central en octubre de 1943– es irreconocible. En ese período la imagen de Raúl fue otra. Era todo menos el reformista de los años posteriores y se lo asociaba, en cambio, con la oligarquía argentina y la Restauración Conservadora de los años 1930-1943, período conocido como la ‘década infame’. Trascendió como el beneficiario del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, dirigido por el General José Félix Uriburu, quien lo designó subsecretario de Hacienda a la edad de 29 años [...]. La prestigiosa figura pública de Prebisch en la ONU a partir de 1949 parecía muy diferente en su estilo personal a aquella de los años previos a 1943. [...]. ¿Cuál era el

bras, ¿es Prebisch el “caudillo intelectual y el profeta armado”³ de la CEPAL o es el cerebro de la política económica de la oligarquía argentina y de la restauración conservadora? La pregunta palpitante de Pollock difícilmente podría ser resuelta por alguien tan cercano a “Don Raúl”. Tampoco sería respondida con determinación por los intérpretes y los seguidores de las ideas de Prebisch, que se esfuerzan –voluntariamente o no– por librarlo de la mala fama en su país de origen o simplemente prefieren ignorar las contradicciones de su carrera, creyendo así disminuir la importancia de la controversia y ponerle fin.

La solución de este rompecabezas no se logró completamente en los intentos por descubrir en el controvertido asesor del Ministerio de Finanzas y gerente del Banco Central al hereje de las Naciones Unidas, respetado y admirado por todos. Como lo que se estableció en el imaginario latinoamericano es la figura del maestro cepalino, este tipo de análisis interpreta el pasado de acuerdo con el futuro y selecciona arbitrariamente lo que prefigura al hombre de 1950 en el de 1930. Así, al establecer apresuradamente las continuidades entre uno y otro,⁴ este enfoque ignora las contradicciones de su vida y de su producción intelectual y proyecta a un hombre ficticio, es decir, siempre coherente, comprometido con la distribución del ingreso y la justicia en las relaciones globales y regionales. Pero las cosas no han sucedido así y la “doble imagen”⁵ de Prebisch sigue esperando una solución más satisfactoria.

Este artículo contribuye a esta discusión desde otro punto de partida dando un paso atrás en el análisis de la trayectoria de Prebisch y examinando las condiciones institucionales y culturales concretas que explican su aparición en la rica Argentina de entre siglos, así como el origen en las filas de la oligarquía provincial y su posterior activación en el contexto de la “década infame” y la defensa de los intereses agroexportadores. Estos datos no pueden ser abstraídos si el objetivo es entender la desventura de Prebisch en un país cuya historia se caracteriza por profundas divisiones sociales siempre actualizadas entre oligarquías y masas, que se intensificaron en la década de 1930 con la crisis económica y la polarización extrema del ambiente político.

Por lo tanto, se trata de tomar en serio dos problemas aún sin respuesta en la literatura: 1) ¿cómo explicar que uno de los intelectuales más reconocidos del siglo xx –en América Latina y en el mundo– haya nacido en un país subdesarrollado y, aun más increíble, en una provincia lejana y supuestamente empobrecida del interior?; 2) ¿cómo explicar que un joven de esta provincia –que estudió ciencias económicas, una carrera nueva y sin prestigio– lograra convertirse en el hombre fuerte de la política económica argentina de 1930?

Estas cuestiones no se resolverían mediante la disyuntiva entre los dos Prebisch, el escudero fiel de la oligarquía y el creador del estructuralismo,⁶ ni mediante explicaciones coyuntu-

‘verdadero’ Raúl Prebisch?”. David Pollock, “Raúl Prebisch: la esencia del líder”, en Edgard Dosman (comp.), *Raúl Prebisch: el poder, los principios, y la ética del desarrollo*, Buenos Aires, BID-INTAL, 2006, pp. 11-22.

³ Joseph Hodara, *Prebisch y la Cepal: substancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987.

⁴ Vale la pena hacer justicia a la contribución de Jimena Caravaca y Ximena Espeche, “América Latina como problema y como solución: Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch antes del Manifiesto Latinoamericano (1944-1946)”, *Desarrollo Económico*, vol. 55, n° 217, 2016, pp. 211-235; y también Carlos Mallorquín, “La vuelta alrededor del mundo de Raúl Prebisch antes de 1949”, 2012, disponible en <http://www.centrocelsofurtado.org.br/interna.php?ID_M=847>. Ambos textos se basan en investigaciones rigurosas y son cautelosos a la hora de establecer relaciones entre los dos Prebisch.

⁵ Pollock, “Raúl Prebisch: la esencia del líder”.

⁶ Cabe señalar que el proceso de “latinoamericanización” de Prebisch, su rápida conversión en liderazgo regional, se debió al contexto de la posguerra y a los incentivos para la renovación de las ciencias sociales en la región. Estos

rales como la crisis de 1929 y el descrédito del liberalismo económico en el mundo y en la Argentina. Como intento demostrar en este artículo, las respuestas a las dos preguntas planteadas se encuentran respectivamente en la formación cultural que adquirió Prebisch en la vibrante y cosmopolita provincia de Tucumán, donde nació y vivió hasta los 17 años, y en el carácter patricio de su origen social (los Uruburu), que lo insertó en las redes del poder años más tarde.

La primera parte del artículo reconstruye el origen social de Prebisch subrayando los linajes patricios de este origen y su lógica de reproducción social y política en el norte de la Argentina. La segunda parte destaca la proyección que la familia Prebisch adquirió en el contexto de la vida cultural y política del norte de la Argentina y en Buenos Aires. La tercera y última parte detalla los procesos históricos, económicos y culturales que convirtieron a Tucumán en un moderno centro de producción e irradiación de cultura en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX.

1. Origen social

Los Prebisch son descendientes en la Argentina de la alianza matrimonial entre Albin Prebisch y Rosa Linares Uruburu. Alemán, natural de Colmintz, Sajonia,⁷ Albin (1862-1934) era hijo de Gottfried Ernest Prebisch y Amalia Jaeguer, una familia de pequeños agricultores. Trabajó en el servicio de correo entre las provincias del norte argentino (Salta, Tucumán y Jujuy) y Buenos Aires, fue contador del Banco de Londres, y, después de casarse con Rosa Linares Uruburu en 1888 y radicarse en Tucumán, fundó la “Imprenta Albin Prebisch”, que se destacó en la vida cultural tucumana de las primeras décadas del siglo XX. Asumió la cátedra de inglés en el Colegio Nacional de Tucumán, fue designado vicecónsul de los Países Bajos, figuró entre los fundadores y directores del Banco Comercial de Tucumán, participó de la fundación del Club Alemán y se integró al Club de Esperanto.⁸

temas, que escapan al alcance de este artículo, son tratados con claridad en el texto de Caravaca y Espeche, “América Latina como problema y como solución”. Para una perspectiva comparativa del proceso de renovación y transnacionalización de las ciencias sociales en América Latina véase Alejandro Blanco, “As ciencias sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1964)”, *Tempo Social*, vol. 19, n° 1, 2007, pp. 89-114. Véase también Alejandro Blanco y Antonio Brasil Jr., “A circulação internacional de Florestan Fernandes”, en *Sociologia & Antropologia*, Río de Janeiro, vol. 8, n° 1, 2018, pp. 69-107.

⁷ El caso de Albin se sitúa en medio de las olas de emigración motivadas por conflictos políticos. Su llegada a mediados de la década de 1870 coincide con el período de mayor flujo migratorio de alemanes a la Argentina, relacionada probablemente con la Guerra Franco-Prusiana. En 1873 ingresaron al país 793 alemanes y entre 1871 y 1875 la media fue de 293, lo que refuerza la hipótesis de que la mayor proporción de emigrantes alemanes en esos años se explica por los conflictos internos generados en el proceso de unificación territorial y formación del Estado nacional alemán. Sin embargo, debe registrarse que la contribución alemana al stock poblacional que desembarca en la Argentina entre fines del siglo XIX y comienzo del siglo XX es minoritaria cuando se compara con los aportes masivos de italianos y españoles y, en menor medida, franceses. A diferencia de los italianos y los españoles, de comportamiento ascético y expectativas de ascenso social más dilatadas por la baja rentabilidad relativa de sus tareas manuales, los alemanes elegían actividades económicas inmediatamente rentables y, por eso, eran más afectos a las actividades comerciales para las cuales contaban con considerables ventajas. Véase Hernán Otero, *Historia de los franceses en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2012. Véase también Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

⁸ Albin, el padre, integra la categoría de inmigrantes innovadores y modernizadores que abandonaron una estructura social demasiado rígida para insertarse en espacios que les daban mayor oportunidad a sus capacidades y les permi-

No obstante su carencia de recursos (materiales y simbólicos) y la estructura social rígida de las comunidades patricias norteñas, se casó con una descendiente de estirpe aristocrática del norte argentino (los Uriburu y los Sancetenea) de lo que resultó una alianza con las élites del interior que le dio acceso a la alta sociedad criolla.

Hija de Lucía Uriburu Arias y de Segundo Linares Sancetenea, Rosa Linares Uriburu era heredera de dos de los más antiguos linajes argentinos. Lucía era nieta de José de Uriburu y Bastarrechea, español, natural de San Miguel de Mendata, que emigró hacia Argentina a fines del siglo XVIII para asumir en Salta un alto cargo en las Reales Aduanas del Alto Perú y que, al dedicarse al comercio agrícola y ganadero, se volvió uno de los hombres más ricos de la Argentina de su tiempo. Se casó con Manuela de Hoyos y Aguirre, emparentada por el tronco materno con Francisco Aguirre, conquistador del Perú, Chile y Tucumán y fundador de Santiago del Estero, lo que le permitió penetrar en los círculos oligárquicos locales.⁹

En lo que respecta a los Sancetenea, el abuelo materno de Raúl era nieto de José Calixto de Sancetenea, español oriundo de Fuenterrabía, que emigró a la Argentina en los años 1790 para servir al Virreinato del Río de la Plata como ayudante mayor y subdelegado de Rentas del Pueblo de la Rinconada (hoy ciudad de Jujuy), responsable del combate al contrabando y al fraude contra la Real Hacienda. Actuó incluso como subdelegado del Partido de la Puna y regidor del Cabildo de Salta.¹⁰

Los Uriburu y los Sancetenea, patriarcas de esos linajes, se manejaron hábilmente en medio de las luchas de independencia que, exitosas en 1816, convulsionaron a la colonia, dividida entre las fuerzas “realistas”, partidarias del régimen colonial y organizadas bajo el comando de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y los “independentistas”, comandados por la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires. Alineados a fuerza de convicción e interés a los “españolistas” (tal vez el peso del interés haya sido más fuerte que la propia convicción), se movieron entre los bandos en lucha a medida que los acontecimientos se inclinaban a la derrota de los “realistas”.

Sancetenea era conocido por los aliados de Martín de Güemes, general y líder independentista de Salta, como “un realista hasta los huesos” y en 1810, con la destitución del Virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros y la sustitución de autoridades que impuso la Revolución de Mayo, se proclamó como uno de los “patriotas americanos”. Derrotadas las fuerzas leales a Lima y destituidos los regidores del Cabildo de Salta, Sancetenea prestó juramento al nuevo gobierno y Manuel Belgrano, jefe del Ejército del Norte y del Cabildo de Salta, afirmó que “[...] el regidor ‘patriota’ Sancetenea no era tan ‘realista hasta los huesos’ como pareció serlo el regidor José de Uriburu, a quien, sin embargo, la Junta revolucionaria de Buenos Aires [...] había declarado nada menos que ‘benemérito de la Patria’”.¹¹

tían valorar y transmitir un conjunto de saberes previos en una sociedad nueva, en que tales saberes tenían enorme valor en razón de su escasez. Es por esa razón que, mientras los nativos tendieron a concentrarse en actividades tradicionales, los inmigrantes hicieron suyas las nuevas ocupaciones del sector secundario y terciario, adecuadas a sus habilidades y vocaciones. Cf. Otero, *Historia de los franceses en la Argentina*. Los datos sobre los niveles de alfabetización entre nativos e inmigrantes muestran que los alemanes tenían tasas más altas que los nativos y otros grupos de inmigrantes. Véase Roy Hora, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

⁹ Véase Fermín V. Arenas Luque, *Genealogía de los Uriburu*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1943.

¹⁰ Carlos Iburguren Aguirre, “Los antepasados: genealogía de sus respectivos linajes”, 1983, disponible en <https://issuu.com/alfonsobecarvarela/docs/tomo_viii>.

¹¹ *Ibid.*, p. 188.

Así, los Uriburu se posicionaron con éxito en la vida política y económica argentina. Sus descendientes contrajeron matrimonio en los círculos de la alta sociedad local, lo que actuó como principio estructurante en la toma de decisiones y el accionar posterior, contribuyendo a extender su red familiar y su influencia a nivel regional y transregional.¹² De los diez hijos de José de Uriburu, todos se casaron con los herederos de linajes tradicionales (Arias Cornejo, Cornejo Ceballos, Linares y Arenales) que traían aparejados un entramado de relaciones sociales, vinculaciones políticas y posesión de tierras. Se establecieron en la actividad mercantil próspera del norte argentino (en vínculo con redes mercantiles interregionales y tráfico de mulas con el Alto Perú) y participaron en las disputas internas entre los grupos dirigentes, convirtiéndose en actores políticos relevantes en las esferas local y nacional, particularmente los miembros de la segunda y la tercera generación.¹³

Los Sancetenea, cuyos negocios se arraigaban en la actividad minera boliviana, no gozaron de la misma suerte que los Uriburu para adaptarse a las contingencias políticas derivadas de la independencia, que abrió disputas fronterizas con Bolivia y Chile y creó obstáculos para la continuación de relaciones comerciales hasta entonces fluidas. Con el desplazamiento del eje económico y político de las provincias del norte hacia Buenos Aires, los intereses comerciales de los Sancetenea se vieron afectados y sus miembros se dispersaron al fijar residencia en Bolivia y la Argentina. Incluso sin constituir una identidad familiar sólida como los Uriburu, reforzaron sus vínculos con las élites nativas al promover alianzas matrimoniales con otras distinguidas familias locales (Linares, Cornejo, Patrón, Güemes y Uriburu), lo que les permitió un mayor acceso a los espacios políticos, como muestra la trayectoria de Segundo Linares (1837-1910).

2. Los Prebisch y los temas culturales

El abuelo de Raúl, Segundo, se formó como abogado, fue senador nacional entre 1875 y 1884, ministro en dos oportunidades en Salta y, por motivos políticos, se radicó en Jujuy en 1886. Allí fundó el periódico *El Norte* y llegó a ser el presidente local de la recién creada Unión Cívica.

Además de sus actividades políticas, fue profesor de latín y de literatura en el Colegio Nacional de Jujuy y, según Raúl Prebisch, poseía la mejor biblioteca de la región de Salta y Jujuy: “Siempre recuerdo la biblioteca de mi abuelo. Era un enorme salón. Siempre estaba al día. ¡Una biblioteca! La recuerdo como una cosa magnífica”.¹⁴ De acuerdo con Raúl, se debe a su abuelo la inclinación intelectual de los Prebisch: “Todos nosotros hemos tenido una propensión intelectual que, seguramente, viene del abuelo. [...] Mi abuelo era un gran lector, cosa meritoria en una provincia tan distante como aquella”.¹⁵

¹² Véase María Fernanda Justiniano, *Entramados del poder: Salta y la nación en el siglo XIX*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2010.

¹³ La segunda generación de los Uriburu, hijos de José de Uriburu y tíos abuelos de Raúl, se destacaron en carreras militares. Fue con la tercera y la cuarta generación que el clan se extendería en diversos sectores de la vida política y administrativa argentina y alcanzaría su cumbre en la presidencia del país por dos veces de José Evaristo de Uriburu (1895-1898) y de José Félix Uriburu (1930-1931). Véase Arenas Luque, *Genealogía de los Uriburu*.

¹⁴ Mateo Magariños, *Diálogos con Raúl Prebisch*, México, FCE, 1991, p. 29.

¹⁵ *Ibid.*, p. 33.

Esa incursión en actividades culturales no es extraña en la medida en que las posiciones de profesores y catedráticos, así como las carreras públicas y eclesiásticas (Matías Linares y Sancetenea, hermano de Segundo y tío abuelo de Raúl, fue obispo de Salta y de Buenos Aires) estaban reservadas a los grupos dominantes o a los extranjeros venidos de Europa exclusivamente para su ejercicio.

Versado en alemán, inglés y castellano, y con conocimientos de francés y holandés, Albin Prebisch también se desempeñó en las lides culturales como profesor de inglés en el Colegio Nacional de Tucumán y fue propietario de la “Imprenta Albin Prebisch”, que ocuparía un espacio importante en la vida cultural tucumana al dedicarse a la impresión y edición de los libros de la recién creada Universidad Nacional de Tucumán (UNT).

Sus hijos (cuatro mujeres y cuatro varones; Raúl era el cuarto varón y el sexto hijo) y nietos consolidaron la presencia de los Prebisch en el campo cultural y en los círculos intelectuales del norte argentino, de Buenos Aires e incluso en el espacio internacional. Según el genealogista Justino Terán:

Si bien de pocas generaciones en el país, (Prebisch) es un apellido que aportó figuras destacadas a su quehacer político, cultural, arquitectónico y económico. Si debiésemos identificar características sobresalientes de muchos integrantes de esta familia, señalaríamos la importancia que le dieron a los estudios universitarios y el destacarse dentro de las distintas Universidades que los tuvieron como protagonistas, ya sea en sus cuadros directivos, docentes o estudiantiles.¹⁶

La primogénita, Amalia Prebisch (1889-1979), fue ensayista, poetiza, conferencista de la “generación del centenario”¹⁷ y publicó con frecuencia en revistas y periódicos locales. Con “dotes de docente y literata”,¹⁸ enseñó en las cátedras de Literatura Argentina, Española y Clásica de la Escuela Vocacional Sarmiento y fue profesora de Metodología de la Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Adolfo Piossek, su esposo, fue rector de la UNT entre 1940 y 1942 y profesor emérito de la Facultad de Ingeniería y Derecho. Sus hijas Lucía Prebisch y Teresa Prebisch también harían carrera en la UNT.

Ingeniero y licenciado por la UBA, Ernesto Prebisch fue profesor y decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnológicas de la UNT. Julio Prebisch fue rector de esa Universidad en dos oportunidades (1929-1933 y 1938-1940) y fue identificado por los reformistas de 1918 como su modernizador por la fundación de un conjunto de nuevas facultades e institutos científicos.

El arquitecto Alberto Prebisch, también egresado de la UBA, después de una temporada en París entre 1921 y 1923 se estableció en los círculos culturales porteños como crítico de arte

¹⁶ Justino Terán, “Los Prebisch. 115 años. Su historia y descendencia”, 1977, disponible en <<http://www.genealogia-familiar.net/GF-datos/Archivos/Los%20Prebisch.pdf>>.

¹⁷ La “generación del centenario” fue un grupo de agitadores culturales y/o estadistas (Ernesto Padilla, Juan Heller, Miguel Lillo, Ricardo Jaimes Freyre, Manuel Lizondo Borda, Ricardo Rojas, Alberto Rugués y Juan Terán) que impulsó un movimiento de revalorización cultural de Tucumán cuyo resultado es la creación de la UNT y la revitalización del estudio de la historia del norte argentino y del folklore. Véase al respecto Teresa Prebisch y Lucía Prebisch, “Introducción”, en Amalia Prebisch, *La ramera tucumana y otros poemas*, Buenos Aires, Carcos, 1981, pp. 8-15.

¹⁸ Terán, “Los Prebisch. 115 años. Su historia y descendencia”.

—en *Sur*, *Criterio*, *Número*, *Revista de América*, *Vida Literaria*, *Martín Fierro* (de la que fue director), *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, *El Mundo*, *El Hogar* y *Atlántida*—, publicaciones en las que se aprecia la influencia de las enseñanzas del franco-suizo Le Corbusier en favor de la renovación de la arquitectura. Fue también profesor y decano interventor de la Facultad de Arquitectura de la UBA, miembro del directorio del Teatro Colón, presidente y vicepresidente de la Academia Nacional de Bellas Artes e intendente de la ciudad de Buenos Aires entre 1962 y 1963. En su labor arquitectónica se destacó el Obelisco de Buenos Aires (1936) y el Teatro Gran Rex (1937), que se convertirían en símbolos culturales de la ciudad.

Por su parte, el economista Raúl Prebisch se graduó en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA en 1922, donde fue profesor de la Cátedra de Economía Política entre 1924 y 1948. Fue el primer director de la Oficina Estadística de la Sociedad Rural Argentina, consultor técnico del ministro de Agricultura, subdirector de la Dirección Nacional de Estadística, director de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco Nación y subsecretario del Ministerio de Hacienda entre 1930 y 1935. También fue delegado en las negociaciones del polémico Tratado Roca-Runciman (1933), mentor del Plan de Acción Económica (1933-1935), del Plan Pinedo (1940) y de la creación del Banco Central (1935), en el que se desempeñó como gerente entre 1935 y 1943.

Si a primera vista la proyección que los Prebisch alcanzaron en el ámbito de la cultura y de los círculos intelectuales y políticos del norte argentino y de la ciudad de Buenos Aires parece improbable considerando su origen inmigrante y provincial, un examen más detallado de la historia tucumana evidencia su papel como centro de gravitación cultural y económica entre las provincias del norte. De ello es prueba la gestación de instituciones educativas y culturales y de una élite provincial culta que imprimió en las nuevas generaciones, como es el caso de los Prebisch, el “gusto por la cultura”.¹⁹

3. Aspectos de la vida económica y cultural de Tucumán en el cambio de siglo

Con una localización estratégica en la ruta del Alto Perú, lo que permitió relaciones comerciales con el próspero mercado andino, el norte argentino (especialmente Tucumán y Salta) se constituyó en la época colonial como “la gran arteria mercantil del Virreinato”²⁰ entre los mercados boliviano, chileno y de Buenos Aires.

La crisis de la economía mercantil colonial y los nuevos límites fronterizos definidos por la República de 1816 debilitaron el vínculo entre los mercados altoperuanos y la economía agrícola norteña, que retrocedió al nivel de subsistencia. La apertura comercial promovida por las nuevas autoridades, resultado del fin de la era mercantilista, desplazó definitivamente el eje dinámico de la economía argentina del Alto Perú hacia las provincias de la pampa bonaerense (Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y Corrientes). En el marco del proceso de expansión del mercado mundial impulsado por la industria británica, la región pampeana creció aprovechando las oportunidades de integración que tuvieron los países de la periferia debido a la demanda internacional de productos agrícolas (lana, carne, cuero, etcétera).

¹⁹ Juan Terán, *La universidad y la vida*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editorial Coni, 1921.

²⁰ Hora, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*.

A lo largo del siglo XIX se estructuraría en el país una economía de mercado de base agraria conducida por las élites liberales, que actuaron en el sentido de crear las instituciones necesarias para el desarrollo capitalista (reconocimiento del derecho de propiedad, expansión de la red ferroviaria, organización del sistema de crédito y monetario, etc.). Además, dotaron al país de un orden legal y político regido por la legislación liberal (Constitución de 1853, Código de Comercio de 1858, Código Civil de 1869, Ley de Inmigración y Colonización de 1876, Ley de Unificación Monetaria de 1881, Ley de Educación Común de 1884, etc.), fomentaron el intercambio y el consumo de bienes e integraron el mercado nacional, construyendo así las bases para el *boom* exportador que se produjo a fines de siglo.²¹

En ese período se incrementó el capital y la fuerza de trabajo, fueron removidos los obstáculos geográficos y económicos a la expansión productiva, se aceleraron los procesos de industrialización y urbanización, así como el flujo migratorio hacia las ciudades del litoral en virtud del aumento de la renta *per capita*, que impactó positivamente en la demanda interna de materias primas y alimentos.

También la infraestructura fue renovada con la modernización de los puertos y la construcción de la red ferroviaria, que resultó en la expansión de la frontera agrícola. Sumado a esos factores internos, el sector exportador fue impulsado por la reducción de los costos del transporte marítimo y la unificación de los mercados de capitales y de mercaderías. El resultado fue la rápida integración de la Argentina a la economía mundial a través de la conformación de “un mercado global para la producción primaria”.²²

La prosperidad de los mercados del litoral introdujo impulsos dinamizadores en otros sectores de la actividad económica y en regiones del interior, debido al incremento de la demanda de bienes y servicios esenciales para los sectores urbanos. El efecto multiplicador de la expansión de la economía rural exportadora pampeana fue un estímulo para que se estrecharan lazos comerciales con las demás provincias, que disponían de los factores para atender los requerimientos del tejido productivo y de las masas urbanas nucleadas en Buenos Aires y buscaban atraer para sí parte de los frutos económicos concentrados en las provincias del litoral.

Aprovechando los incentivos ligados al dinamismo exportador, Tucumán ingresó en un nuevo ciclo de desarrollo y se convirtió en el principal polo de desarrollo del norte argentino. La creación y la expansión de ingenios y plantaciones de azúcar tuvo lugar en medio de favoritismos y concesiones económicas (tarifas proteccionistas, inversiones estatales en infraestructura, facilidades para el acceso al crédito, garantía de altas tasas de ganancia, etc.) que se explican por las relaciones familiares y los acuerdos políticos entre las élites del interior y el gobierno central.

Esos beneficios estatales se remontaban al pacto firmado por la “generación de 1880”,²³ que, con el fin de pacificar el interior e incentivar los negocios de familiares y amigos, ejecutó

²¹ “Entre 1880 y 1914, el valor de las ventas argentinas al exterior se multiplicó cerca de nueve veces. Esta expansión fue resultado del incremento de las exportaciones de productos ganaderos y, de modo aun más decisivo, del excepcional crecimiento de las ventas de granos. Para comienzos de la década de 1910, estas representaban cerca del 60% de las ventas al exterior. Para entonces, la Argentina, que exportaba más del 50% de su producción de trigo, casi dos tercios de la cosecha de maíz y más del 80% de su lino, se había convertido en el tercer exportador mundial de granos”, Hora, *Historia económica de la Argentina*, p. 198.

²² *Ibid.*

²³ Donna J. Guy, “La política azucarera tucumana y la generación del ochenta”, *Desarrollo Económico*, vol. 16, n° 64, enero-marzo de 1977, pp. 467-504.

un programa de integración económica (transportes, comunicaciones, servicios bancarios, etc.) que dio vitalidad a la economía tucumana al garantizar a sus agentes económicos el acceso monopólico a mercados más amplios (particularmente a los centros industriales) y la integración a los puertos fluviales.²⁴

Más allá de las iniciativas económicas, las élites nacionales que encabezaron el proyecto de organización del Estado y la nación construirían un sistema educativo oficial (instituciones escolares, agentes educadores, contenidos, dispositivos de control y punición, dirección, mecanismos de validación) con el objetivo de disciplinar e integrar a los sectores populares que, convertidos en “ciudadanos” en el contexto de un armado político-institucional democrático, debían ajustarse a nuevas obligaciones y gozar de derechos inéditos hasta entonces.²⁵

Para sus ideólogos, especialmente Sarmiento, la “educación común” era el instrumento de combate a la barbarie y al caudillismo vigente en el mundo rural, asociado a la ignorancia, a la pobreza, a la anarquía y al fanatismo, que eran todo lo opuesto al litoral urbano y civilizado. La ignorancia de las masas y la anarquía política, “males del desierto”, debían ceder espacio a los propósitos democráticos y civilizadores que se instalarían con la instrucción primaria, base para la elevación moral de los individuos y la prosperidad nacional.

Bajo la influencia de los modelos de educación de masas de inspiración liberal e iluminista norteamericano y europeo, la escuela pública argentina fue concebida como derecho de los gobernados y obligación del Estado, que debía asegurar su carácter laico y la generalización de las primeras letras, ciencias modernas y habilidades instrumentales necesarias para la formación de cuadros técnicos. Además, contribuiría a asegurar la unidad nacional y la argentinidad a través del cultivo de su idioma y el conocimiento de la historia y de sus constructores.²⁶ Sobre la base de esas ideas, los sucesivos gobiernos nacionales uniformaron la enseñanza, y la provisión y ampliación de la cobertura de la educación primaria, no obstante las desigualdades regionales, alcanzó resultados promisorios.

Concebidos originalmente en la presidencia de Mitre (1862-1868), los colegios nacionales se difundirían en el gobierno de Sarmiento (1868-1874). Su ministro de Instrucción Pública, el tucumano y futuro presidente Nicolás Avellaneda, explicitó en la memoria al Congreso Nacional de 1872 los motivos que debían ser el fundamento de esas nuevas instituciones:

Examínense los estudios que forman el programa de nuestros Colegios, y se verá que todos son indispensables para formar no hombres profesionales, sino hombres activos y útiles en la vida social. [...] Las miras con que se han fundado los Colegios Nacionales son indudablemente más amplias, y tienen por objeto difundir la educación en los pueblos a fin de que se formen en

²⁴ Esos favoritismos se fundaban en relaciones de reciprocidad política, en que los favores y las nominaciones eran pagados con la movilización de la máquina electoral local en beneficio del caudillo nacional: “Dado que la generación del 80 se hallaba unida por lazos familiares, y a la vez por metas patrióticas, los políticos nacionales y locales encontraron entre los parientes y amigos las adhesiones necesarias para mantener actualizadas las alianzas de 1880” (*ibid.*, p. 508). Tal imbricación entre las élites políticas y económicas del norte argentino y los grupos dirigentes nacionales informan sobre la desventura con que aquellas supieron plasmar sus intereses en la maquinaria del Estado local y nacional y obtener ventajas para sus emprendimientos”. Véase Justiniano, *Entramados del poder: Salta y la nación en el siglo XIX*.

²⁵ Pablo Pineau, “El concepto de ‘educación popular’: un rastreo histórico”, *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 13, 1998, pp. 257-278.

²⁶ Héctor Bravo, *Sarmiento, pedagogía social*, Buenos Aires, Editora Universitaria de Buenos Aires, 1965.

todas partes hombres aptos para la producción de la riqueza, para las funciones sociales y para el ejercicio de la vida política en la República.²⁷

Creado en 1864, el Colegio Nacional de Tucumán fue la concreción de intentos anteriores por establecer la instrucción pública en la provincia sobre bases más sistemáticas y modernas. Su proyecto se remonta a 1854, cuando la élite política local contrató a los franceses Edmundo Buessard y Filisberto Pelissot para establecer una escuela comercial y literaria. Pero de la organización efectiva se encargaría Amadeo Jacques, doctor en Letras y licenciado en Ciencias en la Universidad de París, exprofesor de la Escuela Normal francesa y del Colegio Luis el Grande. Jacques reorganiza el Colegio, reforma su proyecto pedagógico, funda el departamento de Letras y Humanidades, dirige la Biblioteca Pública instalada en el Colegio y luego asume la dirección del Colegio Nacional de Buenos Aires.²⁸

El propósito del proyecto que representaba el Colegio Nacional de Tucumán y su impacto en la vida local se reflejan en la diversidad de áreas y competencias representadas en sus cátedras, que incluían la enseñanza de lenguas (latín, español, francés, inglés, alemán), derecho (natural, canónico, civil y constitucional), música, ciencias exactas (matemática, física, química), dibujo lineal, economía política y agronomía.

Las pretensiones modernizadoras del Colegio se evidencian en el cuerpo de profesores reclutados en Europa.²⁹ Entre ellos, Paul Groussac, que se destacó por sus funciones como periodista, escritor y crítico literario, y fue enviado a Tucumán en 1871 por Avellaneda como profesor de matemática del Colegio Nacional.³⁰ Tres años después fue nombrado presidente de la Comisión de Bibliotecas Populares de Tucumán (institución federal creada durante la gestión de Sarmiento para garantizar el funcionamiento de las bibliotecas) y, en los años siguientes, jefe inspector del Consejo de Inspección Pública, órgano responsable de proponer cambios en los métodos educativos, perfeccionar los cuadros docentes y fiscalizar las escuelas estatales.

Groussac coordinó los esfuerzos de modernización de los métodos de enseñanza, el mejoramiento de los edificios escolares y de su mobiliario, la compra de libros y la actualización del cuerpo docente a través de la contratación de profesores europeos que, con el fin de contrarrestar la falta de preparación y las deficiencias de los profesores nativos, debían introducir los procesos pedagógicos modernos, las nuevas técnicas de evaluación y los contenidos científicos, literarios y tecnológicos. El intelectual francés dirigió en los años 1870 el diario tucumano *La Razón* y, poco después de ser nombrado, en 1878, director y profesor de la Escuela Normal para sustituir al norteamericano Jorge W. Stearns, se mudó a Buenos Aires, tras su designación como Inspector Nacional de Educación.³¹

²⁷ Rodolfo Cevíño, *Del Colegio San Miguel al Colegio Nacional: dos etapas de cultura en Tucumán*, Tucumán, Editorial de la UNT, 1964.

²⁸ Manuel Lizondo Borda, *Breve historia de Tucumán: del siglo XVI al siglo XX*, Tucumán, Editorial de la UNT, 1965.

²⁹ Sobre los profesores extranjeros contratados (italianos, franceses, ingleses, alemanes, entre otras nacionalidades) véase Estela Barbieri de Santamarina (comp.), *Inmigración en la Argentina*, Tucumán, Editorial de la UNT, 1979.

³⁰ El primer encuentro entre Avellaneda y Groussac es un ejemplo del proyecto cultural renovador con el que se identificara en aquellos años la clase política. Deseando regresar a Francia, el “pobre muchacho extranjero” fue convencido por el ministro de establecerse en Tucumán. A partir de entonces, la suerte del literato se vincularía a la de Avellaneda (elegido presidente de la Argentina en 1874) y al avellanedismo. Véase Paul Groussac, *Los que pasan*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

³¹ El descontento de Groussac y, años antes, de Jacques con el medio tucumano evidencia los conflictos entre los límites del proceso de modernización cultural en una provincia del interior y las altas expectativas culturales de los intelectuales extranjeros con propósitos reformadores.

Fundada en 1875, la Escuela Normal complementó los esfuerzos de modernización educativa al “hacer visibles cuestiones vinculadas con el mundo educativo”.³² Considerada “un acontecimiento”³³ en la vida cultural tucumana, estaría destinada a preparar a los profesores en los nuevos métodos pedagógicos e influir sobre la enseñanza primaria. Sus diplomados actuarían como agentes de modernización de las prácticas escolares en los establecimientos educativos, que se multiplicaban gracias a las demandas de nuevos sectores sociales (la Escuela Sarmiento, por ejemplo, surgió en 1870 como primer colegio para mujeres de la provincia).

Además del impacto que representó la profusión de instituciones escolares, la vida cultural tucumana fue dinamizada por la creación de “bibliotecas populares” que, difundidas nacionalmente por Sarmiento en los años 1870, facilitaron la circulación y el acceso al libro para una población alfabetizada y una élite letrada que demandaban bienes y servicios culturales con los cuales podrían satisfacer sus emergentes aspiraciones literarias y científicas.

En ese contexto, se difundieron entidades y asociaciones que conformarían “un ambiente de sociabilidad de índole cultural en la ciudad de Tucumán”,³⁴ del que son prueba la Sociedad Sarmiento, la Biblioteca Alberdi, “asociaciones patrióticas de la juventud” (resultado de los esfuerzos escolares por alentar la historia nacional y homenajear a sus figuras públicas), clubes de lectura, veladas literarias y musicales, asociaciones culturales de diverso tipo y bibliotecas populares.

Creada en 1882 por profesores y por la autodenominada “juventud estudiosa” de la Escuela Normal y del Colegio Nacional, lo que muestra el carácter de multiplicadores culturales de esas instituciones, la Sociedad Sarmiento se transformó en el centro de la vida cultural tucumana y del norte argentino entre las décadas finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Nacida al calor de las reformas liberales y modernizadoras encabezadas por el Estado, que había suscitado una “cultura política abierta”,³⁵ fue la expresión de sectores medios unificados por las nuevas competencias adquiridas y por las posibilidades de ascenso abiertas por el acceso a la instrucción. Años antes, las aspiraciones de esos grupos letrados habían tenido resonancia con la creación de la efímera Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas (1875-1882). Pero le correspondió a la Sociedad –en ese punto como en otros anticipa al proyecto de la UNT– organizar, ritualizar (normas de ingreso y funcionamiento) y crear los espacios de preparación intelectual y los canales de expresión de las aspiraciones literarias de los jóvenes tucumanos, otorgándoles efectividad y reconocimiento público y político.

Reuniendo apoyos y recursos entre empresarios del azúcar y políticos, se creó la Biblioteca de la Sociedad Sarmiento (en poco tiempo la más importante de la región), el semanario *El Porvenir* y la revista *Tucumán Literario* (origen del periodismo cultural tucumano), el Archivo de Documentos Antiguos, el Instituto de Bacteriología e Higiene, el Museo de Historia Americana, el Museo de Historia Natural y la Academia de Bellas Artes, órganos que luego fueron incorporados (junto a la Escuela de Comercio y a la Estación Experimental Agrícola) a la UNT.

³² Marcela Vignoli, *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914*, Rosario, Pro-historia, 2015.

³³ Carlos Páez de la Torre, *Historia de Tucumán*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.

³⁴ Vignoli, *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán*.

³⁵ *Ibid.*

Se organizaron también una serie de conferencias públicas (sobre temáticas relativas a las ciencias físicas y sociales, moral, literatura e industria) que contaron con la presencia de intelectuales de prestigio regional y nacional, una escuela nocturna para obreros, “cursos libres” con “carácter de universidad popular”³⁶ y concursos sobre temas científicos, literarios e históricos con el objeto de promover el estudio y la investigación.

Epicentro de “un ambiente intelectual estimulante”,³⁷ el saldo alcanzado por la Sociedad Sarmiento en términos de preparación de una nueva generación letrada, promoción de iniciativas culturales, acumulación de prestigio y un bagaje de relaciones, permitió a sus miembros lanzarse, además de a la carrera política, a otros proyectos, tales como la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (RLCS) (1904-1907) y la UNT (1914), creación culminante de una generación y producto de la reciente acumulación cultural.

Espacio de sociabilidad e intercambio cultural, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* –junto con las instituciones, los proyectos y los órganos antes presentados– está en la raíz de la emergencia y el desarrollo del campo intelectual y cultural tucumano.³⁸ Concebida por Ricardo Jaimes Freyre, Juan Terán y Julio López Mañán, profesores del Colegio Nacional y de la Escuela Normal, integrantes de la Sociedad Sarmiento y vinculados a la élite económica y política tucumana, la revista se destacó como vehículo de difusión y traducción local de las nuevas ideas, estéticas y doctrinas que circulaban en los centros culturales cosmopolitas (extranjeros y porteños). En esa dirección, propició el diálogo con escritores e intelectuales de América Latina y Europa y apoyó la carrera de jóvenes (en su mayoría tucumanos) que desempeñaron un “papel axial”³⁹ en el desarrollo cultural de Tucumán. La “cofradía”⁴⁰ reunida en la RLCS (Jaimes Freyre, López Mañán, Terán, José I. Aráoz, Alberto Roges, Miguel Lillo, Juan Heller, Germán G. Hamilton, Abraham Maciel y Ubaldo Benci) se remonta a los espacios de sociabilidad –en buena medida familiares– y a la formación intelectual creados en la segunda mitad del siglo XIX y sedimentados a lo largo de la primera mitad del siglo siguiente.

En ese sentido, el Colegio Nacional, la Escuela Normal, la Sociedad Sarmiento y la RLCS se constituirían como espacios de encuentro entre intelectuales y escritores provinciales y extranjeros en que se forjaron lazos de amistad y proyectos culturales centrales para la organización institucional de una cultura de élite letrada tucumana con acento regional.

Su punto más alto fue la UNT, institución que idearon y pusieron en marcha, como miembros de su consejo superior, rectores, vicerrectores y profesores. Fue estructurada a partir de los “factores de cultura”⁴¹ preexistentes, tales como la Sociedad Sarmiento, el Archivo de Documentos Antiguos, el Instituto de Bacteriología e Higiene, el Museo de Historia Americana y Natural y la Academia de Bellas Artes.

De carácter experimental y práctico, la UNT auguraba mayor vinculación con la realidad y con las necesidades económicas de la provincia y de los alrededores, lo que explica la opción

³⁶ Vignoli, *Sociabilidad y cultura política*.

³⁷ Terán, *La universidad y la vida*.

³⁸ Véase Soledad Zuccardi, *En busca de un campo cultural propio: literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Terán, *La universidad y la vida*.

por las carreras técnicas y el énfasis en las especificidades regionales. Sus actividades debían vincularse a los fines pragmáticos de la vida productiva (mejoramientos agrícolas) y a la realización de reformas sociales (políticas agraria, sanitaria, escolar, etc.) con el objetivo de generalizar las conquistas civilizatorias posibilitadas por el avance técnico, metas y compromisos que definirían la actuación de las instituciones anteriormente creadas.

Dados tales antecedentes, que apuntan hacia un proceso de decantación y adquisición de “conciencia cultural”,⁴² el proyecto de la nueva universidad fue la expresión máxima del progreso intelectual y del afán modernizador de los sectores letrados tucumanos. Fue también producto de la “retórica regionalista” como unidad histórica y comunidad de intereses diferenciados que, concebida y movilizada para atender a los intereses del azúcar, sirvió al propósito de construir un imaginario del “norte” como centro cultural –además de económico– en que le cabría un papel central a Tucumán.⁴³

* * *

La organización institucional de la vida cultural tucumana se conectó estrechamente con el proceso de modernización socioeconómica por el que atravesó la provincia a fines del siglo XIX e inicios del XX, en la estela del *boom* exportador argentino. La expansión productiva propiciada por la acumulación de habilidades empresariales y técnicas agrícolas, la incorporación de moderna tecnología europea en la industrialización de la caña y la llegada de la vía férrea –“disparador” de la movilidad de capitales y hombres–,⁴⁴ desataron el desarrollo capitalista tucumano.

Sus efectos sobre la sociedad local se hicieron sentir a través de la progresiva complejización del espacio urbano, la diversificación del sector de servicios y el surgimiento de una clase media que, a pesar de la dependencia de los flujos de renta generados por la empresa azucarera, logró establecer un estilo de vida y demandas de nuevo tipo.

También la clase terrateniente se vio encantada con las posibilidades de la vida urbana, que le permitiría disfrutar de operetas, conciertos y conferencias (entre otras, las del poeta Leopoldo Lugones, el estadista francés Georges Clemenceau, que elogió los establecimientos educacionales de la provincia, “que no tenían nada que envidiar a los europeos”)⁴⁵ en los teatros Belgrano (1873), Odeón (1912) y Alberdi (1912). También le permitía regocijarse con la medalla de oro otorgada al escultor tucumano Julio Oliva en la 79ª Exposición Internacional de Roma (1909), enorgullecerse de los monumentos erigidos por artistas europeos a las “efemérides” patrias y tucumanas (la escultura en homenaje a Alberdi, por ejemplo) y entusiasmarse con el ambiente cultural generado por la conmemoración del centenario de la declaración de la independencia en 1916.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Véase Daniel Campi y María Celia Bravo, “Aproximación a la historia de Tucumán en el siglo XX: una propuesta de interpretación”, en Fabiola Orquera (comp.), *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un “campo cultural”: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, 2010, pp. 13-44.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Clemenceau se refería a Tucumán como “[...] una metrópolis esplendorosa y triunfante por la magnificencia de su fuerza y su vasta cultura”. Véase Elena Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios 1910-1916*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés y Fundación Miguel Lillo, 1999.

Sede del “Congreso de Tucumán”, en que se firmó en 1816 la declaración de la independencia de la Argentina, la capital de la provincia se convirtió en símbolo patrio y local tradicional de concentración de los festejos nacionales. En la celebración del centenario se mezclaron la euforia despertada por el progreso económico y social argentino de ese período y el “clima de ideas”⁴⁶ que se consolidó en la región en torno de una identidad cultural e histórica propia.

Bajo el liderazgo del gobernador Ernesto Padilla (1913-1917), “el político de la cultura”,⁴⁷ más tarde ministro de Justicia e Instrucción Pública del presidente Uriburu (1930-1932), la UNT entró en actividad y fueron creados el Museo de Bellas Artes, el Museo de Etnografía y Ciencias Sociales, el Museo de la Industria Azucarera, el Archivo Histórico y la Casa Colonial.

También se realizaron reuniones y congresos científicos, entre los cuales se destacan la “I Reunión Nacional de la Sociedad de Ciencias Sociales” y el “Congreso Americano de Ciencias Sociales”. En ese último evento, el grupo ligado a Juan Terán lanzó las bases de la “nueva escuela histórica”, movimiento historiográfico que pretendió reescribir la historia argentina a través del empleo del método científico. Fueron editados, además, una serie de volúmenes que contribuyeron a la constitución del imaginario que confería a Tucumán un lugar destacado en la vida argentina.⁴⁸

Los Prebisch nacieron y se criaron en la capital tucumana entre las décadas de 1890 y 1910, precisamente cuando la provincia desarrollaba más su economía, se proyectaba políticamente en las arenas decisorias y legislativas nacionales en la estela de los canales abiertos por la “generación de 1880”⁴⁹ y, especialmente, por el roquismo.⁵⁰ Al mismo tiempo, se dinamizaba su vida intelectual al crear un conjunto de instituciones educativas y culturales, productos y productoras de una élite letrada.

En esos establecimientos, espacios educativos y de sociabilidad literaria y circulación amplia de ideas y saberes, se educaron y actuaron los Prebisch. Amalia Prebisch se formó como profesora y enseñó literatura en la Escuela Normal, en la Escuela Sarmiento y en la UNT, donde también estudiaría su hermana, la arquitecta Rosa Prebisch y sus hijas, Lucía y Teresa Prebisch, respectivamente como profesoras de filosofía y de literatura. El esposo de Amalia, Adolfo Piossek, enseñó y fue rector de la UNT. Los hermanos Julio, Ernesto y Alberto se formaron como bachilleres en el Colegio Nacional de Tucumán y los dos primeros se dedicaron a la carrera docente en la UNT, de la que Julio fue dos veces rector.

Raúl Prebisch estudió en el Colegio del Sagrado Corazón, en el Colegio Nacional de Tucumán y en el Colegio Nacional de Jujuy,⁵¹ donde cursó el último año del bachillerato. A los

⁴⁶ Campi y Bravo, “Aproximación a la historia de Tucumán en el siglo xx: una propuesta de interpretación”.

⁴⁷ Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios 1910-1916*.

⁴⁸ *La Nación Argentina 1810-1910; Álbum Historiográfico de Ciencias, Artes, Industrias, Comercio, Ganadería y Agricultura; Álbum Argentino* (1910); *La República Argentina en su primer centenario* (1910), de Manuel Cosme Chueco; *Tucumán a través de la historia y El Tucumán de los poetas*, de Manuel Lizondo Borda; *Álbum del centenario* (1916); *El Congreso de Tucumán* (1916), de Paul Groussac, y *Recuerdos Históricos* (1916), de Florencio Sal.

⁴⁹ Guy, “La política azucarera tucumana y la generación del ochenta”.

⁵⁰ Véase Natalio Botana, *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1977.

⁵¹ “Yo hice mis estudios primarios y llegué hasta el tercer año del Nacional en un colegio de padres franceses lourdistas que me enseñaron a leer y a escribir en castellano y en francés en mi provincia de Tucumán”. Cita de Prebisch tomada de Manuel Fernández López, “Raúl Prebisch y la Universidad de Buenos Aires”, en Fundación Raúl Prebisch (comp.), *El pensamiento de Raúl Prebisch*, Buenos Aires, Tesis, 1988, pp. 20-32.

17 años, en 1918, llegó a Buenos Aires para estudiar economía en la recién creada (1913) Facultad de Ciencias Económicas de la UBA.

Su meteórica carrera en la UBA –en la que sería profesor ya en 1924, incluso antes de licenciarse como contador público– y en el sector público se explica en buena medida por su “gran cultura”,⁵² adquirida en los tiempos de juventud en los establecimientos tucumanos y, en particular, por su versación en lengua italiana, alemán,⁵³ francés y, sobre todo, inglés, que se estaba convirtiendo gradualmente en la lengua de la ciencia. En lo que respecta a las ciencias económicas, la supremacía del inglés era incluso más evidente, pues sus desarrollos hasta ese momento se encontraban en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, que atraían a sus universidades y a sus órganos autónomos especializados en finanzas a los principales nombres extranjeros de ese campo de conocimiento en proceso de constitución.⁵⁴

Todavía estudiante, Raúl actuó como mediador cultural al introducir *Argentine international trade under inconvertible paper money 1880-1890*, de John H. Williams, *Les fondements de l'économie politique*, de Adolph Wagner, *Principii di economia politica*, de Enrico Barone, y *Principii di economia pura*, de Maffeo Pantaleoni. Más tarde, ya en 1947, apoyándose en “lazos de conocimiento y reconocimiento” y en el proceso de “latinoamericanización” de la producción editorial,⁵⁵ publicó en la editorial Fondo de Cultura Económica el libro *Introducción a Keynes* (1947), contribuyendo a difundir las ideas de ese autor en la región. El dominio precoz de esas lenguas fue una valiosa herramienta para tomar contacto con la moderna teoría económica disponible en lengua extranjera en la biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas.⁵⁶

Tal manejo de las lenguas en que se transmitían las novedades de la teoría económica y sus nuevas virtudes le facilitó también el acceso privilegiado a datos de diferentes países y al interés que manifestó desde temprano por otras formaciones nacionales y sus semejanzas y

⁵² Gregorio Weinberg, “Raúl Prebisch: una aventura intelectual”, en Fundación Raúl Prebisch (comp.), *Prebisch y los problemas actuales de América Latina*, Buenos Aires, Fundación Raúl Prebisch, 1996, pp. 53-72.

⁵³ A pesar de su origen germano, Albin se negó a enseñar alemán a sus hijos. De la misma forma que abdicara de educarlos según los preceptos protestantes en favor de los católicos, optó por socializarlos exclusivamente en la lengua nativa. Albin, como los demás inmigrantes que decidieron vincular su suerte a la del nuevo país, se empeñó en convertir a sus hijos en legítimos argentinos, respondiendo positivamente a la acción educadora del Estado que, con miras a argentinizarlos, universalizó las primeras letras y familiarizó a los recién llegados en la lengua castellana, la historia y las tradiciones culturales nacionales. En el caso específico de los Prebisch, es reveladora de ese proceso la declaración de Lucía Prebisch: “Mi abuelo Prebisch se ‘argentinizó’ de tal manera que no enseñó alemán a sus hijos porque quería que fueran totalmente argentinos. Era esa época en la que, como decía el escritor argentino Eduardo Mallea, la Argentina era una especie de religiosidad, los inmigrantes que llegaban se encontraban con todo un mundo por hacer, lleno de posibilidades. Mi abuelo Prebisch fue un ejemplo”. Véase Mariana Smaldone, “Una tesis innovadora en la Argentina de los sesenta: fenomenología de la maternidad. Diálogo con Lucía Piossek Prebisch”, *Mora*, vol. 19, n° 1, 2013, pp. 127-135.

⁵⁴ También Raúl Prebisch recibiría invitaciones para enseñar e investigar en universidades norteamericanas luego de su salida del Banco Central en 1943 y previo a su ingreso en la CEPAL en 1949. En virtud de sus prevenciones (esperaba regresar a la dirección de la banca central de su país cuando los vientos políticos cambiaran de dirección) y desencuentros de variado tipo, esa posibilidad no se concretaría. Véase Edgar Dosman, *Raúl Prebisch (1901-1986): A construção da América Latina e do terceiro mundo*, Río de Janeiro, Contraponto, 2011.

⁵⁵ Caravaca y Espeche, “América Latina como problema y como solución”.

⁵⁶ “En un medio ambiente académico sin hegemonías teóricas de ningún tipo en el sentido contemporáneo, Prebisch leyó de todo: de Marx a F. Turati en la tradición socialista, así como a los cooperativistas, el ‘socialismo de Guildas’, y asociaciones anglosajonas como G. D. H. Cole; y al J. A. Hobson leído por Lenin. Conoció también al Pareto del ‘Manual’ como el ‘otro Pareto’, el de la ‘sociología’”. Cita extraída de Mallorquín, “La vuelta alrededor del mundo de Raúl Prebisch antes de 1949”.

diferencias con la realidad argentina.⁵⁷ Además, como ocurrió con el viaje que realizó en 1923 a Australia y a Nueva Zelanda en condición de enviado del Ministerio de Hacienda de su país, ese conocimiento, sumado a su competencia específica en economía, lo volvió candidato natural para las misiones oficiales al extranjero a pesar de su corta edad.⁵⁸

Además del conocimiento de varios idiomas y la formación como economista, todavía poco valorada en la jerarquía de diplomas y profesiones, Prebisch poseía una extensa red de relaciones sociales –y familiares– que resultaría decisiva para darle acceso a puestos en el Estado. La amistad con el radical Tomás Le Bretón lo convirtió en consultor técnico del Ministerio de Agricultura. Fue Luis Duhau, conservador y expresidente de la Sociedad Rural Argentina, quien lo promovió al cargo de director de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco Nación. Enrique Uriburu y Duhau sugirieron el nombre de Prebisch al entonces ministro de Finanzas Alberto Hueyo, quien lo nombró su subsecretario. Duhau y Federico Pinedo, respectivamente ministros de Agricultura y Finanzas del gobierno de Agustín Justo (1932-1938), promovieron a Prebisch como asesor especial y luego gerente del Banco Central. También el parentesco con el presidente José Félix Uriburu (1930-1931) y el “afecto personal”⁵⁹ entre ellos fueron decisivos para el éxito de las reformas propuestas por Prebisch, como lo demuestra la aprobación del impuesto a la renta. Según Rapoport, “[...] en esta decisión no sólo jugaron factores puramente económicos sino también lazos familiares y de *timing* político”.⁶⁰

Por último, cabe agregar que las cualidades de Prebisch tan destacadas por sus amigos e intérpretes, tales como su capacidad de trabajo y su excepcional talento, recién se vuelven comprensibles sociológicamente al contextualizarlas en el proceso de acumulación intelectual que realizó en su provincia natal, antes incluso de su paso por Buenos Aires. Bajo la inspiración y el liderazgo de intelectuales modernizadores extranjeros, en el cambio de siglo fueron creadas un conjunto de instituciones y una élite letrada local que forjó un ambiente sensible a las nuevas influencias de conocimiento y que infundió sobre las jóvenes generaciones los valores, las ideas y los comportamientos que, conviviendo más o menos conflictivamente con las viejas prácticas y la vieja mentalidad, producirían una aguda sensibilidad y aptitud para la vida culta, conformando la vida cultural tucumana.

⁵⁷ Ya en el inicio de su carrera, el joven Prebisch publicará en la *Revista de Ciencias Económicas* textos sobre cuestiones económicas de otros países que reflejaban los intereses del grupo nucleado en torno de Alejandro Bunge: “El standard de vida en China” (1919), “La situación financiera de Francia” (1919), “La riqueza y renta del mundo antes de la guerra” (1919), “La guerra y la población de Francia” (1919), “El medio circulante y los precios en Italia” (1920), “El costo de la vida en Italia” (1920), “La Conferencia Financiera Internacional de 1920” (1921), “Ideas y comentarios. La Conferencia de Bruselas” (1921), “La Caja Internacional de Conversión. El proyecto monetario del Dr. Frers” (1923), “Determinación de la capacidad imponible. Método australiano de promedios” (1924) y “Primer informe del Dr. Raúl Prebisch sobre sus estudios financieros y estadísticos en Australia” (1924). El rutinario acompañamiento de los hechos económicos de otras realidades nacionales continuaría presente y ganaría sistematicidad en las páginas de la *Revista Económica* del Banco Nación, publicación creada por Prebisch en 1927 y dirigida por él hasta 1935.

⁵⁸ Además de los viajes que realizó a Australia y Nueva Zelanda para estudiar el régimen de distribución y tributación de la tierra, oportunidad en la que aprovechara para informarse sobre los modernos sistemas estadísticos de esos países, Prebisch viajó en 1925 a los Estados Unidos y a Canadá, encargado de preparar documentos y redactar discursos para Luis Duhau, entonces presidente de la Sociedad Rural Argentina.

⁵⁹ Magariños, *Diálogos con Raúl Prebisch*, 1991.

⁶⁰ Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Buenos Aires, Debate, 2014, p. 325.

Como mostró el artículo, las disposiciones intelectuales de Prebisch, su aptitud para la carrera científica, su liderazgo técnico y político en los escalones superiores de la máquina estatal y la confianza de que disfrutó entre la élite política de 1930 no se entienden acabadamente si no se arroja luz sobre su formación cultural de vanguardia en la próspera y cosmopolita provincia de Tucumán entre los siglos XIX y XX y el origen en la élite patricia del norte de la Argentina. □

Bibliografía

Aguirre, Carlos Iburguren, “Los antepasados: genealogía de sus respectivos linajes”, 1983. Disponible en <https://issuu.com/alfonsobeccarvarela/docs/tomo_viii>.

Arenas Luque, Fermín V., *Genealogía de los Uriburu*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1943.

Barbieri de Santamarina, Estela (comp.), *Inmigración en la Argentina*, Tucumán, Editorial de la UNT, 1979.

Bielschowsky, Ricardo, “Introdução”, en Ricardo Bielschowsky (comp.), *Cinquenta anos de pensamento na Cepal*, Río de Janeiro, Record, 2000, pp. 15-68.

—, *Pensamento econômico brasileiro: o ciclo ideológico do desenvolvimentismo*, Río de Janeiro, Contraponto, 1988.

Blanco, Alejandro, “As ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1964)”, *Tempo Social*, vol. 19, n° 1, 2007, pp. 89-114.

Blanco, Alejandro y Brasil Jr., Antonio, “A circulação internacional de Florestan Fernandes”, *Sociologia & Antropologia*, Río de Janeiro, vol. 8, n° 1, 2018, pp. 69-107.

Botana, Natalio, *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1977.

Bravo, Héctor, *Sarmiento, pedagogía social*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

Campi, Daniel y Bravo, María Celia, “Aproximación a la historia de Tucumán en el siglo XX: una propuesta de interpretación”, en Fabiola Orquera (comp.), *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un “campo cultural”: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, 2010, pp. 13-44.

Caravaca, Jimena, “La Argentina keynesiana. Estado, política y expertos económicos en la década de 1930”, en Mariano Plotkin y Eduardo Zimmerman (comps.), *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y élites estatales en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, pp. 36-67.

—, *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del Estado en la economía argentina: 1870-1935*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Caravaca, Jimena y Espeche, Ximena, “América Latina como problema y como solución: Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch antes del Manifiesto Latinoamericano (1944-1946)”, *Desarrollo Económico*, vol. 55, n° 217, 2016, pp. 211-235.

Cevíño, Rodolfo, *Del Colegio San Miguel al Colegio Nacional: dos etapas de cultura en Tucumán*, Tucumán, Editorial de la UTN, 1964.

Devoto, Fernando, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Dosman, Edgar, *Raúl Prebisch (1901-1986): A construção da América Latina e do terceiro mundo*, Río de Janeiro, Contraponto, 2011.

Fernández López, Manuel, “Raúl Prebisch y la Universidad de Buenos Aires”, en Fundación Raúl Prebisch (comp.), *El pensamiento de Raúl Prebisch*, Buenos Aires, Tesis, 1988, pp. 20-32.

Garmendia, Elena, *Tucumán en los dos centenarios 1910-1916*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés y Fundación Miguel Lillo, 1999.

Groussac, Paul, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

- Guy, Donna J., “La política azucarera tucumana y la generación del ochenta”, *Desarrollo Económico*, vol. 16, n° 64, enero-marzo de 1977, pp. 467-504.
- Hodara, Joseph, *Prebisch y la Cepal: substancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987.
- Hora, Roy, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- Justiniano, MaríaFernanda, *Entramados del poder: Salta y la nación en el siglo XIX*, Bernal, Editorial de la UNQ, 2010.
- Kay, Cristóbal, “Teorías latinoamericanas del desarrollo”, *Nueva Sociedad*, n° 113, 1991, pp. 101-113.
- Lizondo Borda, Manuel, *Breve historia de Tucumán: del siglo XVI al siglo XX*, Tucumán, Editorial de la UNT, 1965.
- Magariños, Mateo, *Diálogos con Raúl Prebisch*, México, FCE, 1991.
- Mallorquín, Carlos, “La vuelta alrededor del mundo de Raúl Prebisch antes de 1949”, 2012. Disponible en <http://www.centrocelsofurtado.org.br/interna.php?ID_M=847>.
- Otero, Hernán, *Historia de los franceses en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2012.
- Páez de la Torre, Carlos, *Historia de Tucumán*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- Pineau, Pablo, “El concepto de ‘educación popular’: un rastreo histórico”, *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 13, 1998, pp. 257-278.
- Pollock, David, “Raúl Prebisch: la esencia del líder”, en Edgard Dosman (comp.), *Raúl Prebisch: el poder, los principios, y la ética del desarrollo*, Buenos Aires, BID-INTAL, 2006, pp. 11-22.
- Prebisch, Teresa y Prebisch, Lucía, “Introducción”, en Amalia Prebisch, *La ramera tucumana y otros poemas*, Buenos Aires, Carcos, 1981, pp. 8-15.
- Rapoport, Mario, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Buenos Aires, Debate, 2014.
- Rodríguez, Octavio, *Teoria do subdesenvolvimento da Cepal*, Río de Janeiro, Forense Universitária, 1981.
- Smaldone, Mariana, “Una tesis innovadora en la Argentina de los sesenta: fenomenología de la maternidad. Diálogo con Lucía Piossek Prebisch”, *Mora*, vol. 19, n° 1, 2013.
- Terán, Juan, *La universidad y la vida*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editorial Coni, 1921.
- Terán, Justino, “Los Prebisch. 115 años. Su historia y descendencia”, 1977. Disponible en <<http://www.genealogia-familiar.net/GF-datos/Archivos/Los%20Prebisch.pdf>>.
- Vignoli, Marcela, *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914*, Rosario, Prohistoria, 2015.
- Weinberg, Gregorio, “Raúl Prebisch: una aventura intelectual”, en Fundación Raúl Prebisch (comp.), *Prebisch y los problemas actuales de América Latina*, Buenos Aires, Fundación Raúl Prebisch, 1996, pp. 53-72.
- Zuccardi, Soledad, *En busca de un campo cultural propio: literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

Resumen / Abstract

Raúl Prebisch y la vida cultural tucumana

Este artículo reconstruye el *milieu* familiar y social del economista Raúl Prebisch e investiga la formación cultural de excelencia que recibió en la próspera y cosmopolita provincia de Tucumán, donde nació y vivió hasta los 17 años. Los datos recogidos permiten concluir que el éxito de la carrera de Prebisch entre los años 1920 y 1940 en Buenos Aires no se explica satisfactoriamente si no se tiene en cuenta la activación de su origen patricio y el amplio horizonte intelectual que adquirió en las instituciones culturales de Tucumán. Al analizar la trayectoria de Prebisch desde otro punto de partida y otra mirada, el texto contribuye a la discusión aún abierta sobre las diferentes y controvertidas fases de la vida del economista.

Palabras clave: Raúl Prebisch - Intelectuales argentinos - Desarrollo y cultura en Tucumán

Raúl Prebisch and the cultural life of Tucumán

This article investigates the family and social environment of the economist Raúl Prebisch, as well as the avant-garde cultural education he received in the prosperous and cosmopolitan province of Tucumán, where he was born, and where he lived until he was seventeen. The data collected support the conclusion that the success of Prebisch's career between the 1920s and 1940s is not satisfactorily explained without taking into account his patrician origin and the broad intellectual horizon he acquired within the framework of the cultural institutions of Tucumán. By analyzing Prebisch's trajectory from a different starting point and another perspective, the text contributes to the still open discussion about different and controversial phases of the economist's life.

Keywords: Raúl Prebisch - Argentine intellectuals - Development and culture in Tucumán

Fecha de recepción del original: 4/9/19

Fecha de aceptación del original: 6/12/19

Retrato del filósofo como joven anarquista

Luis Juan Guerrero y la Editorial Argonauta

Ricardo Ibarlucía

Instituto de Filosofía “Ezequiel de Olaso” (Centro de Investigaciones Filosóficas-CONICET) / UNSAM

Cuenta Diego Abad de Santillán en sus *Memorias* que, hacia 1920, “un grupo anarquista amigo”, del que participaba el filósofo argentino Luis Juan Guerrero, creó una editorial llamada Argonauta, que dio a conocer en castellano obras de Rudolf Rocker, Luigi Fabbri y Piotr Kropotkin.¹ Pese a haber publicado su primer libro y varias traducciones en esta editorial,² Santillán no vuelve a referirse a ella en su autobiografía, ni menciona a Guerrero en ninguna otra de sus obras, con excepción del tercer tomo de su *Gran Enciclopedia de la Argentina* (1957), donde consagra una entrada completa a su viejo camarada, fallecido recientemente. Destacando que en su juventud Guerrero “integró diversas iniciativas culturales y editoriales en los ambientes obreros” como miembro de la Liga de Educación Racionalista y uno de los fundadores de la Editorial Argonauta, Santillán evoca sus estudios en los Estados Unidos y en Alemania, su doctorado en la Universidad de Zúrich con una tesis titulada *La formación de una teoría general de los valores en la filosofía contemporánea* (1925), su actividad docente en las universidades de Buenos Aires, La Plata y el Litoral, las numerosas reediciones de su *Psicología* (1939), su desempeño como Secretario de Actas en el Congreso Nacional de Filosofía de 1949 y su inconclusa *Estética operatoria en sus tres direcciones* (1956).³

La participación de Guerrero en el movimiento anarquista de la Argentina, objeto de esta investigación, se encuentra centralmente documentada en un conjunto de 27 cartas dirigidas a Santillán y fechadas en Buenos Aires, Marburgo, Zúrich y otras ciudades europeas entre julio de 1922 y diciembre de 1925, cuyos manuscritos se conservan en el Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG) de Amsterdam.⁴ La importancia histórica de estas cartas es doble:

¹ Diego Abad de Santillán, *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 72-73 y 76.

² Diego Abad de Santillán (ed.), *Historia del movimiento anarquista en Argentina. Desde sus comienzos hasta 1910*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1930.

³ Diego Abad de Santillán (ed.), *Gran Enciclopedia Argentina*, 8 vols. y un Apéndice, Buenos Aires, Ediar, 1957-1964, vol. 3, p. 664. Para la trayectoria intelectual de Guerrero, véase Ricardo Ibarlucía, “Luis Juan Guerrero, el filósofo ignorado”, en Luis Juan Guerrero, *Estética operatoria en sus tres direcciones. I. Revelación y acogimiento de la obra de arte. Estética de las manifestaciones artísticas*, ed. de R. Ibarlucía, Buenos Aires, UNSAM Edita, Las Cuarenta, Biblioteca Nacional, 2008, pp. 9-93.

⁴ “Luis Juan Guerrero, 1922-1925 y s.f.” (en adelante: GS), en Diego Abad de Santillán Papers (en adelante: DASP), N°137, Amsterdam, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG). Copias en Buenos Aires, Centro de Investigaciones Filosóficas y Centro de Investigación y Documentación de la Cultura de Izquierdas en Argentina.

a la vez que constituyen una fuente de valor inestimable para el estudio de los años de formación de Guerrero, permiten reconstruir la actividad de esta pequeña pero influyente editorial libertaria de la que fue uno de los principales artífices.⁵ Partiendo de esta correspondencia, en las siguientes páginas nos ocuparemos de describir la intensa labor –hasta hoy prácticamente desconocida– que, cuando era apenas un joven estudiante de filosofía, Guerrero desplegó como editor, traductor y prologuista de diversas obras publicadas por Argonauta, mostrando la relación entre esta editorial y la Liga de Educación Racionalista, su inserción dentro de la Federación Obrera Regional Argentina Comunista (FORAC) y sus vínculos con agrupaciones revolucionarias de Italia, Alemania, Rusia y los Estados Unidos.

Los Argonautas

En el momento en que inicia su correspondencia con Santillán, Guerrero tiene 23 años y vive con sus padres en una casa de la calle Juramento 4836, en el barrio de Villa Urquiza.⁶ Atrás ha quedado su vocación por la Ingeniería, que lo llevó con una beca a las universidades de Pensilvania y Michigan. Desde su retorno a la Argentina en 1918, estudia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, es “socio activo” del Centro de Estudiantes,⁷ participa del movimiento de la Reforma y se desempeña como “Secretario” en el Colegio Nacional de La Plata, del que es egresado y donde ha logrado impulsar, durante el rectorado de Saúl Taborda, algunas ideas pedagógicas, como la Compañía Teatral Estudiantil y el Taller de Educación Estética.⁸ En 1920, junto con otros integrantes de la Liga, ha fundado la Editorial Argonauta, cuya declaración de principios se reproduce en la contratapa o en las páginas finales de sus publicaciones, unas veces precedida de un gran signo de interrogación y otras bajo el logotipo de una fragata de cuatro velas surcando un mar tormentoso:

⁵ La identidad de Guerrero ha pasado con frecuencia inadvertida para quienes han consultado esta correspondencia. Así, por ejemplo, María Fernanda de la Rosa se refiere a “José Luis Guerrero” como un “activo colaborador de *La Protesta*”, periódico en el que nunca escribió (“Diego Abad de Santillán y su actuación en el anarquismo argentino”, *Temas de historia argentina y americana*, n° 1, julio-diciembre de 2002, p. 204, n. 53), mientras que María Miguélañez Martínez transcribe su nombre como “Luis Juano (sic) Guerrero”, sin precisar de quién se trata (“Anarquistas en red. Una historia social y cultural del movimiento anarquista continental, 1920-1930”, en *Actas del IX Encuentro da ANHPLAC*, Goiânia, 26-29 de julio de 2010, p. 11, n. 29 y 31). Por su parte, Lucas Domínguez Rubio, en su insoslayable trabajo *El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo* (estudio preliminar por Laura Fernández Cordero, filmogr. por Lucio Mafud, Buenos Aires, Libros de Anarres-cedmci, col. Utopía Libertaria, 2018, p. 136), registra correctamente los datos biográficos del filósofo argentino, pero le atribuye la autoría de un artículo firmado por José Guerrero, estudiante reformista del Colegio Nacional de La Plata: “La reacción está a las puertas de la universidad”, en Julio R. Barcos y Nemesio Canales (eds.), *Cuasimodo. Magazine interamericano de información mundial, afirmación de ideas renovadoras y aquilatación de los valores intelectuales predominantes en España y América*, segunda época, n° 19, Buenos Aires, 1ª decena de junio de 1921, p. 10.

⁶ Véase Luis Juan Guerrero, “Matrikel”, Archiv der Philipps-Universität Marburg, Uniarchiv (en adelante: Uniarchiv Marburg): 305m 1 n° 81, 1923-1924.

⁷ Véase “El Centro de Estudiantes de Filosofía”, *Verbum. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, año 12, n° 46, octubre de 1918, p. 100.

⁸ En la única foja que se conserva del Legajo de Guerrero en el Colegio Nacional “Rafael Hernández” (1922), se indica en letra manuscrita que fue designado “Secretario Interino” a partir de septiembre de 1921. Para algunas de sus iniciativas, véase Guillermo Korn, “El teatro del Grupo Renovación”, en AA.VV., *Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1963, p. 280, y Luis Falcini, *Itinerario de una vocación: periplo por tierras y hombres*, Buenos Aires, Losada, 1975, pp. 135-136. Otras son aludidas en Saúl Taborda, “Casa del Estudiante en La Plata. Proyecto y exposición de motivos”, *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, año 7, n° 1, enero de 1921, pp. 121-129.

MOSTRAR el ideal comunista y libertario que se agita en el seno del movimiento mundial,
PUBLICAR los mejores pensamientos y las realizaciones más importantes llegadas de todos los países, en todos los idiomas, sobre todas las cuestiones –siempre que contengan algo de ese ideal de igualdad y libertad,
IMPRIMIR verdades solamente: que todas nuestras publicaciones sean auténticas, claras, exactas. No amoldar las ideas ajenas a los caprichos de individuos, ni a los intereses del momento,
PUBLICAR ideas únicamente; no frases banales, ni disputas inútiles;
PUBLICAR ideas una vez más; no comerciar con ellas, ni tratar de imponerlas;
UNA EMPRESA de desinterés, de honestidad, de libre acuerdo.
UNA PUBLICACIÓN rara posiblemente... y quizás única.
UNA PUBLICACIÓN de compañeros, en una palabra.
UNA PUBLICACIÓN que busca la ayuda igualmente desinteresada, igualmente honesta, igualmente libre, de aquellos que también se sienten compañeros en una causa y en un ideal.
Tales son los propósitos que animan a la
EDITORIAL ARGONAUTA⁹

En los comienzos, Argonauta funcionó en un local de la Liga de Educación Racionalista, ubicado en la calle Santiago del Estero 460, en el barrio de Montserrat. Alineada con la FORAC, hacía suya la declaración de 1905 sobre la necesidad de desarrollar “la propaganda e ilustración más amplia, en el sentido de inculcar en los obreros los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico”.¹⁰ En los primeros días de octubre de 1922, al igual que *La Protesta* y *La Antorcha*, la revista *Ideas* de La Plata, el quincenario *La Pampa Libre* de General Pico y la Agrupación de Ebanistas, que imprimía el periódico *Nueva Era*,¹¹ la editorial participó del Primer Congreso Anarquista de la Región Argentina, celebrado en el salón La Perla de Avellaneda, en el cual se ratificó “el apoyo de la colectividad anarquista” a todas sus publicaciones y la necesidad de promover la “educación racionalista”.¹²

En distintas cartas, Guerrero explica la conformación de la “familia argonáutica”.¹³ Roque Matera es retratado como un Max Nettlau “infinitesimal”, “el Gran Maestro de un formidable ‘Archivo Anarquista’ destinado a iluminar todos los países del otro lado del Atlántico”,¹⁴ mientras que M. L. Sobrado y José María Fernández –bajo cuyos nombres figuró, sucesivamente, la casilla de correo de Argonauta– aparecen como responsables de la distribución comercial.¹⁵

⁹ Enrique Malatesta, *Páginas de lucha cotidiana*, Buenos Aires, Argonauta, 1921, p. 160. Todas las ediciones de Argonauta consultadas pertenecen al Centro de Investigación y Documentación de la Cultura de Izquierdas (ceDInCI) y la Federación Libertaria Argentina.

¹⁰ Véase Julio Godio, *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Corregidor, 2000, vol. 1, p. 169.

¹¹ Sobre estas revistas, véase Domínguez Rubio, *El anarquismo argentino*, pp. 218, 234 y 250.

¹² Véase Federico Antonio Ritsche y Teodoro Antilli, *Archivo libertario: Primer Congreso Anarquista de la Región Argentina; Resumen crítico del Congreso Anarquista Regional*, s/d., c. 1922.

¹³ GS [Buenos Aires, octubre de 1922], p. 10.

¹⁴ GS, Davos Dorf, 26 de marzo de 1926, p. 4. Véase la correspondencia de Matera con Santillán en DASP-IIGS, n° 179: “Matera (?) [Roque], 1922-1923”.

¹⁵ GS, Buenos Aires, 14 de febrero de 1923, p. 3 [Buenos Aires, ¿octubre? de 1922], p. 3 y Marburgo, 20 de diciembre de 1923, p. 1. Véase la correspondencia de Santillán con Fernández en DASP-IIGS, N° 101: “Fernández, José M., 1922-1924”. También se conservan cartas de Fernández y Sobrado en Max Nettlau Papers, Amsterdam, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis [en adelante: MNP] N° 161: “Argonauta, La Editorial (Sobrado, M.L.), 1921” y N° 414: “Fernández, José M., Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1924”.

Guerrero también menciona, aunque solo por su apellido, a otros tres compañeros: Novick, Massone y Pampín.¹⁶ Entre los allegados, se destaca Salomón Resnick, colaborador del periódico idish *Di Presse* y la revista *Vida nuestra*. La editorial cuenta con el apoyo de la asociación “*Los Amigos de Argonauta*”, integrada por “buenos compañeros, activos ya en otras agrupaciones, comités y sindicatos”, pero dispuestos a trabajar también “para aportar fondos”.¹⁷ Guerrero, por su parte, se presenta como el “compañero entusiasta”,¹⁸ a cargo de todo el proceso de edición, desde la selección de los títulos y el trato con los autores –a quienes les escribe en inglés– hasta la redacción de prólogos y notas, la supervisión de traducciones, la revisión de galeras y la relación con los Talleres Gráficos La Internacional.

A principios de 1923, pasando en limpio una conversación con Matera, Guerrero define la posición de Argonauta en el marco de “tres líneas de fuerzas que actúan en sentido divergente” dentro del movimiento anarquista de la Argentina: “*La Protesta*, la FORA y el grupo llamado pachequista (*La Antorcha e Ideas*)”.¹⁹ Estas tres corrientes, aunque continúan siendo focos de inspiración para la comunidad libertaria, pecan por igual de “exclusivismo” desde el momento en que pretenden que ella “se estire en una sola dirección, a expensas de las otras dos”, lo que constituye un grave error, porque “el movimiento regional no consiste ni siquiera en *la suma* de esas tres fuerzas, sino *en el terreno comprendido entre esas tres vórtices*, en las instituciones, hombres e ideas colocados entre esas tres posiciones irreductibles y extremas”.²⁰ Frente a “estas tres cristalizaciones, estos tres conatos de capilla”, que han producido “tipos de mentalidad estrechos y absorbentes” y que, cuando han podido, han *monopolizado y desvirtuado* las actividades más prometedoras”, Guerrero defiende “*la organización parcial y autónoma de cada una de las distintas funciones del anarquismo*”²¹ y, como ha dicho en una carta previa, considera que todas las rencillas internas derivan, en última instancia, de un problema aun mayor:

El estancamiento: he ahí el enemigo. No sin razón nos llaman “petrificados” aquellos que han producido el milagro de la *reviviscencia* (?): los bolcheviques, que oponen al socialismo del Marx N°2 (1880) [,] el Marx N° 1 (1848), y los ‘neo’-anarquistas, que a la cristalización kropotkiniana, semi-dogmática y cientificista, oponen la cuasi-doctrina, flácida y amorfa, de aquellos tiempos en que el anarquismo aún estaba en pañales, en medio del movimiento social, sin haber definido todavía ninguna de sus posiciones. Total: una *evolución detenida* de parte de nosotros y una *involución progresiva* de parte de aquellas otras tendencias.²²

Racionalistas y anarco-bolcheviques

Las cartas de Guerrero dan cuenta de la situación “un tanto afligente, financiera e intelectualmente hablando”,²³ por la que atraviesa Diego Abad de Santillán desde su llegada a Berlín en

¹⁶ GS, Buenos Aires, 19-29 de septiembre de 1922, p. 8 y Buenos Aires, 22 de enero de 1923, p. 12. Aunque Santillán menciona a Juan Raggio, colaborador de *Nuevos caminos. Revista quincenal de ideas, crítica y sociología* (1920), como uno de los fundadores de Argonauta, Guerrero no hace referencia a él en estas cartas.

¹⁷ GS, Buenos Aires, 19-27 de septiembre de 1922, p. 8.

¹⁸ GS, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1922, p. 8.

¹⁹ GS, Buenos Aires, 28 de febrero de 1923, p. 1.

²⁰ *Ibid.*, p. 2.

²¹ *Ibid.*, p. 3.

²² GS, Buenos Aires, diciembre 30, 1922, pp. 19-20.

²³ GS, Buenos Aires, 19-27 de septiembre de 1922, p. 15.

los primeros meses de 1922. Mientras la República de Weimar naufraga en la hiperinflación, solo cuenta para vivir con lo que cobra como corresponsal de *La Protesta* y un pequeño salario de la editorial Der Syndikalist.²⁴ Encargándole desde traducciones hasta la compra de libros, máquinas de escribir o microscopios para los miembros de la Liga, Guerrero le gira regularmente dinero y le ha conseguido “credenciales” tanto de Argonauta como de la Editorial Minerva, sello alternativo creado para difundir, como veremos, obras que rebasen el marco doctrinario del comunismo anárquico.²⁵ Guerrero alienta a Santillán a capitalizar un viaje que él mismo desea realizar para compenetrarse con el pensamiento de la Escuela de Marburgo y las nuevas corrientes de la filosofía alemana. Estima poder embarcarse un día “no muy lejano” y se ilusiona con la perspectiva de trabajar en Alemania como traductor o “profesor de castellano”, motivo por el cual le pide a su amigo que le envíe información sobre el costo de vida para un empleado o para un estudiante.²⁶

Así, mientras estudia la lengua y rinde “unas materias” para obtener “el título de Profesor en Filosofía o cosa por el estilo” que le facilite el acceso a las universidades alemanas, Guerrero se ocupa también de diversas actividades del movimiento anarquista, algunas de ellas clandestinas, que lo llevan a viajar a Montevideo y mantener varios domicilios postales, entre otros el de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en la Avenida Paseo Colón 161.²⁷ En junio de 1922, una de sus tareas en la Liga es el dictado de un “curso de *Filosofía Griega*, bastante concurrido y muy animado”, de unas “25 clases, entre las 9 y las 11 y ½ de la noche”, en el que lee y explica “algunos diálogos de Platón”.²⁸ En septiembre, ha empezado a impartir otro curso similar sobre “la época alejandrina, el cristianismo, la edad media y el renacimiento”.²⁹ Probablemente, ambos cursos formaran parte del amplio llamado a crear universidades populares y ateneos que la Liga hizo ese año, en cuyo marco Guerrero figuraba como uno de los docentes a cargo de clases orientadas “a la instrucción general y también a la divulgación”.³⁰

Por las cartas de Guerrero constatamos que la Liga ya no cuenta entre sus filas con Julio R. Barcos y otros animadores de la década pasada y “solo existe en la imaginación de los componentes de la Editorial Argonauta: todos ellos somos ex secretarios de la institución, uno es aún Secretario y otro es Tesorero; en cuanto a los restantes miembros de la Comisión son un tanto ficticios”.³¹ A mediados de 1921, había estallado un conflicto entre anarco-comunistas y anarco-bolcheviques, con motivo de la visita de Watson Davies, miembro del Partido Comunista Británico y delegado del Segundo Congreso de la III Internacional. Por considerarlo “un compañero bien conocido e insospechado de parcialismo”, el Consejo Federal de la FORAC,

²⁴ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 5 y Buenos Aires, 10 de julio de 1922, p. 2.

²⁵ GS, Buenos Aires, 19-27 de septiembre de 1922, p. 15. Véase DASP-IISG, N°331: “Tarjetas de identidad de su trabajo como agente-corresponsal de la Editorial Minerva y Argonauta. 1923 y s/f. 2 ejemplares”.

²⁶ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 5.

²⁷ GS, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1922, p. 12.

²⁸ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 14.

²⁹ GS, Buenos Aires, 13-27 de septiembre de 1922, pp. 17-18.

³⁰ Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990, pp. 233-234.

³¹ GS, Buenos Aires, 14 de febrero de 1923, p. 2. Sobre Barcos y la Liga de Educación Racionalista, véase Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres*, pp. 70-83, Juan Suriano, *Anarquistas: cultura pública libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 245-249 y Nicolás Arata, “Julio R. Barcos: derivas de un pedagogo intempestivo”, en Julio R. Barcos, *Cómo educa el Estado a tu hijo y otros escritos*, Gonnet, UNIPE: Editorial Universitaria, 2013, pp. 21-25.

que habría de resolver la “descalificación” de Barcos, Nemesio Canales y otros militantes acusados de oficiar como “agentes políticos” de Moscú, pidió a Guerrero un informe sobre las actividades de Watson en Buenos Aires.³² En su declaración, Guerrero confirmó que Barcos había sido su “guía” y que lo había puesto en contacto con la FORA sindicalista y la propia FORAC, por intermedio de Antonio A. Gonçalves, Sebastián Ferrer y Enrique García Thomas, para impulsar la unificación de las organizaciones obreras de acuerdo con las “tácticas aconsejadas” por la Internacional Sindical Roja.³³

La correspondencia de Guerrero arroja luz, al mismo tiempo, sobre las relaciones de Kurt Wilckens con el grupo Argonauta, apuntadas por Osvaldo Bayer.³⁴ En los días previos al atentado del 27 de enero de 1923 contra el teniente coronel Héctor Benigno Varela, responsable de la matanza de obreros en la Patagonia, Matera le escribe a Santillán, advirtiéndole que su compañero de pensión ha “desaparecido de los ambientes que solía frecuentar”.³⁵ Dos semanas después, buscando llevar tranquilidad a Santillán, Guerrero comenta que el atentado de Wilckens, detenido en la cárcel de Caseros, “es el que mejor ha caído entre la opinión pública” y ha encontrado “por todas partes, cuando no una justificación consciente, al menos una explicación o un tributo de simpatía o un deseo muy grande por conocer los hechos que le motivaron”.³⁶ La policía no se ha atrevido a molestar a los miembros de Argonauta y el arresto del concripto Horacio Badaraco solo ha sido “un *bluff*” con el que el gobierno de Yrigoyen ha intentado “dar satisfacción a los elementos conservadores, *hasta tanto se olvidaran del asunto*”.³⁷

Luego de su llegada a Alemania, en abril de 1923, Guerrero intervino en otras actividades del movimiento anarquista. A fines de noviembre, cuando acababa de matricularse en la Universidad de Marburgo, fue invitado a participar, como delegado de la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU), de la Conferencia de Innsbruck de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), en compañía de Santillán, delegado a su vez de la FORAC.³⁸ Según el “Protocolo”, Guerrero se desempeñó como “presidente suplente” del buró.³⁹ El encuentro sirvió, entre otras cosas, para acordar con Pierre Ramus la traducción de *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*, cuya primera parte Argonauta publicaría en 1928.⁴⁰ Una postal de la ciudad de Innsbruck dirigida a Sonja Grossman, pareja de Ramus, registra la firma de Guerrero, junto a las del propio Ramus, Rudolf Rocker, Albert Jensen, Armando Borghi, Santillán y otros congresales.⁴¹ Días después, Guerrero viajó a Viena para entrevistarse con Max Nettlau, a quien había contactado por correo desde Buenos Aires y

³² “Informe sobre el ‘affaire’ internacional”, *La Organización Obrera. Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina Comunista*, suplemento extraordinario n° 2, 1 de mayo de 1922, pp. 60-67. Sobre algunos aspectos de este episodio, véase Andreas L. Doeswijk, “Argentinos en el Hotel Lux”, *Revista de Historia*, n° 18, 2017, pp. 4-31. El autor, sin embargo, toma a Guerrero por un “sindicalista uruguayo”.

³³ Luis Juan Guerrero, “Buenos Aires, agosto 18 de 1921. Compañero secretario de la FORA Comunista”, pp. 64-66.

³⁴ Osvaldo Bayer, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Buenos Aires, Galerna, 1970, pp. 345-346.

³⁵ Abad de Santillán, *Memorias*, pp. 57-58 y 88.

³⁶ GS, Buenos Aires, 14 de febrero de 1923, pp. 7-8.

³⁷ *Ibid.*, p. 8.

³⁸ GS, Marburgo, 22 de noviembre de 1923, pp. 1-4 y 25 de noviembre de 1923, pp. 1-2.

³⁹ Pierre Ramus Papers, Amsterdam, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG), N° 338: “Protokoll der Konferenz den Büros der Internationalen Arbeiter-Assoziation zu Innsbruck von 2. Bis 4. Dezember 1923”, p. 1.

⁴⁰ Pierre Ramus, *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*. Primera parte: *Fundamentos sociales del comunismo anárquico*, trad. e intr. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1928.

⁴¹ Pierre Ramus Papers-IISG, N°453: “Innsbruck, 1. XII.23. An Frau Sonja Grossman”.

luego desde Berlín,⁴² con el propósito de discutir varias cuestiones de interés para los miembros de Argonauta: el destino de su biblioteca personal, que anhelaban comprar pese a las inmensas dificultades de su traslado a la Argentina, la preparación de unos “*Anales históricos del anarquismo*” y la posibilidad de publicar su libro sobre la influencia de Bakunin en España.⁴³

La Revolución proletaria en Italia

En los inicios de Argonauta, la problemática propia del llamado *biennio rosso* ocupó un lugar destacado en el catálogo. La primera publicación, en 1920, fue *El Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana (1º al 4 de julio de 1920)*.⁴⁴ Este folleto de 48 páginas, ilustrado con viñetas de Hugo Ortoma, dio a conocer las deliberaciones del congreso fundacional de la Unione Anarchica Italiana (UAI), organización de síntesis de las diversas corrientes libertarias (comunistas, socialistas, sindicalistas, educacionistas, insurreccionalistas, individualistas). Junto al “Programa del Congreso”, incluía los informes “Anarquismo y acción sindical”, “Los Soviets y su constitución” y “Por una agitación pro-víctimas políticas”, así como extractos del “Programa anarquista” de Errico Malatesta, el “Pacto de Alianza” y resúmenes de las discusiones sobre el rol del periódico *Umanità Nova*, el Frente Único Revolucionario, los Consejos de Fábrica, la Tercera Internacional y la Revolución Rusa.⁴⁵

En 1921, Argonauta publicó *Hacia una sociedad de productores*, un libro de 80 páginas, que exhibía en la tapa el grabado en blanco y negro de un obrero herido sobre un fondo de fábricas humeantes. La nota editorial declaraba la intención de dilucidar, a través del debate del “proletariado militante” italiano, “*el problema de la creación de organismos aptos para la obra de administrar los destinos de una nueva sociedad*”.⁴⁶ Como introducción, se traducían un artículo de Zino Zini aparecido en *L’Ordine Nuovo*, al igual que otros de los textos recopilados.⁴⁷ La primera parte del volumen, “Los planes de la nueva organización social: Lucha de ideas sobre la constitución de los Soviets”, comprendía un extracto del programa maximalista del Partido Socialista Italiano (PSI) y la propuesta de Nicola Bombacci para la constitución de los soviets, junto con las críticas marxistas de Palmiro Togliatti, las del sindicalista revolucionario Enrico Leone y las del

⁴² MNP-IISG, N° 553, “Luis Juan Guerrero, Buenos Aires, Enero 2 de 1923” y “Max Nettlau, Lazarethgasse, 32, III/22, Vienna (Austria), 10.II.1923”.

⁴³ GS, Marburgo, 18 de diciembre de 1923, pp. 4-9. En 1925, con el título *Miguel Bakunin. La Internacional y la Alianza en España (1868-1873)* y un prefacio de Enrique Nido, el libro constituyó el primer volumen de la Biblioteca de La Protesta.

⁴⁴ AA.VV., *El Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana (1º al 4 de julio de 1920)*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1920.

⁴⁵ Para las ediciones italianas de algunos de estos textos, véase Errico Malatesta, *Programma anarchico accettato dal Congresso dell’Unione Anarchica Italiana in Bologna, 1-4 luglio 1920*, Bolonia, Unione Anarchica Italiana, 1920, y Luigi Fabbri (comp.), *Il fronte unico rivoluzionario: relazione sui rapporti del movimento anarchico con le altre forze sovversive e rivoluzionare: IP Congresso Nazionale, Bologna 1-2-3-4 Luglio 1920*, Bolonia, Unione Anarchica Italiana, 1920.

⁴⁶ AA.VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la Revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1921, p. 2.

⁴⁷ Zino Zini, “El gestor de la nueva organización social: ¿Productor o ciudadano?” (“Da cittadino a produttore”, *L’Ordine Nuovo*, Turín, 21 de enero de 1920), pp. 3-13.

anarquista Argon.⁴⁸ La segunda parte, “Los cimientos de la nueva organización social: Lucha de ideas sobre la creación de los Consejos de Fábrica”, contraponía la “concepción comunista marxista”, de Angelo Tasca, y la “concepción comunista anárquica”, de Maurizio Garino.⁴⁹

El mismo año, Argonauta editó también *Páginas de lucha cotidiana*, un libro de 156 páginas, que recopilaba y traducía por primera vez a otra lengua los artículos de Errico Malatesta en *Umanità Nova*. El volumen comprendía también otros dos textos de reconocidos libertarios: “Cincuenta años de agitaciones revolucionarias”, de Luigi Fabbri, y “Una jornada en la vida de Malatesta”, de Rudolf Rocker. El prólogo de los editores destacaba la relevancia que tenía, para Malatesta tanto como para el movimiento anarquista de la Argentina, que la publicación hubiese sido inspirada “por la voluntad del ideal, y no el interés material tan ávido en estos tiempos por comercializar todo –hasta la obra misma de los revolucionarios...”.⁵⁰ En 1926, la editorial daría a conocer un segundo título de Malatesta: *En el café. Conversaciones sobre el anarquismo*, “traducción directa de la última edición italiana revisada y completada por el autor y que fue publicada en Bolonia en 1922” con un prefacio de Fabbri.⁵¹

En agosto de 1921, la Liga de Educación Racionalista y Argonauta suscribieron el “Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre estrangulamiento de la Propaganda anarquista en Rusia”, junto con *La Protesta*, *Tribuna Obrera*, *La Antorcha*, *Ideas*, la Unión Comunista Anárquica Argentina (UCCA) y la FORAC.⁵² La declaración coincidió con el lanzamiento de *La crisis del anarquismo*, un folleto de 32 páginas que reunía seis artículos de Fabbri escritos entre 1917 y 1920, dos de ellos bajo el seudónimo de Catilina: “Períodos de crisis”, “Comunismo y anarquía”, “La actitud de la III Internacional hacia los anarquistas”, “El Estado y la Revolución”, “Revolución y Dictadura” y “La función anárquica en la Revolución”.⁵³ En la nota preliminar, tras subrayar la importancia de las épocas de crisis para la revitalización de las luchas sociales, los editores sostenían que la experiencia rusa inauguraba para el anarquismo una de estas épocas, imponiéndole una profunda revisión de “sus doctrinas y sus tácticas”.⁵⁴

A comienzos de 1923, Argonauta dio a la imprenta otro título de Fabbri: *Dictadura y revolución*, un volumen de 436 páginas, traducido del italiano por Santillán. Guerrero, a cargo de

⁴⁸ Zino Zini, “El gestor de la nueva organización social, pp. 14, 15-25, 26-35, 36-37 y 38-53: “Punto de partida de los planes soviéticos” (extr. de AA.VV., *Resoconto stenografico del XVI Congresso Nazionale del Partito Socialista Italiano* (Bologna, 5-6-7-8 ottobre 1919), Roma, Edizione della Direzione del Partito Socialista Italiano, 1920); Nicolás Bombacci, “Proyecto Bombacci para la constitución de los Soviets” (“La costituzione dei Soviet in Italia, *Avanti!*, Milán, 28 de enero de 1920); Palmiro Togliatti, “El comunismo marxista y los planes soviéticos” (“La costituzione dei Soviet in Italia. Dal progetto Bombacci all’elezione dei Consigli di fabbrica”, *L’Ordine Nuovo*, Turín, 14 de febrero y 13 de marzo de 1920); Enrique Leone, “El sindicalismo y los planes soviéticos” (“Una dichiarazione di principi: sui problemi della Rivoluzione e dello Stato”, en AA.VV., *Resoconto stenografico del XVI Congresso Nazionale del Partito Socialista Italiano, op. cit.*); Argon, “El comunismo anárquico y los planes soviéticos” (“I Sovietici e loro costituzione”, *Umanità Nova*, Milán, 3 de julio de 1920).

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 54-66 y 67-75: [Angelo Tasca], “La concepción comunista marxista de los Consejos de fábrica” (“I valori politici e sindacali dei Consigli di Fabbrica”, *L’Ordine Nuovo*, Turín, 27 de diciembre de 1919) y [Maurizio] Garino, “La concepción comunista anárquica de los Consejos de fábrica” (“Sindicalismo e consigli”, *L’Ordine Nuovo*, Turín, 8 de noviembre de 1919).

⁵⁰ Enrique Malatesta, *Páginas de lucha cotidiana*, p. 9.

⁵¹ Enrique Malatesta, *En el café. Conversaciones sobre el anarquismo* con una nota explicatoria e histórica de Luis Fabbri, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1926, p. 1.

⁵² Véase Roberto Pittaluga, “De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina 1917-1924)”, *Sociohistórica*, n°11-12, 2002, p. 89 y n. 50.

⁵³ Luis Fabbri, *La crisis del anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1921.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 3.

la edición, entabló correspondencia con el autor e incorporó los cambios por él propuestos, tradujo la nueva introducción y el “prólogo especial” de Malatesta, elaboró la bibliografía final y redactó la nota preliminar.⁵⁵ En ella se expuso sobre la situación de “los pueblos de la Europa Occidental, aprisionados en la violenta crisis de la post-guerra”, los sentimientos contradictorios frente a la Revolución Rusa y “el ciclón homicida fascista desencadenado en Italia”, señalando cuatro aspectos que, en su opinión, demostraban la imparcialidad de los análisis de Fabbri: 1) el “correcto empleo” de la palabra “socialismo” ante las nuevas denominaciones puestas en boga desde Moscú; 2) el legítimo uso del calificativo de “revolucionarios” para referirse a buena parte de los socialistas italianos que, desde la primera hora, estuvieron en contra de la Gran Guerra y a favor de la Revolución Rusa; 3) el enaltecimiento del “*valor eminentemente crítico*” del anarquismo en las “polémicas de doctrina” y su “función específica” en las luchas revolucionarias; 4) “el análogo reconocimiento [...] a la intensa obra de agitación revolucionaria que, en otro tiempo, desarrollaron en Rusia los bolshevikis”.⁵⁶

Cartas desde Rusia

En 1920, Argonauta publicó *¿Soviet o Dictadura? El dilema de la Revolución Rusa*, un folleto de 32 páginas. En la nota preliminar, los editores invitaban a reflexionar sobre “el verdadero origen y significado de los organismos proletarios de la actual Revolución Social”, alegando que la llamada “dictadura del proletariado” –que tanta acogida había encontrado “entre los partidarios de un Estado ordenador de las actividades humanas, de una centralización rigurosa y de régimen burocrático para la dirección de todas las funciones sociales”– pretendía “otorgar carácter universal y definitivo” a un régimen que solo podía tener “una duración accidental” y expresar “únicamente el momentáneo predominio de la *gestión política (o dictatorial)* de un partido sobre la *libre gestión económica (o soviética)* de toda comunidad”.⁵⁷

¿Soviet o Dictadura? reunía dos ensayos de Rudolf Rocker, probablemente traducidos del idish por Resnick. El primero, que daba título al folleto, oponía “el origen libertario de la idea de Soviet” de la Primera Internacional al “origen burgués de la idea de Dictadura”, surgida con la Revolución Francesa, como expresión del jacobinismo.⁵⁸ El segundo texto, “Los principios en lucha: marxismo, bolshevikismo y anarquismo”, argumentaba que la caída de la Comuna de París, al término de la Guerra Franco-prusiana, alteró fatalmente el rumbo de la historia revolucionaria. Implicó la desaparición de la Primera Internacional y el ocaso del “socialismo liberal y antiautoritario” de los países latinos, que fue reemplazado por el “férreo

⁵⁵ GS, Buenos Aires, 19 de septiembre 1922, p. 4, 14 de febrero de 1923, p. 3 y 30 de junio de 1922, p. 3.

⁵⁶ [Luis Juan Guerrero], “Advertencias preliminares”, en Luigi Fabbri, *Dictadura y revolución*, pról. de Enrique Malatesta, trad. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1923, pp. 5-8. A fines 1925, luego de defender su tesis doctoral en la Universidad de Zúrich, Guerrero visitó a Fabbri en Corticella, provincia de Bolonia (GS, Venecia, 10 de diciembre de 1925, p. 2).

⁵⁷ AA.VV., *¿Soviet o Dictadura? El gran dilema de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1920, p. 3.

⁵⁸ Rodolfo Rocker, “¿Soviet o Dictadura?”, en AA.VV., *¿Soviet o Dictadura?*, pp. 5 y 9-10. Con el título *Di parlamentarische tetigkayt in der arbayter bevegung- ratensistem oder diktatur?* [La actividad parlamentaria en el movimiento obrero: ¿sistema de consejos o dictadura?], el ensayo fue publicado el mismo año en Buenos Aires por el Yidishe Anarkhistishe Grupe.

dogmatismo” de la social-democracia alemana, con sus “teorías estatales y antilibertarias”, sus “fraseologías teológicas” y sus “sofismas fatalistas”.⁵⁹

Entre los escritos de Rocker, se intercalaba la traducción del inglés de tres cartas de Emma Goldman y Alexander Berkman, fechadas a principios de 1920, tras su llegada a Rusia deportados de los Estados Unidos.⁶⁰ El destinatario de la primera carta de Goldman, escrita apenas dos semanas después de arribar a San Petersburgo, era el escritor estadounidense Frank Harris, director del *Pearson's Magazine* de Nueva York. La versión castellana, realizada por el político y jurista Francisco Filós (hijo), cuyo nombre no se consigna en el folleto de Argonauta, había aparecido en la edición panameña de la revista *Cuasimodo*, con una nota preliminar del propio Harris.⁶¹ Goldman celebraba el “ardiente amor por las artes y las letras” que la Revolución había expandido en un pueblo hasta hacía poco hambriento y exhortaba a “trabajar enérgicamente” contra el bloqueo de las potencias imperialistas, “el crimen más negro de la humanidad”.⁶² La segunda carta, aproximadamente de la misma fecha, estaba dirigida a su sobrina Stella Comyns Ballantine, miembro de la revista *Mother Earth*. En ella refería las conversaciones que, junto con Berkman, había mantenido con Bertrand Russell y otros delegados del Partido Laborista Británico y los contactos que ambos habían establecido con Rocker, “muy activo en el movimiento obrero de Alemania”.⁶³

La carta de Berkman, de la cual se traducen solo algunos pasajes y se resumen otros, es ligeramente posterior y está dirigida a Mary Eleanor Fitzgerald, su compañera en los Estados Unidos.⁶⁴ Culpando al bloqueo occidental del sufrimiento del pueblo soviético, describe la “situación espantosa de desorganización, hambre y desórdenes” que reina en Polonia, habla de “pogroms horripilantes” y enumera los “artículos de primera necesidad” faltantes en Rusia, para concluir diciendo: “La vida parece ser un raro enigma; aquellos que piensan en poder resolverlo son verdaderamente gente muy feliz. Fui yo uno de ellos, muchos años atrás”.⁶⁵ Ni esta carta ni la anterior se encuentran repertoriadas en los archivos de Berkman y Goldman en el IISG y la Universidad de California. No es imposible que copias de ellas hayan llegado a Buenos Aires a través de Fitzgerald, con quien Guerrero mantenía relación epistolar.⁶⁶ El intercambio entre Argonauta y *Mother Earth* era ciertamente muy fluido: en marzo de 1924, mientras se reponía de una neumonía en un sanatorio de Davos Dorf, Guerrero recibió una carta de Goldman, hoy perdida, proponiéndole publicar en castellano *Mi desilusión en Rusia* (1923),

⁵⁹ Rodolfo Rocker, “Los principios en lucha: marxismo, bolschevikismo y anarquismo”, en AA.VV., *¿Soviet o Dictadura?*, p. 22. El ensayo coincide con las secciones III-VII del folleto *Marx y el anarquismo*, México, Grupo Cultural Ricardo Flores Magón, 1925.

⁶⁰ Emma Goldman y Alejandro Berkman, “Cartas desde Rusia”, en AA.VV., *¿Soviet o Dictadura?*, pp. 14-18.

⁶¹ Emma Goldman, Frank Harris, “Dos cartas de Emma Goldman y un comentario del director del *Pearson's Magazine*, E.U.”, trad. de Francisco Filós (hijo), en Julio R. Barcos y Nemesio Canales (eds.), *Cuasimodo. Magazine interamericano de información mundial, afirmación de ideas renovadoras y aquilatación de los valores intelectuales predominantes en España y América*, n° 11, Panamá, junio-julio de 1920, pp. 65-69. Véase Emma Goldman, *The Emma Goldman Papers*, ed. de Candace Falk, Stephen Charles Cole et al., Berkeley, University of California, 1995-2005 <<http://sunsite.berkeley.edu/Goldman>>: *Writings, Draft, Publications, and Speeches: Publications*: “Letters from Russia. In Spanish. Estimado señor Harris [192-?]” y “Letters from Russia. In Spanish. Estimada compañera Comyns [192-?]”.

⁶² *Ibid.*, pp. 15-16.

⁶³ Emma Goldman y Alejandro Berkman, “Cartas desde Rusia”, p. 16.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 17-18.

⁶⁶ Véase GS, Marburgo, 20 de diciembre de 1923, pp. 3-4.

con los doce capítulos finales y el epílogo suprimidos en la primera edición norteamericana, pero Argonauta “indudablemente” no estaba en condiciones de hacerlo.⁶⁷

Uno de los documentos principales ofrecidos en *¿Soviet o Dictadura?* fue el “Llamado a los pueblos occidentales contra la intervención capitalista y contra la dictadura política” de Piotr Kropotkin.⁶⁸ El mensaje, fechado en Dmitrov el 28 de abril de 1919, había sido dado a conocer en Gran Bretaña por Margaret Bondfield, integrante de la misión del Partido Laborista en Rusia.⁶⁹ Es probable que Guerrero, familiarizado con los escritos de Kropotkin desde sus años de estudiante en los Estados Unidos, donde su obra “servía hasta de texto”,⁷⁰ haya sido el autor de la traducción del inglés y de la breve presentación en la que se afirma que “el viejo maestro del comunismo anárquico” advierte en este texto sobre las “consecuencias nefastas” que resultan de la tentativa bolchevique de “amalgamar la organización social propia del comunismo libertario [...] con el órgano específico de la gestión política del comunismo autoritario, esto es el Estado”.⁷¹

A manera de cierre, *¿Soviet o Dictadura?* ofrecía un artículo titulado “Makno y la aplicación de los principios anarquistas en Ucrania”, escrito por un anónimo camarada ruso para “un periódico de ideas de París”.⁷² El texto, sin embargo, más que una explicación de las formas de organización promovidas por Nestor Makno, ensayaba una defensa de su figura pública ante las acusaciones de las que era objeto, ya por parte de los bolcheviques, que lo tachaban de contrarrevolucionario, ya por la prensa occidental, que lo retrataba acaudillando “bandas” que saqueaban aldeas y organizaban pogromos. Recién en 1926, Argonauta daría a conocer, en traducción de Santillán, la *Historia del movimiento machnovista (1918-1921)*, de Piotr Archinoff, con un prólogo de Volin que llamaba a comprender, a contracorriente de las tendencias de “partido”, la verdadera naturaleza de los movimientos “independientes”, que nacen del impulso de las masas y no piden más que “una asistencia ideológica, sincera y abnegada”.⁷³

Utopía y ética libertaria

De los escritos de Rudolf Rocker que los integrantes de la Liga esperaban publicar en Buenos Aires solo dos llegaron a ver la luz. *Bolshevismo y anarquismo* (1922), un folleto de unas 60 páginas, se transformó en el título de mayor impacto de Argonauta y fue reeditado en Barce-

⁶⁷ GS, Davos Dorf, 26 de marzo de 1924, p. 2. Véase Emma Goldman, *My Further Disillusionment in Russia*, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1924.

⁶⁸ Pedro Kropotkin, “Llamado a los pueblos occidentales contra la intervención capitalista y contra la dictadura política”, en AA.VV. *¿Soviet o Dictadura?*, pp. 19-23.

⁶⁹ Véase Peter Kropotkin, “Letter to the Workers of Western Europe” (*The Labour Leader*, 22 de julio de 1920), en *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets: A Collection of Writings by Peter Kropotkin*, ed. de Roger N. Baldwin, Nueva York, Vanguard Press, 1927, pp. 252-255.

⁷⁰ GS, Buenos Aires, 19-26 de septiembre de 1922, pp. 14-15.

⁷¹ Pedro Kropotkin, “Llamado a los pueblos occidentales”, p. 19.

⁷² “Makhno y la aplicación de los principios anarquistas en Ucrania”, en AA.VV., *¿Soviet o Dictadura?* pp. 29-32. Podría tratarse de la traducción de “Les anarchistes et la défense de la révolution russe: Makhno et ses partisans”, firmado por “Un russe”, en Marc Pierrot y Paul Reclus (eds.), *Les Temps nouveaux. Revue internationale des idées communistes [communistes libertaires]*, n° 9, París, 15 de marzo de 1920, pp. 6-8. Sin embargo, el párrafo final de la versión castellana difiere.

⁷³ Volin, “Prólogo”, en Pedro Archinoff, *Historia del movimiento machnovista (1928-1921)*, trad. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1926, p. 21.

lona, en ocasión de la Conferencia de Zaragoza, organizada ese mismo año por la Confederación Nacional del Trabajo española.⁷⁴ Tras recordar la participación de los anarquistas en la Revolución, su oposición al gobierno provisorio de Kerensky y la lucha de Makno y sus partisanos contra el Ejército Blanco, el editor del *Arbeiter Fraynd* denunciaba el autoritarismo y la derechización del régimen soviético. Acusaba a Lenin y a sus seguidores de conducir el socialismo hacia un “Capitalismo de Estado”, promover “el envenenamiento moral de la opinión pública”, perseguir a los revolucionarios que no comulgaban con la “Biblia bolchevique”, controlar la Tercera Internacional y manipular a las masas revolucionarias alemanas en 1919, mientras “se fusilaba a los rebeldes de Cronstadt” y la Checa se lanzaba a “la caza de los anarquistas y sindicalistas de toda Rusia”.⁷⁵

El segundo título fue *Artistas y rebeldes* (1922), un volumen de casi 300 páginas, que agrupaba una veintena de artículos de Rocker, aparecidos en su mayoría en el *Arbeiter Fraynd* y en el semanario alemán *Germinal*. Su contenido abarcaba desde las obras de August Strindberg, Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Multatuli, Gustavo Adolfo Bécquer y Cervantes hasta las ideas sociales de Tolstoi, Proudhon, Charles Fourier, Wilhelm Marr, Kropotkin, Bakunin, Pietro Gori o Louise Michel. La traducción de Salomón Resnick no dejó conforme a Guerrero y, al informarle a Santillán que el libro acababa de salir de la imprenta, contó que se había visto forzado a “hacer de nuevo una buena parte del trabajo” para lograr que el texto presentara “un estilo más fluido y elegante, más en consonancia con la índole de los temas que en él se tratan”.⁷⁶ Además, tuvo que “revisar muchos papeles, libros y revistas para constatar nombres de obras literarias, personajes de esas obras, individuos que han luchado en el ambiente social, nombres de ciudades, combates, asambleas, etc., etc., fechas y muchos otros datos más –de los cuales Rocker es muy rico en sus escritos– que Resnick no había constatado como era debido”.⁷⁷

Estos cuestionamientos a la traducción de *Artistas y rebeldes* serían puramente anecdóticos si no fuera porque a través de ellos nos enteramos de que Guerrero escribió el prefacio del libro. La información aparece al cabo de una sucesión de ataques a Resnick por haberse apartado del anarquismo y ser parte de la revista *Vida Nuestra*, “que es un centro sionista”, cuyas “actividades dentro de la colectividad israelita son de carácter nacionalista”.⁷⁸ Así como Guerrero cree que sería conveniente que Santillán le explicara a Rocker que “*Resnick no solo no pertenece a la Editorial, sino que ni siquiera sigue siendo un compañero*”, no quiere que le cuente “que el autor de ese bodrio de Prólogo que lleva el libro soy yo, pues me podría fulminar cablegráficamente”.⁷⁹ Podría parecer “harto aventurado”, como dice en su introducción, haber pretendido “trazar, sin materiales ni críticas suficientes, una completa biografía de Rocker”.⁸⁰ Su objetivo, sin embargo, era presentar a Rocker “como escritor sobre temas de ciencia, histo-

⁷⁴ Rodolfo Rocker, *Bolshevismo y anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1922 y GS, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1922, p. 2. El libro fue publicado en Buenos Aires, en su idioma original, por el Yidisher Anarkhistischer Grupe. La reedición española fue realizada por la Biblioteca de “Tierra y Libertad”.

⁷⁵ Cito aquí según la paginación de Rudolf Rocker, *Bolcheviquismo y anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Reconstruir, 1959, pp. 19, 10, 32 y 65.

⁷⁶ GS, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1922, p. 4.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 4-5.

⁷⁸ GS, Buenos Aires, 19-27 de septiembre de 1922, p. 3.

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ [Luis Juan Guerrero], “Prólogo”, en Rodolfo Rocker, *Artistas y rebeldes. Escritos literarios y sociales*, trad. de Salomón Resnick, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1922, p. 15.

ria o literatura”, una faceta desconocida para los lectores de habla castellana, que solo habían tenido acceso a los ensayos de propaganda social traducidos por Argonauta:

Quizá resulte así tan extraño este libro para los que solo conocen en Rocker al notorio agitador anarquista como para aquellos que, ocupados tan solo en las dilecciones del espíritu, no han sentido aún, en la morada de sus pensamientos y de sus emociones, el soplo vivificante de una crítica que les interprete las labores del pasado y los esfuerzos del presente en nombre de teorías aún no comprobadas, de sistemas filosóficos lejos todavía de ser construidos, de sociedades cuya hora aún no ha sonado en el mundo, de Utopías por lo tanto, pero de Utopías que ya existen como valoración para nuestro conocimiento y como rumbo para nuestras actividades.⁸¹

En su prefacio, Guerrero subraya también el hecho paradójico de que el autor más prestigioso de la prensa anarquista en idish no sea judío ni oriundo “de alguna aldea perdida en las estepas rusas”, sino de ascendencia católica y nacido en Maguncia.⁸² Evoca su militancia en el Partido Social-Demócrata de Alemania y su actividad en Londres al frente del *Arbeiter Fraynd*. Luego refiere la clausura del periódico durante la Gran Guerra y la internación de Rocker en “un campo de concentración”, así como su intento de volver a Alemania al estallar la Revolución de Noviembre de 1918 y la siniestra ironía de que “los revolucionarios marxistas, que habían subido al poder, se lo impidieron en virtud de que 25 años atrás había sido expulsado... por revolucionario”.⁸³ Elogia los escritos de Rocker en *Der Syndikalist*, su papel en el Consejo Federal de la FAUD y su participación en la Conferencia Internacional del Sindicalismo de las Izquierdas de 1920 y en el Congreso Anarquista Internacional de 1921.⁸⁴ Finalmente, describe los ensayos recopilados “como jalones colocados a la vera del áspero camino de la vida de un agitador social”, que despliegan “la amplia visión que del mundo y de la vida entreabre el ideal anárquico”.⁸⁵

Artistas y criminales acababa de salir de la imprenta cuando, enterado de la publicación póstuma de la *Ética* (1921) de Kropotkin, Guerrero le pidió a Santillán que gestionara desde Alemania, en nombre de Argonauta, los derechos de publicación de la totalidad de sus escritos.⁸⁶ Ante la imposibilidad de lanzar las “obras completas” mientras no estuviera lista su edición definitiva en ruso, alemán o inglés, concibió “una variante muy provechosa y oportuna”, a saber: “anunciar la publicación de las *Obras de Pedro Kropotkin*, sin adjetivarlas todavía como completas”.⁸⁷ Argonauta organizaría “una suscripción por 6, 7 u 8 tomos de tamaño grande (pero que resultarían en total a un precio módico), publicándose en ellos sus *obras capitales*, precisamente aquellas menos conocidas o totalmente desconocidas en castellano”.⁸⁸ Para iniciar la serie, que “mostraría todas las facetas del pensamiento kropotkiniano y sería una excelente lección viva de universalidad anárquica”, él mismo traduciría *Los ideales y la reali-*

⁸¹ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁸² *Ibid.*, p. 9.

⁸³ *Ibid.*, p. 17.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 19.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 20-23.

⁸⁶ GS, Buenos Aires, 19-26 de septiembre de 1922, p. 12.

⁸⁷ GS, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1922, pp. 5-6.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 6.

dad en la literatura rusa (1905), volumen que recopilaba las conferencias dictadas por el anarquista ruso en el Lowell Institut de Boston en 1901.⁸⁹

Ética (Parte primera). Origen y evolución de la moral apareció con el sello de Argonauta en 1925.⁹⁰ La versión española, basada en la edición rusa prologada y anotada por Nicolás Lebedeff, estuvo a cargo de Nicolás Tasín, traductor de Antón Chéjov y Leonid Andreiev. Guerrero trabajó sobre el libro en 1924, cuando ya se encontraba estudiando en la Universidad de Zúrich. Cotejó la traducción con la versión alemana realizada por la editorial Der Syndicalist,⁹¹ confirió al texto “un estilo literario corriente y agradable”, corrigió “una serie de errores filosóficos, que los anteriores editores pasaron por alto”, distribuyó equilibradamente “la exposición de las doctrinas éticas modernas en un par de capítulos (con los títulos y subtítulos correspondientes) y preparó “un índice de nombres (como en la edición alemana) y una Nota de obras de *Ética* con traducción española”.⁹² Finalmente, redactó una advertencia, señalando la incorporación de los “sumarios explicativos” de Lebedeff y la aprobación tanto de la editorial anarco-sindicalista Golos Truda como de Sasha Kropotkin, hija única del autor, que otorgaron a Argonauta los “derechos exclusivos” de publicación en español.⁹³

Renovación filosófica de los valores revolucionarios

El cuadro de las actividades de Guerrero no estaría completo si no nos refiriésemos al proyecto de la Editorial Minerva. La idea surgió “por un motivo puramente circunstancial”: Guerrero y un amigo, “constituidos en Alfonso Bernard”, habían “traducido y ordenado unos escritos” de y sobre Georg Friedrich Nicolai, cuando se conoció la noticia de que, inhabilitado para retomar su actividad docente en Berlín por haberse negado a combatir en la Gran Guerra, el biólogo alemán había sido contratado por la Universidad Nacional de Córdoba.⁹⁴ Como Guerrero no quería entregar estos textos “a un editor burgués”, ni darlos a conocer en una revista, “porque eso equivalía a enterrarlos”, concibió un sello alternativo para difundir “escritos *de importancia* [...] y *de actualidad*” que, sin pertenecer al movimiento libertario, fueran afines a él y procuraran algunas ganancias.⁹⁵ Así, promediando 1922, vio la luz *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo*, un libro de 80 páginas, conformado por un largo ensayo de Romain Rolland sobre *La biología de la guerra* (1917), cuya traducción del francés firmaba Bernard, al igual que la introducción, “El espíritu heroico y la labor intelectual de Nicolai”; les seguía un artículo del propio Nicolai, “La ciencia y la fe en la convicción personal”, aparecido en la revista político-literaria *España* con el título “La reacción y los sabios”.⁹⁶

⁸⁹ GS, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1922, pp. 6 y 8-9. Véase Peter Kropotkin, *Ideals and Reality in Russian Literature*, Nueva York, A. A. Knopf, 1905. El libro fue traducido por Salomón Resnick, en 1926, para la editorial Manuel Gleizer.

⁹⁰ Pedro Kropotkin, *Ética (Parte primera). Origen y evolución de la moral*, trad. de Nicolás Tasín, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1925.

⁹¹ Véase Peter Kropotkin, *Ethik. Erster Band: Ursprung und Entwicklung der Sittlichkeit*, Berlín, Der Syndikalist, 1923.

⁹² GS, Zúrich, 22 de julio de 1925, pp. 3-4. Se trata de la subdivisión de los capítulos 6, 7 y 8 para conformar los capítulos del 6 al 10.

⁹³ [Luis Juan Guerrero], “Nota editorial”, en Pedro Kropotkin, *Ética*, p. 3.

⁹⁴ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 3.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 3-4.

⁹⁶ Romain Rolland, *Nicolai el pensamiento social contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Minerva, 1922. Véase Romain Rolland, “Un gran Européen: G.-F. Nicolai”, *Demain*, n° 18-19, octubre-noviembre de 1917, pp. 337-357 y

Aunque el proyecto de Minerva no fue más allá de este título, su concepción habla por sí misma de las inquietudes filosóficas del joven Guerrero. Con este sello, imaginaba una colección de libros que contribuyera a “*la renovación de los valores revolucionarios*”,⁹⁷ pero se daba cuenta de que semejante empresa era de más difícil realización que cualquiera de sus otros planes, a falta de escritos de estas características en las filas del anarquismo. Guerrero explicita esta preocupación en una carta de junio de 1922, respondiendo a “una observación o reproche” de Santillán por haberse “desviado” hacia la Escuela de Marburgo.⁹⁸ En primer término, aduce que su intelecto “es todavía –gracias a Dios o al Espíritu Santo– suficientemente plástico para no encerrarse en la estrechez de ningún dogma”.⁹⁹ No ve herejía alguna en estudiar a autores como Friedrich Albert Lange, Hermann Cohen, Paul Natorp o Ernst Cassirer, por más que en ciertos aspectos se encuentren muy lejos de sus “habituales ideaciones”: “En suma, podría decirle que deseo conocer la Escuela de Marburgo por una tentación diabólica, porque he heredado del diablo sus dos grandes atributos: curiosidad e ironía”.¹⁰⁰

La segunda parte de la respuesta avanza sobre la cuestión de fondo. La Escuela de Marburgo, además de hacer de Kant “una piedra angular” de la filosofía contemporánea, representa “*el único esfuerzo serio y ponderable para realizar, en la época actual, una vasta obra intelectual en comunidad*”.¹⁰¹ Hay en el mundo, sin duda, “muchos buenos pensadores, *pero aislados*”, “grupos que trabajan en común, *pero sometidos* siempre a un maestro”, discípulos quizás de un genio que, “teniendo ya *resueltos* los problemas, se contentan con espigar detalles o alambicar teorías”.¹⁰² En cambio, la Escuela de Marburgo, como ha mostrado Natorp, constituye una “*comunidad de trabajo*”.¹⁰³ Esto es lo que Guerrero más valora: “el hecho de que un grupo de hombres, en medio del egoísmo y del afán de originalidad que domina por todas partes, haya hecho obra intelectual *en común y al mismo tiempo libre*, que los uniera en sus esfuerzos, *no un resultado, no un dogma, sino una preocupación común y un método*”.¹⁰⁴

Guerrero no quiere “jugar con un asunto tan serio” como la filosofía y, con su viaje a Alemania, aspira a forjarse “*un conocimiento fundamentado de la Historia de los problemas de la Cultura y una apreciación justiciera de todos los valores tradicionales*”.¹⁰⁵ Solo después de haber adquirido una buena formación estará en condiciones de “juzgar con algún criterio las múltiples tendencias del pensamiento contemporáneo, tan atrevido, tan interesante, tan multi-

13-30 (reed.: “*La Biologie de la guerre du docteur Nicolai*”, *L’Avenir International. Revue Mensuelle de Action Sociale, Littéraire, Artistique, Scientifique*, París, marzo-julio de 1918; recop. en *Les Précurseurs*, París, L’Humanité, 1919, pp. 146-184); asimismo: G. F. Nicolai, “La reacción y los sabios”, *España. Semanario de la vida nacional*, n° 272, 17 de julio de 1920, pp. 7-8. El texto de Bernard se reprodujo como prólogo en *Cerebro e inteligencia*, Buenos Aires, Ediciones Imán, col. Cuadernos Económicos, 1935; fue incluido más adelante, junto con la traducción del ensayo de Rolland, en *Liberación del trabajo*, prólogo de Aquiles Martínez Civelli, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1941.

⁹⁷ GS, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1922, pp. 19-20.

⁹⁸ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 7.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 7-8.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 9 y “Lista de libros”, p. 3.

¹⁰² *Ibid.*, “Lista de libros”, pp. 3-4.

¹⁰³ *Ibid.*, “Lista de libros”, p. 4. Véase Pablo Natorp, *Em. Kant y la escuela filosófica de Marburgo*, trad. y notas de Juan Vicente Viqueira, Madrid, Francisco Beltrán, 1915, pp. 16-17.

¹⁰⁴ *Ibid.*, “Lista de libros”, p. 5.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 11.

forme, pero también tan pobre por lo general de fundamentos históricos”.¹⁰⁶ Esta carencia se percibe no solo en “todo el positivismo, incapaz de comprender los valores de la Historia y negador en el fondo de toda Filosofía”, sino también en Henri Bergson, “creador en ciertos aspectos, pero reacio a una fundamentación crítica”.¹⁰⁷ En contraste, la Escuela de Marburgo y las tendencias más recientes de la filosofía alemana –la llamada Escuela de Baden, la axiología, la fenomenología– encarnan un verdadero “despertar filosófico” que, con todo el bagaje de los conocimientos científicos desarrollados durante el siglo XIX, ha vuelto a plantear los grandes problemas del espíritu.¹⁰⁸

En su afán por renovar las premisas del comunismo anárquico, Guerrero ha aprendido a “apreciar en su justo valor” la *Historia del materialismo* (1866) de Lange, “la clara percepción” de los problemas culturales de Wilhelm Windelband en su *Historia de la filosofía* (1892), obra que maneja en italiano, y a falta de una traducción de *La teoría kantiana de la experiencia* (1871) de Cohen, “el libro similar en castellano” de Manuel García Morente, *La filosofía de Kant* (1917).¹⁰⁹ Por el contrario, un opúsculo como *El pensamiento filosófico y el anarquismo* (1921), del educador racionalista Enrique Nido, le parece muy ilustrativo de las deficiencias teóricas del movimiento. Escribir algo mejor no llevaría mayor trabajo, pero tratar seriamente el tema sería cuanto menos “*prematureo*”, ya que la disputa entre las diversas corrientes filosóficas se encuentra aún “demasiado viva para que sea posible construir un sistema que incluya todas las preocupaciones y todos los motivos”.¹¹⁰ Una obra de esa envergadura “no podría ser sino un corolario, una aplicación práctica, *de ese sistema*”: “*Pero aún no hemos llegado a trasmutar el pensamiento kropotkiniano, aún no estamos en condiciones de dar nuevos fundamentos filosóficos al anarquismo. Algún día será...*”¹¹¹

En los años siguientes, Guerrero lograría compenetrarse con las nuevas corrientes espirituales europeas. En la Universidad de Berlín, tomó clases con Johann B. Rieffert, Heinrich Maier y Max Dessoir y, durante su primera estadía en Marburgo, cursó con Paul Natorp, Nicolai Hartman, Carl Horbst y Martin Heidegger, que dejó una fuerte impresión en él.¹¹² En la Universidad de Zúrich, estudió con Heinrich Wölfflin y Gottlob Friedrich Lipps y Willy Freitag.¹¹³ Luego recorrió Europa, asistió a diversos congresos de psicología y estética y pasó cerca de un año en Hendaya junto a Miguel de Unamuno.¹¹⁴ En el semestre de invierno de 1927, volvió a asistir al seminario de Heidegger, que acababa de publicar *Ser y tiempo* (1927). A comienzos de marzo de 1928, tras cinco años de ausencia, Guerrero retornó al país convertido en el primer filósofo argentino en haberse doctorado con una tesis en alemán. □

¹⁰⁶ *Ibid.*, “Lista de libros”, pp. 11-12.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 12.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 12-13.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 13 y “Lista de libros”, p. 1. Véase Wilhelm Windelband, *Storia della filosofia*, trad. de Eugenio Zaniboni, 2 vols., Milán-Palermo-Nápoles, Remo Sandron, 1910 y Manuel García Morente, *La filosofía de Kant: una introducción a la filosofía*, Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1917.

¹¹⁰ GS, Buenos Aires, 30 de junio de 1922, p. 15.

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹¹² Luis Juan Guerrero, “Matrikel”, Uniarchiv Marburg: 305m 1, n° 81, 1923-1924.

¹¹³ Luis Juan Guerrero, “Luis Juan Guerrero, aus Buenos-Aires, 11. Juli 1925”, Universität Zürich, Promotionen Phil. Fakultät I, 1925: U 109e 24, docs. 1, 2 y 3.

¹¹⁴ Véase Ricardo Ibarlucía, “Estudio preliminar”, en L. J. Guerrero, *Qué es la belleza y otros ensayos*, Buenos Aires, Editorial Biblos, col. Pasajes, 2017, pp. 10-11, y “Por los caminos de España: tras cartas de Luis Juan Guerrero a Miguel de Unamuno”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 34, 2017, pp. 143-172.

Bibliografía

- AA.VV., *¿Soviet o Dictadura?*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1920.
- , *El Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana (1° al 4 de julio de 1920)*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1920.
- , *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la Revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1921.
- , *Cronache Anarchiche. Il giornale Umanità Nova nell'Italia del Novecento (1920-1945)*, ed. de Franco Schirotte, con dos DVD que contienen la colección completa del periódico, Milán, Zero in Condotta, 2010.
- Abad de Santillán, Diego, *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977.
- , *Historia del movimiento anarquista en Argentina. Desde sus comienzos hasta 1910*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1930.
- (ed.), *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, 8 vols. y un Apéndice, Ediar Editores, 1957-1964.
- Arata, Nicolás, “Julio R. Barcos: derivas de un pedagogo intempestivo”, en J. R. Barcos, *Cómo educa el Estado a tu hijo y otros escritos*, Gonnet, UNIPE: Editorial Universitaria, 2013, pp. 13-64.
- Archinoff, Pedro, *Historia del movimiento machnovista (1928-1921)*, prólogo de Volín, trad. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1926.
- Baldwin, Roger N. (ed.), *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets: A Collection of Writings by Peter Kropotkin*, Nueva York, Vanguard Press, 1927.
- Barrancos, Dora, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.
- Bayer, Osvaldo, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Buenos Aires, Galerna, 1970.
- Bernard, Alfonso, Romain Rolland, y Jorge F. Nicolai, *Nicolai el pensamiento social contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Minerva, 1922.
- Berkman, Alexander, *The Russian Tragedy. A Review and An Outlook*, Berlín, Der Syndikalist, 1922.
- Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (ed.), *Verbum. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, año 12, n° 46, octubre de 1918.
- De la Rosa, María Fernanda, “Diego Abad de Santillán y su actuación en el anarquismo argentino”, *Temas de historia argentina y americana*, n° 1, julio-diciembre de 2002, pp. 187-227.
- Doeswijk, Andreas L., “Argentinos en el Hotel Lux”, *Revista de Historia*, n° 18, 2017, pp. 4-31.
- Domínguez Rubio, Lucas, *El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo*, estudio preliminar por Laura Fernández Cordero, filmogr. por Lucio Mafud, Buenos Aires, Libros de Anarres-Centro de Documentación de la Cultura de Izquierdas, col. Utopía Libertaria, 2018.
- Fabbri, Luigi (ed.), *Il fronte unico rivoluzionario: relazione sui rapporti del movimento anarchico con le altre forze sovversive e rivoluzionare: II° Congresso Nazionale. Bologna 1-2-3-4 Luglio 1920*, Bolonia, Unione Anarchica Italiana, 1920.
- Fabbri, Luis, *La crisis del anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1921.
- , *Dictadura y revolución*, prólogo de Enrique Malatesta, trad. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1923.
- Falcini, Luis, *Itinerario de una vocación: periplo por tierras y hombres*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1975.
- Federación Obrera Regional Argentina Comunista, “Informe sobre el ‘affaire’ internacional”, *La Organización Obrera. Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina Comunista*, suplemento extraordinario n° 2, 1 de mayo de 1922, pp. 60-67.
- García Morente, Manuel, *La filosofía de Kant: una introducción a la filosofía*, Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1917.
- Godio, Julio, *Historia del movimiento obrero argentino*, vol. 1, Buenos Aires, Corregidor, 2000.

Goldman, Emma, *My Further Disillusionment in Russia*, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1924.

Ibarlucía, Ricardo, “Luis Juan Guerrero, el filósofo ignorado”, en Ricardo Ibarlucía (ed.), L. J. Guerrero, *Estética operatoria en sus tres direcciones. I. Revelación y acogimiento de la obra de arte. Estética de las manifestaciones artísticas*, Buenos Aires, UNSAM Edita, Las Cuarenta, Biblioteca Nacional, 2008, pp. 9-93.

—, “Estudio preliminar”, en Ricardo Ibarlucía (ed.), Luis Juan Guerrero, *Qué es la belleza y otros ensayos*, Buenos Aires, Editorial Biblos, col. Pasajes, 2017.

—, “Por los caminos de España: tras cartas de Luis Juan Guerrero a Miguel de Unamuno”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 34, 2017, pp. 143- 172.

Korn, Guillermo, “El teatro del Grupo Renovación”, en AA.VV., *Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1963, pp. 275-290.

Kropotkin, Pedro, *Ética (Parte primera). Origen y evolución de la moral*, trad. de Nicolás Tasín, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1925.

Kropotkin, Peter, *Ideals and Reality in Russian Literature*, Nueva York, A. A. Knopf, 1905.

—, *Ethik. Erster Band: Ursprung und Entwicklung der Sittlichkeit*, Berlín, Der Syndikalist, 1923.

Malatesta, Enrique, *Páginas de lucha cotidiana*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1921.

—, *En el café. Conversaciones sobre el anarquismo*, con una nota explicatoria e histórica de Luis Fabbri, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1926.

Malatesta, Errico, *Programma anarchico accettato dal Congresso dell'Unione Anarchica Italiana in Bologna, 1-4 luglio 1920* [Bologna, Unione Anarchica Italiana] 1920.

Migueláñez Martínez, María, “Anarquistas en red. Una historia social y cultural del movimiento anarquista continental (1920-1930)”, en *Actas del IX Encontro da ANHPLAC, Goiânia (Brasil)*, 26-29 de julio de 2010.

Natorp, Pablo, *Em. Kant y la escuela filosófica de Marburgo*, trad. y notas de J[uan] V[icente Viqueira], Madrid, Francisco Beltrán, 1915.

Nicolai, George F., “La reacción y los sabios”, *España. Semanario de la vida nacional*, n° 272, Madrid, 17 de julio de 1920, pp. 7-8.

—, *Cerebro e inteligencia*, Buenos Aires, Ediciones Imán, col. Cuadernos Económicos, 1935.

—, *Liberación del trabajo*, prólogo de Aquiles Martínez Civelli, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1941.

Partito Socialista Italiano, *Resoconto stenografico del XVI Congresso Nazionale del Partito Socialista Italiano (Bologna, 5-6-7-8 ottobre 1919)*, Roma, Edizione della Direzione del Partito Socialista Italiano, 1920.

Pittaluga, Roberto, “De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina 1917-1924)”, *Sociohistórica*, n° 11-12, 2002, pp. 69-98.

Ramus, Pierre, *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico. Primera parte: Fundamentos sociales del comunismo anárquico*, trad. e intr. de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1928.

Ritsche, Federico Antonio y Teodoro Antilli, *Archivo libertario: Primer Congreso Anarquista de la Región Argentina; Resumen crítico del Congreso Anarquista Regional*, s/d., c. 1922.

Rocker, Rodolfo, *Bolshevismo y anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1922.

—, *Artistas y rebeldes. Escritos literarios y sociales*, trad. de Salomón Resnick, Buenos Aires, Argonauta, 1922.

—, *Marx y el anarquismo*, México, Grupo Cultural Ricardo Flores Magón, 1925.

Rocker, Rudolf, *Bolcheviquismo y anarquismo*, Buenos Aires, Editorial Reconstruir, 1959,

Rolland, Romain, “Un grand Européen: G.-F. Nicolai”, *Demain*, n° 18-19, octubre-noviembre de 1917, pp. 337-357 y 13-30 [reed.: “La Biologie de la guerre du docteur Nicolai”, *L'Avenir International. Revue Mensuelle de Action Sociale, Littéraire, Artistique, Scientifique*, París, marzo-julio de 1918].

—, *Les Précurseurs*, París, L'Humanité, 1919.

Spriano, Paolo (ed.), *La cultura italiana del '900 attraverso le riviste*, vol. 6: 'L'Ordine Nuovo' (1919-1920), Turín, Einaudi, 1963.

Suriano, Juan, *Anarquistas: cultura pública libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

Taborda, Saúl, "Casa del Estudiante en La Plata. Proyecto y exposición de motivos", *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, año 7, n° 1, enero de 1921, pp. 121-129.

Windelband, Wilhelm, *Storia della filosofia*, trad. italiana de Eugenio Zaniboni, 2 vols., Milán-Palermo-Nápoles, Remo Sandron, 1910.

Resumen / Abstract

Retrato del filósofo como joven anarquista. Luis Juan Guerrero y la Editorial Argonauta

El objeto principal de esta investigación es reconstruir la tarea que en su juventud desplegó Luis Juan Guerrero (1899-1957) en la Editorial Argonauta a partir de su correspondencia con Diego Abad de Santillán entre 1922 y 1925. Tomando como hilo conductor las ediciones, los prólogos y las traducciones que estuvieron a cargo del filósofo argentino, el presente estudio examina el catálogo y los proyectos de esta pequeña pero influyente editorial anarquista surgida del seno de la Liga de Educación Racionalista, que publicó por primera vez en castellano textos de Errico Malatesta, Luigi Fabbri, Rudolf Rocker, Emma Goldman, Alexander Berkman, Piotr Archinoff, Volin, Pierre Ramus y Piotr Kropotkin. A través de las preocupaciones filosóficas y políticas del joven Guerrero, indaga en la inserción de Argonauta dentro del movimiento anarquista de la Argentina y rastrea sus vínculos con agrupaciones revolucionarias de Italia, Alemania, Rusia y los Estados Unidos.

Palabras clave: Filosofía argentina - Anarquismo en la Argentina - Publicaciones anarquistas - Liga de Educación Racionalista - Diego Abad de Santillán

A Portrait of the Philosopher as a Young Anarchist: Luis Juan Guerrero and the Argonauta Publishing House

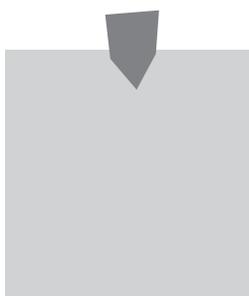
The central aim of this research is to reconstruct the work that Luis Juan Guerrero (1899-1957) carried out during his youth in the Editorial Argonauta, on the basis of his correspondence with Diego Abad de Santillán between 1922 and 1925. Using as guiding thread the editions, prologues and translations that the Argentinian philosopher was commissioned to write, the present paper examines the catalog and projects of this small but well reputed anarchist publishing house that emerged from the Liga de Educación Racionalista (League for Rationalist Education), and which was the first to publish texts in Spanish by Errico Malatesta, Luigi Fabbri, Rudolf Rocker, Emma Goldman, Alexander Berkman, Piotr Archinoff, Volin, Pierre Ramus and Piotr Kropotkin. Through Guerrero's philosophical and political concerns, it explores the positioning of Argonauta within the anarchist movement in Argentina and traces its links with revolutionary groups in Italy, Germany, Russia and the United States.

Keywords: Argentinian Philosophy -Anarchism in Argentina - Anarchist Publications - Liga de Educación Racionalista - Diego Abad de Santillán

Fecha de recepción del original: 17 / 09 / 2019

Fecha de aceptación del original: 22 / 11 / 2019

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 24 / 2020

Antoine Lilti. *La Ilustración, entre pasado y presente*

Gabriela Goldin Marcovich

École des Hautes Études en Sciences Sociales / Duke University

Cuando le preguntan ¿por qué investiga?, Antoine Lilti responde “soy de aquellos historiadores a los que no les interesa demasiado el pasado... a mí el pasado me interesa en cuanto sigue presente”.¹ Director de estudios en la Escuela de altos estudios en ciencias sociales de París (EHESS), con una cátedra intitulada “Historia e historicidad de la Ilustración”, Antoine Lilti fue anteriormente *maître de conférences* en la Escuela Normal Superior (2005-2011) y director de la revista *Annales. Histoire, Sciences Sociales* (2006-2011).

Formado en la tradición de la historia social y cultural francesa de Roger Chartier y Daniel Roche, con el que estudió su doctorado, Antoine Lilti es hoy en día una de las voces más importantes en la historiografía del siglo XVIII y de la Ilustración. No es difícil ver que sus temas de estudio corresponden a un pasado que sigue presente sin, obviamente, estarlo del todo. Lilti hace de esta ambigüedad temporal el centro de su labor historiográfica que él mismo define como una “relación irónica del historiador con sus objetos que nunca son exactamente lo que parecen ser”.²

A contracorriente de la postura del historiador que pretende objetivar lo que estudia estableciendo la mayor distancia posible entre su persona y su trabajo, Lilti considera que es necesario tomar en serio las cadenas de interpretación que nos han transmitido los objetos culturales a lo largo de los siglos.³ Esta postura hermenéutica no supone renunciar a la metodología histórica. Por el contrario, cuando se hace historia se trata de efectuar una serie de operaciones de contextualización social y cultural. En suma, se trata de una “hermenéutica crítica”.⁴

Por ejemplo, en *Le monde des salons* (2005), Lilti demuestra cómo la noción misma de “salón”, asociada tan fuertemente al siglo de las Luces, fue forjada en realidad en el siglo XIX y designa unas veces los salones literarios e ilustrados, otras veces los salones aristocráticos, ya sea lamentando nostálgicamente un modelo que se pierde o reprobando críticamente la

¹ “Antoine Lilti et l’héritage des Lumières”, entrevista en la serie “Pourquoi cherchez-vous?”, de Geneviève Anhoury. Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=EijW5M34-qA>>.

² *Ibid.*

³ Antoine Lilti, “Rabelais est-il notre contemporain? Histoire intellectuelle et herméneutique critique”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, 2012, n° 5, pp. 65-84, p. 76.

⁴ *Ibid.*, pp. 82-83.

mundanidad vana que permanece.⁵ En lugar de una historia de los “salones”, propone una historia de las prácticas de sociabilidad mundanas de las élites parisinas en el siglo XVIII. Esto permite comprender la pluralidad de estos espacios sociales y la manera en que fungen como interfaz entre el mundo literario, político, filosófico y social, siguiendo las pistas abiertas por Norbert Elias.⁶

Asumir esta postura en cuanto historiador supone asumir también su propia relación subjetiva y presente con el pasado.⁷ El caso de la Ilustración es singular ya que, al designar no solo un período histórico sino también un proceso filosófico, su significado e importancia no dejan de ser reevaluados por una pluralidad de actores en el espacio público, con el fin de reactualizar sus supuestos valores en nuestras sociedades. Ante esta situación, lo que propone Lilti no podría estar más alejado de una defensa o de una denuncia de la Ilustración. Crítico de una historia desencarnada de las ideas, Lilti aboga por una articulación de la historia social y cultural con la historia intelectual, y más ampliamente con las ciencias sociales, siguiendo la tradición de la Escuela de los *Annales*.⁸

Este diálogo constante con las otras disciplinas y sus métodos se ve claramente en su trabajo sobre los inicios de la cultura de las celebridades en el siglo XVIII, *Figures publiques: les origines de la célébrité (1750-1850)*, publicado en 2014.⁹ Al analizar, por ejemplo, a Rousseau como una estrella pop, Lilti hace la apuesta de un uso asumido del anacronismo, considerado a menudo como el mayor enemigo del historiador.¹⁰ Gracias a este enfoque, pone de manifiesto la nueva relación entre el escritor, figura pública, y un público lector, deseoso de saber más sobre su vida privada. Cuando indaga la noción de celebridad e interroga sus mecanismos, logra situar las raíces de un fenómeno importante de nuestras sociedades –que podría parecer radicalmente nuevo– en las transformaciones técnicas y sociales del siglo XVIII que dieron lugar a una “primera revolución mediática”, y a la emergencia de la publicidad y el público (paralelamente a la emergencia de lo privado y de lo íntimo) en sus acepciones modernas.

El siglo XVIII se caracteriza también por la mundialización a través del comercio y la “toma de conciencia europea” de su propia historicidad pensada como resultado de un proceso de “civilización”, noción cargada de ambigüedades, en la confrontación con el resto de mundo y con el pasado.¹¹ Son las ambigüedades mismas de los conceptos, y de la Ilustración en general, que Lilti interroga en su último libro *L'héritage des Lumières. Ambivalences de la modernité* (2019), cuya introducción traducida al español *Prismas* publica en este número. Esta obra

⁵ Antoine Lilti, *Le Monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIII^e siècle*, París, Fayard, 2005.

⁶ Sobre el concepto de sociabilidad véanse los trabajos fundamentales de Maurice Agulhon.

⁷ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1974, p. 119. Véase, por ejemplo, Antoine Lilti, “Une subtile trahison: l'historien et les siens”, *Critique*, n° 811, 2014, pp. 1019-1030.

⁸ Véase, por ejemplo, la crítica de Lilti a la obra de Jonathan Israel, “Comment écrit-on l'histoire intellectuelle des Lumières? Spinozisme, radicalisme et philosophie?”, *Annales HSS*, 64-1, 2009, pp. 171-206, y su ensayo sobre la obra de Clare Haru Crowston, “Le pouvoir du crédit au XVIII^e siècle: Histoire intellectuelle et sciences sociales”, *Annales HSS*, 2015, n° 4, pp. 957-977.

⁹ Antoine Lilti, *Figures publiques: les origines de la célébrité (1750-1850)*, París, Fayard, 2014.

¹⁰ Antoine Lilti, “Rabelais est-il notre contemporain? Histoire intellectuelle et herméneutique critique”, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 2012, n° 5, pp. 67-68.

¹¹ Antoine Lilti, “La civilisation est-elle européenne? Écrire l'histoire de l'Europe au XVIII^e siècle”, en Antoine Lilti y Céline Spector, *Penser l'Europe au XVIII^e siècle. Commerce, Empire, Civilisation*, Oxford University Studies in the Enlightenment, 2014, pp. 139-166, p. 140. Véase también del autor, “L'impossible histoire globale. Parcours de la ‘civilisation’”, en Antoine Lilti, Sabina Loriga, Jean-Frédéric Schaub y Silvia Sebastiani, *L'expérience historiographique. Autour de Jacques Revel*, París, Éditions de l'EHESS, 2016, pp. 181-200.

funciona como una síntesis de las reflexiones de Lilti sobre el siglo XVIII como un momento filosófico, histórico y político complejo en que la idea de Europa forma parte de controversias intelectuales a partir de diversos problemas: las civilizaciones, la legitimidad de la expansión colonial, la guerra, la paz y el comercio, la religión y la secularización, el ciudadano, la difusión de saberes, etc., en un constante diálogo con la historiografía y con el presente. □

Todo nos concierne*

Antoine Lilti

École des Hautes Études en Sciences Sociales

Después del atentado mortal contra los periodistas de *Charlie Hebdo*, en enero de 2015, en las paredes de París se podían observar retratos de Voltaire con la declaración “Soy Charlie”, el *Tratado de la tolerancia* estaba a la cabeza de las ventas y con frecuencia se citaba la famosa máxima del filósofo de Ferney, sin embargo, apócrifa: “No estoy de acuerdo con lo que dicen, pero lucharé para que puedan decirlo”. El combate parecía claro: la libertad de expresión contra el fanatismo religioso, la Ilustración contra lo Infame. En el entierro del caricaturista Tignous, la ministra Christiane Taubira evocaba “el país de Voltaire y de la irreverencia”. Después de la manifestación del 11 de enero, el diario *Libération* aclamaba “al país de Voltaire y de Cabu” y *Le Figaro* publicaba el editorial “Voltaire, grito tu nombre” [“Voltaire, je crie ton nom”]. En realidad, había muchas ambigüedades detrás de la afirmación de una filiación directa entre Voltaire y Charlie, pero la unanimidad era indiscutible: Voltaire era nuevamente nuestro contemporáneo. Sus combates eran los nuestros, nuestros combates eran los suyos. Las Luces brillaban con una actualidad ardiente.¹

Desde entonces, esta actualidad intelectual y política no cesó. Sin embargo, debido a que la Ilustración parecía haberse eclipsado de la escena intelectual y política, y que su presencia se había hecho discreta, esa actualidad no deja de sorprender. Integradas al patrimonio cultural y literario, las Luces ofrecían una herencia tan consensuada que nadie pensaba en hacer su inventario. *Cándido* o las *Cartas persas* se habían convertido en lecturas obligatorias, en obras clásicas y tan celebradas que había que hacer un esfuerzo de imaginación para recordar que, en otros tiempos, la Ilustración había sido un combate. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo?

* El presente texto es la introducción del libro de Antoine Lilti, *L'héritage des Lumières. Ambivalences de la modernité*, París, Seuil/Gallimard, 2019. © Editions de Seuil 2019. <<https://www.seuil.com/ouvrage/l-heritage-des-lumieres-antoine-lilti/9782021427899>>.

La traducción ha sido realizada por Maya González Roux para Prismas. Se publica con autorización del autor y la editorial.

¹ Laurent Joffrin, “Un élan magnifique”, *Libération*, 11 de enero de 2015; Mohammed Aïssaoui, “Voltaire, je crie ton nom”, *Le Figaro*, 13 de enero de 2015; véase también Christiane Taubira, “En France, on peut tout dessiner, y compris un prophète”, disponible en dailymotion.com, y el trabajo de Benoît Mélançon, “Voltaire, Paris, 2015”, en Stéphanie Géhanne-Gavoty y Alain Sandrier (dirs.), *Les Neveux de Voltaire. À André Magnan*, Ferney-Voltaire, Société Voltaire, 2016, así como *id.*, “Du fanatisme”, disponible en oreilletendue.com. La cita que se le atribuyó a Voltaire fue inventada por su biógrafa inglesa Evelyn Beatrice Hall a principios del siglo xx.

Sencillamente, la Ilustración era víctima de su triunfo. El poder opresivo de la Iglesia no era más que un recuerdo lejano, el prestigio de la ciencia parecía incontestable, la democracia lograba la unanimidad. Los adversarios tradicionales de la Ilustración, herederos nostálgicos del antiguo pensamiento contrarrevolucionario, habían resultado desacreditados tras la Segunda Guerra Mundial y su colusión con los fascismos. En cuanto a las críticas que planteó la izquierda comunista en contra de las “libertades formales” de las democracias liberales, ellas no afectaban realmente el prestigio de las Luces: ¿acaso el marxismo no era su heredero directo? Además, a medida que la estrella roja palidecía, eran cada vez menos perceptibles. Incluso el pensamiento crítico de los años 1960 y 1970, que en un momento pareció cuestionar el prestigio de la razón occidental, parecía resignarse. Michel Foucault había dejado un testamento intelectual en forma de adhesión a la Ilustración, Jacques Derrida firmaba manifiestos junto con Jürgen Habermas. De modo que, a fines del siglo xx, con el triunfo del liberalismo político en la escena intelectual y de las democracias liberales en el terreno geopolítico, la Ilustración ya no tenía adversarios.

Y luego el mundo cambió ante nuestros ojos. Nuestras sociedades, que se creían secularizadas, presenciaron estupefactas el regreso con fuerza de la religión, hasta en las formas más intolerantes y violentas. Las derechas extremas, nacionalistas y xenófobas, volvieron a ser una fuerza política importante, incluso en los bastiones históricos de la democracia liberal. Europa, obligada a mirar de frente su pasado colonial, dudaba en seguir reivindicándose una misión universal. La crisis ecológica volvió a cuestionar el gran relato del progreso fundado en el triunfo de la ciencia y el conocimiento de la naturaleza. Finalmente, los nuevos medios de comunicación electrónicos y la revolución digital sacudieron la idea de un espacio público fundado en el intercambio argumentado. En esas condiciones, la herencia de la Ilustración volvió a ser un objetivo esencial. Fueron innumerables los llamados en su defensa, ya sea desde la escena intelectual, mediática o política. Emmanuel Macron, en su discurso tras la victoria ante la pirámide del Louvre, el 7 de junio de 2017, declaraba lo siguiente, no sin grandilocuencia: “Europa y el mundo esperan que defendamos el espíritu de la Ilustración”.²

El movimiento no proviene solo del Hexágono. En los Estados Unidos, la elección de Donald Trump en noviembre de 2016 provocó grandes preocupaciones, y el resurgimiento del interés por la herencia de la Ilustración y la tradición republicana. Un editorialista del *New York Times* llamó a los nuevos “héroes de la Ilustración” a alzarse contra sus adversarios reaccionarios.³ Steven Pinker, un eminente psicólogo de Harvard, defendió, con el apoyo de un gran número de estadísticas, la idea de un progreso continuo de las sociedades que sería la herencia directa del racionalismo de la Ilustración e invitó a proseguir los esfuerzos: *Enlightenment now*, tal sería su consigna.⁴

² Cédric Pietralunga, Bastien Bonnefous y Solenn de Royer, “Emmanuel Macron triomphe et doit réconcilier un pays divisé”, *Le Monde*, 8 de mayo de 2017.

³ David Brooks, “The Enlightenment Project”, *New York Times*, 28 de febrero de 2017.

⁴ Steven Pinker, *Enlightenment Now. The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress*, Londres/Nueva York, Penguin, 2018; publicado en francés con el título *Le Triomphe des Lumières*, trad. de Daniel Mirsky, París, Les Arènes, 2018 [trad. esp. de Pablo Hermida Lazcano, *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Paidós, 2018].

¿Todavía es posible escribir la historia de la Ilustración?

Nuevas luces contra nuevo oscurantismo: la escenografía tiene el mérito de la simplicidad, pero no el del matiz. En realidad, el paisaje intelectual es más complejo de lo que parece. Durante mucho tiempo, la herencia de las Luces opuso un campo progresista, y que se reivindicaba como tal, y un campo conservador, incluso realmente reaccionario, que desconfiaba de ellas. Desde los años 1970, varias corrientes del pensamiento crítico, que se reivindican de izquierda, denunciaron los arreglos del universalismo ilustrado con el imperialismo occidental, señalaron los peligros de la ciencia y las falsas apariencias del progreso, o rechazaron, más radicalmente, las diversas figuras del liberalismo, político o económico. De este modo lanzaron un serio desafío a quienes se proclamaban herederos de la Ilustración: el proyecto de autonomía fundado en la razón, ¿habría derivado en individualismo egoísta?, ¿estaría en el origen de los excesos de un mundo frío y calculador, dominado por el economicismo mercantil, la explotación industrial de la naturaleza y la imposición de un orden mundial dominado por los occidentales? A la inversa, otros, más a la derecha en el escenario político o intelectual, esgrimieron por lo general la Ilustración para defender el modo de vida europeo, recusar toda crítica de las ciencias y de la técnica, o descalificar el Islam que se sospechaba incompatible con la laicidad. No cabe ninguna duda de que estos debates acarrearón muchos malentendidos, fantasmas, y a veces mala fe. Pero le dieron al debate público un giro a la vez familiar (¿a favor o en contra de las Luces?) y extraño. La Ilustración, que durante mucho tiempo fue considerada un pensamiento de la emancipación, ¿se habría convertido en conservadora?

Ante esta nueva actualidad de la Ilustración, los historiadores se vieron un poco desamparados, en una posición delicada: sus trabajos, que se llevan a cabo en la silenciosa calma de las bibliotecas y los campus universitarios, desde hace treinta años se esfuerzan por pluralizar las Luces, por dificultar su descripción al punto de volverlas casi desconocidas. La imagen tradicional, la de un pequeño grupo de filósofos parisinos empleando la ironía y el espíritu crítico en contra de la intolerancia religiosa y el absolutismo, quedó destruida. A la Ilustración francesa se le opuso la Ilustración italiana, más reformista, la Ilustración alemana, sabia y religiosa, la Ilustración escocesa, más especulativa, la Ilustración inglesa, conservadora, y después la Ilustración española, lusófona, griega, estadounidense, cada una exhibiendo sus especificidades. Más recientemente, los historiadores identificaron corrientes específicas de la Ilustración en las periferias coloniales, de Calcuta a México.⁵ Tanto es así que algunos historiadores anglófonos renunciaron a utilizar *Enlightenment* en singular para no unificar abusivamente un movimiento múltiple y heterogéneo.⁶

⁵ El movimiento de pluralización de las Luces encontró su manifiesto en Roy Porter y Mikulas Teich (dirs.), *The Enlightenment in National Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. Entre los títulos más recientes, véase Charles Withers, *Placing the Enlightenment. Thinking Geographically about the Age of Reason*, Chicago, Chicago University Press, 2008; Richard Butterwick, Simon Davies y Gabriel Sánchez Espinosa (dirs.), *Peripheries of the Enlightenment*, Oxford, Voltaire Foundation, 2008; Jesús Astigarraga (dir.), *The Spanish Enlightenment Revisited*, Oxford, Voltaire Foundation, 2015; Steffen Martus, *Aufklärung. Das deutsche 18. Jahrhundert. Ein Epochenbild*, Berlín, Rowohlt, 2015; Caroline Winterer, *American Enlightenments. Pursuing Happiness in the Age of Reason*, Londres/New Haven, Yale University Press, 2016.

⁶ La defensa más expresiva a favor de la pluralidad irreductible de las Luces fue escrita por John G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, vol. 1: *The Enlightenment of Edward Gibbon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

Esta explosión geográfica no es nada, sin embargo, en comparación con el cuestionamiento de las certezas firmemente establecidas. ¿Se creía que las Luces eran necesariamente hostiles a las religiones reveladas, que navegaban entre el deísmo de Voltaire y el ateísmo del barón de Holbach? Aquí está la Ilustración católica, protestante o judía.⁷ ¿Estaban definidas por el culto a la razón y a la ciencia? Desde hace un tiempo los especialistas insisten en la importancia del sentimiento e incluso en la presencia del esoterismo y del hermetismo, y también de lo irracional, en el centro de las Luces.⁸ ¿La libertad de expresión? Los filósofos se hacían una idea muy moderada al respecto, aceptaban bastante bien la censura y con frecuencia reclamaban que se prohibieran los libros de sus adversarios.⁹ ¿Los derechos del hombre y la universalidad del género humano? Se olvida que la antropología física de la Ilustración a veces adolece de racismo y que los derechos de las mujeres eran rara vez reconocidos y que sus aspiraciones intelectuales eran con frecuencia ridiculizadas, como si la ciencia y la filosofía fueran necesariamente masculinas.¹⁰ ¿El cosmopolitismo y los sueños de paz perpetua? La Ilustración también alimentó el nacionalismo moderno y el patriotismo guerrero.¹¹ ¿Podemos al menos conformarnos con la creencia en el progreso, ese optimismo irreductible que parece la marca de fábrica del siglo XVIII? Esto sería confundir las Luces con el siglo XIX, Voltaire con Monsieur Homais. Los filósofos, en realidad, reflexionaron sin cesar sobre la existencia del mal y los límites del progreso.¹²

Se renovó por sí solo el corpus de los grandes autores. Al lado de las figuras del panteón escolar, se recuperaron del olvido obras importantes, como las *Cérémonies religieuses du monde* de Bernard Picart y Jean-Frédéric Bernard, vasta enciclopedia ilustrada de las costumbres religiosas que también se lee como un himno a la tolerancia.¹³ Sobre todo, se estudió con más seriedad a autoras cuyas obras se habían menospreciado durante mucho tiempo. Eruditas, como Anne Lefebvre Dacier, la traductora de Homero, lindaban con las sabias como la bolonesista Laura Bassi, primera mujer que ocupó una cátedra de física, o Émilie du Châtelet, que

⁷ Mario Rosa, “Le contraddizioni della modernità. Apologetica cattolica e Lumi nel Settecento”, *Rivista di storia e letteratura religiosa*, n° 44, 2008, pp. 73-114; David Sorkin, *The Religious Enlightenment. Protestants, Jews, and Catholics from London to Vienna*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2011; Jonathan Sheehan, “Enlightenment, Religion, and the Enigma of Secularization: A Review Essay”, *The American Historical Review*, vol. 108, n° 4, 2003, pp. 1061-1080; Ulrich Lehner, *The Catholic Enlightenment. The Forgotten History of a Global Movement*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

⁸ Jessica Riskin, *Science in the Age of Sensibility. The Sentimental Empiricists of the French Enlightenment*, Chicago, Chicago University Press, 2002; Robert Darnton, *La Fin des Lumières. Le mesmérisme et la Révolution* [1968], trad. de Marie-Alyx Revellat, París, Perrin 1984; Dan Edelstein (dir.), *The Super-Enlightenment. Daring to Know Too Much*, Oxford, Voltaire Foundation, 2010.

⁹ Charles Walton, *Policing Public Opinion in the French Revolution. The Culture of Calumny and the Problem of Free Speech*, Nueva York, Oxford University Press, 2009; Edoardo Tortarolo, *L’Invenzione della libertà di stampa. Censura e scrittori nel Settecento*, Roma, Carroci, 2011.

¹⁰ Barbara Taylor y Sarah Knott (dirs.), *Women, Gender and Enlightenment*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005; Silvia Sebastiani, *The Scottish Enlightenment. Race, Gender, and the Limits of Progress*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013; Florence Lotterie, *Le Genre des Lumières. Femme et philosophe au XVIII^e siècle*, París, Classiques Garnier, 2013.

¹¹ Linda Colley, *Britons. Forging the Nation, 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992; David A. Bell, *The Cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*, Cambridge, Harvard University Press, 2009.

¹² Bronisław Baczko, *Job, mon ami. Promesses du bonheur et fatalité du mal*, París, Gallimard, 1997.

¹³ Lynn Hunt, Margaret Jacob y Wijnand Mijnhardt, *Le Livre qui a changé l’Europe. Cérémonies religieuses du monde de Bernard Picart et Jean-Frédéric Bernard*, trad. de Syvie Kleiman-Lafon, Ginebra, Éditions Markus Heller, 2015.

explicaba el sistema de Newton a Voltaire. Se revaluó la importancia de historiadoras como Catherine Maccaulay, novelistas como Françoise de Graffigny y Louise de Kéralio, así como otras figuras más inclasificables, la marquesa de Lambert o Louise d'Épinay, por ejemplo, quienes reflexionaron, a cincuenta años de distancia una de la otra, sobre la educación femenina.¹⁴ El mundo de la Ilustración no es más el círculo de *gentlemen* que era hasta entonces. Finalmente, personajes más lejanos, como el jesuita mexicano Francisco Clavijero, contribuyeron a poblar nuevamente el mundo intelectual de la Ilustración más allá de los grandes nombres habituales. Esta ampliación de la mirada, beneficiosa, planteó nuevas preguntas. Treinta años de debates sobre el género y de estudios poscoloniales pusieron en cuestión el humanismo universalista. ¿Cómo explicar que tan pocos filósofos, salvo excepciones importantes, como Condorcet, defendieran la igualdad de sexos, incluso sobre el plano intelectual?¹⁵ ¿Se puede ser feminista y defender la Ilustración? ¿Era esta exclusivamente europea? Tantos interrogantes que ponen en entredicho las evidencias universalistas. “¿A quién pertenecían las Luces?”, pregunta el historiador ecuatoriano Jorge Cañizares-Esguerra.¹⁶ ¿Quién puede hoy identificarse con ellas y, por lo tanto, reivindicarlas?

Podríamos continuar indefinidamente; basta con desplegar la bibliografía. En el momento en que el debate público requiere nuevamente las Luces, concebidas de modo clásico como la lucha de la razón, de la tolerancia y de la libertad contra el oscurantismo religioso y la regresión política, pareciera que los historiadores solo tienen para ofrecer un espejo astillado, Luces tan plurales que se vuelven inasibles.

Varios historiadores, y no menores, respondieron al desafío, intentando defender una visión reunificada de las Luces, en una perspectiva abiertamente proselitista. Pero estas empresas, a pesar de sus esfuerzos meritorios, propusieron interpretaciones incompatibles, revelando la ausencia de consenso y, por lo tanto, la fragilidad de toda síntesis. De este modo, Anthony Pagden elogió el cosmopolitismo moderado de los enciclopedistas, Jonathan Israel identificó la modernidad con las Luces radicales, materialistas y democráticas, John Robertson insistió en el auge de la economía política, Margaret Jacob en las ciencias y la francmasonería, Vincenzo Ferrone en los derechos del hombre. Cada uno posee su gran hombre, que se supone encarna en el mejor de los casos el espíritu de la Ilustración: Jean Le Rond d'Alembert, Baruch Spinoza, David Hume, John Toland o incluso Gaetano Filangieri.¹⁷

¹⁴ Carla Hesse, *The Other Enlightenment. How French Women Became Modern*, Princeton, Princeton University Press, 2001; Élisabeth Badinter, *Émilie, Émilie. L'ambition féminine au XVIII^e siècle*, París, Flammarion, 1983; Paula Findlen, “Science as a Career in Enlightenment Italy. The Strategies of Laura Bassi”, *Isis*, vol. 84, n° 3, 1993, pp. 441-469; Huguette Krief y Valérie André (dirs.), *Dictionnaire des femmes des Lumières*, 2 vols., París, Honoré Champion, 2015.

¹⁵ Anthony J. La Vopa, *The Labor of the Mind. Intellect and Gender in Enlightenment Culture*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 2017.

¹⁶ Jorge Cañizares-Esguerra, “Whose Enlightenment Was it Anyway?”, *How to Write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001, pp. 266-345.

¹⁷ Anthony Pagden, *The Enlightenment and Why it Still Matters*, Oxford, Oxford University Press, 2015; Jonathan Israel, *Radical Enlightenment. Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, Oxford, Oxford University Press, 2001; John Robertson, *The Case for the Enlightenment. Scotland and Naples, 1680-1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; M. Jacob, *The Enlightenment. A Brief History with Documents*, Boston/Nueva York, St. Martin's Press, 2001; Vincenzo Ferrone, *Lezioni Illuministiche*, Roma, Laterza, 2010.

Sin embargo, los historiadores concuerdan en buscar una definición intelectual de las Luces entendidas como un conjunto de valores, de ideas, de textos canónicos, de grandes figuras. Pero el cuadro se complica a partir del momento en que se consideran los aportes esenciales de la historia social y cultural que, después de los años 1960, renovó profundamente nuestra comprensión de la Ilustración al subrayar los lugares de sociabilidad (academias, cafés, salones, logias masónicas), la circulación de los libros y de las revistas, las nuevas prácticas de lectura, la transformación de la propia filosofía como régimen de saber, o incluso las mutaciones económicas y sociales que acompañaron el auge de las Luces. Estas, una vez que se reinsertaron en los mundos sociales y políticos donde se habían desarrollado –monarquías ancestrales de las que nadie predecía el pronto fin, sociedades aristocráticas minadas por los comienzos del capitalismo y el nuevo ideal del mérito, una influencia cada vez mayor de Europa sobre el globo–, dejaron de aparecer como un movimiento de defensa de valores admirables pero un poco desencarnados.¹⁸ Esta historización, sin embargo, no estaba exenta de peligros. A fuerza de ampliar el contexto histórico, ¿no se corría el riesgo de perder de vista la naturaleza misma de ese movimiento intelectual, la conciencia que tenían los *filósofos* de combatir por las ideas? Al identificar la Ilustración con el conjunto de las transformaciones del siglo XVIII, aun cuando la mayor parte de la población permanecía afuera de los debates sabios de las élites, ¿no se hacía perder a la noción gran parte de su eficacia? Las figuras pioneras de la historia social y cultural de las Luces, como Robert Darnton y Daniel Roche, se encontraron ante un dilema: ¿era posible objetivar las Luces, inscribirlas en un pasado concluido, y reivindicarlas como un proyecto político siempre digno de defender?¹⁹

Se podría creer que se trata allí del debate clásico entre la historia de las ideas y la historia social, entre idealismo y materialismo. ¿Las ideas hacen la historia, especialmente las revoluciones? ¿O ellas son solo el fruto de las mutaciones sociales o culturales que se debe ante todo reconstituir? Los historiadores con frecuencia disfrutaron de tales debates, necesariamente insolubles. En el caso presente, sin embargo, el objetivo es a la vez más complejo y más específico porque la noción misma de “Luces” involucra de manera conjunta una concepción filosófica, universalista, y una perspectiva historicista, más particularista: ¿debemos hablar de la filosofía de las Luces o del siglo de las Luces?

Para algunos, las Luces designan un conjunto de valores y de conceptos: la libertad de expresión, la superioridad de la razón y del espíritu crítico por sobre la fe y la tradición, la to-

¹⁸ Dorinda Outram, *The Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995 [trad. esp. de Victoria Schussheim, *La Ilustración*, México, Siglo XXI, 2009]; Thomas Munck, *The Enlightenment. A Comparative Social History, 1721-1794*, Londres/Nueva York, Arnold/Oxford University Press, 2000 [trad. esp. de Gonzalo García, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2001]; Daniel Roche, *La France des Lumières*, París, Fayard, 1995; John Brewer, *The Pleasures of Imagination. English Culture in the Eighteenth-Century*, Londres, Harper Collins, 1997; Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990 [trad. esp. de Beatriz Lonne, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995]; Pierre-Yves Beaurepaire, *L'Europe des Lumières*, París, PUF, 2004 [trad. esp. *La Europa de las Luces*, Barcelona, Editorial Davinci Continental, 2009]; Arlette Farge, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIII^e siècle*, París, Seuil, “La Librairie du XXI^e siècle”, 1992; Antoine Lilti, *Le Monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIII^e siècle*, París, Fayard, 2005; Stéphane Van Damme, *À toutes voiles vers la vérité. Une autre histoire de la philosophie au temps des Lumières*, París, Seuil, 2014.

¹⁹ Daniel Roche, “Histoire de la France des Lumières”, conferencia inaugural en el Collège de France, 1999; R. Darnton, “George Washington’s False Teeth”, *New York Review of Books*, 27 de marzo de 1997, pp. 34-38; *id.*, *Pour les Lumières. Défense, illustration, méthode*, trad. de Jean-François Baillon, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 2002.

lerancia religiosa, una visión optimista de los progresos de la ciencia. Si bien estos valores conocieron un auge particular en la Europa del siglo XVIII, desbordan este contexto singular. Su alcance universal explica que con regularidad se pueda apelar a defenderlos, a renovarlos, a combatir en su nombre –a la inversa, nadie imaginaría luchar por el Renacimiento, por el Romanticismo o por la Belle Époque, cualquiera que sea la nostalgia que podamos sentir por estos períodos–. Asimismo, y con bastante lógica, historiadores de la filosofía extendieron la periodización de la Ilustración hacia atrás, bastante antes de la *Enciclopedia*, para caracterizar la superioridad de la razón contra la fe. Por ejemplo, Maimónides sería el representante de la “Ilustración judía” de la Edad Media, Averroes el de la Ilustración árabe del siglo XVII. En consecuencia, podemos desarrollar la hipótesis de la Ilustración china a comienzos del siglo XX o esperar la emergencia de un “Islam de la Ilustración”.²⁰

Para otros, en cambio, la Ilustración no se reduce a una lucha intemporal de la razón contra la fe, del progreso contra la tradición. Solo puede comprenderse en relación con las transformaciones históricas que afectaron a las sociedades de Europa Occidental en el siglo XVIII: la crisis de las monarquías absolutas, el progreso de las ciencias y las técnicas, los comienzos de la revolución industrial y, sobre todo, el auge del consumo, el desarrollo de la cultura impresa, el gran comercio internacional. Desde este punto de vista, las Luces están profundamente inscritas en su época, al punto de ser ellas la época misma. Se hablará entonces de la Europa de la Ilustración, de la Francia de la Ilustración, del Atlántico de la Ilustración.

A pesar de todo lo que las distingue, y a veces las opone, estas dos concepciones no pueden emanciparse en su totalidad una de la otra. La Ilustración, en tanto que concepto filosófico, está profundamente inscrita en su contexto histórico. Todos los intentos que se hicieron por generalizar el significado y los objetivos de las Luces jamás lograron borrar su arraigamiento en la historia europea del siglo XVIII. Sin duda, esto se debe a que los primeros filósofos que intentaron definir las, Kant y sobre todo Hegel, vieron allí un momento particular de la historia humana. Incluso Ernst Cassirer, aunque poco sospechoso de historicismo excesivo, circunscribió su obra maestra sobre la *Filosofía de la Ilustración* a los autores del siglo XVIII.²¹

A la inversa, como categoría histórica, la Ilustración continúa vehiculizando una herencia filosófica y política a defender o a contestar, mucho más que otro período (con excepción, tal vez, de la Revolución Francesa, que por cierto se le asocia especialmente en la historiografía francesa). En 1962, Alphonse Dupront comenzaba su curso en la Sorbona sobre la Ilustración con las siguientes palabras: “Somos hijos de la ‘intelligentsia’ francesa de la segunda mitad del siglo XVIII. [...] [Lo] más importante, en esta proximidad temporal de descendencia, es una continuidad directa que hace que este siglo XVIII esté aún entre nosotros, y trabaje en nosotros”.²² Difícilmente podríamos decirlo mejor: hablar de las “Luces” para designar el siglo XVIII es reconocer esta presencia persistente, reivindicar una filiación, reclamar una herencia intelectual. Más recientemente, Tzvetan Todorov afirmaba que el espíritu de la Ilustración era universal, a

²⁰ Leo Strauss, “La philosophie et la loi”, *Maimonide*, trad. y ed. de Rémy Brague, París, PUF, 1998; Pierre Bouretz, *Lumières du Moyen Âge. Maimonide philosophe*, París, Gallimard, 2015; Vera Schwarcz, *The Chinese Enlightenment. Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*, Berkeley, University of California Press, 1986; Malek Chebel, *Manifeste pour un Islam des Lumières*, París, Fayard, 2004.

²¹ Ernst Cassirer, *La Philosophie des Lumières* [1932], París, Fayard, 1966 [trad. esp. de Eugenio Ímaz, *Filosofía de la Ilustración*, México, FCE, 2013].

²² Alphonse Dupront, *Qu'est-ce que les Lumières?* [1962], París, Gallimard, 1996.

pesar de que las Luces mismas pertenezcan al pasado: “Todos somos hijos de la Ilustración, incluso cuando la atacamos”.²³ Antony Pagden, por su parte, comenzó su síntesis con un título explícito, *The Enlightenment and Why it Still Matters*, recordando que la herencia de las Luces sigue siendo un rasgo esencial del pensamiento moderno: “Si nos consideramos modernos, si somos progresistas, tolerantes y generalmente abiertos de espíritu [...], entonces tendemos a pensarnos como *ilustrados*”.²⁴ Ni uno ni otro disimulaban su objetivo: defender la Ilustración como ideal a la vez filosófico y político, frente a los nuevos desafíos que se planteaban.

De manera aun más explícita, una gran exposición organizada en el año 2006 en la Biblioteca Nacional de Francia tenía por nombre “¡Las Luces! Una herencia para mañana” [“Lumières! Un héritage pour demain”]. Los organizadores no disimulaban que la exposición apuntaba a encontrar en el siglo XVIII motivos esperanzadores después del 11 de septiembre de 2001. El “espectáculo de este mundo, todavía lleno de humo por el derrumbe de las torres”, había dejado resurgir los combates del siglo XVIII e imponía “devolverle a la Ilustración su plena virtud de fuerza y de inspiración”. Desde luego, los documentos que se presentaron en la exposición eran una herencia, pero una herencia activa capaz de producir efectos políticos y morales valiosos, con la condición de no permanecer como simples objetos de estudio, sino de liberar su poder espiritual: “Todo el propósito de estos tesoros del siglo XVIII que aquí se reunieron es el de recordar la base intelectual y moral que nos legó, rejuvenecer la reflexión crítica y, finalmente, dejar surgir del campo de la erudición estos documentos prestigiosos ofreciéndolos al análisis de nuestro tiempo, para la lucidez y para la acción”.²⁵

Allí está toda la cuestión: si los documentos del siglo XVIII tienen la reputación de contener una virtud política y moral, ¿cuál es el rol de la investigación histórica? Sería vano criticar esta retórica del “tesoro” en nombre de reglas de objetividad histórica o de un cuidado metodológico. Sería perder el punto esencial: la “Ilustración”, por construcción, es un concepto filosófico y político, el modo con el que designamos el relato de los orígenes de la modernidad europea inscribiéndolo en las transformaciones culturales del siglo XVIII. De inmediato, la definición de la Ilustración fue un objetivo político y polémico, una herencia a combatir o a reivindicar. Sus adversarios no cesaron de denunciarla, mientras que los revolucionarios la dotaban con una coherencia retrospectiva.²⁶ La noción regresó al centro de los combates filosóficos y políticos del siglo XX, durante el debate que opuso a Ernst Cassirer y Martin Heidegger en Davos en 1929, o en los primeros trabajos que Franco Venturi, por entonces militante antifascista exiliado en París, le dedicó a Diderot antes de convertirse en uno de los mayores historiadores de la Ilustración. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Ilustración fue a su vez consagrada como fundamento intelectual del mundo libre y denunciada, a veces fuertemente, por su culto de la razón instrumental o por sus acomodos con el colonialismo europeo.²⁷

²³ Tzvetan Todorov, *L'Esprit des Lumières*, París, Robert Laffont, 2006 [trad. esp. de Noemí Sobregués, *El espíritu de la Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017] [traducción nuestra].

²⁴ A. Pagden, *The Enlightenment and Why it Still Matters*, p. VII.

²⁵ Yann Fauchois, Thierry Grillet y Tzvetan Todorov (dirs.), *Lumières! Un héritage pour demain*, París, BNF, 2006, contratapa que retoma algunos fragmentos del prefacio de Jean-Noël Jeanneney.

²⁶ Darrin McMahon, *Enemies of the Enlightenment. The French Counter-Enlightenment and the Making of Modernity*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

²⁷ Peter Gordon, *Continental Divide. Cassirer, Heidegger, Davos*, Cambridge, Harvard University Press, 2012; Adriano Viarengo, *Franco Venturi, Politica e Storia nel Novecento*, Roma, Carocci, 2014; Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *La Dialéctica de la razón. Fragmentos filosóficos* [1944], trad. de Éliane Kaufholz, París, Galli-

La transformación de la Ilustración en un concepto historiográfico fue tardía y jamás fue total.²⁸ Es necesario aceptar, por lo tanto, sostener los dos extremos. Pensar la pluralidad doctrinal de las Luces, su inscripción en un momento específico de la historia europea, pero también aceptar la idea de que la Ilustración existe como objeto histórico solo por medio de las sucesivas reformulaciones que reactivaron los desafíos. Es imposible objetivar de modo estricto “la Ilustración”, colocarla a distancia, ubicarla en un tiempo concluido del que podríamos hablar con una fría indiferencia. No se rompen fácilmente “esos círculos donde la ideología de la Ilustración se repite sin tregua en un lenguaje que no agotó sus virtualidades” –de los que George Benrekassa intentaba abstraerse–.²⁹ Hablar de la Ilustración, antes que del siglo XVIII, es intentar comprender una tradición de la que no escapamos, ya sea para reivindicarla o bien para oponernos a ella. No es la menor de las paradojas. La Ilustración, que quería romper con la autoridad de la tradición, se convirtió en un argumento de autoridad, un corpus de obras canónicas que impregnó profundamente toda la cultura occidental. Aun más que con otros objetos, otros períodos, el historiador debe renunciar a un engaño de objetividad, una imparcialidad solo aparente. No tiene otra opción que asumir la relación hermenéutica que lo une a la Ilustración, reconocer en ella un relato fundador que puede discutir, incluso criticar, pero del que no puede abstraerse en su totalidad. Toda historia se escribe en el presente, desde un lugar específico, esto es evidente. Ella depende de los deseos, las inquietudes, los interrogantes que el historiador proyecta allí y de muchas mediaciones que lo unen al pasado.³⁰ Esta evidencia se impone con una fuerza particular a aquellas y aquellos que estudian la Ilustración.

Formular la pregunta en estos términos, es decir desde una perspectiva hermenéutica, permite escapar de un falso dilema que obligaría a elegir entre una concepción esencialista de la Ilustración, que le confiere un contenido unívoco, y una concepción nominalista que no ve en ella más que una construcción retrospectiva, abierta a todas las apropiaciones. Sin embargo, las Luces no son ni una doctrina coherente ni un mito falaz, sino el gesto reflexivo y a la vez narrativo a través del que, desde el siglo XVIII, numerosos autores intentaron definir la novedad de su propia época. Ellas designan el espacio conflictivo en el que los intelectuales pensaron la experiencia de la modernidad y, a la vez, lucharon para profundizarla y orientarla. Ya sea que se trate de las ambivalencias de la autonomía individual, de las potencialidades y de los peligros de la explotación del medio ambiente, o incluso de la autonomización del orden comercial, es imposible identificar “la Ilustración” con una posición única. Por el contrario, se caracteriza por la intensidad de los debates contradictorios y críticos. En ella encontramos tanto los gérmenes de un optimismo racionalista, tecnófilo y economicista, como los funda-

mard, 1983 [trad. esp. de Juan José Sánchez, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Editorial Trotta, 1994].

²⁸ No disponemos de una verdadera historia de la noción, con sus variaciones lingüísticas (*Aufklärung, Enlightenment, Iluminismo, Ilustración, Lumières*). Encontramos elementos importantes en James Schmidt, “Inventing the Enlightenment. Anti-Jacobins, British Hegelians, and the Oxford English Dictionary”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n° 3, 2003, pp. 421-443; Daniel Roche y Vincenzo Ferrone (dirs.), *Le Monde des Lumières*, París, Fayard, 1999, pp. 495-569; Giuseppe Ricuperati (dir.), *Historiographie et usages des Lumières*, Berlín, Berlin Verlag, 2002; Keith Michael Baker y Peter Hans Reill (dirs.), *What’s Left of Enlightenment? A Postmodern Question*, Stanford, Stanford University Press, 2003.

²⁹ George Benrekassa, *Le Concentrique et l’Excentrique. Marges des Lumières*, París, Payot, 1980, p. 13.

³⁰ Antoine Lilti, “Rabelais est-il notre contemporain? Histoire intellectuelle et herméneutique critique”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, vol. 5, 2012, pp. 65-84.

mentos de una reflexividad inquieta, de una conciencia ecologista precoz y de una crítica de la economía política.³¹

Si las Luces adquirieron y conservaron tal importancia, no se debe solo a la persistencia o al resurgimiento de los debates intelectuales y políticos inaugurados por ellas, sino porque enseguida se presentan bajo una forma profundamente histórica y reflexiva. La afirmación podrá sorprender. ¿No datamos, generalmente, en el siglo XIX el acta de nacimiento de la historia como disciplina sabia? ¿Los filósofos del siglo XVIII, a la inversa, no eran razonadores abstractos, desprovistos de todo sentido real de la historia? En realidad, no es así. La inmensa mayoría de los autores de la Ilustración, a pesar de sus divergencias, concebían al hombre como un ser histórico cuyas costumbres, creencias, formas de organización social o política varían en el tiempo. De Montesquieu a Adam Smith, de Hume a Diderot, todos intentaron explorar, bajo formas narrativas o analíticas, esta historicidad. Emancipándose de la historia providencial cristiana y de la historia edificante de los humanistas, los grandes historiadores de las Luces, como William Robertson, Edward Gibbon o Johann Christoph Gatterer, se esforzaron por pensar el nacimiento del mundo moderno y el rol específico de Europa. Antes de ser un movimiento militante, la Ilustración fue primero un relato, que asumió la idea de una ruptura fundadora con el pasado, especialmente con los siglos oscuros de la Edad Media, pero también, de manera más sutil, con el modelo antiguo. Este gesto historiográfico y reflexivo tomó su impulso en la querrela de los Antiguos y los Modernos.³² Las Luces le añadieron una reflexión más elaborada sobre la historia como proceso que culminó en los debates sobre la “civilización”, ese pasaje de las costumbres bárbaras a las sociedades civilizadas, verdadero esquema del pensamiento histórico del siglo XVIII.

En este relato, el vocabulario de las “luces” se vuelve central. La palabra, siempre con una minúscula inicial, no designa una corriente intelectual sino los conocimientos útiles y la capacidad de juzgar de modo justo. La metáfora de la luz como verdad no es nueva, posee raíces religiosas muy antiguas (la luz divina) y filosóficas (la luz natural de la razón). Utilizada desde hace un tiempo en plural, ella marca un giro. La verdad no es revelada, no es el fruto de un esfuerzo solitario de la razón individual: es el resultado de un trabajo colectivo, de una acumulación del saber, del progreso del espíritu crítico. La capacidad de discernimiento es una facultad propiamente humana, a la vez individual, ya que descansa en la razón, y social ya que implica que cada uno pueda apoyarse en los conocimientos establecidos y disponibles. En la segunda mitad del siglo, sobre todo en Francia, el léxico de las “luces” se volvió omni-

³¹ Acerca de la reflexividad ecológica, véase especialmente Fredrik Abrisson Jonsson, *Enlightenment's Frontier. The Scottish Highlands and the Origins of Environmentalism*, New Haven, Yale University Press, 2013; Richard Grove, *Green Imperialism. Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, y Grégory Quenet, “Protéger le jardin d’Éden”, en Richard Grove, *Les Îles du Paradis. L’invention de l’écologie aux colonies, 1660-1854*, trad. de Mathias Lefèvre, París, La Découverte, 2013, pp. 77-120. Acerca de los debates alrededor de la economía política véase Jean-Claude Perrot, *Une histoire intellectuelle de l’économie politique, XVII-XVIII^e siècles*, París, Éditions de l’EHESS, 1992; Catherine Larrère, *L’invention de l’économie au XVIII^e siècle*, París, PUF, 1992; Steven L. Kaplan, *Raisonnement sur les blés. Essais sur les Lumières économiques*, París, Fayard, 2017.

³² Dan Edelstein, *The Enlightenment. A Genealogy*, Chicago, Chicago University Press, 2010; Céline Spector, “Les Lumières avant les Lumières: tribunal de la raison et opinion publique”, en *Les Lumières, un héritage et une mission. Hommage à Jean Mondot*, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 2012, pp. 53-66; Dan Brewer, *The Enlightenment Past. Reconstructing Eighteenth-Century French Thought*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008.

presente al punto de convertirse en un lugar común, casi un eslogan.³³ Se analizaron sus progresos, se defendió su difusión, se señaló la preocupación por su desaparición. La verdad no se devela por ella misma, les corresponde a los filósofos disipar los prejuicios y propagar las luces. En Alemania, fue un término nuevo, *Aufklärung*, que asumió la evolución de la metáfora, haciendo todavía más evidente la idea de un proceso colectivo y la responsabilidad de una élite ilustrada. Posteriormente, se necesitó más de un siglo para que estos términos se convirtieran en categorías historiográficas. Pero, ya en ese entonces, los debates que suscitaron pusieron de manifiesto una toma de conciencia de orden histórico: la certeza de que los progresos acumulativos son posibles y que dependen de un esfuerzo colectivo de emancipación intelectual, esa “revolución en los espíritus” que por lo general Voltaire evocaba. Si no hay que exagerar el efecto de ruptura ni otorgar demasiado crédito al modo con el que los filósofos proclamaron la aparición de un “siglo iluminado”, no deja de ser cierto que los hombres y las mujeres de las Luces muchas veces tuvieron la certeza de vivir tiempos nuevos. Esta seguridad, no desprovista de exaltación, pero también de dudas y de ironía, explica la multiplicación de los diagnósticos históricos, de las genealogías intelectuales y de las profecías filosóficas que ritmaron la actualidad editorial del siglo.

“Todo nos concierne”

Si las manifestaciones de enero de 2015 naturalmente acudieron a Voltaire, fue porque la lucha contra el fanatismo religioso parecía necesitar al autor del *Tratado sobre la tolerancia*. Pero hay más. Montesquieu es demasiado moderado, Kant demasiado abstracto, Newton demasiado científico, Hume demasiado filosófico, Smith demasiado economista, Beccaria demasiado jurista, Rousseau demasiado singular, Jefferson demasiado político, Staël demasiado literaria, Voltaire, por su parte, es el símbolo de los combates por la tolerancia y contra la injusticia, y evoca la levedad, la alegría, un inagotable júbilo intelectual. También encarna los límites de la Ilustración, con frecuencia denunciados: un innegable conservadurismo social y político, un gusto pronunciado por los déspotas iluminados, posiciones dudosas acerca de la jerarquía de las razas, o incluso cierta superficialidad, como si la ironía volteriana careciera de profundidad, de sentido del matiz y de lo trágico. Sin embargo, se acude a Voltaire cuando es necesario reafirmar la herencia de las Luces. Ya antes los revolucionarios se habían prestado a ello en 1791 cuando condujeron sus restos al Panteón con gran pompa; luego los republicanos de 1878, en el centenario de su muerte; los intelectuales comprometidos a lo largo del siglo xx; y la República herida, nuevamente, por lo tanto, en 2015.³⁴

Voltaire no es solo el detractor del fanatismo y el defensor de Jean Calas, también es el autor de una obra histórica importante, con demasiada frecuencia desestimada. Por supuesto, conocemos el *Siglo de Luis XIV*, a pesar de que ya casi no se lea. A veces se olvida que Vol-

³³ Hans Blumenberg, “Licht als Metaphor der Wahrheit” [1957], traducción: “La lumière comme métaphore de la vérité”, en Martine Bouchier (dir.), *Lumières*, París, Ousia, 2003, pp. 201-230; Roland Mortier, “‘Lumière’ et ‘Lumières’ au xvii^e et au xviii^e siècle”, *Clartés et Ombres du siècle des Lumières*, Ginebra, Droz, 1969, pp. 13-59.

³⁴ Jean-Marie Goulemot y Éric Walter, “Les centenaires de Voltaire et de Rousseau. Les deux lampions des Lumières”, en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. 1: *La République*, París, Gallimard, 1984, pp. 381-420; Jean-Marie Goulemot, *Adieu les philosophes. Que reste-t-il des Lumières?*, París, Seuil, 2001, pp. 76-85.

taire dedicó muchos años a la redacción de una historia universal que en Europa tuvo mucha repercusión: el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, ambicioso relato de la historia del mundo, publicado por primera vez en 1756, aumentado y revisado hasta su muerte.

Ya en 1742 había publicado las breves *Reflexiones sobre la historia*. Con su elocuencia habitual y su gusto por la polémica, el filósofo atacaba la historia antigua. A la compilación de fábulas y de anécdotas inverificables, oponía una historia seria, “útil”, compuesta con “el espíritu filosófico”. Esta solo debería iniciarse a “fines del siglo xv”, cuando la invención de la imprenta puso a disposición fuentes más numerosas y confiables. El mundo conoció entonces una transformación profunda, unida al descubrimiento y la conquista europeos de América, a la Reforma protestante y a la emergencia de un nuevo orden político europeo: “Se somete un nuevo mundo, y el nuestro es totalmente diferente”.³⁵ Voltaire no fue el primero, por supuesto, en oponer los tiempos modernos a la Edad Media, pero, a diferencia de los humanistas del Renacimiento, no se trataba en absoluto de volver a la Antigüedad sino, por el contrario, de tomar conocimiento de una cesura radical y definitiva para concentrarse sobre un pasado más reciente cuyos efectos todavía se percibían. La historia es la disciplina que permite pensar lo que le sucedió a Europa y al mundo desde esta ruptura inaugural. No se la debe confundir con la recopilación de hechos curiosos o edificantes del pasado. Colocando a un lado los placeres de la ficción, ella propone un saber útil sobre las transformaciones que culminaron en el mundo moderno.

Esta es la historia que todo hombre debe saber [...]. Todo nos concierne, todo está hecho para nosotros: la plata sobre la que comemos una comida, nuestros muebles, nuestras necesidades, nuestros nuevos placeres, todo nos recuerda que cada día América y las grandes Indias, y por consiguiente todas las partes del mundo entero, desde hace alrededor de dos siglos y medio están reunidas gracias a la industria de nuestros padres. No podemos dar un paso sin que se nos advierta sobre el cambio que se operó desde entonces en el mundo.

Porque esta historia es radicalmente presentista, ella supone la afirmación de un “nosotros”. La historia que hay que aprender es aquella que “nos concierne”. La identidad de perspectivas e intereses que relaciona a Voltaire con su lector no necesita ser explicitada. Enseguida se la considera como una evidencia, directamente indexada a una situación histórica: la de los europeos ilustrados, que tienen gran afición por la opinión crítica y los “asuntos serios”.

Detrás de las fórmulas lapidarias de Voltaire, reconocemos, como bajo el efecto de una lente de aumento, una concepción de la historia que nos es familiar: la preocupación por distinguir la historia seria de los cuentos y leyendas basándola en documentos confiables; el rechazo de la erudición antigua en provecho de una comprensión de los efectos del pasado sobre el presente; la voluntad, finalmente, por comprender las transformaciones sociales, culturales y políticas que están en el origen del mundo moderno. La historia ya no está reducida a una serie de nombres propios, de reyes y de dinastías, de anécdotas edificantes; ella ambiciona fomentar una comprensión total del mundo que el historiador heredó. Es de ese modo que

³⁵ Voltaire, *Remarques sur l'histoire* [1742], en *Œuvres historiques*, ed. de René Pomeau, París, Gallimard, 1957, p. 44 [traducción nuestra].

podemos comprender, en primera instancia, esta fórmula que suena como un lema: “Todo nos concierne”. Todo compone la historia, desde el momento en que sabemos integrarlo a una reflexión crítica y reflexiva sobre el presente.

La seguridad de Voltaire, sin embargo, desconcierta. Si reconocemos en su proyecto las raíces de una historia crítica, ambiciosa y mundial, nos es difícil adherir a la opinión de que “todo está hecho para nosotros”, que la historia del mundo converge naturalmente para satisfacer las necesidades y los placeres de los europeos. Lo que comprendemos es la arrogancia del presente, la buena conciencia colonial, el júbilo consumista, toda aquella ingenuidad moderna de la que aprendimos a desconfiar. La acrecentada interdependencia de todas las partes del mundo se describe como un fenómeno totalmente positivo del que los europeos satisfechos no tendrían más que felicitarse, al tiempo que agradecerían por ello el trabajo de sus antepasados. Escuchamos acá los ecos de *El mundano* y de la *Apología del lujo*, escritos unos años antes, en los que Voltaire elogiaba los efectos de la “industria humana” y los placeres del lujo. Se leía allí el mismo vocabulario, el mismo elogio del comercio que había “reunido uno y otro hemisferio” gracias a la circulación de los bienes y de las mercancías. A las críticas del lujo, sobre todo cristianas, Voltaire ya oponía una celebración de la mundialización feliz. (“Todo el universo ha trabajado para usted/ Para que en paz, en su feliz cólera/ Usted insulte, piadoso atrabiliario,/ Al mundo entero, agotado por complacerle”). Esta evocación de un mundo agotado no era una invitación a sublevarse en contra de la explotación europea de los recursos naturales y del trabajo colonial, sino más bien a regocijarse, a aprovechar sin ingratitud el café de Arabia, la plata de Potosí, las porcelanas de China. Lo esencial, para Voltaire, era oponer a la providencia divina el rol de la industria y del comercio. Fascinado con el modelo inglés, solo deseaba ver en el confort material los frutos del espíritu de lo serio. Lo que desapareció, por supuesto, detrás de esta apología de un modo de vida refinado autorizado por el comercio mundial y la acumulación de riquezas, son las injusticias y las violencias que acompañaron esta primera mundialización.

¿Este silencio desacreditó su empresa intelectual? ¿Debemos entonar la crítica de la Ilustración colonialista? No, porque este breve texto de 1742 estaba lejos de ser la última palabra de su autor. El deseo de conocer y comprender llevaba el germen de una reevaluación más crítica del estado del mundo. El *Ensayo sobre las costumbres* lo pone en evidencia. De inmediato, Voltaire puso de relieve la antigüedad y la grandeza de las civilizaciones orientales, especialmente la de China y la India. Se trataba no solo de criticar la historia providencialista cristiana de Bossuet, presuntamente universalista, cuando en realidad olvidaba “las tres cuartas partes del Universo”, sino también de preguntarse sobre el lugar de Europa en la historia del mundo. Voltaire volverá sobre este punto en repetidas ocasiones. Era sincero su interés por China y por la India. Era la prueba de un nuevo vínculo con el mundo, emancipado de la perspectiva cristiana y de la cronología bíblica.³⁶

La historia colonial de Europa fue también reinterpretada en una perspectiva cada vez más crítica. El descubrimiento de América, si bien fue “el acontecimiento más grande de nuestro globo”, fue “funesto para sus habitantes, y algunas veces para los mismos conquistadores”.³⁷

³⁶ Urs App, *The Birth of Orientalism*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 2010, pp. 15-76.

³⁷ Voltaire, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations et sur les principaux faits de l'histoire depuis Charlemagne jusqu'à Louis XIII* [1756], ed. de René Pomeau, París, Classiques Garnier, 1963, vol. 1, p. 330 [trad. esp.: *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia*, vol. VI, París, Librería Americana, 1827, p. 316].

Apoyándose en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, publicado dos siglos antes, Voltaire denunció la “carnicería” provocada por la conquista con términos que revelaron un malestar creciente: “La mezcla de grandeza y de crueldad, espanta e indigna. Infinitos horrores deshonraron las grandes acciones de los vencedores de la América”.³⁸ Durante los años 1760, otros textos enfatizaron la crítica de la colonización europea en América. La ambivalencia ya no era necesaria: la conquista fue un “crimen” y una “devastación”:

En esta enumeración de tantos horrores, anotemos sobre todo los doce millones de hombres aniquilados en el vasto continente del nuevo mundo. Esta proscripción es, con relación a todas las otras, lo que sería el incendio de la mitad de la tierra para algunos pueblos. Jamás este desdichado globo conoció una devastación más horrible y más general, y jamás un crimen fue mejor demostrado.³⁹

Entre todas esas crueldades, a fines de los años 1750 emergía una pregunta: la de la esclavitud. Precisamente, en un capítulo agregado en 1761 al *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, Voltaire evocó a los esclavos de Santo Domingo, “que abreviaban su vida para deleitar nuestros nuevos apetitos, y para satisfacer nuestras nuevas necesidades que nuestros padres no habían conocido”. Ya no se trataba acá de los crímenes de los conquistadores españoles del siglo xvi, sino de la situación de los esclavos en las colonias francesas contemporáneas. Mientras Voltaire se alegraba, veinte años antes, de disfrutar de numerosos productos exóticos gracias a “la industria de nuestros padres”, aquí, en cambio, denunció las necesidades desconocidas de las generaciones precedentes que obligaban a “hacer perecer a los hombres”. Los tratos inhumanos infligidos a los esclavos revelaban la hipocresía no solo de los misioneros sino también de los administradores y de los filósofos: “Después de eso, ¿osamos hablar del derecho de gentes?”. ¿El humanismo cosmopolita no era más que un engaño?

La descripción de los castigos crueles evidentemente hacía eco al célebre capítulo de *Cándido*, publicado en 1758, en el que el héroe encuentra un esclavo de Surinam en harapos, a quien un amo cruel le había hecho cortar un brazo y una pierna: “Nos dan un calzón de tela por todo vestido dos veces al año. Cuando trabajamos en las azucareras y la muela nos arranca un dedo, nos cortan la mano; cuando nos queremos escapar, nos cortan la pierna: me he encontrado en ambos casos. A ese precio ustedes comen azúcar en Europa”.⁴⁰

La fórmula, tanto más implacable cuanto que se presenta como una constatación, invierte el punto de vista. A la satisfacción despreocupada que Voltaire expresaba en los textos anteriores, le siguió el acto de acusación que les devolvía a los europeos su responsabilidad. El azúcar que se consumía en Europa ya no era un beneficio del comercio mundial, sino el fruto del trabajo de los esclavos y se pagaba con maltratos físicos. El “nosotros” triunfante cambia por “ustedes” y la confianza europea se ve fragilizada, minada por la interpelación. El esfuerzo, incluso ficticio, incluso insuficiente, para contemplar el punto de vista del otro introdujo un poco de mala con-

³⁸ Voltaire, *Essai sur les mœurs*, p. 332 [*ibid.*, vol. VII, p. 33].

³⁹ Voltaire, “Des conspirations contre les peuples, ou des proscriptions” [1766], que retomó en 1772 en *Questions sur l'Encyclopédie* (véase *id.*, *Œuvres complètes*, ed. de Nicolas Cronk y Christiane Mervaud, vol. 40, Oxford, Voltaire Foundation, 2009, p. 216) [traducción nuestra].

⁴⁰ Voltaire, *Candide* [1759], en *Romans et contes*, ed. por René Pomeau, París, Flammarion, 1969, p. 222 [trad. esp. de María Teresa León, *Cándido o el optimismo*, Buenos Aires, Losada, 2005, p. 96].

ciencia, de culpabilidad, o al menos de responsabilidad. El gesto no llega a extenderse hasta incluir en el “nosotros” a los esclavos y en esto el cosmopolitismo permanece incompleto, pero se abrió al cuestionamiento. Interpelados por el relato del esclavo, los europeos estaban obligados a mirarse a través de él, ya no podían ignorar que su prosperidad tenía un costo humano que contradecía sus principios. La suerte de los esclavos, asimismo, les concernía.

Voltaire no fue el único en tomar conciencia de esa culpabilidad. Algunos meses antes, en *Del espíritu*, Helvétius denunciaba la esclavitud y comentaba: “Se convendrá en que no llega ningún barril de azúcar a Europa que no esté teñido de sangre humana. Ahora bien, ¿qué hombre, a la vista de las desgracias que ocasionan el cultivo y la exportación de este alimento, se negaría a privarse de él y no renunciaría a un placer comprado con las lágrimas y la muerte de tantos desgraciados? Apartemos la vista de un espectáculo tan funesto, que tanto avergüenza y horroriza a la humanidad”.⁴¹ La conclusión sacó a la luz, no sin ambigüedad, la hipocresía de los europeos que preferían no ver, no saber, para poder continuar consumiendo tranquilamente, al tiempo que se jactaban de ser humanos e ilustrados.

Cándido, por su parte, no desvía la mirada. El espectáculo del esclavo mutilado le arranca lágrimas y lo conmueve. “¡Oh, Pangloss!, gritó Cándido, tú no habías adivinado este horror, pero es un hecho y al fin tendré que renunciar a tu optimismo. –¿Qué es optimismo?, decía Cacambo. –¡Ay!, dijo Cándido, es el delirio de sostener que todo está bien cuando está mal. Y vertía lágrimas mirando a su negro.”⁴²

La conclusión del cuento, como todos sabemos, defiende el aislamiento en la pequeña comunidad amistosa. La célebre consigna “cultivemos nuestro jardín” no designa solo una sabiduría minimalista y práctica, opuesta a la metafísica de Pangloss, también invita a renunciar a las riquezas del mundo (las ovejas y el oro de Eldorado) para solo consumir alimentos simples, producidos localmente.

Desde luego, los límites de esta crítica de la esclavitud y de la colonización son incuestionables. Voltaire se contentó con hacer del esclavo de Surinam un episodio entre otros de los desórdenes del mundo y denunció más los malos tratos que el principio mismo de la esclavitud. Es fácil encontrar elementos para elevar un cuestionamiento contra Voltaire y su moderación, e incluso sus prejuicios racistas.⁴³ Pero lo esencial está en otra parte: su evolución es la prueba de la transformación a través de la cual el pensamiento europeo, a mediados del siglo, tomó conciencia de una nueva relación con el mundo. Encontramos los primeros signos en la ironía de Montesquieu hacia la esclavitud, y esta crítica se extenderá a la siguiente generación para volverse crucial a fines del siglo. Una evolución semejante tuvo lugar en toda Europa. En algunos decenios, el optimismo de las Luces se cubrió de inquietud con la toma de conciencia de la responsabilidad de Europa y de los posibles excesos de la civilización. En un contexto marcado por la guerra de los Siete Años (1756-1763) y las rivalidades coloniales, en América como en India, incluso los más optimistas observaban, no sin inquietud, la evolución del mundo. Voltaire le dio a esta inquietud una forma particular, reflejando en su propia escritura,

⁴¹ Claude-Adrien Helvétius, *De l'esprit*, París, Durand, 1758, p. 25 [trad. esp.: *Del espíritu*, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 124].

⁴² Voltaire, *Candide*, p. 223 [ed. esp., p. 97].

⁴³ Para un enfoque medido de las posiciones de Voltaire y que toma nota de su evolución, véase Carlo Ginzburg, “Commerce et tolérance: Auerbach lit Voltaire”, *Le Fil et les Traces. Vrai faux fictif*, trad. de Martin Rueff, Lagrasse, Verdier, 2010, pp. 169-204.

a fuerza de fórmulas irónicas y de rupturas de tono, las contradicciones y las ambivalencias que trabajaban el pensamiento de la Ilustración.⁴⁴

Por lo tanto, se puede comprender de otro modo el “Todo nos concierne” que el filósofo proclamó con orgullo al meditar sobre la historia. Todo está hecho para nosotros, agregó. Lo que tambaleó fue esa confianza sobre la puesta a disposición del mundo. Todo nos concierne porque todo es asunto nuestro: no solo somos los beneficiarios de este nuevo orden del mundo, de la industria de nuestros padres no heredamos un globo uniforme, también somos los actores de este cambio, debemos mirar de frente las consecuencias de las nuevas y superfluas necesidades que nos hemos creado. Diderot y otros fueron mucho más lejos. Pero que Voltaire, el mismo que antes elogiaba, sin reparos, la reunión de los dos hemisferios gracias a los beneficios del comercio, introdujera esta pizca de mala conciencia dice mucho acerca de las tensiones que dan forma a las Luces, desde el momento en que se trató de dar un juicio firme sobre los beneficios de las conquistas. “Todo nos concierne”, por nuestra parte, lo entendemos de un modo un poco diferente. Todo nos concierne, todo compone la historia, de acuerdo. Pero también lo comprendemos en un sentido que era extranjero para Voltaire o que solo podía presentir, el de una gran responsabilidad que, por nuestra parte, hemos heredado. Todo nos concierne, todo nos compromete.

¿Qué herencia?

Como hemos podido comprender, dos convicciones guían la reflexión de este libro. La primera es que las Luces no son ni una doctrina filosófica, ni un conjunto coherente de ideas y de valores, ni siquiera un programa reformador, sino un movimiento intelectual polifónico y profundamente reflexivo cuyas tensiones y fisuras son desafíos que acompañaron la entrada en el mundo moderno. En particular, examinaremos dos: la relación de Europa con el mundo y las nuevas figuras de lo público que aparecieron. El primero se pregunta por el universalismo de la Ilustración y sus contradicciones, el eurocentrismo y sus límites, la abertura incompleta a la diversidad del mundo. El segundo desafío interroga lo que queda en el corazón de las Luces: un militantismo intelectual que implica pensar la eficacia política de los escritos. El combate es literario tanto como conceptual: hay una cuestión de formatos, de estilos, de géneros. No se desarrolló únicamente en un escenario filosófico, sino en un espacio público sensible, modelado por la prensa, las novelas y los escándalos. Las emociones tuvieron lugar tanto como los argumentos. ¿Cómo dirigirse a este nuevo público, cómo iluminarlo?

Otras elecciones hubieran sido posibles, y otros temas serán evocados de manera más oblicua. Pero aquello que estos dos objetivos circunscriben es nada menos que los objetivos de la mundialización y de la mediatización, dos evoluciones mayores que continúan pesando sobre nuestra situación histórica y a las que es mejor no oponer respuestas demasiado simples. Es la segunda certeza sobre la que se apoya este libro: aquello que sostiene la “Ilustración” como objeto histórico, distinto de la “filosofía del siglo XVIII”, es la necesidad que tenemos, la

⁴⁴ Jean Starobinski, “Le fusil à deux coups de Voltaire”, *Le Remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice au siècle des Lumières*, París, Gallimard, 1989 [trad. esp. de José Luis Arántegui, *Remedio en el mal*, Madrid, Machado Libros, 2005].

continua e incansable necesidad que tenemos de confrontarnos con la escena original de esperanzas y temores que la modernidad despierta. Si no existe objeto de historia por fuera del gesto historiográfico que la actualidad recuerda, entonces debemos hacerlo con conocimiento de causa.

No estamos condenados a renunciar a la herencia de la Ilustración. Pero debemos asumirla como una herencia local y plural. No un credo racionalista universal que se trataría de defender en contra de sus enemigos, sino la intuición inaugural de una relación crítica de una sociedad consigo misma. Reivindicar la herencia de la Ilustración implica necesariamente, por lo tanto, reflexionar sobre los contornos del “nosotros” que esta herencia reclama, que afirma esta filiación, que pretende que “todo nos concierne”. El universalismo de la Ilustración, en la actualidad, tal vez no es más que una manera de volverlo habitable para aquellos que desean reivindicarlo. Esto implica asumir su polifonía, no silenciar las disonancias, acordar a las ambivalencias y a las contradicciones más atención que a las proclamaciones dogmáticas. El dialogismo de las Luces es también lo que permite ampliar el “nosotros”, volverlo más hospitalario o, por lo menos, deshacer su obviedad. Los autores de las Luces que eran, en lo esencial, hombres europeos, intentaron integrar otras voces, otros discursos, otros puntos de vista: los de las mujeres, de los indígenas, de los esclavos incluso, para los más audaces. Intento incompleto, a veces contestable y que comportaba sus contradicciones, pero cuya propia existencia volvió esta herencia susceptible de apropiaciones múltiples. Desde el fin del siglo, Olympe de Gouges o Mary Wolstonecraft utilizaron las ideas y las palabras de los filósofos para reivindicar la igualdad de derechos. Olaudah Equiano, antiguo esclavo africano, se convirtió en una figura de la lucha abolicionista y adoptó el humanismo cristiano de la Ilustración inglesa.⁴⁵

Los capítulos que siguen están organizados en tres partes. La primera, que se abre con una reflexión sobre los aportes y los límites de la crítica poscolonial, está dedicada al universalismo de la Ilustración. Este sigue siendo uno de los aspectos más atractivos, pero también el más cuestionado. Una vez planteados los términos del debate contemporáneo, nos preguntaremos sobre los avatares del concepto de “civilización” que, durante mucho tiempo, resumió los objetivos, desde el pensamiento histórico y filosófico de la Ilustración hasta las ciencias sociales del siglo xx. De Voltaire a Braudel, pasando por Volney, Condorcet, Guizot y Lucien Febvre, la idea misma de “civilización” fue, durante dos siglos, una manera ineludible de articular el horizonte universalista de una igual dignidad del género humano con un eurocentrismo más o menos asumido. Seguir algunas de sus elaboraciones, y las dificultades que ellas plantearon, significa entrar directamente en la complejidad de las Luces. Estas articulan, según modalidades diferentes, una ambición científica, una teorización filosófica y un combate político.

Una segunda parte amplía el punto de vista para interrogar los vínculos que la Ilustración mantuvo con la noción de modernidad. Se revisarán varios debates historiográficos de los últimos veinte años, acerca del espacio público, el nacimiento de la sociedad de consumo o incluso la Ilustración radical. Se tratará también de preguntarse sobre la naturaleza de las operaciones que permiten pensar conjuntamente las transformaciones sociológicas de la modernidad

⁴⁵ Kate Soper, “Feminism and Enlightenment Legacies”, en Barbara Taylor y Sarah Knott (dirs.), *Women, Gender and Enlightenment*, pp. 705-715; Olaudah Equiano, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa the African, Written by Himself*, Londres, s.e., 1789; Srinivas Aravamudan, *Tropicopolitans. Colonialism and Agency, 1688-1804*, Durham, Duke University Press, 1999, pp. 233-288.

y la herencia teórica de la Ilustración. La certeza que guía estos capítulos, así como el conjunto del libro, es que la antigua oposición entre historia intelectual e historia social ha caducado.

Finalmente, en un tercer momento, quisiera poner de manifiesto la pregunta política de la Ilustración como movimiento pedagógico y militante, al que sus propias dudas ante las transformaciones del espacio público y mediático dan forma. El optimismo que generalmente se le asocia no lo define en su totalidad. El ideal emancipador se encontró con las condiciones de expresión de una palabra verdadera. ¿Cómo hacerse escuchar cuando proliferan los malos libros, los diarios, los rumores? ¿Se puede iluminar a un público que no desea serlo? ¿Con qué motivo un intelectual puede considerar que posee una relación privilegiada con la verdad? ¿Cómo luchar contra los charlatanes que abusan del público prometiéndoles remedios ilusorios? Estas preguntas, familiares para nosotros, ya alimentaban por aquel entonces los interrogantes, las esperanzas y a veces las decepciones de los filósofos.

Todo gesto historiográfico está situado, y este no escapa a la regla. Está anclado en un momento histórico particular, en el que las certezas heredadas de las Luces fueron objeto de tenso debates, pero corresponde también a una trayectoria intelectual personal. Sentí la necesidad de hacer un balance de muchos años de trabajo sobre la Ilustración, retomando textos ya publicados para darles una forma nueva, a veces bastante diferente, y asociándoles trabajos inéditos. La apuesta es que el conjunto, que puede leerse como una investigación de largo curso, compone un cuadro coherente de los objetivos de la Ilustración. Un cuadro que necesariamente se organiza alrededor de mis interrogantes y de mis objetos de predilección. El lector notará que, incluso si Kant, Robertson, Swift, Hume, Franklin, Spinoza y otros tantos aparecen en las páginas que siguen, la mayoría de los ejemplos estudiados pertenecen a la Ilustración francesa, con la que mantengo una familiaridad más grande. Sin embargo, en varias oportunidades demostraré que las proposiciones afirmadas son válidas en un contexto más amplio debido a la centralidad de que gozaba la cultura francesa durante el período, pero también porque la mayoría de los debates se desarrollaban a una escala europea. Las Luces eran diversas, pero esta diversidad se distribuía solo marginalmente de acuerdo a líneas nacionales.

En este estadio, debería estar claro que no se encontrará en este libro una historia unificada de la Ilustración, sino una tentativa para enlazar juntos los debates historiográficos recientes, una relectura de textos clásicos o menos conocidos y una descripción de las transformaciones sociales y culturales. Si, como pienso, la reflexividad historiográfica es la vía de acceso a una aproximación crítica del pasado, se verán emerger progresivamente nuevos objetivos y nuevas preguntas, en un vaivén permanente entre nuestros interrogantes contemporáneos y los textos del siglo XVIII. De este modo, espero contribuir a una mejor comprensión de lo que puede significar, en la actualidad, la herencia de la Ilustración. □

Dossier

*Izquierdas y derechas en el siglo xx argentino.
Once intervenciones sobre la vida de las categorías*



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 24 / 2020

Los días 19 y 20 de septiembre de 2019 tuvieron lugar en la ciudad de Córdoba las Jornadas “Izquierdas y derechas en el siglo xx argentino. Categorías, problemas, abordajes”. El evento, convocado por un conjunto de grupos y centros de investigación interesados en la historia política e intelectual, reunió a casi treinta expositores de distintas generaciones, tradiciones, adscripciones y lugares.* Durante esos dos días, trabajos de muy diversa inspiración promovieron conversaciones que se estimaban ausentes o interrumpidas en la historiografía argentina. La cuestión de las categorías políticas y sus usos efectivos, la necesidad de estimular consideraciones más comprensivas y complejas de la dinámica política e intelectual y el escrutinio

de ciertas experiencias y figuras significativas estuvieron entre los motivos centrales. Este *dossier* reúne apenas algunos de esos textos, específicamente aquellos consagrados a la vida de las categorías *izquierda* y *derecha*. A fin de que ese conjunto dijera algo sobre las jornadas en que fueron presentados, pedimos a los autores que expandieran sus intervenciones originales, tomando nota de los comentarios y los intercambios que consideraran más significativos. Poco después, la revista *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* aceptó alojar los trabajos relativos a los demás tópicos en su sección Colloques, por lo que ambos *dossiers* pueden considerarse, en cierto modo, productos hermanos, surgidos de una experiencia en común.

* El encuentro tuvo como anfitrión al Programa de Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR, UNC/CONICET) y fue convocado junto a los siguientes centros: Programa de Historia Contemporánea (UNGS), Centro de Historia Intelectual (UNQ), Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI, UNSAM), GT CLACSO “Derechas contemporáneas, dictaduras y democracias”, Programa de Historia Política de Córdoba

(CEA-FCS UNC), Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas, Núcleo de Historia Reciente (IDAES, UNSAM). Contó, asimismo, con el auspicio de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (ASAIH), el Mincyt (Córdoba), la ANPCYT, el Museo Histórico Provincial Marqués de Sobremonte y la FFYH-UNC.

*Izquierdas y derechas. Una introducción**

Ana Clarisa Agüero y Ernesto Bohoslavsky

Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

En tanto categorías de aprehensión y comprensión del mundo, y en particular de la política, *izquierda* y *derecha* comparten las complejidades de otras: tienen una cierta historia, datable y cartografiable, han sido y son objeto de cambiantes usos analíticos e identitarios. Más que otras, suelen ser materia de disputas periódicas en torno a qué podría caracterizarse estrictamente como *de izquierda* y *de derecha* y cuánto esa distinción describe y organiza el combate político. Pese a las objeciones, esta peculiaridad parece ser en sí misma un índice del suceso del par como tal, inseparable de su matriz espacial, de su capacidad de evocar una unidad (ambas ancladas en el cuerpo), de su potencia relativa y cardinal, de su propio sintetismo (muy relevante en momentos de polarización).¹ La vasta incumbencia geográfica del asunto deriva a su vez de un hecho de circulación constatable, al que esos elementos no parecen ajenos: politizada por una clasificación que ató unas ubicaciones contingentes a unas posiciones, la diada cristalizada en Francia se proyectó al

mundo bajo ritmos y formas diversos, enlazando apelaciones relativas y sustantivaciones, ampliando o restringiendo su área social, colocándose en el centro o sumergiéndose sin desaparecer del todo.

El proceso a las categorías suele partir de los temblores de la política misma, y son especialmente fértiles aquellas coyunturas que amenazan variar su equilibrio estructural o su relación con otras dimensiones de la vida social –la economía especialmente, respecto de cuya domesticación se organizaron y desintegraron las esperanzas de autonomía de la política–. Dominado por el presente, no extraña entonces que objeciones más o menos interesadas al uso y sentido del par *izquierda/derecha* convivan con invocaciones más o menos pragmáticas, denodadas búsquedas de orientación o genuinos intentos de recuperar algún programa dentro de la confusión contemporánea. En todo caso, esa arena que mezcla la voz de militantes, políticos y publicistas de diversa inspiración se prolonga en los intentos desigualmente exitosos de politólogos, sociólogos o historiadores que, merced a la señalada continuidad de lenguajes y problemas comunes y disciplinares, intentan arrojar alguna luz respecto de la génesis y la validez de la dupla.

Si la caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética parecieron abrir un capítulo central en la reconsideración de iz-

* Agradecemos la lectura de Ricardo Martínez Mazzola y los materiales facilitados por Fernando Devoto y Horacio Tarcus.

¹ Marcel Gauchet, “La droite et la gauche” [1993], en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. II, París, Quarto Gallimard, 1997.

quierdas y derechas, retrospectivamente este se advierte mejor como el remate de un proceso mediano, ritmado por la avanzada del capital financiero sobre los estados, de cuyo impacto dan testimonio innumerables debates y publicaciones desde los tempranos ochenta.² Entre laboriosas autocríticas y prematuros entierros de una distinción que había llegado a identificarse con la política, a esa coyuntura que los años noventa prolongan en abierta crisis debemos insumos centrales para pensar los términos y su vínculo histórico y contemporáneo: la alerta sobre su tenor espacial y su proyección temporal, sobre sus dimensiones relativa y sustantiva, analítica e identitaria, sobre los usos y los contenidos descriptivos, valorativos/emotivos y prescriptivos, entre otros.³

Entre aquellos textos que hicieron del par su tema, lo que más interesa aquí, la cuestión puede ilustrarse atendiendo apenas dos de cierta gravitación entre nosotros: por un lado, “La droite et la gauche”, uno de los capítulos con los que Marcel Gauchet (1993) participó de *Les lieux de mémoire*, la monumental obra animada por Pierre Nora; por otro lado, *Destra e sinistra*, el libro que Norberto Bobbio

publicó en 1994 y figuró un buen tiempo entre los *best sellers* italianos.⁴ Siendo dos textos poco comunicados entre sí y muy marcados por las disciplinas de origen, ambos llevan de maneras más bien nacionales la impronta de ese cuadro internacional que estaba entre sus contextos. En lo que hace a Gauchet, este buscaba historizar la constitución de una diada que resaltaba, precisamente, por su vigencia; una arista de la memoria de la democracia en Francia, que invitaba a escrutar en su capacidad de devenir universal. Bobbio, por su parte, intervenía abiertamente en defensa de la vigencia de un par vulnerado, en primer término, en el intenso debate italiano, y esto atento a sus usos efectivos y confiado en una capacidad analítica que intentaba precisar merced a ciertos criterios sustantivos mínimos: la *igualdad* (social) frente a la *desigualdad*, la *libertad* frente a la *autoridad*.⁵

Más orientado a la historia y a los sentidos epocales el primero, a la política contemporánea y a los usos analíticos el segundo, ambos tendían un vínculo diverso con el pasado, en el que buscaban respectivamente la configuración y la vida ideológico-política de unas categorías de porfiada vigencia o ciertas estaciones de su redefinición, a partir de las cuales decantar un umbral clasificatorio mínimo y perdurable. Y aunque era diverso el énfasis con que se remontaban al origen de la vida política de las nociones, dominadas por

² Materiales exhaustivamente relevados por Marco Revelli en *Sinistra Destra. L'identità smarrita*, Roma/Bari, Laterza, 2009. Entre ellos, una encuesta impulsada por la fundación Jean Jaurès y *Le Nouvel Observateur* en 1981, reeditada varios años, cuyo balance de 2002 señalaba que, mientras un 60 % de personas desconfiaba de la validez de la distinción izquierda/derecha, más de dos tercios no dudaba en situarse gustosa en uno de esos campos.

³ La vulgarización del motivo del “fin de la historia” tuvo conocido suceso. Desde la otra orilla, Mario Tronti leerá la crisis como el remate de un proceso mediano de caída de la política anunciado por 1968, alimentado por la incapacidad del socialismo de autorreformarse, marcado por el ascenso del motivo de la libertad sobre el de la igualdad y replicado en la confusión de las prácticas de izquierdas y derechas occidentales. Mario Tronti “Política, historia, siglo xx” [1998], en *La política contra la historia. Política, luchas, poder*, Jaén, Instituto de Altos Estudios Nacionales/Traficantes de sueños, 2016. Véase también Marcel Gauchet, “Droite et gauche en redéfinition”, *Le Débat*, n° 192, 2016, pp. 35-46.

⁴ Gauchet, “La droite et la gauche”; Norberto Bobbio, *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política* [1994], Madrid, Taurus, 1996 (traducción de Alessandra Picone).

⁵ Con ello contrastaba con la caracterización ofrecida por Isaiah Berlin en 1958, al asumir su cátedra en Oxford, para quien derechas e izquierdas buscan dos formas de libertad: las primeras se interesan por el cuidado de la libertad negativa (“libertad de”), mientras que las segundas romperían lanzas por la libertad positiva (“libertad para”). Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1993. Entre los antecedentes italianos, Bobbio subrayaba el trabajo de Marco Revelli, entonces inédito.

su tenor espacial en el Parlamento inglés o en la Asamblea francesa, es indiscutible que ambos autores prestaban especial atención a aquellos momentos en que, en un área social discreta o crecientemente ampliada, “izquierda” y “derecha” comenzaban a adherirse sucesivamente a posiciones en torno a problemas, variados programas o acusadas identidades.⁶ La inestabilidad del recorrido es clara en el espacio francés, donde las nociones periódicamente se colocan en el centro o se sumergen en beneficio de otras más específicas, no obstante perviviendo y renovando su sentido. Pero muchas cosas indican que esa inestabilidad no es patrimonio de ese país, y este punto es, junto al subrayado de los momentos de sustantivación (que vinculan los términos a algo en particular, excediendo la evocación espacial), uno que interesa en especial.⁷ Y esto, en parte, porque es en esos momentos signados por la discontinuidad cuando quizás pueda advertirse con mayor claridad el enlace entre categorías,

⁶ Según Gauchet, si la revolución empujó a la política la divisoria *izquierda/derecha* también buscó abolirla en beneficio de la unidad, por lo que su cristalización solo se daría con la polarización estimulada por la restauración desde 1815. Los otros momentos centrales para el par serían la coyuntura 1869-1900 (de la reactivación al uso identitario extendido) y la coyuntura antifascista (experimentada como de opciones fundamentales y clave de su sentido moderno). Gauchet, “La droite et la gauche”.

⁷ La inestabilidad tiene un sugestivo correlato en el *Diccionario de política* [1976], cuyas voces *izquierda* y *derecha*, a cargo de Alfio Mastropaolo, fueron suprimidas, al parecer en la segunda (y aumentada) edición italiana de 1983. Poco después, la segunda edición en español (1988), en cuyo comité intervinieron José Aricó, Jorge Tula y Martí Soler y que sumó las voces “latinoamericanas”, incorporaría los añadidos y las modificaciones de su homóloga italiana, pero sin seguir esa supresión. El ajuste definitivo a esa versión parece haberse dado en la edición mexicana de 1991, cuando desaparecieron los vocablos *izquierda* y *derecha* y persistió *centrismo*, también a cargo de Mastropaolo. Norberto Bobbio, Nicola Mateucci y Gianfranco Pasquino (eds.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2000, p. VII.

ideas, formaciones e identidades políticas que marca una cierta época.

En la historia. Usos argentinos

Como en otros lugares, la diáda *izquierda/derecha* tuvo en la Argentina sus derivas y sus apropiaciones particulares y, pese a su aparente intermitencia, ha sido central en la constitución del imaginario político del siglo XX, aun entre aquellos actores que han insistido en su inutilidad o vetustez. Con esto no postulamos su superioridad analítica ni discutimos su coexistencia, a veces compleja y subordinada, con otras clasificaciones periódicamente más capaces de organizar la escena política. Solo subrayamos que esa persistencia tensa el vínculo entre las categorías epocales y las del historiador, cuestión atendida por los trabajos reunidos en este *dossier*. A los fines de esta introducción, repasaremos sumariamente cuatro momentos en los que la diáda, constatable, parece vincularse a unos sentidos mínimos o redefinir su alcance: los años finales de la década del diez, el período que va desde las vísperas de la reelección de Yrigoyen a mediados de los años treinta, el inicio de la experiencia peronista y los años setenta.

Según sugiere Altamirano en el artículo incluido en el dossier, del que tomamos algunos de nuestros ejemplos, en la Argentina la presencia de los términos *izquierda-derecha* remonta al menos a comienzos de la década de 1910, acaso alentada por la diversificación parlamentaria favorecida por la reforma electoral. Ya en 1918, José Ingenieros aplicaba las nociones a su lectura de las “soluciones políticas” planteadas en Buenos Aires frente a la vacancia regia, asociándolas a sectores rastreables desde 1806:⁸ separatismo español

⁸ José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Libro 1: *La Revolución*, Buenos Aires, Talleres gráficos

(“extrema derecha”, Álzaga); autonomismo español abierto a otras soluciones (“centro derecha”); autonomismo criollo (“centro izquierda”); revolución criolla (“extrema izquierda”, Moreno). Si la transposición de su visión estilizada de la Revolución Francesa es bastante directa—son el partido de la democracia frente al absolutista, con sus vías moderadas y jacobinas—, ofreciendo una tardía sincronización *atlántica* a la diáda, la adjudicación democrática a la izquierda se mueve entre el pasado y el presente. En 1920, anota Altamirano, Juan B. Justo acepta la validez del par para entender al arco político argentino pero no así para discernir las líneas internas a su partido, que consideraba situado *in toto* a la izquierda. En estas apariciones, tardías respecto de su remoto modelo francés pero no de su reactivación más reciente en la Tercera República, el uso oscila entre la orientación relativa (a la derecha o izquierda *de*) y una adjudicación sustantiva mínima; la reacción de Justo subraya que no estamos apenas ante nociones espaciales vacías. Allí, entonces, en el juego entre diversificación del sistema político argentino, Revolución Rusa y surgimiento del socialismo internacional, parecen estar definiéndose unos significados para el par, atentos a las fuerzas políticas reales. Ese juego intensivo en ámbitos recoletos es seguido lentamente por la prensa, que en general ciñe sus menciones a las designaciones partidarias o abunda en alusiones al “maximalismo” y el “bolchevismo” para referir a unas fuerzas nuevas que no ceden fácilmente al modelo parlamentario. De manera especular, para el comunismo argentino de los años veinte y primeros treinta la división más certera y trascendental de la vida política era la que separaba a los

revolucionarios de los contrarrevolucionarios, reaccionarios o moderados (entre los que pasaron a estar los hasta entonces “izquierdistas” del Partido Socialista). En su lectura, ambas eran fuerzas burguesas, ajenas al desarrollo de cualquier vía revolucionaria; y esta, por lo demás, se jugaba fuera de las clasificaciones legadas por el esquema parlamentario.

Segundo momento. La noción de *derechas* registra un uso identitario temprano, aunque fugaz, en la “Confederación de las derechas” surgida en Córdoba en 1927/1928, en parte prolongada luego en la Concordancia. Posterior a la Unión de las Derechas francesa, de 1885, dominada por el criterio espacial, precede a uno de los casos paradigmáticos de apropiación autorreferencial: la Confederación Española de las Derechas Autónomas, creada durante la Segunda República, en 1933. La “Confederación” argentina, cuyo antiyrigoyenismo combina antiplebeyismo y rechazo a lo que señala como distorsiones de la democracia, sobreentiende un rival de izquierdas que tampoco es monolítico y no siempre aceptaría de buen grado la caracterización. Con todo, Altamirano muestra que una parte del radicalismo sí lo hace e incluso disputará luego, merced a unos contenidos igualitarios mínimos, esa ubicación en el Parlamento. Un testimonio en la misma dirección viene del otro lado, ya luego del golpe de Estado: el llamado de un sector del reformismo universitario a crear una “Concordancia de izquierdas” para enfrentar la contienda electoral de 1931, llamado dirigido al yrigoyenismo, al Partido Demócrata Progresista y al Partido Socialista, e *in extremis* al socialismo independiente.⁹ Como se sabe, esta unión con comando universitario no logra concretarse, pero algo de ella pervive en la Alianza Civil. En todo caso,

argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1918, pp. 156-158. Las bi o triparticiones de los campos alientan usos tempranos del plural *izquierdas/derechas*, hoy enfatizado como alerta ante la variedad de formaciones, linajes e identidades que los términos pueden abrazar.

⁹ Julio V. González y otros, “Los universitarios argentinos y el problema político nacional”, reproducido en A. Ciria y H. Sanguinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.

si el énfasis identitario de esa pieza dirigida a los “hombres de izquierda” pudo ser excesivo para parte de los convidados, tanto él como su sentido analítico se entienden mejor a la luz del antecedente derechista. Como se advierte que lo que tensa la autodefinición es el motivo democrático, sea en el orden social que los conjurados de 1928 veían amenazado, sea en el constitucional que estos reformistas de 1931 consideran violentamente interrumpido. Sin duda, ese motivo democrático tenía diversas declinaciones en el interior de esos bloques, secundarizadas por la polarización general. Solo por considerar el “de izquierdas”, podía acentuarse la ampliación de derechos políticos (o su interrupción, que empujaba a primer plano la razón antiautoritaria), sociales (punto de acuerdo amplio pero matizado) o el ideal civilizatorio (la democracia entendida como forma de vida socialmente “avanzada”). En todo caso, la inestabilidad de los términos *izquierda/derecha* convive en esos años con tentativas de definición mínima, relacionales, ligadas a concretas formaciones y coyunturas políticas. Merced a ello, el golpe de 1930 fue rápidamente absorbido en la dñada.¹⁰

Hasta entonces ajeno a ese esquema, el Partido Comunista Argentino cederá poco después al par *izquierda/derecha*, tanto por la política de Frentes Populares lanzada a escala global por la Internacional Comunista en 1934 cuanto por necesidades propias. Este será así rehabilitado y adoptado, en un esfuerzo por superponerlo a la distinción entre

unas fuerzas autodesignadas “democráticas” y otras a las que describían e impugnaban como “fascistas” –aunque no se llamaran así–, entre las que se contaban la novedosa prensa “nacionalista”, el gobernador bonaerense Manuel Fresco y muchos conservadores.¹¹ En esos años, el PC procuró a la vez hegemonizar el término *izquierdas*, estabilizando un significado que asociaba “democracia”, como hasta entonces, a “antifascismo”. Una figura como Aníbal Ponce expresaba, precisamente, la convicción de que el PC debía actuar más como un relevo histórico que como un antagonista de la élite liberal y positivista de fines del siglo XIX,¹² en tanto mejor –no único– representante de una tradición laica, republicana, progresista y democrática. Conviene recordar también que entre las frustraciones frentistas estuvieron las que contemplaban la integración del radicalismo.

El surgimiento del peronismo modificó y condicionó de manera indiscutible la dinámica de las categorías y las clasificaciones políticas. El reclamo de una tercera vía, menos definida por un centro incluido que por una voluntad superadora –incluyente en el sentido de Bobbio– no solo caló en las categorías de la política contemporánea sino que también comprometió aquellas con las que se la pensaría en el futuro. Las primeras definiciones doctrinarias del peronismo –y este es un dato central, pero no exclusivo de él– rechazaron la división entre derechas e izquierdas, postulando que no era válida para la Argentina por cuanto el conflicto político fundamental era el que enfrentaba al “pueblo” –al que decía representar de

¹⁰ Registraba Cantimori en los treinta italianos: “*Por extensión*, se usa el término ‘derecha’ (contrapuesto al de ‘izquierda’) también para las tendencias que se manifiestan en los estados y en las organizaciones políticas por fuera del sistema parlamentario, y por analogía también para las tendencias filosóficas, etc.” [cursivas nuestras]. Concluía señalando que “en un pensamiento totalitario como el fascista, los términos ‘derecha’, ‘centro’ o ‘izquierda’ no tienen más valor actual, sino solo significado histórico”. Delio Cantimori, “Destra”, en PNF (a cura de), *Dizionario di Politica*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1940.

¹¹ Andrés Bisso ha subrayado que, a la vez, para algunas sensibilidades antifascistas el peligro comunista no parecía menor que el de los camisas negras. Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 204-210.

¹² Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales, Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

manera excluyente— y las fuerzas antipopulares o imperialistas. Con todo, Altamirano rescata un atractivo episodio parlamentario que va en sentido inverso a esta detracción, cuando la llegada de los diputados peronistas al Congreso, en junio de 1946; una disputa en torno a quiénes les cabía ocupar los escaños de la izquierda, donde estos se habían ubicado y de donde los radicales no querían dejarse desalojar. Por fugaz que haya sido, la inquina sugiere la persistencia de la asociación positiva de “izquierda” y “democracia”, y también la exasperación de una declinación social que nunca había estado del todo ausente.¹³

La irrupción del peronismo en 1945 había reunido temporalmente en la Unión Democrática a sus detractores, provenientes tanto de la derecha como de la izquierda. La prenda de unión fue también allí la “democracia”, especialmente asociada al antiautoritarismo labrado en el momento anterior, pues no podía producirse mayor síntesis entre fuerzas que incluían al radicalismo, el socialismo, la democracia progresista, el Partido Comunista y sus sindicatos allegados, con el apoyo de corporaciones empresariales y de *La Prensa*. Desde luego, esa “democracia” debió flexibilizar su significado respecto de la alentada por la identidad antifascista en la década de 1930, para incorporar a veces de manera silenciosa a los conservadores anteriormente impugnados.

La experiencia de los gobiernos peronistas no eliminó los posteriores usos identitarios de la noción de *izquierdas* —rastreadas en las denominaciones de fuerzas políticas y en la literatura política de cuño militante o periodís-

tico—, ni las adjudicaciones que suelen ser la norma en la definición de las *derechas*. A la diada se le sobreimpresionó por décadas la que separaba a los peronistas de los antiperonistas, motivo por el cual, más que adivinarse una polarización, pueden identificarse sus varias combinaciones. Hay autores que identifican en los años setenta una derecha peronista (autodenominada “ortodoxa” o “leal”) y otra antiperonista: entre ambas no hubo relaciones de colaboración sino hasta 1974, momento en el que líderes de ambas fracciones entendían que la grieta que los separaba bien podía ser olvidada en aras de enfrentar a un enemigo compartido y potenciado.¹⁴ Su confluencia, no exenta de roces y siempre inestable, apuntaló el complejo represivo “antisubversivo” dirigido a una “izquierda” también dividida entre peronistas y marxistas de cuño no, o anti, peronista.

Las organizaciones de izquierda reconocían en su interior otras particiones, comenzando por la que distanciaba a las “tradicionales” o “viejas” (el PS, sus derivados y el PCA) de las autorrepresentadas como “nuevas”. En parte esa impugnación reeditaba aquella que en los años veinte y primeros treinta el PCA había hecho al PS, por renunciar al horizonte revolucionario. Para la “nueva izquierda”, el enemigo no era la bancada conservadora en el Parlamento. Una organización como el PRT-ERP (tan atenta al “oportunismo de derecha e izquierda” como a las astucias de la democracia) se afirmaba en su proyecto político y su enfrentamiento no contra las *derechas* sino contra la clase dominante, el imperialismo y las fuerzas de seguridad y defensa, entendidas como sus custodios.¹⁵ Si ese conjunto solía representarse como “fascista”, su asociación a una *derecha* extrema era más habitualmente

¹³ Invalidar doctrinariamente el par izquierdas/derechas no significaba que su uso desapareciera. Ya en los años cuarenta los peronistas identificaban figuras y corrientes internas ubicadas a la derecha o a la izquierda del gobierno. Juan Luis Besoky, “La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, 2016.

¹⁴ Leonardo Senkman, *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.

¹⁵ Vera Carnovale, *Los combatientes: historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. La cita de los Estatutos en p. 123.

sobreentendida, como lo era su propia pertenencia a la *izquierda* (producto de la señalada extensión extraparlamentaria del término que cabría rastrear puntualmente desde los años treinta, siempre en relación con el motivo revolucionario).

Los ejemplos ofrecidos en esta sección bastan para llamar la atención sobre la sinuosa persistencia del par y la inestabilidad de los usos epocales de los términos, siempre en conexión con unas coyunturas y fuerzas políticas efectivas. Las nociones pasan a primer plano o se sumergen sin desaparecer; conviven o compiten con otras (“conservadores”, “radicales”, “socialistas”, “peronistas”, “antiperonistas”, “marxistas”); afectan áreas sociales muy variadas (el sistema político, la prensa, organizaciones, tradiciones) y devuelven imágenes diferentes de la composición y el equilibrio del espacio político (unas que saturan el ámbito de la democracia liberal, otras que incluyen las fuerzas extraparlamentarias). Pero no todo es variación, si se consideran en el tiempo algunos de los alineamientos contingentes mencionados, sus etiquetas y puntos de acuerdo consistentes o forzados.

Conviven en esas designaciones epocales usos analíticos e identitarios, que a veces se enlazan mediante alguna asociación sustantiva. Aunque las identificaciones de izquierda sean más frecuentes que las de derecha (en general adjudicadas por el adversario o el estudioso), y estas –Gauchet *dixit*– mengüen en tanto ascienden los usos identitarios frente a los espaciales, hemos señalado algunos casos que parecen ir en sentido inverso y merecen ser seguidos.¹⁶ La ausencia de esas identifica-

¹⁶ Organizaciones como la *Alt-Right* estadounidense o la *nouvelle droite* de Alain de Benoist parecen excepciones a la regla. Solo en los últimos años han empezado a hacerse explícitas las identificaciones sustantivas (y sin culpa) de derecha, en particular en México y España, algo recurrentemente señalado por la prensa como “la salida del armario de la derecha”.

ciones, por lo demás, o su desplazamiento por el *centro*, no suele eliminar la identificación analítica del adversario con el otro campo, sujeto a una valoración negativa, algo que podría funcionar también para ciertas fuerzas extraparlamentarias.

A la vez, conforme sea el momento atendido, las categorías del historiador comienzan a solaparse con las de los actores (las que funcionan en la superficie del lenguaje o las que lo organizan de manera subyacente, a menudo indicando otra cosa). Y si el diálogo entre sus respectivos alcances no resulta sencillo, tampoco parece eludible.

Aperturas

Si comenzamos invocando los trabajos de Gauchet y Bobbio es, en parte, porque permiten recuperar algunos elementos centrales en la convocatoria a las jornadas *Izquierdas y derechas en el siglo xx argentino*: el interés por el par de categorías antes que por cada término; su historicidad, ligada a cambiantes horizontes; el grado variable en que la dupla dialoga con otras clasificaciones pero, también, con diversas dimensiones de la vida política y social: formaciones, ideas, identidades. El especial interés concedido a ciertos momentos que parecen de sustantivación, en que las categorías se anudan estrechamente a *cuestiones* y reconfiguraciones, prolonga así un convite que apenas pudimos ilustrar.

En nuestro país, fue especialmente en los últimos veinte años y al calor de momentos políticos de cierta densidad que *izquierdas* y *derechas* comenzaron a designar, además y en ese orden, verdaderas áreas de estudio, algo que parece haber impactado también en la generalización analítica de las nociones. Si en el *Diccionario de ciencias sociales y políticas* que Torcuato Di Tella y otros publicaron en 1989 no había entrada para *derecha* ni *iz-*

quiera como tales,¹⁷ una creación como la del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (ceDINCI), en 1998, obró en sentido inverso, conectando al significante *izquierdas* y estimulando indagaciones relativas al vasto universo de ideas, figuras y formaciones en que podía reconocerse el llamado igualitario o emancipador.¹⁸ Algo semejante, aunque en sentido inverso, puede decirse de los programas surgidos desde la década siguiente en torno al significante *derechas*.

En todo caso, solo una inquietud bastante compartida respecto del momento de los estudios consagrados a “*izquierdas*” y “*derechas*” pudo atraer al conjunto de centros que convocaron a las jornadas. Un sumario diagnóstico precipitó algunos de los puntos que parecían comprometer unas zonas de indagación que, por lo demás, separadamente se mostraban prolíficas y habían ganado marcada institucionalización. Uno de los primeros era precisamente la escasa conexión entre quienes estudiaban fenómenos políticos e intelectuales reputados de *izquierdas* o *derechas*, algo que parecía ir en detrimento tanto de la dimensión relativa de las nociones cuanto de la atención a la dinámica política de conjunto. Otro, la infrecuencia del escrutinio de las propias categorías, con su secuela de reificación y mengua de historicidad. Un tercero, ligado a los anteriores, la subestimación, o subexplotación, de los tránsitos sinuosos entre tradiciones diversas, las contaminaciones y las zonas confusas en lo ideológico o político (fenómenos que parecen poner en cri-

sis la dimensión sintética de la *déada* o las atribuciones sustantivas a los términos, sin forzosamente abolirlos).

Ciertamente, también nuestro encuentro debió haber sido estimulado no solo por un estado de cosas disciplinar sino por algún impulso venido de la política misma, lo que sugiere en parte el interés y las dificultades de una convocatoria que buscó ser amplia en términos de generaciones, tradiciones y adscripciones. Probablemente el aguijón viniera del doble movimiento que en nuestro país había, primero, vivificado la enunciación impugnatoria de las *derechas* desde el ciclo kirchnerista, sobreentendiendo antes que explicitando una identificación de *izquierdas* alentada por otras experiencias latinoamericanas; y luego elevado al poder una fuerza –Cambemos– que parecía encarnar aquella figura, aunque en general no atinara a identificarse como tal. En cierto modo, la polarización pareció reeditar entonces, en el terreno de la política misma y al menos en el plano discursivo, la capacidad de la *déada* para estilizar y ordenar el conflicto, en detrimento de distinciones más específicas (algo característico de los ciclos de reaparición del par en la superficie). Lo anotamos, ante todo, porque esa conciencia tiene implicaciones en la práctica, donde se tensan interpretaciones, tomas de partido e intentos de control. En todo caso, ese cuadro y el horizonte de la ronda electoral de 2019 debieron obrar también como estímulo a un encuentro cuyos problemas eran, no obstante, bastante más limitados.

El *dossier* reúne un conjunto de trabajos que problematizan la vida histórica e historiográfica de las categorías *izquierda* y *derecha*, a través de caminos diferentes y a veces encontrados. Aunque podrían sugerirse diversos recorridos de lectura, optamos por ordenarlos según dominara la inquietud por las categorías epocales o disciplinares. Así, un primer grupo lo componen los trabajos que rastrean la presencia de las nociones *izquierda*, *centro*

¹⁷ Para la primera se recomendaba buscar la definición de “conservadurismo” (p. 170) y para la segunda se remitía a los lectores a “Socialismo. Marxismo. Revolución” (p. 406). Torcuato Di Tella (supervisor) et al. [1989], *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, Buenos Aires, Emecé, 2001.

¹⁸ Como ejemplo de su proyección a gran escala, véase Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

o *derecha* en la historia, a veces anudadas a esos términos y a veces presumiéndolos o preparándolos (Altamirano, Mauro, Ribadero, Ehrlich). Un segundo, textos que problematizan o ejercitan el par *izquierda/derecha* en términos analíticos, con variada expectativa (Martinez, Moyano, Martínez Mazzola). El tercero, trabajos que despliegan problemas o exigencias historiográficos ligados al uso analítico de alguna de las categorías (Losada, Lvovich, Zanca, Pittaluga), entre ellos los derivados del encuentro de nociones epocales y disciplinares y el muy central de la escritura. Si algo une a estos trabajos es el estar advertidos respecto de la opacidad y la inestabilidad de las nociones, su carácter relativo y contencioso, su anudamiento con otras historias. Parte, ciertamente, del anhelo general de las jornadas cordobesas. □

Bibliografía

- Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad* [1958], Madrid, Alianza, 1993.
- Besoky, Juan Luis, “La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, 2016.
- Bisso, Andrés, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Bobbio, Norberto, *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1996 (traducción de Alessandra Picone).
- Bobbio, Norberto, Nicola Mateucci y Gianfranco Pasquino (eds.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2000.
- Cantimori, Delio, “Destra”, en PNF (a cura de), *Dizionario di Politica*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1940.
- Carnovale, Vera, *Los combatientes: historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Di Tella, Torcuato (supervisor) et al., *Diccionario de ciencias sociales y políticas* [1989], Buenos Aires, Emecé, 2001.
- , “La droite et la gauche”, en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. II, París, Quarto Gallimard, 1997.
- Gauchet, Marcel, “Droite et gauche en redéfinition”, *Le Débat*, n° 192, 2016, pp. 35-46.
- González, Julio V. y otros, “Los universitarios argentinos y el problema político nacional”, reproducido en A. Ciria y H. Sanguinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- Ingenieros, José, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1918-1920.
- Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Revelli, Marco, *Sinistra Destra. L'identità smarrita*, Roma/Bari, Editori Laterza, 2009.
- Senkman, Leonardo, *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.
- Tarcus, Horacio (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Tronti, Mario [1998], “Política, historia, siglo XX”, en *La política contra la historia. Política, luchas, poder*, Jaén, Instituto de Altos Estudios Nacionales/Traficantes de sueños, 2016.

Izquierda(s). Breve ensayo sobre la gestación de una noción del lenguaje político moderno

Carlos Altamirano

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

A la izquierda del Padre

“Las Izquierdas, hay que admitirlo, tuvieron un mal comienzo”, escribe David Caute en la primera página de su libro *Las izquierdas europeas desde 1789*. “Tanto el Nuevo como el Antiguo testamento consideran a las Derechas como símbolo de la bondad y a las izquierdas como símbolo del mal. ‘Y pondrá las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda’ (San Mateo, 25, 33). De nuevo: ‘Y aun os digo que desde ahora habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios...’ (San Mateo, 26, 64, y San Marcos, 14, 62)”¹ La preeminencia simbólica de la derecha sobre la izquierda no se canceló en la edad media cristiana. En las representaciones de la Crucifixión, Cristo suele aparecer flanqueado por dos ladrones, martirizados en la cruz como él. El de la derecha es el “buen ladrón”, con “los ojos elevados, llenos de esperanza, la cara ligeramente vuelta hacia el Señor”; mientras que el mal ladrón, a su izquierda, “abatido sobre el instrumento de su suplicio, la cabeza caída por el peso de sus pecados y de su incredulidad”²

El valor desigual atribuido a los lados derecho/izquierdo no nació con el universo simbólico judeo-cristiano: la connotación negativa del lado izquierdo era parte de culturas europeas remotas y sobrevivió por siglos en el saber popular. Entre los antiguos griegos y romanos se pensaba de mal augurio que determinadas aves, a las que se consideraba agoreras, se presentaran en su vuelo a la izquierda de quien quería vislumbrar su destino, mientras presagiaba buena suerte si asomaban del lado derecho. Un vestigio de esta creencia se encuentra en unos versos famosos del *Cantar de Mio Cid*, donde el vuelo de la corneja, que aparece una vez a la derecha y otra vez a la izquierda del héroe y su mesnada, contiene un mensaje sombrío: “A la exida de Bivar hovie ron la corneja diestra / y entrando a Burgos hobiéronla siniestra”. Del latín procedían las palabras contrapuestas, *dēxter* y *sinēxter*-tra. En su *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, tras conjeturar sobre el complicado itinerario que habría seguido el vocablo *izquierdo/a*, Joan Corominas comenta: “El fenómeno del paso de una lengua a otra, que se advierte repetidamente en la historia de esta palabra, se explica por el deseo de cambiar un vocablo que en la conciencia popular tiende a envolver la idea de mal agüero”. En fin, digamos que aun en el lenguaje corriente de nuestros días hacer algo

¹ David Caute, *Las Izquierdas europeas desde 1789*, Madrid, Guadarrama, 1965, p. 9.

² Jean-Claude Schmitt, “À la droite du Père”, en *La droite depuis 1789. Les hommes, les idées, les réseaux*, París, Seuil, 1995, p. 40.

“por izquierda” es hacerlo con tramoyas, por fuera de lo que es recto.³

Sin embargo, contra la ascendencia que propone Caute, como términos del lenguaje político moderno la voces derecha/izquierda no remiten a ese pasado lejano ni a sus remanentes en el habla actual. La genealogía de las dos nociones, a la vez inseparables y antagónicas en los enfrentamientos políticos y en los debates ideológicos del mundo contemporáneo, es más corta, y el significado asociado con cada una de ellas proviene de una historia cuyo comienzo remite a Francia y no va más allá de la Revolución Francesa de 1789, la Gran Revolución. Con el tiempo, la oposición izquierda/derecha será casi universalmente adoptada en países europeos y americanos. Con esta particularidad: el esquema hallará más arraigo en el idioma político de los países latinos que en el de los anglosajones y germánicos.

La relación entre ambos vocablos ya no será jerárquica, sino horizontal. Como escribía Massimo Cacciari en 1982, las “izquierdas europeas no sufren los complejos de la mano izquierda, ni tienen nostalgia de la mano derecha... sino que siempre se han figurado a sí mismas como *rectas* [o sea, derechas, CA]. La izquierda [“sinistra”, en italiano, CA], en realidad, no se concibió nunca *sinistra* [o sea “sinistra”, también en italiano, CA], sino como la parte del alineamiento político que porfía por la posición recta”. Al igual que la derecha, en suma, también la izquierda se considera expresión de la política (cor)recta.

Los dos lados del parlamento

De acuerdo con un divulgado relato de origen, el nacimiento de la distinción-oposición entre izquierda y derecha se remonta al

³ Massimo Cacciari, “Sinisteritas”, en *Il concetto di sinistra*, Milán, Bompiani, 1982, p. 7.

primer año de la Revolución Francesa. En la Asamblea Constituyente (1879-1791), al tratarse en la sesión del 28 de agosto de 1789 la cuestión que promovían los monárquicos (otorgar al rey el poder de veto absoluto en materia legislativa) con el propósito de poner freno a la revolución y moderar las pretensiones del tercer estado, se produjo el doble alineamiento en la sala. Los partidarios de afirmar la autoridad del rey se sentaron a la derecha del presidente de la asamblea; a la izquierda se alinearon, en cambio, los delegados contrarios a conceder esa facultad al monarca. Entonces habría tenido su acta de nacimiento la polarización que iba a caracterizar la vida política francesa durante gran parte del siglo XIX y a lo largo de la centuria siguiente.⁴ Estudios recientes, más atentos a la frontera móvil de los significados y precavidos de los riesgos del uso anacrónico de nociones que solo aparecerían y tendrían vida más tarde, hallarán que ese relato simplificaba demasiado un proceso más complejo y que la cristalización de la dicotomía derecha/izquierda para indicar dos campos de fuerza en la vida cívica llevó más tiempo. La permanencia del vocabulario, esto es, del esquema dualista y las denominaciones correspondientes, puede disimular discontinuidades en la acepción de esas denominaciones.

Según Marcel Gauchet, en un trabajo que rastrea la emergencia y la trayectoria de la pareja izquierda/derecha en la terminología política francesa, esa distinción no sedimenta antes de 1815. Ella solo se consolida en el

⁴ En su artículo “Sinistra”, Mario Tronti se apoya en una de las fuentes de este relato de origen: la *Histoire parlementaire de la Révolution Française ou Journal des Assemblées nationales depuis 1789 jusqu’en 1815*, 1833-1838, obra de cuarenta volúmenes escrita por el socialista cristiano Philippe Buchez en colaboración con Roux-Lavergne (Mario Tronti, *Per la critica del presente*, Roma, Ediesse, 2013).

período de la Restauración.⁵ La antinomia, sin embargo, observa Gauchet, se hallaba confinada en el lenguaje parlamentario y se usaba para describir las líneas de división del cuerpo legislativo. En otras palabras, derecha/izquierda no son sino clasificaciones que evocan una topología parlamentaria y no indican todavía, en el lenguaje público, partidos y, menos aun, identidades en las filas de los votantes. Más aun, al relevar las expresiones de la marcha cambiante de los alineamientos, el historiador francés apunta que no hubo bipartición, sino tripartición: tempranamente había surgido un *centro*, importante en la articulación de la esfera política, y en el lado izquierdo tempranamente cobró visibilidad la existencia de dos izquierdas, una moderada, otra extrema.

También para Maurice Agulhon la noción de izquierda (como la de derecha) es la abstracción de una dinámica de clasificaciones y reclasificaciones en la nomenclatura política francesa que tiene su punto de partida en 1789. “Derecha e izquierda en el lenguaje político nacieron en tiempos de la Revolución Francesa, en torno de ella y a causa de ella, y se prolongaron primeramente en torno de su herencia y de su recuerdo. Nada es más pura y clásicamente de derecha que la bandera blanca (1814-1830), nada es más puramente de izquierda que la bandera tricolor”.⁶ Esa dinámica de antagonismos no remite a significados fijos: derecha e izquierda “no se definen por contenidos de programas sino por constantes de tomas de posición en enfrentamientos variables de programas”.⁷ Así, en el marco de sucesivas parejas antagónicas, la izquierda

fue liberal (contra los representantes del Antiguo Régimen), republicana (en oposición a los ensayos y proyectos de los monárquicos, fueran legitimistas, orleanistas o bonapartistas), defensora del voto universal masculino frente a la vigencia del voto censitario –precepto de la izquierda era que sin voto universal no había democracia–. Aunque no se podría asociar esa izquierda parlamentaria con una doctrina o un programa inequívocos, se la puede conectar en cambio con una constelación de principios y temas: la reivindicación del legado de la Revolución de 1789, en particular, de la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano; la defensa de la Ilustración contra la ignorancia y la superstición; elevación de la ciencia a intérprete privilegiado de la naturaleza y del mundo social; el progresismo, o sea, el convencimiento de que la historia humana avanzaba hacia formas cada vez mejores de sociedad y de convivencia entre los hombres. Esa marcha podía temporalmente detenerse, incluso retroceder, pero tras un intervalo se reanudaba.

A juicio de Agulhon, si hay algo que varía poco en ese despliegue de cuadros cambiantes es que en su curso ni la derecha ni la izquierda controlan el poder político. En la mayor parte del tiempo el gobierno estuvo en manos del centro, a veces con aliados a la derecha (centro-derecha), a veces con apoyos en la izquierda (centro-izquierda).

Reconfiguraciones

El significado político del término izquierda no permanecerá inmutable. Pero para comprender los sentidos de que se irá cargando con el tiempo ese vocablo, no basta con prestar atención a sus peripecias en los combates del parlamentarismo francés. Hay que tomar en cuenta también otras mutaciones y otros campos de historicidad que serán igualmente focos de producción de sentido. Junto a la

⁵ Marcel Gauchet, “La droite et la gauche”, en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, vol. III: *Les France*, París, Gallimard, 1992.

⁶ Maurice Agulhon, “La gauche, l’idée, la mot”, introducción a Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.), *Histoire des gauches en France*, París, La Découverte, 2004, p. 25.

⁷ *Loc. cit.*

fluctuante historia de la noción de izquierda como clasificación política asociada con una topología de asamblea, se desarrollaron en Francia otras dos historias –una social y otra ideológica– que van a enlazarse hasta confluir en un mismo cauce a comienzos del siglo xx. La historia social es la del movimiento obrero, sus luchas, sus organizaciones, su prensa. Ciertamente, esa historia, como la del capitalismo, no estuvo circunscripta a un espacio nacional y en Europa conoció tres escenarios principales: Inglaterra, Francia y Alemania. En Francia el desarrollo del movimiento obrero fue más tardío y lento que el de la clase obrera inglesa no solo porque, como en Alemania, la era de la gran industria no comenzó antes de la segunda mitad del ochocientos, sino también porque las clases laboriosas debieron enfrentar una variada y densa trama de obstáculos jurídicos y políticos que desde 1789 obstruirían la formación de gremios obreros.⁸ La resistencia de los trabajadores recurrió a menudo al agrupamiento en sociedades secretas, entidades en que no era infrecuente que artesanos y asalariados se unieran con estudiantes y conspiradores revolucionarios. En la estela de Babeuf y Buonarrotti, estos sobrevivirían bajo la guía de Auguste Blanqui. Débil en el primer tercio del siglo xix, el movimiento de los trabajadores comenzó poco a poco a cobrar presencia en los combates sociales y políticos que se libraron bajo la monarquía constitucional de Luis Felipe. En febrero de 1848 la clase obrera ya formaba en las filas del pueblo de las barricadas, el pueblo que ganará las calles y provocará el fin de la llamada Monarquía de Julio. En la agitada y corta vida de la II República que nació de la revolución de 1848, la idea de una “república social” y la reivindicación de la igualdad van a dividir las fuerzas del heterogéneo campo

republicano: ¿igualdad solo jurídico-política entre los hombres o igualdad social, alcanzada a través de una reorganización de la sociedad o bien a través de una revolución que pusiera fin a la propiedad privada de los medios de producción? Los términos socialismo y comunismo, que designaban la acción y la propaganda de agrupamientos y figuras públicas, ya se habían incorporado para entonces al vocabulario político.

El tratamiento de la cuestión de la desigualdad y la simpatía por los desposeídos, los “proletarios”, no nos reenvía únicamente a una dinámica de procesos sociales, económicos y políticos, sino también a una historia ideológica: la de las corrientes de crítica radical de la sociedad presente –por su desorganización y por las injusticias que nacían de la propiedad privada de los medios de producción–. La denuncia del mal social acompañaba la condena del orden existente con proyectos palingenésicos del género humano y visiones de la sociedad futura. El discurso de los credos militantes, con sus maestros y sus discípulos, sus publicaciones y sus clubes y logias secretas, no hizo sino proliferar desde el establecimiento la Monarquía de Julio, en folletos, periódicos, panfletos y libros. Ese verbo crítico fue en sus comienzos parte de una “literatura de doctrina”, que acompañó el desenvolvimiento de la literatura romántica en la Francia de las primeras décadas del siglo xix. En ese tiempo se vería nacer, escribe Paul Bénichou, “en la frontera de las letras y de la especulación filosófico-social, sistemas destinados a interpretar las vicisitudes de la Francia moderna y deducir de ellas fórmulas para el futuro”.⁹ Una visión de la historia. Conocemos los nombres de las figuras más destacadas de esta etapa de proyectos y ensayos de regeneración social: Saint Simon,

⁸ Véase Édouard Dolleins, *Historia del movimiento obrero*, vol. 1: 1830-1871, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

⁹ Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 1984, p. 7.

Fourier, Cabet, Pierre Leroux... El periódico *Le Globe*, dirigido por Leroux y convertido en órgano de la doctrina sansimoniana, habría sido la hoja que introdujo el vocablo *socialisme* en la lengua pública francesa.¹⁰ El primer significado de esa palabra residía en la oposición al individualismo propio de las doctrinas liberales. Los estudios históricos bautizarán esta etapa primera de doctrinas de reforma o revolución social con diferentes nombres: romanticismo social, socialismo romántico, socialismo utópico, socialismo pre-marxista.

Durante un tiempo, el discurso crítico-utópico contrastaba, en Francia, con un movimiento obrero que hasta la tercera década del siglo XIX era todavía débil. Poco a poco, a medida que ese discurso hallaba eco y adeptos en las agrupaciones, a menudo ilegales, de las clases laboriosas, se producirá el encuentro entre el descontento de los trabajadores y las doctrinas que explicaban las causas del mal social e indicaban los cambios necesarios para terminar con ella. En fin, hay que tomar en cuenta también, en esta dinámica de procesos sociales, los efectos de la implantación del sufragio universal masculino, que será una de las conquistas de la revolución de febrero de 1848. Hasta entonces, la Francia que participaba en la vida cívica, el *pays légal*, abarcaba solo una fracción minoritaria de la sociedad nacional. La introducción del sufragio universal masculino dilató el país legal a las dimensiones de la nación.¹¹ Los efectos de este cambio no serán inmediatos: pese a la vigencia del voto universal, hasta el último cuarto del siglo XIX la política seguirá siendo

asunto de notables, que dirigían comités electorales efímeros y que contaban con el apoyo de algún diario.

De acuerdo con la perspectiva de George Lichtheim, la Revolución Francesa de 1848 obró doblemente: constituyó, por un lado, una “gran frontera” histórica —en adelante ya no podría describirse el desarrollo de las ideas socialistas sin dar cuenta del movimiento obrero—; por otro lado, fue solo una etapa “en el camino que llevó a 1871 y a la Comuna de París”. En el intermedio de esas dos fechas, escribe, “Francia perdió la primacía dentro del movimiento socialista, al igual que el liderazgo político de Europa occidental. El cambio se simboliza en el sistema intelectual que lleva el nombre de Marx: una síntesis de teorías alemanas, francesas e inglesas surgidas durante la era anterior, la era que finaliza en 1848”.¹²

La referencia a Karl Marx y a la gravitación de su obra me lleva a hacer un breve comentario. No podría afirmar que el autor de *El Capital* nunca haya hecho uso de la distinción derecha/izquierda en sus análisis, pero sí que tal oposición no formó parte de su caja de herramientas, de su lenguaje teórico-político. Si la empleó, fue muy raramente. Es difícil suponer que desconociera ese esquema dualista. Había vivido en París entre 1843 y 1845 y durante su permanencia en la capital francesa, que por entonces era el foco de la agitación revolucionaria de Europa, se había familiarizado con la literatura socialista y comunista. En el prólogo a la tercera edición de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Friedrich Engels destacaba el gran conocimiento que tenía Marx de la historia de Francia. En ese país más que en ningún otro, observaba Engels, “las luchas históricas de clase” se habían desarrollado hasta su punto decisivo. Había ocurrido con la Gran Revolu-

¹⁰ Véase Armelle Le Bras-Chopard, “Les premiers socialistes”, en Pascal Ory (dir.), *Nouvelle Histoire des Idées Politiques*, París, Hachette, 1987; también George Lichtheim, *Los orígenes del socialismo*, Barcelona, Anagrama, 1970, p. 59.

¹¹ René Remond, *Les droites en France*, París, Aubier, 1982, p. 100.

¹² *Ibid.*, p. 66.

ción, que liquidó el feudalismo para dar paso a la “dominación pura de la burguesía”; y así ocurría en el presente con la lucha del proletariado revolucionario contra la burguesía. Por eso, continuaba, “Marx no solo estudiaba con especial predilección la historia pasada de Francia, sino que seguía también en todos sus detalles la historia contemporánea, reuniendo los materiales para emplearlos ulteriormente, razón por la cual nunca le sorprendían los acontecimientos”.¹³ Ahora bien, ni en *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (1850), ni en *El Dieciocho Brumario* (1852), es decir, en ninguno de los dos escritos que Marx dedicó a analizar los enfrentamientos sociales y políticos del crucial período que iba de la caída de Luis Felipe (24 de febrero de 1848) al golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte (2 de diciembre de 1851) se encontrará el uso de la antítesis derecha/izquierda o alguno de sus dos vocablos para describir o interpretar tendencias o actores históricos. Si es improbable que desconociera ese esquema, más bien cabe pensar que la distinción derecha/izquierda estuviera demasiado identificada con el juego político parlamentario y que Marx no la juzgara relevante para los conflictos que se proponía narrar y explicar –los conflictos de clase que juzgaba sustantivos desde el punto de vista del materialismo histórico–. También en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) el *clivage* derecha/izquierda se halla ausente. Recordemos el comienzo de ese célebre texto: el “fantasma” que recorre Europa y contra el cual se arrojan todas las fuerzas reaccionarias del viejo mundo no es el fantasma de la izquierda, sino el del comunismo. El fantasma no era tricolor, sino rojo.

Las familias de izquierda

Para el período que media entre 1815 y 1870, observa Maurice Agulhon, el empleo de los vocablos derecha e izquierda no refleja el lenguaje de la época sino que tiene carácter retroactivo. Las dos palabras hacían todavía referencia a las divisiones dentro del recinto parlamentario. “Los hombres que luchaban por la democracia en los años ‘60 se pensaban y se decían pertenecientes al partido de la libertad, de la república o bien de la Revolución, más bien que de la izquierda.” ¿Y los obreros? Los más activos y más conscientes de que los intereses del trabajador no eran los del patrón –el proudhoniano Henry Louis Toulain, que será una figura importante en la creación de la 1ra. Internacional, podría ser un ejemplo–,¹⁴ se reconocerán como socialistas antes que como partes de la izquierda. Fue sobre todo tras el fin del Segundo Imperio, ya en los años de la llamada Tercera República, “cuando las luchas en el país y los partidos parlamentarios se han relacionado de manera estrecha y duradera, cuando –también– la república que ha llegado al poder pudo ser objeto de adhesiones diversas e interpretaciones rivales, que las palabras derecha e izquierda cobraron generalidad y coherencia”.¹⁵

En el último cuarto del siglo XIX se reactivará el *clivage* derecha/izquierda, pero ahora la antítesis ya no remite solo a alineamientos parlamentarios sino también a corrientes de opinión radicadas en la sociedad francesa. Por lo que se refiere a la izquierda, no se podría hablar de partidos, si con este término se piensan organizaciones estructuradas y permanentes. Hasta comienzos de la década de

¹³ “Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana”, en Carlos Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1972, p. 13.

¹⁴ Dolleans, *Historia del movimiento obrero*, vol. 1, pp. 240-248.

¹⁵ Maurice Agulhon, “La droite et la gauche: lutte de classes ou luttes d’idéas”, en id, *Histoire vagabonde. II: Idéologies e politique dans la France du XIX siècle*, París, Gallimard, 1988, p. 217.

1890 lo que se denominaba “partido socialista” constituía un variado conjunto de “partidos”, grupos, comités y periódicos, una miscelánea trabajada por muchas escisiones.¹⁶ No era diferente la configuración de los radicales, la otra corriente que se identificaba como parte de la familia de izquierda –una familia que no era revolucionaria, sino inclinada a seguir el camino de las reformas sociales y políticas–. La república estaba en el corazón de esa izquierda. De hecho, será el propósito de salvaguardar la república, a la que veían en peligro por la acción y la propaganda cada vez más beligerante de una derecha nacionalista y clerical, lo que impulsará la formación del *Bloc des gauches* en 1899, una coalición que unirá a socialistas, radicales y radicales-socialistas con la moderada *Alliance Democratique*, de Pierre Waldeck-Rousseau, que encabezaba el gobierno.¹⁷

Los alineamientos en la escena política prolongaban la división que el caso Dreyfus había hecho emerger y cristalizar en la sociedad y la opinión pública franceses. El bloque de la izquierda reformista enfrentó y batió en las elecciones legislativas de 1902 a la “otra” Francia, de ardor también militante, animada por el chovinismo y el antisemitismo, la defensa del honor del ejército, la apología del catolicismo. Al igual que la Revolución de 1789 y la Comuna de 1871, indica Vincent Duclert, el *affaire* fue un jalón de la historia de la izquierda en Francia: “Los desgarramientos de los partidos anarquistas, socialistas y radicales, el coraje de algunos líderes

políticos y parlamentarios, la fuerza de las vanguardias intelectuales y culturales, el reconocimiento de lo que se jugaba en términos de humanidad y justicia en el combate por Dreyfus, la primera participación de un socialista en un gobierno ‘burgués’, el de la ‘defensa republicana’ de Waldeck-Rousseau, transforman el *Affaire* en un acontecimiento fundador de una nueva era de la izquierda”.¹⁸

La coalición, que duró hasta 1906, llevó al socialista Alexandre Millerand a integrar el gobierno como ministro de industria. La participación del político socialista en un gobierno burgués (el “millerandismo”, como se denominará esta actitud) dará lugar a un gran debate en las filas de los partidos socialistas reunidos a partir de 1889 en lo que se conocerá como Segunda Internacional. Desde la última década del siglo XIX los partidos socialistas se habían multiplicado a lo largo del mundo y el marxismo era ya la doctrina preponderante en el seno de estas organizaciones que representaban, o buscaban representar, los intereses de los trabajadores en las luchas sociales y políticas.¹⁹ Karl Kautsky, figura central del partido social-demócrata alemán que va a dar forma a la primera versión de una ortodoxia marxista, intervino en la polémica que suscitó la cuestión Millerand. Kautsky objetará el comportamiento del socialista francés. Sostenía que la colaboración del par-

¹⁶ Gilles Candar, “Jaurès et le parti, retour sur un itinéraire”, *Cahiers Jaurès*, 2008/1 (Nº 187-188), pp. 15-27. URL: <<https://www.cairn.info/revue-cahiers-jaures-2008-1-page-15.htm>>.

¹⁷ Antonio Robles Egea, “Las coaliciones de izquierdas en Francia y España (1899-1939)”, *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, puesta en línea el 2 de marzo de 2015, consultado el 29 de marzo de 2019 URL: <<http://journals.openedition.org/ceec/5404>>; DOI: 10.4000/ceec.5404>.

¹⁸ Vincent Duclert, “L’affaire Dreyfus et la gauche”, en Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.), *Histoire des gauches en France*, París, La Découverte, 2004, p. 200.

¹⁹ “En el período de pasaje de la I a la II Internacional, la teoría de Marx se vuelve un factor esencial en la polifonía ideológica. El interés por los escritos de Marx y de Engels se acrecienta y su difusión se expande. Todas las tendencias y todas las corrientes del pensamiento socialista de ahí en adelante en relación con las posiciones teóricas de los fundadores del ‘socialismo científico.’ George Haupt, “Marx e il marxismo”, en *Storia del marxismo*, vol. I: *Il marxismo attempo di Marx*, Turín, 1978, p. 302. La excepción eran los anarquistas, que terminarían expulsados de la Internacional.

tido obrero con un gobierno burgués se justificaba excepcionalmente —cuando la reacción amenazaba la existencia de la república—, pero aun entonces había que mantener el principio de la lucha de clases y salvaguardar la independencia política y organizativa del partido. El gradualismo y el reformismo debían rechazarse. Para Kautsky la instauración del socialismo exigía una ruptura con el conjunto del ordenamiento burgués.²⁰

A lo largo del siglo xx el “pueblo de izquierda” conocerá nuevos integrantes y nuevos debates y realineamientos al ritmo de las pruebas y los desafíos que procedían de la historia: la Gran Guerra, la Revolución Rusa, el surgimiento y la expansión del fascismo, el estalinismo, las revoluciones anticoloniales, el conflicto chino-soviético. Comunistas, trotskistas, cristianos de izquierda, neo-izquierdistas, maoístas, guevaristas, etc., ingresarán en diferentes momentos en ese espacio rotulado de izquierda, muchas veces produciendo reclasificaciones en su interior. En fin, me parece evidente que ya estamos hablando un lenguaje que nos es temporalmente próximo, familiar.

Ecós argentinos

El esquema de derecha/izquierda dio la vuelta al mundo y, en algún momento, se incorporó también al vocabulario ideológico y político de la Argentina. No podría señalar con certeza cuándo comienza su uso en nuestro país, aunque presumo que debe de haber sido ya en el curso del siglo xx. Al rastrear rápidamente ese comienzo encuentro dos clases de evidencia: las que testimonian el empleo explícito de las categorías de derecha e izquierda por contemporáneos (o sea, no como categorías

del historiador) y otras que podríamos considerar señas o vislumbres de otra cronología y de una estela un poco más larga. La primera clase de evidencias nos hacen pensar que desde fines de la segunda década del siglo xx el esquema para clasificar posiciones nacido en Francia se hallaba ya en circulación entre nosotros. En diciembre de 1920, en el congreso del Partido Socialista donde se contraponían puntos de vista diferentes respecto de la posición que debía adoptarse frente a la Revolución Rusa y la Tercera Internacional, Juan B. Justo prevenía contra el empleo inapropiado que se estaba haciendo de aquella antinomia en las filas de la organización. “Las expresiones de izquierda y derecha que se mencionan dentro del Partido, decía Justo, pueden justificarse cuando se trata de definir en una asamblea donde hay representados intereses e ideas, pero no se explican en un Partido en el cual se entra porque se quiere, habiendo propósitos comunes y obedeciendo a normas de conducta que han sido instituidas con la aprobación de la mayoría.”²¹ Resulta imposible no asociar el uso de las clasificaciones que Justo censura con los debates y las divisiones que la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa produjeron dentro del socialismo, con la adopción del esquema izquierda/derecha por parte de quienes apoyaban la experiencia soviética.

Otros datos que se registran también en los años veinte confirman que la dicotomía había sido adoptada en el vocabulario público. En 1924 aparece una revista de existencia efímera, *Extrema izquierda*, de la que verán la luz apenas tres números. Se trataba de una publicación predominantemente literaria, puesta en circulación por escritores del grupo de Boedo (entre otros, colaboraban en ella Leónidas Barletta, Elías Castelnuevo, Ro-

²⁰ Massimo L. Salvadori, “Kautsky fra ortodossia e revisionismo”, en *Storia del marxismo*, vol. II: *Il marxismo en l'età della Seconda Internazionale*, Turín, Einaudi, 1979.

²¹ Citado en Dardo Cúneo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1997, p. 404.

berto Mariani, Álvaro Yunque). El nombre que le dieron sus editores hace pensar que se situaban a la izquierda de otra izquierda, una izquierda no revolucionaria o moderada. Dos años después se funda la revista *Claridad*, bajo la dirección de Antonio Zamora, en la que se puede reconocer, desde su título, el modelo de la revista francesa *Clarté* (1921-1928), heredera de un movimiento que había pasado del pacifismo al apoyo de la revolución bolchevique. De la revista que editaba Zamora en la Argentina también participaban escritores del grupo de Boedo, pero en *Claridad* la literatura de ideas tenía el lugar más saliente. Como se leía en su primer número, “*Claridad* quiere ser una revista en cuyas páginas se reflejen las inquietudes del pensamiento izquierdista en todas sus manifestaciones. Deseamos estar más cerca de las luchas sociales que de las manifestaciones puramente literarias”.²²

Se puede concluir a partir de estas pocas referencias que la oposición derecha/izquierda tuvo su primera carta de ciudadanía dentro de una franja restringida compuesta por políticos, gente de letras, artistas e intelectuales-ideólogos identificados con la idea de un cambio social radical, simpatizantes de la Revolución Rusa, próximos a o enrolados en el comunismo o el socialismo. Pero hay una discusión parlamentaria, sin embargo, que hace entrever una historia más larga y una cronología diferente del establecimiento de ese *clivaje* en la nomenclatura política argentina. Se ocuparon de ese debate Alberto Ciria (*Política y cultura popular*, 1983) y después Diana Quattrocchi-Woisson (*Los males de la memoria*, 1995).

La discrepancia tuvo lugar en la cámara de diputados el 28 de junio de 1946, en oportunidad de la distribución de las bancas, dado que

los peronistas habían ocupado los escaños de la izquierda. No somos un partido de derecha, sostendrá en la ocasión el vocero del partido radical, Nerio Rojas. Y, más adelante: “Existen parlamentos como el inglés, donde la distribución de las bancas no tiene significación ideológica; en cambio hay otros, como el francés, donde ello implica una definición. La tradición argentina, a partir del año 1912, tiene en esto una significación doctrinaria como la tiene el parlamento francés”. Por eso, agregaba, “no estamos dispuestos a aceptar en silencio que el sector oficialista se proclame de izquierda y que nosotros seamos la derecha”.²³ Varios diputados peronistas, entre ellos John William Cooke, respondieron al discurso de Nerio Rojas, afirmando los títulos de la nueva fuerza para asumir el lugar de la izquierda en el recinto parlamentario. Pero más pertinente para nuestro tema es el argumento que expuso el presidente de la cámara, Ricardo Guardo, para resolver el diferendo. Cito el resumen que hace Alberto Ciria del dictamen Guardo: “Al no existir disposiciones reglamentarias al respecto, Guardo invoca la costumbre para la ubicación de los partidos a derecha o izquierda del recinto, teniendo en cuenta ‘la ideología de los programas o plataformas de partido, con prescindencia de que éstos sean partidarios o contrarios del gobierno’. Así ocurrió con los conservadores, que cedieron en 1912 las bancas de la izquierda a los diputados de la UCR, elegidos gracias a la ley Sáenz Peña. Estos, a su vez, hicieron lo propio con los socialistas a medida que obtuvieron bancas en Diputados, con lo cual se demuestra que el sector de la izquierda corresponde a los voceros ‘de los partidos de programa más avanzado’. Tanto en el gobierno como en la oposición, radica-

²² “Apuntes y comentarios”, en *Claridad*, año 1, n° 1, julio de 1926.

²³ Citado por Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 230.

les como conservadores *continuaron* ocupando sus lugares habituales. En consecuencia, la resolución de Presidencia establece que ‘la nueva y avanzada tendencia social’ del oficialismo, fundamentada ‘en una doctrina social de espíritu cristiano’, justifica que sus integrantes ocupen el sector izquierdo, y no hace lugar a argumentos de presuntos derechos adquiridos por parte de la UCR”.²⁴

Otro dato: en el diario de sesiones de la cámara de diputados que surgió de las elecciones de abril de 1912 no hallé ningún registro del nacimiento de esa costumbre o tradición. Pero veamos lo que se podía leer el 28 de mayo de 1918 en el diario *La Capital*, de la ciudad de Rosario, a propósito de la abrumadora victoria que el radicalismo había obtenido a escala nacional en las elecciones legislativas de 1917: “El comicio ha llevado a las bancas una legión de elementos nuevos poco avezados a la lid parlamentaria... Con estos aportes el fiel de la mayoría, inmovilizado durante tantos años en la derecha, empieza a apuntar hacia la izquierda. Numéricamente el radicalismo es ya dueño de la cámara”.²⁵

Estas líneas no solo atestiguan el uso de la oposición entre derecha e izquierda según el modelo francés, sino también la clasificación del radicalismo dentro de la categoría de la izquierda. No sabemos cuán extendido estaba ese uso, pero tal vez una exploración más amplia que la ojeada expuesta aquí pueda responder a esa cuestión. □

Bibliografía citada

Agulhon, Maurice, “La gauche, l’idée, la mot”, introducción a Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.), *Histoire des gauches en France*, París, La Découverte, 2004.

²⁴ Alberto Ciria, *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1893, p. 91.

²⁵ *La Capital*, 18/5/1918. Debo esta referencia a la generosidad de la historiadora Virginia Persello.

—, “La droite et la gauche: lutte de classes ou luttes d’idées”, en *Histoire vagabonde II. Idéologies e politique dans la France du XIX siècle*, París, Gallimard, 1988.

Bénichou, Paul, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 1984.

Cacciari, Massimo, “Sinisteritas”, en *Il concetto di sinistra*, Milán, Bompiani, 1982.

Candar, Gilles, “Jaurès et le parti, retour sur un itinéraire”, en *Cahiers Jaurès*, 2008/1 (N° 187-188), pp. 15-27, URL: <<https://www.cairn.info/revue-cahiers-jaures-2008-1-page-15.htm>>.

Caute, David, *Las Izquierdas europeas desde 1789*, Madrid, Guadarrama, 1965.

Ciria, Alberto, *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

Cúneo, Dardo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1997.

Dolleans, Édouard, *Historia del movimiento obrero*, vol. 1: *1830-1871*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Duclert, Vincent, “L’affaire Dreyfus et la gauche”, en Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.), *Histoire des gauches en France*, París, La Découverte, 2004.

Engels, Federico, “Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana”, en Carlos Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1972.

Gauchet, Marcel, “La droite et la gauche”, en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, vol. III: *Les France*, París, Gallimard, 1992.

Haupt, George, “Marx e il marxismo”, en *Storia del marxismo*, vol. 1: *Il marxismo ai tempi di Marx*, Turín, 1978.

Le Bras-Chopard, Armelle, “Les premiers socialistes”, en Pascal Ory (dir.), *Nouvelle Histoire des Idées Politiques*, París, Hachette, 1987.

Lichtheim, George, *Los orígenes del socialismo*, Barcelona, Anagrama, 1970.

Quattrocchi-Woison, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Remond, René, *Les droites en France*, París, Aubier, 1982.

Robles Egea, Antonio, “Las coaliciones de izquierdas en Francia y España (1899-1939)”, en *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, puesta en línea el 2 de marzo de 2015, consultado el 29 de marzo de 2019.

URL: <<http://journals.openedition.org/ccec/5404>; DOI: 10.4000/ccec.5404.>

Salvadori, Massimo L., "Kautsky fra ortodossia e revisionismo", en *Storia del marxismo*, vol. II: *Il marxismo en l'età della Seconda Internazionale*, Turín, Einaudi, 1979.

Schmitt, Jean-Claude, "À la droite du Père", en *La droite depuis 1789. Les hommes, les idées, les réseaux*, París, Seuil, 1995.

Tronti, Mario, "Sinistra", *Per la critica del presente*, Roma, Ediesse, 2013.

Resumen/Abstract

Izquierda(s). Breve ensayo sobre la gestación de una noción del lenguaje político moderno

El objeto de este ensayo es esbozar una genealogía del término *izquierda* en el marco de la polarización derecha/izquierda en el debate público contemporáneo. El vocablo *izquierda*, como el de *derecha*, fue en su comienzo y durante parte del siglo XIX solo un término del lenguaje político parlamentario: ambos distinguían posiciones en el espacio restringido de la asamblea legislativa. El surgimiento del término remite a Francia y a una historia que no va más allá de la revolución de 1789. El trabajo destaca las inflexiones de sentido que fue asumiendo el término en la vida política francesa a lo largo de un itinerario que llega hasta el siglo XX. En ese trayecto adquiriría los significados con que se lo conoce en la actualidad. El ensayo se apoya en la investigación de las últimas décadas sobre el esquema derecha/izquierda y en la lectura de léxicos del XIX.

Palabras clave: Republicanismo - Cuestión social - Trabajadores - Socialismo

Left (s). Brief essay on the history of the elaboration of a political modern language notion

The purpose of this essay is to sketch a genealogy of the term *left*, within the framework of right/left polarization in contemporary public debate. The word *left*, like that of the *right*, was at its beginning and during part of the 19th century only a term of parliamentary political language: both distinguished positions in the restricted space of the legislative assembly. The term emergence refers to France and a history that does not go beyond the revolution of 1789. The work highlights the inflections of meaning that the term was assuming in French political life along an itinerary that reaches until the 20th century. In that journey it would acquire the meanings with which it is known today. The essay is based on the research of the last decades on the left / right schema and on the lexicon readings of the XIX.

Keywords: Republicanism - Social question - Workers - Socialism

¿Vía del medio o callejón sin salida?

Los demócratacristianos en la Argentina desde comienzos del siglo xx hasta la década de 1960

Diego Mauro

ISHIR-Universidad Nacional de Rosario / CONICET

La historia de la democracia cristiana europea suele dividirse en dos grandes compartimentos estancos. Por un lado, las experiencias partidarias de las primeras décadas del siglo. Por otro lado, las surgidas en la segunda posguerra. Un modelo que se replicó al estudiar la democracia cristiana en América Latina.¹ No obstante, aun cuando entre

ambos momentos mediaron numerosos cambios y efectivamente se trata de procesos diferentes, existieron de todas maneras fuertes hilos conductores que requieren de estudios de largo plazo que reconecten ambos escenarios. En este ensayo proponemos avanzar en dicha dirección trazando algunas hipótesis integradoras para abordar el caso argentino a lo largo de aproximadamente medio siglo, en el lapso que transcurre entre la creación de las primeras formaciones políticas en la década de 1910, en el contexto del proceso de ampliación del número de votantes que sucede a la reforma electoral de 1912, y el golpe de Estado de 1966. Coyuntura en la cual, tras un breve período de expansión, el Partido Demócrata Cristiano, surgido en la década anterior, vuelve a sumergirse en inagotables conflictos internos que derivan finalmente en su fragmentación.²

¹ Tal el caso de la influyente propuesta de Scott Mainwaring y Timothy Scully (eds.), *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, México, FCE, 2003. De igual manera, Kaiser ancla su perspectiva en la segunda posguerra aunque aporta valiosas hipótesis para pensar los procesos previos (Wolfram Kaiser, "Co-Operation of European Catholic Politicians in Exile in Britain and the USA during the Second World War", *Journal of Contemporary History*, vol. 35, n° 3, 2000, pp. 439-465). En sentido contrario también resultan valiosos los trabajos de Martín Conway, *Catholic Politics in Europe, 1918-1945*, Londres, Routledge, 1997; Pierre Letamendia, *La démocratie chrétienne*, París, PUF, 1993, y Stathis Kalyvas, "From Pulpit to Party: Party Formation and the Christian Democratic Phenomenon", *Comparative Politics*, vol. 30, n° 3, 1998, pp. 293-312; Stathis Kalyvas y Kees Van Kersbergen, "Christian Democracy", *Annual Review of Political Science*, n° 13, 2010, pp. 183-209. En una perspectiva de mediana duración véase para el caso argentino Martín Castro, "Catolicismo y secularización en la Argentina de la primera mitad del siglo xx desde una perspectiva comparada", *Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación*, n° 129, 2015; José Zanca, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, y Martín Castro y Diego

Mauro (coords.), *Católicos y política en América Latina antes de la Democracia Cristiana (1900-1950)*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2020.

² Las ideas de este ensayo se desarrollan más ampliamente en Diego Mauro, "La democracia cristiana en Argentina. Formaciones políticas, partidos y vínculos transnacionales (1912-1967)", *Ayer*, Asociación de Historia Contemporánea, n° 118, 2020.

Las organizaciones democristianas: entre la Iglesia y la construcción de un partido

En principio es posible reconocer dos debates medulares que vincularon las diferentes experiencias y a los grupos democristianos a lo largo de más de medio siglo. Por un lado, el relativo a las relaciones y los vínculos con la Iglesia y las instituciones católicas, que se reflejó, a su vez, en los diferentes tipos de agrupación ensayados. Por otro lado, el de la búsqueda de una tercera vía o posición intermedia en términos de identidad política. Un aspecto que tuvo honda significación tanto a escala nacional como internacional.

En cuanto al primer registro, a modo de hipótesis, argumentamos que tras las cambiantes formaciones propuestas se fueron perfilando dos modelos distintos de democracia cristiana. El primero tuvo una impronta más “confesional” y gravitó con fuerza hasta fines de la década de 1920, basado en la búsqueda de la convergencia con la Iglesia y sus asociaciones, y proclive a adoptar una visión prescindente sobre el régimen político y la forma de gobierno. El otro, más “secularizado”, se basó en un mayor grado de diferenciación entre Iglesia, organizaciones católicas y partidos democristianos y se caracterizó, además, por un compromiso más estrecho con las formas de representación de la democracia parlamentaria.

En el “modelo confesional” sobresale la influencia del catolicismo social emergente en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, condensado en la encíclica *Rerum Novarum*, de 1891. Para estas formaciones, como ocurre con la Unión Democrática Cristiana (UDC) y la Unión Democrática Argentina (UDA), el programa de reformas sociales tenía como objetivo principal devolver consistencia “orgánica” al tejido social. Para ello, insistían en la necesidad de impulsar la conformación de asociaciones, cofradías e instancias de conciliación interclasistas, acordes con una idea de democracia católica diferente a la liberal.

Para los demócratacristianos de estas décadas tempranas del siglo XX, lo que debía ser representado no eran fundamentalmente los ciudadanos –según su perspectiva una mera abstracción– sino más bien los diferentes cuerpos, asociaciones, organismos, grupos y clases sociales efectivamente existentes de manera de integrarlas y reconstruirlas como un todo.

En el caso del “modelo secularizado”, encarnado en un primer momento por el Partido Popular (1927-1945), si bien no se dejó de lado el proyecto de dar vida a estructuras corporativas de representación, se comenzó a reconocer como válidas algunas de las instituciones políticas del llamado “demoliberalismo”. En este cambio jugaron un papel clave las concepciones teológicas y políticas de Jacques Maritain y Luigi Sturzo en el plano internacional y los vínculos que ambos tejieron con diferentes tendencias de la constelación democristiana argentina en los años treinta.³ Estas vinculaciones transnacionales, no exentas de altibajos, se hicieron más firmes tras la segunda posguerra, alimentadas por el propio giro del Vaticano, el fortalecimiento de las redes católicas antifascistas desde los Estados Unidos y el auge de los partidos democristianos en Europa y América Latina.⁴ En el plano local, sin embargo, este

³ Zanca, *Cristianos antifascistas*. Me he ocupado de la influencia de Sturzo en Diego Mauro, “I popolari en la Argentina. Luigi Sturzo y el antifascismo católico de entreguerras”, *Anuario IEHS*, n° 29 y 30, 2015, pp. 267-288, y “Católicos antifascistas en Argentina (1936-1943). Luigi Sturzo y las tramas locales de People & Freedom Group”, *Itinerantes*, n° 7, 2017, pp. 9-31. Utilizo la idea de “constelación” tal como la emplea Claudia Touris en *Catolicismo y cultura política en la Argentina: la constelación tercermundista (1955-1976)*, tesis de doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2012.

⁴ Al respecto, véase John Pollard, *The Papacy in the Age of Totalitarianism, 1914-1958*, Oxford, Oxford University Press, 2014, y José Ramón Rodríguez Lago, “En Español y desde Washington D.C. para Latinoamérica y España. El origen de la agencia *Noticias Católicas* (1941-1946)”, en C. Aguasaco (ed.), *Transatlantic Gazes: Studies on the Historical Links between Spain and*

fortalecimiento no alcanzó para lograr la unidad de los diferentes sectores democristianos consustanciados con la idea de conformar un partido, sumidos en fuertes divergencias sobre los alcances del programa, principalmente en materia económica. Un debate que, en ciertos aspectos, recordaba al que ya en el siglo XIX había dividido a los católicos sociales entre los que alentaban la intervención del Estado –los llamados “reformadores sociales”– y los que, por el contrario, defendían la “libre” relación entre el capital y el trabajo. La intensidad de estas tensiones, que diferencian a la democracia argentina de la chilena o la uruguaya, afloraron con mayor fuerza tras la reunión realizada en Montevideo en 1947, de la que surgiría la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA).

Las identidades democristianas entre la vía del medio y la “superación” de las izquierdas y las derechas

El otro rasgo común entre los democristianos de la primera y la segunda posguerra fue, en términos de identidad política, el intento por conformar una tercera posición superadora de lo que calificaban como “extremismos de izquierda y derecha”. La búsqueda de una vía del medio constituyó uno de los rasgos identitarios más perennes, presente en las principales agrupaciones a lo largo del tiempo, más allá de los matices y las diferentes formas de concebirla. En el caso de las primeras formaciones, como la UDC y la UDA, influidas por la encíclica *Rerum Novarum* (1891), la vía del medio se pensó como una superación del liberalismo, por un lado, y del socialismo y el marxismo, por el otro. Considerados ambos polos subproductos de la Reforma protestante y la Revolución Francesa. En este sentido, los

demócratacristianos no fueron ajenos al proyecto lanzado por León XIII a fines del siglo XIX y orientado a reconstruir la llamada “nueva cristiandad”, un horizonte utópico que alentó la militancia católica en todo el mundo.

Hacia los años treinta, en el contexto de ascenso de los fascismos, con el surgimiento del Partido Popular en Buenos Aires y la creciente influencia de las ideas de Jacques Maritain y Luigi Sturzo, la noción de tercera posición se reconfiguró al tiempo que adquirió diferentes orientaciones en el interior de los distintos grupos que integraban la constelación democristiana. Por un lado, los sectores vinculados al Partido Popular ensayaron una tercera vía antiliberal, equidistante de las repuestas “totalitarias” de izquierda (comunismo) y derecha (fascismo). En esta clave, propusieron avanzar hacia un “corporativismo católico” diferente del de índole fascista, que recuperaba elementos del catolicismo social decimonónico –básicamente la reforma social– pero para compatibilizarlos con algunas de las instituciones de la democracia electoral. Un modo de representación que ya no buscaban reemplazar, como en la década de 1920, sino más bien perfeccionar. De igual manera, la reforma social católica, sin perder necesariamente radicalidad en sus alcances (reforma agraria, impuesto a la renta, sanción de leyes sociales y de previsión, promulgación de una ley de asociaciones profesionales), comenzó a pensarse en clave ciertamente más reformista, como el resultado de proyectos factibles de ser impulsados y desarrollados desde las mismas instituciones políticas que se esperaba transformar. Un giro que implicaba, a su vez, el intento por ubicarse también en el centro del campo católico. Una suerte de doble vía del medio que los distanciaba tanto de los sectores “católicos nacionalistas”, proclives a reivindicar aspectos del fascismo e inflexiblemente críticos con el llamado “demoliberalismo”, como de los grupos democristianos más liberales vinculados al humanismo y nucleados en torno a revistas

North America, Instituto Benjamin Franklin, UAH, 2018.

como *Orden Cristiano* y *Orientación Social*. Si bien estos no eran grupos monolíticos, en líneas generales se mostraban cada vez más en desacuerdo con las nociones corporativistas de las encíclicas *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931). Además, dichos grupos democristianos realizaban una lectura más moderada de la reforma social y atenuaban la impronta tercerista del Partido Popular, para recostarse, aunque con críticas, en la democracia liberal.⁵ Una postura que, en cierto modo, sintonizaba mejor con la orientación seguida por las democracias cristianas de la Europa de la segunda posguerra. La mayoría de las cuales, en el marco de la naciente Guerra fría, estaban relegando a un segundo plano la agenda tradicional del catolicismo social en pos del desarrollo de lo que terminaría definiéndose como “economía social de mercado”.⁶

El surgimiento del Partido Demócrata Cristiano: del centro a la centro-izquierda

A mediados de los años cincuenta, la creación del PDC generó innumerables intervenciones y, a veces, áridos debates entre diferentes sectores del campo católico.⁷ En ese marco, los

demócratacristianos volvieron a reivindicarse como una vía del medio frente al capitalismo y el comunismo, aunque, a diferencia del pasado, concebida ahora más como un centro en términos de sistema político que como una superación de extremos irreconciliables. En este sentido, la idea de centro venía a atemperar las ambiciones terceristas previas del Partido Popular, permitiéndoles encolumnarse en términos globales con el llamado “mundo libre” liderado por los Estados Unidos.⁸ Dicho alineamiento, empero, no estuvo exento de tensiones internas que se combinaban, además, con el debate sobre el peronismo. Si en 1955 para el grueso de los demócratacristianos el peronismo era una manifestación más del fenómeno totalitario, a fines de la década al menos para una parte de ellos las cosas habían cambiado. El peronismo no era ya un fascismo a la criolla sino más bien un proceso de reforma fallido, superficial e incompleto, que había que superar a través de un proceso de cambio de mayor calado. Finalmente, a comienzos de los años sesenta, en un contexto de radicalización del mundo católico y tras la salida del partido de los sectores más liberales en materia económica, por primera vez desde su creación los demócratacristianos dejaron entrever una cierta incomodidad con la idea de “tercera posición”. Influidos por las propuestas de Louis-Joseph Lebret y atentos a los procesos de descolonización, en el marco además de la realización del Concilio Vaticano II,

⁵ Jorge Nállim, “Debates hacia adentro: las ideas económicas del frente antifascista liberal en Argentina, 1939-1943”, *Sociohistórica*, n° 30, 2012, pp. 35-65; Martín Vicente, “Orden Cristiano, entre las consecuencias de la segunda guerra mundial y los inicios del peronismo: lecturas ante el mapa político de la posguerra”, *Anuario IEHS*, n° 29 y 30, 2015, pp. 207-228.

⁶ Michael Gehler y Wolfram Kaiser, “Transnationalism and Early European Integration: The Nouvelles Equipes Internationales and the Geneva Circle 1947-1957”, *The Historical Journal*, vol. 44, n° 3, 2001, pp. 773-798. Más allá de la aceptación general de las lógicas de mercado, los debates sobre el nivel de intervención estatal y las características de la “economía social de mercado” continuaron en las décadas siguientes. Al respecto véase Wolfram Kaiser, *Christian Democracy and the Origins of the European Union*, Cambridge University Press, 2007, pp. 176-178.

⁷ Sobre la coyuntura de surgimiento del PDC y los conflictos suscitados véase Susana Bianchi, *Catolicismo y*

peronismo. Religión y política en la Argentina: 1943-1955, Buenos Aires, Prometeo/IEHS, 2001, pp. 269-291, y Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 304-309.

⁸ Dicha reorientación explica, entre otras cosas, la escasa presencia del Partido Popular, a pesar de su larga existencia, en las memorias de los dirigentes vinculados al PDC en los años cincuenta. Por ejemplo, en su libro *¿Qué es la democracia cristiana?* (1956), Romero Carranza, entre otros, hace apenas una mención al Partido Popular para concluir rápidamente que “no tuvo arrastre en la opinión” y que “pronto” dejó de presentarse a elecciones.

adoptaron un discurso de tonos más antiburgueses y antiimperialistas que tensionaba la idea de vía del medio. Al mismo tiempo, muchos de ellos retomaban la vieja aspiración de trazar un camino político propio que dejara atrás las cartografías ideológicas existentes. Por entonces, uno de los dirigentes partidarios, Floreal Forni, se preguntaba irónicamente cuál era la tan mentada vía intermedia propuesta por Salvador Busacca, buscada desde siempre por la democracia cristiana. Los seguidores del dirigente cordobés Horacio Sueldo, por su parte, consideraban que, tal vez, era el momento de dejar de lado dicho debate para avanzar hacia una “síntesis histórica” capaz de superar los modelos europeos y norteamericanos, iluministas y racionalistas, para expresar la “realidad” de América Latina y los desafíos concretos del “pueblo”.⁹ Una categoría que ganaría creciente preponderancia en detrimento de la de ciudadanía, tras el alejamiento de los sectores más neoliberales del partido en 1959, fervientes opositores del “humanismo económico” de Le Bret.

En este marco, no pocos dirigentes comenzaron a revalorizar al peronismo y a considerarlo un aliado clave en la conformación de frentes electorales “nacionales y populares”. Si a comienzos del siglo xx, la obsesión de los democristianos había sido encontrar la fórmula apropiada para valerse electoralmente de las estructuras de la Iglesia, donde creían contar con una base firme de votantes, a comienzos de los sesenta la línea de Sueldo buscaba por todos los medios posibles acercarse a los votantes peronistas en disponibilidad. La reorientación coincidió con el crecimiento electoral de la agrupación, que, si bien estuvo lejos de disputar el poder, tras medio siglo en la total marginalidad consiguió un número inédito de representantes tanto a nivel

nacional como en las diferentes provincias. En las elecciones de 1963, tras el fracaso de la alianza con parte del peronismo, el PDC lanzó una fórmula propia encabezada por Sueldo. El partido obtuvo alrededor de cuatrocientos mil sufragios, que se tradujeron en una cantidad de cargos inédita en la historia de la democracia cristiana en el país: siete diputados y dos senadores nacionales, treinta y siete diputados y doce senadores provinciales, más de doscientos concejales y doce intendencias. En la provincia de Tucumán, incluso, el candidato del PDC fue el más votado y estuvo muy cerca de lograr la gobernación (dando pie al acuerdo del resto de las fuerzas en el colegio electoral para impedirlo).¹⁰

Internamente las discusiones siguieron siendo bastante arduas, tanto en lo referido a la identidad partidaria, que para muchos militantes estaba agotada, como en lo relacionado con la estrategia electoral basada en la construcción de frentes. Una de las consecuencias de estos debates internos fue el cambio de dirección partidaria, que pasó de manos de Horacio Sueldo a José Allende. De todas maneras, no se modificó la política frentista. Tampoco se dejó de presentar a la democracia cristiana como un partido que buscaba construir una vía intermedia. En algunos aspectos alentando posturas de centro, equilibradas en términos de sistema político, como ocurría con el peronismo, y en otros, como era el caso del programa social y económico, impulsando una agenda propia que aspiraba a superar las dicotomías ideológicas de la Guerra fría a través de un salto adelante. Como argumentaba Sueldo, para arribar así a una “síntesis histórica” propiamente latinoamericana.

De todas maneras, la apuesta frentista y tercerista del PDC no logró desplegarse en el

⁹ Floreal Forni, “La democracia cristiana en busca del país”, *Comunidad*, agosto de 1958, pp. 33-34.

¹⁰ Germán Azcoaga, “La Democracia Cristiana frente al Régimen de Onganía. Un abordaje desde el caso tucumano”, *Estudios Sociales*, n° 42, p. 127.

tiempo. En 1966, un nuevo golpe de Estado de las Fuerzas Armadas puso punto final al período más auspicioso y prometedor del partido como fuerza electoral. A partir de entonces, la difícil unidad alcanzada a mediados de los cincuenta y reforzada a comienzos de los sesenta se mostró menos firme de lo esperado. El partido se sumergió en una ola inagotable de conflictos internos que lo dividieron y fragmentaron, tanto a nivel nacional como en las diferentes circunscripciones provinciales.¹¹ □

Bibliografía

Azcoaga, Germán, “La Democracia Cristiana frente al Régimen de Onganía. Un abordaje desde el caso tucumano”, *Estudios Sociales*, n° 42, 2012.

Bianchi, Susana, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina: 1943-1955*, Buenos Aires, Prometeo/IEHS, 2001.

Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Emecé, 2010.

Castro, Martín, “Catolicismo y secularización en la Argentina de la primera mitad del siglo XX desde una perspectiva comparada”, *Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación*, n° 129, 2015.

Castro, Martín y Diego Mauro (coords.), *Católicos y política en América Latina antes de la Democracia Cristiana (1900-1950)*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2020.

Conway, Martin, *Catholic Politics in Europe, 1918-1945*, Londres, Routledge, 1997.

¹¹ A partir de entonces, la alternativa de formar o no un frente con el peronismo —que ya había causado tensiones en los años sesenta— motivó la escisión de 1972 entre el Partido Popular Cristiano y el Partido Revolucionario Cristiano. Pese a que se logró una reunificación en 1981, fue clara la escisión en tres líneas internas. Sobre la participación en diferentes frentes y coaliciones, véase Marcela Ferrari, “La democracia cristiana argentina durante la dictadura cívico-militar y la transición temprana”, *Historia*, n° 50, 2017, pp. 49-77 y “Democracia Cristiana, Partido Justicialista y política de frentes. El FREJUDEPA en perspectiva histórica”, *Boletín de Historia Argentina y Americana “Emilio Ravignani”*, n° 48, 2018, pp. 121-153. Véase también Mariano Fabris, “La democracia cristiana y la iglesia durante la última dictadura. Catolicismo, política y derechos humanos”, *Estudios Sociales*, n° 53, 2018, pp. 143-168.

Letamendia, Pierre, *La démocratie chrétienne*, París, PUF, 1993.

Fabris, Mariano, “La democracia cristiana y la iglesia durante la última dictadura. Catolicismo, política y derechos humanos”, *Estudios Sociales*, n° 53, 2018, pp. 143-168.

Ferrari, Marcela, “Democracia Cristiana, Partido Justicialista y política de frentes. El FREJUDEPA en perspectiva histórica”, *Boletín de Historia Argentina y Americana “Emilio Ravignani”*, n° 48, 2018, pp. 121-153.

—, “La democracia cristiana argentina durante la dictadura cívico-militar y la transición temprana”, *Historia*, n° 50, 2017, pp. 49-77.

Gehler, Michael y Wolfram Kaiser, “Transnationalism and Early European Integration: The Nouvelles Equipes Internationales and the Geneva Circle 1947-1957”, *The Historical Journal*, vol. 44, n° 3, 2001, pp. 773-798.

Kaiser, Wolfram, “Co-Operation of European Catholic Politicians in Exile in Britain and the USA during the Second World War”, *Journal of Contemporary History*, vol. 35, n° 3, 2000, pp. 439-465.

—, *Christian Democracy and the Origins of the European Union*, Cambridge University Press, 2007.

Kalyvas, Sthatis, “From Pulpit to Party: Party Formation and the Christian Democratic Phenomenon”, *Comparative Politics*, vol. 30, n° 3, 1998, pp. 293-312.

Kalyvas Sthatis y Kees van Kersbergen, “Christian Democracy”, *Annual Review of Political Science*, n° 13, 2010, pp. 183-209.

Mainwaring, Scott y Timothy Scully (eds.), *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, México, FCE, 2003.

Mauro, Diego, “Católicos antifascistas en Argentina (1936-1943). Luigi Sturzo y las tramas locales de People & Freedom Group”, *Itinerantes*, n° 7, 2017, pp. 9-31.

—, “I popolari en la Argentina. Luigi Sturzo y el antifascismo católico de entreguerras”, *Anuario IEHS*, n° 29 y 30, 2015, pp. 267-288.

—, (1912-1967), *Ayer*, Asociación de Historia Contemporánea, n° 118, 2020.

Nállim, Jorge, “Debates hacia adentro: las ideas económicas del frente antifascista liberal en Argentina, 1939-1943”, *Sociohistórica*, n° 30, 2012, pp. 35-65.

Pollard, John, *The Papacy in the Age of Totalitarianism, 1914-1958*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

Rodríguez Lago, José Ramón, “En Español y desde Washington D.C. para Latinoamérica y España. El origen de la agencia *Noticias Católicas* (1941-1946)”, en C. Aguasaco (ed.), *Transatlantic Gazes: Studies on the Historical Links between Spain and North America*, Instituto Benjamin Franklin, UAH, 2018.

Touris, Claudia, *Catolicismo y cultura política en la Argentina: la constelación tercermundista (1955-1976)*, tesis de doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2012.

Vicente, Martín, "Orden Cristiano, entre las consecuencias de la segunda guerra mundial y los inicios del pero-

nismo: lecturas ante el mapa político de la posguerra", *Anuario IEHS*, n° 29 y 30, 2015, pp. 207-228.

Zanca, José, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Resumen/Abstract

¿Vía del medio o callejón sin salida? Los demócratacristianos en la Argentina desde comienzos del siglo xx hasta la década de 1960

La historia de la democracia cristiana suele dividirse en dos grandes campos de estudio. Por un lado, las experiencias partidarias de las primeras décadas del siglo xx y, por otro lado, las surgidas después de la Segunda Guerra Mundial. Este ensayo, centrado en el caso argentino, va a contramano de dichas tendencias, trazando algunas hipótesis que permitan reconectar ambos escenarios a lo largo del siglo xx. La primera sección se refiere a las tempranas formaciones políticas demócratacristianas en la década de 1910 y la segunda se enfoca en los años sesenta, cuando el Partido Demócrata Cristiano logró sus mejores resultados electorales.

Palabras clave: Partidos católicos - Democracia Cristiana - Secularización - Catolicismo social - Humanismo

Middle way or dead end? Christian Democrat followers in Argentina from the early xx Century to the 1960s

The history of Christian democracy is usually divided into two major fields of study. On the one hand, the study of the first decades of the 20th century and on the other, the analysis of the parties created after the World War II. This article, focused on the Argentine case, discusses these approaches by offering some hypotheses that would allow reconnecting both periods. The first section deals with the early Christian democrat political groups in the 1910s and the second one concentrates in the 1960s, when the Christian Democratic Party achieved its best electoral results.

Keywords: Catholic parties - Christian democracy - Secularization - Social Catholicism - Humanism

¿Nacionalistas? ¿Peronistas? ¿Socialistas?

*A propósito de la categoría de “izquierda nacional”
en el escenario ideológico argentino*

Martín Ribadero

CEDINCI-Universidad Nacional de San Martín

Introducción

El artículo tiene como objetivo analizar la trayectoria de la categoría de “izquierda nacional” en el panorama ideológico argentino desde mediados del siglo xx hasta las primeras décadas del xxi. El interés radica en establecer quiénes han apelado a esta noción y de qué manera lo hicieron, con sus luchas de clasificación y delimitación de pertenencia frente a otras opciones ideológicas, con el fin de comprender la historia de una tradición que, y a pesar del contexto actual, en los últimos diez o quince años sigue presente en la vida político-cultural. En efecto, si a fines de los años noventa esta constelación de ideas (después de un período de emergencia y auge entre las décadas de 1950 y 1970) parecía por lo menos residual, a partir del presente siglo volvió a resurgir como un afluente ideológico que permitió abreviar en él a varios actores políticos, intelectuales y militantes asociados a lo que se ha denominado como kirchnerismo o “izquierda populista”. Y aunque este marco no alienta una irradiación similar a aquella de la que gozó esta categoría tiempo atrás, su insignia tampoco parece presta a desaparecer, aun cuando ya no posea sus antiguas certezas y quienes la reivindican ya no sean hombres y mujeres pasibles de ser ubicados, siguiendo a Norberto Bobbio, dentro de una izquierda ra-

dical amparada en el igualitarismo y un programa de corte revolucionario.¹

Los comienzos de la “izquierda nacional”

Desde sus inicios la izquierda argentina estuvo atravesada por una constante lucha en la definición de sus características ideológicas. Desde la década de 1920 en adelante, las principales familias que integraban este espacio (socialistas y comunistas) priorizaron asumir como rasgo central de sus intervenciones y tomas de posición la identidad antifascista.² Esa adopción implicó que esta cultura política dejara de lado sus diferencias con otros sectores hasta ese momento oponentes, como eran liberales, radicales y demócrata progresistas. Producto de acuerdos, alianzas y afinidades entre estas diversas familias político-culturales, el antifascismo se conformó a partir de su inscripción en la tradición del liberalismo, que ofrecía un sentido

¹ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, Buenos Aires, Taurus, 2014.

² Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales: antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2013. Ricardo Martínez Mazzola, “El Partido Socialista en los años 30”, 2017, disponible on-line <<http://www.psocialista.org/13493/>>.

único y general a las heterogéneas fuerzas que integraron esta constelación.³

A mediados de los años cuarenta, con el surgimiento y posterior predominio del nacionalismo popular de cuño antiliberal en la arena política e ideológica nacional, esta asociación entre izquierdas y liberalismo, si bien continuó por varios años, comenzó a revelar un notorio agotamiento, visible en distintos reacomodamientos y rupturas tanto a nivel de sus partidos políticos como de sus formaciones político-culturales. El Partido Socialista, por caso, experimentó una fuerte partición interna durante los gobiernos peronistas, producto de un movimiento triunfante que revelaba una ambiciosa política social y un evidente apoyo por parte de los trabajadores urbanos. Las expulsiones en 1952 de miembros de peso como Enrique Dickman, un histórico del partido, o Carlos María Bravo revelan de forma nítida el alcance de la crisis que surcaba a la cúpula partidaria del socialismo argentino, a la que se agregaba la salida de dirigentes sindicales como Ángel Borlenghi y Juan Atilio Bramuglia. Unos años más tarde, esta división interna prosiguió al calor del impacto que produjo en esta legendaria institución política el contexto posperonista, la Revolución Cubana y la emergencia de una nueva camada de políticos y militantes.⁴

El comunismo, por su parte, también se vio envuelto en una serie de pujas y divisiones internas durante los años del peronismo. La expulsión de dos importantes historiadores del partido como eran Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano –quienes habían apoyado varias iniciativas del gobierno de Perón–, a lo

que habría que sumar los sucesos desencadenados a partir del denominado “caso Real”, evidencian dos de los hechos más salientes de una serie de rupturas y tensiones que, sin embargo, no logró quebrar la estructura y el orden interno de esta institución ni tampoco el consenso ideológico que el liberalismo (detectable incluso en la obra de Puiggrós) conservaba todavía en la cultura comunista.⁵

Otro integrante significativo de la izquierda argentina como el trotskismo también atravesó, por esos mismos años, un importante proceso de disidencia entre las distintas sectas o tendencias que lo conformaban, cuyo resultado terminaría alejando a varias figuras y a grupos del antifascismo y de la tradición liberal como fuente ideológica común.⁶ El grupo liderado por Jorge Abelardo Ramos representó una de esas disidencias respecto al peso vertebrado de que el liberalismo gozaba dentro del trotskismo y de la cultura de izquierda en general, al auspiciar una revisión de las bases ideológicas que constituían al socialismo argentino inducido por el triunfo y el predominio que el nacionalismo popular detentaba entre los trabajadores argentinos. Incorporando y adaptando ciertas ideas provenientes de este afluente ideológico –como era la relevancia asignada a las masas en la historia nacional, o a líderes populares como José de San Martín y Manuel Dorrego hasta Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón– pero también del antiimperialismo latinoamericano vía el socialista Manuel Ugarte, Ramos y su grupo buscaron rediseñar una nueva doctrina socialista con el objetivo de lograr un consenso entre trabajadores y militantes en la construcción de auténtica soberanía contra el

³ Fernando Devoto, “Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía”, en F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131.

⁴ María Cristina Tortti, *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva izquierda”*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

⁵ Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, México, FCE, 2018.

⁶ Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996.

imperialismo, a partir de su incorporación a lo que denominaba como los “Estados Socialistas de Latino América”, bajo la bandera del socialismo nacional.⁷

Esta integración de temas y tópicos propios del nacionalismo popular y del antiimperialismo a la visión utópica de izquierda le permitió a Ramos y a su grupo –pero también al que lideró un tiempo después el contornista Ismael Viñas– canalizar referencias históricas, acontecimientos, actores e ideas opuestos a los que apadrinaba la tradición liberal.⁸ Si bien este distanciamiento con el liberalismo habría que relativizarlo incluso en el caso del propio peronismo, es claro que para este sector del marxismo la emergencia del nacionalismo popular no solo desafió la común división entre *izquierda* y *derecha* que apadrinaba su cuadrilátero ideológico, sino que también obligó a la búsqueda de un diálogo posible, no exento de disputa –incluso con las ideas que apadrinaba una figura algo más distante como era José María Rosa–, con el fin de ofrecer una solución a la crisis ideológica y política, en la que el predominio que ostentaba Perón entre los trabajadores y los sectores populares había sumido a la izquierda argentina.

La izquierda nacional en los *sixties*

La idea de una “izquierda nacional”, hasta donde puede registrarse, emergió a fines de los años cincuenta. Frente a lo que enunciara en su momento Jorge Abelardo Ramos, por lo que la evidencia permite afirmar, es poco probable que esta categoría haya comenzado a circular en el ambiente intelectual argentino

durante los años del peronismo en el poder. Más bien, es factible identificar su uso recién a fines de la década de 1950 entre ciertos sectores de la izquierda marxista y el peronismo, como puede apreciarse de manera nítida en la revista *El Popular*, dirigida por el entonces abogado y propiciador político-cultural Carlos Strasser. En un intento por delimitar quiénes podían ser parte en este espectro ideológico, *El Popular* incluía entre sus integrantes a hombres inscriptos en diferentes tradiciones y generaciones, como Ismael Viñas (frondizismo), Ramos (trotskismo), Hernández Arregui (nacionalismo popular), Puiggrós (comunismo) y John William Cooke (peronismo de izquierda), entre otros.⁹

Esta visibilización, y al mismo tiempo apuesta, que Strasser realizaba del naciente y creciente espacio de la izquierda nacional no estuvo exenta de disputas por su liderazgo. Un instante explícito se observa en el debate que sostuvieron Ramos y Hernández Arregui en revistas como *Política*, *Voz Popular* y *El Popular*. Más allá de las cuestiones personales que enfrentaron a cada uno, esta diatriba versó sobre el uso y la delimitación de las ideas que podrían ser consideradas parte de la izquierda nacional y sobre quiénes podían ser incluidos dentro de este espectro. Mientras que para Hernández Arregui el surgimiento de la izquierda nacional era constatable después del golpe de Estado de 1955, para Ramos esta había tenido como fecha de nacimiento un tiempo anterior y en publicaciones de origen trotskista como *Frente Obrero* y *Octubre*. En un plano complementario, este enfrentamiento también dejaba en evidencia el dilema estratégico que varios intelectuales de izquierda afrontaron durante los años sesenta y setenta: el de la incorpora-

⁷ Martín Ribadero, *Tiempo de profetas. Debates, ideas y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017, p. 83-84.

⁸ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

⁹ Carlos Strasser, “Acerca de una izquierda nacional”, *El Popular. Hacia el pueblo por la verdad*, Buenos Aires, año I, n°1, septiembre de 1960, p. 19.

ción o no al peronismo. Pero más allá de esta cuestión, nada menor en el interior del panorama político-ideológico nacional, lo cierto es que hacia los primeros años de la década del sesenta la autodenominada izquierda nacional se convirtió en una nueva opción ideológica, en especial entre la juventud universitaria, de la mano de la creación de distintas organizaciones –como el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), liderado por Ramos, o el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Viñas–, y de una serie de emprendimientos culturales, como revistas –*Izquierda Nacional y Liberación*– y libros, auténticos *best seller* políticos, como *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Ramos, o *Imperialismo y cultura*, de Hernández Arregui.

Ahora bien, ¿cuáles podrían ser los rasgos, siempre inestables, que le otorgaban cierta coherencia a quienes decían integrarla? Podrían sugerirse tres, que, en una mirada general, la emparentan más con el cruce entre el nacionalismo popular y el marxismo “clásico” –Marx, Lenin, Trotsky– que, como algunos han afirmado, con un nacionalismo afincado en la obra de los hermanos Irazusta o el renovado “marxismo occidental”. En primer lugar, un aspecto saliente es la interpretación “positiva” del “hecho peronista”, como un momento significativo del desarrollo de la conciencia obrera y de la preponderancia de los intereses nacionales por sobre los extranjeros, apuntalada desde una mirada antiimperialista y que, en el caso de marxistas como Ramos y Puiggrós, declinaba a través de la denominada “cuestión nacional”. Un segundo punto de conjunción radicó en la toma de distancia y la crítica a la denominada “izquierda tradicional”, que se identificaba con el socialismo y el comunismo, dada la aversión al componente popular, obrero y plebeyo que atravesaba a la sociedad argentina y a los sectores populares y que el peronismo bien habría sabido captar. Un último elemento esta-

ría vinculado con la posibilidad de conjugar un encuentro entre peronismo y socialismo, ya sea en términos políticos (a partir de la estrategia de los “Frentes Nacionales”) o ideológicos, apelando a ideas como soberanía nacional o a una interpretación de la historia argentina contraria a la propuesta por el liberalismo o a las que ofrecía el marxismo como “imperialismo” de tradición leninista y la división del mundo capitalista entre “países coloniales y semicoloniales”.

Sin embargo, esta mirada de conjunto no debe dejar de advertir las diferencias que existían entre quienes decían componer esta izquierda nacional que, más allá de disímiles trayectorias intelectuales, hacían muy probablemente difícil una unificación a nivel político o partidario. En el caso de Ramos y Viñas (en Puiggrós esto no ocurre), su postura común de no ingresar al movimiento liderado por Perón (el primero por razones asociadas a su apego a la tradición leninista) los diferenciaba de esas otras figuras con las cuales cierta literatura los emparentaba, como Cooke y Hernández Arregui. Tal diferencia se asentaba en el objetivo de toda iniciativa política: mientras en Ramos el objetivo era plasmar una revolución de corte socialista que superara la “revolución nacional” y con ello las desigualdades que apañaba el capitalismo argentino, en el resto ese horizonte era más bien lejano aunque no menos deseable (Cooke) o ni siquiera enunciable (Hernández Arregui); en el caso de Puiggrós, su énfasis declinaba lentamente en sus distintas intervenciones.

Ya en los años setenta, esta izquierda nacional amplió su irradiación al sumarse nuevas figuras (Norberto Galasso, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde) y obtener una nítida repercusión en el medio universitario, al tiempo que su discurso logró una estandarización en el uso de tópicos e ideologemas, los cuales solo sufrían agregados que actualizaban lo que la tradición semiológica francesa denomina “lenguaje de madera” o,

en otras palabras, relato militante.¹⁰ Quizás un aspecto distintivo respecto a los años sesenta radicó en que varios de quienes se autodenominaban parte de la izquierda nacional priorizaron la arena partidaria e institucional a las batallas de ideas, como revela el caso de Ramos y el Frente de Izquierda Popular (FIP), fundado en 1971, y su participación en las elecciones presidenciales celebradas dos años después, o el mismo Puiggrós en calidad de decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

A fines de los años setenta, sin embargo, comenzó un lento declive del uso de esta categoría y de quienes eran asociados a esta tendencia. El golpe de Estado de 1976, la muerte de Hernández Arregui y de Puiggrós, el exilio de otros tantos como Viñas y la crisis interna del FIP de Ramos –que implicó la división del partido y el distanciamiento de su socio principal durante décadas, Jorge Enea Spilimbergo– y, finalmente, el triunfo de la Unión Cívica Radical liderada por Raúl Alfonsín en 1983, conformaron algunos de los elementos que permiten explicar la decadencia, mas no su desaparición, de esta constelación en el escenario ideológico durante la década del ochenta y parte de la del noventa del siglo pasado.

En el marco de una nueva crisis de las izquierdas a nivel global, cuya profundización se evidenció sobre todo a raíz de la implosión de la URSS, el declive de la idea de izquierda nacional es significativo, al punto de casi decretarse su desaparición cuando Jorge Abelardo Ramos, después de décadas de alentar una posición independiente, se incorporó al peronismo en 1994. Tal hecho venía gestándose tiempo atrás, a partir del diálogo y el contacto asiduo que Ramos tenía por entonces con muchos miembros del Partido Justicialista

inscritos en la denominada “renovación peronista”, en especial Antonio Cafiero y Carlos Saúl Menem, según se constata en su correspondencia personal, donde el dilema del “aislamiento” y una nueva crisis de las izquierdas en la Argentina asomaba como una preocupación permanente. Este acoplamiento de quien pregonó durante años una autonomía total respecto al peronismo significó que un sector de la autodenominada “izquierda nacional”, entre la década del noventa y parte del nuevo milenio, pasara a ser un mero elemento residual dentro de la cultura política argentina.

La izquierda nacional: entre la crisis del “socialismo real” y el surgimiento de la “izquierda popular”

A fines de la primera década del presente siglo, las figuras de Ramos, Arregui y Puiggrós, sus libros y algunas de sus principales ideas retomaron lentamente su presencia en la arena ideológica nacional. En el caso de Ramos, tal rehabilitación se debió en parte a su ingreso al peronismo, pero ahora sumaba un elemento nuevo: un sector dentro de este, el kirchnerismo, asumía ese legado al destacar un manojito de nociones tales como “Patria Grande” o la “balcanización latinoamericana” y a la nueva publicación de los libros que habían formado a varias generaciones de intelectuales y militantes, tanto peronistas como de izquierda, entre los años cincuenta y sesenta.

Quizás un momento que grafica y al mismo tiempo condensa esta apropiación del legado de la izquierda nacional de Ramos, a manera de apunte, pueda apreciarse en el encuentro que sostuvieron en 2011 la por entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner y el mandatario venezolano Hugo Chávez, momento en el cual este último lee y cita varias partes del libro de Ramos *Historia de la Nación Latinoamericana*, publicado en 1968,

¹⁰ Marc Angenot, *Interdiscursividades. De hegemonía y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2010.

exaltando la idea de “Patria Grande” y “unificación latinoamericana” (la radicalidad socialista y las apelaciones a Marx, Lenin y Trotsky brillaban por su ausencia en su alocución).¹¹

A principios de la presente década, el kirchnerismo parecía hallar en Ramos y en el resto de la tradición de la izquierda nacional referentes intelectuales que le permitían tomar distancia del peronismo de los años noventa. Asimismo, ofrecía un cúmulo de ideas pertenecientes a un pasado anclado a una militancia de izquierda de los años setenta, aunque ese gesto evidenciaba una nula apelación a conceptos como “revolución”, “socialismo” o “lucha de clases”, típicos de la formación discursiva de Ramos y su grupo durante su época de notoriedad, pero también al lugar central que ocupaba Juan Domingo Perón en la obra de Hernández Arregui. Así, esta tendencia ideológica emergía de nuevo en la vida local como un referente dentro de un espectro político presto a diagramar un pasado y un futuro para un proyecto que intentaba establecer una inscripción propia en la historia nacional. El reverso de esta actualización de la izquierda nacional, y de Ramos en particular, mostraba una cada vez más escasa independencia en cuanto a su producción ideológica y su posicionamiento político, como un signo representativo del que sufría la cultura de izquierdas. En la última década, buena parte de esta tradición aparecía diluida en el peronismo-kirchnerista, subsumida en una narrativa de una “izquierda popular”, la cual entre otras cuestiones ya no habilitaba los contornos socialistas radicales y el énfasis igualita-

rista que Ramos o Ismael Viñas, entre otros, supieron cultivar.¹²

En conclusión, ¿de qué nos habla el derrotero trazado? No solo de los cambios políticos e ideológicos alcanzados por esta autodenominada “izquierda nacional” en las últimas décadas respecto al momento histórico de su surgimiento y expansión, sino también de que en gran medida su definición estuvo supeditada a distintas coyunturas, dando cuenta de la contingencia que existió en cuanto a su definición y a quienes se inscribían o eran autorizados a formar parte. Asimismo, su configuración, sobre todo durante el siglo pasado, estuvo supeditada a las batallas protagonizadas entre quienes provenían del mundo de las izquierdas de signo marxista y del nacionalismo popular –y a su vez enfrentados a la “izquierda tradicional” y a las derechas de signo liberal–, en un proceso de competencia por la hegemonía de un espacio que, entre las décadas del sesenta y el setenta, afrontaba una amplia recepción en los sectores medios politizados. Por último, en relación al tiempo reciente, no es menos significativo advertir la pérdida progresiva tanto de una autonomía enunciativa como de su carácter discursivo más radical, en el sentido de diseñar horizontes alternativos para una sociedad que ha adquirido profundos niveles de desigualdad social y económica. □

Bibliografía citada

Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Angenot, Marc, *Interdiscursividades. De hegemonía y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2010.

Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda*, Buenos Aires, Taurus, 2014.

¹² Itai Hagman y Ulises Bosia, *La izquierda y el nacionalismo popular ¿un divorcio inevitable?*, Buenos Aires, Colihue, 2017.

¹¹ Al respecto véase <<https://www.youtube.com/watch?v=9zBHYZPIHqo>>. Sobre el vínculo entre Cristina Fernández de Kirchner y Jorge Abelardo Ramos, cf. “Cristina Kirchner dijo que en 1973 votó a Perón ‘por izquierda’”, en diario *Infobae*, puesto en línea <<https://www.infobae.com/2013/09/09/1507683-cristina-kirchner-dijo-que-1973-voto-peron-por-izquierda/>> (9 de septiembre de 2013).

Devoto, Fernando, "Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía", en Devoto, F. y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131.

Hagman, Itai y Ulises Bosia, *La izquierda y el nacionalismo popular ¿un divorcio inevitable?*, Buenos Aires, Colihue, 2017.

Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales: antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itine-*

rarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra, México, FCE, 2018.

Ribadero, Martín, *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017.

Strasser, Carlos, "Acerca de una izquierda nacional", *El Popular. Hacia el pueblo por la verdad*, Buenos Aires, año I, n° 1, septiembre de 1960, p. 19.

Tortti, María Cristina, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva izquierda"*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Resumen/Abstract

¿Nacionalistas? ¿Peronistas? ¿Socialistas? A propósito de la categoría de "izquierda nacional" en el escenario ideológico argentino

El trabajo analiza la trayectoria de la categoría de "izquierda nacional" en el panorama ideológico argentino desde mediados del siglo XX hasta las primeras décadas del XXI. La idea que anima esta intervención es establecer quiénes han apelado a esta noción y de qué manera lo hicieron, con sus luchas de clasificación y delimitación de pertenencia frente a otras opciones ideológicas, con el fin de comprender la historia de una tradición todavía presente en la opinión pública en general y la vida político-cultural en particular. Si a fines de la década de 1990 esta constelación de ideas parecía residual, a partir del presente siglo volvió a resurgir como un afluente ideológico en el cual pudieron abreviar actores políticos, intelectuales y militantes asociados a la denominada "izquierda populista".

Palabras clave: Izquierda Nacional - Nacionalismo Popular - Ideas - Marxismo

Nationalists? Peronists? Socialists? Reflections on the "National Left" as a category in the ideological Argentine scenario

The objective of the work is to analyze the trajectory of the category of "National Left" in the Argentine ideological panorama from the mid-20th century to the first decades of the 21st. The idea behind this intervention is to establish who has resorted to this notion and how they did it, with their struggles to classify and delineate belonging to other ideological options, in order to understand the history of a tradition still present in public opinion in general and political-cultural life in particular. If at the end of the 1990s this plethora of ideas seemed residual, from the present century it re-emerged as an ideological stream where political, intellectual and militant actors associated with the so-called "Populist Left" could quench.

Keywords: National Left - Popular Nationalism - Ideas - Marxism

Cuando la revolución cambia de signo.

La “izquierda” del peronismo como objeto de deseo y de represión

Laura Ehrlich

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Hubo un tiempo en que el peronismo proscribió, opositor al *statu quo* instaurado en la Argentina después de 1955, no fue preponderantemente “de izquierda”. Durante una parte de la primera década posterior al derrocamiento del gobierno de Juan D. Perón por un golpe cívico-militar, una constelación de ideas, imágenes y en algunos casos trayectorias filiadas con el nacionalismo extremo y el catolicismo integral tuvieron un papel fundamental en la activación política de la franja combativa, “revolucionaria”, del peronismo fuera del poder. El antiliberalismo y el antipolitismo, el culto a la acción y el juvenilismo, el antiimperialismo e, incluso, el anticapitalismo de raigambre derechista, estructuraron simbólicamente el activismo de ese sector, dando expresión a un bricolaje ideológico cuyo color político difirió mucho de su deco-dificación socialista, años después.¹

La política de des-peronización de la “Revolución Libertadora” propició una actitud beligerante entre los peronistas, que además de desplegarse en prácticas de acción directa y de lucha gremial, cobró cuerpo en un lenguaje específico. Las medidas represivas y la

proscripción electoral, persistentes durante los gobiernos civiles posteriores al régimen de Eduardo Lonardi, Isaac Rojas y Pedro Aramburu, prolongaron su vigencia. En el primer apartado de este artículo, se analizan algunas figuras salientes del lenguaje de los peronistas fuera del poder. En la segunda parte, se recorren los discursos de diversa procedencia que identificaron a la franja combativa del peronismo como una “nueva izquierda” o, directamente, como una “izquierda peronista”. Al final, se propone mirar el caso como una manifestación lingüística de la crisis política más general, por la cual se desestabilizaron y pusieron en juego distintos significados de la categoría de “izquierda”.

Las figuras de la “invasión” y del “país ocupado” fueron recurrentes en los intentos de los peronistas de connotar su sentimiento de exclusión de la comunidad política. Ambas metáforas evocaban escenarios diversos, desde las guerras de la Independencia hasta la Segunda Guerra Mundial y su inmediata posguerra, pasando por las ocupaciones imperialistas de Asia y África, incluida la subordinación de América Latina. Asociadas en un primer momento al tópico antiimperialista de raíz nacionalista y revisionista histórico, a esta capa de significados se le sobreimprimió una resonan-

¹ Laura Ehrlich, “*Intransigentes, duros y revolucionarios. Variaciones en la cultura política peronista entre 1955 y 1963*”, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2013.

cia “tercermundista” cuando los movimientos de liberación nacional africanos y asiáticos, y más tarde la Revolución Cubana, en el contexto de una recalentada Guerra Fría, compusieron un nuevo espejo en el que los peronistas combativos eligieron mirarse. Esta modificación semántica se relacionó con otra, el desplazamiento del blanco de la denuncia contra el imperialismo desde Gran Bretaña hacia los Estados Unidos, todo lo cual determinó a su vez una atenuación del eje principalmente diacrónico a lo largo del cual el peronismo solía justificar su pertenencia a la tradición histórica nacional. Pues fue, justamente, en torno de la imagen del “país ocupado” que se delineó un eje de referencias más contemporáneas que históricas, un nuevo espacio simbólico en el que los peronistas fuera del poder relocalizaron la vigencia de su identidad política: el campo de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, incluida América Latina.² Fue esta una de las vías mediante las cuales los peronistas procesaron su nuevo status de oposición proscripta.

La apelación a la “intransigencia” frente al “enemigo” constituyó otra manera de expresar, desde las primeras proclamas peronistas de circulación clandestina, y en la prensa afín que proliferó durante los años 1957 y 1958, la aspiración a lograr la supervivencia del conglomerado partidario, a la vez que el poder de enunciar su representación legítima. La noción puede remontarse a la tradición de la Unión Cívica Radical en la Argentina y estuvo presente, de hecho, en la denominación de la escisión partidaria con la que Arturo Frondizi ganó

la presidencia de la nación el 23 de febrero de 1958.³ Ahora bien, la cadena semántica en la que este significante aparece formulado en el lenguaje peronista de fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta (la denuncia de la “traición”, la corruptibilidad de los dirigentes y la denostación de la política), se enraíza en un universo de creencias crítico del liberalismo y del sistema de partidos que no podría atribuirse sin más, en esa época, a la totalidad del radicalismo. Aun así, el peronismo encontró disponibles en distintas zonas de la cultura política argentina elementos de un discurso derogatorio de las alianzas y de los acuerdos electorales, en el que latían —en un nivel subterráneo— sentidos asociados a la simbólica de la pureza y la integridad, propios de una mitología redentorista. De hecho, los temas de la “invasión” y del “país ocupado” se hallan próximos a la mitología del complot, cuya sintaxis semántica encadena tales imágenes a la denuncia del carácter extranjero o infiltrado, corrupto y conspirador del “enemigo”.⁴ En el reverso de este imaginario latente, la intransigencia predicada desde el peronismo fuera del poder significaba que estaba en la Historia, y no en la política, el verdadero *locus* simbólico del movimiento liderado por Perón.

En un contexto de acusada crisis política y aceleradas transformaciones socio-culturales, este componente mitológico debió haber jugado un considerable papel en la activación de los sectores peronistas más dispuestos a enfrentar el *statu quo*. En el nivel más sistemático de las ideas, por lo demás, el carácter mixturado o de bricolaje de las creencias políticas de este segmento del peronismo no ha sido siempre reconocido por la literatura clásica acerca del período, y merece una discusión.⁵ En su magistral libro, Daniel James

² Señaló esta espacialización del imaginario de un sector peronista revolucionario de fines de los años sesenta Germán Gil, *La Izquierda Peronista. Para una interpretación ideológica, 1955-1974*, Buenos Aires, CEAL, 1989. Una aproximación renovadora en Valeria Manzano, “Argentina Tercer Mundo: Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970”, *Desarrollo Económico*, vol. 54, n° 212, mayo-agosto de 2012.

³ Se trata de la Unión Cívica Radical Intransigente.

⁴ Raoul Girardet, *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

⁵ Para tal discusión, véase también Humberto Cucchetti,

planteó que la estructura de sensibilidad de los años de la “resistencia peronista” estuvo marcada por el peso de los valores y de la conciencia práctica del conflicto de clases, lo que habría determinado en los actores del período el recurso a un lenguaje de tipo moral (el que apelaba a la *intransigencia* política y a la *línea dura* sindical).⁶ El obrerismo anticapitalista, el antipoliticismo, la denuncia de los *traidores* y la nostalgia por las conquistas perdidas, configuraban en la visión de James una lógica esencialmente moral y no política o ideológicamente articulada, de oposición de los *duros* del sindicalismo a la política de *integración* del presidente Frondizi. En el argumento, la complejidad de la constelación político-ideológica que impulsaba al activismo peronista *duro* e *intransigente* de esos años quedaba inadvertida. Esta omisión parecería fundarse en un *a priori* teórico, que podría formularse así: si la clase obrera peronista o su dirigencia combatían el *statu quo* político-social, era porque una conciencia clasista, esto es, proto-izquierdista, latía en su seno, en estado práctico. De este modo, para James, la dimensión anticapitalista, antisistémica y anticomunista, que una ideología nacionalista extrema y católica integral habían legado al peronismo, no resultaba visible. Para hacer esto posible se puede desplazar la mirada hacia activistas por fuera del ámbito gremial: en el periodismo, la política partidaria, la juventud y la “resistencia” no

sindical. Allí se advierte que el antiliberalismo y el desprecio por los partidos, el culto a la acción y al líder; el antiimperialismo e, incluso, el anticapitalismo a favor de una “tercera posición” (generalmente manifiesto junto al anticomunismo), fueron tópicos que, articulados explícitamente en un plano ideológico, tenían un color político que no era precisamente de izquierda. Su formulación discursiva había sido elaborada en las proclamas y la prensa semiclandestina que, desde el ‘55 en adelante, organizaron simbólicamente la experiencia de exclusión y persecución del peronismo, en diálogo no siempre afinado con la palabra diferida del líder en el exilio.

Hacia 1960, ciertas agrupaciones y figuras del peronismo comenzaron a ser identificadas, desde ángulos diversos del espectro político, como filo o “cripto-comunistas”, como una “nueva izquierda” o conformando, directamente, una “izquierda peronista”. ¿Cómo fue posible este nuevo sincretismo? ¿Qué significaba la categoría de *izquierda* en este contexto? ¿Qué *hacía* cada uno de los actores que designaba a tal o cual grupo peronista como “izquierdista” o “filocomunista” al enunciar tal atribución de identidad?⁷ Se puede comenzar por el discurso enunciado desde el ámbito estatal. En un recurso que no era nuevo aunque sí lo era el contexto internacional en que se insertaba, el Presidente Frondizi y su ministro del Interior, Alfredo Vítolo, justificaron la implementación de medidas de excepción ante la envergadura de los conflictos gremiales, en la existencia de “complots” de signo “peronista-comunista” para alterar el orden público. Muestra de la imbricación de la dinámica política local con el horizonte de la Gue-

“Droites radicales et péronisme: un mélange de traditions anticapitalistes?”, en O. Dard (ed.), *Références et thèmes des droites radicales au XX^e siècle (Europe-Amériques)*, Berna, Peter Lang, 2015.

⁶ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 139-143. En el movimiento obrero, la llamada *línea dura* o *intransigente* fue la tendencia peronista que encabezó la oposición al presidente Frondizi y lideró las 62 Organizaciones Gremiales entre 1959 y 1962. Luego designó a los opositores a Augusto Vandor, dirigente metalúrgico que desafió, a mediados de la década del ‘60, el liderazgo partidario de Juan Perón.

⁷ Retomo aquí libremente a Quentin Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2007, cap. 4.

rra Fría a escala regional, las Fuerzas Armadas, y en especial su fracción más conservadora, vieron en la escalada de huelgas del año 1959 la posibilidad de que un peronismo combativo representara la antesala del comunismo. A pocos días de haberse implementado el Plan Conintes, por caso, y ya frustrada la tentativa guerrillera peronista de Uturuncos, un diario del norte del país exigió la intervención de las provincias de Santiago del Estero y de Tucumán, argumentando que se estaba viviendo “la tantas veces anunciada guerra revolucionaria, que se realiza con inspiración y dirección comunista y con mano de obra peronista”.⁸

En ese entonces, activistas y trabajadores peronistas desarrollaron campañas de agitación política y gremial en compañía de diferentes fracciones de la izquierda partidaria y, en especial, de aquellas que se conocerían luego como “nueva izquierda”. John William Cooke —ex delegado de Perón y residente en Cuba desde 1960— fue parte activa en el sostenimiento de estos vínculos. Fue justamente un texto suyo de 1959, en el que argumentaba acerca del carácter indisociable de la liberación nacional y la revolución social, el que dio pie al señalamiento del joven Juan Carlos Portantiero, desde la publicación cultural del Partido Comunista, de que se estaba allí ante una de las variantes de las “neo izquierdas” en el país: la “izquierda peronista”.⁹ Pero mientras las denuncias desde el ámbito estatal

acerca de una “infiltración comunista” en el peronismo arreciaban, Cooke proponía desestimar las “voces que se alzarán para acusarnos de comunistas, trotskistas, cripto marxistas, camaradas de ruta, idiotas útiles, filo comunistas, infante comunistas, etcétera”.¹⁰ Eludía así asumir en primera persona la inclinación socialista del programa con el que intentaba comunicar la experiencia de la Revolución Cubana y la del peronismo, prefiriendo dejar a sus “enemigos” la responsabilidad de la imputación. Aquellas voces ciertamente escalaban. Informes de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires le atribuyeron al Dr. Cooke la dirección de una “fracción izquierdista” que trabajaba en conjunto con socialistas y comunistas, mientras que los medios de comunicación advertían acerca del avance del “fidelismo” y de la posible captación hacia la izquierda del electorado peronista.¹¹ En un intento de rebatir ese tipo de imputaciones, la dirigencia de las 62 Organizaciones Gremiales (peronistas), en medio del dificultoso proceso para lograr la normalización de la Confederación General del Trabajo —hasta entonces intervenida por el gobierno—, proclamaba la identidad del movimiento gremial que representaban como de defensa de

los intereses económicos comunes [...] del trabajador argentino, que es de extracción cristiana y de esencia nacional [y el cual tenía la suficiente fuerza para] contener, primero, y extirpar, después, las corrientes internacionales del imperialismo ideológico, en especial el comunismo y su paralelo el trotskismo.¹²

⁸ *La Gaceta de Tucumán*, 16/3/1960, reproducido en Ernesto Salas, *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2003, pp. 97-98. El Plan de Conmoción Interna del Estado dividió al país, desde marzo de 1960, en zonas de actuación y jurisdicción militar, basándose en la Ley 13.234 de Organización de la Nación en tiempos de guerra, sancionada durante el primer gobierno de Perón.

⁹ John W. Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, Buenos Aires, Fundación Scalabrini Ortiz, Seminario de Estudios Sociales, Cuaderno n° 6, diciembre de 1959. Juan Carlos Portantiero, “Algunas variantes de la neozquierda argentina”, *Cuadernos de Cultura*, Año XI, n° 50, noviembre-diciembre de 1960.

¹⁰ “Reportaje a John William Cooke. Desde La Habana, Cuba”, *Che*, Año I, n° 22, 8/9/1961, reproducido en R. Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia peronista. 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, pp. 88-95.

¹¹ María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva izquierda” (1955-1965)*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 237, n. 57.

¹² “¿Otra vez Cardoso?”, *Che*, Año I, n° 9, 9/3/61, p. 4.

No obstante esta profesión de fe anticomunista del sector que lideraba el gremialismo identificado con Perón, el gobierno de Frondizi presentó al Congreso el proyecto de Ley de Defensa de la Democracia, con el propósito de dejar fuera de la ley todos los “extremismos”, es decir, a quienes aspiraran a destruir el Estado democrático y a reemplazarlo por un “Estado comunista, o por alguna otra forma totalitaria de gobierno, cualquiera sea el signo ideológico que la informe”.¹³ En tanto, el propio Juan Perón polemizaba desde Europa con el estrechamiento de las opciones políticas planteado por la adhesión del gobierno argentino a la causa de la “defensa de Occidente”, esgrimida desde los Estados Unidos: “el mismo Justicialismo, si hoy quisiera alcanzar los éxitos populares que conquistó con sus verdades y creaciones de 1946, tendría que ir mucho más lejos que entonces y con procedimientos más expeditivos y drásticos [...] Nosotros no somos comunistas pero tampoco somos capitalistas”, terciaba el expresidente.¹⁴ Cuando, finalmente, en marzo de 1962, el peronismo encabezó las fórmulas electorales de una coalición que tuvo el apoyo de buena parte de la izquierda partidaria, el ministro Vítolo consideró oportuno volver a denunciar “la formación de un frente marxista revolucionario a través del Partido Popular Argentino y de Framini, con apoyo de la extrema izquierda, que quiere llevar a la masa peronista al campo del comunismo internacional”.¹⁵

¹³ CGT –Comisión directiva provisoria, “Texto del mensaje del Poder Ejecutivo a la Cámara de Senadores. Proyecto de Ley para defensa de la democracia”, 1961, Archivo del Sindicalismo Argentino Senén González, Universidad Torcuato Di Tella, 000129 bis.

¹⁴ “Largo documento del mandatario depuesto difundió en Europa”, *La Razón*, 7/10/1961, p. 3.

¹⁵ “55’ con Vítolo. Lo que se dice y se deduce”, *La Razón* 5^a, 14/3/1962, p. 6. Andrés Framini fue el dirigente del gremio textil que encabezó la fórmula peronista para competir por la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Su victoria determinó a la larga la destitución de Frondizi por un nuevo golpe militar.

Los militares responsabilizaron al gobierno desarrollista de Frondizi de la convergencia electoral entre peronistas e izquierdas, y lo derrocaron. Unos meses después, tras el Plenario Gremial de Huerta Grande, conocido por su programa radicalizado y en el que descolló la figura de Andrés Framini, el vespertino *La Razón* comenzó a aludir a este como uno de los “ideólogos” del sindicalismo que integraba “una izquierda peronista”. Sobre el “giro a la izquierda” había a su turno enviado instrucciones Juan Perón desde Madrid.¹⁶ Fue en esta peculiar coyuntura de 1962 que, en un texto interno de Cooke, su anterior indeterminación discursiva cedió lugar a la explícita asunción de pertenecer a una “izquierda peronista”, que disputaba con quienes (la “derecha”, desde su punto de vista) no querían reconocer en el “giro a la izquierda” lo permanente en el peronismo, esto es, su esencia revolucionaria.¹⁷

III Ha quedado evidenciada hasta aquí la cualidad primeramente heterorreferencial de la noción de “izquierda peronista”. Es decir que, en el comienzo de una historia que duraría al menos dos décadas, fue más bien desde fuera del peronismo de donde se proyectaron deseos políticos, o bien se objetivó una voluntad represiva cuando se identificó un sector de “izquierda” dentro de las huestes lideradas por Juan Perón. Surge a partir de ello la posibilidad de visualizar cómo se procesó en la Argentina un momento de desestabilización y transformación del propio concepto de izquierda, tensionado por las innovaciones

¹⁶ “En el peronismo”, *La Razón* 5^a, 19/7/1962, p. 7 y 22/7/1962, p. 4; “Framini habló sobre temas de actualidad en una conferencia”, *La Razón* 5^a, 28/7/1962, p. 2.

¹⁷ “Carta de John William Cooke a un grupo de compañeros del Movimiento Peronista. Desde La Habana, Cuba, 1962” (c. agosto 1962), reproducida en Baschetti, *Documentos*, pp. 101-115.

político-ideológicas que caracterizarían, desde entonces, a las corrientes que pasaron a denominarse, justamente, de “nueva” izquierda: la primacía de la acción, la opción por las armas, la inminencia de la revolución, el antiliberalismo, el desprecio por la lucha parlamentaria y las formas del sistema político democrático... Esta desestabilización en el significado de “izquierda” explica una porción de las disputas y los equívocos que se dieron cita en esa coyuntura de crisis política argentina, la cual involucró también, como se vio, una crisis en el lenguaje y una alteración en el significado de las palabras.¹⁸

Para algunos de los actores referidos, la atribución de una identidad de “izquierda” a sectores peronistas derivaba del hecho de que representaban una posición de clase, la de la clase obrera, y ostentaban consiguientemente el discurso acorde a tales intereses. Dado que se consideraba al movimiento sindical la expresión legal mayoritaria del peronismo luego de 1955, la prédica acerca del carácter potencialmente izquierdista de una porción suya no resultaba difícil –aunque sí un desafío– para quienes hablaban desde el Partido Comunista o desde alguna de las fracciones del Partido Socialista. Por ejemplo, Victorio Codovilla saludó el hecho de que “desde el golpe de estado del 29 de marzo de 1962” se había hecho patente la “contradicción” en el peronismo “entre su ala *derecha* formada por elementos burgueses y pequeño burgueses –Bramuglia, Mercante, Saadi, Guardo, etc.– y su ala *izquierda*, formada en su mayoría por obreros y gente de extracción popular”.¹⁹ Desde otro lugar de enunciación, el sociólogo Seymour Lipset compartía contemporáneamente el

punto de vista que asociaba posición de clase y definición ideológica (por lo que consideraba al peronismo en su totalidad como uno de los posibles extremismos de izquierda, es decir, de clase baja, junto al comunismo, el anarquismo y el socialismo revolucionario).²⁰

Entreverados con esta significación clásica, aparecen durante estos años otros significados para connotar la parte “izquierda” del peronismo: el “extremismo” de determinados sectores, su método y prédica revolucionarios; su *intransigencia* en el reclamo del retorno de Perón a la Argentina. Son los persistentemente *duros*, y no otros, aquellos a quienes se identifica como una “izquierda peronista” en muchos discursos que hablan de ella en los primeros años sesenta. Esta última parece haber sido la acepción que se propagaba en la opinión pública cuando, fruto del discurso de fracciones del gobierno y de las fuerzas armadas, se equiparaba la acción de comunistas y peronistas bajo la misma categoría de “extremismos” o “formas totalitarias”. O cuando la revista *Primera Plana* intercambiaba la noción de “extremistas” e “izquierdistas” para referirse a los peronistas seguidores de Andrés Framini, desplazados de los órganos gremiales y partidarios por Augusto Vandor.²¹ El de 1964 fue el año del mentado y fallido retorno de Juan Perón a la Argentina, y el de la cuestionada pero exitosa reorganización del Partido Justicialista promovida por Vandor. Estar a la izquierda en el peronismo significó entonces, sin dudas, abrazar un peronismo adjetivado como revolucionario, y estar a favor de la liberación nacional y social; pero en las alternativas políticas de la hora ello se tradujo centralmente como la

¹⁸ Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France*, Buenos Aires, FCE, 2016.

¹⁹ Victorio Codovilla, “El significado del ‘giro a la izquierda’ en el peronismo”, Buenos Aires, Anteo, 1962, p. 16; Portantiero, “Algunas variantes”.

²⁰ Seymour Lipset, *El hombre político. Las bases sociales de la política* [1960], Buenos Aires, Eudeba, 1977 citado en Juan Pedro Denaday, “Notas para el debate historiográfico del peronismo de los setentas”, *Pasado abierto. Revista del CEHIS* n° 5, enero-junio de 2017.

²¹ “El que arriesga gana o, a veces, pierde”, *Primera Plana*, Año II, n° 91, 4/8/1964, pp. 6-7.

oposición a integrarse al sistema de partidos, una posición inescindible del reclamo *intransigente* del regreso de Perón a la Argentina. El significado de las nociones de “lealtad” e “izquierda” convergieron en esa coyuntura del peronismo, al filo de la mitad de la década del sesenta. Luego, siguió otra historia. □

Bibliografía

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos de la resistencia peronista. 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Cuchetti, Humberto, “Droites radicales et péronisme: un mélange de traditions anticapitalistes?”, en Olivier Dard (ed.), *Références et thèmes des droites radicales au XX^e siècle (Europe-Amériques)*, Berna, Peter Lang, 2015, separata.

Denaday, Juan Pedro, “Notas para el debate historiográfico del peronismo de los setentas”, *Pasado abierto. Revista del CEHIS* n° 5, enero-junio de 2017.

Ehrlich, Laura, “*Intransigentes, duros y revolucionarios*. Variaciones en la cultura política peronista entre

1955 y 1963”, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2013.

Gil, Germán Roberto, *La Izquierda Peronista. Para una interpretación ideológica, 1955-1974*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

Girardet, Raoul, *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Manzano, Valeria, “Argentina Tercer Mundo: Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970”, *Desarrollo Económico*, vol. 54, n° 212, mayo-agosto de 2012.

Rosanvallon, Pierre, *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France*, Buenos Aires, FCE, 2016.

Salas, Ernesto, *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2007.

Tortti, María Cristina, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva izquierda” (1955-1965)*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Resumen/Abstract

Cuando la revolución cambia de signo.

La “izquierda” del peronismo como objeto de deseo y de represión

El artículo interroga el significado de la atribución de una identidad de “izquierda” a un sector del peronismo, a inicios de la década de 1960 en la Argentina. Se analizan, en primer lugar, algunas figuras del lenguaje del peronismo fuera del poder, para mostrar su original inscripción en una constelación ideológica que era propia, a fines de los años cincuenta, del campo de las derechas del espectro político. En una segunda instancia, se recorren discursos de origen estatal y otros, procedentes de la izquierda partidaria, interpretando que proyectaban una voluntad represiva y un deseo político, respectivamente, al identificar a la franja combativa del peronismo como filocomunista, como una “nueva izquierda” o como la “izquierda peronista”. Al final, se comprende el caso como una manifestación en el plano lingüístico de la crisis política más general, por la cual se desestabilizaron y pusieron en juego distintos significados de la categoría de “izquierda”.

Palabras clave: Peronismo - Izquierda - Derecha - Revolución

When the Revolution changes its meaning. Peronist “Left” as an object of desire

This essay focuses on the problem of why certain Peronist activists were told to be “leftist” at the beginning of the sixties in Argentina. In the first section the paper analyzes some rhetorical figures used by Peronist when they were not in power at the end of the 1950s in order to show that they originally belonged to a rightist ideological frame. The second section concentrates on State agents’ and leftist Parties’ discourses referring to militant groups within the Peronism as a “Peronist Left”, a “New Left” or directly as “communist friendly”, and proposes that it was due to both will of repression (the former) and political desire (the latter). Finally, the article proposes the idea that these cases were the linguistic expression of a more general political crisis that displayed multiple and unstable meanings for “Left”.

Keywords: Peronism - Left - Right - Revolution

Clasificar lo inclasificable: izquierda y derecha como categorías nativas

Ana Teresa Martínez

INDES-Universidad Nacional de Santiago del Estero / CONICET

En el presente trabajo me propongo apenas un ejercicio reflexivo para recordar algunas cuestiones teóricas que distan de ser novedosas, pero que vale la pena hacer presentes en este debate: qué significa decir que la categorización que nos ocupa es “nativa” del lenguaje político, pero buscamos explotar sus dimensiones analíticas. Vamos a discutir especialmente con el clásico trabajo de Bobbio *Derecha e izquierda*,¹ recortando (a contraluz del texto y de un caso que construimos como cantera de ejemplos) la reflexión sobre las especificidades de la conceptualización de pretensión analítica que este autor plantea y la que puede atribuirse a lo que los antropólogos llaman una categoría “nativa”, es decir, recogida de un lenguaje y un contexto social y cultural específicos.

Para no pensar en abstracto, vamos a plantear el problema a partir de los ejemplos de dos intelectuales de Santiago del Estero (Argentina) en el año 1943. Importa tener en cuenta que el material de archivo que utilizo no es homólogo para los dos casos: contamos con correspondencia privada, la totalidad de sus publicaciones y algunas actuaciones públicas de Bernardo Canal Feijóo. De Amalio

Olmos Castro tenemos reiteradas actuaciones públicas relatadas por los diarios *La Hora* y *El Liberal*, así como las publicaciones que conocemos bajo su firma. No hemos encontrado situaciones públicas –ni privadas– en que Amalio Olmos Castro y Bernardo Canal Feijóo se crucen claramente durante este año, pero sí aparecen tomas de posición públicas y privadas de cada uno frente a acontecimientos similares. Escogemos a estos dos personajes para articular la reflexión por lo que tienen en común y de diferente: dos funcionarios públicos (de distinto carácter) e intelectuales que publicaban dentro y fuera de la provincia, preocupados por las problemáticas sociales. Elegimos el momento por su carácter de bisagra en la vida política nacional, un momento en que las posiciones se definen y distribuyen pero no son aún lo que llegarán a ser cuando la emergencia clara del peronismo divida aguas: las interpretaciones posibles sobre las tomas de posición están llenas aún de zonas grises y de potencialidades prácticas indefinidas.

En 1943 Bernardo Canal Feijóo² tenía 46 años, era abogado del Banco Hipotecario Na-

¹ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significado de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1998.

² Para más información sobre Bernardo Canal Feijóo cf. Ana T. Martínez, Constanza Taboada y Alejandro Auat, *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero. 1920-1940*, Bernal,

cional y un escritor reconocido en el ámbito porteño, ganador de un premio nacional de cultura, colaborador de la revista *Sur*, autor de varios libros de poesía de vanguardia y de ensayos sobre cultura santiagueña, animador de la Asociación cultural La Brasa, promotor de investigaciones arqueológicas y de visitas culturales y científicas a su provincia, unido epistolarmente a una notable red de intelectuales y artistas de la región y del litoral. Vivía en Santiago del Estero y no había publicado aún sus principales ensayos, aunque trabajaba ya sobre Alberdi y reflexionaba sobre la configuración del territorio nacional.

Amalio Olmos Castro,³ catamarqueño radicado en Santiago del Estero al menos desde 1923, cuando lo encontramos como funcionario del yrigoyenista Maradona. En 1943, a los 58 años, era autor de artículos misceláneos publicados en periódicos y de numerosos informes estadísticos y trabajos de investigación social que daban cuenta de un conocimiento amplio de la provincia y sus problemas, abarcando desde la salud pública a la distribución de la propiedad de la tierra, proponiendo desde la cría del gusano de seda a la legislación del trabajo de empleadas domésticas. Eran publicados en revistas de circulación nacional pero específica, tales como *La Gaceta algodonera* o *Maderil*, en el *Anuario Estadístico del Departamento Provincial del Trabajo de Santiago del Estero* y *El Boletín*

del Departamento del Trabajo de Tucumán, así como en la revista del *Departamento Nacional del Trabajo*. Desde su creación en 1935 era director del Departamento Provincial de Estadísticas, Registro Civil y Trabajo de Santiago. En 1943 fue nombrado presidente de la recién creada Junta Honoraria de Investigaciones Sociológicas, dependiente de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), integrada además por Orestes di Lullo y Juan D. Chazarreta, vinculados de diversos modos al nacionalismo y a la militancia católica. También fue miembro correspondiente de la Comisión de Seguridad Social de la Universidad Nacional de La Plata, fundada por el socialista Alfredo Palacios durante su rectorado. Sin embargo, Olmos Castro no aparece integrado sino fugazmente en los proyectos colectivos de la intelectualidad local, predominantemente liberal (conservadora, radical o socialista) y nucleada en 1943 en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) y la Asociación Cultural La Brasa.⁴ Cuando se aparta de cuestiones estrictamente técnicas, la raíz social-católica de sus preocupaciones se deja traslucir en sus discursos, folletos y libros, tanto por su contenido como por las referencias en las que se apoya.

Si quisiéramos utilizar las categorías de *izquierda* o *derecha* como organizadoras de sus tomas de posición, públicas o privadas, objetivadas en textos o en acciones, durante 1943, nos veríamos en las dificultades que se pue-

Universidad Nacional de Quilmes, 2011, y Ana Teresa Martínez, “Bernardo Canal Feijóo, del problema del interior al interior como problema”, en Carlos Altamirano y Adrian Gorelik (eds.), *La Argentina como problema*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

³ Para más información sobre Olmos Castro cf. Ana T. Martínez, “Obrajes, leyes del trabajo y prácticas políticas. Las luchas por la construcción del Estado en el protoperonismo. Santiago del Estero (1943-1945)”, *Revista Andina*, n° 44, 2007, pp 116-141 y Ana T. Martínez, “Amalio Olmos Castro y la cuestión social en Santiago del Estero. El Departamento Provincial del Trabajo entre límites estructurales y conflictos ideológicos”, *Historia Regional*, n° 40, 2019, pp 1-17.

⁴ Orestes Di Lullo, de posiciones similares a Olmos Castro, es firmante del manifiesto de La Brasa y permanece vinculado hasta 1930. Olmos Castro nunca aparece relacionado con este grupo, hasta donde sabemos. En la convocatoria del PINOA (Primer Congreso de Planificación Regional del Noroeste Argentino, realizado en 1946) figura su nombre, pero luego desaparece de los boletines y del evento. En una sugerente carta de agosto de 1941, de Canal Feijóo a Figueroa Román (del Departamento de Sociografía de la UNT), aquel trata de asegurarse la intermediación entre este, Di Lullo y Olmos Castro, al tiempo que le propone que para trabajos sociológicos se vincule con el CLES recién creado.

den prever recorriendo las caracterizaciones mencionadas y conociendo someramente el contexto. Lo primero a aclarar es que ninguno de los dos se autoclasifica como de izquierda o derecha, y tampoco utilizan estas categorías para clasificar a otros. Este es el primer punto: en este caso no recogemos la oposición como una categoría nativa de un espacio/tiempo social; es el investigador quien las introduce para una clasificación de pretensión analítica, pero, como es inevitable, extrayéndola de otros contextos donde funciona como nativa. Las primeras preguntas a hacerse son ¿qué puede aportar al análisis?, ¿qué nos permite hacer esta operación conceptual y cuáles son sus límites? En principio –podríamos decir– ofrece la comodidad de una organización quiasmática del campo de actores en un momento dado, que facilitaría una clasificación al menos aproximada de tomas de posición y acciones para delinear configuraciones de sentido. Esas tomas de posición y acciones deberían poder organizarse en torno a algún principio que permitiera clasificarlas a “la izquierda” o a “la derecha”.

En su libro, Bobbio intenta delimitar algún núcleo de sentido que funcione como principio de clasificación. Partamos de sus puntos de llegada en el capítulo séptimo: luego de haber precisado desde el inicio que dejará de lado el significado “emocional” para centrarse en el “descriptivo” y de considerar que *izquierda* y *derecha* son “términos” “exclusivos” y “exhaustivos”, luego de barrer y discutir con trabajos anteriores que intentaban –en la década de 1990– dar de baja la oposición o recuperarla, Bobbio fundamenta la pertinencia de las categorías izquierda/derecha en el uso que continúa haciéndose de ellas en el campo político. Según afirma:

los términos “derecha” e “izquierda” siguen estando vigentes en el lenguaje político. Todos aquellos que los utilizan no dan en absoluto la impresión de usar palabras

en balde porque se entienden muy bien entre sí”.⁵

Es decir, en el discurso político de la época continuarían activas porque permitirían que los interlocutores comprendieran aquello de lo que se está hablando. Aceptado este punto de partida pragmático, trata de entender su funcionamiento y define dos criterios a combinar para precisar la categorización: igualdad/desigualdad como criterio central, libertad/autoridad como criterio secundario.

Volviendo a los discursos y las acciones de nuestros personajes, apliquemos los criterios de Bobbio en ese complejo año argentino de 1943. Respecto del criterio secundario de la libertad: 1) Aunque manifiesta no poder expresarse públicamente por su propia condición de funcionario público, Canal Feijóo escribe a Figueroa Román, el sociólogo tucumano, para solidarizarse con él cuando es separado de su cargo de juez; hace lo mismo con Francisco y José Luis Romero, así como con Alfredo Orgaz cuando son expulsados de sus cátedras; apoya epistolariamente a Eugenio Pucciarelli en sus preocupaciones por la libertad de cátedra en la UNT. 2) Por el contrario, Olmos Castro no solo no defiende desde su cargo a los dirigentes gremiales, integrantes del Consejo del Trabajo, que son encarcelados por razones ideológicas en mayo de ese año, sino que cuando sus bases los vuelven a elegir meses después para que vuelvan a ocupar sus puestos, ya consumado el golpe de Estado, el director del Departamento del Trabajo induce desde su cargo la formación de una nueva Federación gremial para integrar el Consejo con dirigentes alejados de “ideologías extrañas”. Su ideología católica parece prevalecer en la base de un anticomunismo menos preocupado por las libertades políticas individuales. No se trata de los mismos acontecimientos en uno y

⁵ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 89.

otro caso, pero si los tratamos con los instrumentos clasificatorios de Bobbio se vuelven comparables. Según los criterios enunciados, deberíamos decir que en estas tomas de posición Canal Feijóo está a la izquierda respecto de Olmos Castro por su defensa de la igualdad ante la ley y la libertad política.

Sin embargo, vayamos al criterio principal, el de la igualdad: la clasificación se matiza y hasta podría invertirse si tenemos en cuenta las tomas de posición pública en ese mismo año de ambos funcionarios respecto al obraje maderero, un tema particularmente sensible en Santiago del Estero. 1) Ya desde la sequía de 1937 Canal Feijóo había tomado posición responsabilizando a los obrajes de las consecuencias de la deforestación sobre el clima, como una de las causas de la sequía. Sin embargo, cuando se refiere a las consecuencias sociales de ese modelo de producción forestal, se preocupa por la migración interna, por el despoblamiento de las zonas rurales y el abandono de la pequeña producción rural, por la pérdida de referencias culturales de las clases populares tras la desaparición del bosque, pero poco dice sobre las dramáticas condiciones de vida de los hacheros. 2) Olmos Castro, al contrario, en su libro *El trabajo* –y en los informes que publica fundamentando multas a los obrajeros por incumplimiento de leyes básicas– describe minuciosamente la resistencia de los propietarios a hacerse cargo de accidentes de trabajo, los precios de las proveedurías de propiedad obrajera, el pago en vales y no en moneda nacional, el trabajo a destajo, la falta de agua potable, en suma, condiciones laborales que califica como de semi-esclavitud.

Si bien Canal Feijóo algunos años después definió el obraje como “catástrofe social”, no está claro en sus escritos cuánto contaba allí la explotación obrera y cuánto los otros problemas más estructurales y culturales. La confrontación de Olmos Castro con los obrajeros cobró en la segunda mitad de 1943 características épicas, por sus inspecciones sor-

presivas, sus denuncias administrativas y judiciales a obrajeros y sus enfrentamientos con el prestigioso diario *El Liberal*, que defendía la llamada “industria madre” y descalificaba al director del Departamento Provincial de Trabajo por no contar con título en leyes. No hemos encontrado, ni en la correspondencia ni en artículos periodísticos o libros de Canal Feijóo, alusión alguna al conflicto ni a esta dimensión del mundo del obraje. Este silencio, sumado a los indicios anteriores, pueden sugerir una posición que, en términos de Bobbio, estaría a la derecha de Olmos Castro cuando se trata de desigualdad económica y social, del ejercicio efectivo de la libertad y los derechos para esas clases populares que analizaba y ponderaba desde el punto de vista de la creatividad cultural.

Volvemos entonces a la pregunta anterior: ¿qué nos aporta la clasificación si nos proponemos usarla como categoría analítica? Bobbio sostiene que se trata de “términos” “exclusivos” y “exhaustivos”, es decir, al centrarse en el significado “descriptivo” decide aplicarles la lógica proposicional y el principio de no contradicción. Sin embargo, el carácter relacional que define la “izquierda” y la “derecha” abre a mil matices y desplazamientos semánticos según el actor, el caso y el principio de clasificación que se priorice. El planteo se sostiene en aquella perspectiva solo si además explicitamos otros aspectos que Bobbio aclara: el uso de estos principios de izquierda y derecha supone el marco de las sociedades políticas ilustradas, con principio de mayorías y sistema político democrático. Podríamos preguntarnos por qué. Supone entonces también –aunque no lo explicita– sociedades “modernas” con diferenciación institucional y cultural de campos (Bourdieu) y esferas (Weber).⁶

⁶ No podemos extendernos aquí, pero mientras “campos” refieren a una organización social, que pone el acento en la producción de un determinado tipo de actores y de cosas específicas en juego, “esferas” refiere a un

En este marco, la no contradicción puede salvarse solo prestando atención a los “respetos” (respeto de qué se dice lo que se dice) de los enunciados. Volviendo a nuestros ejemplos, si ampliáramos los “respetos” y analizaríamos también las posiciones sobre el rol de las mujeres en la sociedad –explicitadas por uno y otro de nuestros personajes en correspondencia y en publicaciones– podríamos afirmar también que Canal Feijóo es de izquierda en términos culturales y de centro-derecha en términos políticos y sociales, mientras que Olmos Castro se situaría en el centro-izquierda respecto de cuestiones sociales y de derecha en las políticas y culturales. ¿Quién está más globalmente a la derecha y quién a la izquierda entonces? Si el criterio principal es el de la igualdad, deberíamos inclinarnos por Olmos Castro, atravesado por la contradicción de preocuparse por la sindicalización de las trabajadoras domésticas pero para devolverlas lo antes posible al ámbito de sus propios hogares y familias. El problema parece estar precisamente en separar lo que en las disposiciones de los sujetos y las tomas de posición es más bien inseparable.

Al tocar más de lleno el tema de la lógica de las clasificaciones, parecemos llegar a un punto que Bobbio no vio, o no vio suficientemente. ¿En qué medida es posible separar el sentido “descriptivo” de nuestra clasificación para poder utilizarlo sin equívocos como categoría analítica? ¿No se confunde en el análisis de Bobbio la categoría analítica con la categoría nativa? ¿Y qué es entonces una “categoría nativa”? Concediendo el encuadre en las sociedades modernas hijas de la ilustra-

aspecto de los campos: el suelo de creencias, reglas y valoraciones que suele ser concomitante a cada espacio social diferenciado. Dicho a la inversa, las esferas de valor refieren a una diversificación de modos de valorar y de reglas de funcionamiento, la noción de campo desarrolla las condiciones sociales de producción de lo que menciona Weber.

ción: ¿nativa de qué tipo de espacio social (a la vez campo y esfera de valor) sería esta categorización? En principio parece obvio que para Bobbio es nativa del mundo político. Sin embargo, sabemos que la categorización tiene una prehistoria que –si lo miramos desde el punto de vista antropológico– no puede sino pervivir en la categorización política.

Como es sabido, izquierda/derecha forma parte de las oposiciones que podemos remontar, si nos remitimos a textos conocidos de la historia europea, hasta los presocráticos, particularmente los pitagóricos. Encontramos en esa tradición explicitadas las oposiciones derecha/izquierda, macho/hembra, reposo/movimiento, unidad/pluralidad, rectilíneo/curvo, luz/tinieblas, bien/mal, donde los términos opuestos quedan asociados no solo horizontal sino verticalmente: la derecha es el macho, el reposo, la unidad, lo rectilíneo, la luz, el bien. En esta mitología situada en la prehistoria de la filosofía griega, la izquierda es la hembra, el movimiento, la pluralidad, lo curvo, las tinieblas, el mal. Sin embargo, estas oposiciones han sido encontradas, con asociaciones verticales similares, en múltiples sociedades antiguas y contemporáneas, expresadas en rituales, textos y prácticas, especialmente –pero no solo– en torno al Mediterráneo.

Para la antropología, el que nos preocupa no sería sino un caso particular de los ejes organizadores que produce el cuerpo como operador analógico: arriba/abajo, izquierda/derecha, delante/detrás, dentro/fuera son las categorías que organizan nuestra relación con el espacio a partir de nuestro cuerpo. Y como el cuerpo carga las disposiciones que se producen en la socialización, estas relaciones espaciales se van connotando socialmente mientras en las relaciones sociales se va instituyendo, naturalizando, valorando e incorporando a la vez prácticas y disposiciones de los sujetos y las instituciones. Los ejemplos en el lenguaje, gestos y textos que sostienen las creencias sobre la vida, la muerte y el sentido (que las sociedades occi-

dentales sitúan en un ámbito particular que llamamos religioso) son innumerables. Pero todas estas oposiciones primitivas (en el sentido de fundamentales) también configuran mucho del lenguaje, gestos, textos e instituciones de ese otro espacio de la creencia y la acción que es el campo/esfera política. Y el famoso caso de la Asamblea Francesa post-revolucionaria que sirve con frecuencia de referencia a los análisis historiográficos, no sería, mirado desde aquí, sino un caso particular –al menos inicialmente– de esta experiencia.

Dicho esto, vale preguntarse cómo funciona esta mitología –que, como nos enseñaba Wittgenstein, carga el lenguaje y organiza mundos–⁷ en el campo de la política, y qué implicaciones epistemológicas tiene ese funcionamiento. Por aquí nos acercamos a un aspecto que Bobbio no considera: *izquierda/derecha* nunca pueden ser completamente exclusivos y exhaustivos, como surge de nuestros ejemplos y de muchos otros que pudiéramos invocar. Y esto, precisamente por tratarse de una categoría nativa. Su potencial descriptivo es clasificatorio, pero al modo de una categoría de la práctica, más coherente de lo que se espera, pero menos de lo que se pretende. El campo político, aun en el juego democrático de las sociedades modernas, no es solo un espacio de creencias, es sobre todo un espacio de valoraciones (de las que no se puede excluir sus dimensiones emocionales), de intereses y de acciones, y lo que allí se dice no está orientado a la contemplación, a la disección científica en orden al puro conocimiento, sino a la práctica, a producir efectos en el mundo, cambiar juegos de fuerzas y relaciones de poder. Como todo lenguaje de la prác-

tica, está profundamente anclado en el cuerpo y funciona, no con el lenguaje unívoco y la lógica proposicional sino mediante operaciones analógicas, posibles porque aprovechan la ductilidad del lenguaje ordinario. Bobbio tiene razón: la dupla persiste, y esa persistencia de hecho es suficiente criterio para aceptar que de algún modo funciona. Pero entiendo que no funciona como él cree, sino que persiste porque tiene la ductilidad lógica de los juegos analógicos del lenguaje natural, pleno de deslices semánticos. Y este no es su defecto, sino su condición de uso, de significatividad. La política es mundo de práctica y su coherencia es la de la acción. Allí los discursos son acciones y si valen como tales, es porque el cambio constante de “respectos” es su condición de posibilidad.

Es una lógica analógica la que posibilita los desplazamientos. La analogía es el “demonio” que la hace funcionar y, como en la hipótesis de Descartes del genio maligno, construye mundos de sentido. Entendemos de qué hablamos, pero no pidamos a las palabras que expliquen exhaustivamente nada por su significado aislado, definidas como en el diccionario. *Izquierda y derecha* son tales respecto de ciertos sujetos en un campo, pero además solo son útiles moviéndose de un plano al otro en un juego de referencias múltiples. Pretender estabilizarlas y darles un sentido preciso como categorías analíticas –como en el debate en que se enredaban los cientistas políticos en tiempos de Bobbio– es confundir ambos tipos de categorías y cambiar de naturaleza los discursos: entre el discurso político donde estos principios de clasificación funcionan como pez en el agua y el discurso del cientista político o del historiador hay una diferencia epistemológica que nos debemos recordar.

Como dice también Bobbio, con razón, hoy el carácter positivo o negativo adjudicado a “izquierda” o “derecha” en el campo político es objeto de luchas, y la serie de asociaciones

⁷ Los párrafos que siguen están especialmente inspirados en las reflexiones de Ludwig Wittgenstein, *Observaciones sobre la Rama Dorada de Frazer* [1967], Madrid, Tecnos, 1992 y Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Minuit, 1980 y *Curso de sociología general* [2015], Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

pitagóricas que evocábamos antes ya no es asumida como formando parte de un sentido común que va de suyo. Podemos aventurar, siguiendo el hilo del razonamiento, que esto es así porque no hay continuidad en las reglas de juego entre unos espacios sociales y otros. Y en esa diversidad de lógicas, el lenguaje natural, que es de común patrimonio, es objeto de modificaciones por sus diversos modos de uso: esfuerzos de definición y formalización en las disciplinas de las ciencias sociales; potenciación de sus dimensiones expresivas y simbólicas en el espacio del arte; preponderancia de las dimensiones performativas en política, donde sobre todo decir es hacer, clasificar es acusar, describir es incidir. Y los agentes sociales nos movemos deslizándonos y jugando siempre en varios tableros a la vez, ignorando límites para optimizar nuestras posibilidades. Pero al proponer un análisis de pretensiones científicas es importante recordarlo.

En suma, solo queríamos traer a la reflexión, valiéndonos de algunos ejemplos, que izquierda/derecha son útiles como organizadores de un discurso del sentido práctico, pero son limitadas y riesgosas cuando las transponemos como categorías de un discurso de pretensiones científicas que, como el de las ciencias sociales, no puede recurrir a un lenguaje enteramente formalizado, sino que se mueve en ese medio del lenguaje natural, con

categorías que siempre son nativas de algún lugar y tiempo. Las categorías clasificatorias de la práctica política son útiles, pero difíciles de transponer precisamente por su enorme complejidad significativa cuando están “en su salsa”, es decir, en el uso político. □

Bibliografía citada

- Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda. Razones y significado de una distinción política* [1995], Madrid, Taurus, 1998.
- Bourdieu, Pierre, *Le sens pratique*, París, Minuit, 1980.
- , *Curso de sociología general* [2015], Buenos Aires, Siglo XXI, 2019
- Martínez, Ana Teresa, Taboada, C y Auat, L. A., *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero. 1920-1940*, Bernal, UNQ, 2011.
- Martínez, Ana Teresa, “Bernardo Canal Feijóo, del problema del interior al interior como problema”, en C. Altamirano y A. Gorelik (comps.), *La Argentina como problema*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 99-112.
- , “Obrajes, leyes del trabajo y prácticas políticas. Las luchas por la construcción del Estado en el proto-peronismo. Santiago del Estero (1943-1945)”, *Revista Andina*, n° 44, 2007, pp. 116-141.
- , “Amalio Olmos Castro y la cuestión social en Santiago del Estero. El Departamento Provincial del Trabajo entre límites estructurales y conflictos ideológicos”, *Historia Regional*, n° 40, 2019, pp. 1-17.
- Wittgenstein, Ludwig, *Observaciones sobre la Rama Dorada de Frazer* [1967], Madrid, Tecnos, 1992.

Resumen/Abstract

Clasificar lo inclasificable: izquierda y derecha como categorías nativas

El trabajo consiste en un ejercicio reflexivo sobre cuestiones teóricas acerca del significado de “izquierda” y “derecha” como categorías “nativas” del lenguaje político. Discutimos con el clásico trabajo de Bobbio *Derecha e izquierda*, recortando conceptos a contraluz del texto y de un caso que construimos como cantera de ejemplos: la confrontación de actuaciones y discursos públicos de dos intelectuales de Santiago del Estero (Argentina) en el interregno entre el golpe de Estado de junio de 1943 y la asunción del primer gobierno peronista en 1946. Se advierte cómo las categorías clasificatorias de la práctica política son útiles en ese campo, pero difíciles de transponer al debate científico precisamente por su enorme complejidad significativa cuando están “en su salsa”, es decir, en el uso político.

Palabras clave: Categorías nativas - Campo político - Lenguaje natural - Oposiciones binarias

To classify the unclassifiable: Left and right - wing ideas as native categories

The work consists of a reflective exercise on theoretical questions about the meaning of “left” and “right” as “native” categories of political language. We discuss Bobbio’s classic work “Right and left”, cutting back concepts from the text and a case that we consider to be a quarry of examples: the confrontation of actions and public speeches of two intellectuals from Santiago del Estero (Argentina) between the coup d’etat in June, 1943 and the inauguration of the first Peronist government in 1946. It is noted that the classificatory categories of political practice are useful in this field, but also difficult to transpose into scientific debate due to their enormous significant complexity in political use.

Keywords: Native categories - Political field - Natural language - Binary oppositions

Las fuerzas políticas cordobesas entre el orden notabiliar y la ampliación de la democracia

Consideraciones en torno a los conceptos de derechas e izquierdas

Javier Moyano

Universidad Nacional de Córdoba

Introducción

En este ensayo nos proponemos problematizar la pertinencia de clasificar como conservadoras o progresistas a diferentes fuerzas políticas cordobesas con protagonismo entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, en especial a partir del posicionamiento ante conflictos que en diferentes momentos dividieron a la sociedad local en torno al tipo de régimen político y a las relaciones entre Estado e Iglesia. El punto de inicio de nuestro análisis coincide con las primeras impugnaciones de peso, desde 1890, al régimen político notabiliar, o bien oligárquico, inaugurado diez años antes con el acceso de Julio A. Roca a la presidencia argentina. El cierre se ubica en el golpe de Estado de 1930, que clausuró momentáneamente la experiencia de democracia más abierta y competitiva resultante de la reforma electoral de 1912.

Los actores seleccionados son, por un lado, las fuerzas políticas que, con diversa organicidad, antes y después de 1912 reunieron a los grupos gobernantes del régimen oligárquico, como el Partido Autonomista Nacional (PAN), al frente del ejecutivo cordobés hasta 1909, el Partido Demócrata, fundado en 1913, y un conjunto de agrupaciones de existencia más efímera. Por otro lado, corrientes con actuación, permanente o eventual, en el radica-

lismo. En el interior de estas fuerzas políticas visualizaremos la actuación de algunas camarillas, como los juaristas, alineados en la década de 1880 con el presidente Miguel Juárez Celman, y con protagonismo tras su renuncia en 1890; los roquistas, enrolados con Julio A. Roca, sector predominante en Córdoba entre 1890 y la intervención federal de 1909, y un conjunto de grupos clericales con niveles de organicidad más inestables. Cabe señalar, además, que mientras los dos primeros grupos solo participaron en partidos rivales del radicalismo, algunas camarillas clericales fluctuaron entre el apoyo al radicalismo y a sus adversarios.

Conservadurismos, progresismos, derechas e izquierdas

La pregunta en torno al conservadurismo y al progresismo pretende contribuir al abordaje del interrogante sobre la pertinencia de los conceptos de *derechas* e *izquierdas* para caracterizar a las fuerzas políticas cordobesas durante el período en cuestión. Compartimos aquí algunas preocupaciones expuestas en otras contribuciones de este dossier, como las formuladas por Ana Teresa Martínez respecto al uso de los conceptos de izquierdas y derechas como categorías nativas o categorías

analíticas, y a sus límites en tanto términos exhaustivos y exclusivos;¹ o bien las plantea-das por Roberto Pittaluga acerca de la distinción entre las dimensiones posicionales o identitarias de ambos conceptos.²

Si pensamos en izquierdas y derechas como categorías nativas, encontramos que en Córdoba las referencias a ambas como conceptos clasificadores, para construir la identidad propia o para definir al adversario, estuvieron au-sentes en el discurso público de los principa-les actores hasta los comicios presidenciales de 1928, cuando los rivales del yrigoyenismo confluyeron en la denominada Confederación de Derechas. Ahora bien, si asumimos los conceptos de izquierdas y derechas como cate-gorías analíticas, es posible aproximarnos al problema a partir de la toma de posiciones conservadoras o progresistas ante asuntos que antagonizaban a las fuerzas políticas. Esto conduce a la distinción, planteada por Pitta-luga, sobre el uso de los conceptos de izquier-das y derechas en sus dimensiones relaciona-les o identitarias.³ En ese sentido, si utilizamos los conceptos de izquierdas y derechas como categorías analíticas en sus dimensiones rela-cionales, es posible abordar a las fuerzas polí-ticas cordobesas en función de los asuntos sobre los cuales antagonizaban, aunque, como argumentaremos luego, este registro no da cuenta de la totalidad de los posicionamientos de los actores locales. Si, en cambio, nos dete-nemos en las dimensiones identitarias, en el caso cordobés el antagonismo entre “conser-vadurismo” y “progresismo” se presenta como más operativo que la oposición entre izquier-das y derechas, si bien el uso polisémico, en el lenguaje de la época, del concepto de conser-vadurismo, sumado a las metamorfosis expe-

rimentadas en la historia del concepto, puede plantearnos algunas dificultades. Asimismo, en términos exclusivamente analíticos, es po-sible efectuar deslizamientos entre *conserva-durismo* y *derechas*, y entre *progresismo* e *izquierdas*.

Sin desconocer las dificultades, advertidas por Ana Teresa Martínez, que supone el uso con pretensiones científicas de las categorías en cuestión,⁴ si priorizamos el uso analítico de los conceptos de *izquierdas* y *derechas* en sus dimensiones relacionales estimamos posi-ble aproximarnos a la problemática planteada a partir del antagonismo entre conservadu-rismo y progresismo, entendiendo los conser-vadurismos, como lo hace José Luis Romero, como aquellas corrientes que buscaban pre-servar estructuras establecidas en oposición a aquellas fuerzas –que denominaremos *pro-gresistas*– promotoras de su transformación.⁵ Sin negar la existencia de vínculos entre libe-ralismo y derechas, en especial con respecto a la cuestión de la democracia, vínculos proble-matizados en la contribución a este dossier de Leandro Losada,⁶ si analizamos a las izquier-

⁴ Martínez, “Clasificar”.

⁵ José Luis Romero, “Prólogo”, en J. L. Romero y L. A. Romero (comp., notas y cronología), *Pensamiento con-servador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. ix-xxxviii. Cabe advertir que el estudio de Romero considera una etapa anterior a la abordada en este ensayo. En ese sentido, como ha señalado Oscar Terán, las transformaciones en la sociedad argentina a fines del siglo xix y principios del xx contribuyeron a modifi-car el significado del conservadurismo –y por ende del progresismo– en dos direcciones: por un lado en la ten-dencia a la asociación, con fines autolegitimadores, en-tre los conceptos de “intereses conservadores” y “pro-greso material”; y por otro, en el peso de la preocupación por los efectos no deseados de una modernización pro-movida por las mismas élites que se asumían como con-servadoras, en especial en lo relativo a los conflictos obreros y a la presencia de amplios contingentes migra-torios. Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires Fin de siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura cientí-fica”*, Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 16-25.

⁶ Leandro Losada, “Liberalismo y derechas en Argenti-na, 1912-1943. Apuestas interpretativas, posibilidades y límites”.

¹ Ana Teresa Martínez, “Clasificar lo inclasificable: iz-quierda y derecha como categorías nativas”.

² Roberto Pittaluga, “Notas para una historia de la iz-quierda”.

³ *Ibid.*

das y derechas en su dimensión relacional, también es posible ubicar al liberalismo a la izquierda del clericalismo cuando el antagonismo en torno a las relaciones entre Iglesia y Estado ocupó el centro de la escena.

Clivajes y procedencia social como criterios clasificadores

Abordaremos aquí la toma de posición ante dos clivajes que dividieron a la sociedad cordobesa en diversos momentos: el antagonismo en torno al régimen político, que adquirió centralidad hacia 1890, y luego nuevamente durante la primera década –y parte de la segunda– del siglo xx; y la disputa entre laicistas y clericales que también dividía a la dirigencia en la coyuntura revolucionaria de 1890, y nuevamente lo hizo en 1918. Con un énfasis menor, también consideraremos la procedencia social de los núcleos dirigentes de las fuerzas políticas sobre la base del argumento de Edward Gibson, quien privilegia esa variable a la hora de clasificar como conservador a un partido.⁷

Con respecto a los conflictos en torno al tipo de régimen político, adscribimos a la identificación entre conservadurismo y prioridad asignada al orden por encima de la participación, destacada por Natalio Botana y Ezequiel Gallo.⁸ En este sentido, el radicalismo, fundado en 1891, aglutinó a los sectores que habían impugnado el régimen oligárquico desde la revolución de 1890 hasta la sanción de la ley Sáenz Peña. En tanto, los dirigentes que antes de 1912 habían actuado dentro de

las fronteras del régimen oligárquico participaron en el PAN –predominante en Córdoba hasta la intervención federal de 1909– y en agrupamientos eventualmente aliados de esa fuerza política, y después de 1909 en sucesivos conglomerados gobernantes. Luego de 1912, la mayoría de estos dirigentes confluyeron en una alianza, la Concentración Popular y, desde fines de 1913, convergieron en el Partido Demócrata, gobernante en la provincia durante la mayor parte del período comprendido entre 1912 y 1930. Aunque correcta en líneas generales, la oposición en torno al tipo de régimen presenta algunas complejidades. Por un lado, desde los grupos gobernantes del orden oligárquico surgieron los reformadores que en 1912 modificaron la legislación electoral, y entre ellos fue decisiva la actuación de camarillas cordobesas de antigua pertenencia al juarismo que, paradójicamente, en la década de 1880 había sido el segmento más renuente a admitir la participación ciudadana en asuntos públicos.⁹ Por otro lado, el radicalismo incorporó, en diferentes momentos, camarillas que habían participado en alianzas oficialistas antes de 1912.

Si nos detenemos en los conflictos en torno a las relaciones entre Estado e Iglesia, que habían enfrentado a la dirigencia en la década de 1880, y que en los años previos y posteriores a la reforma universitaria de 1918 recuperaron centralidad en Córdoba, el primer señalamiento es que el juarismo, el grupo más autoritario en lo atinente a las discusiones en torno al régimen político en los ochenta, había sido en esa etapa el segmento más decididamente laicista entre los sectores gobernantes. El roquismo, en cambio, a partir de 1890 consolidó su predominio en Córdoba, que se prolongó hasta 1909, sobre la base de alternativas alianzas con camarillas juaristas o con grupos clericales, para lo cual

⁷ Edward L. Gibson, *Class and Conservative Parties. Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1996, p. 12.

⁸ Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel, 1997, pp. 30-34.

⁹ Botana y Gallo, *De la república posible*, p. 36.

desterró de su agenda las iniciativas programáticas que afectaran esa estrategia. Diversas camarillas clericales, en tanto, participaron recurrentemente en alianzas con el roquismo entre 1890 y mediados de la primera década del siglo XX, y luego tendieron a confluír con los juaristas –rivales ideológicos en lo atinente a las relaciones entre Estado e Iglesia– en la impugnación al roquismo y en el patrocinio de la reforma electoral. Aunque el roquismo había sido más moderado que el juarismo en sus posiciones laicistas, los grupos que habían polarizado en torno a esas cuestiones se unían luego como parte de una estrategia para enfrentar a un rival más poderoso. El radicalismo, en tanto, se había nutrido desde su nacimiento con recurrentes incorporaciones de camarillas clericales, aunque la permanencia de las mismas en ese partido no era, por lo general, demasiado prolongada.

Ante los sucesos de la Reforma Universitaria, cuando el antagonismo entre laicistas y clericales recuperó el centro de la escena local, había radicales y demócratas tanto entre los reformistas como entre sus adversarios. Si bien fue decisivo el apoyo del gobierno nacional, presidido por Yrigoyen, a las demandas reformistas, el oficialismo provincial, también en manos del radicalismo desde principios de 1916, era clerical, e incluso algunas iniciativas de su gestión, en materia educativa y en la comisión de diversos actos de censura, habían contribuido a la escalada del antagonismo entre católicos y liberales. Poco después de conquistar el gobierno provincial en 1916, el radicalismo se dividió, en especial por la disconformidad de sectores internos desfavorecidos en la distribución de beneficios y enfrentados a los clericales que controlaban el ejecutivo.¹⁰ El mismo gobierno na-

cional que en 1918 apoyaría las demandas de los reformistas en contra de sus rivales católicos, muchos de ellos radicales, poco antes tomaba partido por los clericales ante la división del radicalismo local, decisión que se explicaba por la inconveniencia, para el yrigoyenismo, de enemistarse con uno de los pocos gobiernos provinciales en manos radicales en ese momento. Muchos de esos radicales clericales recalarían en el alvearismo a fines de la década de 1920 y participarían en la Confederación de Derechas entre 1927 y 1928. Sin embargo, en 1918 la principal voz contraria a los reformistas en el Parlamento nacional fue la del diputado clerical Enrique Martínez,¹¹ quien posteriormente, entre 1928 y 1930, sería el vicepresidente de Yrigoyen.

Con respecto a la procedencia social de sus núcleos dirigentes, en las agrupaciones y conglomerados que reunieron, antes y después de 1912, a los grupos gobernantes del régimen oligárquico, esa dirigencia tuvo un perfil predominantemente notabiliar, pues se integraba con miembros de familias vinculadas con el poder económico y/o con la administración de justicia y la docencia universitaria, en una etapa en la cual el reclutamiento del personal judicial y académico distaba de ser abierto. Un conjunto de relaciones vinculaba, además, a los miembros de tales familias entre sí. En el radicalismo, en cambio, la pertenencia social de los núcleos dirigentes era más diversa pues, aunque también los integraron personas pertenecientes a ese patriciado, muchos dirigentes de clase media ocuparon importantes espacios de poder en su interior.

Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995, pp. 45-50.

¹¹ Liliana Aguiar de Zapiola, “El radicalismo y la reforma ¿Orígenes míticos de las clases medias en Córdoba?”, *Anuario del Centro de Estudios Avanzados*, Universidad Nacional de Córdoba, 1994, pp. 123-250.

¹⁰ Gardenia Vidal, *Radicalismo de Córdoba. 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*,

Los límites de la clasificación

En lo relativo a la defensa de estructuras pre-existentes o al patrocinio de su transformación, podemos clasificar como conservadores a quienes asumían posiciones clericales, apoyaban el régimen oligárquico anterior a 1912 y representaban intereses de las élites sociales; y como progresistas a quienes adherían al laicismo, promovían la ampliación de la democracia y expresaban intereses de las clases medias. No había, sin embargo, un vínculo lineal entre la toma de partido ante este conjunto de antagonismos, pues, por ejemplo, un dirigente laicista podía ser, al mismo tiempo, opositor a la ampliación democrática. Tampoco se verifica una correspondencia necesaria entre la adscripción partidaria y el posicionamiento ante la totalidad de esos antagonismos.

Esa ausencia de linealidad obedece a diversos factores. En primer lugar, al cambiante posicionamiento de dirigentes y camarillas ante algunos de estos antagonismos. Juaristas promoviendo la reforma del régimen político, o clericales alineados, alternativamente, en el radicalismo o en las agrupaciones rivales de ese partido, son algunos ejemplos al respecto. En segundo lugar, la mediana heterogeneidad, en lo relativo a la procedencia social y a la toma de posición ante algunos de los conflictos señalados, por parte de la dirigencia que revistaba en diversas agrupaciones. Cabe citar, por ejemplo, la integración en los núcleos dirigentes del radicalismo de miembros de las élites locales; o bien la coexistencia de clericales y laicistas en casi todas las fuerzas políticas. En tercer lugar, la recurrente emergencia, en momentos de polarización ideológica, de figuras mediadoras, que fundaban su posición de poder en la capacidad de establecer alternativas alianzas con alguno de los grupos antagonicos. El caso del roquismo tras la revolución de 1890 es un ejemplo de ello. En cuarto lugar, las mediaciones que establecía la competencia por el poder respecto al

posicionamiento frente a diversos conflictos. El alternativo apoyo del yrigoyenismo a los radicales clericales primero, y a los estudiantes reformistas luego, se explica por cuestiones de este tipo. Algo similar puede afirmarse respecto a la convergencia, al promediar la primera década del siglo xx, entre juaristas y clericales para enfrentar al roquismo.

En función de los dilemas planteados, es posible establecer un diálogo entre el estudio del caso cordobés y reflexiones de autores que han analizado problemáticas cercanas en otra escala. En primer lugar, cabe retomar los aportes de José Luis Romero, en especial en torno a dos cuestiones: la posibilidad de ser conservador, calificativo que no necesariamente implicaba la adhesión a un conjunto homogéneo de postulados, respecto de alguna instancia de la estructura y no serlo respecto de otra. Por otro lado, con excepción de los segmentos más intransigentes, el pragmatismo, la respuesta adaptativa según el tipo de desafíos a afrontar y la disposición a transigir con el cambio por parte de los conservadores, y a negociar con las inercias por parte de muchos reformadores.¹² En segundo lugar, las reflexiones de Ezequiel Gallo respecto al carácter *sui generis* del conservadurismo argentino, en tanto la incidencia de la tradición conservadora en la construcción del Estado había sido más débil que la ejercida por el liberalismo.¹³ En tercer lugar, el señalamiento de Botana y Gallo en lo relativo a definir como conservadores a quienes asignaban prioridad al orden, y en función de ello defendían el control autoritario del gobierno, independientemente de la programática que promovieran.¹⁴ En cuarto lugar, el análisis de Edward Gibson, quien ubica el origen social del núcleo dirigente de un partido

¹² Romero, "Prólogo", pp. ix-xxxviii.

¹³ Ezequiel Gallo, "Entrevista", en Marcelo Montserrat, *La experiencia conservadora*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Fundación Argentina, 1992, pp. 82-94.

¹⁴ Botana y Gallo, *De la república posible*, p. 36.

como una variable privilegiada a la hora de clasificarlo como conservador.¹⁵ En quinto lugar, la advertencia de Devoto y Roldán respecto a que las “derechas” incluyen a distintos grupos, y engloban componentes ideológicos heterogéneos y contradictorios.¹⁶ En sexto lugar, el aserto de Olga Echeverría respecto a que las derechas, lejos de ser monolíticas, son “colectivos diversos”, en permanente construcción y reconstrucción de su identidad.¹⁷

A modo de cierre

Consideramos que la defensa de las estructuras establecidas, la prioridad asignada al orden desde el control autoritario del gobierno o la pertenencia a las élites sociales por parte de su núcleo dirigente constituyen elementos pertinentes para calificar a un grupo como conservador. Sin embargo, la visualización de diversos límites obliga a tomar precauciones y a advertir sobre matices que se presentan de modo recurrente si pretendemos caracterizar como *conservadoras* o *progresistas* a las fuerzas políticas cordobesas de fines del siglo XIX y principios del XX, y más aun si nuestra intención es clasificarlas como de *izquierdas* y *derechas*. Por un lado, la centralidad de un clivaje en un momento determinado no definía la totalidad de los posicionamientos de dirigentes y camarillas ante esos antagonismos. Por otro lado, aun cuando lo hiciera, tales antagonismos no siempre eran decisivos

para definir pertenencias partidarias o el establecimiento y la ruptura de alianzas electorales. Se visualiza aquí la dificultad de cualquier pretensión de pensar a la izquierda y la derecha en sentido monolítico, y mucho menos si de esa manera se intenta clasificar a las principales agrupaciones partidarias.

Esta advertencia no invalida, sin embargo, el interrogante sobre la pertinencia de utilizar las oposiciones entre conservadurismo y progresismo, y entre derechas e izquierdas, para analizar la política durante el período en cuestión, pues diversos argumentos avalan esa pretensión si abordamos el problema en sus dimensiones relacionales. Por un lado, el radicalismo se posicionó a la izquierda de sus adversarios en uno de los antagonismos que en diferentes momentos ocupó el centro de la escena: la impugnación o defensa del régimen político –oligárquico o notabiliar antes de 1912; de democracia ampliada luego de esa fecha– antes y después de la sanción de la ley Sáenz Peña. Por otro lado, sin ser absolutas, es posible visualizar diferencias significativas en la procedencia social de la dirigencia.

Si nos concentramos en los clivajes que dividieron aguas en la sociedad cordobesa, podemos concluir que algunos de ellos tendían a definir, con marchas y contramarchas y nunca exentos de heterogeneidades, agrupamientos partidarios o alianzas políticas en torno a la defensa o la impugnación de estructuras establecidas. Otros, en cambio, se presentaban recortados de las pertenencias partidarias aunque podían influir, directa o indirectamente, sobre ellas. A modo de síntesis, podemos afirmar que, aunque los ejes conservadurismo versus progresismo e izquierdas versus derechas no explican en su totalidad las divisiones partidarias, sí contribuyen a hacerlo en lo relativo a algunos antagonismos significativos. □

¹⁵ Gibson, *Class and Conservative*, p. 12.

¹⁶ Fernando Devoto y Darío Roldán, “Los orígenes ideológicos de las derechas en Europa e Iberoamérica”, *Estudios Sociales*, n° 33, 2007, pp. 9-14.

¹⁷ Olga Echeverría, “Los intelectuales de derecha frente a la nación y lo popular. Argentina, primeras décadas del siglo XX”, *Estudios Ibero-Americano*, vol. 42, n° 1, 2016, pp. 12-33.

Bibliografía citada

- Aguar de Zapiola, Liliana, “El radicalismo y la reforma ¿Orígenes míticos de las clases medias en Córdoba?”, *Anuario Centro de Estudios Avanzados*, Universidad Nacional de Córdoba, 1994.
- Botana, Natalio y Ezequiel Gallo, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel, 1997.
- Devoto, Fernando y Darío Roldán, “Los orígenes ideológicos de las derechas en Europa e Iberoamérica”, *Estudios Sociales*, n° 33, 2007, pp. 9-14.
- Echeverría, Olga, “Los intelectuales de derecha frente a la nación y lo popular. Argentina, primeras décadas del siglo xx”, *Estudios Ibero-Americano*, v. 42, n° 1, 2016, pp. 12-33.
- Gallo, Ezequiel, “Entrevista”, en Marcelo Montserrat, *La experiencia conservadora*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Fundación Argentina 1992, pp. 82-94.
- Gibson, Edward L., *Class and Conservative Parties. Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1996.
- Losada, Leandro, “Liberalismo y derechas en Argentina, 1912-1943. Apuestas interpretativas, posibilidades y límites”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 24, 2020.
- Martínez, Ana Teresa, “Clasificar lo inclasificable: izquierda y derecha como categorías nativas”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 24, 2020.
- Pittaluga, Roberto, “Notas para una historia de la izquierda”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 24, 2020.
- Romero, José Luis, “Prólogo”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (compilación, notas y cronología), *Pensamiento conservador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. ix-xxxviii.
- Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires Fin de siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000.
- Vidal, Gardenia, *Radicalismo de Córdoba. 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995.

Resumen/Abstract

Las fuerzas políticas cordobesas entre el orden notabiliar y la ampliación de la democracia. Consideraciones en torno a los conceptos de derechas e izquierdas

En este ensayo nos proponemos problematizar sobre la pertinencia de clasificar como conservadoras o progresistas a diferentes fuerzas políticas cordobesas con protagonismo entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, en especial a partir del posicionamiento ante clivajes que en diferentes momentos dividieron la sociedad local en torno al tipo de régimen político y a las relaciones entre Estado e Iglesia. El punto de inicio de nuestro análisis coincide con las primeras impugnaciones de peso, desde 1890, al régimen oligárquico, inaugurado diez años antes con el acceso de Julio A. Roca a la presidencia argentina. El cierre se ubica en el golpe de Estado de 1930. Los actores seleccionados son, por un lado, las fuerzas políticas que, con diversa organicidad, antes y después de 1912 reunieron a los grupos gobernantes del régimen oligárquico. Por otro lado, corrientes con actuación, permanente o eventual, en el radicalismo.

Palabras clave: Conservadurismo - Progresismo - Derechas - Izquierdas

Córdoba's political forces between the order of the notables and the expansion of democracy. Considerations on the concepts of left and right

In this essay we propose to problematize the relevance of classifying different Cordovan political forces as conservative or progressive, with a leading role between the late nineteenth century and the first decades of the twentieth, especially from the position of cleavages that divided the local society –in around the type of political regime and the relations between State and Church– at different times. The starting point of our analysis coincides with the first major challenges, since 1890, to the oligarchic regime, inaugurated ten years earlier with the accession of Julio A. Roca to the Argentine presidency. The closure is located in the coup d'état of 1930. The selected actors are, on the one hand, the political forces that, with different organicity, before and after 1912 brought together the ruling groups of the oligarchic regime. On the other hand, currents with permanent or eventual action in radicalism.

Keywords: Conservatism - Progressivism - Right - Lefts

¿Qué queda de izquierda en el “socialismo democrático” de Ghioldi?

El Partido Socialista argentino a la luz de las categorías izquierda y derecha (1946-1955)

Ricardo Martínez Mazzola

Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Este artículo se propone abordar una cuestión que en principio podría parecer obvia: la pertenencia de un Partido Socialista (PS) a la izquierda. Y, sin embargo, no parece muy aventurado subrayar que para el PS argentino en los años del primer peronismo existen elementos que permiten poner en duda esa pertenencia. Quizá sea necesario que, antes de entrar en el análisis histórico, distingamos entre diferentes formas de clasificar a un actor político. Por sus valores, en el caso de la izquierda, se puede señalar, con Bobbio,¹ que esta se caracteriza por dar prioridad a la igualdad sobre otros valores; por el sujeto social que dicen representar, en el caso de las izquierdas, a la clase obrera, los trabajadores y el pueblo; por el adversario al que dicen enfrentarse, en el caso de la izquierda, el capitalismo, la burguesía, el parasitismo. Pueden, finalmente, ser clasificados por la inclusión en una tradición a la que dicen continuar, en el caso del ps, la del movimiento socialista internacional y de los fundadores argentinos. Como mostraremos en el artículo, durante los años peronistas el ps adoptó rasgos y posiciones que hacen que, tomando en

cuenta varios de estos criterios, sea difícil definirlo como una fuerza “de izquierda”.

Breve recapitulación de la historia del PS

El PS argentino nació a fines del siglo XIX como resultado de un proceso de articulación de un conjunto de centros socialistas y sociedades gremiales que reunían a trabajadores inmigrantes. Hasta entrado el siglo XX, y a pesar de que progresivamente el control del partido pasó a manos de un núcleo de intelectuales encabezado por Juan B. Justo, el partido mantuvo su identificación como representante de los intereses obreros y el rechazo a los discursos que diluían la identificación de clase en un genérico interés nacional.

A partir de 1900 y especialmente después de la sanción de la Ley Sáenz Peña, los socialistas combinaron su inicial interpelación clasista con apelaciones universalistas a “los ciudadanos” o a “los consumidores”. Con el paso del tiempo, la prédica socialista fue pasando de la interpelación obrerista, no siempre despojada de un corporativismo estrecho, a un discurso universalista que apelaba a la “ciudadanía” en su conjunto. Las apelaciones en clave cívica, ya predominantes en la prédica antifascista, se harían omnipresentes en la oposición al gobierno nacido de la revolución

¹ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda, Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995, p. 170.

de junio de 1943, al que identificaban con el “nazifascismo”. Tal caracterización inicial estuvo lejos de ser abandonada cuando la dictadura impulsó una política que contemplaba muchas de las reivindicaciones sociales que el PS había sostenido durante décadas. Por el contrario, el socialismo vio en el “obrerismo” de Perón un elemento que lo emparentaba con el fascismo. Fue así que, bajo la dirección intelectual de Américo Ghioldi, el ps denunció la política social emprendida por el gobierno militar, y luego por el régimen peronista que lo sucedió, como un intento de sobornar a los sectores populares para que se sometieran a un gobierno totalitario.

Antitotalitarismo y anticomunismo

La prédica antitotalitaria se acentuó luego del triunfo peronista, incluyendo ahora en la denuncia a un comunismo al que se asociaba con el peronismo por su espíritu dictatorial y su estatismo. En junio de 1948 Nicolás Repetto advertía acerca de la confusión entre “socialismo y estatismo” subrayando que la distinción entre ambos términos era particularmente necesaria en una “época de dirigismo económico y de gobiernos más o menos totalitarios” y abogaba por la expansión del régimen cooperativo.² Las palabras del viejo líder preparaban el clima para el 36° Congreso del ps, el que en junio de 1948 denunciaba el “Estado-vampiro” fruto de las estatizaciones peronistas y lamentaba que en el mundo avanzaran “nuevas formas de absolutismo político-fascismo, totalitarismo pardo o rojo”, que había tendido a hacer del Estado “la suprema, si no la única realidad”.³

Debe señalarse que el giro anticomunista de fines de los ‘40 no constituye un rasgo privativo del PS argentino sino la matriz dominante del movimiento socialista internacional. Como señaló Sassoon,⁴ la mayor parte de los socialistas europeos consideraba que cualquier sociedad capitalista liberal era preferible al comunismo ruso. Un ejemplo particularmente claro de la recepción de esta prédica antitotalitaria en su declinación anticomunista lo encontramos en la revista *Índice*, publicada entre 1949 y 1950 por la Comisión de Cultura del ps. La revista se caracteriza por la publicación de artículos de figuras internacionales identificadas con una izquierda no estalinista.⁵ Dos temas destacaban en sus páginas: el análisis y la entusiasta defensa de la experiencia de gobierno laborista en Gran Bretaña y el combate contra el totalitarismo, al que se asociaba fundamentalmente con el comunismo. Esta lucha se manifestaba a través de textos de muy distintos géneros: artículos que alertaban acerca del “imperialismo ruso”, otros que se dedicaban a cuestionar la figura del “compañero de ruta”, particularmente importante en el mundo intelectual, otros a analizar la sociedad soviética; finalmente, algunos abordaban en clave teórica los rasgos compartidos entre nazismo y estalinismo que daban sentido al concepto de “totalitarismo”. Aunque la presencia de plumas argentinas era escasa, se destacaban los artículos de Ghioldi, que entre las “enseñanzas” del ps a la sociedad argentina subrayaba la “creencia en la evolución democrática [...] contra los teóricos izquierdizantes de la violencia”,⁶ y concluía que “la gran reforma se hará no ya en nombre del Es-

² Nicolás Repetto, *El Socialismo y el Estado*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1948.

³ Partido Socialista, *El Partido Socialista y los problemas de la hora. Resoluciones votadas por el 36° Congreso Nacional celebrado en Mar del Plata el 27 y 28 de junio de 1948*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1948.

⁴ Donald Sassoon, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, p. 243.

⁵ Karina Jannello, *Intelectuales, revistas, redes editoriales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y América Latina*, tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2011.

⁶ *Índice*, N°1, septiembre de 1949, p. 1.

tado, del poder, de los derechos políticos de la autoridad [...] sino en nombre del Hombre”.⁷

La retórica antitotalitaria no solo era un útil recurso para cuestionar al gobierno peronista y subrayar la distancia respecto de los comunistas, también constituía un importante instrumento para acallar las críticas de quienes no coincidían con la línea adoptada por la dirección del ps. Ante quienes, como Julio V. González, cuestionaban el abandono de la dimensión social de la propia prédica, opacada por la omnipresencia del discurso “democrático”, la respuesta oficial fue el uso de la narrativa “cívica” para asociar a los disidentes con el peronismo y, principalmente, el comunismo. Américo Ghioldi explicaba que si los miembros de la izquierda socialista dejaban de lado “la lucha sagrada de la hora”, la lucha por la democracia, era en parte por una lectura simplista del marxismo y en parte por la manipulación comunista. Por un lado, explicaba que los “llamados izquierdistas” se mostraban fríos en la “defensa del patrimonio histórico de la nacionalidad, en las luchas de la libertad y la democracia”, porque estaban dominados por una idea equivocada: “lo que importaría sería el factor económico, la libertad ha nacido con la burguesía y es un momento de la historia de la burguesía; al proletariado no le importa la libertad sino la justicia social; al pueblo obrero sólo le deben interesar los problemas de clase”.⁸ Por otro lado, agregaba, los miembros de la izquierda, aunque militantes del ps, tenían siempre “un ojo en las palabras que surgen de Moscú”, sin percibir que el socialismo democrático no tenía ningún parentesco con “el llamado socialismo totalitario o comunismo”. Su intervención se cerraba con una previsible analogía entre el comunismo y un peronismo que expresaría “un

sustantivo y profundo desprecio por la libertad; [en el que] masas humanas han entregado, prosternadas, su independencia, su dignidad y su libertad; y los gremios obreros han formado al frente para las más graves medidas liberticidas”.⁹

La radicalización del antitotalitarismo socialista en los últimos años de gobierno peronista

Aunque la caracterización del peronismo como régimen totalitario se hallaba presente desde los primeros días, sería a partir de los ‘50 que los socialistas extraerían sus consecuencias más extremas: en primer lugar, que no podía ser combatido por la vía electoral, lo que llevaría al abandono de los comicios y la adopción de una inédita política de abstención, a la que se instaba a imitar al resto de la oposición; y, aun más novedoso y contrario a la tradición socialista, que el reemplazo del régimen peronista solo podía venir de un acto revolucionario en el que los militares tendrían un papel preponderante.

En abril de 1953, un atentado en Plaza de Mayo fue seguido del incendio de la Casa del Pueblo del ps y la detención de numerosos dirigentes opositores. *La Vanguardia*, que días después comenzó a publicarse en Montevideo bajo la dirección de un exiliado Américo Ghioldi, presentaba una lista de los detenidos, subrayando que se trataba de “civiles y militares, hombres y mujeres, intelectuales y obreros, políticos y estudiantes [...] todos presos por lo único y para lo único de esta hora: derrocar al tirano”.¹⁰ El ps trazaba una frontera única en el escenario político: la que separaba al gobierno peronista de las fuerzas democráticas. Ello implicaba posponer las reivindicaciones

⁷ *Ibid.*, p. 11.

⁸ Américo Ghioldi, *Marxismo, Socialismo, Izquierdismo, Comunismo y la Realidad Argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950, p. 30.

⁹ *Ibid.*, p. 139.

¹⁰ *La Vanguardia*, 2 de junio de 1953.

ciones que distinguían al socialismo de otras fuerzas “democráticas” ya que “la liberación obrera nacional que postula y defiende el Partido Socialista” tenía como precondition “el aniquilamiento del fascismo”.¹¹

Esa frontera sería puesta a prueba en los comicios que en abril de 1954 elegirían vicepresidente y diputados nacionales. El PS afirmó que los comicios constituían una “farsa”, retiró a sus candidatos y llamó a votar en blanco, declarando que lamentaba que los grupos de la oposición que habían optado por la concurrencia no comprendieran la importancia de quitar la iniciativa política al oficialismo. Luego del triunfo peronista, Ghioldi cuestionó la participación de fuerzas opositoras en comicios “invariablemente fraudulentos”. El dirigente socialista explicaba que existían dos tipos de fraude, el realizado el día del comicio y

el fraude anterior a los comicios con supresión de la libertad de prensa y radio para la oposición [...] con todos los privilegios a favor del gobierno que además dispone de los dineros de la nación y [...] los recursos técnicos que organizan la masificación psicológica del pueblo indefenso.

Frente a este tipo de fraude la concurrencia a elecciones constituía un engaño que velaba que “el camino del comicio está cerrado y mientras haya tiranía totalitaria continuará cerrado”.¹² La conclusión aparecía ineludible: si el camino electoral para derribar la tiranía estaba cerrado, se hacía necesario explorar otras vías.

Esta conclusión se haría palpable cuando el conflicto entre el gobierno peronista y la Iglesia sacudiera la política argentina. En abril de 1955, y ante la detención de numerosos sacerdotes, *La Vanguardia* asoció la ofensiva gubernamental con los ataques que antes habían

experimentado otros sectores sociales y políticos. Las difamaciones, las detenciones, las amenazas y los actos de violencia, explicaba el diario socialista, se enmarcaban en un “programa sistemático de desarticulación de todos los núcleos de condensación argentina”. Si en la evaluación que cerraba 1954 las medidas anticlericales adoptadas por Perón habían sido leídas como signos de la secularización imparables de la sociedad argentina, en esta ocasión el acento se colocaba en la denuncia de la implantación del peronismo como “doctrina nacional”. Se desmentía el liberalismo de Perón y se explicaba que la proyectada separación de Iglesia y Estado no apuntalaba a un proceso democrático sino a un “Estado Totalitario” que fijaba un credo, el justicialista, con sus ritos, dogmas y catecismos. Semanas después *La Vanguardia* explicaba que ante la prioritaria batalla contra la “dictadura” peronista, cuestiones como la separación de Iglesia y Estado eran secundarias ya que lo urgente era “SEPARAR LA REPÚBLICA DE LA CONDUCCIÓN TOTALITARIA. Hay que salvar al tronco sano, separándolo de la cabeza enferma”.¹³

El 22 de septiembre, *La Vanguardia* se abría con un título celebratorio: “El Gran Pueblo Argentino terminó con el Peronato”. A continuación publicaba un largo artículo, firmado por Ghioldi, que celebraba que el peronismo hubiera sido derrotado por “la resistencia argentina de diez años y la decisión valerosa de la armada y una parte del ejército y de la aviación”. El juicio cargaba las tintas sobre el carácter popular de la resistencia a Perón, señalando que el movimiento revolucionario se había desarrollado en los más diversos puntos del país y había contado con la numerosa colaboración de civiles. A la caracterización de los rasgos de una “revolución libertadora”, seguía una larga reconstrucción de los sucesos que habían concluido con la caída de Perón, y a

¹¹ *La Vanguardia*, 12 de agosto de 1953.

¹² *Ibid.*, 19 de mayo de 1954.

¹³ *Ibid.*, 8 de junio de 1955.

ella la evaluación de la situación en que se hallaba el país a la caída del peronismo. El dirigente socialista trazaba el panorama de una Argentina “económicamente empobrecida, socialmente desconcertada y políticamente subyugada” y, aunque declaraba su confianza en el pueblo, subrayaba que la tarea de reconstrucción del sistema político y de la economía sería larga y ardua. Agregaba –adoptando la clave de una psicología social con vagas resonancias frankfurtianas–, que era necesario “reconstruir también un pueblo, que por esfuerzo de todas las técnicas totalitarias ha sido reducido a la categoría de una masa amorfa manejable por el solo toque de los resortes de las emociones y de la acción sobre los factores irracionales de la persona humana”.¹⁴

Tiempos y funciones del antitotalitarismo socialista

Aunque no es uno de los objetos más estudiados en el abordaje de los años peronistas ni tampoco uno de los períodos más considerados de la historia del socialismo, pueden citarse algunos trabajos significativos que han indagado acerca de la posición del ps ante el peronismo. Y es que, como señaló Carlos Altamirano en un trabajo que sentaría las bases de lecturas posteriores, el espacio socialista liberal fue el gran antagonista ideológico de un peronismo al que interpretó como la continuación de la “dictadura fascista” establecida en junio de 1943.¹⁵ Particularmente influyente sería la interpretación de Américo Ghioldi, quien del carácter totalitario del peronismo extraería paulatinamente la conclusión de que solo después de su caída podría emprenderse la construcción de la democracia social. Haciendo más rígido

lo que en Altamirano es resultado de un proceso, Marcela García Sebastiani asocia la omnipresente prédica antitotalitaria del ps con la continuidad de las “pautas de entendimiento” político establecidas en el espacio antifascista desde los años ‘30.¹⁶ Sin negar la importancia del antecedente, creemos que esta posición que postularía un antiperonismo anterior al peronismo impide percibir las distintas estaciones que, como ha señalado Carlos Herrera,¹⁷ pueden reconocerse en la consolidación del discurso antitotalitario en el ps.

Pero lecturas como la de Herrera y la que intentamos plantear en estas páginas no solo devuelven historicidad al discurso socialista sobre el totalitarismo sino que también permiten interrogarse acerca de las funciones que cumplió. Podemos decir que la oposición frontal a un peronismo que asociaba con el totalitarismo implicaba el rechazo de todas las políticas impulsadas por Perón, pero también el cuestionamiento de aquellos opositores que propusieran alcanzar una convivencia pacífica con el “régimen”. Hacia adentro de las filas socialistas, eso implicó la marginación de aquellos que, como Enrique Dickmann y Dardo Cúneo, propusieron un acercamiento con el peronismo o, como mínimo, adoptar una tercera posición que sacara al ps del puro antiperonismo. Hacia afuera, supuso el cuestionamiento hacia otras fuerzas, fundamentalmente radicales y conservadores, que no se “decidían” a restar legitimidad al gobierno, instándolos a adoptar una política de abstención electoral y abandono de los espacios institucionales.

En términos generales, las luchas políticas se caracterizan por el intento de expandir el al-

¹⁴ *Ibid.*, 22 de septiembre de 1955.

¹⁵ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001, pp. 14-15.

¹⁶ Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 19.

¹⁷ Carlos Herrera, *¿Adiós al proletariado?: el Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.

cance de la propia prédica, procurando atravesar las fronteras identitarias para obtener apoyos en el espacio adversario. Pero no siempre es ese el caso; cuando las fronteras políticas están muy consolidadas, puede ser tentador, especialmente para una identidad minoritaria, luchar por el predominio en el propio espacio. A comienzos de los años '50 el ps recortó el espacio antiperonista como el único legítimo y buscó hacer aun más rígida la frontera respecto del “régimen”, juzgando todo intento de flexibilizarlas como traición. Se trataba de un discurso defensivo que buscaba proteger una identidad, la socialista, que se sentía amenazada. La prédica del ps se orientó a mantener la fidelidad, sin hacer mayores esfuerzos por alcanzar a los sectores que apoyaban al peronismo. Si hubo intentos de ampliar la prédica hacia otros, fue hacia los otros antiperonistas, ante los que buscó presentarse como su representante más fiel e ineludible, el que nunca transigiría con el gobierno “dictatorial”.

Luego de la caída de Perón la prédica antitotalitaria ya no pudo llenar las funciones de demarcación identitaria y unificación interna que había cumplido para el ps en los años peronistas. Aunque Ghioldi y otros dirigentes insistieron con esa mirada, proponiendo la tarea de superación del peronismo en términos educativos y de reeducación, pronto se empezaron a oír las voces que, con más vigor que el expresado por la tibia oposición interna de los años peronistas, creyeron necesario volver a dar prioridad a las tareas socialistas. Estas posturas, que se asociaban con una relectura, primero tímida y luego más enfática, de la cuestión peronista, terminarían por hacer imposible la unidad del ps.

Reflexiones finales

Para abordar una identidad política es necesario tomarse en serio la mirada que proponen los actores, no pensar que es una mera

excusa para velar intereses inconfesables. La indagación acerca del significado del peronismo avanzó y se consolidó cuando –a partir de Germani y luego con Murmis y Portantiero, Torre y James, entre muchos otros– dejó de partir de las lecturas de sus adversarios, que solo veían masas manipuladas por un líder que buscaba obtener adulación y apoyo a su poder, para tomar en serio que los que lo apoyaban defendían fundamentalmente la ampliación de derechos sociales y su incorporación con dignidad a la comunidad nacional. Sin embargo, ese cambio no se ha dado respecto del antiperonismo, cuya lectura sigue estando basada en la mirada de adversarios que interpretan su oposición como una mera excusa para velar una reacción jerarquizadora ante el plebeyismo y rechazan tomar en serio la creencia de muchos actores de estar enfrentados a un régimen autoritario y aun totalitario.

Entrando en un terreno más profundo, uno podría preguntarse si la propia categoría de totalitarismo, al menos tal y como se la formuló en esos años de “guerra fría”,¹⁸ no implica un cuestionamiento a la distinción “izquierda-derecha”. Y ello porque, al colocar en el centro de su definición la dimensión política de la dominación, deja en un segundo plano la cuestión de la igualdad. Si uno se atiene a estos términos, en el antitotalitarismo la distinción entre izquierda y derecha sería secundaria o incluso irrelevante, ya que lo único importante sería el combate por la libertad contra el régimen totalitario. Si uno se toma en serio la categoría “totalitarismo” las posiciones del tipo de las que experimentó el PS en esos años se hacen lógicas.

¹⁸ Y ello no solo en el uso académico a nivel internacional sino en el debate de los partidos integrados a la “Internacional Socialista”. Es de lamentar que la historia del socialismo, a diferencia de la del comunismo, aun no haya adoptado una mirada fuertemente transnacional y siga teniendo una perspectiva fuertemente provinciana.

Inicié este artículo hablando de los diferentes criterios que se pueden emplear para situar un actor político en el eje izquierda-derecha. Tomando en cuenta al sujeto que se propone interpelar se puede señalar que la dilución del destinatario obrero, no solo fáctica sino también imaginaria, debilitó la ubicación del PS en la izquierda. Pero esta identificación se desdibuja incluso si la definición se realiza en términos de valores. Como señalé al comienzo, Bobbio asocia la izquierda con el privilegio de la igualdad y a la derecha con la desigualdad a la vez que señala la existencia de otro eje de divisoria del escenario político que distingue entre posiciones que privilegian la libertad y otras que favorecen la autoridad, lo que le permite trazar un campo con cuatro posiciones, una de las cuales es la de una izquierda liberal a la que asocia con la socialdemocracia.¹⁹ Sin embargo, y volviendo al socialismo argentino de los años peronistas, cabe preguntarse si puede situarse con claridad en la izquierda a quien considera que el combate por la libertad tiene tal prioridad que obliga a postergar en forma absoluta los planteos igualitarios. Aun dejando de lado la deriva posterior a 1955, que hizo posible justificar soluciones autoritarias por oponerse al regreso del “totalitarismo peronista”, la postura del sector del socialismo simbolizado por la figura de Ghioldi puede situarse en el liberalismo pero difícilmente en la izquierda. Ello se manifestaría también en otra de las dimensiones señaladas, la definición de enemigos, comunismo y peronismo, y también de aliados, fuerzas conservadoras y fuerzas militares.

¹⁹ Bobbio, *Derecha e izquierda...* pp. 161-163.

Volviendo a la pregunta inicial: ¿Qué queda de izquierda en el “socialismo democrático” que propone Ghioldi para el PS de mediados de los ‘50? Casi únicamente la referencia a un legado y una tradición casi centenaria. Sin embargo, a fines de la década será esa misma tradición la que, no solo en la Argentina, experimentará una profunda mutación, dejando de tener como principal interlocutor al liberalismo para dialogar con un nacionalismo declinado en clave antiimperialista. El cruce de tradiciones de izquierda y liberalismo deberá esperar hasta los ‘80, punto a partir del cual reaparecerá la pregunta respecto a las posibilidades y los límites de una izquierda que tome la libertad como valor supremo, posponiendo la igualdad. □

Bibliografía citada

- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.
- Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda, Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995.
- García Sebastiani, Marcela, *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Ghioldi, Américo, *Marxismo, Socialismo, Izquierdismo, Comunismo y la Realidad Argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950.
- Herrera, Carlos, *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.
- Jannello, Karina, *Intelectuales, revistas, redes editoriales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y América Latina*, tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2011.
- Repetto, Nicolás, *El Socialismo y el Estado*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1948.
- Sassoon, Donald, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001.

Resumen/Abstract

¿Qué queda de izquierda en el “socialismo democrático” de Ghioldi? El Partido Socialista argentino a la luz de las categorías izquierda y derecha (1946-1955)

Este artículo pone en juego las categorías izquierda y derecha para interrogar la actuación del Partido Socialista (PS) argentino durante el primer peronismo. En la Introducción presentamos brevemente las líneas centrales de la historia del PS y subrayamos el gradual reemplazo del destinatario obrero por la apelación a la ciudadanía. A continuación, sostenemos que esa transformación se acentúa en los años peronistas, momento en que el combate antitotalitario, que enfrentaba al PS no solo con el peronismo sino también con el comunismo, concluyó en una dilución de la prédica propiamente socialista. Luego de señalar las funciones que el discurso antitotalitario cumplía para la dirección partidaria, explicamos el agotamiento de esta prédica después de 1955. En las reflexiones finales argumentamos acerca de las perplejidades que la prédica antitotalitaria suscita respecto de la ubicación política del socialismo, a la vez que abordamos las posibilidades y límites de una izquierda liberal.

Palabras clave: Socialismo - Izquierda - Anti totalitarismo - Liberalismo

What remains of the left in Ghioldi’s “Democratic Socialism”? The Argentine Socialist Party in the light of the left and right - wing categories (1946-1955)

This article appeals to the left and right categories to question the performance of the Argentine Socialist Party (PS) during the first Peronism. In the Introduction, we briefly present the central lines of the PS history and underline the gradual replacement of the labor receiver by the appeal to citizenship. Next, we maintain that this transformation was accentuated in the Peronist years, at which time the anti-totalitarian combat, which confronted the PS not only with Peronism but also with communism, ended in a dilution of socialist preaching proper. After pointing out the functions that the antitotalitarian discourse fulfilled for the party leadership, we explained the exhaustion of this preaching after 1955. In the final reflections we argue about the perplexities that antitotalitarian preaching raises regarding the political location of socialism, to the once we address the possibilities and limits of a liberal left.

Keywords: Socialism - Left - Anti Totalitarianism - Liberalism

Liberalismo y derechas en la Argentina, 1912-1943

Apuestas interpretativas, posibilidades y límites

Leandro Losada

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Existe consenso historiográfico en torno a que el problema político central de la Argentina entre 1912 y 1943 fue la crisis del liberalismo. Ahora bien, ¿qué se entiende por esto? Por un lado, una fractura en el consenso sobre el proyecto de nación edificado en el siglo XIX y, a raíz de ello, la aparición de formulaciones y propuestas antiliberales. En suma, crisis del liberalismo en tanto que aparición del antiliberalismo.¹ Desde un registro distinto, la crisis del liberalismo se ha concebido como transformación más que como desaparición. Es decir, como metamorfosis de un liberalismo progresista o reformista en un liberalismo conservador o inclusive autoritario.²

¹ Entre otros, David Rock, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993; Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Daniel Lvovich, *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006; Leticia Prislei, *Los orígenes del fascismo argentino*, Buenos Aires, Edhasa, 2008; Federico Finchelstein, *Fascismo trasatlántico: ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE, 2010.

² María Inés Tato, *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004; Jorge Náállim, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo*

Estas perspectivas no solo tienen contrapuntos interpretativos. También están cruzadas por diferentes apuestas cronológicas, proponiendo en consecuencia formas disímiles de pensar los momentos, los episodios y las tendencias que signarían la crisis del liberalismo en la Argentina. Pues si la primera perspectiva suele asociar esta crisis con el golpe de Estado de 1930, la segunda es enarbolada, en general, por estudios definidos por miradas de más largo plazo, remontables, según los casos, al Centenario de la Revolución de Mayo o al triunfo de la Unión Cívica Radical en 1916, y extendidas hasta el golpe de Estado de 1943. Es por esta razón que, en el presente trabajo, concentrado fundamentalmente en la producción historiográfica, se alude a un bloque temporal enmarcado entre 1912 y 1943, a fin de incluir en las líneas que siguen afirmaciones y sugerencias de ambas líneas de indagación.

En esta dirección, los argumentos de las dos miradas referidas abren en sí mismos una interrogación sobre la relación entre liberalismo y derechas entre 1912 y 1943. Por un lado, porque a menudo se ha rotulado la apa-

en la Argentina en el período 1930-1955, Buenos Aires, Gedisa, 2014. Cf. también Luciano de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

rición del antiliberalismo como el surgimiento de una “nueva derecha”, consistiendo ese carácter novedoso en sus inspiraciones políticas y doctrinarias (del tomismo al fascismo), a tono con lo ocurrido en Occidente después de la Primera Guerra Mundial.³ Empero, la noción de “nueva derecha” podría leerse de otras maneras: como aparición de un adversario del liberalismo en el universo mismo de las derechas; es decir, un liberalismo ya recostado hacia la derecha por su creciente tesis antedemocrática, impugnado por una derecha más radical, antiliberal. O, en cambio, la aparición de la “nueva derecha” podría referir a la ocupación de un espacio hasta entonces vacante, lo cual no haría obvia la ubicación del liberalismo en las derechas (más aun si uno de los rasgos de esa “nueva derecha” es el antiliberalismo). Por su parte, la concepción de un liberalismo con una creciente orientación antedemocrática supone, como se dijo, ubicarlo ya en el campo de las derechas, con independencia, o más allá, del peso y la importancia que se atribuya a la aparición del antiliberalismo.

Esta última observación conduce a otro señalamiento hecho por la historiografía: aquel que ha problematizado, precisamente, la crisis del liberalismo. Este argumento también merece desagregarse. Ya que, por un lado, se ha planteado para mostrar que las formulaciones antidemocráticas lanzadas desde los espacios o las publicaciones comúnmente asociadas al antiliberalismo, como las del nacionalismo, no siempre, o desde un primer momento, se basaron en argumentos antiliberales.⁴ Semejante planteo ratificaría la proximidad entre derechas y liberalismo, siempre en relación con una posición antidemocrática. En segundo

lugar, la crisis del liberalismo se ha problematizado acentuando otro aspecto: su supervivencia en una amplia gama de expresiones políticas y doctrinarias, del catolicismo a las izquierdas.⁵ Tal afirmación, como es evidente, aconseja prudencia frente a una rápida asociación liberalismo/derechas entre 1912 y 1943.

En todo lo dicho se contiene un argumento implícito, que conviene ahora destacar: cuando se habla de derechas en este período de la historia argentina se alude a posiciones antiigualitarias, rasgo que, ciertamente, ha sido atribuido como distintivo de las derechas por estudios señeros en la reflexión sobre estos temas.⁶ El liberalismo o el antiliberalismo (o ambos) integrarían las derechas por su común tesis antiigualitaria, cuyas expresiones serían, a su vez, amplias: desde el rechazo a la sociedad de masas hasta el repudio al sufragio universal (es decir, a la democracia, sea como sociedad, sea como régimen político). Esta afirmación, no obstante, merece examinarse, atendiendo al menos a cuatro aspectos, algunos ya señalados, pero que vale pasar en limpio.

En primer lugar, supone subordinar diferencias doctrinarias para priorizar un adversario común. Como ya se dijo, legítimamente el universo de las derechas puede pensarse en plural. Por ende, no habría en principio objeción a situar allí a liberales y antiliberales (y, vale decir, la historiografía ha mostrado puentes de contacto y vasos comunicantes, de publicaciones a sociabilidades). Con todo,

³ Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 218-234.

⁴ Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

⁵ Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; José Zanca, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013; Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE, 2017.

⁶ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, Buenos Aires, Taurus, 2014, pp. 107-121.

deberían también contemplarse los desencuentros que hubo entre ambos a lo largo del período (sobre todo a partir de 1930), así como escrutar los alcances de las coincidencias. Tal el caso, precisamente, del antiigualitarismo (si se concluyera, desde ya, que este rasgo define al liberalismo del período).⁷ Por ejemplo, debería calibrarse si esa posición se plasma en una validación de las jerarquías o en una valoración de la heterogeneidad (es decir, si igualdad se asocia a nivelación o a homogeneidad). Y, en caso de que se mostrara que tanto entre liberales como antiliberales el antiigualitarismo remite a una ponderación de la jerarquía, habría que preguntarse si la desigualdad así entendida se asume como intrínsecamente natural, o como fruto de los méritos o de las capacidades.⁸

En segundo lugar, la crítica a las formas que la democracia política adquirió en la Argentina a partir de 1912/1916 (es decir, la ley Sáenz Peña y la Unión Cívica Radical, especialmente en su variante yrigoyenista) fue formulada por ámbitos y personajes que, si se inscribían en la tradición liberal argentina, integraron espacios políticos entre sí diversos cuando no enfrentados por otras razones, desde los nucleamientos conservadores al Partido Demócrata Progresista, incluyendo el radicalismo antipersonalista hasta el socialismo. Así lo prueba la amplitud del arco político que hubo detrás del golpe de Estado de 1930. Ciertamente, la crítica a las formas históricas y concretas de la democracia política en la Argentina a menudo se lanzó manteniendo una adhesión (formal, oportunista o

cínica –según la perspectiva del observador–) al sufragio universal. Es decir, fue una crítica movilizadora por las disputas de coyuntura más que por razones o argumentos doctrinarios. Pero ello no obsta, entonces, que, en el sistema político argentino, la crítica o el desencanto con la democracia no fueron patrimonio exclusivo de las derechas. En todo caso, debería concluirse que el liberalismo no puede identificarse solo con ellas, o, en una dirección contraria, habría que plantear que el socialismo, por ejemplo, estuvo en algunos momentos de la historia política de 1912 a 1943 cercano o próximo a posiciones de derecha.

Este punto conduce a una tercera observación, también mostrada por la historiografía: si el liberalismo tuvo defecciones democráticas (sean cuales fueren los espacios políticos que las formularan), las apelaciones a la democracia no siempre abrevaron en el liberalismo. Y con este punto aquí no se hace solo alusión a la transitada polémica (contemporánea e historiográfica) acerca de las características del yrigoyenismo (que forma parte, de todos modos, del problema), sino, por ejemplo, a las metamorfosis del antiliberalismo, cuyas modulaciones pasaron de apelaciones elitistas o de contraposiciones entre república y democracia (a favor de la primera y en rechazo a la segunda), a reivindicaciones de la tradición democrática argentina, en espejo a la asociación entre liberalismo y “oligarquía”.⁹ En otras palabras, la dicotomía liberalismo/democracia quizá es una opción más convincente para encuadrar las disputas políticas y doctrinarias entre 1912 y 1943, y la misma no podría yuxtaponerse plenamente con la díada derecha/izquierda. Más aun, la contraposición liberalismo/democracia podría englobarse en una más amplia, liberalismo/antiliberalismo, y ser esta la más fructífera para enmarcar la

⁷ Acerca de este punto, en una visión de largo plazo, Tulio Halperin Donghi, “Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes”, en T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 141-165.

⁸ Nils Holtug y Kasper Lippert-Rasmussen, *Egalitarianism. New Essays on the Nature and Value of Equality*, Oxford University Press, 2007.

⁹ Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*. 2 vols., Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

política y el pensamiento político de esos años, pues hubo apelaciones democráticas (y antidemocráticas) en ambos campos, por lo que es igualmente problemático solaparla con una confrontación derecha/izquierda.

Precisamente, y es el cuarto punto a destacar, la dicotomía liberalismo/democracia puede ser revisada al acercarse a ella desde versiones del pensamiento liberal del período. Algunas de sus figuras en las décadas de 1910 a 1940 (Julio Costa, José Bianco, Norberto Piñero, Mariano de Vedia y Mitre, entre otros), manifestaron escepticismo o crítica frente a la Ley Sáenz Peña o el radicalismo yrigoyenista. Pero, paralelamente, expresaron su adhesión a la Constitución nacional, al sufragio universal y a una sociedad igualitaria (las cautelas frente a la soberanía del pueblo, tal como las expuso De Vedia y Mitre, por ejemplo, se desprendieron de su carácter potencialmente liberticida más que de sus implicaciones igualitarias). Y lo hicieron por ver en todo ello atributos conservadores: el sufragio universal contenía los extremismos y protegía así la libertad; la igualdad de condiciones permitía edificar élites legítimas (pues se sustentaban en el mérito y la capacidad); y, sobre todo, ambos aspectos eran tradiciones o rasgos históricamente arraigados en la Argentina (observación a menudo lanzada en nombre del “realismo político”, es decir, de una atención prioritaria a los “hechos”).¹⁰

Podría argumentarse que este tipo de voces son minoritarias o marginales. Pues bien, no lo fueron por su visibilidad política, académica o intelectual (los cuatro personajes men-

cionados tuvieron desempeños destacados en la política y en la cultura argentinas), amén de que no está de más tener presente que la marginalidad o la centralidad son construcciones historiográficas que no deben impedir la reconstrucción lo más completa posible de porciones del pasado, en este caso, del pensamiento político inscripto en la tradición liberal en las décadas de 1910 a 1940.

Por añadidura, la restauración o la conservación de las tradiciones políticas argentinas (entendiendo por ellas la república democrática y liberal dispuesta por la Constitución—sin olvidar, desde ya, que la misma noción de tradición nacional era controvertida y en disputa, al menos desde fines del siglo XIX—) fue un tópico extendido en el debate público de los años treinta. El mismo estuvo además asociado a otro énfasis: la suerte de la democracia se jugaba en el plano de la virtud ciudadana (en su vitalidad o en su corrupción) más que en el diseño político e institucional (de lo que se derivaba que la reforma constitucional era un medio entre irresponsable e inocuo para afrontar el problema). Es decir, la adhesión a la democracia liberal a menudo se expresó en términos de conservación, mientras que la noción de transformación o de ruptura estuvo más bien asociada a los espacios antiliberales (en especial a los que enarbolaban propuestas autoritarias y corporativas).¹¹ No está de más

¹⁰ He desarrollado lo que sigue en Leandro Losada, “Soberanía y libertad. Balances y diagnósticos de Mariano de Vedia y Mitre sobre el liberalismo (Argentina, 1920-1950)”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 2, 2018, pp. 39-60; y “Más allá de la Ley Sáenz Peña, la UCR y la ‘República Verdadera’. Concepciones sobre la democracia en la Argentina, 1912-1943”, *XIV Congreso Nacional de Ciencia Política*, Sociedad Argentina de Análisis Político, Universidad Nacional de San Martín, julio de 2019.

¹¹ Posiciones, a su vez, incididas por las maneras en que fue pautándose la concepción de la “revolución” de 1930. Este episodio pasó de entenderse como una restauración (frente a la distorsión constitucional que habría significado el yrigoyenismo) a ser calificado como una ruptura, precisamente por las propuestas autoritarias que había contenido. La descalificación del adversario en tanto que “revolucionario” (como sinónimo de alteración del orden constitucional) fue usual en la década de 1930 y recíprocamente lanzada desde los principales espacios políticos del período, la Concordancia y la UCR. Cf. Leandro Losada, “El ocaso de la ‘Argentina liberal’ y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear, 1930-1943”, *Estudios sociales*, n° 54, 2018, pp. 43-66.

recordar que “liberal conservador” fue un rótulo en su momento lanzado contra el liberalismo local por los simpatizantes de propuestas antiliberales, precisamente por el rechazo de los liberales a acometer una transformación del orden constitucional (juicio crítico, en sí mismo, revelador de los desencuentros entre unos y otros). Desde este punto de vista, otras formas posibles de concebir la dicotomía derecha/izquierda (conservación versus cambio) también se recorta como problemática para la Argentina de este período.¹²

Para concluir, entonces, vale subrayar tres puntos. En primer lugar, la democracia (en un sentido amplio, conviene reiterar, como régimen político y como forma de sociedad) mantuvo para algunos contemporáneos la estatura de un problema abierto, es decir, de un tema posible de ser pensado más allá de los términos en que lo había fijado la instrumentación del sufragio universal por la Ley Sáenz Peña o en que lo había expresado políticamente el yrigoyenismo. La crítica a una y otro no necesariamente decantó en posiciones que repudiaron doctrinariamente la democracia.

En segundo lugar, estos argumentos se nutrieron de referencias históricas y eruditas singulares, desde la teoría de las elites, a través, al menos, de la obra de Robert Michels (entendida como demostración de que el fenómeno elitista no invalidaba la democracia, sino que probaba la posibilidad de conciliar diferencia e igualdad, tal como lo formuló José Bianco) a los textos de Nicolás Maquiavelo, que mostraba la centralidad del elemento democrático para la pervivencia de la libertad (así lo leyó, por ejemplo, Mariano de Vedia y Mitre). Este elemento, por ende, interroga el problema de la crisis del liberalismo desde dos ángulos, el de la crisis y el del liberalismo. Pues, por un lado, muestra una re-

flexión intelectual inscrita en la tradición liberal que de por sí cuestiona la noción de crisis o de parálisis. Y, por otro, problematiza la caracterización misma del liberalismo, ya que (sin desconocer la mixtura o el eclecticismo como rasgos intrínsecos del pensamiento político), revela intervenciones que se concibieron liberales, nutridas de referencias hasta entonces poco transitadas en la Argentina y en algunos casos (como el republicanismo) concebidas explícitamente como diferentes o ajenas al liberalismo.¹³

Finalmente, estos testimonios no muestran un “liberalismo conservador” refractario a la democracia (al menos, conviene insistir, en un plano discursivo, teórico o doctrinario). Por el contrario, el conservadurismo enarbolado por estas voces se define como tal por encontrar en la democracia cualidades o implicancias conservadoras, tanto en la dimensión social como en la política (entre las que sobresalía el resguardo de la libertad). Es decir, por ser conservador se es democrático. Son así formulaciones que también problematizan la asociación liberalismo/derechas para el período 1912-1943.¹⁴

En función de lo dicho, cabe una acotación final. En la historia política argentina de 1912 a 1943 no hubo síntesis o convergencia entre liberalismo y democracia. No se quiere decir con ello que tal cosa debería haber ocurrido; simplemente, que aquello que se había proyectado al edificar la nación no ocurrió. Aquí se han esgrimido algunos argumentos para entender este fenómeno, tanto en lo concerniente a las características del pensamiento liberal como a sus concepciones de la democracia. Conviene resaltarlos, a riesgo de reite-

¹² Cf. Dino Cofrancesco, *Destra e sinistra, per un uso critico in due termini-chiave*, Verona, Bertani, 1984.

¹³ Leandro Losada, *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas*, Buenos Aires, Katz Editores, 2019.

¹⁴ Cf. Ezequiel Gallo, “Reflexiones sobre el pensamiento conservador”, en E. Gallo, *La república en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

raciones: la dinámica de la vida política parece haber sido un factor más gravitante en las expresiones críticas de la democracia que las reorientaciones ideológicas o las formulaciones doctrinarias (en tanto y en cuanto es aventurado concebir un liberalismo cerrilmente antidemocrático para todo el período); un pensamiento liberal nutrido de referencias diversas, como el republicanism, el realismo político o concepciones elitistas de la democracia, que cimentaron retratos de la vida pública y de la propia democracia más allá de los términos fijados desde 1912/1916, lo cual pudo implicar cierto desajuste con la sociedad o con la opinión pública, si en ellas esos términos habían arraigado (es decir, si la Ley Sáenz Peña era sinónimo de democracia electoral y la UCR su expresión política más legítima –asunto, desde ya, que merece una exploración en profundidad–); retratos de la vida pública atentos a la virtud y al civismo más que al diseño político e institucional, que podían ofrecer argumentos para diferir indefinidamente la democracia electoral (tesitura que se advierte en un espectro amplio del debate público de los años ‘30 –es decir, no solo en intervenciones intelectuales–); una interrogación sobre el carácter liberal de estas formulaciones, precisamente por las fuentes doctrinarias que las alimentaron, debido a que fueron más allá del liberalismo.

En suma, mostrar que hubo modulaciones que se asumieron liberales y que doctrinariamente no repudiaron la democracia no significa negar que hubo variantes del liberalismo que, por anti-igualitarias, pueden situarse en el campo de las derechas. Significa, estrictamente, que la asociación entre liberalismo y derechas merece problematizarse, pues esas variantes no agotan las expresiones que el liberalismo tuvo entre 1912 y 1943, y porque, en un plano más general derivado de esto, antes incluso que la eventual ubicación del liberalismo en las derechas, resta aún por hacer una reconstrucción exhaustiva de aquello que se

denominaba liberalismo en la política y en el pensamiento político argentino del período. □

Bibliografía

- Bisso, Andrés, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda*, Buenos Aires, Taurus, 2014.
- Cofrancesco, Dino, *Destra e sinistra, per un uso critico in due termini-chiave*, Verona, Bertani, 1984.
- De Privitello, Luciano, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Finchelstein, Federico, *Fascismo trasatlántico: ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- Gallo, Ezequiel, “Reflexiones sobre el pensamiento conservador”, en E. Gallo, *La república en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Halperin Donghi, Tulio, “Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes”, en T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 141-165.
- , *Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- Holtug, Nils y Lippert-Rasmussen, Kasper, *Egalitarianism. New Essays on the Nature and Value of Equality*, Oxford University Press, 2007.
- Losada, Leandro, “El ocaso de la ‘Argentina liberal’ y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear, 1930-1943”, *Estudios sociales*, n° 54, 2018, pp. 43-66.
- , “Más allá de la Ley Sáenz Peña, la UCR y la ‘República Verdadera’. Concepciones sobre la democracia en la Argentina, 1912-1943”, *XIV Congreso Nacional de Ciencia Política*, Sociedad Argentina de Análisis Político, Universidad Nacional de San Martín, julio de 2019.
- , “Soberanía y libertad. Balances y diagnósticos de Mariano de Vedia y Mitre sobre el liberalismo (Argentina, 1920-1950)”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 2, 2018, pp. 39-60.
- , *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940*, Buenos Aires, Katz Editores, 2019.

Lvovich, Daniel, *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

Nállim, Jorge, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955*, Buenos Aires, Gedisa, 2014.

Padoán, Marcelo, *Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Persello, Ana Virginia, *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, FCE, 2017.

Prislei, Leticia, *Los orígenes del fascismo argentino*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

Rock, David, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993.

Tato, María Inés, *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Zanca, José, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Zuleta Álvarez, Enrique, *El nacionalismo argentino*, 2 vols., Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

Resumen/Abstract

Liberalismo y derechas en la Argentina, 1912-1943. Apuestas interpretativas, posibilidades y límites

El artículo problematiza la relación entre liberalismo y derechas entre la sanción de la Ley Sáenz Peña y el golpe de Estado de 1943. Para ello, se plantean los siguientes argumentos: la viabilidad o la idoneidad de concebir el campo político y doctrinario de la Argentina de esos años en términos de derecha/izquierda; los significados posibles de algunas características usualmente asociadas al liberalismo de este período como conservadurismo; las modulaciones políticas y doctrinarias de algunos personajes y figuras públicas vinculadas al liberalismo, en especial acerca de la democracia; la relación entre el liberalismo y otras tradiciones políticas, por ejemplo el republicanismo.

Palabras clave: Liberalismo - Antiliberalismo - Republicanismo - Democracia

Liberalism and right-wing currents in Argentina, 1912-1943. Interpretive choices, possibilities and limits

The paper explores the link between liberalism and rights between the enactment of the Sáenz Peña Law and the coup d'état of 1943. For this, the following arguments are raised: the viability or the suitability of conceiving the political and doctrinal field of Argentina of those years in terms of right / left; the possible meanings of some characteristics usually associated with the liberalism of this period, such as conservatism; the political and doctrinal modulations of some public figures linked to liberalism, especially about democracy; the links between liberalism and other political traditions, for example republicanism.

Keywords: Liberalism - Anti liberalism - Republicanism - Democracy

Las derechas nacionalistas frente al peronismo

Daniel Lvovich

Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

La tradición del nacionalismo *de derecha* reconoce una dilatada trayectoria en la Argentina. Aunque resulta muy dificultoso determinar una fecha de origen, y aun reconociendo antecedentes que se remontan al siglo XIX, es habitual señalar que el origen de esta tradición se ubica en la segunda mitad de la década de 1920, con la aparición del periódico *La Nueva República*, vocero de un núcleo de jóvenes que adscribían al maurrasianismo y otras corrientes tradicionalistas y conservadoras. La simultánea aparición de *Criterio* permite situar el inicio de la compleja relación entre nacionalistas y católicos, en la que las múltiples confluencias a lo largo del siglo XX no deben ocultar las tensiones institucionales derivadas de ella. Definimos el nacionalismo de derecha como un conjunto de organizaciones políticas, publicaciones e intelectuales a ellas vinculados que, aunque reconoce múltiples antecedentes, hace su aparición en la escena pública argentina a fines de la década de 1920 y continuó ejerciendo su influencia a lo largo de buena parte del siglo XX. Esa irrupción coincide, en distintos países occidentales, con un fenómeno de crisis de las instituciones y las ideologías liberal-democráticas y el auge de diversos movimientos autoritarios de extrema derecha.

A lo largo del siglo XX, los distintos grupos nacionalistas de derecha argentinos sufrieron

profundas modificaciones respecto a sus ideologías, grado de influencia social y política, orientaciones tácticas y composición social de su militancia. Igualmente, en un mismo período existieron dentro del universo nacionalista organizaciones que difirieron profundamente en uno o más de esos aspectos. Debido a ello, nociones como *nacionalismo oligárquico*, *tradicionalista* o *restaurador*, *filofascismo* o *nacionalismo de élite* no pueden dar cuenta cabalmente del universo de organizaciones y personalidades que componían este sector. ¿Cuáles fueron los rasgos en común que permiten agrupar a estas organizaciones bajo el rótulo de *nacionalismo de derecha*?

En primer lugar, unas posturas ideológicas ampliamente compartidas: antiliberalismo, antizquierdismo y corporativismo. La reivindicación de la pertenencia al catolicismo y el reclamo de que sus objetivos no se diferenciaban radicalmente de los de la Iglesia Católica resultaron rasgos muy extendidos entre estos nacionalistas, aunque existieron algunas excepciones al respecto. Lo mismo puede decirse de la presencia del antisemitismo que, con distintos grados de virulencia y radicalidad, estuvo presente en la mayor parte de estos grupos, aun cuando existieron algunos pocos casos que escaparon a esta generalidad. En segundo término, la consideración de la nación como un bloque culturalmente mono-

lítico, cuya preservación requería una sociedad jerárquicamente ordenada. Como parte de esa visión los nacionalistas de derecha reservaron un rol subordinado a las mujeres y se opusieron al feminismo. En tercer lugar, una visión decadentista y conspirativa de la historia y la política, que tuvo como consecuencia que buena parte del discurso político se organizara bajo la forma de la denuncia de un *complot* y el llamado a una cruzada para la reconquista del país, contra los que consideraban los enemigos internos y externos.

Se puede afirmar que en la Argentina este nacionalismo –que se desarrolló en simultáneo con otras expresiones nacionalistas de matriz democrática– tuvo una doble sensibilidad, a la manera de un cuerpo con dos corazones que por momentos latieron al unísono y por momentos a distintos ritmos, marcando tensiones a veces insuperables. Uno de los corazones de ese nacionalismo de derecha latía al ritmo del tradicionalismo. La conservación del orden social, la nostalgia por un pasado idealizado, la consideración del pueblo como un peligro –o bien como un actor irrelevante– resultan los elementos definitorios de este corazón aristocratizante. En sus versiones más radicales, estas tendencias llegaban a delinear un pensamiento antimoderno y reaccionario. El segundo de los corazones, sin dejar de reclamar por una sociedad jerárquicamente ordenada ni renunciar a la pertenencia católica, desplegaba inflexiones populistas. Esta tendencia intentaba movilizar al pueblo en las calles, incorporaba a sus preocupaciones las condiciones de vida de los sectores populares y desplegaba una retórica que alcanzaba matices verdaderamente anticapitalistas. Se trataba del corazón plebeyo del nacionalismo de derecha, cuyo sueño último era la instauración de un régimen a la vez anticomunista y revolucionario, simultáneamente autoritario y justo. Tales eran las características de lo que denominaban la *Revolución Nacional*.

No existe una línea que vincule de un modo irrefutable a los nacionalistas de la década de 1920 con los de la década de 1970, ya que su desenvolvimiento, rasgos ideológicos y prácticas no se pueden comprender por fuera de los marcos políticos y culturales argentinos y mundiales. La mayor parte de los actores de lo que definimos como la tradición nacionalista de derecha no asumirían formar parte de la derecha política, calificación que ellos mismos reservaban para los contingentes del conservadurismo o del liberal-conservadurismo. Sí, en cambio, asumían en general la nominación de nacionalistas –nacionalistas a secas–, en una operación que normalmente los llevaba a ubicarse como representantes de la nación en una posición distinta y adversa tanto a las izquierdas cuanto al liberal-conservadurismo. Sin embargo, desde la perspectiva del estudioso de estos fenómenos, esta auto-nominación no resulta suficiente, ya que no da cuenta de la existencia de otras tendencias contemporáneas –de izquierda, antiimperialistas, populistas, democráticas– que reclaman para sí la condición de nacionalistas.

El desafío del peronismo

Hacia fines de la década de 1930 y comienzos de la de 1940, la Alianza de la Juventud Nacionalista se convirtió en una dinámica organización de derecha radicalizada, capaz de enfrentar la tarea de popularizar al nacionalismo, hasta allí dominado por su variante aristocratizante y tradicionalista. La AJN otorgó al discurso nacionalista una radicalidad que le permitía presentarse como una fuerza revolucionaria y expresar las transformaciones ideológicas del nacionalismo argentino, logrando atraer entre 30.000 y 50.000 adherentes en todo el país. Su anticomunismo y antisemitismo se combinaba con una retórica anticapitalista y una preocupación por la justicia social que permiten caracterizarlo

como un grupo con rasgos similares a los del fascismo.¹

Sin embargo, los nacionalistas encontraron un límite a su previa expansión en la coyuntura de emergencia del peronismo. Con el intento de instauración de un régimen nacional-católico en 1943, los militares confiaron a los nacionalistas y católicos un amplio poder y diversas funciones en los tres niveles del Estado. Paralelamente, desde el comienzo del gobierno militar el coronel Perón construyó una formidable base de poder merced a las intervenciones sobre el mundo del trabajo que había desplegado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión y las relaciones que había logrado establecer con importantes sectores de la dirigencia sindical y de la clase obrera. Entre algunos grupos nacionalistas ello despertó un inmediato rechazo, ya que consideraban a estas políticas demagógicas y con la potencialidad de alterar el orden social. Los hermanos Irazusta se mostraron críticos de un régimen que no tenía intenciones de cambiar las relaciones con Gran Bretaña, el que resultaba el principal punto de su agenda. Años más tarde, Rodolfo Irazusta señalaría que, en lugar de la *revolución nacional*, con Perón había sobrevenido la *revolución social*.²

En contraste, Ernesto Palacio apoyó a Perón en conjunto con los sectores yrigoyenistas que publicaban la revista *Política*, para desempeñarse más adelante como diputado nacional por el peronismo. Para otros, la obra de Perón parecía materializar los principios de la Revolución Nacional. El 13 de agosto de 1944, Manuel Gálvez publicó una nota en *El Pueblo* en la que comparaba a Perón con Yrigoyen, y sostenía que “La revolución del 4 de

junio significa, para los proletarios, y en cuanto proletarios, el más grande acontecimiento imaginable”. Por su parte, la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN, nombre que desde 1943 adoptó la AJN), apoyaba a Perón, aunque sus miembros temían que este les arrebatara las banderas que ellos habían levantado por un lustro y a las que, en efecto, el peronismo adoptó parcialmente, dentro del heterogéneo arco de influencias que conformaron su discursividad. Como sostiene Juan Luis Besoky, muchas de las ideas y representaciones a las que apeló el peronismo fueron tomadas del nacionalismo, como por ejemplo las de justicia social, antiimperialismo, anticomunismo y liberación nacional. Sin embargo, hubo otras prácticas y representaciones que el primer peronismo rechazó o marginó de sus cauces centrales, como el revisionismo histórico, el antisemitismo o la denuncia de la masonería.³

Luego de la caída del peronismo en 1955, esta cultura política del nacionalismo de derecha siguió vigente en varias organizaciones e intelectuales que tuvieron una participación activa durante la Resistencia Peronista. Por supuesto, en particular después de 1955, el revisionismo histórico fue interpretado de modos muy distintos a los de sus impulsores de las décadas anteriores, configurando parte de la argamasa de lecturas de la historia de los más variados grupos políticos, hasta convertirse, en palabras de Halperin Donghi, en parte del sentido común historiográfico hacia la década de 1970.⁴ Los nacionalistas que no apoyaron al peronismo vieron reducida enormemente su influencia política, aunque su peso en el interior de las Fuerzas Armadas continuó siendo

¹ Marcus Klein, “Argentine Nationalism before Perón: The case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-c.1943”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20, 2001.

² Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 176.

³ Juan Luis Besoky, “La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)”, tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, pp. 108-109.

⁴ Tulio Halperin Donghi, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en T. Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por Asalto, 1996.

considerable. En su afán de combatir al peronismo, figuras como Rodolfo Irazusta, Máximo Echeopar o Juan Carlos Goyeneche se aproximaron a las posiciones conservadoras que tan fervientemente habían criticado en las décadas anteriores.⁵ El escenario abierto con el derrocamiento del peronismo resultaba para esos nacionalistas marcadamente complejo. Ninguna apelación al *Pueblo* podía omitir a las masas peronistas, aunque el movimiento encabezado por Perón resultaba objeto de su repudio. Si para algunos nacionalistas de derecha esto no representaba un problema táctico en tanto no formaba parte de su horizonte ideológico la convocatoria a la participación de las masas, en otros casos se observan marcados reacomodamientos. Las masas peronistas aparecían ahora como un reservorio de virtudes nacionales y católicas, a las que se debía lograr orientar. En junio de 1956 apareció el periódico nacionalista *Azul y Blanco*, dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo. Se trataba de una de las escasas voces críticas del gobierno, en particular de sus políticas revanchistas respecto al peronismo, lo que le permitió ganar lectores de esa orientación política. La experiencia de *Azul y Blanco* representó uno de los primeros intentos de aproximación al público peronista de una expresión nacionalista entre cuyos miembros predominaban los tradicionalistas, en un movimiento que se haría reiterativo en las diversas tradiciones: la búsqueda de liderar unas masas a las que se consideraba huérfanas.⁶ En 1957, los nacionalistas, divididos, presentaron dos opciones en las elecciones para la Asamblea Constituyente: la Unión Federal, liderada por

Amadeo, y el Partido Azul y Blanco, encabezado por Sánchez Sorondo y Goyeneche. Ambas agrupaciones obtuvieron muy pobres resultados electorales. En ocasión de las elecciones presidenciales de 1958, una buena parte del nacionalismo apoyó la candidatura presidencial de Arturo Frondizi. La decisión de involucrarse en ambas elecciones, más allá de las consideraciones pragmáticas que la pudieran inspirar, se derivaba fuertemente del cambio de actitud de la Iglesia Católica en relación a la democracia en la posguerra y en el clima de guerra fría. Más allá de sectores fuertemente tradicionalistas, las perspectivas más fervientemente elitistas y cerradamente antidemocráticas habían perdido en el período condiciones para su desarrollo.

Tacuara y el sindicalismo peronista

La historia de Tacuara de la Juventud Nacionalista expresa, una vez más, las tensiones entre las distintas corrientes nacionalistas y las provocadas por sus posicionamientos frente al peronismo. Tacuara fue fundada poco después de la caída de Perón por un grupo de ex militantes de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios, rama estudiantil de la ALN. Poco más tarde, modificó su nombre por el de Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT). En sus comienzos, sus integrantes eran adolescentes y jóvenes provenientes de familias patricias, algunas de ellas empobrecidas, en general educados en colegios católicos. Su primer líder fue el ex seminarista Alberto Ezcurra Uriburu, hijo del militante católico-nacionalista Alberto Ezcurra Medrano. El principal mentor ideológico y espiritual de la agrupación fue Julio Meinvielle, cuya influencia ayuda a comprender el extremo antiliberalismo y la fortaleza de las creencias antisemitas de los primeros tacuaristas, que identificaban a los judíos con todos los males que sufría la nación y propugnaban

⁵ Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 379.

⁶ Sobre *Azul y Blanco* véase Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.

por la prohibición de la inmigración israelita a la Argentina. El modelo de referencia de Tacuara fue la Falange Española, de la que recogían la aspiración a instaurar un régimen católico y autoritario de tipo nacional-sindicalista y la admiración por José Antonio Primo de Rivera que motivaba un verdadero culto a su memoria. De allí se derivaba también su intención de vincularse al movimiento obrero y una retórica que no dejaba de hacer referencia a la noción de justicia social, lo que no tardaría en generar conflictos con las perspectivas conservadoras de Meinvielle y sus seguidores. También resultaron muy influyentes sobre los miembros del MNT los planteos de Jacques Marie de Mahieu, un ex integrante de Acción Francesa llegado a la Argentina en 1946 para desempeñarse como profesor de Filosofía en la Universidad de Cuyo. Tras la caída de Perón, De Mahieu se vinculó a diversos grupos políticos y sindicales, sobre los que influyó con sus tesis acerca del Estado y la economía comunitarias, presentadas como alternativas al capitalismo.⁷

La disputa por la universidad “laica o libre”, en los primeros años del gobierno de Frondizi, brindó a Tacuara la oportunidad de expandirse. A fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, el grupo era más conocido públicamente por sus acciones violentas contra estudiantes reformistas, izquierdistas o judíos que por las peculiaridades de su doctrina. La ideología nacional-sindicalista del MNT llevó a que, casi desde sus inicios, algunos de sus miembros se vincularan con el gremialismo peronista. De tal modo, en enero de 1959 militantes tacuaristas participaron en la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre, que intentaba frenar el proyecto privatizador del gobierno de Frondizi. Estos

contactos con el mundo obrero y los debates en torno al anticapitalismo inspirado en el comunitarismo pregonado por De Mahieu motivaron que el sector más conservador y tradicionalista se escindiera y fundara la Guardia Restauradora Nacionalista.

Con tal ruptura, el MNT profundizó tanto sus contactos con algunas ramas del sindicalismo peronista como su militarismo, e incrementó el uso de la violencia callejera y durante los conflictos gremiales. La escisión favoreció también el ingreso a la organización de jóvenes de sectores medios y medios bajos. En 1961 el MNT sufrió una nueva división, cuando seis de sus militantes formaron el Movimiento Nueva Argentina, que se integró a la lucha política y sindical del peronismo. En 1963, el MNT se escindió nuevamente cuando un sector crítico de la conducción de Ezcurra, formado entre otros por Joe Baxter, Alfredo Ossorio y Amílcar Fianza dio origen al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Más decididamente antiimperialista y antioligárquico, partidario de una vía revolucionaria y vinculado con los grupos de izquierda de la Juventud Peronista, el MNRT fue uno de los primeros grupos en abrazar la bandera de lo que se llamaría el socialismo nacional. A su vez, rápidamente se dividió en dos fracciones. En el grupo conducido por Ossorio se buscaba un acercamiento al peronismo como vía de realizar la revolución nacional comunitaria, siguiendo las influencias ideológicas de De Mahieu. Por su parte, la fracción de Baxter y Nell aceptó el marxismo como método de análisis y resultó fuertemente autocrítica de su pasado filofascista. A su vez, el núcleo principal del MNT, dirigido por Ezcurra y Juan Mario Collins, retuvo para sí la denominación original y publicó *Tacuara. La voz de la Revolución Nacional*. Este sector continuó vinculado a la derecha sindical peronista, a la que contribuyeron como fuerza de choque y guardaespaldas, provocando ataques a sindicalistas de iz-

⁷ Daniel Lvovich, *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*, Buenos Aires, Claves para todos, 2006.

quierda y el asesinato del militante judío de izquierda Raúl Alterman en Buenos Aires.⁸ Resulta significativo que en el fragor de esos violentos acontecimientos, mientras el Secretario General de la CGT, José Alonso, se negó a recibir a Ezcurra Medrano, Augusto Vandor se haya presentado en una manifestación en Avellaneda enarbolando los símbolos de *Tacuara*.⁹ Por su lado, el MNRT liderado por Baxter alcanzó notoriedad con el asalto al Policlínico Bancario de Buenos Aires, realizado en marzo de 1963. La mayor parte de sus miembros comenzaría otras derivas, ejemplificadas en las trayectorias de Baxter, que se integraría años después al Ejército Revolucionario del Pueblo, y de José Luis Nell, que llegaría a formar parte de Montoneros. Más allá de las derivas particulares de cada uno de sus miembros y fracciones, la historia de *Tacuara* muestra el profundo impacto que para las filas nacionalistas de derecha implicó el peronismo, así como la voluntad del grupo mayoritario tacuarista no solo de plegarse a las luchas sindicales sino de proponerse como líderes de un nuevo movimiento que incorporara a unas masas interpretadas, una vez más, como disponibles.

Por supuesto, no era esta la única orientación posible para los nacionalistas de derecha en el contexto de inestabilidad institucional, crisis de la democracia y exclusión política de las mayorías. No dejaron de desarrollarse en

la época distintos grupos del nacionalismo tradicionalista de diversa orientación –desde el Ateneo de la República a La Ciudad Católica–. La trayectoria del Ateneo de la República, grupo formado por Mario Amadeo tras el triunfo de la facción azul sobre la colorada en la confrontación interna del ejército de 1962, ilustra este proceso. Tras el golpe de Estado de 1966, el Ateneo de la República fue uno de los principales grupos que proveyó planes de gobierno y hombres para ocupar funciones en el régimen encabezado por el general Onganía. En la década de 1960, cuando alcanzó su máximo nivel de influencia, el grupo combinaba ideas políticas autoritarias, que incluían en ocasiones el corporativismo, con un fuerte énfasis tecnocrático, unido a una común referencia a la Doctrina Social de la Iglesia. Ello no les impedía aliarse a los grupos liberales que tradicionalmente criticaban. En el decenio siguiente –y muy alejado de su poderío de antaño– el grupo viró hacia el conservadurismo político y el liberalismo económico. La extendida convicción entre muy amplios grupos liberales o conservadores de que las salidas autoritarias eran las únicas capaces de afrontar las sucesivas crisis argentinas creaba un piso común con un sector de los nacionalistas de derecha que, en un contexto en que la política de masas y la democracia quedaban excluidas como posibilidad práctica, volvían a encontrar en la coyuntura las condiciones para el despliegue de sus perspectivas elitistas.¹⁰

Como sostiene Besoky, desde fines de la década de 1950 es posible observar el acercamiento entre una cultura política de izquierda

⁸ Juan Manuel Padrón, *¡Ni yanquis, ni marxistas! Nacionalistas. Nacionalismo, militancia y violencia política. El caso del Movimiento Nacionalista Tacuara en la Argentina, 1955-1966*, La Plata y Los Polvorines, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017, y Mario Glück, “Una batalla de una guerra imaginaria: Tacuara, el Partido Comunista y el gremialismo en el plenario sindical de febrero de 1964 en Rosario”, *Entre pasados, Revista de Historia*, n° 38-39, 2013.

⁹ Laura Schenquer, “Tacuara, su paso por el conflicto sindical en los años sesenta”, *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2007, p. 3.

¹⁰ Daniel Lvovich, “Contextos, especificidades y temporalidades en el estudio del nacionalismo argentino en la segunda mitad del siglo XX”, en F. Malimacci y H. Cuchetti (comps.), *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Centro Franco Argentino/Gorla, 2011.

y el peronismo.¹¹ Este acercamiento estuvo impulsado por una corriente de intelectuales de la llamada Izquierda Nacional, pero también por la vinculación cada vez más explícita de John William Cooke con la Revolución Cubana y el marxismo, el surgimiento de un sector de izquierda en el peronismo y el acercamiento nacionalista a la izquierda encabezado por la fracción de Tacuara de Baxter. Se conformó de ese modo una tradición de izquierda peronista, inserta a su vez en los marcos de las tendencias que se engloban bajo el concepto de *nueva izquierda*. Frente a estos sectores, que veían posible una síntesis entre marxismo y peronismo, se fue conformando otro sector del peronismo que rechazaba esta posibilidad y reivindicaba el carácter anticomunista, católico y nacionalista del peronismo. Este sector incluía al Comando de Organización, la Escuela Superior de Conducción Política y emprendimientos periodísticos como *Huella*, *Retorno*, *Patria Libre* y *Patria Bárbara*, y se fue vinculando a sectores del nacionalismo de derecha y adoptando varios elementos presentes en esa cultura política, como el antisemitismo y el revisionismo histórico.

Estos sectores postulaban encarnar a la vez a la nación y al pueblo, atribuyendo a la palabra o a la herencia de Perón la potestad de determinar la pertenencia a ambos colectivos. Esta fusión entre ambas tradiciones, que dio lugar a una nueva configuración política e ideológica, la del peronismo de derecha, resulta probablemente la novedad más relevante del período. El peronismo de derecha —una nominación empleada por analistas y miembros de otras formaciones políticas, pero no aceptada normalmente por los actores, que reclaman para sí el carácter de verdaderos peronistas (a secas) y de vectores de *lo nacional*— devolverá a los grupos antiliberales, autoritarios, antisemitas, antiizquierdistas y corporativistas la potestad de to-

mar la palabra en nombre del *pueblo* frente a otros sectores del peronismo o de otras extracciones políticas, a los que identificaban con una élite oligárquica o sencillamente excluían de la comunidad nacional. Esta corriente podrá hacerlo desde el interior del peronismo, y en muchas ocasiones con el apoyo del propio Perón, lo que les devolverá un volumen político que parecía definitivamente perdido para el nacionalismo de derecha. □

Bibliografía

Besoky, Juan Luis, “La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)”, tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1280/te.1280.pdf>>.

Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Galván, Valeria, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.

Glück, Mario, “Una batalla de una guerra imaginaria: Tacuara, el Partido Comunista y el gremialismo en el plenario sindical de febrero de 1964 en Rosario”, *Entre-pasados, Revista de Historia*, n° 38-39, 2013.

Halperin Donghi, Tulio, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en T. Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

Klein, Marcus, “Argentine Nationalism before Perón: The case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-c.1943”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20, 2001.

Lvovich, Daniel, *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*, Buenos Aires, Claves para todos, 2006.

—, “Contextos, especificidades y temporalidades en el estudio del nacionalismo argentino en la segunda mitad del siglo xx”, en F. Malimacci y H. Cuchetti (comps.), *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Centro Franco Argentino/Gorla, 2011.

Mutsuki, Noriko, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

Padrón, Juan Manuel, *¡Ni yanquis, ni marxistas! Nacionalistas. Nacionalismo, militancia y violencia política*.

¹¹ Besoky, *La derecha*, p. 268.

El caso del Movimiento Nacionalista Tacuara en la Argentina, 1955-1966, La Plata y Los Polvorines, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.

Schenquer, Laura, "Tacuara, su paso por el conflicto sindical en los años sesenta", *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2007.

Resumen/Abstract

Las derechas nacionalistas frente al peronismo

En este artículo analizamos el desarrollo histórico de la tradición política y cultural del nacionalismo de derecha en la Argentina, desde sus orígenes en la década de 1920 hasta el encuentro con determinadas expresiones del peronismo en la segunda mitad del siglo xx. Postulamos que la fusión entre ambas tradiciones, en las décadas de 1960 y 1970, dio lugar a una nueva configuración política e ideológica, la del peronismo de derecha –una nominación empleada por analistas y miembros de otras formaciones políticas–, que devolverá a los grupos antiliberales, autoritarios, antisemitas, antiizquierdistas y corporativistas la potestad de tomar la palabra en nombre del pueblo, retomando los tópicos propios de la tradición populista del nacionalismo de derecha que contrastó con las expresiones más tradicionalistas y antimodernistas de esa corriente a lo largo del siglo xx.

Palabras clave: Derechas - Nacionalismo - Peronismo - Argentina

Nationalist right-wing groups positions in relation to Peronism

In this article we analyze the historical development of the political and cultural tradition of nationalism of Rightin Argentina, from its origins in the 1920s, to de the meeting with certain expressions of Peronism in the second half of the 20th century. We postulate that the merger between the two traditions, in the 1960s and 1970s, gives rise to a new political and ideological configuration, right-wing Peronism - a nomination employed by analysts and members of other political formations- that will return to anti-liberals, authoritarians, anti-semites, anti-leftists and corporatists gropus the power to speak on behalf of the people, taking up the themes of the populist tradition of nationalism that contrasts with the most traditional and anti-modern expressions of this trend throughout the 20th century.

Keywords: Right - Nationalism - Peronism - Argentina

Apuntes sobre la izquierda cristiana y la secularización en la Argentina

José Zanca

Universidad de San Andrés / CONICET / CEHP-Universidad Nacional de San Martín

En agosto de 1965 el semanario *Confirmado* informaba sobre una reunión llevada a cabo en el edificio del Seminario Metropolitano de Villa Devoto de la que habían participado más de setenta dirigentes, con el fin de unificar las diversas corrientes de la “izquierda cristiana”. En la misma se afirmó que el proceso histórico llevaba al “derrumbe del capitalismo”, y que el peronismo entraría, en breve, en un proceso de disgregación, dada la falta de una “doctrina coherente y científica que le permita sobrevivir”. Más allá de su capacidad predictiva, la reunión había sido coordinada por tres figuras identificadas con el progresismo católico: el jesuita Alberto Silly, el filósofo Conrado Eggers Lan –recreador local del diálogo entre católicos y marxistas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA– y Oscar Tiseyra, un militante de la Liga Humanista Universitaria que había publicado, un año antes, *Cuba marxista: vista por un católico*, reflejo de su viaje por la isla junto al sacerdote Héctor Ferreirós.¹ En el año en que terminaba el Concilio Vaticano II (1962-1965), las relaciones entre el discurso religioso y las prácticas políticas parecían desacoplarse de sus tradicionales afinidades electivas. Si hasta

fin de los cincuenta “lo católico” estaba asociado casi naturalmente al conservadurismo y se ubicaba a la derecha del espectro ideológico, los contertulios de Villa Devoto habían impresionado al articulista de *Confirmado*, quien sostenía que “la izquierda cristiana sigue avanzando en todos los medios intelectualizados y al nivel de los jóvenes sacerdotes” y la Compañía de Jesús “por supuesto, parece ser su aliado más importante”.²

Este ensayo explora la pertinencia de la categoría “izquierda cristiana”, un intento de atrapar en una red conceptual un conjunto de iniciativas políticas, movimientos sociales y discursos teológicos. E indaga las vías que la conectan con el proceso de secularización. Propone, a tal fin, el análisis de las condiciones que hicieron posible la partición del campo católico en “izquierda” y “derecha”, para lo cual la exposición se ha dividido en tres apartados. El primero subraya la heterogeneidad del catolicismo y las características de sus divisiones; el segundo retoma el debate sobre la pertinencia de las coordenadas derecha/izquierda; y en el último se analiza la relación entre secularización y surgimiento de

¹ Oscar Tiseyra, *Cuba marxista: vista por un católico*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.

² “Jesuitas. La izquierda católica entra en escena”, *Confirmado*, nº 14, 6 de agosto de 1965, p. 11.

una izquierda cristiana en la Argentina de la segunda posguerra.

Las formas de la diversidad

Las divisiones religiosas del siglo xx ponen en entredicho la pretendida homogeneidad del catolicismo argentino. No se trata solo de la obvia heterogeneidad de un movimiento que abarca diversas clases sociales, una extensa distribución geográfica, niveles jerárquicos internos y una clara segmentación por género. Se trata, sobre todo, de la pulsión de la jerarquía eclesiástica por reducir a sus fieles a la unidad, por convertir al catolicismo en una cultura. Desde fines del siglo xix, cuando se consolidaron los estados modernos, el régimen de la *cristiandad* desapareció como ordenamiento político institucional. Sobrevivió, sin embargo, como horizonte de expectativas. La crisis abierta por la Primera Guerra Mundial, que puso en duda muchos de los pilares del liberalismo, les dio una nueva oportunidad a estos sueños restauradores. O al menos le devolvió a la jerarquía eclesiástica la expectativa de construir una muralla de organizaciones que contuviera, aislara, socializara y reprodujera a los laicos. Esas organizaciones debían impermeabilizarse de los contactos con la modernidad liberal y de cualquier contaminación con la política de partidos. Soñada como un brazo obediente de la jerarquía, la Acción Católica y todas las formaciones análogas que agrupaban a los laicos y contaban con el aval de los obispos, debían colaborar con la restauración de la sociedad cristiana.

En la Argentina, la cultura católica se expandió en forma vigorosa a partir de 1920. Los intelectuales confesionales se organizaron en los Cursos de Cultura Católica (ccc), de los que se desprendieron iniciativas como la revista *Criterio*, se vincularon con las vanguardias estéticas e incorporaron el catolicismo argentino al circuito de la cultura católica in-

ternacional.³ Fracasó, sin embargo, el sueño de la jerarquía de mantener a los católicos por encima de las divisiones de la Argentina liberal. Por un lado, la militancia de Acción Católica y las principales figuras intelectuales estrecharon vínculos con el nacionalismo de derecha, en ascenso en los años de 1930 a 1940. Esta superposición de militancias ya había sido un problema en el viejo continente, cuando en 1926 el Vaticano condenó a la *Acción Francesa*, dirigida por Charles Maurras. Si bien la jerarquía protegió y alentó al nacionalismo argentino, también fijó límites para evitar la “contaminación” de las organizaciones del laicado. En ese sentido, pueden citarse numerosos ejemplos que ponen en evidencia las tensiones entre los pastores y su rebaño: el conflicto en el primer consejo de redacción de *Criterio* con su censor, el padre Zacarías de Vizcarra; los conflictos entre los ccc y la jerarquía durante toda la década de 1930 hasta su intervención en 1939; la expulsión de Leonardo Castellani de la Compañía de Jesús, después de que se presentara como candidato por la Alianza Libertadora Nacionalista. La Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial y el peronismo generaron otra participación, con el surgimiento de un segmento de católicos antifascistas que exhibía cómo la política facciosa se introducía con éxito en la ciudadela católica y le imponía sus clivajes.⁴ El humanismo cristiano – vinculado a las figuras de Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y el padre Louis-Joseph Lebret– le dio forma a esta división interna, que se fue consolidando a lo largo de la década de 1950. El Con-

³ José Zanca, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 16, 2012, pp. 199-202; Miranda Lida y Mariano Fabris (eds.), *La revista Criterio y el siglo xx argentino. Religión, cultura y política*, Buenos Aires, Prohistoria Ediciones, 2019.

⁴ José Zanca, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2013.

cilio Vaticano II (1962-1965) hizo públicas estas diferencias. Entre los católicos de América Latina el evento se superpuso a la Revolución Cubana y a una nueva percepción de la secularización, compañera “necesaria” de la modernización y los sueños de desarrollo de los años sesenta.⁵

Esta breve exposición nos permite apreciar dos fenómenos: por un lado, la politización de los conflictos del catolicismo; por el otro, la búsqueda de discursos religiosos para legitimar las divisiones políticas. En el primer caso, la fragmentación del campo católico fue evidente a partir de los años cuarenta. *Criterio*, que se presentaba como una tribuna de debate en la que, en teoría, podía participar todo el catolicismo, dejó de serlo, a pesar de los denodados esfuerzos de su director, Gustavo Franceschi, por contener en su seno a nacionalistas y demócratas cristianos. Surgieron entonces *Orden Cristiano*, *Estrada*, *Relación*, *Edición* y los libros de la colección *Nueva Cristiandad*, de la colección *Cuadernos Heroica* y de la *Editorial Difusión* de los hermanos Luchía Puig. Iniciativas vinculadas al humanismo cristiano, que comenzaba a circular con vigor entre Europa y América Latina. La división se estabilizó y consolidó. Y en el período anterior al Concilio fue inculcable el enfrentamiento interno.

El segundo fenómeno implica una historia de la *simbolización religiosa*. Construir una teología que, en contextos determinados, sirviera para fundamentar las divisiones ideológico-políticas. Se dibujaron dos polos, opuestos y alternativos, que estuvieron disponibles a partir de la segunda mitad del siglo xx, y

que los intelectuales católicos utilizaron para simbolizar sus diferencias internas. Por un lado, una teología *escatológica*, por el otro, una teología de la *encarnación*. La primera se fundamentaba en un rechazo al mundo, gobernado por el eterno adversario, Satán. Lejos de acomodarse a la vida terrenal, rechazaba con énfasis la modernidad. La frase “Mi reino no es de este mundo” implicaba un compás de espera nutrido con una alta dosis de pesimismo antropológico. Sin la gracia divina, el hombre apenas se destacaba entre las bestias. La historia humana no era el escenario en el que se desplegaba la verdad. Por el contrario, la tradición escatológica se identificaba con la partición clásica, en la que el clivaje eterno/temporal dividía lo puro de lo corrupto. La teología de la *encarnación*, por el contrario, presentaba la acción profana como una útil y necesaria colaboración humana en la construcción del Reino. Implicaba una antropología optimista, es decir, la posibilidad del progreso humano. Entre sus fuentes se destacaba el humanismo semita, que reconocía a la historia como un terreno en el que se desplegaba la vida de los hombres. Lo subrayaba el sacerdote y sociólogo santafesino Aldo Büntig, un “cristiano auténtico” no podía permanecer insensible ante los problemas urgentes: el hambre, el analfabetismo, la miseria. “Dios no creó al mundo como una cosa totalmente terminada, sino para que fuese su colaborador, en el sentido de continuar la obra creadora.”⁶ Estas dos teologías –simbolizadas en Dios y Cristo, teocentrismo o cristocentrismo– fueron ejes de polémicas en la segunda mitad del siglo, y más allá de los debates eruditos en las revistas especializadas, esta división estaba presente en las publicaciones de carácter político y militante, así como en la

⁵ Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Sáenz Peña, Eduntref, 2013; Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo xix y el xx*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2015.

⁶ Aldo J. Büntig y Carlos A. Bertone, *Hechos, doctrinas sociales y liberación*, Buenos Aires, Editorial Guadalupe, 1971, p. 16.

estética de los años cincuenta y sesenta, basada en la idea de un Jesús histórico, comprometido, encarnado, rebelde e, incluso, armado con un fusil en su versión tercermundista.⁷

Integralismo e intransigencia

El haber reconocido que el catolicismo es un fenómeno heterogéneo no resuelve, sin embargo, el problema de la pertinencia de las categorías “izquierda y derecha”. En la década de 1950, la partición del campo católico se hizo pública y, entre Europa y América Latina, comenzó a circular la figura del “católico progresista” –en oposición al “integrista”– y el *chrétien de gauche*.⁸ A fines de los setenta, el sociólogo francés Émile Poulat impugnó el uso de estas categorías dado que, desde su perspectiva, derecha e izquierda eran coordenadas de la modernidad liberal y por ende, una clasificación totalmente extranjera al mundo católico. Era una división inoperante porque no representaba clivajes autóctonos. En el subsuelo de esas aparentes divisiones, Poulat auscultaba una matriz persistente e inmarcesible: el *integralismo*.⁹ Este poseía cuatro características: era *integral* (rechazaba la división liberal, sacro/profano), *romano* (por su dependencia jerárquica), *intransigente* (por su rechazo incondicional a la modernidad) y *social*

(por su mirada crítica al capitalismo, al individualismo y a las leyes del mercado). El catolicismo era percibido como una cultura total, irreductible a una mera religión y refractario a la división propia de la modernidad liberal, entre privado y público. La *matriz integralista* se convirtió en una verdadera hermenéutica para interpretar el pensamiento católico, generando una renovada perspectiva para el abordaje de procesos históricos. En la Argentina de los años setenta era posible detectar el susttrato integralista tanto en las prácticas políticas de los grupos revolucionarios –surgidos, en muchos casos, en el seno de la sociabilidad religiosa–, como en las fuerzas represivas, asesoradas y reconfortadas por sacerdotes y teólogos que justificaron sus acciones en el marco de una espiritualidad de “cruzados”, en la que sus crímenes se explicaban como parte de una guerra espiritual total entre las fuerzas del bien y del mal.¹⁰

La hipótesis de Poulat, que subsumía el cambio aparente a la vigencia matricial del integralismo, fue debatida desde distintas perspectivas. Los historiadores llamaron la atención sobre los profundos procesos de cambio que vivieron las iglesias de Europa y América Latina, que difícilmente podían reducirse a variaciones de una misma melodía religiosa.¹¹ El politólogo Jean Marie Donegani, por su parte, sostuvo que si bien el Concilio Vaticano no había cambiado el anhelo *integral* del catolicismo –su deseo de romper

⁷ Véase el trabajo de Jean Lapouze, sobre el uso de términos en función de la ubicación en el espectro ideológico, en Jean Lapouze, “Dieu - à droite ou à gauche?”, *Canadian Journal of Political Science / Revue canadienne de science politique*, vol. 3, n° 2, 1970, pp. 257-274.

⁸ René Rémond, “Droite et gauche dans le catholicisme français contemporain”, *Revue française de science politique*, vol. 8, n° 3, 1958, pp. 529-544. Sobre la “excepcionalidad” del caso francés y la pertinencia del concepto de izquierda cristiana en Europa, véase Gerd-Rainer Horn y Emmanuel Gerard, *Left Catholicism 1943-1955: Catholics and Society in Western Europe at the Point of Liberation*, Lovaina, Leuven University Press, 2001.

⁹ Émile Poulat, *Une église ébranlée: changement, conflit et continuité de Pie XII à Jean-Paul II*, París, Casterman, 1980.

¹⁰ Fortunato Malimacci, “Les Courants au sein du catholicisme argentin: continuités et ruptures”, *Archives de sciences sociales des religions*, vol. 40, n° 91, 1995, pp. 113-136; Luis Miguel Donatello, *Catolicismo y montoneros: religión, política y desencanto*, Buenos Aires, Manantial, 2010; Humberto Horacio Cucchetti, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo: peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.

¹¹ François-André Isambert, “Du Syllabus à Vatican II, ou les avatars de l'intransigeantisme. À propos de deux ouvrages d'Émile Poulat”, *Revue française de sociologie*, vol. 19, n° 4, 1978, pp. 603-612.

la segmentación sacro/profano de la modernidad liberal—, sí había limitado su *intransigencia*, abriendo canales para negociar la noción de verdad con el objeto de hacerla compatible con la libertad del liberalismo. En definitiva, sostiene Donegani, excluir al catolicismo de las categorías derecha/izquierda por ser coordenadas de la modernidad liberal ocultaba que el concepto de *integralismo* también era nativo, pero de los sectores intransigentes del catolicismo que creían que la cultura católica debía ser impermeable a las influencias o intercambios con el exterior.¹²

A los efectos de la exploración histórica se impone una síntesis. Por un lado, Poulat deconstruye el secularismo. Política y religión, que aparecen como dos dominios separados y de lógicas internas incompatibles, en realidad funcionan como dos sistemas de simbolización.¹³ Dos sistemas culturales, dos textos a los que los sujetos recurren para explicar el mundo en un proceso de bricolaje en donde se une, se separa y se superpone. Por su parte, Donegani provee evidencia sobre la transigencia y la permeabilidad —y los debates que estas actitudes generaron— en el seno del catolicismo, en especial en la segunda mitad del siglo XX, cuando la secularización y los efectos del Concilio Vaticano II se expandieron por América Latina. En fin, estamos frente a una tensión entre las definiciones atentas a las perspectivas de los actores y las clasificaciones analíticas que intentan sobrevolar los supuestos de los protagonistas. El trabajo historiográfico deberá ponderar y poner a prueba, en cada caso, las posibles síntesis de esta disyuntiva.

¹² Jean-Marie Donegani, *La liberté de choisir: pluralisme religieux et pluralisme politique dans le catholicisme français contemporain*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1993.

¹³ Preferimos intercambiar el término *liberal*, utilizado por Poulat y Donegani, por *secularismo*, que define con más precisión una toma de posición frente a la religión en la sociedad moderna.

Secularización interna y redefinición de la autoridad

El proceso de secularización es un fenómeno multidimensional, multi-escalar y de una impactante diversidad geográfica. Por esa heterogeneidad toda una literatura sobre el tema ha solicitado eliminar el término, para evitar malentendidos.¹⁴ Sin embargo, es posible seguir utilizándolo para explicar el cambio religioso si en lugar de asociarlo con la *desaparición de lo religioso* se lo utiliza como sinónimo de *reconfiguración de la autoridad religiosa*. Si, como dijimos al principio, uno de los objetivos de la jerarquía católica fue *gobernar* a partir de *homogeneizar*, la transformación de la autoridad religiosa fue tanto síntoma como consecuencia de la pluralización del campo confesional. Este declive, en el caso argentino, es sintomático desde los años cincuenta. Los primeros atisbos de conflicto se produjeron antes de la Segunda Guerra Mundial y luego con el peronismo. La crisis de 1954-1955 situó la distancia entre la jerarquía eclesiástica —que intentaba, denodadamente, aplacar el conflicto con el gobierno— y los laicos, de las más variadas posturas ideológicas, que se organizaron para colaborar con la campaña de panfletos y con el derrocamiento de Perón. Publicaciones que hasta ese momento habían sido una correa de transmisión de las ideas de la jerarquía, como *Criterio*, se convirtieron en el terreno de ásperos debates, reflejando las divisiones del campo confesional. Surgieron otras publicaciones y grupos, representativos de los distintos segmentos en los que se iba fragmentando una verdadera opinión pública cristiana: la revista *Comunidad*, de la izquierda progre-

¹⁴ Una síntesis de los debates contemporáneos sobre el tema en Diego Mauro e Ignacio Martínez, *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 2016.

sista del Partido Demócrata Cristiano, la *Liga Humanista universitaria*; las revistas *Tierra Nueva*, *Cristianismo y Revolución*, *Cristianismo y Sociedad*, *Cuadernos Humanistas*, *Nuevo Mundo*, *Latinoamérica*, por señalar solo aquellas vinculadas a la izquierda. En algunos casos se trataba de iniciativas efímeras, de personajes que se repetían, pasando de un *staff* a otro. Teólogos católicos se superponían con protestantes, y la religión se anudaba, en forma natural, con las derivas de la política revolucionaria latinoamericana.¹⁵ Algo similar a lo que sucedía en el resto de la cultura de izquierda, con la que los cristianos abrían cada vez más vasos comunicantes. Esta pluralización del campo estuvo acompañada de su permeabilidad. El comunismo –la gran amenaza– comenzó a ser auscultado por intelectuales franceses y belgas, que encontraron en América Latina un espacio privilegiado para difundir sus ideas sobre la reforma social y la necesidad de reencontrar al catolicismo con la clase obrera. François Houtart, Louis-Joseph Lebret, Jean-Yves Calvez recorrieron Sudamérica traduciendo sus obras, dictando cursos, generando una nueva teología del Tercer Mundo. Esa permeabilidad con la modernidad –acompañada por la difusión de las ciencias sociales en las universidades confesionales y la renovación de la teología en seminarios y facultades tanto católicas como protestantes– permitió la aparición de una izquierda cristiana. Producto de una larga tradición de

reformismo social católico, pero con un acento anti-capitalista proveniente de la tradición cultural francesa, se combinó con una valoración positiva de la secularización por parte de los sociólogos católicos de la década de 1960. El hombre contemporáneo podría ir más allá de la religión fosilizada y ritual.¹⁶ Opuestos a los sacramentos, sacerdotes y laicos tercermundistas fueron piezas clave para pensar el surgimiento de la nueva izquierda. Utilizaron, en forma alternativa, a Marx y a Teilhard de Chardin, al Che Guevara y a Camilo Torres, a Oscar Cullmann y a Harvey Cox. Carlos Mugica reivindicaba a quienes “desmitologizaban” el cristianismo, a los “profetas de nuestro tiempo”: Hélder Cámara, Martin Luther King y Camilo Torres. “Estoy seguro” –sostenía– “de que el cristianismo de estos hombres habría modificado la valoración que Marx y Lenin hicieron de la religión. Para ellos, la fe en Cristo no sólo [no] es el opio de los pueblos, sino el impulso más profundo de su compromiso revolucionario”.¹⁷ En otro registro, el sacerdote y cantante Alejandro Mayol sostuvo en una popular cumbia que “el pelado Lenin no estaba errado” y que el de la cristiandad era un “Dios prefabricado”.¹⁸ En síntesis, la jerarquía que había abrazado al nacionalismo de derecha en los años treinta vio surgir bajo sus pies un cristianismo autónomo, anticlerical (en muchos casos), cristocéntrico, que reivindicaba la secularización social y desafiaba a la autoridad del Estado y de la misma iglesia.

¹⁵ Sobre algunas de estas publicaciones, véase Gustavo Morello, *Cristianismo y revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003; Daniela Slipak, *Las revistas montoneras: cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, Esteban Campos, *Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2016; José Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, FCE, 2006, y *Los humanistas universitarios: historia y memoria (1950-1966)*, Buenos Aires, EUDEBA, 2018.

¹⁶ Michael Löwy, “El cristianismo de la liberación y la izquierda en Brasil”, *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico-sociales*, n° 24, 2009, pp. 456-476.

¹⁷ Carlos Mugica, *Peronismo y cristianismo*, Buenos Aires, Editorial Merlin, 1973. Artículo publicado originalmente en *Cuadernos Panorama*, N° 8, 21 de julio de 1970. *Colección Meisegeier - Archivo Carlos Mugica*, UNC, FOLIO CMI 3 (7).

¹⁸ “A Dios rogando y con la guitarra cumbiando”, *Confirmado*, n° 7, 18 de junio de 1965, p. 46.

La idea de una “izquierda cristiana” parece ocluida por la historia del catolicismo de los años ochenta, en especial por la reconstrucción de la autoridad que desplegó el papa Juan Pablo II (1978-2005). Sin embargo, tal vez se pierda de vista que a partir de las teologías contestatarias y los movimientos tercermundistas el ejercicio de la hegemonía en la iglesia sufrió una fuerte reconfiguración. Su capacidad de mantener unido al conjunto de fieles a través de la ideología tuvo que redefinir sus bases y aceptar importantes transacciones con los diversos catolicismos latinoamericanos. Los cambios en el concepto de sacerdocio, pecado, autoridad religiosa, sacramentos, entre otros, mudaron la forma y los alcances en los que se podía ejercer el poder dentro de la iglesia. Más allá del uso de la coerción y el disciplinamiento, la resolución de la crisis de hegemonía abierta en los años de 1960 solo parece haber sido postergada por Karol Wojtyła.

Palabras finales

La pertinencia de la categoría “izquierda cristiana” nos interroga sobre el uso de dicotomías ideológicas en campos no estrictamente políticos. Su uso resulta productivo, al menos, por dos razones. Por un lado –sin rechazar una necesaria especialización historiográfica–, permite la convergencia de estudios sobre el catolicismo con la historia intelectual y política, al analizar los movimientos, publicaciones y órdenes religiosas con categorías análogas a las que se recurre para pensar a otros grupos políticos de izquierda y de derecha. Por otro lado, habilita la perspectiva de lo religioso como una forma de simbolización de lo político, donde las diferencias ideológicas se *teologizan*. Tomando distancia de las metanarrativas ilustradas, la presencia de lo religioso en lo político es una invitación a la deconstrucción de la esfera pública que, como

señala el antropólogo Manuel Delgado, es un espacio imaginado como “aula y laboratorio”, donde se reproduce una ideología de la neutralidad que en el fondo enmascara relaciones sociales y marcas identitarias.¹⁹

Sin negar la permanente flotación semántica del término “izquierda”, la tensión entre categorías nativas y analíticas podría resolverse –al menos en este caso– a partir de una perspectiva histórica: sobre un fondo común, una cultura católica con una gramática de larga duración, en los años de 1960 se abrió a varias “teologías de izquierda”. Desde el fin de la Segunda Guerra la heterogeneidad del catolicismo se hizo cada vez más aguda, y se debilitó la capacidad hegemónica de la jerarquía eclesiástica. La secularización interna del catolicismo habilitó la emergencia de una cultura cristiana de izquierda que desplegó una serie de oposiciones internas, una espiritualidad propia –es decir, un particular tipo de relación con los bienes de salvación–, y un conjunto de teologías que mantuvieron diversas y variadas relaciones con corrientes ideológicas y políticas vinculadas a la tradición contestataria, igualitarista y nacional-popular argentina. □

Bibliografía citada

- Büntig, Aldo y Carlos A. Bertone, *Hechos, doctrinas sociales y liberación*, Buenos Aires, Editorial Guadalupe, 1971.
- Campos, Esteban, *Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Cucchetti, Humberto Horacio, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo: peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.
- Delgado, Manuel, *El espacio público como ideología*, Madrid, Libros de la Catarata, 2015.

¹⁹ Manuel Delgado, *El espacio público como ideología*, Madrid, Libros de la Catarata, 2015.

Donatello, Luis Miguel, *Catolicismo y montoneros: religión, política y desencanto*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

Donegani, Jean-Marie, *La liberté de choisir: pluralisme religieux et pluralisme politique dans le catholicisme français contemporain*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1993.

Horn, Gerd-Rainer y Emmanuel Gerard, *Left Catholicism 1943-1955: Catholics and Society in Western Europe at the Point of Liberation*, Lovaina, Leuven University Press, 2001.

Isambert, François-André, “Du Syllabus à Vatican II, ou les avatars de l’intransigentismo. À propos de deux ouvrages d’Émile Poulat”, *Revue française de sociologie*, vol. 19, n° 4, 1978, pp. 603-612.

Laponce, Jean, “Dieu - à droite ou à gauche ?”, *Canadian Journal of Political Science / Revue canadienne de science politique*, vol. 3, n° 2, 1970, pp. 257-274.

Lida, Miranda y Mariano Fabris (eds.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino. Religión, cultura y política*, Buenos Aires, Prohistoria Ediciones, 2019.

Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Löwy, Michael, “El cristianismo de la liberación y la izquierda en Brasil”, *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, n° 24, 2009, pp. 456-476.

Mallimaci, Fortunato, “Les Courants au sein du catholicisme argentin: continuités et ruptures”, *Archives de sciences sociales des religions*, vol. 40, n° 91, 1995, pp. 113-136.

Mauro, Diego e Ignacio Martínez, *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 2016.

Morello, Gustavo, *Cristianismo y revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003.

Poulat, Émile, *Une église ébranlée: changement, conflit et continuité de Pie XII à Jean-Paul II*, París, Casterman, 1980.

Rémond, René, “Droite et gauche dans le catholicisme français contemporain”, *Revue française de science politique*, vol. 8, n° 3, 1958, pp. 529-544.

Slipak, Daniela, *Las revistas montoneras: cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Tiseyra, Oscar, *Cuba marxista: vista por un católico*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.

Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

—, *Perón y el mito de la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Sáenz Peña, Eduntref, 2013.

Zanca José, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, FCE, 2006.

—, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 16, 2012.

—, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

—, *Los humanistas universitarios: historia y memoria (1950-1966)*, Buenos Aires, EUDEBA, 2018.

Resumen / Abstract

Apuntes sobre la izquierda cristiana y la secularización en la Argentina

Este ensayo explora la pertinencia de la categoría “izquierda” para identificar un conjunto de iniciativas políticas, movimientos sociales y discursos teológicos propios del cristianismo de las décadas de 1960 y 1970. Al mismo tiempo, indaga las vías que conectan el surgimiento de una izquierda cristiana con el proceso de secularización, en especial con la denominada “secularización interna” del catolicismo. El trabajo propone un recorrido por los debates en torno a la pertinencia de la diáda en el catolicismo, justificando su uso por dos motivos. Por un lado, porque permite la confluencia de estudios sobre el

Notes on the Christian Left and secularization in Argentina

This essay explores the relevance of the category “left” to identify a set of political initiatives, social movements, and theological discourses typical of Christianity in the 1960s and 1970s. At the same time, it investigates the pathways that connect the emergence of a Christian left with the process of secularization, especially with the so-called “internal secularization” of Catholicism. The work proposes a tour of the debates around the relevance of the dyad in Catholicism, justifying its use for two reasons. On the one hand, because it allows the confluence of studies on Catholicism with the rest of intellectual

catolicismo con el resto de la historia intelectual y política, analizando movimientos, publicaciones y órdenes religiosas con categorías similares a las utilizadas para pensar a otros grupos políticos de izquierda y de derecha. Por otro lado, porque lo religioso puede ser entendido como una forma de simbolización de lo político, donde las diferencias ideológicas se *teologizan*.

Palabras clave: Secularización - Catolicismo - Teología - Izquierda política

and political history, analyzing movements, publications and religious orders with categories similar to those used to think of other political groups of left and right. On the other hand, because the religious can be understood as a form of symbolization of the political, where ideological differences are theologized.

Key words: Secularization - Catholicism - Theology - Left-wing politics

Notas para una historia de la izquierda

Roberto Pittaluga

Universidad Nacional de La Pampa / Universidad Nacional de La Plata / Universidad de Buenos Aires

1 Bien podría decirse que en la tarea de escribir una “historia de la izquierda” ambos términos se enlazan críticamente: lo histórico sirve para desmontar la aparente unicidad de sentido y experiencia de la izquierda, a la par que dicha experiencia política ejerce su sospecha sobre una historiografía que, generalmente, la ha relegado o no ha estado a la altura de su gesta incluso cuando la hizo objeto central de su trama.

Precisamente, al historizar la izquierda, las versiones de lo que se ha puesto bajo ese nombre presentan un panorama tan diverso que parece dudosa su pertenencia a una misma familia política o su coherencia como categoría general de una orientación política. Una situación que se ha expuesto en los debates en torno a la conveniencia de tal denominación, sobre todo en las últimas décadas, luego de los giros neoliberales de la socialdemocracia y de la implosión de los socialismos reales. Y es que no hay más que observar las numerosas intervenciones y disensos que siguieron a la publicación del libro de Norberto Bobbio, *Derecha e Izquierda*, para darse cuenta de la *relatividad* que acompaña cualquier definición de ese término, izquierda. Como si no fuera posible aprehenderlo y fijarlo, darle algún significado definitivo. Probablemente esa imposibilidad de fijación resida en el ensamble de algunos de sus atributos, aquellos que nos per-

miten acercarnos, si no a una definición, al menos a la comprensión general de los significados que moviliza ese nombre. Quisiera presentar aquí algunas reflexiones preliminares y fragmentarias en torno a aspectos o características que generalmente forman parte de la izquierda: un componente *relacional*, otro *posicional* y, en muchos casos, tal vez la mayoría, un componente *identitario* (asociado a formas de institucionalización).

2 En su origen político,¹ la noción de “izquierda” se configuró en clave *relacional*, al tiempo que promovía una imaginación espacial de la política que aún perdura –como pertenencias a determinados “espacios políticos”–.² La metáfora espacial no se limitó,

¹ Aunque la cuestión no parece estar saldada en la historiografía, la distinción izquierda y derecha como categorías de orientaciones políticas remite a la Asamblea Nacional Constituyente en la Francia de 1789 o 1790, y se difunde por Europa acompañando el proceso revolucionario. Sin embargo, es recién en la segunda mitad del siglo XIX cuando su uso se tornó más consistente como designación de las formulaciones ideológicas y las prácticas políticas de la clase obrera y de distintos movimientos de impugnación del orden social. A su vez, su difusión no alcanzó el mismo grado de adhesión en las distintas regiones del viejo continente.

² Además del uso corriente, existen elaboraciones conceptuales de la política moderna en términos de espacio.

como suele decirse, al recinto parlamentario. Se espacializó también en la convergencia o confrontación entre la representación –ese espacio del Parlamento que Tocqueville llamaba a defender frente a la *journée* proletaria aquel 15 de mayo de 1848 porque de ello dependía la suerte de las clases burguesas y aristocráticas– y la democracia, esa *aparición* del *demos* en la calle o la barricada –presencia popular que, al decir de François Furet,³ desempeña una función “diferenciadora” en el interior de la representación parlamentaria en la Francia revolucionaria, sobre todo después de esa formidable movilización de las mujeres parisinas a Versalles en octubre de 1789–;⁴ desde entonces, cada *journée* provocará un desplazamiento en el espectro de la representación, realineando en su seno la izquierda y la derecha.

Así, el componente relacional de la izquierda, si se figura por medio de la ubicación de una partición en el espacio de la representación parlamentaria, también expresa una experiencia política excedente respecto de dicho régimen, la cual modifica no solo la distribución de roles y posiciones sino las ideas mismas y la lógica que sustentan la disposición del orden político. La carga de sentido político de las referencias espaciales en el ámbito de la representación –el eje horizontal, lo llama Bobbio– se correlaciona con la irrupción democrática en la calle –el eje vertical

entre gobernantes y gobernados, añade el italiano–, aunque esta última es más bien un tipo de intervención paradójica, como apuntó Jacques Rancière, que al mismo tiempo que transforma el espacio de la circulación callejera en espacio de manifestación configura un sujeto que es a la vez gobernante y gobernado.

3 Resulta insuficiente limitar la dimensión relacional de la izquierda al ámbito de la representación parlamentaria y de los partidos. Porque las significaciones políticas de las referencias espaciales de la representación están, en principio, vinculadas a la emergencia de una nueva *posición* política que es exterior a ella. La dimensión *posicional* de la izquierda –también originaria– expresa una experiencia política que se nutre de la moderna emancipación de los sujetos de sus roles y lugares sociales prefijados; en particular, de aquella versión de la modernidad que se afirmaba en la potencia propia del mundo común e igualitario. Prefiero denominar como *posicional* esta dimensión de la izquierda para dar cuenta de sus orígenes emancipatorios, pues si atendemos a su etimología, el acto de emancipación implica “liberar algo o a alguien de una *autoridad* ella misma ligada a un derecho de *propiedad*”, es decir, se trata de una acción por la cual el sujeto se desprende de la mano de quien lo aferra como posesión para dirigirse a una zona franca, de libertad, en la que ya no será poseído por nadie.⁵ La emancipación consiste, entonces, en un gesto de desplazamiento, de movimiento hacia una zona que se crea como libre, de abandono de la posición de sujeción originando un nuevo ordenamiento de las *posiciones* como también de las lógicas, los saberes y las percepciones del orden y la autoridad.

⁵ Georges Didi-Huberman, *Remontajes del tiempo padecido. El ojo de la historia*, 2, Buenos Aires, Biblos, 2015, pp. 124-126.

Véase Roberto D’Alimonte, “Espacio político”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (dirs.), *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, 1991, pp. 530-533.

³ François Furet [1969], “La Francia revolucionaria (1787-1791)”, en Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Colección Historia Universal Siglo XXI, vol. 26, México, Siglo XXI, 1976, p. 33.

⁴ Formidable por el protagonismo femenino –en los grabados populares de la época, que las muestran armadas, a caballo y arrastrando los cañones, puede leerse “Avantgarde des femmes”, toda una definición política– pero también notable porque la intervención de la multitud produce en la misma acción una convergencia y una confrontación con la Asamblea.

Como las mujeres emancipadas del siglo XVII, llamadas así despectivamente porque se habían sustraído a los mandatos sociales y eran autónomas y autosuficientes; como cuando los trabajadores, en las empresas recuperadas, asumen la organización de la producción y transforman ese espacio antes privado en uno de deliberación pública.

El aspecto posicional refiere a una subjetivación política que reconfigura tanto el orden –con sus lugares atribuidos para el ejercicio de la autoridad– como la racionalidad y la sensibilidad en las que se funda –y sus asociadas figuras de subjetividad–. Subjetivación que se manifiesta en acciones que dicen y en palabras que hacen; las denominadas “batallas simbólicas” en las revoluciones o en las revueltas emancipatorias no constituyen un elemento añadido sino que son inescindibles de esa misma politización. Apuntemos desde ahora que este elemento de “toma de la palabra” –como gustaba llamarlo José Sazbón– resulta decisivo para la tarea historiográfica.

Las acciones de emancipación son también actos rememorativos, que recuperan tentativas pasadas, casi olvidadas. En el nombre “izquierda” paulatinamente se afirma un linaje histórico constituido por las referencias y el rescate de todos los actos emancipatorios preteritos, pues el elemento posicional que caracteriza a la izquierda perdura en ella como marca originaria –en el sentido benjaminiano del origen–, de modo que la memoria de cada conato emancipatorio se actualiza en el que tenga lugar en un presente cualquiera. La izquierda, en cuanto posición, es también esa memoria de las emancipaciones pasadas. Los ejemplos son innumerables; mencionemos uno de estas latitudes, el de un Elías Castelnuovo que en un poema de 1919 vislumbra en la gesta revolucionaria en Rusia “los puños de Espartaco”.⁶

4 La multiplicidad de nombres que surgen con las experiencias de agencialidad política de los subalternos sugiere, por un lado, que el campo de lo que va reuniéndose bajo el genérico “izquierda” se caracteriza por la pluralidad. Y que incluso ese genérico, por estar internamente pluralizado, requiere de otras clasificaciones según los criterios relacionales y posicionales mencionados: como cuando se dice de un grupo o formación, o de las facciones o incluso de un argumento, que es de extrema izquierda, o izquierda moderada, reformista o revolucionaria, centro-izquierda, nueva izquierda, izquierda política o social, etcétera.

Si bien, como decía, en el concepto “izquierda” se reúnen experiencias y emergencias subjetivas vinculadas a dinámicas de la emancipación, sus derroteros posteriores pueden dar lugar a formaciones políticas en las que predomine el elemento *identitario* cuando cristalizan en institucionalizaciones más o menos estables que transforman un nombre inédito en una identidad. Incluso, esas trayectorias pueden resultar en inflexiones que reviertan las dinámicas emancipatorias aun conservando sus identificaciones relativas al universo simbólico-político de la izquierda. Ello permitía a Isaiah Berlin sostener que la Unión Soviética había usurpado el legado de la izquierda, haciendo estéril dicha categoría.⁷

Es plausible pensar que las derivas identitarias de los distintos nombres de la izquierda indican que las épocas de despolitización imponen a las acciones revolucionarias derrotadas modos de existencia adaptados al orden político hegemónico –de allí la preeminencia de criterios de representación adecuados a las lógicas políticas del Estado y que refuerzan

⁶ Elías Castelnuovo, “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado”, en *La Protesta*, 26 de octubre de 1919, p. 2.

⁷ Norberto Bobbio, *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995, p. 33.

por ello modalidades identitarias de carácter homogeneizante—. La dimensión identitaria se convierte en un dispositivo de homogeneización que abroga la pluralidad cuando la subjetivación política se sustancializa, se convierte en una identificación que ordena (en el doble sentido de mandato y clasificación). Como cuando “proletario” deja de ser un nombre político —como en el autorreconocimiento de Auguste Blanqui ante el juez en 1832— para transformarse en la designación de los asalariados; o cuando “comunismo” deja de ser el nombre del “movimiento real que viene a abolir el estado de cosas” y se convierte en la denominación de una de las fracciones partidarias de izquierda.⁸

De todos modos, se puede decir —con las excepciones que toda generalización conlleva— que las de izquierda han sido identidades blandas, pues aun en las más consistentes de esas formaciones existen tensiones y divisiones por medio de las cuales lo identitario es puesto permanentemente en crisis, como sucedía con el SPD alemán y sus orientaciones centristas, revisionistas, revolucionarias, cada una tratando de establecer las modalidades de acción y los sustentos conceptuales del gran movimiento socialdemócrata, pero, sobre todo, cada una siendo la expresión de formas de subjetividad diferentes y hasta antagonistas. Aun institucionalizaciones más rígidas, con fuerte fidelidad identitaria, como los par-

tidos comunistas, exhiben trayectorias marcadas por rupturas, alejamientos, expulsiones, fracciones.⁹ En la mayoría de los casos, esas disidencias se presentan como momentáneos y pequeños desvíos respecto de las lógicas militantes y las subjetividades partidarias, como actos imperceptibles, no pensados como contrapuntos a las orientaciones de la organización o la corriente a la que se adhiere, como acciones y palabras que no se perciben cuestionando las identidades asumidas. Pero en las épocas de politización, esas tensiones latentes emergen con fuerza, como se observa en los agitados años '60, con la Nueva Izquierda/New Left, que en muchos casos eran inicialmente escisiones de la “izquierda tradicional”. Movimientos que asumen nombres que se ubican en el universo político de la izquierda pero que pretenden diferenciarse de las nominaciones institucionalizadas, y que en no pocos casos producirán el mismo tipo de deriva identitaria y partidaria, soportando a su vez el mismo tipo de disidencias y escisiones. Las identidades en la izquierda parecen estar siempre en tensión, precisamente porque su valor posicional no cede completamente frente a esas dimensiones identitarias.

5 En 1920, Lenin publica *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Casi cinco décadas después, en 1968, los hermanos Cohn-Bendit editan *Le gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme*, invirtiendo paródicamente la carga: la intervención se mantiene en la misma tradición pero produce una diferenciación respecto del devenir del “comunismo”, convertido en “par-

⁸ La problemática de lo identitario ha sido abordada desde disciplinas y marcos teóricos muy variados, como el psicoanálisis, trabajos sobre memoria, la lingüística y el análisis del discurso, las teorías de género, los estudios poscoloniales, por nombrar algunos. Aquí me estoy refiriendo, simplíficadamente, a un tipo de construcción (simbólica, narrativa, etc.) de la subjetividad, que la normaliza en torno a algunos parámetros fijados en el orden de lo evidente (que es también, sabemos, una construcción), parámetros que permiten sostener y fortalecer una institución y a la vez integrarla en el régimen racional y sensible hegemónico; se trata de dispositivos que relegan o subsumen la dinámica performativa de lo identitario.

⁹ Mencionemos como ejemplo el del Partido Comunista de la Argentina, el cual prácticamente no tuvo década en la que no debiera enfrentar disidencias de distinta envergadura. Otro asunto, cualitativamente diferente —que por cuestiones de extensión no podemos tratar aquí— es cuando la izquierda se hace Estado.

tidos comunistas”.¹⁰ El ejemplo sirve para recordar que una historia de la izquierda no es tanto una historia de las identidades políticas de la izquierda, de sus formalizaciones y/o corrientes reunidas bajo una misma denominación, sino la historia de sus diferenciaciones, de los desvíos, de la proliferación de nombres –antiguos y nuevos–. En todo caso, se trata de indagar cómo esas diferenciaciones devinieron, cuando lo hicieron, identidades.

Tanto o más que historia de organizaciones, grupos, personajes o etapas –aunque tampoco puede prescindirse de estos aspectos que explican las perdurabilidades a pesar de las tensiones, conflictos y subjetivaciones–, pienso que la historia de la izquierda es una historia de subjetivaciones políticas, de posiciones emancipatorias, de politizaciones a contrapelo del orden social pero también de muchos aspectos del orden formalizado de la misma izquierda.

Precisamente por esto último, historizar “la izquierda” impone, además, el examen de todas aquellas acciones, subjetivaciones, discursos, experiencias que sin identificarse con los nombres de la izquierda constituyen tentativas de orientación emancipatoria; la investigación histórica de la izquierda es así entendida en sus vínculos íntimos con diversas experiencias históricas, conceptuadas en términos como democracia, revolución, igualdad, libertad, etcétera.

El campo de la izquierda se trama entonces de al menos dos modos. Por un lado, está el mapa de sus particiones identitarias, de sus organizaciones partidarias, de sus formaciones y sus prácticas normalizadas. Por otro lado, su radiografía de posiciones difusas o dispersas, ocultas o latentes, memorias de

acciones emancipatorias pasadas que fundamentan originariamente los nombres y las expectativas de las izquierdas. Tramas no coincidentes que involucran orientaciones y prácticas políticas las más de las veces divergentes, aun antagonistas. La tarea historiográfica se enfrenta así a la problemática constructiva de ambas tramas y de sus relaciones de convergencia o antagonismo, al análisis de los fundamentos de las distintas formaciones y formalizaciones de las corrientes de izquierda frente al examen de las significaciones y las concepciones en torno a prácticas, acciones o a núcleos político-conceptuales que las subvierten y que configuran un campo de polaridades distinto, haciendo inteligible otro “ordenamiento” de “la izquierda”. Se puede mencionar, como uno de los tantos ejemplos, la coexistencia y confrontación, más o menos abierta, de conceptualizaciones y prácticas en torno a la temporalidad histórica –sobre todo en momentos de álgida lucha y conflicto, pero no solo– como elementos configurativos de tramas antagonistas en la izquierda, elementos que constituyen tipos diferentes y divergentes de izquierda.¹¹

6 La historia es una historia de conflictos. Conflictos que involucran –entre otros ámbitos– su escritura, es decir, la historiografía. Sospecha de la izquierda: si la historiografía hegemónica, precisamente por serlo, normaliza la historia desde el punto de vista de los vencedores, ¿cómo se escribe una historia de la izquierda que dé cuenta de los ven-

¹⁰ Vale anotar que *enragés* es uno de los nombres elegidos por este *gauchisme*, lo que revela que las politizaciones siempre implican, como decíamos más arriba, rememoraciones de pasados intentos emancipatorios, que al actualizarse significan y potencian las acciones del presente.

¹¹ Me permito mencionar, para quienes tengan interés, mi investigación de estas dos tramas en la izquierda de la Argentina tal como se expresaron durante la primera posguerra y la década de 1920; Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015.

cidos y por ello de los olvidados? *Silencing the Past. Power and the Production of History* tituló su libro Michel-Rolph Trouillot, obra en la que exhibe, entre otras cosas, cómo puede ser ocultado un fenómeno histórico –la revolución haitiana– incluso cuando se lo nombra. En la tesis XII, Benjamin apuntaba: “El sujeto del conocimiento histórico es, por supuesto, la clase oprimida que lucha”.¹² El sujeto y el conocimiento son parte del conflicto de la historia; la historiografía como práctica está inscrita en y atravesada por la contienda. Para ganar en esa batalla que es la historia se debe también triunfar en la representación de la historia, en su concepción y en su escritura –como también alegoriza el filósofo judeoalemán en la primera tesis–. La conflictividad es inherente al sujeto del conocimiento, a las prácticas del historiador o la historiadora y a la misma arquitectura epistemológica de la historia.

Hace falta, entonces, preguntarnos por aquella historiografía que posibilita explicar y comprender la historia desde la perspectiva de las emancipaciones, logradas y derrotadas, y sobre todo desde estas últimas. Interrogarnos por el conflicto *en* la historia y *en* la historiografía implica examinar y replantear sus métodos, sus archivos, sus modalidades escriturarias, sus instituciones, los procedimientos de la transmisión, aun sus conceptos, muchos de ellos ya naturalizados. Entraña a su vez una crítica sobre los mismos modos de construcción histórica y de interpretación de los restos de las gestas de los oprimidos. Una operación que involucra desplegar una mirada capaz de despojar a la realidad de aquello que tiene de evidente y que está producido como sentido antes de su interpretación, y a la par elaborar un régimen de legibilidad de los res-

tos que haga emerger como sentido aquello que bajo el cielo de la dominación no puede ser dicho sino distorsionadamente. Una historiografía que, a diferencia del tradicional sintagma de “ir al pasado”, reflexione sobre cómo y cuáles pretéritos llegan a nuestro presente,¹³ a través de marcas, indicios, memorias –al modo como Ítalo Calvino pensaba los signos de la historia de Zaira en *Las ciudades invisibles*–. Que trabaje la cita, a través del comentario, como un encuentro con la palabra pretérita, es decir, con el sujeto, dejando trabajar la distancia en el cruce entre un pasado que expone su solicitud al presente por medio de sorprendidos y fulgurantes momentos de atracción empática, y la reflexión crítica que modula las tareas del rescate de lo sido, pero que está atenta a lo que ese pretérito impone como conmoción por su actualidad.¹⁴

7 Atender a esos momentos, instantes relampagueantes, en los que la emancipación se ha manifestado con más o menos intensidad, en esta o aquella dimensión de la vida sociocultural y política –incluso en acontecimientos cotidianos y que aparentan ser nimios– requiere, a diferencia de las versiones hegemónicas en que el pasado se postula como cerrado y terminado, que se conciba un pasado abierto, a partir de un vínculo con el presente por el cual se actualicen los futuros pasados inconclusos, latentes, bloqueados pero no completamente eliminados. Abrir el pasado permite pensar la historia más allá del

¹³ Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.

¹⁴ Un desarrollo más extenso de este y otros puntos en Roberto Pittaluga, “En torno a los sentidos de ‘pasarle a la historia el cepillo a contrapelo’”, en *Actas del III Seminario Internacional Políticas de la memoria*, Buenos Aires, Centro Cultural “Haroldo Conti”, 2010. Disponible en <http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-41/pittaluga_mesa_41.pdf>.

¹² Walter Benjamin [1940], “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile, ARCIS-LOM, 1995, p. 58.

tiempo lineal, homogéneo y vacío que propone y sostiene la modernidad hegemónica, primer paso para una historiografía alternativa. Al rescatar esos pasados olvidados, elididos, se superpone al tiempo lineal de la continuidad, que es el de la historia de los vencedores, otro tiempo, discontinuo, con el que el presente establece vínculos no cronológicos sino rememorativos. La historia se bifurca en múltiples senderos –como en el cuento borgeano–, y aunque la mayoría ha sido truncada, nos permiten pensar la historia en la pluralidad de sus posibilidades subyacentes y atender a sus contingencias abandonando todo teleologismo. Al rescatar esos pasados olvidados que implicaban otra historia posible, el presente que se siente así interpelado pierde también su consistencia temporal homogénea; deja de ser *un* presente para pluralizarse en función de los pasados diferenciales que lo interpelan, deja de ubicarse en la cola de una tradición continuista de una historia necesaria para concebirse como instancia agonística de otra posible bifurcación, es decir, puede pensar su propia contingencia y chance emancipatoria.

Los pasados de las bifurcaciones truncadas son los pasados de los vencidos, con los que el presente, por esta elaboración historiográfica e histórica, pasa entonces a establecer un vínculo en la discontinuidad, enlazando segmentos de historias que no se dejan acumular en ninguna versión continuista. Fórmula paradójica: se necesita una historia que construya la tradición de la discontinuidad. Y no otra cosa puede ser, en mi opinión, una historia de la izquierda.

8 La problemática del tiempo –medular en las luchas por las emancipaciones– sirve también para exponer que esas temporalidades diversas y antagonistas atraviesan la escritura historiográfica, concebida en sentido amplio. No parece posible acometer la tarea

de colaborar en esa escritura, dando cuenta de esa complejidad, si la narrativa historiográfica está ella misma atrapada en una concepción de la temporalidad que es la hegemónica del tiempo lineal y continuo, concepción que hace de todo pasado algo cerrado y muerto. Si una historia de la izquierda es un rescate (en el sentido fuerte del término) de una tradición de luchas, rebeldías e insurgencias, la misma operación historiográfica está marcada por una toma de posición. Una toma de posición que es la que permite inteligibilidades que las tomas de posición hegemónicas en el campo historiográfico y la escritura que allí se practica no posibilitan; toma de posición que, por otra parte, no puede reducirse al punto de vista del historiador o la historiadora en términos individuales, sino que debe ser constituida en la misma “operación historiográfica”. Se requiere pensar una forma de escritura que haga justicia a las formas de la emancipación que se resguardan en el nombre “izquierda”. □

Bibliografía citada

- Benjamin, Walter, “Sobre el concepto de historia” [1940], en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile, ARCIS-LOM, 1995.
- Bobbio, Norberto, *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995.
- D’Alimonte, Roberto, “Espacio político”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (dirs.), *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, 1991.
- Castelnuovo, Elías, “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado”, en *La Protesta*, 26 de octubre de 1919.
- Didi-Huberman, Georges, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.
- , *Remontajes del tiempo padecido. El ojo de la historia. 2*, Buenos Aires, Biblos, 2015.
- Furet, François, “La Francia revolucionaria (1787-1791)” [1969], en Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Colección Historia Universal Siglo XXI, vol. 26, México, Siglo XXI, 1976.

Pittaluga, Roberto, "En torno a los sentidos de 'pasarle a la historia el cepillo a contrapelo'", en *Actas del III Seminario Internacional Políticas de la memoria*, Buenos Aires, Centro Cultural "Haroldo Conti", 2010. Disponible en <http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-41/pittaluga_mesa_41.pdf>.

——, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015.

Trouillot, Michel-Rolph, *Silencing the past. Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995.

Resumen/Abstract

Notas para una historia de la izquierda

Con el objetivo de pensar las historias de las izquierdas, este artículo propone una aproximación a algunos aspectos del término izquierda como concepto político. El autor destaca que tales experiencias, siempre plurales, articulan un componente relacional (vinculado a la escena representativa pero también a la democrática), otro posicional (en tanto expresión de las emancipaciones) y, generalmente, un componente identitario (cristalizaciones en tiempos de despolitización). A su vez, una historia de la izquierda implica una reflexión sobre la propia tarea historiográfica, en la medida en que no puede excluirse de los conflictos históricos que ese concepto nombra.

Palabras clave: Izquierda política - Emancipación - Identidad política - Historiografía

Notes for a history of the Left

With the aim of thinking about the history of the left, this article proposes an approach to some aspects of the term left as a political concept. The author highlights that such experiences, always plural, articulate a relational component (linked to the representative scene but also to the democratic one), a positional one (as an expression of emancipations) and, generally, an identity component (crystallizations in times of depoliticization). In turn, a history of the left implies a reflection on the historiographical task itself, insofar as it cannot be excluded from the historical conflicts that this concept names.

Keywords: Political left - Emancipation - Political identity - Historiography

Lecturas

Sobre Estaciones (Ampersand, 2019), de Carlos Altamirano



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 24 / 2020

Presentación

Adrián Gorelik

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En 2019 Carlos Altamirano cumplió 80 años y publicó el libro *Estaciones*, unas memorias muy especiales, en las que bajo la forma de un *racconto* de sus lecturas nos ofrece una magnífica autobiografía intelectual, que logra combinar la riqueza narrativa del relato memorial con la profundidad interpretativa del ensayo histórico. Referente clave de la historia intelectual en la Argentina y en América Latina, pero más importante aun en el contexto de *Prismas*, inspirador permanente de quienes integramos el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes que él contribuyó a constituir y dotar de sentido, Altamirano nos resolvía, con la publicación tan oportuna de su libro, el serio problema de cómo homenajearlo en su aniversario. Porque así como no habría aceptado fácilmente un agasajo que solo se justificara en el azar de los números redondos o la fatalidad del tiempo transcurrido, organizar la presentación de este libro era completamente imposible sin poner en examen su entera trayectoria, y entonces no tenía más remedio que acceder.

Eso fue lo que hicimos. Para ello, convocamos a tres analistas que conocían muy bien la obra de

Altamirano y podían centrarse en cada una de las “estaciones” más importantes en que organizó su libro. Así, Adriana Petra tomó a su cargo al lector comunista, Gonzalo Aguilar, al introductor de la sociología de la literatura en los hábitos de la crítica literaria, y Fernando Devoto, al historiador intelectual: estaciones consecutivas en el libro y en la trayectoria del autor, que gracias a estas tres lecturas podemos entender en todos los entrelazamientos y continuidades que hacen a la riqueza de nuestro gran intérprete de la vida política e intelectual.

La presentación se tituló “Examen y celebración de la trayectoria de Carlos Altamirano” y se realizó el 13 de noviembre en la Biblioteca Nacional. Tuvo una nutrida asistencia de colegas y amigos de las más diversas procedencias, lo que confirmó que se trataba de un reconocimiento no solo merecido, sino también muy esperado en nuestro medio. Para realizarlo contamos, además de con la colaboración de las autoridades de la Biblioteca, con la co-organización de la Editorial Ampersand. A continuación, las lecturas de Petra, Aguilar y Devoto, a quienes agradecemos muy especialmente. □

El lector militante

Adriana Petra

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

En el verano de 2019, instalada en la escena de los veranos familiares marplatenses, recibí un correo electrónico de Carlos Altamirano con el asunto “Cultura comunista”. Desvié rápidamente el impulso hacia la playa y lo abrí, curiosa. Me enviaba una foto y me contaba que hacía poco él mismo la había recibido de un viejo amigo chaqueño. La imagen mostraba en primer plano a un hombre de pie, de riguroso traje, bigote y gomina. Las manos en la espalda esperando hablarle a un micrófono de cabeza redonda. Más atrás, tres jóvenes mujeres con cintas de luto en sus brazos custodiaban varias coronas de flores. De fondo, un enorme friso retrataba a Stalin flanqueado por las banderas de la Unión Soviética y la Argentina con la leyenda “Gloria eterna al inmortal Stalin”. La toma era de 1953 y se trataba del homenaje que el pequeño Partido Comunista de Resistencia le hacía al “padre de los pueblos”, muerto en marzo de ese año para conmoción de todo el mundo. Se trataba de una imagen a la vez curiosa y común en la iconografía del comunismo, pero que remitía a una historia familiar. El hombre de traje, el tío Pedro, había sido un comunista fiel, pero su sobrino, el amigo de Carlos, no lo recordaba por eso, sino porque en las calurosas siestas chaqueñas aquel tío, padre de las chicas que lo acompañaban en el ritual, le había “iluminado el mundo de la lectura”.¹

La historia del comunismo desde el punto de vista de los libros y la lectura es paradójica. Para casi todos, una cultura tan rígida y ríspida, tan dada al control y a la sospecha, no podría tener sino una relación tensionada e instrumental con los libros. Un repaso por los incontables manuales soviéticos y las ediciones de los clásicos del marxismo-leninismo-estalinismo,

aún hoy disponibles por decenas en las librerías de viejo, bastaría para comprobar un catálogo deslucido y acotado a la esfera de la formación militante, aunque de tiradas gigantescas, muchas mayores a los contornos del Partido Comunista Argentino (PCA). Esto es en parte cierto, pero solo en parte.

Los comunistas, como toda la familia de izquierdas, crecieron en una misma edad mediológica, para decirlo con Régis Debray: un ecosistema regido por la razón, el libro, la prensa y el partido político.² Los comunistas, como el resto de las izquierdas, concebían los impresos en el marco de la tradición ilustrada de la que formaban parte, pero en la historia de sus experiencias realmente existentes, empezando por la Unión Soviética, los libros cumplieron más de una función. No es exagerado decir que no hubo en la historia contemporánea un Estado que haya editado más cantidad de libros y dado a la cultura –o, más precisamente, a la “alta” cultura– un estatus público tan elevado. No deja de ser curioso: en los peores años del terror estalinista, la *intelligentsia* se convirtió en una elite privilegiada, y por eso mismo celosamente custodiada. En el fatídico año de 1937, la celebración del centenario de Pushkin se convirtió en una fiesta nacional soviética y se editaron, en menos de un año, veinte millones de ejemplares de sus obras. Algunos de ellos circularon por los cinco continentes, traducidos a más de una veintena de idiomas gracias al sistema de traducción, impresión y circulación que hasta su ocaso promovieron la Internacional Comunista y el gobierno soviético. Es en la escala y la organización donde radica la particular veta comunista de la grafosfera: el comunismo soviético, además de un régimen de poder estatal, una ideología y un movimiento político internacional, fue una fabulosa máquina

¹ Agradezco a Ana Clarisa Agüero y a Diego García por la conversación sobre este texto y por su siempre aguda y generosa mirada sobre los temas que nos unen desde hace años.

² Régis Debray, “El socialismo y la imprenta. Un ciclo vital”, en *New Left Review*, n° 46, 2007, pp. 5-26.

de producción y circulación de impresos y un caso único de mundialización de una cultura militante. Por eso me gustaría referirme al comunismo como un “mundo”, esto es, un espacio transnacional e interconectado dentro del cual hombres y mujeres organizaron un sentido de pertenencia y de relaciones estructurado por una ideología y una sensibilidad, pero también por el movimiento de agentes y artefactos político-culturales que tramaron un ritmo común de experiencias, percepciones y posiciones. En el más recóndito pueblo, ser comunista era pertenecer a ese vasto mundo.

Entonces, ¿existe un “lector comunista”? Y si existe ¿cómo se llega a serlo? ¿Qué significa leer como un comunista? Ignoro si hay respuestas para estos interrogantes e incluso si son los correctos. La lectura y su historia es un terreno siempre más inestable y farragoso que el estudio de los libros, la edición e incluso la escritura, y el vínculo entre lectura y culturas políticas es aún una *terra incognita*. Pero para este caso en particular, el caso de Carlos Altamirano “lector comunista”, creo que pueden plantearse dos cuestiones importantes, bajo la forma de una relación: la que se establece entre lectura, militancia y política, por un lado, y entre lectura y comunidad, por el otro. En este texto intentaré seguir las estaciones de una vida lectora a través de los hilos de esta doble relación.

Una estación es un período de tiempo, de un año o de una vida, que se caracteriza por algo: por determinadas condiciones ambientales, por la longitud de los días o por un tiempo destinado a una tarea. Cuando esas condiciones cambian, una nueva estación se abre. En estas memorias de lector, el pasaje de una estación a otra se organiza mediante los cruces entre la experiencia vital, la política y las vicisitudes de la vida nacional. Así es que la primera, acunada por el tiempo y el paisaje de la infancia, arranca en el verano de 1946, cuando el primer libro llega por vía materna en el mismo momento en el que Juan Domingo Perón asume la presidencia, y termina casi diez años después, cuando el golpe de 1955 abre una instancia de efervescencia cultural y política que desborda los habituales límites porteños y llega hasta Corrientes. Allí hay ahora un estudiante de secundaria que ha encontrado su sociabilidad en la filas de la Acción Católica y que enterado de la polémica sobre la Ley Domingorena se pone del lado de los libros, precisamente cuando a la ciudad provinciana

llegan, bajo la forma de visitas culturales, las voces de ese filón poderoso de la cultura argentina que se identificaba con el espacio liberal-democrático y la identidad antifascista y por ello antiperonista, al que también pertenecían los comunistas. En ese clima aparece por primera vez el nombre de Arturo Frondizi, que al poco tiempo será motivo de una temporada en la cárcel y tres décadas después de una biografía que pone en su centro las siempre tensas relaciones entre la política y la vida intelectual.³ También en ese momento, como parte del movimiento que pronto lo llevará a abandonar el compromiso católico y a transformarse en un “estudiante reformista”, resuena el nombre de Carlos Marx junto al de José Ingenieros, un clásico de la tradición letrada de las izquierdas argentinas.

En la vida estudiantil de provincia, el ingreso a la universidad suele coincidir con el descubrimiento de la política y a menudo con un cambio de paisaje, el que viene con la opción o la necesidad de irse a “estudiar afuera”. La llegada de Carlos a la Universidad Nacional del Litoral para estudiar medicina es producto tanto de un apego al mandato familiar como de un distanciamiento de ese núcleo, cuya “buena voluntad cultural” venía siendo decisiva: la madre, el padre y el hermano, cada uno a su modo, formaron un lector y lo dotaron de una serie de disposiciones y valoraciones sobre los objetos impresos, entre ellos la autosuperación por la vía del estudio y la frecuentación de la cultura. Aparece entonces un estudiante de medicina, aplicado y riguroso pero sin una vocación rutilante, que habiendo cursado dos materias se topa con los combates por la educación laica o libre y ahí se sumerge, como “atrapado por un torbellino”. Es el encuentro con una escena, un tono, un tipo y una tradición: las discusiones definitivas de las asambleas universitarias y las batallas épicas de los estudiantes reformistas, ahora traicionados por uno de los suyos. Los comunistas, que habían dado su apoyo a Frondizi en las elecciones de febrero de 1958 y ahora se encontraban de nuevo ilegalizados, se encuentran entre los más feroces acusadores.

En esta escena se detecta la emergencia de un motivo que se tornará persistente: la voluntad

³ Carlos Altamirano, *Arturo Frondizi, o El hombre de ideas como político*, Buenos Aires, FCE, 1998.

temprana de forjarse una visión del mundo, una visión del mundo que debía ser provista por los libros pero que respondía a la incitación de la palabra en acción, de la polémica, de la discusión pública y de la conversación. Comienza el tránsito hacia la segunda estación, la del lector comunista, que dura también casi una década y que finaliza con un nuevo quiebre político y un nuevo desplazamiento: el golpe de 1966 y la llegada a Buenos Aires un año después.

Es posible pensar que en el comunismo los libros y los elementos que constituían su sistema, es decir, las revistas, los diarios, los panfletos, eran una curiosa posesión: se hacían cosas con los libros, básicamente se militaba una ciencia que permitía explicar casi todo, se estrechaba una pertenencia de iniciados, se formaba una comunidad investida de una misión que debía probarse en la disputa política e ideológica. Forjar una visión del mundo era, en efecto, algo más que leer los soporíferos manuales de marxismo. Si desde afuera la adquisición de aquel conjunto de saberes ideológicos que requería ser miembro de un “partido de vanguardia” podía parecer un catecismo, para los militantes comunistas significaba hacerse de una explicación del país y del mundo libre de prejuicios y supersticiones y, de paso, dominar un estilo, el de la polémica, a veces áspera y cargada de adjetivos. Dicho de otro modo: el militante comunista podía vivir con la certeza de poseer un sentido de la historia compartido por millones de personas a lo largo y ancho del planeta. Era, por esa razón, alguien que “sabía”.

Esto era así para el tío Pedro y para el farmacéutico que orientó al pequeño puñado de jóvenes correntinos que en los primeros meses de 1961 decidieron unirse a la “tribu” del partido comunista local. Una elección medioambientalmente discordante, sin el lustre que podía tener en Buenos Aires, para la que se debía estar bien pertrechado en el saber militante, que era el motivo para sitiar a los libros. El asedio militante a los libros es un rasgo que no se olvida, una forma de leer distinta a las modalidades eruditas, académicas o recreativas. Permite forjarse una lectura política en el marco de una política de la lectura que se activa incluso cuando ya no existe un compromiso con ningún partido.

La lectura política es también un saber con otros y por eso *Estaciones* nos muestra una ecología de la lectura, la de las relaciones entre

los lectores y los libros en espacios que no son el gabinete solitario sino el comedor universitario, los bares, las asambleas, la redacción de una revista, un cuarto de pensión, la calle. En esta ecología los libros producen una relación: la de la amistad y la camaradería aun con el adversario. Tarde o temprano, dice Carlos, uno termina encontrándose con los semejantes, a menudo a través de los libros.

Volvamos. A fines de la década de 1950 el comunismo era una fuerza poderosa en el clima cultural argentino, aunque acechada y en crisis. Las revelaciones de Nikita Jrushchov acerca de los crímenes del estalinismo y la oprobiosa invasión a Hungría a fines de 1956 trastocaron completamente la visión sobre la Unión Soviética y en todo el mundo comenzó a emerger una nueva izquierda. También en la Argentina, aunque en el particular clima de la revisión peronista. La Revolución Cubana, luego, desorganizó el tablero. Como un poderoso imán Cuba atrajo fuerzas que se venían desplegando desde tiempo atrás y las dotó de un nuevo sentido: la crisis del mundo comunista, la Guerra Fría, Bandung, la vía armada al socialismo, el Tercer Mundo se arremolinaron en torno a aquella revolución que además trastocó el acto de leer, al poner en entredicho el circuito tradicional entre doctrina y acción.

Por eso, en este itinerario la meditada conquista de los elementos mínimos de la cultura reformista coincidieron con un clima de época que empujaba hacia una biblioteca nueva, la de un marxismo que se liberaba de la tutela de las viejas formaciones comunistas y socialistas e ingresaba a la universidad bajo una forma filosófica que será pronto dominante: el existencialismo. Maurice Merleau-Ponty, a quien Héctor Agosti calificó como un profeta a la moda que más que filosofía hacía brebajes, cayó en las manos del joven estudiante que, en sus propias palabras, merodea, es decir, acecha, entre la curiosidad y las malas intenciones, unos títulos que en la jerga del partido son considerados hostiles y heréticos. Toda comunidad lectora, y el comunismo lo era, comparte criterios que dividen a los buenos y los malos libros y estrategias interpretativas que en este caso eran fuertemente custodiadas. En el comunismo se leía, pero no cualquier cosa ni de cualquier forma.

En 1961, luego del torbellino de la lucha estudiantil y de 10 meses como soldado conscripto en un pueblo que podemos imaginar

un poco polvoriento, Carlos se hace “oficialmente” comunista. Apenas unos meses después, Victorio Codovilla anuncia, con tonos pedagógicos y altisonantes, que el peronismo ha girado a la izquierda. Pronto el joven militante cae preso, asumiendo un paisaje de lectura casi ineludible para un comunista en las condiciones argentinas: la cárcel. Una experiencia que además remitía a una forma particular de martirologio: el de los militantes que soportan el encierro trastocando la temporalidad con un régimen dedicado a los libros. En ese año, durante dos meses, confinado por pintar consignas contra Frondizi, Carlos se vuelve un “agostiano”, como dice refiriéndose a su admiración por quien fuera el intelectual más importante, al menos el menos ríspido y dogmático, del elenco comunista argentino: Héctor P. Agosti. En *Estaciones*, Agosti ocupa un capítulo entero. Es una estación que despegas de la cronología, la única asociada a un nombre propio.

En el clima espeso de 1956, Agosti reunió en un libro que llevaba como título *Para una política de la cultura* varios artículos entre los que destacaba su intervención en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas. En el marco de un encuentro que era a todas luces un llamado al orden, Agosti decidió interpelar a sus camaradas, aún conmocionados por las revelaciones del XX Congreso del PCUS, con una recomendación de lectura: vale la pena frecuentar los textos de Gramsci, les dijo, son uno de los modelos más eminentes de crítica marxista. El consejo resonó parcialmente y solo los más jóvenes estuvieron dispuestos a aceptar que el italiano era un héroe del antifascismo, sí, pero también un crítico del reduccionismo, el teleologismo y el desdén por los fenómenos de la ideología y la cultura que terminaron primando en el movimiento comunista internacional desde los años '30.

Agosti, refinado y barroco, culto y atento a lo que pasaba fuera de las fronteras de su fidelidad partidaria, poseía una sensibilidad de la que buena parte de sus camaradas carecía y sus libros acompañaron un movimiento que probablemente solo a él la pareciera urgente: en la Argentina posperonista también, como en el resto del mundo, el ciclo del estalinismo debía dar paso a otra cosa, si es que el comunismo quería sobrevivir. Aun con las limitaciones que pueden precisarse con la ventaja que ofrece la distancia, los temas de Agosti son los de una tradición de

reflexión intelectual argentina que los sigue asediando, si bien con otros énfasis: la existencia de una literatura nacional y sus rasgos, la forja conflictiva de una tradición cultural común, las relaciones entre la cultura letrada y el mundo popular, los límites del liberalismo, la persistencia de una geografía cultural desigual, la inoperancia de las élites, la necesidad de una izquierda capaz de articular un lenguaje no puramente retórico, el lugar de los intelectuales en una sociedad fracturada y frente un pueblo que les es esquivo.

Lo cierto es que el “joven agostiano” sale de la cárcel decidido a dejar los libros de histología y a tomar el camino de las humanidades, de la filosofía primero, de las letras finalmente, con la convicción de que la universidad le ayudará a forjarse un marxismo menos pobre del que asume que tiene. La decisión es cultivarse para militar. Cinco años después, casi en coincidencia con la llamada Revolución Argentina, Carlos obtendrá su único título universitario: licenciado en letras. Sin embargo, cosa curiosa o no tanto, no será esta adscripción disciplinar con la que se lo asocia habitualmente: los títulos de sociólogo, politólogo, historiador y ensayista político aparecen con frecuencia asociados a su nombre.

Con el recién estrenado título, encuentra trabajo como profesor en un pueblo rural del Chaco, pero dura poco. Enseguida alguien descubre su afiliación política y lo despiden, en un clima de hostilidad anticomunista que fue una constante en la cultura política argentina del siglo XX. Este tropiezo lo empuja a tomar la decisión de mudarse a Buenos Aires, a los 28 años. En la ciudad capital la comunidad de los libros previsiblemente se amplía. De este tramo queda el recuerdo del encuentro con la obra de Louis Althusser, cuya lectura entrena en los cursos de un excomulgado del partido, Raúl Sciarreta, quien junto a José María Aricó había acompañado a Agosti en la empresa de traducción de la obra de Gramsci, la primera realizada fuera de Italia. A mediados de 1960 el comunismo se fractura de un modo que no tendrá retorno y Carlos sigue una de las sendas de aquella escisión, el maoísmo. Es la época del paso por el trabajo editorial, del boom latinoamericano y de la revista *Los Libros*. Una década memorialísticamente breve, volcada hacia la configuración de un saber militante que en esta estación deja conservar pocos recuerdos de lectura.

En 1977, *Estaciones* recupera un nuevo episodio que pone a la vista la persistencia, aun en condiciones extremas y ya por fuera de una estructura partidaria, de la lectura militante: un reflejo, dice Carlos, que lo lleva a leer *El Capital* de Carlos Marx, en la traducción de Pedro Scaron, y a fundar un pequeño grupo que luego se convertirá en una de las revistas más importantes y longevas de la cultura argentina del siglo xx: *Punto de Vista*. Se inicia entonces otra estación cuya temporalidad está marcada por el terror de la dictadura, la guerra y el retorno a la democracia a través de un proyecto político que fue también un ciclo de ilusión y desencanto. En esta estación y las siguientes el militante dejará paso al profesor universitario, al investigador, al analista político y al intelectual, a alguien que, finalmente, lee la política con mediaciones, como

parte de una profesión. En esta etapa, el peronismo, aquel que había llegado junto con el primer libro en el verano tórrido de 1946, es asediado con una nueva grilla, la del lector erudito que sin embargo asume que su objeto es también, o necesariamente, una interrogación sobre la cultura en la que se ha formado, las izquierdas.

Unas izquierdas que en su largo periplo por la Argentina del siglo xx no pudieron afrontar la tarea de desarrollar una fuerza socialista con base popular, pero que aportaron a la creación de una comunidad de ideas, de prácticas y de relaciones forjadas por muchas formas de camaradería, entre ellas, la camaradería de los libros. De ese mundo comunista que ya no existe, tal vez sea esta, la comunidad de la política y los libros, la más sentida forma de su persistencia. □

Carlos Altamirano: los comienzos y la cadencia de las escrituras

Gonzalo Aguilar

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Entré en la carrera de letras de la Universidad de Buenos Aires en 1983. Creo que no necesito explicar por qué ese fue un año tan especial. El retorno de la democracia también se vivía en las aulas y nosotros (estudiantes que habíamos entrado a la carrera por haber leído a Girondo o a Borges, en el mejor de los casos), asistíamos, sin mucha información, al retorno de los profesores que habían sido expulsados durante la dictadura: Noé Jitrik, Enrique Pezzoni, Ramón Alcalde, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Nicolás Rosa, David Viñas y muchos otros fueron los nombres que empezaron a sonar en esos años. A algunos los conocíamos por vagas referencias (recuerdo que a Viñas se lo podía ver en algún programa de televisión), a otros –en cambio– recién comenzábamos a descubrirlos. Como espectadores que entran a un cine y comienzan a percibir las siluetas poco a poco, así estábamos nosotros en ese momento. Cursábamos introducción a la literatura con Delfín Leocadio Garassa (todavía no se había armado la cátedra iniciática de Enrique Pezzoni), íbamos a las marchas y ya comenzábamos a consumir, caótica y desmesuradamente, *la teoría*, ese ídolo al que aprenderíamos a brindarle una reverencia casi religiosa y que aún al día de hoy sigue recogiendo nuevas víctimas sacrificiales. El post-estructuralismo francés, el textualismo, Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida y otros nombres que sonaban para nosotros por primera vez pero que tenían una larga historia como Lukács o Adorno (Benjamin todavía no había hecho su entrada triunfal, que creo fue poco después). En su mayor parte eran libros que había editado Siglo XXI, Fondo de Cultura Económica u otras editoriales antes de la dictadura, por lo que teníamos la sensación de retomar una carrera de postas que había sido violentamente interrumpida.

Afortunadamente, la compilación *Teoría de conjunto* de la revista *Tel Quel* que había editado Seix Barral se encontraba en oferta en las librerías y nosotros podíamos devorar esos artículos de fines de los sesenta como si hubiesen

sido escritos para entender la reapertura democrática, la crítica, la literatura o lo que fuera. “Pluralismo” era una de las palabras clave que servía tanto para la relación entre sociedad civil y Estado como para leer novelas y poemas. La consigna de que no había fuera de texto, que podía extraerse de los telquelianos o de Derrida, era –entre los estudiantes– una expresión del giro lingüístico que era ya un fenómeno mundial. El *textualismo*, además del perfume de la teoría francesa, tenía la ventaja de desacreditar cualquier tipo de autoritarismo y permitía rescatar la especificidad no como declinación de la autonomía, sino como un modo de crítica y resistencia. Comencé a realizar mi tesis sobre poesía concreta brasileña bajo el influjo de los astros post-estructuralistas y me disponía –como escribió Foucault en su polémica con Derrida– a una drástica “reducción de las prácticas discursivas a las trazas textuales”.¹

La cátedra de Beatriz Sarlo no estaba en el primer tramo de la carrera –todavía no se había hecho la reforma del programa de la carrera de 1987 que es el que sorprendentemente aún rige hoy–, pero ya llegaban rumores de pasillo de su importancia y sospecho que fue por esta razón que llegué a *Literatura/Sociedad* de Sarlo y Altamirano, publicado por Hachette en 1983, libro con el que me habría topado antes o después, porque era de lectura obligatoria. La tradición de lectura que invocaba este libro no era la del textualismo –más bien estaba en polémica con él–, pero tampoco era la de una *sociología* de la literatura. La invención de la palabra *sociocrítica* (que proponían los autores) quería dar cuenta de esta doble incomodidad, tanto con las lecturas inmanentes que hacían los herederos de *Tel Quel* como con una sociología reduccionista. El libro de Sarlo y Altamirano

¹ *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 1967, vol. 2, p. 371.

contaba con una serie de antidotos que le permitían ubicarse *entre* estas dos corrientes sin caer en lo insípido: por un lado la presencia de Roland Barthes, que recordaba siempre la importancia del placer en la lectura crítica, la dimensión significativa de los detalles y una lectura del realismo en clave semiológica antes que referencial. Por otro, la presencia de nuevas referencias teóricas como Pierre Bourdieu o Raymond Williams: el marxismo heterodoxo de Williams permitía abandonar la simplificadora separación entre estructura y superestructura y se complementaba con las herramientas sociológicas de Bourdieu que daban lugar a funcionamientos particulares (con el concepto de campo) sin inmolarlos en el altar de la “totalidad” o en la determinación de la “última instancia económica”.

En cualquier tesis –en tanto *bildungsroman* académico– pueden detectarse las cicatrices de la guerra que entablamos con nuestra propia formación y modos de leer. En el caso de mi investigación sobre poesía brasileña, la tesis se fue desplazando de la lectura textualista que me había marcado en mis años de estudiante a un intento de sociocrítica. Con el tiempo pude comprobar que mi experiencia no había sido solitaria o única (raramente las experiencias lo son), sino que ese mismo recorrido o esa marca –esa herida de guerra– podía percibirse en otros trabajos. Me animaría a decir que la huella de *Literatura/Sociedad* es la más fuerte en las tesis producidas en la academia argentina de los noventa. Para no hablar de la investigación sobre el diario *Crítica* de Sylvia Saitta (que había entrado directamente por la puerta de la sociocrítica), pienso en los libros de crítica literaria de Claudia Gilman sobre los debates latinoamericanos de los años sesenta, de Alejandra Laera sobre los orígenes de la novela argentina, o de Claudia Torre sobre la Conquista del Desierto. Mucho más fuerte fue la presencia de *Literatura/Sociedad* en la historia del arte: el cambio profundo de las últimas décadas no se hubiera dado sin el magisterio de Gastón Burucúa, es cierto, pero sería ininteligible sin el libro de Sarlo y Altamirano (pienso en los trabajos de Andrea Giunta, Marita García, Laura Malosetti Costa, Isabel Plante, Viviana Usubiaga y Silvia Dolinko entre muchos otros). ¿Qué es lo que traía ese libro, entonces? Con una apuesta *pedagógica* que Altamirano y Sarlo habían aprendido con Boris Spivacow en el Centro Editor de América Latina y que Carlos había

continuado con la cátedra de Pensamiento Argentino en la UBA, con *Prismas*, con los encuentros de historia intelectual en el Ravignani, con la Universidad de Quilmes, *Literatura/Sociedad*, con su falsa apariencia de manual, venía a decir cosas muy importantes. En primer lugar, traía un concepto clave del retorno de la democracia y que iba a experimentar más transformaciones: me refiero al concepto de *cultura*. Quizá ningún concepto sufrió una transformación tan profunda en los años ochenta (además del de democracia) y es evidente que para Carlos es una cuestión tan actual que no se priva de redefinirla en *Estaciones*, al escribir que la cultura “resumía la referencia a los sistemas simbólicos, a las prácticas de producción de significados y al campo de los hechos investidos de significación, de los textos a los rituales”.² Por otro lado, otro concepto importante que era una preocupación de ese momento es el de historicidad, y acá no puedo dejar de pensar en el texto de Foucault sobre Nietzsche que no casualmente Oscar Terán colocó al principio de su antología *El discurso del poder*, de 1983.³ Pero sin duda lo más importante es que el libro nos invitaba a sacar la vista de los textos para observar todo un entramado de actores culturales, instituciones, ideologías y prácticas. Sobre todo las prácticas, no lo que se llamaba en la jerga militante *la praxis*, mantra singular y abstracto, siempre subordinado a la idea, sino el conjunto de haceres situados con los que interactuamos y nos plantean problemas.

Había allí una sociocrítica pero con la suficiente sensibilidad literaria como para dar el salto sin pérdidas sustanciales. Una sensibilidad que se ve en cómo Carlos trabaja con tópicos literarios del siglo XIX en *Estaciones*: la llegada del provinciano a la ciudad, las lecturas en desavenencia con el dictum paterno, la entrada en grupos de conspiración política y, sobre todo, además de las inclusiones en parte previsibles de Stendhal y Pavese, de Viñas y Auerbach, el inesperado papel de María Rosa Lida (*Estaciones*, p. 72) que habla justamente de la opacidad del lenguaje literario que nunca es secundario o accesorio en una cultura.

² Carlos Altamirano, *Estaciones*, Buenos Aires, Ampersand, 2019, p. 120.

³ Michel Foucault, *El discurso del poder*, prólogo y edición de Oscar Terán, Buenos Aires, Folios, 1983.

Hay un núcleo, entonces, una sensibilidad que puede haber quedado en un segundo plano en algún momento de su trayectoria, pero que siempre tiene que ver con un *saber leer*. En el capítulo “La lectura docta”, Carlos cuenta cómo conoció a Saer, cómo lo impactaron sus relatos y la convicción de Saer de que estaba destinado a ser un gran escritor. Cuando se publica su novela *Responso*, Carlos dice que redactó “una nota breve pero entusiasta” (*Estaciones*, p. 88). Se la envió a su amigo Gerardo Pisarello, quien la acercó a la revista dirigida por Juan José Manauta: *Hoy en la cultura*. El primer texto publicado de Carlos salió en el número 21, de julio de 1965, y se titula “Realismo sustancial y voluntad polémica”. Obviamente, como se imaginarán, estoy tentado a leerlo –aunque no pueda dejar de reconocer cierta violencia retrospectiva en esta interpretación– como un *beginning* en la línea de Edward Said. Además, Carlos no reproduce en su libro ningún pasaje de su reseña y supongo que tampoco le interesa hacerlo, dado que la reseña – más si quien la escribe es alguien que todavía no se hizo un nombre– suele ser un género ingrato. Sin embargo, tal vez tenga su valor leerla acá.

Como recordarán, *Responso* –“novela infravalorada e infraleída” en palabras de Beatriz Sarlo⁴ cuenta la historia de Barrios, un dirigente del sindicato de prensa de la época peronista que es despojado de su cargo de un modo humillante en 1955. Barrios se separa de su esposa, se entrega al juego y pierde lo poco que tiene (entre otras cosas, la máquina de escribir que le había prestado su ex-mujer).

Una aguda conciencia del lenguaje, de sus posibilidades expresivas, penetraba los cuentos del primer libro de Juan José Saer, *En la zona*. Esa preocupación se mantiene en *Responso*, pero la inquietud moral que fermentaba en aquellas *ficciones* ha ganado en lucidez. En un mundo novelesco cargado de significaciones políticas y sociales, articula personajes y vicisitudes, a través de un ritmo narrativo muy bien elaborado. La voluntad de aferrar la realidad y develar su sentido, sobre todo mediante la asunción de nuestro pasado reciente, vincula a Saer al grupo más empeñoso entre los escritores argentinos

jóvenes. En este caso la *historia* es el peronismo, la historia registrada, vivida, a nivel de una experiencia individual sin brillo pero preñada de implicaciones, la historia que aun alojada en el pasado del protagonista, se convierte en el eje de sus actos y sus elecciones.

El periodista Alfredo Barrios adhiere al peronismo; sin embargo, su adhesión eufórica y sincera es sentimental y no el resultado de una iniciativa política. La precariedad de esta decisión se pone a prueba cuando, en septiembre del 55, la política irrumpe, incomprensible, para Barrios: una revancha sin sentido, el fin de una ilusión, la incapacidad de superarla. Los hechos lo desbordan, apela a salidas imaginarias y se margina. La breve jornada de Barrios a que asistimos, y que ocupa la mayor parte de la novela, es abrumada por este pasado, soportado, sufrido como inercia. Es sólo la reiteración de los gestos falsos, las mentiras miserables de todos los pequeños actos con que ha pretendido substituir la ausencia de una voluntad y de un juicio lúcido que lo arraigara en la vida.

La progresión del protagonista ha sido construida con coherencia por Saer, quien narra sus dilemas y vicisitudes sin retóricas. Un *tempo* pausado, acentuado por el pulso verbal, de tono por momentos casi coloquial, consiente la indicación de matices y de alternativas que otorgan alta sugestión al relato. En este sentido es ejemplar el primer capítulo en que la repetición de ciertos motivos consigue una cadencia de gran eficacia poética. El resto de los personajes que integran el mundo de la novela, han sido concebidos a través de rasgos concretos. Con pocos datos Saer obtiene perfiles que un ajustado manejo del diálogo le permite enriquecer.

La búsqueda de un realismo sustancial y la voluntad polémica, que indudablemente mueven a este escritor santafecino, han logrado estructurar una obra valiosa, ubicada en la línea de nuestra mejor tradición narrativa. Por otra parte la preocupación por el rigor expresivo nos indica que comienza a superarse cierto malentendido acerca de lo que debe ser una literatura nacional-popular, impensable sin la conquista de un lenguaje literario propio.⁵

⁴ *Zona Saer*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2016.

⁵ Carlos Altamirano, “Realismo sustancial y voluntad polémica”, en *Hoy en la Cultura*, n° 21, Buenos Aires, julio de 1965, p. 16.

Es interesante que Carlos coloca el concepto de *realismo sustancial* en un momento en que todavía se discuten los residuos del realismo socialista. De hecho, hay una nota de Roger Garaudy anunciada en tapa como “Roger Garaudy y el realismo socialista”, en la que el crítico francés, por entonces miembro del Partido Comunista, habla de “realismo abstracto”. En el capítulo que le dedica en *Estaciones* a Héctor Agosti y a su *En defensa del realismo*, vuelve sobre el concepto: “el realismo –escribe Carlos– constituía el término central de esa estética, término que, a su vez, podía integrarse en diferentes fórmulas para designar tipos y etapas históricas del realismo: ‘realismo burgués’, ‘realismo crítico’, ‘realismo socialista’, etc.”. O sea que el problema no era tanto el realismo (“no hay arte auténtico que no sea realista”, escribe Garaudy) sino el *atributo*. Carlos, que seguramente no desconocía que la poética de Saer se había forjado en discusiones con el Partido y sus posiciones dogmáticas, propone el concepto de “realismo sustancial”. Más allá de que no hay un desarrollo que permita vislumbrar los alcances de este atributo, no es menor que Altamirano haya decidido entrar en un debate bastante encarnizado a partir de la lectura de Saer. Tal vez haga referencia a lo que la literatura de Saer ya permite vislumbrar: que el problema del realismo no es de representación sino de conocimiento y que eso es lo que intenta expresar el atributo “sustancial”, término de larga tradición filosófica. Me gusta imaginar a un Carlos joven mientras lee la novela, levemente disgustado con ese personaje viscoso que es Barrios pero con quien coincide cuando percibe que “lo verdadero, lo real” es “una cosa turbia e incierta”.⁶ Sin poder identificarse con la “muchedumbre” (así describe la novela a los partidarios de la llamada Revolución Libertadora), pero tampoco con Barrios (a quien Altamirano desprecia por su “inercia”, por su “ausencia de voluntad” y la falta de un “juicio lúcido”), la reseña opta por un apego al lenguaje como lugar en el que se sedimenta una visión, una voluntad, lo social, en definitiva, una cultura. De hecho, la reseña habla de una “aguda conciencia del lenguaje”, de “la preocupación por el rigor expresivo” y, en un pasaje clave, “una

cadencia de gran eficacia poética”. ¿Qué sería la cadencia? ¿Qué sería el “pulso verbal”? Yo me permito ser arbitrario y decir que lo que ya está acá, *in nuce*, es que el lenguaje, lo que después con Bourdieu llamaría “dimensión simbólica”, es tan material, tan estructural o infraestructural como cualquier otra dimensión social. La dimensión material (la historia del peronismo reciente) y la simbólica se presuponen recíprocamente.

Al final de la breve reseña, Carlos coloca audazmente a Saer dentro de lo que él mismo denomina “literatura nacional-popular”, con ecos evidentes de Antonio Gramsci. Lanzar ese epíteto, y no para hablar de Viñas o de Gorki sino para referirse a un escritor que solo llevaba publicados dos libros y tenía menos de 30 años, era temerario. Sin duda, puede leerse ahí un guiño a Agosti y también al Juan Carlos Portantiero de *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, que había sido editado pocos años antes, en 1961, y que en el comienzo inserta una larga cita de Gramsci. El problema aparece muchas veces en *Estaciones*: el “divorcio entre los intelectuales y el pueblo-nación” (p. 62), la “tesis del divorcio” (p. 78), como la denomina, podría saldarse con un nuevo tipo de realismo. ¿Qué le hacía suponer a Carlos que Saer, justamente Saer, un escritor de una rara sofisticación en ese momento, podría saldar ese divorcio? ¿Hay que leerlo como el intento de trazar un diagnóstico acertado o más bien como un guiño polémico a las disidencias que se daban dentro del comunismo? ¿O las dos cosas?

Visto con el paso del tiempo y para seguir hablando de *beginnings*, es curioso que ahí esté Saer, lo que no es menor. Que la primera reseña haya sido justamente sobre Saer significa que hay una escritura que no puede ser ignorada. Relacionar a Saer con el realismo (el ideograma de época) era una indicación de que a veces no se trata de *superar* los problemas (ese hegelianismo generalizado) sino de ver si los problemas no están mal planteados.

En las autobiografías intelectuales (y también tal vez en cualquier autobiografía) hay un momento clave, y que aquí voy a nombrar con una palabra que está en *Estaciones* en la página 34: el *torbellino*. “Fue como un torbellino y yo me sumergí en él”. En una autobiografía ese es un momento muy preciso y muy intenso. Es el momento de la iniciación, la ebriedad, el vértigo, la pérdida de sí, del entusiasmo sin límites. Es

⁶ Juan José Saer, *Responso*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 145.

como si el sujeto entrara en una zona de turbulencia en la que se pierde y con cuyos materiales deberá construir –no de un modo libre sino condicionado– su subjetividad futura. Como para muchos intelectuales y jóvenes de su generación, fue la lucha entre escuela laica y libre. Como en el caso de Halperin Donghi, se trata de una autobiografía intelectual: la relación con el acontecimiento nunca es inmediata y una suerte de Carlos fantasmático se sale del “torbellino”, observa y especula sobre aquello que está sucediendo. Lejos de los “ejercicios de ego-historia”, Carlos avanza en una “especie

de cofraternidad disidente” y nos entrega, para los críticos de la cultura, una *zona*, para usar una vez más un término saeriano. Como lo hizo con el grupo de *Punto de Vista* (pienso en Sarlo y, por supuesto, en María Teresa Gramuglio), los compañeros de *Prismas*, hay ahí una zona, no de la ficción sino de la crítica, contra un reduccionismo: ya que la historia previa y aun la dictadura, mostraban la necesidad de no hundir la escritura (literaria o crítica) en el torbellino de la política. O mejor aun: que en la “cadencia” de una escritura podía aguardarnos la fuerza de una política posible. □

Carlos Altamirano, historiador

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín

Agradezco a Adrián Gorelik y al Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes por haberme invitado hoy aquí a esta mesa redonda para presentar un libro de Carlos Altamirano. Este bello libro es una oportunidad, pero quizá no para reflexionar sobre él, sino sobre su autor, ya que es innegable que no estamos aquí por el libro o principalmente por él, cualesquiera sean sus méritos (y son muchos). Estamos aquí para brindar un homenaje a Carlos y para dar un testimonio de nuestra amistad y nuestra gratitud. Estamos aquí por la deuda que tenemos con Carlos y no solo en el terreno intelectual sino en el personal, porque además de un notable intelectual, lo que con ser mucho nunca es bastante, ha sido siempre una persona generosa. Creo que muchas de las muchas presencias que están hoy aquí testimonian lo primero, pero también lo segundo.

Un libro de recuerdos, o como se lo quiera llamar, implica siempre recortes. Algunos inherentes al género, otros inherentes a este caso. Desde luego que es inherente a las memorias de un autor que estén sometidas a sus recuerdos y sus olvidos, y a su voluntad de elegir lo que quiere decirnos y lo que no quiere decirnos, como ocurre con cualquier testimonio voluntario. Sin embargo, en cada testimonio hay más de lo que el autor ha querido explícitamente decir y buscarlo es, como se sabe, el oficio de los historiadores. Otro, más general, es que al organizar mentalmente en una secuencia aquellos recuerdos y al trasladarlos luego a otro formato con otras reglas como son los de una narración escrita con sus códigos específicos, se pierden también muchas cosas por el camino. Era un viejo argumento ya de Wilhelm von Humboldt.

Todavía tenemos, en relación con este caso, otros recortes. Libros, lecturas ¿Somos nuestras lecturas o lo que nos caracteriza son nuestras lecturas? Así formulada la pregunta yo diría que la respuesta es no. Pero si la hiciéramos de otro modo: ¿lo que escribimos es hijo de nuestras lecturas?, aquí diría sí, pero no solo. Las lecturas

sí pero también, al menos, las relaciones sociales e intelectuales, por un lado, y las experiencias, por el otro. Un profesor que al salir de una clase o en un bar deja caer a un estudiante destacado un nombre como sugerencia de lectura, otra persona que escribe cartas de recomendación para el mismo, ahora ya joven profesor y al que los avatares de la política empujan a migrar a Buenos Aires, y que al hacerlo prefiguran itinerarios, ¿cómo entran en esta historia? Y me refiero acá a Carlos Giordano y a Hilda Torres y desde luego a Carlos Altamirano.

Somos también hijos de contingencias, azares, fortunas, y quisiera recordar una historia que no está en el libro. Siendo adolescente Carlos quería a toda costa poder conocer Buenos Aires. Para lograrlo, en esos años del primer peronismo, se anotó en todos los campeonatos deportivos posibles, atletismo, vóley, basquetbol, ajedrez, cuyo premio mayor era disputar las finales en Buenos Aires. ¿Y si hubiera descollado en alguno de ellos, las cosas hubieran sido diferentes? Claro está que nunca lo sabremos, pero podemos apelar a una reflexión del mismo Carlos en su excelente libro sobre Frondizi. Dice ahí sobre Frondizi. “Vale la pena consignar, sin embargo, la contingencia de que, en 1925, antes de cursar el último año del bachillerato, intentará ingresar en el Colegio Militar, sin lograrlo. El hecho indica que el proyecto vital que en definitiva fue el suyo no estaba trazado de antemano, como un destino”.

Pero vayamos al libro y a la tarea que Adrián me encomendó. Notaría algo obvio, que el libro se llama “Estaciones” y esa palabra ya dice bastante. Nos introduce desde ella misma en la temporalidad y el cambio. Nos alude a muchos Altamiranos en Altamirano, pero ese devenir o ese pensarse históricamente no postula una ruptura radical entre los varios Altamirano o al menos la narración no la postula. Las estaciones son momentos en una secuencia que se propone unitaria: la unidad del yo, de la persona, de la sustancia, úsese la expresión que se quiera. Algo

que es, por lo demás, una adquisición de la cultura occidental luego de un largo proceso. Por ello, colijo, estaciones y no, por ejemplo, transiciones. Pero soy consciente de que estoy tratando de conjeturar demasiado sobre un título.

De esas estaciones, a mí se me asignó la última. Aquella que corresponde con el cultor de la historia intelectual que coincide, aproximadamente, con la de su inserción en el mundo académico cuando, según nos cuenta, decidió seguir las sugerencias de Hilda Sabato y Marcelo Cavarozzi, primero en el CEDES y luego en el CONICET. Y noto al pasar que en este libro, a esta última estación, como él mismo la llama, aunque en su itinerario vital ocupa unos 35 años y concentra creo la mayor parte de su producción escrita, solamente le dedica 13 de las 126 páginas del libro. Una ventaja, si se quiere, para el comentarista, que tiene más libertad para fabular. En cualquier caso, esa decisión de dedicar más tiempo a la formación y al trayecto ascendente de una vida o de un proceso histórico tiene otros ejemplos en la obra de Altamirano. Nótese de nuevo el *Fronidizi*, que culmina prácticamente en 1962 y al período posterior –treinta y tres años– le dedica, bajo el rubro “epílogo”, dos páginas.

De todo lo que Carlos nos dice sobre sus estaciones precedentes, quisiera retener aquí tres cosas. La primera ya fue aludida: esa vocación o tentación por la ciudad como el lugar en el que se quiere desplegar el futuro y que constituye un itinerario no inusual, en etapas: desde un pequeño pueblo rural a la ciudad de provincia (Corrientes) y de esta a la gran ciudad (Buenos Aires). Y, sin embargo, por fuerte que fuese esa tentación, lo que decidió el pasaje o al menos el momento del pasaje, en 1967 durante el onganiano, fueron los avatares de la política argentina, que en sus coacciones, más oprimentes en un lugar de sociabilidad de cercanías como Corrientes, obligaban a emigrar.

La segunda es la voluntad, el esfuerzo, hacer las cosas bien hechas. Cito a Carlos de nuevo: “Tras la enseñanza que extraje de la revista (*Cuadernos de Cultura*) tuve que hacer después otros aprendizajes para convertirme en aquello que quería ser, un militante bien formado”... lo que implicaba muchas más lecturas además de asimilar el “canon”. Y buena parte del libro muestra esa voluntad. Luego no sería solo un marxista bien formado, sino un historiador bien formado, y agregaría muy bien formado, lo que implicó otros muchos esfuerzos en ese contexto

que es y ha sido el de los intelectuales latinoamericanos: autodidactismo y cultura de mezcla.

El tercer rasgo es la cultura comunista, a la que tantas páginas dedica Carlos en este libro y sobre el que con más pertinencia y competencia se ha hablado ya aquí. El inventario de los límites, debilidades y aun alucinaciones de esa tradición intelectual en la Argentina ya ha sido hecho demasiadas veces y en exceso. Podrían también señalarse algunos de los elementos positivos y sobre todo colocar el problema en contexto. Diría ante todo que era una cultura de o con libros, y en este país eso no era ni es poco. Empero, todavía más. Si colocada en Buenos Aires la cultura comunista difícilmente descollaba, colocada en otro contexto, una ciudad o un pueblo de provincia, su significado era muy otro. Bien podía ser que esa fuera la única existente. Pensé en esto cuando leí el libro de Carlos y, casi en paralelo, las crónicas de Paraná que Amaro Villanueva publicaba en el diario *El Litoral* de Santa Fe, desde comienzos de la década de 1940. Recordé también el pueblo donde vivía mi abuela en la provincia de Buenos Aires, donde el único que tenía libros y hablaba de ellos, según mi madre, era un comunista que pertenecía a una familia principal y que era quizás (o eso entendí) el único comunista del pueblo. En este punto –y en esos contextos– cultura comunista quería decir cultura letrada *tout court*. Y en el contexto de esa cultura aparece a contraluz la figura de Agosti, quizás el que mejor encarnó para la generación de Carlos la figura del maestro que no quiso, no pudo, ser.

Empero veamos al historiador intelectual. Carlos nos ha facilitado el trabajo, ya que escribió un artículo: “Ideas para un programa de historia intelectual”. Rescatemos la apertura porque es finalmente una apertura muy a la Altamirano, es decir no prescriptiva sino abierta: “la historia intelectual se practica de muchos modos”, y agrega “lo que por otra parte, es semejante a lo que pasa en el conjunto de la práctica histórica. Dispersión teórica y pluralización de criterios”, en sus palabras. En ese contexto el modo que propone Altamirano es ante todo explorar un territorio donde confluyen la historia política, la historia de las élites culturales y el análisis histórico de la literatura de ideas, y al hacerlo no olvida que se trata de ideas, pero no solo de ideas, y que los instrumentos para explorarlas se dilatan hacia la crítica

literaria, por un lado, y hacia la sociología de las élites por el otro.

Una historia atenta a las conceptualizaciones, a los criterios a emplear, a los recortes y a las reflexiones formalizadas en diferentes grados de abstracción y generalización. Sin embargo, yo diría, hasta ahí. Como el mismo Altamirano nos recuerda en la presentación de un conjunto de ensayos de historia intelectual, citando a Roger Chartier: “proponerse cuestiones de definición en el terreno de la historia intelectual es entrar en dificultades”. Por otra parte, ciertamente no ignoro que Carlos ha escrito mucho y bien, por ejemplo, sobre la figura del intelectual, definición, recortes y tipologías, sea en el contexto europeo, sea en el latinoamericano, así como ha reflexionado también sobre el empleo de palabras y categorías, y muy recientemente en Córdoba, en unas jornadas organizadas por Ana Clarisa Agüero, con una celebrada intervención sobre la noción “izquierda”. Tampoco ignoro que en algunos trabajos, por ejemplo el admirable “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, entremezcla referencias que podríamos llamar teóricas con un análisis de textos de intelectuales argentinos tratados como evidencia empírica, si se puede decir así. Sin embargo, mirada en conjunto, su producción histórica, siempre colocada en esta fase entre ideas y política, no asedia al lector con referencias teóricas o historiográficas (y debemos o mejor debo agradecersele). Por el contrario, propone, en mi mirada, una narración cercana a los textos y si se quiere una operación que encierra algo muy viejo y ya olvidado: autor, texto y contexto. Y esto vale para los retratos de figuras individuales más allá de Frondizi, “el hombre de ideas como político”, como los que dedicó a Sarmiento, Quesada, Romero, Halperin, Portantiero, y aquel que yo prefiero, pero esto es, claro está, arbitrario, que es el que en forma de una carta a Cesar Tcach evoca la figura de Héctor Schmucler, y que acaba de publicarse. Retratos “realistas” si se quiere, o que crean en el lector un fuerte efecto de realidad que deriva, imagino, de colocarlos en la tensión entre su vocación, de poder, de prestigio, redentoristas, lo que fuere, y sus imposibilidades, personales o contextuales.

Y si en esa breve galería de personajes, y retomando la distinción de Ortega en su *Mirabeau o el político*, que el mismo Altamirano usa en algún lugar, hay un desbalance hacia los intelectuales, no es menos cierto que, en aquellas

obras que analizan en conjunto un período o una época, el balance es más equilibrado y los políticos adquieren tanta relevancia como los hombres de ideas.

Qué decir de trabajos como los reunidos en *Peronismo y cultura de izquierda* (2001, pero que recopila trabajos de la década precedente), del largo ensayo preliminar a *Bajo el signo de las masas* (2001) o de “Pensar la Argentina entre dos centenarios” (2010). Lo primero que diría es que no han envejecido, lo que es bien significativo, en especial en el carrousel argentino y sobre todo, considerando la fecha de edición, los dos primeros volúmenes aludidos. ¿Por qué? Creo que precisamente porque no abundan ni en referencias teóricas ni en el uso de esos modelos que tan pronto se ponen de moda como quedan de lado. Y por lo demás ¿no es eso que se solía llamar aparato teórico lo que envejece más rápidamente? La segunda razón es que, en mi mirada, las lecturas de Altamirano se esfuerzan y logran ser, ¿cómo llamarlo?, “ecuanimes”, entendiendo por eso la voluntad de dar a cada uno lo suyo y en esa voluntad no intentar satisfacer los instintos inmediatos, los apetitos voraces y mudables, *au jour le jour*, de los lectores.

No ignoro que Altamirano es un intelectual situado y tampoco lo ignora él, y aunque no lo recuerde demasiadas veces, lo hace las suficientes. Ahí está, por ejemplo, la referencia a Koselleck y la cuestión del perspectivismo, o la admisión de que, cito a Carlos: “el punto de partida de nuestra ponencia. Destinada a alegar, es decir, a citar y traer a favor de un propósito, como prueba o defensa, algunos hechos, argumentos y ejemplos, no tiene otra pretensión que la de esbozar un programa posible de trabajo”. Alegar, retengamos la palabra. Empero, agreguemos un tercer ejemplo que muestra otro ángulo del problema, más específicamente argentino. En un trabajo sobre “el peronismo verdadero” dice Carlos: “nadie está en condiciones de hacer ironías sobre los *corsi e ricorsi* de la experiencia argentina”. *Ego primus peccavi*, debería comenzar el credo de un intelectual argentino, o al menos, el mío.

Cierto, a veces le pedimos demasiado al historiador, como si le pidiésemos a un mago que muestre sus trucos permanentemente. Carlos lo hace de manera episódica, pero esa basta para un lector atento. Prefiere una narrativa neutral, distanciada, de vocación rankeana, en el significado descriptivo y positivo que puede

atribuírsele a ese esfuerzo de lidiar consigo mismo, de esa imposible “objetividad” (pero que la objetividad no sea posible no quiere decir que la voluntad de objetividad no lo sea). Por lo demás, como se sabe, los historiadores estamos atrapados entre el hecho de que el pasado que conocemos lo creemos verdadero –y claro está, lo es para nosotros– y el saber que hay un punto de vista, o por decirlo con Weber, que en esto seguía a Rickert, una referencia a los valores, que está en el comienzo de toda investigación y en sus hipótesis, y muchas veces más allá de ese momento, y que pone en dificultad la primera certidumbre sobre todo en su percepción más ingenua, la de la copia o fotocopia.

Y sin embargo, debe recordarse que el período sobre el que Carlos ha escrito las páginas más admirables es aquel que va del primer peronismo al advenimiento de la revolución argentina –y yo las encuentro tan admirables al releerlas, creo que son una lectura imprescindible a aconsejar para entender o, mejor, para pensar esos intrincados años argentinos. Pues bien, en esos años Altamirano no es solamente un observador, sino que fue también un testigo. Y él mismo lo ha recordado en ese trabajo tan sentido que se titula “memoria del 69”: “solo podría referirme al Cordobazo de memoria, mejor dicho, solo podría referirme a la memoria del Cordobazo”, qué bien dicho... Pero, claro está, ello no vale solamente para el caso del Cordobazo.

Carlos no ha decidido elegir, argumentativamente, en un plano más profundo no lo sé, la sugerencia de Dilthey que, como él mismo recuerda bien, fue la de José Luis Romero: la experiencia del mundo como primer criterio para la comprensión del mundo, la *erlebnis* o experiencia vivida. Decide seguir otro camino, o hablarnos desde otra tradición, o mejor otra retórica: la de la aspiración a una neutralidad axiológica. Así la operación de Carlos para construir esa narrativa que aspira a la neutralidad es doble: tomar distancia de sus recuerdos, primero, tomar distancia de sus interpretaciones partidistas, luego. Que lo haya logrado (en mi perspectiva) obliga a que nos preguntemos si esa ecuanimidad está solo allí.

Esa voluntad irénica, de tomar distancia ¿de dónde emerge? La respuesta por el temperamento nos ayuda hasta ahí, porque todos los que conocemos y hemos escuchado a Carlos sabemos que hay en él, al menos en el Altamirano oral y

congresual, una vocación no solo de problematizador, sino de cuestionador y polemista. Y sin embargo, ante la palabra escrita debe haber en Carlos una, muchas pausas, prevenciones, un retorno (fabulo) sobre sus mismos textos buscando el matiz, el equilibrio. A menudo encontramos en los textos de Carlos por momentos un casi abalanzarse sobre algunos autores o figuras para luego incorporar una frase sucesiva que matiza, que quita y da. *Nondimanco* es una antigua palabra, que Ginzburg ha vuelto popular en el medio académico con su último libro sobre Maquiavelo, Pascal y la casuística. *Nondimanco*, no obstante, diríamos, sin embargo. *Nondimanco*. Veamos un ejemplo más que emblemático extraído del libro que se presenta hoy. Dice Carlos: “Victorio Codovilla, un típico y experimentado *apparatchik*, sin brillo, pero astuto y pragmático”. *Apparatchik* sin brillo, pero...

Hay asimismo una prudencia, el historiador prudente, así como había un rey prudente. ¿Es prudente la palabra? Una vez le apliqué la palabra sensato a mi amigo Boris Fausto, en lo que yo veía un gran elogio, porque la sensatez no abunda en el mundo académico, y creo que no le gustó. Afortunadamente encontré en un texto del mismo Carlos (“Pensar la Argentina entre dos Centenarios”) la expresión que buscaba. Cito a Carlos: “A la ciencia del improvisador, Martínez Estrada (referido a Sarmiento), contrapuso la ciencia del baqueano, cuyo depositario era el caudillo, más cauteloso y más próximo a la realidad argentina”. Dejemos de lado al caudillo, retengamos al baqueano. Pues, eso es Carlos, un baqueano y los baqueanos saben mejor que los historiadores, sobre todo que los teleológicos, que lo que hay más allá es inquietante, inseguro. Carlos, baqueano. ¿Será por ser correntino? ¿Hay baqueanos en Corrientes?

Creo, sin embargo, que hay algo más o, mejor, algo que se puede formular en términos más doctos. Y ese algo más es un modo de reflexionar sobre la realidad que en Carlos, más allá de su formidable formación teórica, reposa sobre tratar de priorizar la empiria, organizar la empiria. En las líneas finales de un libro de 1908, *Filosofía de la Práctica*, Croce hizo unas reflexiones que en el fondo ponían en cuestión su primer sistema, pero también hipotecaban los sucesivos, o mejor los dejaban librados a una perpetua inestabilidad. Dice Croce (y perdón, pero yo también tengo mis linajes):

ningún sistema filosófico puede jamás incluir en sí mismo todo lo filosofable, ningún sistema filosófico es definitivo, porque la vida misma no es jamás definitiva. Un sistema filosófico resuelve un grupo de problemas históricamente dados y prepara las condiciones para poner en posición otros problemas. Así la verdad está siempre circundada de misterio o sea es una ascensión a alturas siempre crecientes que no tienen jamás culminación.

Ahora, yo digo, en esta América nuestra, en esta Argentina nuestra, cómo se puede pensar de otro modo. Si, como alguna vez sostuvo Tulio Halperin entre tantos otros, el presente esclarece el pasado tanto o más que el pasado al presente, cómo no percibir que estamos sobre unas arenas movedizas... Y digo esto consciente de que no solo la Argentina, sino la región está una vez más en un territorio quizá pronosticable pero en el fondo impredecible.

Si la narrativa de Carlos esconde al sujeto cognoscente, elude las adjetivaciones y busca los equilibrios, ¿en dónde está la interpretación? Y claro está, hay una interpretación y una pregunta por el sentido. Carlos no es un anticuario, o una de esas personas que estudian cosas extravagantes bajo la caución de que están preocupados por el destino común. Más aun, él ha dicho claramente que este presente, entendido como presente político, es el que le interesa. Lo dice en este libro al afirmar que no se hizo comunista para leer libros sino para encontrar el modo de transformar el mundo, y por muchas cosas que hayan cambiado, esa voluntad creo que sigue intacta. Por lo demás, quizás (o sin quizás), en algún lugar perduran las viejas lecturas y, desde ellas, el hilo de un historicismo progresivo subsiste en su obra.

Si así estuvieran las cosas, deberíamos volver a leer los textos de Carlos según las sugerencias de Leo Strauss, y mucho antes de Charles Peguy, entre líneas, para encontrar allí, o en el orden de las argumentaciones, o en los comienzos y los finales de los textos, la perspectiva de Carlos. Un autor para lectores inteligentes, me parece (y sin afirmar que yo lo sea). Un autor que, por otra parte, escribe en una prosa elegante y austera pero que contiene acechanzas debajo de un aparente registro uniforme y aunque no proliferen las subordinadas. Una prosa que era expresión, como me dijo una vez de Carlos Tulio Halperin Donghi, que como todos recuerdan era reticente

en los elogios, de una cabeza muy bien ordenada. ¿Será el pascaliano espíritu de geometría?

Pero volvamos a abrir *Bajo el signo de las masas*, en sus primeras páginas, en el apartado que lleva como título “De la revolución nacional a la revolución peronista”, está esbozada para mí con claridad la lectura de Altamirano no en torno a un mero debate sobre las ideas, sino en torno a un debate enmarcado en un conflicto entre fuerzas sociales. Más allá de ellos, cuáles son los núcleos problemáticos que organizan su relato: sin excluir otros, quisiera señalar uno que me parece permea muchos de sus textos. Uso el título de uno de ellos: intelectuales y pueblo, pero que aparece declinado de varias maneras, intelectuales y pueblo, élites y masas, pequeña burguesía-peronismo, peronismo verdadero-peronismo empírico (porque el problema de los que Carlos llama peronistas verdaderos no era tan diferente que el que tenía la izquierda clásica con el peronismo empírico o positivo). Una cuestión, por lo demás, que en su mirada antecede largamente como problema al período peronista.

Todavía una última anotación. Unas manos impensadas me hicieron llegar una entrevista a Carlos en la revista “Criterio” del mes de octubre de 2019. Hay ahí, ligeramente en pugna con los entrevistadores, una propuesta de apertura o de diálogo entre distintas tradiciones, porque el diálogo no es ni una frase oportuna, ni una abstracción teórica, sino una práctica, si se prefiere algo más arcaico que apelar a las razones prácticas: un estilo. Un diálogo entre los que se llaman o son llamados populistas, y los que se llaman o son llamados republicanos, y suponiendo que esas etiquetas definan algo más allá de autoadscripciones o atribuciones. No veo qué otra cosa podría hacer un intelectual sino dialogar, aunque sea en la forma de un debate en el que se reconozca al otro como interlocutor. Ello requeriría también, como suele decir Carlos, una nueva versión de “Los conjurados” de Borges: aspirar a ser razonables.

Hace muchos años, no sé cuantos, quizás veinte, me crucé con Carlos, a quien conocía por haber participado juntos en tesis y jurados, en la calle Puán. Me parece recordar que íbamos cada uno en una vereda diferente y que él me hizo un gesto con la mano y yo crucé la calle. No recuerdo mucho más, salvo que me invitó como comentarista a unas jornadas que se realizaban en la Universidad de Quilmes. De allí llegamos hasta aquí, conversando. □

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 24 / 2020

Barbara Cassin (dir.), Jaime Labastida (coord.),
Vocabulario de las filosofías occidentales. Diccionario de los intraducibles,
México, Siglo XXI, 2018, 2 vols., 1856 páginas

Desde hace, al menos, treinta años, se viene observando en Francia un fenómeno editorial que parece no tener pausa: la publicación de diccionarios y enciclopedias sobre una serie de objetos y sujetos cada cual más diverso y creativo. Si bien, desde luego, esta avidez no solo es francesa (y allí están para corroborarlo, entre muchos otros, aquel interesante *Diccionario del pensamiento alternativo* publicado en 2008 o el más reciente y magnífico *Iberconceptos*, de inspiración koselleckiana), ha sido en suelo francés donde el apetito por codificar y, necesariamente, guarecer la estabilidad de un universo lexical en el interior de diferentes campos del saber, ha dado lugar a numerosos modelos de repertorio. En todo caso, siempre hay algo de objetivación nostálgica y operativa en esa decisión contable de medir, ordenar y actualizar el cuerpo de categorías de una disciplina bien pertrechada, de un saber más híbrido, o bien de una figura intelectual consagrada. Así pues, en los confines de aquel dilema parece cifrarse la naturaleza del extraordinario y monumental *Vocabulaire européen des philosophies. Le Dictionnaire des intraduisibles*, publicado en 2004 bajo la dirección de la filósofa francesa Barbara Cassin y traducido al castellano en 2018 con la lúcida coordinación del mexicano Jaime Labastida. Los términos

empleados para titular esta obra quedan, en efecto, tensados por una confesión de intenciones entre aquello que es (un “vocabulario” provisorio de filosofías occidentales) y aquello que pretende ser (un “diccionario” lo más exhaustivo posible de términos intraducibles), zona de *limes* que la convierte en una empresa irremediamente experimental e inacabada, rasgos muy saludables que nunca debería perder por numerosas que resulten, de aquí en más, sus futuras ediciones aumentadas. Ahora bien, ¿Qué es un “intraducible”?

Lejos de plantear un pasaje imposible de lenguas, este vocablo representa, en realidad, un exceso metafórico de traducción de aquellos conceptos filosóficos cuya idiosincrasia semántica en un idioma los convierte en objeto de frecuentes intentos de traslación a otro, sin que ninguno de ellos logre cumplir plenamente esta meta, de allí que, sumidos en aquella obstinación, estos términos funcionen, al decir de Cassin, como “síntomas”. La obra estudia, a través de 400 entradas de muy diferente extensión, más de 4000 palabras, expresiones y giros filosóficos en más de veinte lenguas a las que se les asigna, no obstante, una importancia desigual (hebreo, griego, árabe, latín, alemán, inglés, vasco, español, francés, italiano,

noruego, portugués, ruso, sueco, ucraniano, danés, catalán, finés, húngaro, holandés, polaco y rumano). En primer lugar, el diccionario ofrece dos grandes tipos de entradas: por un lado, los términos filosóficos intraducibles, colocados, cuando así lo amerita el caso, en su lengua de origen, tales como “Alma”, “Bildung”, “Gender”, “Corso” o “Mimesis” y, por otro lado, las marcas de intraducibilidad filosófica que se desprenden de la historia interna de las lenguas exploradas, tales como “Alemán”, “Griego”, “Italiano” o “Ruso”. Todas estas entradas podrían funcionar a modo de un pequeño tratado puesto que no solo sopesan los diferentes grados de intraducibilidad, sino que se adentran en la propia tradición de sus empleos históricos. En segundo lugar, hay entradas más breves, pero no menos penetrantes, tales como “Doxa”, “Sensus communis”, “Torá” o “Vergüenza”. Luego, contamos con entradas fugaces y aun más breves, pero sumamente útiles para entrelazar redes terminológicas que conducen hacia todas las restantes, como “Persona”, “Referencia” o “Tiempo”. Y, por último, una serie de recuadros fuera de texto que recuperan un estudio de caso respecto de la entrada en que están insertos, tales como las diferencias entre “knowledge”, “saber” y

“episteme” para la entrada “Epistemología”, o la manera de decir “cosa” en griego para la entrada “Res”. Por consiguiente, y ante semejante cartografía –si bien el camino más seguro es, y valga el oxímoron, perderse cual *flâneur* por esas sediciosas callejuelas babelianas–, podría ser útil para el lector emprender su derrotero con el término “Intraducción”: una suerte de metaentrada procedente de la versión brasileña que la edición española tuvo el excelente tino de incluir y mediante la cual el *Vocabulario* se mira y escruta a sí mismo. De tal modo, el diccionario se quiere una celebración de la traducción como genuina práctica militante, comparativa, transnacional y renuente frente a cualquier programa informático que pretenda automatizarla en un intento por combatir, y tal es la gran cruzada de Barbara Cassin, el uso hegemónico de un inglés simplificado que, merced a las estructuras adulteradas que le impone la comunidad internacional, suele impedir –mientras, al mismo tiempo, disputa– la visibilidad retórica de las demás lenguas. Pero también se presenta como una rehabilitación del papel que juegan los traductores *tout court* como mediadores necesarios en la transmisión de la diferencia cultural, una moción hartamente pertinente frente al injusto anonimato del que habitualmente son objeto. Si algo demuestra este gran diccionario es hasta qué punto todos aquellos que practicamos las ciencias humanas y sociales somos, si bien a escalas diferentes, hijos no reconocidos de las traducciones que leemos,

de allí que, en esta obra y en un acto de verdadera equidad intelectual, se haya reservado con total naturalidad una lista propia para los nombres de los excelentes traductores junto a otra y similar destinada a los autores. El diccionario publicado por Siglo XXI de México no solo es, según Labastida, la traducción (casi) completa del original francés,¹ sino una “adaptación” que, además, incluye una serie de entradas y recuadros explicativos especialmente escritos para esta versión junto con casi todos los textos agregados por las ediciones ya publicadas en inglés y portugués.² Por ende, lo que comenzó siendo un *Vocabulaire européen des philosophies. Le Dictionnaire des intraduisibles*, en inglés pasó a titularse *Dictionary of Untranslatables. A Philosophical Lexicon* (2014), en portugués

¹ Por alguna extraña razón las entradas del original francés “*Coloris, Couleur*”, “*Économie*” y “*Pitié/Piété*” no figuran en la versión castellana. Tampoco fue traducida la entrada “*Rien/Néant*” a pesar de que, al iniciar la obra, “Nada” se anuncia como un ejemplo de entrada en el “Modo de empleo”.

² La presente edición incluye seis nuevas entradas: “Indio”, “Inventión de América y el problema del otro”, “Memoria colectiva-Memoria social”, “Mestizaje-Heterogeneidad-Transculturación-Híbridez”, “Panhispanismo” y “Populismo”. Asimismo, se han recuperado dos entradas de la versión norteamericana (“Prójimo-Vecino” y “Securitas”), una del primer volumen de la versión brasileña (“Intraducción”) y otras dos de la obra colectiva dirigida por Barbara Cassin *Philosopher en langues. Les intraduisibles en traduction* (París, Éditions Rue d’Ulm, 2014). Se trata del término hebreo “*Erev Rav*” (mezcla o mezcolanza) y del árabe “*Šarī‘a*” (ley o vía). Nada de esto se señala en el paratexto de la obra.

Dicionário dos intraduzíveis. Um vocabulário das filosofias (2018) para, finalmente, recuperar en español la preeminencia del “vocabulario”, pero extendido a todo Occidente y no solo al mundo europeo (situación que, como vemos, las dos versiones ya traducidas, extrañamente o no, omiten). Sin embargo, el lector de este diccionario debe saber que, pese a ello, se encuentra ante una obra de innegable factura francesa, es decir, ante la traducción de un diccionario de intraducibles. Y es esta doble situación la que despierta algunos interrogantes.

El primero de ellos está vinculado con una ilusión de simetría que se opera entre el francés del *Vocabulaire* y su versión traducida en el *Vocabulario*, en particular, cuando la obra original registra peculiaridades o dificultades de intraducibilidad filosófica en algunos términos de lengua francesa, términos que, al ofrecer una traducción literal de sus entradas, se apropian como dificultades equivalentes en nuestro idioma, una transparencia que solo parece sostenerse en la analogía gráfica y la historia semántica que como lenguas romances ambas puedan compartir, pero que, inevitablemente, desatiende la experiencia material que trasunta cada signo cuando se traslada a un contexto cultural diferente como el español. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, con la entrada “Deber”, traducción de “*Devoir*”: las posibilidades de intraducción de la palabra solo consignan sus variaciones en lengua francesa, italiana, inglesa y alemana sin que el español tenga un lugar allí. En

otros casos como “Chiste”, la explicación pierde una parte de su efecto histórico puesto que remite enteramente al original “*Mot d’esprit*”, término que, tal vez, hubiera sido más razonable conservar en francés. En este aspecto, el *Vocabulario* sigue siendo una obra claramente situada que responde a intereses, preocupaciones y envíos bibliográficos propios del *Vocabulaire*, cuestión que se quiere tal vez inevitable, pero no menos paradójica, sobre todo para un diccionario que rastrea la problemática multicultural de lo que no cesa de traducirse. Esto también sucede, por ejemplo, con la entrada “Barroco”, traducción literal de la original francesa en cuyo contenido no se alude a los términos intraducibles que puedan alojar las importantes tradiciones barroca o neobarroca española e hispanoamericana. El lector sí encontrará en la entrada “*Concetto*” un recuadro especialmente escrito para esta versión consagrado al conceptismo en Gracián y Quevedo. Pero esta ilusión de simetría provoca otra consecuencia en aquellos términos que el *Vocabulaire* incluye en español, tales como “Acedia”, “Desengaño” o “Duende”. Tras desembarcar en el *Vocabulario*, estos vocablos pierden parte del estatuto de intraducible que originalmente tenían en el *Vocabulaire*, indistinción que, al no aclarar que se presentó en español en el original, diluye la razón de su presencia en el *Vocabulario*. Por ese motivo, en esta edición son pocas las entradas cuyos intraducibles se han mantenido en francés (“*Goût*” es uno de ellos), criterio que termina

dándole a esta lengua un efecto de neutralidad o inmanencia ciertamente no deseado.

Podríamos hacer una observación inversa respecto de las entradas que sí fueron renovadas para esta versión. Tal es el caso de “Español, Castellano”. Mientras que en la versión francesa la entrada “*Espagnol*” se concentra en aquella diferencia tan propia de nuestra lengua entre los verbos “ser” y “estar” así como en algunos de sus efectos filosóficos en Heidegger o en Xavier de Zubiri, la edición española elimina esa entrada y la reemplaza por otra que cambia por completo la problemática: la diferencia entre el “español” y el “castellano”. Este tipo de sustitución presupone que el público hispanoamericano atiende a intereses que no se corresponden con los desafíos específicos que la lengua española le impone a la cultura francesa, algo que, sin dudas, es así, pero que se revela discordante cuando la versión española reproduce íntegramente la edición original sin mayores añadidos. Cabe preguntarse cuál es el propósito de penetrar en aquello que Voltaire acuñó como “mismidad” al procurar un contenido local y familiar para cualquier lector culto de habla española tras abandonar la perspectiva en alteridad que brindaban las entradas francesas. Y allí tenemos, en suma, los dos extremos posibles de una disyuntiva difícil de resolver que no solo está sujeta a un criterio de mera decisión lingüística, sino a la forma de operar un equilibrio que le proporcione a los lectores del *Vocabulario* una sólida herramienta científica (algo que, sin duda, ya es) sin que por ello pierda su identidad

el proyecto original de Cassin, creado, en su origen, para un público francés. En este sentido, un estudio preliminar un poco más exhaustivo quizás hubiera ayudado a problematizar estas cuestiones.

Otro orden de interrogantes lo plantea el tipo de criterio que se utilizó para incluir nuevas voces que le dieran al *Vocabulario* un asiento más local. Cualquiera sea la versión que consultemos, el proyecto de Cassin (cuyo origen se remonta a mediados de los años 1990) responde a una idea de filosofía avezada por un paradigma multicultural y posmoderno, es decir, sensible a las prácticas deconstructivistas y decoloniales, a la relevancia hermenéutica del psicoanálisis y al valor estético de la literatura, del lenguaje como entidad autárquica y de la filosofía como instrumento ideológico, una apertura que sigue llevando la impronta de aquellos tiempos y que ha permitido concebir entradas para conceptos que trascienden el mero ámbito disciplinar. También es innegable que la especificidad filológica del *Vocabulario* se advierte, por así decirlo, más controlada al indagar términos de origen francés o alemán, latino o griego como “Conciencia”, “*Wert*”, “*Intellectus*” o “*Praxis*”, vigilancia que, cuando incluye voces en otras lenguas, pierden estas buena parte de su polifonía etimológica y filológica en pos de un análisis de corte más cultural, político o social, tal como ocurre con “*Agency*”, “*Civil Rights*”, “*Vergüenza*” y con todas las entradas incorporadas por la versión española. Esta plasticidad en el escrutinio de los intraducibles

(que aleja el *Vocabulario* aun más de un diccionario clásico como el de Ferrater Mora), es la que permite que la versión española albergue términos oportunos como “Populismo” o “Memoria colectiva, Memoria social” que, de otro modo, se verían más propicios para una edición actualizada del no menos clásico *Diccionario de ciencias sociales y políticas* de Torcuato Di Tella. Y es por ello que la versión mexicana tampoco deja de ser una obra situada y recorrida por un cierto presentismo político: no solo por el sesgo de las nuevas entradas, sino también porque, así como la edición en inglés es, en realidad, norteamericana y la versión en portugués se pergeñó

en Brasil, esta versión española es de clara cosecha latinoamericana, algo netamente perceptible en la elección de nuevas entradas como “Indio” o “Invención de América y el problema del otro”, esta última, de clara inspiración ogormaniana. En todo caso, no son estas más que observaciones e interrogantes que no obliteran en absoluto una obra señera cuyo impacto se adivina sumamente prometedor. Se trata de un esfuerzo ciclópeo y admirable tanto por su producción y logística como por su pericia en la traducción de cualquier versión que consultemos: toda una epopeya necesaria para una época como la nuestra en que las

Humanidades continúan resistiendo el hostil acecho de una sociedad que, como ha señalado Nuccio Ordine, no encuentra en ellas ninguna utilidad. La continuidad del proyecto de Cassin, en fin, permitirá que el *Vocabulario* se convierta en una pieza clave en aras de una comprensión más precisa, acabada y honesta de una cultura occidental que todavía no se atreve a reconocer en qué medida, siguiendo a Dipesh Chakrabarty, ya se ha “provincializado”.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento

Marisa González de Oleaga,
Itinerarios. Historiografía y posmodernidad,
Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2019, 271 páginas

La aventura historiográfica iniciada por Marisa González de Oleaga en este texto es, a todas luces, un significativo aporte a un campo escasamente transitado por los especialistas latinoamericanos y españoles. La autora plantea su texto como un manifiesto, un camino de incierta traza o, mejor aun, “una experiencia de lectura”, más que como un estado de la cuestión o un ejercicio erudito sobre determinadas polémicas historiográficas. Frente a la elección de relatos que se puedan encasillar y rotular claramente, este es un recorrido por productos híbridos construido sobre los aportes anglosajones en relación al debate de la posmodernidad (o lo posmoderno), poco conocido o directamente vilipendiado quizá por desconocimiento en América Latina. Un ejemplo se puede encontrar en la extensa obra de Julio Aróstegui de amplia circulación como manual y guía metodológica entre hispanohablantes, que menciona el influjo del posmodernismo frente a la crisis de la historia en el anticientificismo, una retórica del discurso frente a la estructura social, el deconstruccionismo frente al contextualismo, el ficcionalismo y orientaciones que, a fines del siglo xx, habían ido virando a la reconstrucción literaria del pasado, la interpretación semiótica, la exploración micro-

antropológica. En general, las posturas relativistas rechazaban según esta visión las anteriores pretensiones de encontrar explicaciones teóricas generales en el estudio de la historia.¹

González de Oleaga demuestra similares preocupaciones a las que expone en *Itinerarios* en su prólogo de la versión en español de *Rethinking History*, de Keith Jenkins (publicado en 1990 en inglés). Este libro es una suerte de guía, un trabajo provocador que analiza los presupuestos epistemológicos de la historia. Jenkins, lejos de conducir a la autodisolución del conocimiento, entablaba con los lectores un diálogo no carente de humor en el medio de una crisis, aunada al significado profundo de su práctica. Este autor indicaba que un abismo ontológico entre pasado e historia, que separa la naturaleza de las cosas, implica que no es posible realmente a través de una metodología específica conocer el pasado; los métodos históricos constituyen una serie de rigurosas técnicas, habilidades, conceptos y rutinas que conducen a la objetividad, pero esos conceptos claves con los cuales se trabaja son construcciones recientes, y parciales. En resumen, la

historia es un campo de batalla donde se construyen interpretaciones del pasado de manera ideológica. El texto de Jenkins tardó casi veinte años en publicarse en español, situación que permite entender en parte las dificultades y las controversias disciplinares y la extensión o no del debate en tierras no anglosajonas.²

González de Oleaga registra en *Itinerarios* aportes académicos relevantes en diferentes sustratos y disciplinas: filosofía, antropología, lingüística y, por supuesto, historia. En principio, el texto denota una advertencia sobre, justamente, una preocupación a tono con las críticas al posmodernismo: el relativismo del “todo vale”. En la introducción, se alerta en relación a la riqueza de las interpretaciones que abrió la crisis historiográfica de fines del siglo xx, y, sobre todo, respecto a la importancia de advertir la dimensión performativa del lenguaje.

Itinerarios aloja varias respuestas y a la vez interrogantes a las nociones generales sobre la objetividad racional del discurso histórico, las formas expositivas y los límites del lenguaje y, en general, a las críticas sobre el relativismo y el nihilismo posmoderno. Relataremos

¹ Julio Aróstegui, *La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001.

² Keith Jenkins, *Repensar la historia*, Madrid, Siglo xxi, 2009, p. 25.

algunos de estos caminos, ya que es imposible abordarlos todos en su enorme complejidad interpretativa. Pondremos el eje en determinados debates que la autora, con paciencia y denodada maestría, reconstruye a la luz de discusiones actuales.

La reflexión está encabezada por la frase “There is no King in Israel”, cita de la obra clásica de Peter Novick *That Noble Dream. The Objectivity Question*.³ Funciona como metáfora de la libertad de pensamiento epistemológico por sobre la de la seguridad que otorgaban los paradigmas explicativos teóricos propios del estructuralismo. Al mismo tiempo, González de Oleaga indica cómo a mayor autonomía teórica, encontramos mayor responsabilidad, dado que este abandono de líneas determinadas implica, con sus límites y sus promesas, un recorrido solitario y no ya la posibilidad de una validación teórica de determinadas escuelas.

En este sentido, el texto hace suyo el debate sobre la posmodernidad, plagado ciertamente de malos entendidos.⁴ Y lo hace ubicándose en un registro que, lejos de ser expositivo, persuade con múltiples (y acertadas) metáforas, donde se dibujan las dificultades teóricas

del lenguaje y de la historia. Por ejemplo, en diálogos imaginarios entre historiadores e historiadoras se desenvuelven las críticas más elaboradas a la posmodernidad. En esa elección se permite un dinamismo y apertura que no es posible clausurar con una definición o resultado estático. Así, las conversaciones entre Geoffrey Elton, Christopher Norris, Lawrence Stone, Gabrielle Spiegel, Norman Stone, Terry Eagleton y Gertrude Himmelfarb proporcionan el andamiaje para entrever las renuencias a las nociones “relativistas”.

González de Oleaga sintetiza de manera original tales detracciones y críticas, a veces virulentas. En primer lugar, la historiografía bajo el giro lingüístico neutralizaría esa supuesta “función social” de la historia. Es decir, las explicaciones sobre la transmisión de los logros culturales de la humanidad, el funcionamiento de la sociedad y el análisis de sus transformaciones. Al negársele o carecer de la certeza en esos campos tan sensibles, la investigación también desestabilizaría la utilidad del conocimiento histórico, con lo cual el debate epistémico se transforma en uno sobre la ideología y el poder. En segundo lugar, las críticas a la posmodernidad con su antirrealismo llevan implícita una sospecha: la falta de profesionalismo y una defensa corporativa hacia aquellos dispuestos a “salir” del escenario demarcado. Los “rebeldes”, como Patrick Joyce, Catriona Kelly o Wulf Kansteiner, pueden también ser acusados de forzar una ruptura

epistémica para hacerse de un espacio académico en un medio sobrepoblado y altamente competitivo.

González de Oleaga elige revisar el aparentemente confuso espacio posmoderno pero no para gestar un “estado de la cuestión” propositivo, sino una narración polifónica. En ella, las formas tienen tanto que ver con el fondo: son ilegibles e imposibles de visualizar uno sin las otras. La autora alerta sobre la importancia de “modos y maneras” literarias, es decir, sobre la importancia de una escritura no exclusivamente técnica con sentido expositivo. Se alude a la significación profunda de la “forma” del texto y tal cuestión es claramente un guiño para que la búsqueda del rigor y la erudición no encuentre en el achatamiento propio de una supuesta objetividad narrativa el “*rigor mortis*”.

A los debates sobre el contenido de la forma de la narración se unen otros interrogantes sobre la evidencia, es decir, la prueba de la existencia de una realidad. Para muchos de los detractores de la posmodernidad, esa sustancia está en el pasado y depende por lo tanto de su “descubrimiento”; pero no asume la posibilidad de que esa especie elusiva y esencial pueda ser lo no dicho, la negación. González de Oleaga destaca una metáfora de Frank Ankersmit, uno de los más conspicuos posmodernos, para definir ambas posturas gnoseológicas: para los partidarios de la ciencia moderna, la evidencia es una baldosa que, al levantarla, les permitirá conocer; para los

³ Peter Novick, *That Noble Dream. The 'Objectivity Question' and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

⁴ Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, “El posmodernismo y la crisis de la modernidad”, en L. G. Morales Moreno (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 108-148.

posmodernos, sin embargo, no significa más que el sitio desde donde moverse hacia otras. En resumen, si se pudieran definir esas diferencias, el primer ejercicio sería vertical, mientras que las lógicas posmodernas apuntan hacia una constante búsqueda horizontal, ciertamente más difícil de encasillar y encerrar, pero no por ello acientífica.

Itinerarios permite así entrever los aspectos nodales del alcance indeterminado y elusivo de las llamadas teorías posmodernas (que a su vez la autora define como inexistentes en tanto que conjunto). Y, mucho más, permite comprender las posibilidades

abiertas para hibridar tradiciones y pensar sobre las prácticas más allá de los paradigmas centrados en el documento y su lectura. Historiadores e historiadoras se han cuestionado ya de manera contundente que a través de un lenguaje se refleja la realidad y se administra el acceso a una verdad histórica. Si bien esa ficción no se puede mantener, es difícil encontrar asidero en la inestabilidad que, según sus críticos, inaugura la versión contrapuesta y posmoderna de la historia. González de Oleaga apuesta por “una imperiosa demanda de deseo frente a la tiranía de la norma”. Enemiga de clausurar y de etiquetar, propone, presenta y argumenta

sin prescribir un “querer ser” errático frente a un “deber ser social, político y cultural”. En la apertura de estas opciones, el libro admite honestamente la imposibilidad de condensar todos los aportes sucedidos a través de varias décadas. Pero, sin duda, demarca un derrotero en estos apasionados debates que sobresalen de la historia y se desplazan hacia nuestra forma de conocer también en el presente.

María Silvia Di Liscia
IEHSOLP-Universidad
Nacional de La Pampa /
CONICET

Federico Neiburg y Jane I. Guyer (eds.),
The Real Economy: Essays in Ethnographic Theory,
Chicago, HAU Books, 2019, 299 páginas

El volumen colectivo *The real economy: Essays in Ethnographic Theory*, recientemente editado por Federico Neiburg y Jane Guyer, representa una interesante apuesta en varios sentidos. En primer lugar, combina el interés de quienes lo editan en la etnografía como método y su aplicación para el análisis del mundo económico. Siguiendo sus trabajos de los últimos años, Neiburg y Guyer se interrogan acerca de la economía real y dejan en evidencia una serie de tensiones. Es un abordaje que contempla algo que podríamos definir como economía práctica. Aquí cobra notoriedad una de las primeras tensiones que el libro recupera: la economía, en tanto disciplina científica, estableció generalidades y, a partir de ellas, teorías con pretensión universal. La economía real, por su parte, muestra el límite que aquellas teorizaciones experimentan en la puesta en práctica. El foco del trabajo es que esa amplia zona de lo real deja en evidencia la tensión entre teoría y práctica, entre generalizaciones y prácticas, central para el caso de la economía, cuya particularidad es la de ser a la vez conceptualización y práctica.

Entre otras cosas, lo real de la economía se cristaliza en aquello que es traducido en índices que adquieren reconocimiento más allá de la

comunidad de expertos: índice de precios al consumidor, por ejemplo. Esos indicadores son los que enuncian las crisis: cuando determinado valor se ubica por fuera de lo considerado normal en determinado consenso experto se está frente a una crisis. A partir de las situaciones críticas, el volumen hace foco en otra tensión, la relativa al tiempo: la economía real permite planificar, temporizar. Las crisis, como sostuvo Claudio Lomnitz,¹ rompen con las temporalidades consideradas socialmente como normales. Cuando los valores de los indicadores de la economía real muestran alternaciones respecto de los parámetros acordados como normales, aquello que estaba planeado, que podía esperarse que suceda, queda pendiente. Lo real y lo turbulento, sostienen Neiburg y Guyer, convergen. Las crisis, incluso, pueden dar lugar a las emergencias económicas, otra forma de cristalización: ante índices por fuera de lo deseable se establece legalmente la noción de emergencia, que habilita a la toma de decisiones que no tendrían lugar en situaciones acordadas como normales. La crisis vivenciada como real lleva a cambiar las expectativas basadas en teorías.

Las excepciones y las emergencias, aquellas situaciones donde se suspende lo que “debería ser”, marcan, en todo caso, el límite de las teorías y el dominio de la práctica.

Las crisis son situaciones oficializadas como tales a través de algún discurso experto: económico en este caso, pero que aplica a muchos otros, como la actual crisis sanitaria enunciada por epidemiólogos y sanitaristas. El foco en la economía real revela que puede experimentarse como situación crítica a nivel personal o colectivo aun cuando “la macro” no esté en crisis. Así, el volumen invita a despojarse de binarismos: lo real y lo formal son parte de un mismo sistema, aunque no siempre la investigación o la política económica atiendan a los dos espacios de la misma manera. Este foco devuelve al análisis académico a todo un mundo igualmente constitutivo de lo económico. Esto conecta con un tercer eje que recorre el libro: el de lo moral. Si en el comportamiento económico nada es individual, la mirada etnográfica sobre la economía real recupera el comportamiento económico social y con ello las moralidades asociadas al (y producto del) mundo económico.

El volumen ofrece un variado panorama donde ver la economía real. El capítulo de Fabian Muniesa aborda la educación práctica de las

¹ Claudio Lomnitz, “Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City”, *Public Culture*, 15, 1, enero de 2003.

escuelas de negocios, donde se expone al alumnado al análisis de casos reales para su resolución hipotética. La reproducción de lo real resulta sustantiva: se dispone de información económica acerca de las compañías que son tomadas como caso, y se establece una limitación horaria para la resolución como réplica de un plazo perentorio, que repite el manejo del tiempo en una situación real. Las presentaciones de los equipos que analizan los casos hacen lo propio en una suerte de juego de rol: se visten como agentes económicos, como se espera que vistan gerentes de empresas, y se presentan como tales. Esa teatralidad asume el supuesto de que hay un único comportamiento económico real, y monta un enorme aparato institucional para crear estas situaciones.

El capítulo *Deductions and counter-deductions in South Africa*, de Deborah James, focaliza en el sistema de microcréditos y cobranzas formales, informales y en algunos casos ilegales en Sudáfrica. Lo informal de la economía deja en evidencia los límites del poder estatal, y en este sentido este capítulo dialoga con la literatura de antropología del Estado que marca la limitación de asumir que la realidad institucional de los Estados puede caracterizarse a partir del estudio de sus instituciones formales. Entre otros, los trabajos de Abrams, Gupta y Mitchell² dan cuenta de que los procesos de

formación de Estados, en particular en el mundo periférico, son permanentes, incompletos, heterogéneos y parcialmente informales. El capítulo marca muy bien la disputa entre diversos actores por determinar qué y cómo definir lo que debe hacerse. También presenta la apuesta que realizan los actores entre el espacio económico formal y el informal, sacando ventajas de cada uno de ellos. Es un hallazgo de este volumen el foco en esa zona gris, ese entre espacio entre lo formal y lo informal. En *A political anthropology of finance in cross-border investment in Shanghai*, Horacio Ortiz analiza reportorios económicos entendidos como imaginarios: prácticas y significados que construyen ecosistemas, y donde los actores se desenvuelven de manera diferente, según su labilidad y creatividad. El capítulo propone una antropología política de las prácticas financieras cotidianas, y evidencia los múltiples imaginarios sobre las ganancias puestas en juego en las negociaciones y cómo a su vez se combinan con, y dan forma a, los imaginarios sobre el Estado y la identidad cultural. Ese Estado involucra a actores en los márgenes, que no son necesariamente miembros de la burocracia, sino que se asientan en las zonas grises y que las contribuciones de este libro recorren hábilmente. En la misma línea, en *Making workers real on a South African border farm* Maxim Bolt indaga en la vida burocrática de los trabajadores negros migrantes en granjas de frontera entre Zimbabue y Sudáfrica y en el estatus legal de trabajador que

les permite, también, el desarrollo de otras actividades. El reconocimiento como trabajadores, sostiene Bolt, los hace visibles a las autoridades y merecedores de estar allí, lo que aun en la fragilidad administrativa supone una realidad. Sin embargo, la actividad real no se restringe a lo medible de la economía, ya que, justamente, el estatus legal de trabajador habilita a (o se combina con) prácticas no registradas. La economía real pivotea entre lo registrable y lo oculto. Esto incluye la escasa capacidad estatal para llegar con su registro a los trabajadores que quedan bajo la órbita de las granjas y sus dueños, que hasta negocian la emisión de un documento de identidad propio: quedan fuera del estatus de refugiado y los define como trabajadores. Y, a la vez, jaquea la capacidad estatal para el control de su territorio porque confina a los trabajadores a vivir solo en y para la granja que los emplea.

En *Resisting numbers. The favela as an (un)quantifiable reality*, Eugênia Motta analiza la estadística como herramienta para crear realidad. Sostiene que esa disciplina ha sido funcional a una representación de las favelas en Río de Janeiro al definir las como un aglomerado subnormal. Esta tipificación, que normalizaba un modelo de urbanización como el único legítimo, contribuyó a separar y diferenciar las favelas respecto del resto del tejido urbano del que forman parte. Motta encuentra que el análisis estadístico definió a las unidades domiciliarias independientes sin tener en cuenta una configuración

² Philip Abrams, Akhil Gupta y Timothy Mitchell, *Antropología del Estado*, México, FCE, 2015.

mucho más fluida que se da en la favela. Ese diseño estadístico, pensado para un tipo de urbanización distinto y tomado como estándar, no pudo captar esta especificidad.

En *What is a 'real' transaction in high-frequency trading*, Juan Pablo Pardo-Guerra se interroga acerca de lo real en el capitalismo financiero informatizado y automatizado. Trabaja así analizando la interacción de infraestructura tecnológica, conocimientos, transacciones y categorías, y en las relaciones, aun efímeras, que se establecen en cada transacción financiera en el microsegundo de su duración. Sostiene que esas relaciones son tan reales que se han establecido reglas para identificar y evitar, y eventualmente penar, la manipulación, las compraventas falsas que buscan alterar los precios de las acciones. Aunque esa práctica desleal existía en la comercialización cara a cara, las implicaciones morales del anonimato impuestas por la tecnologización son otras, y ponen en juego la condición de real asociada al propio sistema financiero.

En *Soybean, bricks, dollars, and the reality of money in Argentina* Mariana Luzzi y Ariel Wilkis analizan los repertorios financieros que tuvieron lugar en la Argentina a partir del control oficial del mercado de cambios, a partir de la existencia de una pluralidad de monedas disponibles en la economía real de manera simultánea, que se ordenan jerárquicamente producto de imaginarios y prácticas. Plantean que esas jerarquías no son estáticas sino múltiples, en

conflicto, temporales y relacionales. Así, las analizan a partir de dos casos específicos: el mercado de desarrollo inmobiliario y el de la soja, productos que establecen sus precios en relación con el dólar, y funcionan como monedas que se pueden intercambiar, vender o negociar por otros bienes. Se trata de un sistema de conversión *ad hoc* establecido como práctica en la economía real.

En *Corporate personhood and the competitive relation in antitrust* Gustavo Onto analiza la supervisión oficial antimonopolio en los procesos de fusión de empresas dedicadas a la educación privada en el Brasil. La complejidad que identifica el autor es que en el mercado actúan casi exclusivamente corporaciones y personerías legales; entidades corporativas con naturaleza tanto jurídica como económica, antes que personas a título individual. Se trata de encontrar conductas económicas más allá de quién las lleve a cabo. Según Onto, la financiarización económica de los últimos años complejizó el rastreo de los datos que realizan los oficiales públicos dedicados a evitar la cartelización económica, quienes debieron identificar los lazos reales detrás de la aparente independencia entre firmas. En otras palabras: identificar las relaciones económicas reales que se ocultan en la opacidad del andamiaje legal.

En el capítulo *How will we pay? Projective fictions and regimes of foresight in US college finance*, Caitlin Zaloom indaga en el establecimiento de una moral alrededor de la planificación financiera que las

familias de los Estados Unidos hacen para que sus hijos e hijas accedan a la privativa educación superior. Considera que esa planificación es la economía real producto de las políticas financieras públicas y privadas y su mella moral en la vida familiar. El acto de planificación económica supone la apelación a actos imaginativos que denomina ficciones proyectivas, historias morales que organizan una visión de futuro sobre la base de las actividades económicas del presente. Analiza el sustento ficcional sobre el que cada una de las políticas sociales se apoyan, y a la vez contribuyen a sostener. Estas ficciones proyectivas supusieron, además, el establecimiento de marcos temporales diferentes (que en la actualidad suponen décadas de anticipación financiera) que moldean los comportamientos familiares.

Fernando Rabossi analiza la construcción mediática del contrabando como problema de la economía brasileña en *Smuggling realities On numbers, borders, and performances*. El autor se detiene en el flujo comercial no registrado en la frontera entre Brasil y Paraguay para atender todo aquello que no se registra, pero también es lo real del contrabando: los puestos de trabajo y la riqueza que generan. El capítulo analiza los vínculos entre los medios de comunicación, las organizaciones promotoras y las celebraciones alusivas, como el Día de combate del contrabando, que dan como resultado la instalación del fenómeno como problema nacional fundado en números de dudosa factoría, “un

disparate de fuentes, suposiciones y manipulaciones” que busca invisibilizar el lobby y la agenda oculta: el reclamo corporativo por la reducción de impuestos.

El volumen cierra con un epílogo en el que Bill Maurer se interroga acerca de los límites y las potencialidades del método etnográfico para la definición y el abordaje de los fenómenos económicos.

Sostiene que la etnografía permite recuperar la polifonía, las diferentes temporalidades y, agregamos, las moralidades que la economía pone en juego. En general, los trabajos del volumen sortean con éxito el desafío. Y uno de sus mayores hallazgos es exponer las variopintas caras de lo real, que permiten vincular lo general con lo particular, y el caso específico con preguntas

teóricas e intereses generales. De otro modo, recuperar lo real a partir de casos obligaría a una escala borgeana que daría por resultado un mapa del imperio grande como el imperio.

Jimena Caravaca
CIS-Instituto de Desarrollo
Económico y Social /
CONICET

John Krige (ed.),

How Knowledge Moves. Writing the Transnational History of Science and Technology, Chicago, The University of Chicago Press, 2019, 444 páginas

El hecho de que las ideas viajen es objeto de análisis de la historia intelectual y cultural. No solo, pero fundamentalmente, este objeto ha sido leído en clave de circulación y recepción. Desde la diferencia entre el contexto de surgimiento y el de recepción, su fuera de lugar, pasando por el malentendido, sabemos que las ideas viajan y que al viajar se transforman. Pero, ¿cómo viajan? La historia intelectual ha avanzado en responder esta pregunta identificando a los sujetos y los objetos que transportan las ideas: intelectuales, en sus más diversas formas o definiciones, y materialidades como libros y revistas –aunque no solamente–. Asimismo, se ha avanzado en establecer los vasos comunicantes o redes por donde circulan esos sujetos y objetos que movilizan las ideas. *How knowledge moves*, el libro editado por John Krige (Georgia Institute of Technology, Atlanta) indaga, en los trece capítulos que componen el volumen, la materialidad, la forma encarnada y social en que un tipo de idea (el conocimiento científico) junto a prácticas y tecnologías se movieron entre los Estados Unidos y países asiáticos, africanos y latinoamericanos durante la Guerra Fría. Este período ha adquirido un especial interés historiográfico y comienza a mostrarnos un mundo más

flexible, dinámico e interrelacionado que la imagen de “bloques” fijos que se solía tener sobre esa época. Especialmente, el “internacionalismo de la ciencia” permite ver un momento de alta circulación global del conocimiento en un contexto donde las fronteras y los proyectos nacionales se fortalecieron. Esta nueva imagen se revela, sin dudas, a través de la perspectiva transnacional en la que este libro se inscribe.

La pregunta por cómo viaja el conocimiento se responde aquí a través de las herramientas de la historia de la ciencia y la tecnología. Adquieren especial interés en la obra la agencia de lo no-humano expresado en artefactos, reportes, manuales, semillas clonadas, o la geografía de un lugar, o la materialidad y lo mundano. El viaje en tanto práctica o acción social permite trazar las trayectorias, redes, flujos, y las fricciones que el “internacionalismo científico” conlleva. Este internacionalismo, eje que aúna las historias analizadas en el libro, aparece como objeto de escrutinio y crítica. La historia global o transnacional es el marco principal desde donde parte esta crítica, buscando explícitamente no solo cuestionar el nacionalismo metodológico sino también la excepcionalidad

norteamericana. Si bien se parte de un reconocimiento de la hegemonía de los Estados Unidos, se muestran las porosidades de este país y las relaciones de intercambio, tensiones y contestaciones sobre la que esa hegemonía se sostiene.

La pregunta principal del libro reside en cómo teorizar y escribir la movilidad de los sujetos, conocimientos, técnicas y tecnologías que atraviesan fronteras nacionales; cómo circulan conformando diversas redes sociales e institucionales que hacen posible ese internacionalismo, usualmente conceptualizado como transferencia científico-tecnológica. Los autores descartan reproducir el concepto de transferencia por la linealidad que esta supone en el modo de concebir la relación de producción y circulación de ciencia y tecnología, la simplificación de la relación entre un país emisor que produce y otro receptor que adopta, y la acentuación de una relación centro y periferia que responde a teorías de la modernización propias de la Guerra Fría. La idea de transferencia también connotaría la neutralidad política y el valor de verdad atribuido al conocimiento por parte de la comunidad internacional de científicos. Esta valoración de neutralidad y autonomía es justamente

cuestionada. También se busca evitar la simplificación de la hegemonía como una relación de subordinación pasiva.

En el libro no se desconocen las asimetrías de las relaciones entre países con un alto grado de desarrollo científico-tecnológico, como los Estados Unidos, con países que deben importar ese conocimiento y tecnología –muchas veces en condiciones impuestas por el “exportador”–. Por el contrario, se parte de la premisa de que las redes sociales e institucionales que sostienen el llamado internacionalismo científico durante la Guerra Fría permitieron el flujo de conocimiento, de expertos y de tecnologías, de un modo desigual y plagado de fricciones. Por lo tanto, el término “circulación” o “flujo” se descarta como concepto ya que implica muchas veces la disposición de conocimientos y tecnologías en movimiento, pero sin agentes humanos, redes, instituciones o materialidades que lo hacen posible. La circulación, de acuerdo a Kriger, implicaría cierta “vuelta” o retorno, algo que en la mayoría de los casos no sucede porque los vectores suelen ser unidireccionales o mueven las cosas en zig-zag. Se prefiere entonces utilizar la idea de “movimiento de conocimiento” encarnado en personas y cosas. Un movimiento como efecto de la agencia y el trabajo humano para cruzar bordes y crear lazos e instituciones, pero también de materialidades que facilitan, así como obstruyen ese mismo movimiento.

En los capítulos 1 y 2, por ejemplo, se analizan materialidades que actúan en

forma de dispositivos de control del flujo de personas, como pasaportes, visas, leyes y permisos de exportación que regulaban el movimiento de know-how y tecnologías. Estos dispositivos de control fueron utilizados férreamente por los Estados Unidos en este período, en el cual no solo buscaba expandir su poder científico y tecnológico sino su fuerte circulación de extranjeros en sus universidades y centros científicos. Esto último implicaba un control ideológico sobre los sujetos que iban a formarse a ese país, especialmente si se sospechaba que estaban asociados al comunismo, y sobre lo que estos individuos pudiesen llevarse “a casa” en términos de conocimiento. Entraba en conflicto la voluntad expansiva que obligaba a atravesar fronteras y movilizar y controlar personas, objetos e ideas, ante el peligro de que la circulación vulnerase la seguridad nacional; una tensión entre el campo científico, académico y militar.

Otra forma en que la materialidad se revela en el libro, como en los capítulos sobre el Landsat en el sudeste asiático (1975), de Neil Maher, o el proyecto italiano San Marcos en Kenya (en la década de 1960), analizado por Asif Siddiqui, está referida a la complejidad de la red transnacional de satélites, sostenidos con infraestructuras en tierra que precisaron acuerdos entre naciones en un contexto político atravesado por procesos de descolonización o guerras. En su capítulo, Siddiqui pone de relieve la importancia de lo local; en este caso, el sitio de emplazamiento

de la infraestructura terrestre para el lanzamiento de satélites. La idea de “sitio” le sirve aquí como concepto espacial que permite dar un lugar –dislocado, por cierto– a las múltiples escalas (local, nacional o global) involucradas en proyectos de este tipo.

Siddiqui también crítica, desde una perspectiva poscolonial, las ideas difusionistas del conocimiento, así como la de coproducción y el encuentro que puede sugerir el concepto de circulación. A lo largo del libro se estudian las asimetrías y las relaciones de poder a través del rol de lo local en la construcción de las redes transnacionales y la tensión entre el internacionalismo científico con la soberanía nacional. Se hace énfasis en cómo lo local moviliza recursos, tiempo y dinero en la creación y mantenimiento de dicha internacionalización, y en la forma en que la política habilita o constriñe los flujos de saberes y expertos. Un ejemplo de esto último es el modo en que los proyectos nacionalistas de desarrollo en Latinoamérica se sostienen con programas educativos y científicos norteamericanos, y al mismo tiempo los miran con recelo o se interrumpen ante desacuerdos políticos entre las naciones (por ejemplo, capítulos 8, 10, 11, 12).

La relación entre científicos y técnicos representa también sitios privilegiados de observación. Los autores indagan las asimetrías de las redes de científicos, pero también observan las potencialidades para generar lazos comunitarios horizontales. La primera situación refiere a la

disparidad en el conocimiento científico o experticia técnica entre los propietarios de la tecnología, los norteamericanos, y aquellos que hacen de “soportes” locales de los proyectos. Las instancias de capacitación técnica aparecen aquí como lugar de transferencia, aunque siempre limitada, de conocimiento. Sin embargo, esto no garantiza la misma accesibilidad al conocimiento, ya que la información y sus procesamientos solían quedar en manos de los Estados Unidos. La desigualdad en estas relaciones también se observa cuando se desdénan los saberes locales. Este es el caso, por ejemplo, analizado por Miriam Kingsberg Kadia sobre los científicos sociales norteamericanos en el Japón (1945-1952) donde el desdén por el conocimiento local se daba no sin cuotas de racismo o prejuicios sobre la cultura japonesa. No obstante, como se demuestra en varios capítulos, la producción internacional de conocimiento siempre requiere de los saberes locales y estos, además, a veces también ganan en el intercambio (aunque desigual) con los Estados Unidos.

Otros capítulos observan las redes de científicos y ponen de relieve la generación de lazos comunitarios. Observar estas relaciones sirve para alumbrar el rol de agente de circulación de conocimiento que tienen los científicos y técnicos, la voluntad y el capital social para tejer redes entre sociedades y culturas diferentes. Tal es el caso del científico mexicano Manuel Sandoval Vallarta, quien trabajó en el MIT y promovió redes interamericanas

de ciencia (capítulo 8). En este aspecto, también se observa la habilidad para moverse entre espacios sociales, académicos y gubernamentales, entre lo formal y lo informal, como muestra Michael Baranay al abordar la vida del matemático Harry Milton Miller, miembro ejecutivo de la Fundación Rockefeller. Estas diferentes relaciones permiten a Miller la movilización del conocimiento o la superación de obstáculos burocráticos.

Hacer foco en las relaciones y los contactos entre sujetos muestra no solo el flujo de científicos y técnicos sino también las fricciones que producía cruzar las fronteras en momentos en que la ideología y la nacionalidad eran fuentes de sospecha o persecución. Los lazos que se tejieron entre científicos ayudaron a sobrellevar persecuciones y exilios, no solo frente a las dictaduras latinoamericanas donde, a pesar del apoyo gubernamental de los Estados Unidos, los científicos latinoamericanos pudieron exilarse en ese país gracias a los intercambios y relaciones construidas con sus pares norteamericanos, sino también frente al anticomunismo norteamericano (es el caso, abordado en el capítulo 10, del físico norteamericano David Bohm, quien se exilió en el Brasil a fines de la década de 1940).

La lealtad y la soberanía nacional tensionan también la movilidad y la hibridez cultural del internacionalismo científico. En el caso de los Estados Unidos, obliga a los sujetos a regresar a sus países de origen una vez finalizados los estudios (con la esperanza,

además, de que estos se conviertan en agentes promotores de la ciencia y la cultura norteamericana), o a permanecer en el país a cambio de renunciar a la nacionalidad original. Esto último puede observarse en el enojo que le generó al MIT la permanencia de Sandoval Vallarta en México en 1942: los directivos de la universidad –y no el gobierno– cuestionaron la lealtad del mexicano por no querer regresar a cumplir tareas de docencia que eran necesarias dado que la mayoría de los físicos norteamericanos estaban abocados a tareas militares.

La mirada transnacional, el período de Guerra Fría, el interés por la cultura material y las redes sociales que sostienen el viaje de ideas pueden verse en el libro como zonas de contacto o afinidad entre la historia de la ciencia y la tecnología, y la historia intelectual. Sin embargo, son escasas las referencias explícitas a la historia intelectual, con la excepción del primer capítulo escrito por el propio Krige, donde propone realizar una historia intelectual y burocrática sobre el rol de las visas y los permisos de exportación norteamericanos. El campo de la ciencia y tecnología define en gran medida el tipo de objeto de estudio como el tipo de sujetos analizados: físicos, matemáticos, ingenieros (agrícolas o nucleares), entre otros. También se analiza a científicos sociales o programas educativos que sí han sido abordados por la historia intelectual. La perspectiva transnacional como el contexto político de la Guerra Fría, y el

modo en que la política también modela los intercambios científicos, podrían permitir mayores diálogos entre ambos campos de estudio. Un último ejemplo de este posible diálogo se refiere a la importancia que adquieren las biografías en el

libro, en particular las de aquellos que actúan como promotores o agentes de las instituciones, asociaciones y programas internacionales educativos y científicos, y el reconocimiento a la sociabilidad de actores individuales en la construcción

de esas redes internacionales por las cuales se mueve el conocimiento científico.

Dhan Zunino Singh
Universidad Nacional
de Quilmes / CONICET

José Luis de Diego,

Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición,

Buenos Aires, Ampersand, 2019, 242 páginas

En el año 2015, la editorial Ampersand publicó en su Colección Scripta Manent *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*, de José Luis de Diego. Se trataba de una recopilación de once ensayos articulados temáticamente que abordaban la historia del libro y la edición desde diferentes perspectivas. Las versiones originales de estos ensayos habían sido difundidas en conferencias, comunicaciones en congresos, contribuciones para revistas académicas o volúmenes colectivos, modificadas especialmente para el libro.

Producto de la misma fórmula, se acaba de dar a conocer en la misma colección un nuevo título del autor: *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición*. Se trata, esta vez, de seis trabajos recopilados.

En cuanto a los contenidos, los ensayos de este nuevo libro retoman algunos de los temas del anterior: la construcción de las redes latinoamericanas de editores, los estudios de caso que contemplan políticas editoriales reflejadas en los catálogos, las consecuencias de los procesos de concentración editorial de los últimos treinta años y el impacto de la globalización en la industria del libro. Pero también incluyen temas nuevos: una formidable reflexión teórica y metodológica sobre los estudios del libro y la edición en

América Latina y un estudio literario sobre la ficcionalización de la figura del editor en un conjunto de novelas modernas que va desde *Las ilusiones perdidas*, de Balzac, hasta *Dublínscas*, de Vila-Matas.

La versión original del primero de los trabajos, “Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos”, fue una conferencia leída en un encuentro académico en la Universidad de Alcalá, concebido como un espacio de reflexión teórica y metodológica sobre los modos de hacer historia del libro. En él, De Diego aborda algunos de los problemas a los que se enfrenta nuestro campo de estudios: la distinción entre libro, edición y lectura; las limitaciones de perspectivas centradas en una escala nacional; los solapamientos entre campos disciplinarios diferentes; el carácter complejo de un objeto como el libro, que es a su vez mercancía y significación. Para De Diego, escribir es razonar. Y su estilo nunca pierde el saludable equilibrio entre la dimensión abstracta del razonamiento y la dimensión concreta de su objeto de análisis. De modo que para explicar la tensión teórica entre capital simbólico y capital económico baja al mundo de las cosas concretas y recurre al ejemplo que le ofrecen algunos de nuestros más notables editores, que actuaron

impulsados por motivaciones culturales y comerciales al mismo tiempo. Este es el caso, sostiene De Diego, de los herederos de Pedro García, que vendieron El Ateneo al Grupo Ilhsa y con el dinero de esa venta Adriana Hidalgo, nieta de Pedro García, fundó en 1999 una editorial independiente.

“En este caso, podríamos decir –afirma De Diego– que para no perder el prestigio acumulado en una trayectoria de muchos años, la familia vendió El Ateneo, y con el dinero de esa venta *recicla* su capital simbólico en otro lugar y con otro nombre, como si se reconocieran herederos de una tradición que en los noventa solo podía manifestarse plenamente en el espacio de la producción independiente” (p. 30).

En “Redes intelectuales y proyectos editoriales en América Latina”, retoma un asunto del libro anterior bajo una perspectiva teórica y metodológica que fue revisada y reformulada. Si en *La otra cara de Jano* el ensayo que abría el volumen, titulado “Editores y políticas editoriales en América Latina”, postulaba la necesidad de superar las barreras nacionales al afirmar que los estudios sobre la historia de la edición debían construir sus objetos en el espacio internacional de la lengua española, ahora el propósito es diversificar el enfoque incluyendo el

concepto de redes intelectuales. Por lo tanto, cobra interés analizar el protagonismo de ciertos emprendimientos editoriales en la difusión y consolidación de idearios americanistas desde una perspectiva novedosa, que no ve en la empresa editorial el instrumento de difusión de esas doctrinas, sino que toma en consideración “las políticas comerciales de expansión americanista de los sellos más influyentes”. En este sentido, las redes que construyen los editores en América Latina son intelectuales, pero también políticas y comerciales. Esta perspectiva, sostiene De Diego, permite “no solo considerar el americanismo como un conjunto de ideas sino también como una operación que incluye el impacto cultural y la proyección comercial de determinados catálogos en nuestro continente” (p. 55). De este modo, cuando considera el caso del Fondo de Cultura Económica de México, no se detiene en los contenidos americanistas que dejan traslucir los títulos de los catálogos de las colecciones Biblioteca Americana y Tierra Firme, sino que hace hincapié en las políticas de expansión comercial de la empresa a través de la apertura de sucursales en Sudamérica y en España y en las batallas ideológicas emprendidas por su primer director, Daniel Cosío Villegas, ante las medidas proteccionistas del Estado franquista español, que beneficiaban a su industria editorial y colocaban en una situación de desventaja a los editores latinoamericanos. Asimismo, cuando observa en el catálogo de Sudamericana

una tendencia a partir de la década de 1950 a incorporar autores argentinos y latinoamericanos, prácticamente ausentes en el catálogo de 1945, conjetura que “a medida que se iban perdiendo mercados externos por la creciente recuperación de la industria editorial española, algunos sellos, y en especial Sudamericana, empezaron a apuntar al mercado interno como estrategia de supervivencia”. Y concluye que “si el americanismo fue, para los treinta, una opción ideológica, este nuevo americanismo de los cincuenta es más bien una alternativa comercial” (p. 65).

“Un catálogo para Santiago Rueda” es el ensayo más extenso del volumen. La mera elección del objeto ya es un hallazgo, aunque la modestia de De Diego se lo haya atribuido a Ricardo Piglia, quien le habría recomendado estudiar a este editor. La importancia de Santiago Rueda reside en su carácter excepcional. De origen familiar peninsular, no edita autores españoles, ni del bando republicano ni del otro; no obstante estar situado en el polo comercial del espacio editorial, incluye en su catálogo algunos logros de altísimo valor cultural como la primera traducción al castellano del *Ulises* de Joyce, la versión completa de *En busca del tiempo perdido* de Proust y las *Obras completas* de Freud, entre otros títulos. El hecho de abordar a un editor atípico le permite a De Diego dismantelar algunos lugares comunes de la historia editorial, como la división tajante entre valor comercial y valor literario o la presunción de un patrón único para pensar la expansión

del campo editorial argentino en la década de 1940. Luego de sintetizar la trayectoria profesional del editor y subrayar sus vínculos con la editorial y librería El Ateneo, De Diego se concentra en la exhaustiva reconstrucción del catálogo y a partir de su análisis ofrece algunas precisiones sobre las políticas editoriales de la empresa. El trabajo con el catálogo es impecable. Por un lado, aparece reconstruido casi en su totalidad con 270 títulos, ordenados por autor e indicando año de edición y traductor si lo hubiere. Por otro lado, el análisis del catálogo, riguroso, creativo, exhaustivo, ofrece un claro panorama del impacto cultural que tuvo esa editorial en la segunda posguerra del siglo XX.

El siguiente trabajo, “La edición de literatura en Argentina a fines de los sesenta”, es un recorrido por la edición literaria de los sellos argentinos más destacados de esos años –Sudamericana, Losada, Emecé, Centro Editor de América Latina, Jorge Álvarez, entre otros–, donde De Diego combina el análisis de indicadores cuantitativos, como títulos por año, promedio de tiradas, cantidad de ejemplares producidos, porcentajes de exportación, con una lectura detallada de los títulos de autores argentinos y latinoamericanos publicados por cada uno de esos sellos y postula la siguiente hipótesis: desde los primeros años de la década de 1960 y hasta el año 1974 fue notorio el crecimiento del sector editorial en la Argentina. A diferencia de la “época de oro”, cuando la mayor parte de la producción

estaba destinada a la exportación, el renovado auge de ese sector estuvo impulsado por el mercado interno, un nuevo público lector que había cambiado de composición y, por lo tanto, de gusto, y comenzaba a inclinarse por autores argentinos y latinoamericanos. A través de la lectura de los catálogos, De Diego distingue las políticas editoriales de los diferentes sellos para explicar la suerte diversa que tuvieron las empresas ante los nuevos tiempos. Este estudio de caso es un notable ejemplo de rigor metodológico, en la medida en que recurre a una lectura equilibrada y precisa tanto de datos cuantitativos como cualitativos para sintetizar procesos comerciales y a su vez culturales en una misma interpretación.

El último ensayo del volumen se titula “La literatura y el mercado editorial”, una crónica de las transformaciones del mercado editorial en la Argentina en los últimos treinta años: el proceso de concentración editorial en unas pocas empresas; los cambios tecnológicos en la fabricación del libro; la emergencia de pequeñas editoriales; la consolidación de una nueva figura de editor, más vinculada

con el mundo financiero que con el mundo cultural; la intermediación de agentes y representantes; las mutaciones de los espacios de venta.

Dado que la primera versión de este ensayo fue una colaboración para el tomo 12 de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* dirigida por Noé Jitirk, el eje del trabajo indaga sobre todo el impacto sobre la producción literaria de las transformaciones del mercado editorial. El estudio aparece dominado por el proceso de concentración editorial en unos pocos grupos multinacionales a partir de los años noventa. Con una precisa reseña de las fusiones y las compras de los grandes grupos editoriales De Diego desmiente un lugar común repetido en la Argentina: el mercado del libro en español es controlado por los españoles.

También desmiente otra verdad repetida hasta el cansancio: la concentración editorial y las políticas editoriales dominadas por criterios financieros atentan contra la innovación literaria. Lo que observa De Diego es que el proceso de concentración dio lugar a la proliferación de pequeñas editoriales, que funcionan en una escala mucho

más reducida, que no sufren el acoso de las grandes casas editoras y que se han dedicado a la promoción de nuevos valores literarios.

Un rasgo característico y diferencial del trabajo crítico de José Luis de Diego es la notable capacidad para desmontar de una manera simple y contundente afirmaciones que, pese a su escaso fundamento empírico, dominan un campo de estudios a fuerza de repetirse.

Es indiscutible la gravitación que ejerce la producción intelectual de José Luis de Diego dentro de los estudios sobre la historia del libro y la edición en nuestro país. Si *Editores y políticas editoriales en Argentina* (2006) fue el punto de partida de la articulación de la producción académica en ese campo y *La otra cara de Jano* (2015) la evidencia de su consolidación, estos nuevos aportes a la historia de la edición representan un balance y una proyección que orientan el rumbo de la disciplina.

Fabio Esposito
IDIHCS-Universidad Nacional
de La Plata / CONICET

Richard J. Evans,
Eric Hobsbawm. A Life in History,
Londres, Little Brown, 2019, 785 páginas

En casi ochocientas páginas, el historiador británico Richard J. Evans ha llevado a cabo la tarea de escribir una biografía, la primera y posiblemente definitiva, de su compatriota y colega, el no menos célebre Eric Hobsbawm (1917-2012). Escribir una biografía así, dada la complejidad del personaje en cuestión, ha planteado una serie de retos, y es acaso el menor de estos el enorme volumen de información consultada para obtener una aproximación lo más completa posible a la trayectoria personal y profesional de Hobsbawm. Una primera versión de esta biografía apareció a fines de 2015 como parte de una semblanza escrita a pedido de la Sección de Historia Moderna de la Academia Británica.¹ El acceso que le brindó su viuda, Marlene Hobsbawm, y los albaceas del archivo personal de Hobsbawm convencieron a Evans de que se podía hacer algo más amplio.²

Eric Hobsbawm. A Life in History podría parecer un libro innecesario, considerando el

abundante material que el mismo Hobsbawm dejó sobre su trayectoria en entrevistas y charlas. Además, para complicar más las cosas, desde 2002 circulaba una autobiografía suya, quizá con la intención de ahuyentar a eventuales biógrafos.³ Sin embargo, su autobiografía resultó en un análisis académico y hermético de su propia vida, sin que permitiera conocer aspectos personales de sí mismo. Por ello, *Eric Hobsbawm. A Life in History* es una demostración de lo mucho que aún quedaba por conocer sobre Hobsbawm y de lo poco que sabíamos de él. Junto con los papeles personales del historiador, Evans ha recurrido a entrevistas, material complementario de diversos archivos y bibliotecas alrededor del mundo y a sus propios recuerdos como alguien que conoció a Hobsbawm –a quien amistosamente llama “Eric” en el libro– y con quien compartieron los mismos círculos. Una de las fuentes más inesperadas es el expediente personal del servicio de inteligencia británico (MI5) de Hobsbawm, a quien se le negó poder consultarlo en vida.

El resultado es una historia intelectual de Hobsbawm a través de un libro muy

detallado, con una prosa precisa, y que abarca el arco vital del biografiado, desde que sus antepasados, de origen judío polaco, se establecieron en Londres bajo el apellido “Obstbaum” hasta que se convirtió en un “tesoro nacional”, reconocido a nivel mundial junto con el prolongado período de declive de salud que llevó a su fallecimiento en octubre de 2012. Un trabajo de esta envergadura requiere de determinadas estrategias narrativas, lo cual implica enfatizar ciertos aspectos y subordinar otros. Existe una clara división en el libro, quizá no perceptible en una primera lectura, que termina por establecer una división cronológica en la biografía de Hobsbawm así como las prioridades del autor en los temas a profundizar.

La primera parte abarca los primeros cuatro capítulos, entre 1917 y 1946. El entorno familiar y las complicaciones económicas son una parte importante en la vida del joven historiador. Un padre no siempre complacido con un hijo que responde de manera distinta a su estrecha percepción de hombría así como la temprana muerte de sus padres (él por un ataque al corazón, ella por tuberculosis) marcarán a Hobsbawm mientras se desplaza de un lugar a otro, de Londres a Alejandría y de ahí a Berlín

¹ “Eric John Ernest Hobsbawm, 1917-2012”, *Biographical Memoirs of Fellows of the British Academy* 14, 2015, pp. 207-260. <<https://www.thebritishacademy.ac.uk/sites/default/files/10%20Hobsbawm%201820.pdf>>.

² Una biografía reciente, realizada a partir de archivos personales de un historiador, es la escrita por Stefan Lemny en *Emmanuel Le Roy Ladurie. Una vie face à l'histoire*, París, Hermann, 2018.

³ Eric Hobsbawm, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Londres, Pantheon Books, 2002.

para luego volver a Londres. Lo vemos asistir a los primeros años de estudio mientras mantiene los vínculos familiares en medio de la Primera Guerra Mundial, el ascenso del nazismo y la Gran Depresión, solo para entrar directamente en la Segunda Guerra Mundial. Su primer acercamiento con el marxismo se produce durante su adolescencia con la lectura de *El Manifiesto Comunista* en una biblioteca local a los 15 años (con *El Capital* tendrá menos suerte y deberá esperar hasta 1935, cuando compra su propio ejemplar y lo lee sistemáticamente) (p. 77).

La segunda parte, con el resto de capítulos y desde 1946 hasta su fallecimiento, se concentra en el Hobsbawm profesional. La desmovilización luego de la guerra lo lleva a decidirse por seguir una carrera en el mundo académico. Pero el momento determinante, y que Evans presenta bastante bien en el capítulo “Paperback Writer, 1962-1975”, es cuando Hobsbawm entra al mundo editorial con *La era de la revolución*, el primer volumen de lo que serán los cuatro dedicados a las “eras”. El complejo mundo editorial, compuesto por tipógrafos, editores, traductores, contratos, tiradas y lectores, es muy bien articulado por el autor. La seguridad financiera que los contratos editoriales le brindan va de la mano con un alcance fuera del ámbito académico y un reconocimiento en diversas partes del mundo. Los viajes, las conferencias y las estancias de enseñanza alrededor del mundo se multiplican así como las polémicas alrededor de su filiación política y su clara

aproximación marxista en sus primeras obras.

Este quiebre de la narración es significativo porque expone un problema bastante extendido en las biografías de académicos e intelectuales: asumir que el período de infancia y adolescencia es básicamente un complemento secundario de lo que será la carrera profesional de los biografiados. Lo que se desprende de este libro es que este período previo (que para el caso de José Carlos Mariátegui ha sido denominado su ‘Edad de Piedra’) presenta a su vez dos aproximaciones. De un lado, el período previo es efectivamente un período formativo, en que Hobsbawm desarrollará una serie de sensibilidades que lo acompañarán buena parte de su vida, desde el gusto por la música hasta la percepción de inseguridad e insatisfacción con su apariencia personal. La depresión fue parte de su vida, en parte causada por un “sentimiento de pérdida” (p. 23), que intentó mitigar al unirse a los Boy Scouts y al Partido Comunista. De otro lado, el análisis de su diario y correspondencia demuestra que él no se imaginó siendo un académico sino hasta muy tarde. En algún momento, Hobsbawm llegó a dudar de si estaba preparado para una carrera académica debido a su propio “espíritu infantil” (p. 92). Sabemos también que no se sintió cómodo estudiando en Cambridge (p. 118) y de su desilusión con la forma de enseñanza del método histórico que allí se impartía (p. 126).

La transición del Hobsbawm adolescente y recluta en la guerra al Hobsbawm académico termina por reproducir el vacío

que se criticaba a la autobiografía de 2002. Es posible notar que a medida que Hobsbawm se convierte en el académico renombrado que conocemos es menos lo que sabemos sobre su vida privada y familiar. Las anécdotas y las experiencias personales terminan siendo desplazadas por el aparato administrativo editorial y académico del historiador. Es decir, el académico termina en cierto modo reducido a los libros que escribe y a las conferencias que da. El tono inicial solo se recupera hacia el final del libro, cuando Hobsbawm empieza a tener problemas de salud y se ve confrontado con las limitaciones que esto trae en su vida personal y su carrera. Evans nos devuelve entonces la complicidad narrativa del Hobsbawm joven y nos permite acompañarlo en sus últimos años, mientras trata de dejar todo en orden, con la expresa intención de que nadie escriba su biografía mientras él o su esposa estén aún vivos.

Un tema central, y que atraviesa la grieta narrativa en la biografía de Evans, es la filiación comunista de Hobsbawm. Por mucho tiempo, especialmente desde que adquirió una presencia mundial en los años 1990, lo cual coincidió con la publicación de su autobiografía y la caída del sistema soviético, se buscó acorralar a Hobsbawm debido a su simpatía con el estalinismo soviético.⁴ Evans se aleja de

⁴ Un texto representativo de esta corriente es la reseña de Christopher Hitchens *Interesting Times*, publicada en *The New York Times*. “Eric the Red”, *The New York Times*, 24 de agosto

esta línea, bastante simplista por lo demás, y rastrea el vínculo personal y político con el comunismo desde su adolescencia. No es solo que el marxismo fue para Hobsbawm un tema propio de romanticismo juvenil (en algún momento, Evans sugiere que este pudo haber ocupado el lugar del sexo para el joven historiador) (p. 75) sino que su vínculo con el Partido Comunista fue más matizado de lo que sus críticos nos han hecho conocer. Es cierto que defendió a la URSS en situaciones autoritarias como la purga de Stalin, al igual que estuvo a favor del infame pacto Molotov-Ribbentrop con la Alemania nazi. Pero aun así, estuvo lejos de ser un militante dogmático pro-soviético. Él creía más bien en el socialismo y buscó siempre ampliar el universo de quienes conformaban los grupos marxistas, incluyendo los magazines donde él escribía hasta revistas como *Past &*

de 2003, disponible en <<https://www.nytimes.com/2003/08/24/books/eric-the-red.html>>.

Present. Si bien el MI5 lo tenía constantemente en la mira, en más de una oportunidad dejaron de considerarlo como un objetivo. En el interior del mismo Partido Comunista lo consideraban “peligroso”, debido precisamente a su heterodoxia (p. 347).

Aun con las observaciones señaladas anteriormente, *Eric Hobsbawm. A Life in History* es un libro magistral. Si bien al inicio señalábamos que esta podía ser la biografía definitiva del historiador británico, es cierto que su presencia fue tan importante en tantos lugares y momentos diversos que la investigación en torno a su legado no se agota en estas ochocientas páginas. Investigadores como Emile Chabal han comenzado a estudiar la relación de Hobsbawm en el Sur Global y otros más lo harán a medida que sus papeles sean accesibles para consulta.⁵ El libro es una

⁵ Emile Chabal, “How Eric Hobsbawm Helped Shape the Global Marxist Imagination”, *Aeon Magazine*, 10 de diciembre de 2018, disponible en

invitación a desarrollar las biografías de historiadores –y de académicos en general– de modo que no queden restringidos a una versión narrada de sus hojas de vida o cvs sino a una problemática mayor, donde la experiencia vital y la carrera profesional no transcurran de manera paralela sino que se haga visible la tensión entre ambas.⁶

José Ragas
Pontificia Universidad
Católica de Chile

<<https://medium.com/aeon-magazine/how-eric-hobsbawm-helped-shape-the-global-marxist-imagination-a900bad1694e>>.

⁶ Un intento muy interesante de reconstrucción biográfica e intelectual es el que se lleva a cabo en torno al desaparecido historiador colombiano-argentino Juan Carlos Garavaglia (1944-2017). Véase Mariano Martín Schlez, & Stella Maris Grenat, “Militante total: Juan Carlos Garavaglia en la terrorífica noche bahiense”, *Americania. Revista de Estudios Latinoamericanos* 8, 2018, pp. 155-195, disponible en <<https://upo.es/revistas/index.php/americania/article/view/3801>>.

José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski,
Historia natural y mítica de los elefantes,
Buenos Aires, Ampersand, 2019, 309 páginas

Los dos autores de este libro llevan una década colaborando. En 2011 editaron y prologaron dos gruesos volúmenes de los cuadernos de Leonardo Da Vinci. En 2014 publicaron otro libro conjunto sobre la representación de las masacres y los genocidios. *Magnos magna decent*. Si es cierto el lema latino que asegura que “las cosas grandes a los grandes convienen” –como puede leerse en el libro reseñado– quizá lo sea también para José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, un paquidermo de las letras argentinas (dicho sea con algo más que respeto) y otro que le sigue en la senda, dos historiadores a los que nada parece venirles grande. El inabarcable genio renacentista, la representación de lo irrepresentable y ahora los elefantes, uno de los animales que más literatura, simbología, iconografía, alegoría y emblemática arrastran tras de sí.

Movidos por una cierta sensibilidad conservacionista (en el último siglo los once millones de elefantes africanos se han reducido a menos de uno), quizá por nostalgia de una época en que la brecha entre los humanos y el resto de los animales no era infranqueable, y muy probablemente por el reto intelectual de sumarse a la elefantografía erudita, Burucúa y Kwiatkowski se pasean por una historia llena de tópicos literarios que se reiteran como los pasajes de Plinio o las

bestias persistentes de William Ashworth.¹ Nuestros autores siguen las huellas mayores de los elefantes en la cultura occidental y los rastros menores. A veces se detienen en referencias oblicuas. Casi siempre se extienden en los detalles. Nada escapa a su curiosidad insaciable, un verdadero *tour de force* donde nadie quedará insatisfecho. Esta es su hazaña y quizá también su pequeño defecto, pues a menudo nuestras virtudes alimentan nuestros pecados más humanos (y por lo tanto perdonables).

El libro es un prodigio de conocimientos e información. Escrito con elegancia, sensibilidad y destreza literaria, es un producto de la mejor historia cultural. Por si fuera poco, la edición es magnífica: las ilustraciones, la caja o la cubierta que imita la piel del paquidermo. No resulta convincente sin embargo el empleo de dos tipografías, supuestamente una para adolescentes, otra para académicos y gente más proclive a la nota y el excurso. La erudición exuda sin remedio por todas las páginas. De hecho, a veces resulta abrumadora y

¹ William B. Jr. Ashworth, “The Persistent Beast: Recurring Images in Early Zoological Illustration”, en Allan Ellenius (ed.), *The Natural Sciences and the Arts*, Uppsala, S. Academiae Ubsaliensis, 1985, pp. 46-66.

uno se siente ¿cómo decirlo? ¿Un poco aplastado?

Aunque en la introducción se hacen eco de Harriet Ritvo y los *animal studies*, nuestros autores están más cerca del viejo humanismo que del poshumanismo. Más clásicos que posmodernos, se acogen a Keith Thomas, Glacken, Alberto Magno y por supuesto a Eliano y al gran Plinio. Mencionan a Warburg y la supervivencia de las imágenes, a Konrad Lorenz y la etología animal. Su método es enciclopédico y un tanto apabullante, como un desfile de grandes proboscídeos, precisamente, una aparatoso parada con timbales y trompetas.

¿Cuál es el hilo rojo del libro? Los textos y la iconografía que nos hablan de la vida social de los elefantes, sus cualidades protohumanas, su posición privilegiada en la cúspide de la fauna, un hecho que ha sido conjugado por naturalistas, médicos, zoólogos, poetas y reyes de casi todas las culturas. Al igual que los ángeles comunicaban lo natural con lo sobrenatural, los elefantes habitaron siempre entre los hombres y el resto de los animales. Desde Aristóteles hasta nuestros días algunos de sus hábitos sociales, así como su empleo de la trompa para manipular objetos, los situaron en la cúspide del reino animal, allí donde se roza la condición humana. Los elefantes

enterraban a sus muertos e incluso preparaban su propia muerte, adoraban al sol y a la luna, eran castos y amaban a sus parejas, entendían el lenguaje de los humanos, se comunican entre sí y alguno hasta escribió con caracteres griegos o en sánscrito. Sus facultades racionales y sensitivas siempre despertaron una legión de fábulas, mitos y parábolas. La admiración por los elefantes, multiplicada ante el riesgo de su extinción, se funde con la que nuestros autores manifiestan por su propia estirpe, la de los sabios letrados que los estudiaron. El resultado es un tributo rotundo sobre varias especies amenazadas, los grandes mamíferos africanos y asiáticos, por un lado, y los gigantes del humanismo y la historia natural erudita, por el otro.

Los tres primeros capítulos comprenden los atributos guerreros de los elefantes, sus aspectos cortesanos, sus apariciones estelares en el mundo del espectáculo y sus principales glosadores en la Antigüedad clásica. El lector asiste a las escenas del circo romano, las guerras púnicas y los lamentables episodios de cómo algunos (animales humanos) se entretuvieron emborrachando a más de un elefante. No podía faltar Hanno, el elefante blanco que Manuel I le regaló al Papa León X y que desembarcó en Roma con la embajada de Tristão da Cunha en 1514. Es el ejemplar que inmortalizó Rafael y al que le estaba reservado un encuentro con Ganda, el rinoceronte que imaginó Durero antes de que naufragara en las costas ligures. Meses atrás, a Ganda lo habían enfrentado con otro elefante en

Lisboa, un torneo para someter a prueba las palabras de Plinio, quien había establecido la proverbial enemistad entre los dos paquidermos. Era un mundo en el que los experimentos se realizaban para confirmar la autoridad de los antiguos, no para derribarla.² Un mundo anterior al desencantamiento del mundo.³

Tampoco falta el paseo europeo de Suleiman, el ejemplar que Juan III le regaló al Archiduque de Austria en 1552, un episodio al que Annemarie Jordan le dedicó otro libro exquisito.⁴ Y naturalmente hay espacio para la célebre disección que Perrault realizó del ejemplar de la *ménagerie* de Luis XIV en 1681, un evento que marca el inicio del estudio anatómico, una vez que los pioneros de la ciencia moderna se decidieron a penetrar en los secretos que protegía su coriácea epidermis.

El capítulo cuarto trata las metáforas y los símbolos del elefante en los bestiarios y ábsides medievales, principalmente sus lecturas eucarísticas y cristológicas, tan alto llegó en virtud de su caridad y probidad contrastadas. Es una ocasión para mencionar a Ganesha, la divinidad india con cabeza de elefante, a la que luego dedicarán largas páginas en un apéndice donde nuestros

² Juan Pimentel, *El Rinoceronte y el Megaterio*, Madrid, Abada, 2010, pp. 47-76.

³ Peter Mason, *Before Disenchantment. Images of Exotic. Animals and Plants in the Early Modern World*, Londres, Reaktion Books, 2009.

⁴ Annemarie Jordan Gschwend, *The Story of Süleyman: Celebrity Elephants and Other Exotica in Renaissance Portugal*, Filadelfia, Pachyderm, 2010.

autores se atreven a indagar en las vidas orientales del animal (reconocen que habría que leer 200 lenguas para acceder a las fuentes y los textos; no hay prisa, en la próxima reencarnación). También hay sitio para las exégesis opuestas, cuando se identificó al elefante con el Behemoth bíblico, un animal demoníaco, cercano al Leviatán. Bien mirado, su parecido con la ballena es notable. Entre Moby Dick y un elefante hay un juego especular como el que existe entre lo maldito y lo bendito.

El quinto capítulo es apoteósico. En el Renacimiento Ghiberti puso al elefante en las puertas del paraíso; Collaert y Stradanus lo incluyeron en varias de sus estampas; Brueghel en algún lienzo; Colonna en *El sueño de Polifilio*; Alciato, Ripa y Lipsio en jeroglíficos, iconologías y emblemas morales. Los elefantes aparecen en la creación, el Arca de Noé y la epifanía, en los ensayos de Montaigne, en la traducción que Pierre Gilles hizo de Eliano, en los jardines de Bomarzo que Mujica Láinez immortalizó y por descontado figuran, comentados e ilustrados, en las historias naturales de Gesner, Topsell y Jonston, en esta última de espaldas, como su *mahout*, “encerrados en su propio mundo”, anotan nuestros autores con ojo clínico. El elefante ocupa la entrada más extensa del *Tesoro de la lengua* de Covarrubias, el primer diccionario del castellano. Sobre un elefante se monta la fama en *El triunfo del tiempo* de Phillips Galle, uno de esos grabados hipnóticos de los siglos áureos. Los elefantes

están en las leyendas del Preste Juan y en los *Colóquios* de García de Orta, quien trazó las rutas del comercio de las especias en la India y también del marfil. El médico judío apuntaló otro de sus rasgos característicos, su melancolía congénita. Si algunos les acercaron a los filósofos, era previsible que otros los hicieran enfermar de su mal endémico. Los elefantes sufrían de la bilis negra, tenían terrores nocturnos y solo les hacía conciliar el sueño la presencia cercana de sus *mahouts*, sus cuidadores (también llamados *caruacs*). Robert Burton desplegó el tópico en su *Anatomía de la melancolía*, mientras que Thomas Browne rebatió otro de los lugares comunes en su tratado sobre los errores vulgares, la falta de articulaciones en sus extremidades posteriores.

Así, entre noticias confirmadas o corregidas, nos adentramos en el capítulo sexto, dedicado a viajes y navegaciones. Comienza con la hipotética presencia del elefante en la Atlántida platónica, sigue con el Roc, un ave mitológica que levantaba paquidermos al vuelo y se extiende sobre los testimonios de varios mercaderes venecianos y muchos cronistas portugueses (Barbosa, Joao De Barros, Diogo de Couto).

El séptimo y último capítulo está dedicado a la Ilustración. Se abre con la *Elephantographia curiosa* de Petri von Hartenfels

(1715), uno de los últimos monumentos de un saber libresco consagrado a recopilar sus simpatías y antipatías naturales, las formas de capturarlos y domesticarlos, sus habilidades con la trompa, sus amistades humanas, sus enfermedades y tratos veterinarios (o quizás habría que decir *medicinales*). Von Hartenfels, de hecho médico de profesión, reunió todos los tópicos anteriores en un volumen y dedicó otro a la psicología del elefante, su legendaria prudencia, su proverbial memoria, su religiosidad sincera. Es el canto del cisne de un género que cedía ante el empuje de los anatomistas, los fisiólogos y los paleontólogos. Tras la de Perrault llegaron otras disecciones, observaciones y operaciones taxonómicas y taxidérmicas, así las de Stukeley, Foucher d'Obsonville o el propio Buffon, otro gran paquidermo de la historia natural. Daubenton redactó su entrada en la *Encyclopédie*. Lavater utilizó la silueta del elefante para sus estudios fisionómicos y los Camper, padre e hijo, para los suyos de anatomía comparada. Entramos ya en la era napoleónica, allí cuando "la antigua economía moral del paquidermo se resistía a desaparecer", musitan nuestros autores con cierta nostalgia (p. 201). Es el momento de Cuvier y las polémicas sobre la clasificación de las especies africana y

asiática (loxodonta y elephas) y sobre todo de sus magníficos antepasados, los mamuts y los mastodontes. El *incognitum* americano jugó un papel destacado en la reivindicación de la majestad del Nuevo Mundo. Jefferson ordenó buscar ejemplares vivos de aquel gigante en cuyos colmillos descansaba el prestigio de todo un continente.

Pocos años antes de la Toma de la Bastilla, una pareja de elefantes de Ceilán escuchó un concierto en el Jardín de Plantas. Otro autor imaginó el encuentro de Don Quijote y Sancho con un elefante. En 1882 un ejemplar procedente de Etiopía y que se había convertido en Inglaterra en Jumbo, el rey de los elefantes, desembarcó en Nueva York, desde donde comenzó su gira norteamericana a lomos de un tren de vapor. Una hembra llamada Topsy fue primero maltratada y finalmente electrocutada en Coney Island en 1903 ante un público entusiasmado. Los hombres somos los únicos depredadores de los elefantes. Burucúa y Kwiatkowski han hecho un libro hermoso que si bien no nos redime del todo como especie, al menos contribuye a preservar su memoria.

Juan Pimentel
Instituto de Historia - Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)

Carolina Martínez,
Mundos perfectos y extraños en los confines del Orbis Terrarum. Utopía y expansión ultramarina en la modernidad temprana (siglos XVI-XVIII),
Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2019, 299 páginas

Desde el año 2001, la editorial Miño y Dávila alberga en su catálogo una importante serie titulada “Historia Antigua-Moderna” en la colección “Ideas en Debate” que ha ganado un lugar de privilegio en el panorama editorial del campo académico argentino, no solo por su permanencia, sino, especialmente, por sus temáticas y la procedencia de sus autores. La serie dirigida por José Emilio Burucúa ha decidido recuperar, en efecto, una historia europea escrita por historiadores argentinos, sentando de tal modo un tipo de tradición historiográfica propia y muy poco frecuente en el país.

Pese a la sencillez de su nombre, la serie siempre ha estado lejos de celebrar cualquier artificio de periodización. Por el contrario, si algo parece definir la elección de sus títulos ha sido, precisamente, su intención por exceder los habituales encuadres temporales, geográficos o metodológicos para ofrecerle al público objetos históricos originales o poco abordados, sin aparatos críticos arrasados y reconstruidos bajo el signo de una historia cultural que transige con la historia intelectual y, en ocasiones, con la historia conceptual: mientras la primera acude al encuentro de las prácticas sociales y la materialidad de los impresos,

recibe de la segunda un acento sobre la historicidad del contexto político sin dejarse provocar por los excesos del giro lingüístico y apelando, eventualmente, a una filiación koselleckiana como antídoto frente a cualquier afán de sincronía extrema.

Y tales son los contornos que traza Carolina Martínez para su bella historia de las utopías, sobre todo francesas, entre los siglos XVI y XVIII. Se trata de un trabajo cuya línea de investigación tiene su origen en el proyecto historiográfico que fundó y legó Rogelio Paredes (1962-2014) en el marco de las numerosas investigaciones radicadas en el Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, continuidad que, desde el año 2015, se ha consolidado con los *workshops* bienales que se rinden en su homenaje y que han hecho de la literatura de viajes en la Europa moderna un objeto interdisciplinario de singular desarrollo en la comunidad científica.

Con una prosa elegante y una erudición digna de los mejores *modernistes*, la obra de Martínez está organizada de tal modo que ninguno de los dispositivos que articulan el objeto “utopía” quede fuera. Tal es así que, en una primera instancia, la investigación en su conjunto podría definirse como

la exploración asidua de una polisemia y no solo a partir de su genealogía conceptual, sino a raíz de las múltiples escotillas que propone la autora para indagar un fenómeno que, como lo demuestra en toda su obra, ha sido mucho más que un simple género literario.

El edificio de *Mundos perfectos y extraños...* se erige, esencialmente, sobre cuatro grandes pilares que confluyeron en la idea de utopía y a cada uno de los cuales la autora le consagra un capítulo diferente (del II al V): un pilar *literario* (el desarrollo del género utópico en Francia durante los siglos XVI y XVII), otro de carácter *político-religioso* (el escenario de las Guerras de Religión como aquella planicie sobre la cual las utopías lucharon como una empuñadura más junto a las armas de fuego), otro de sesgo *etnográfico* (la producción de alteridad que fabricaron las utopías bajo la forma de relato de viaje) y, finalmente, un último pilar de signo *geográfico* (la intervención de la utopía en la expansión ultramarina europea como bitácora de una tierra incógnita cuyo derrotero, al fin y al cabo, no era más que la proyección de la propia). Lo interesante de esta arquitectura no solo reside en la elección de estas cuatro variables de análisis, sino en el modo en que Martínez las distribuye como hilo argumental a lo largo de

todo el trabajo puesto que, si bien estos cuatro capítulos toman esos pilares como puntos de partida, el contenido de los restantes puede irrumpir en cualquier tramo del relato y agitar los límites de la certeza inicial.

Como emulando la etimología del término *utopía* (optemos, más allá de las discusiones, por “no lugar”), tal es el ritmo de lectura que se anuncia desde el capítulo que antecede a aquellos cuatro, el primero, y que también se encuentra en el apéndice final que sirve de corolario para la obra. En este primer capítulo, la autora nos propone una exploración preparatoria por todas las aristas posibles del “artefacto” *Utopía* de Tomás Moro (1516) en un intento por deconstruirlas a la luz de las tradiciones de su propia época, sopesar el influjo de los clásicos y, en definitiva, situar la obra en su marco histórico de producción y circulación material. De allí que las referencias a Quentin Skinner hacia el final del capítulo no solo funcionen como contrapunto historiográfico, sino también como instrumento metodológico para una historia intelectual que busca descubrir la fuerza ilocutiva de las intenciones en acto de la obra moreana sin que ello suponga un inmovilismo sincrónico que la sustraiga de su trascendencia política más allá de los límites que le impone su contexto de origen.

Precisamente, el apéndice con el que Martínez cierra la obra se quiere una sutil respuesta a esas premisas. Se trata de un ensayo que, en un efecto de circularidad, vuelve a tomar la obra de Tomás Moro,

pero para objetivarla plenamente y discurrirla como artefacto inestable a través de sus múltiples usos. Este apéndice funciona, en realidad, como un tríptico: en primer lugar, la autora indaga el impacto social, político y literario de la utopía desde el siglo XVIII hasta el siglo XX, luego propone una estimulante confrontación teórica entre el contextualismo de la historia intelectual y la perspectiva diacrónica de la historia conceptual para, finalmente, sellar el derrotero con las contribuciones de una historia cultural bajo la cual Martínez inscribe el conjunto de su obra.

Sin embargo, lo cierto es que, en términos de discusión teórica, la autora recupera un costado, por así decirlo, mayormente canónico y general para el cual acude a historiadores que, si bien han trabajado el relato utópico, no lo han convertido en su núcleo fuerte de investigación o solo lo han hecho de un modo transversal. En este sentido, tal vez hubiera resultado más útil darle presencia a discusiones que proviniesen de publicaciones más especializadas como, por ejemplo, la *Utopian Studies*, a especialistas menos célebres, pero más comprometidos con la historicidad del género como Gregory Claeys o servirse un poco más de la obra de Louis Marin como lo hizo con esas interesantes líneas de discusión epistemológica que Martínez abrió con Anthony Pagden, Michel Racault o Frank Lestringant.

En todo caso, más allá de estas decisiones, lo que realmente convierte a *Mundos perfectos y extraños...* en una obra particularmente valiosa es la notable pericia de Martínez

en la instrumentación de un aparato heurístico compuesto por una serie importante de relatos utópicos en lengua francesa cuya gran mayoría corresponde a ediciones *princeps* de los siglos XVII y XVIII, obras que ha consultado y parcialmente traducido para esta investigación. Así pues, el lector tendrá la oportunidad de encontrarse por primera vez en castellano con la *Histoire du grand et admirable Royaume d’Antangil* escrita –posiblemente– por el hugonote Jean de Moncy (1616), con *La Terre Australe Connue*, de Gabriel Foigny (1676), con la *Histoire des Sévarambes*, de Denis Veiras (1677), con la *Histoire de Calejava*, de Claude Gilbert (1700) y con los *Voyages et Aventures de Jacques Massé*, de Simon Tyssot de Patot (1714-1717). Estos son los verdaderos protagonistas de la obra y quienes la transitan por todos los entresijos del edificio construido por la autora; no solo como meros objetos literarios, sino como instrumentos de diseño religioso, como espejos de los relatos de viaje, como fábricas de alteridades o como recreaciones cartográficas de un espacio imaginado que trasunta como brújula. Y a ello se suma, por un lado, un trabajo de traducción francamente impecable que ha exigido un notable esfuerzo de reposición semántica para obras que solo cuentan con primeras ediciones en una lengua francesa nada evidente, propia del siglo XVII. Por otro lado, cabe señalar que la investigación que ha emprendido Martínez conserva ese gusto clásico por el

documento de archivo, la observación aguda de los contextos, la precisión en los matices filológicos y el asalto con las armas del asombro, elementos que nunca pierde de vista y en virtud de los cuales, afortunadamente, aleja su

trabajo de cualquier oportuno rótulo en boga por lo global. La historiadora prefiere navegar por aguas tranquilas, anclar en puertos más seguros y ofrecer una de esas obras que perduran en la memoria del lector y permiten comprender la densa

complejidad de una sociedad que ya no es la nuestra.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento

Sheila Fitzpatrick,

La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 376 páginas

No es fácil encontrar libros en castellano sobre historia rusa que hayan sido escritos por las máximas referencias contemporáneas en la materia a nivel mundial. Por ello, la publicación de *La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética*, de Sheila Fitzpatrick, no puede dejar de celebrarse. Veinte años debió esperar esta obra de quien hoy es una de las mayores especialistas en los estudios históricos sobre Rusia para que, gracias a los esfuerzos de la editorial Siglo XXI, pueda estar disponible para el lector hispanoparlante.

Hacia la década de 1960, Fitzpatrick fue una de las animadoras del *revisionismo*, la corriente que dentro de la historiografía anglosajona cuestionó, por ideológicos, los postulados de la soviología clásica fundados en la Escuela del Totalitarismo. Pero en este libro de la historiadora australiana –como en *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization* (1994), otra de las obras centrales de la autora que aguarda su traducción– se hace notar el impacto que tuvo la disolución de la Unión Soviética sobre el campo de los historiadores especializados en Rusia. El nuevo contexto conformado por el refuerzo de las políticas

neoliberales, el creciente desinterés por la historia social, la influencia del posmodernismo y la expansión de ideologías tales como el “fin de la historia” generó un desdén por el período de la Revolución y, en cambio, un creciente interés por los períodos soviéticos sobre los que menos se sabía. Este redireccionamiento, a su vez, fue favorecido por la posibilidad de acceder a los archivos –que hasta entonces habían permanecido fuertemente restringidos– y de analizar las nuevas fuentes a disposición a través de los aportes teóricos de autores como Michel Foucault o Norbert Elias, entre otros. De esta manera, hacia la década de 1990 se hizo visible una nueva corriente orientada a revisar el estalinismo y centrada en los estudios culturales. *La vida cotidiana durante el estalinismo* es un extraordinario retoño de estas transformaciones operadas dentro de ese campo historiográfico en las últimas décadas.

El libro se propone explicar el modo en el cual transcurrieron los días de los ciudadanos comunes en la Rusia de la década de 1930. En ese sentido, desde el principio traza un claro recorte que es tanto espacial como temporal: no aborda la totalidad geográfica de la Unión Soviética ni toda la extensión

del estalinismo. Sin embargo, esa distinción, si bien es arbitraria, no es casual. Se trata de los años formativos del régimen soviético maduro, el cual se mantendría casi sin cambios hasta, por lo menos, la llegada de la *perestroika*. En esa dirección, el texto expone uno de los nuevos consensos dentro de la historiografía respecto de la Unión Soviética: si hay un período que puede ser identificado como una auténtica revolución ese no sería 1917 sino el estalinismo. De esta manera, a través de sus páginas desfilan un significativo número de sucesos que describen la construcción de ese nuevo orden a través del caos y la escasez crónicas. Es posible encontrar allí la historia de los cientos de miles de personas que cambiaron de ocupación y de lugar de residencia y el modo en el cual los viejos y “supersticiosos” valores fueron reemplazados por las nuevas creencias destinadas a reformatear el alma humana. Pero también las maneras en las cuales las nuevas élites reemplazaron a las viejas y en las que las antiguas jerarquías fueron derribadas para ser sustituidas, sin embargo, por otras nuevas.

Con un notable manejo de fuentes, que van desde cartas personales hasta las actas de las reuniones del Partido, pasando por la prensa, las memorias y los archivos locales, el libro

logra reconstruir la edificación de esa nueva *civilización* desde la perspectiva de la gente *común y corriente*. Pero lo hace mostrando cómo esas vidas estuvieron permanentemente atravesadas por lo político. Si hay un elemento que ensambla las diferentes escenas cotidianas de la realidad soviética es el hilo de la política. No es casualidad que el libro se abra con la descripción del funcionamiento del Partido Comunista y se cierre con las purgas del año '37. O que una revista como *Krokodil* pueda convertirse en una fuente imprescindible para entender el modo en el que los ciudadanos soviéticos ironizaban sobre las falencias y los abusos de la omnipresente burocracia. Los chistes cotidianos de los años treinta no versaban sobre sexo, suegras y rasgos étnicos sino sobre los burócratas, el Partido Comunista y la policía secreta. En ese sentido, la historiadora realiza un desplazamiento interesante: se puede seguir explicando a la Unión Soviética desde el plano de la política pero no desde la *alta política*, como lo hacían los miembros de la soviología clásica, sino desde la experiencia de los hombres y las mujeres *comunes*.

Así desfilan a lo largo del libro la descripción de la escasez crónica de bienes de consumo tan esenciales como el pan y los zapatos y el racionamiento que se creía provisorio pero que sería un rasgo distintivo del sistema. Pero también las incomodidades de las viviendas urbanas y de la vida en las *kommunalki* –que podían incluir inquilinos durmiendo en pasillos o debajo de las

escaleras–, los esposos fugitivos que dejaban niños abandonados y cuotas sin pagar, los informantes y los intentos de ocultamiento de pasados no proletarios y de apellidos que resultaban un poco incómodos para esa nueva era. Es interesante notar que una parte de ese cuadro de carencias y sacrificios estuvo compuesto también por la presencia de la cultura de masas norteamericana: el Parque Gorky, prototipo del nuevo tipo de ocio culto popular, fue planeado y dirigido por Betty Glan. Pero no solo allí: la banda de sonido de la década de 1930 fueron el jazz y el foxtrot e incluso hubo planes para construir un “Hollywood soviético” en el sur del país.

El libro no es ajeno a los temas fundamentales que animaron los últimos debates historiográficos dentro del campo, especialmente aquel vinculado con el problema de la modernidad. En ese sentido, parece alejarse de las posturas sostenidas por los *modernistas* agrupados en la Universidad de Columbia alrededor de la figura de Stephen Kotkin, que solían abordar a la Unión Soviética como una modernidad *alternativa* que también había logrado desarrollar un Estado de bienestar y algunas prácticas vinculadas a la planificación económica y a la vigilancia social. Por el contrario, el texto parece situarse dentro del campo de los *neotradicionalistas* quienes, principalmente desde la Universidad de Chicago –donde la propia Fitzpatrick solía dar clases y a cuyos estudiantes está dedicado el libro– entendían el régimen soviético como un caso único, que, si

bien se lo podía considerar moderno, reactualizaba algunos rasgos arcaicos como las redes clientelares o la mistificación del poder. Entre otras cuestiones, el libro deja bien expresada esta postura al abordar la cuestión del *blat*, es decir, la importancia que tenían el clientelismo y el sistema de conexiones personales para poder aceptar y a veces evadir los trámites y los formalismos burocráticos.

Si bien hace énfasis en los aspectos represivos del régimen –al punto tal de denominar a sus anónimos protagonistas como “sobrevivientes”– también es cierto que el libro le otorga un lugar destacado a las estrategias de resistencia que desarrollaron los ciudadanos, lo cual impugna la tesis del régimen soviético como un Estado totalitario que atomizaba a su población. Pero quizás es más importante señalar también la descripción de los apoyos genuinos que recibió el régimen, entre los que se destacan los jóvenes, los privilegiados, los funcionarios del partido y ciertos grupos favorecidos, como los estajanovistas. En ese sentido, la autora entiende que el nuevo Estado soviético logró ser la expresión de tres corrientes tras las cuales se escondían potenciales apoyos, como el renacido nacionalismo, la modernización económica y social y los canales de ascenso social abiertos.

A pesar de tan significativos aportes, hay elementos dentro del texto que no dejan de ser, por lo menos, discutibles. Por ejemplo, la apelación que hace la autora a la categoría de *homo sovieticus*. La idea del *hombre soviético* es un poco antigua y

se puede remontar incluso a algunos disidentes de la época soviética; de hecho se popularizó en la década de 1980 a partir del libro homónimo de Alexander Zinoviev. La idea principal que está detrás de ese concepto es que durante el régimen soviético se construyó un nuevo tipo de ser humano que incluso sobrevivió a la disolución de la Unión Soviética y que sería la causa que impide la modernización y la integración con el mundo. Como concepto fue, y sigue siendo, muy útil para explicar cualquier tipo de problema social o económico, no solo de la Unión Soviética sino también de la actualidad rusa. En ese sentido, algunas prácticas generalizadas como la corrupción se explicarían por la presencia de este *homo sovieticus* que todavía no fue totalmente superado. Por momentos el libro parece abusar de esta idea que roza el reduccionismo para explicar algunos de los fenómenos analizados en vez de profundizar en razones más estructurales.

Por otra parte, no da cuenta de la reconsideración que en los últimos años se hizo de lo que se entendía por *revolución cultural*, concepto fundamental para comprender las cuestiones estéticas durante el período revolucionario. La idea había sido establecida y desarrollada a fines de la década de 1970 por la propia Fitzpatrick, quien identificaba la revolución cultural con un período determinado que coincidía con el lanzamiento del Primer Plan Quinquenal y con una serie de acciones puntuales como la purga de la *intelligentsia* burguesa, las acciones iconoclastas y el desarrollo de una guerra de clases. Algunos autores, como Michael David-Fox, revisaron ese paradigma y ampliaron sus alcances, tanto empíricamente como conceptualmente. En ese sentido, si se tienen en cuenta los complejos vínculos establecidos entre una revolución cultural *interna*, que modeló a la vanguardia y al individuo revolucionario, y una revolución cultural *externa*, que civilizó y soviétizó a las masas

atrasadas, se amplían tanto el marco cronológico como los fenómenos involucrados, con lo cual es posible hablar de una revolución cultural que se desarrolló con anterioridad y de un modo más amplio a lo que se sostiene en el texto.

A pesar de estas cuestiones, el libro no deja de ser un extraordinario aporte que permite conocer con profundidad algunos aspectos olvidados de una década central en la historia soviética. Con una excelente y fluida escritura –reforzada por la decisión de incluir las notas al final del texto–, *La vida cotidiana durante el estalinismo* sigue siendo una obra imprescindible tanto para los especialistas como para todos aquellos interesados en comprender más y mejor la experiencia soviética.

Martín Baña
Universidad Nacional de
San Martín / CONICET /
Universidad de Buenos
Aires

Paula López Caballero y Christophe Giudicelli (eds.), *Regímenes de alteridad. Estados-Nación y alteridades indígenas en América Latina, 1810-1950*, México, Universidad de los Andes / Universidad Nacional de Villa María / Universidad Nacional Autónoma de México, 2019, 292 páginas

Después de haber sido publicado en Francia en el año 2017, *Regímenes de alteridad. Estado-Nación y alteridades indígenas en América Latina, 1810-1950* cuenta con su edición en castellano. Su arribo se produce en un escenario en el que el tratamiento de las poblaciones indígenas en la construcción de las repúblicas hispanoamericanas ha renovado el interés de diferentes investigaciones que vuelven la mirada sobre un período en el que los procesos de estatización y de nacionalización estuvieron indisolublemente ligados a la definición de una alteridad interna.

Por otra parte, en el transcurso de las últimas décadas, numerosos grupos indígenas vienen generando demandas y luchas articuladas en clave étnica, ganando protagonismo en la escena política. Para comprender estos procesos contemporáneos es central contar con investigaciones que exploren cómo operaron aquellos procedimientos hegemónicos de identificación y gestión de la población nativa a lo largo del siglo XIX e inicios del XX. Allí donde la identidad indígena fue estigmatizada, silenciada o negada por diversas “narrativas de extinción”,¹ los procesos de

revitalización étnica iniciados en la última década del siglo XX muestran una diversidad de experiencias históricas que reclaman su historización. Los actuales movimientos de reivindicación de los pueblos originarios son un producto histórico a reconstruir reparando en las formas que asumieron las relaciones entre el Estado y los grupos étnicos durante la configuración de las nacientes repúblicas. Y esto señala la importancia que tiene repensar el despojo del que han sido víctimas las sociedades indígenas no solo en un pasado lejano, sino también en los tiempos del Estado-nación.²

En esa dirección, el libro editado por Caballero y Giudicelli pone el foco en los procesos de categorización, dotación y variación de los diversos sentidos atribuidos a lo indígena a lo largo de la geografía latinoamericana siguiendo los casos de Argentina, México, Paraguay, Colombia y Bolivia. Uno de los principales aportes de la obra radica en explorar estos

regímenes nacionales de alteridad en toda su complejidad partiendo de la hipótesis de que las definiciones de “lo indígena”, lejos de ser estables, variaron (y varían) de manera permanente. En ese marco, la minuciosa reconstrucción de las diversas identificaciones y gestiones estatales de la población “autóctona” recupera contextos cambiantes y contradictorios a lo largo de estas coordenadas. Así como también evidencia experiencias tan contrastantes como las de México y la Argentina, mostrando cómo en el primer caso el indígena fue un actor protagónico en la construcción nacional, mientras que en el segundo quedó marginado tanto geográfica como simbólicamente a los confines de la Nación.

Otra de las importantes contribuciones de esta compilación se refiere a su enfoque metodológico. Nos referimos al desafío de visibilizar a las poblaciones indígenas entre 1810 y 1950 a partir de las fuentes documentales disponibles. A saber: documentos administrativos, diplomáticos y judiciales elaborados por estados y burocracias que no hablaban de “indios”, sino de campesinos o ciudadanos. Esta desmarcación étnica de registros estatales ha llevado a autores como

¹ Diego Escolar, *Los dones étnicos de la Nación. Identidad huarpe y modos de producción de soberanía*

en la Argentina, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

² Carmen Bernard, *Los indígenas y la construcción del Estado-Nación. Argentina y México, 1810-1920: Historia y Antropología de un enfrentamiento*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

Mark Thurner³ a plantear la necesidad de reformular el enfoque de Benedict Anderson: más que “comunidades imaginadas”, debería pensarse en términos de comunidades “inimaginadas”. Esta operación implica redoblar esfuerzos y precauciones metodológicas en pos de estudiar a las comunidades políticas subalternas a partir del imaginario discursivo criollo. En tanto este libro pone en primer plano la problematización de las categorías sociales que circulan entre los actores estudiados, aporta una serie de claves para complejizar la retórica de la igualdad jurídica y étnica republicana, y realizar un ejercicio de reconstrucción histórica de los discursos sobre la diferencia.

¿Quién es ese otro interno? ¿A partir de qué elementos se define y cómo? Los trabajos que integran este volumen se formulan estas preguntas profundizando el diálogo entre investigadores que, desde diversas perspectivas analíticas y objetos de estudio, cubren el período para los casos mencionados. En conjunto, también invitan a relativizar algunos aspectos del carácter “nacional” de los regímenes de alteridad, que establecen ciertas regularidades.

El libro está organizado en tres partes. El prólogo y la introducción, a cargo de los editores, abren una serie de líneas y puntos de referencia que enriquecen el horizonte

problemático de la obra. Los artículos que componen la primera parte (“Los archivos de la alteridad. Museos, colecciones, enciclopedias”) ponen de relieve la delimitación de la alteridad indígena por parte de las élites políticas y científicas en sus cruces con las nacientes disciplinas, como la antropología y la arqueología. En esa dirección, Jesús Bustamante analiza en clave comparativa los museos nacionales de México y la Argentina, considerando sus discursos sobre “el indio” y el desarrollo de las tradiciones antropológicas y etnográficas. En su capítulo, Christophe Giudicelli reconstruye uno de los dilemas del régimen positivista liberal de fines del siglo XIX: el de dotar a la Argentina de un patrimonio indígena nacional que le otorgue profundidad histórica y legitimidad al nuevo orden republicano, al mismo tiempo que este orden avanza en contra de los “salvajes” contemporáneos. Cierra este primer bloque el trabajo de Aura Lisette Reyes, quien a partir de dos espacios de observación, el Museo Nacional de Colombia y las misiones católicas fronterizas, indaga sobre la construcción de la alteridad indígena en Colombia.

La segunda parte del libro (“Regímenes de alteridad en los márgenes territoriales y simbólicos de la Nación”) retoma las preguntas planteadas en el libro para pensarlas desde las fronteras de las construcciones nacionales. En esa dirección, Lorena Rodríguez analiza para el caso de la provincia argentina de Tucumán los procesos que

redefinieron a los actores étnicos, sometiéndolos a un contradictorio proceso de invisibilización y, a la vez, de marcación social y subalternización entre la colonia y la república. Laura Brondino se interroga en su artículo por las categorías de “vecino” e “indígena” en el Yucatán del siglo XIX, considerando sus reelaboraciones en el contexto de conformación de la ciudadanía republicana. Luc Capdevila analiza el proceso de construcción de la alteridad en Paraguay, preguntándose por la centralidad del bilingüismo y el mestizaje en su desarrollo. En su trabajo sobre el espacio chaqueño, Nicolas Richard explora la importancia del sistema onomástico para el estudio de las alteridades.

La tercera parte de la obra (“Los regímenes de alteridad y los proyectos reformadores de los Estados-Nación”), se compone de artículos de Laura Giraud y Françoise Martínez, quienes analizan para el caso mexicano y boliviano, respectivamente, las interacciones entre proyectos gubernamentales y poblaciones definidas como autóctonas. En el epílogo, Carmen Bernand retoma intereses presentes en publicaciones anteriores de la autora, plasmados en el análisis comparado de las luchas entre los nacientes Estado-Nación y los pueblos indígenas en México y la Argentina.

Considerado en su totalidad, el libro invita al lector a acercarse a los procedimientos de construcción de la alteridad de las flamantes naciones latinoamericanas, a través de nuevas perspectivas teóricas y

³ Mark Thurner, “Republicanos y la comunidad de peruanos: comunidades políticas inimaginadas en el Perú postcolonial”, *Histórica*, vol. 20, n° 1, 1996, pp. 93-130.

metodológicas. Y dialoga con otras experiencias investigativas que estudian problemáticas afines en la región desde una perspectiva comparada,⁴

⁴ Bernard, *Los indígenas y la construcción*; Diego Escolar y Lorena

consolidando una agenda de trabajo común sobre el problema de las alteridades

Rodríguez (comp.), *Más allá de la extinción. Identidades indígenas en la Argentina criolla. Siglos XVIII-XX*, Buenos Aires, SB, 2019.

indígenas en los estados nacionales.

Dolores Estruch
Universidad Nacional
de San Martín / CONICET /
Universidad de Buenos
Aires

Gabriel Cid,

Pensar la Revolución. Historia intelectual de la independencia chilena,
Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2019, 436 páginas

El libro de Gabriel Cid, dividido en tres partes que remiten a momentos históricos (“Hacer la revolución”, 1808-1818; “Implementar la revolución”, 1818-1828; “Finalizar la revolución”, 1829-1833) ofrece una interpretación novedosa y original de la revolución y la independencia en Chile.

Novedosa, porque incorpora los principales aportes de la nueva historia política e intelectual iberoamericana sobre la primera mitad del siglo XIX para el estudio de un espacio que gran parte de la historiografía chilena considera –aún en la actualidad– una excepcionalidad en Hispanoamérica. Cid inscribe el caso chileno en un escenario hispanoamericano donde la supuesta excepcionalidad chilena es vista como parte de un laboratorio común de ensayos políticos hispánicos en el que se hicieron, deshicieron y rehicieron las primeras repúblicas en el continente a partir de la crisis monárquica. Original, porque a partir de la reconstrucción de lenguajes políticos (de revolucionarios y de contrarrevolucionarios) estudia la independencia como un problema de la revolución, distanciándose de modelos historiográficos que establecen caminos apriorísticos sobre los acontecimientos considerados fundacionales en Chile.

Los diez capítulos del libro, una versión revisada de su tesis doctoral en la Universidad del

País Vasco bajo la dirección de Javier Fernández Sebastián, atraviesan diferentes temas: la soberanía, la representación y la constitución; la formación de un gobierno para la revolución, y para terminar con ella; las alternativas unitarias y federales de organización política; la fragmentación territorial; la división del poder político; la construcción de una ciudadanía chilena con una población de españoles europeos y americanos, negros esclavos e indígenas de diversas comunidades; las concepciones sobre la libertad, la religión y la opinión pública; la guerra. Las fuentes movilizadas por Cid son abrumadoras: setenta periódicos publicados en Chile entre 1812 y 1833, decenas de colecciones documentales, correspondencia, escritos y archivos de España y Chile.

Cid considera su empresa como un ejercicio de historia intelectual a través del cual intenta “adentrarse en el utillaje mental con que los actores de ese momento intentaron explicar sus dilemas” (p. 20). En esto consiste “pensar la revolución” en Chile. El título del libro remite –aunque el autor no lo explicita– a los ensayos compilados por el historiador François Furet en *Pensar la Revolución francesa*, publicado en 1978. Se trata de una obra que renovó la historiografía francesa sobre la revolución a partir de una relectura crítica del período y

de sus interpretaciones –en particular, la de la escuela marxista de la Universidad de la Sorbona– a lo largo de la historia. A partir de la reconstrucción especular entre Revolución Francesa y Revolución Rusa, Furet mostraba cómo las lecturas sobre 1789 estaban condicionadas por 1917 (y viceversa), y por la propia experiencia del comunismo en Francia. Alertaba sobre una “contaminación” –es el término que utilizaba– del pasado por el presente en una historia articulada sobre 1789 como “mito de orígenes” de “la Revolución”. Para Furet, pensar la revolución implicaba su desmitificación y problematización a través de una historia política –también la llamaría “conceptual”– durante décadas relegada tanto por la historiografía marxista como la estructuralista de los *Annales*.

A partir de la idea de pensar la revolución, y a través de un notable manejo de fuentes primarias y secundarias, Cid discute teorías, modelos y presupuestos sobre la revolución y la independencia en Chile: “la seducción de los orígenes, permite entender la necesidad de volver una y otra vez sobre ese período”, afirma (p. 16). La desmitificación de la revolución implica *deschilenizarla* y confrontarla a sus propias incertidumbres y conflictos constitutivos. Emprende así un diálogo crítico con la propia

historiografía chilena, comenzando por la nacionalista de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, e incorporando los estudios más recientes sobre el período. El autor inscribe esta historiografía dentro de lo que denomina “modelo autocomplaciente” (p. 405), caracterizado por el teleologismo de una comprensión de la independencia como mito fundacional de la nación. Sostiene que la independencia inauguró una nueva etapa revolucionaria signada por divisiones invisibilizadas por esta historiografía decimonónica que asumía la condición unitaria de la nación. Por otro lado, el autor critica el análisis de la revolución en Chile a partir del “modelo autoflagelante” en la historiografía chilena: explica que desde inicios del siglo xx, este modelo se basa en una visión de la historia eclipsada por el presentismo: aquí, la revolución se fusiona con la independencia, se la evalúa por sus resultados y se la juzga como “incompleta” por no haber alcanzado objetivos menos relacionados con los actores que con las expectativas de los historiadores (p. 406).

La declaración de independencia en Chile de enero de 1818 era ambigua, conflictiva y plagada de silencios, un rasgo compartido por el *Acta de independencia de las Provincias Unidas en Sud-América*, en 1816, o por la del Perú, en 1821, para citar dos ejemplos. Redactada por un limeño –Juan Egaña–, un santafesino –Bernardo de Vera y Pintado– y un chileno –Miguel Zañartu–, la proclamación de independencia

era una alternativa entre otras de la revolución. La misma declaración de 1818 informaba que los ciudadanos habían votado por la independencia de la Monarquía española frente a otras dos opciones: la dilación o la negativa a independizarse. Pensar la revolución implica también la comprensión de las identidades de los revolucionarios más allá de la nación: sus patrias de origen podían o no coincidir con sus patrias políticas. Los casos de Camilo Henríquez, Monteagudo, San Martín, Andrés Bello o Antonio José de Irisarri, estudiados por Cid, revelan una suerte de cosmopolitismo americano que desarticula los presupuestos de las historiografías nacionalistas de los siglos xix y xx.

Uno de los silencios de la proclama de independencia de Chile se refería a la forma de gobierno que se adoptaría. Se trataba de otra ambigüedad consistente con un mundo organizado –a partir de 1814 y con la excepción de los Estados Unidos– en monarquías. El mismo Bernardo O’Higgins, que había firmado la proclama, buscaría con el enviado a Europa Irisarri el reconocimiento de la independencia chilena con proyectos de una monarquía constitucional (p. 141). Aún en 1824, el gobierno le indicaba a su ministro en Europa Mariano Egaña que “sea cual fuere la forma de gobierno que adopte Chile”, esta debía ser bajo una constitución, dejando abierta la posibilidad de una monarquía. Como explica Cid, la república se formalizó como opción política por primera vez en 1826, durante el auge del discurso federal (p. 146).

La revolución de 1810 no fue originalmente una revolución de independencia: el autor desarrolla con claridad la idea de “autonomía” de los revolucionarios, y muestra que los revolucionarios podían ser republicanos y, al mismo tiempo, defender la monarquía como forma de gobierno. Tal fue el caso de José Miguel Carrera cuando en 1812 propuso una constitución monárquica con Fernando VII como rey, diferente a la Constitución de Cádiz, que desconocía. En aquel año, Camilo Henríquez publicaba el primer periódico chileno, *La Aurora de Chile*, en nombre de la unión, la patria y el rey. La unión política que buscaba Henríquez se daba en un escenario de desunión y secesión de provincias donde Chile no existía como nación. Hasta la década del ’20, Chiloé y Valdivia no respondían al gobierno de Santiago sino –como lo habían hecho en distintos períodos durante el siglo xviii– al virrey del Perú José de Abascal, quien junto a Osorno incorporaría estos territorios a su jurisdicción.

Los conflictos entre ciudades marcaban la dinámica política de la revolución: a fines de 1822, el general Ramón Freire se levantó en Concepción –y sería apoyado por la provincia de Coquimbo– contra el gobierno del Director Supremo O’Higgins, quien abdicaría y se exiliaría en Perú. O’Higgins había tenido un rol protagónico en la construcción de la república y, al igual que el resto de los “héroes” en América del Sur (Artigas, San Martín, Bolívar), su vida también se caracterizaría por el exilio, el olvido o el desprecio

de sus contemporáneos. Con su ausencia, se abrían nuevas disputas en la década del '20 atravesadas por la búsqueda de descentralización del poder por provincias que se consideraban soberanas y ensayaban formas federales de gobierno. Los opositores a esta alternativa de organización política criticarían el federalismo a causa del riesgo de que surgieran “muchos Chilecitos”, como se afirmaba en un periódico de 1827 (p. 152). En 1829, el general José Joaquín Prieto derrotó a las tropas de Freire e instaló un orden conservador y centralista ideado por el ministro de Estado (y luego de Guerra y Marina) Diego Portales, materializado en la Constitución chilena de 1833.

A través de la reconstrucción de lenguajes políticos –basado en bibliografía reciente sobre la historia conceptual en Iberoamérica–, Cid analiza los usos de conceptos como verdaderas acciones políticas, un postulado que reivindica del contextualismo de los autores de la Escuela de Cambridge. La batalla de Rancagua en octubre de 1814 significaría la derrota de los revolucionarios hasta 1818. *La Aurora de Chile* se apagaría y el nuevo periódico *Viva el Rey. Gazeta del Gobierno de Chile* vería a la revolución como una devastadora epidemia y a 1814, cuando triunfaron las tropas del coronel español Mariano Osorio, como la época de la “resurrección política” (p. 97). En el capítulo 3, Cid analiza los usos políticos de la religión, aunque este análisis recorre todo el libro en la medida en que lo político y lo religioso, según afirma, no constituían esferas autónomas sino que formaban

parte de la “teología política” de la revolución (pp. 103-104).

En Chile, al igual que en el resto de Hispanoamérica, la revolución se legitimaba a través de una dinámica teológica-política que vuelve inteligible la construcción de repúblicas constitutivamente católicas a lo largo del continente. Cid reconstruye los usos de conceptos y metáforas en este escenario entre 1808 y 1833, que se extiende durante el siglo XIX y más allá (la “república democrática”, sancionada en la Constitución vigente de 1980, declara la libertad de cultos, pero no se reconoce como laica). El autor analiza a Camilo Henríquez, a Bernardo de Vera y Pintado y al guatemalteco Antonio José de Irisarri como los principales apologetas de una revolución vista como “obra de Dios” (p. 110), y que sus enemigos realistas asociaban a “las artes de Lucifer” y al “Dragón del Apocalipsis”, identificado con Napoleón (pp. 123, 124). La reconquista de Chile por los revolucionarios tras el cruce de la cordillera por el Ejército de los Andes de San Martín, y los triunfos en 1817 y 1818 en las batallas de Chacabuco y Maipú, significaron para Cid tanto “una reconquista republicana de las almas” como la constitución de una “teología de la independencia” (p. 128).

El período 1830-1833 corresponde para el historiador a la fase final del desmembramiento imperial de 1808. Contra la “épica conservadora del Estado portaleano”, Cid propone observar estos años como un “momento anfíbio”: heredero de la revolución, “al mismo tiempo recelaba de su optimismo fundacional y su desmesura

ideológica” (p. 409). La Constitución de Chile de 1833, centralista, católica y autoritaria bajo la figura del presidente, duraría –a diferencia del resto de las constituciones latinoamericanas– casi cien años, y sería vista como sinónimo de estabilidad política. Juan Bautista Alberdi, que se había exiliado en Chile durante el rosismo, la describía en *Las Bases* (1852) como una “constitución monárquica en el fondo y republicana en la forma” que anudaba “a la tradición de la vida pasada la cadena de la vida moderna”.

En *Pensar la revolución*, Cid ofrece una nueva comprensión del acontecimiento revolucionario; comprensión que da una imagen más sensible del período constitutivo de Chile como nación, articulado por varios de los problemas y las tensiones que atravesarían de distintas formas su historia e incluso su presente. En tiempos donde en Chile se discute si una democracia puede basarse en una Constitución concebida y aprobada en la dictadura de Augusto Pinochet, y donde, tras cuatro décadas, el cambio constitucional puede volverse efectivo a través de un referéndum popular, el libro de Cid representa una referencia fundamental no solo para la historia de la independencia sino también para sostener una pregunta crucial sobre el futuro: ¿Cómo pensar Chile?

Gabriel Entín

Universidad Nacional
de San Martín / CONICET /
Universidad Nacional
de Quilmes

Javier Uriarte,
The Desertmakers. Travel, War, and the State in Latin America,
Nueva York, Routledge, 2020, 294 páginas

2020, el año que va a ser recordado en el mundo entero por lo que muchos consideran una guerra contra un enemigo invisible, por los debates en torno al lugar que debe ocupar el Estado en esa guerra y también por la imposibilidad de viajar que trae como consecuencia una guerra que, a diferencia de otras anteriores, debe librarse en la quietud, es también el año de publicación de *The Desertmakers. Travel, War, and the State in Latin America*. En este libro, Javier Uriarte analiza cómo los estados modernos latinoamericanos se forjaron, entre otras cosas, en las guerras: guerras de bandos visibles (aunque no del todo visibles ellas mismas), que su autor lee en los relatos de algunos viajeros que fueron sus testigos durante las últimas décadas del siglo XIX.

Para ello, propone una primera hipótesis, que atraviesa y sostiene el libro y alienta el movimiento por los textos de Richard Burton, William H. Hudson, Francisco Moreno y Euclides da Cunha: el desierto es algo que se hace. La propia palabra desierto porta este significado, como se comprueba en su etimología: desierto proviene del participio *desertus*, derivado de la forma verbal *deserere* (abandonar). Del mismo modo, en la frase que sirve de epígrafe a la Introducción, sostiene Tácito: “A arrasar, masacrar, usurpar

bajo títulos falsos, lo llaman imperio; y cuando hacen un desierto, lo llaman paz” (p. 1).¹ Aquí, entonces, el desierto es el resultado de una acción y no un punto de partida; más aun, es el resultado de una acción humana.

En 2010, Fermín Rodríguez ya había dado un paso fundamental en esta dirección con *Un desierto para la nación* al señalar (mediante la inversión de la formulación clásica de Tulio Halperin Donghi en *Una nación para el desierto argentino*) que el desierto es una construcción que precede a las naciones. Esta construcción supone un trabajo de la imaginación y consiste ante todo en la construcción de una percepción: que esa imaginación “se naturalice”, se convierta en ese sentido común que el libro de Javier Uriarte comienza por desarticular: no es así, dice, como siempre creímos, que el desierto ya estaba ahí, como un espacio vacío primordial sobre el que las naciones se desplegaron. Así, *The Desertmakers* puede situarse en la línea de los libros de Rodríguez y Halperin Donghi, a los que no discute sino que continúa. Si Halperin Donghi reflexiona sobre la conformación de la nación, y Fermín Rodríguez sobre los modos en que el desierto se

imaginó y se escribió para que las naciones pudieran conformarse sobre él, Uriarte va a hacer hincapié en las prácticas concretas que acompañan esas escrituras e imaginaciones del desierto, que son, incluso, indisociables de ellas.

Entonces, este libro sustrae el desierto de la esfera de la naturaleza para ubicarlo en la esfera de la acción humana, y, más específicamente, de la acción conjunta del capital y el Estado, en un momento (y un espacio) para ambos de gran acción: la Latinoamérica de fines del siglo XIX. En ese momento, que no es el de la formación de los estados nacionales sino el de su consolidación, el desierto se vuelve real: “las elites gobernantes construyen el desierto que imaginaron en el papel en las décadas anteriores, cuando –en algunos países– no estaban todavía en el poder” (p. 1). En ese sentido, la dimensión constructiva del hacer (que es, a la vez, abstracta y material, aunque el interés principal de este libro reside en los momentos de materialización de esa abstracción que es el Estado) tiene, en su reverso, procesos de destrucción que son igualmente importantes para la consolidación de los estados nacionales latinoamericanos. Y es allí donde ingresa la guerra, gran instrumento de la desertificación que, en el que quizá sea uno de los aportes

¹ Todas las traducciones me pertenecen.

más originales de este libro, Uriarte va a leer en relatos de viajeros. En efecto, los textos que trabaja Uriarte narran viajes a escenarios de Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil en los que está teniendo lugar o tuvo lugar recientemente una guerra.

No por casualidad se trata de los cuatro países involucrados en la Guerra del Paraguay, cuyos escenarios describe Richard Burton en sus *Cartas desde los campos de batalla del Paraguay*, texto analizado en el capítulo 1 de *The Desertmakers*. En los capítulos que siguen, se analizan *La tierra purpúrea*, de William H. Hudson, *Viaje a la Patagonia Austral* y *Reminiscencias*, del Perito Francisco Moreno y *Os sertões*, de Euclides da Cunha, que abordan respectivamente los conflictos civiles que tuvieron lugar en Uruguay en la década de 1860, la campaña al desierto de Argentina y la Guerra de Canudos en Brasil. Sin perder de vista a lo largo de su análisis las enormes diferencias no solo entre las guerras sino también entre los viajeros, Uriarte unifica el análisis y logra situar los cuatro textos bajo esta perspectiva: todos ellos refieren a guerras que han sido fundamentales, en tanto “desertificadoras”, en los procesos de modernización de los países involucrados, así como en los de consolidación de sus respectivos estados. En otras palabras, Uriarte avanza con cada texto y elige registrar lo que construye y destruye a su paso. De este modo, ninguno es subsumido bajo una idea general teórica, abstracta, preexistente. Por el contrario, de cada escrito captura su movimiento.

Así, en el reverso de los procesos constructivos que los estados y el capital emprenden, la guerra, gran desertificadora, será analizada a partir de sus efectos materiales y simbólicos en los espacios que toca: es por eso que Uriarte lee la guerra desde la perspectiva de cuatro viajeros. Guerra y viaje, considerados en tanto fenómenos espaciales, conforman un tándem sobre el que avanza el análisis: ¿cómo contribuye cada uno –y a la vez cómo lo hacen en la medida en que se relacionan– a los procesos de configuración –destrucción/construcción– del espacio? Si guerra y viaje son dos de las grandes matrices metafóricas involucradas en la construcción de los estados nacionales, el objeto de este libro es estudiar los procesos materiales que subyacen a esas metáforas, que no son otros que los que menciona Tácito en el epígrafe: arrasar, masacrar, usurpar.

No de otro modo se produce la integración de las naciones latinoamericanas al orden global, posibilitada, con las variantes de cada caso, por la exportación de materias primas obtenidas de esos espacios que la guerra permitió ganar y desertificar y que el viaje permitió leer. En efecto, como señala Uriarte en la Introducción y como ilustra claramente el trabajo con los mapas que se incluyen a lo largo de los capítulos, la legibilidad de los espacios es previa a su apropiación, y no anterior, como aquel sentido común al que me referí antes podría indicar.

Finalmente, si bien la noción de reterritorialización que proponen en *Mil mesetas* Gilles

Deleuze y Félix Guattari tendió a ser más utilizada para estudiar las problemáticas espaciales de los procesos de modernización, Uriarte no deja de señalar que la modernización implica también una homogeneización del tiempo, esto es, una imposición violenta de un tiempo homogéneo, de la que también participan las guerras y los viajes. Fundamentalmente, la guerra va a implicar (y así será leída) a la vez finales y principios, procesos de construcción y destrucción. Los cuatro autores abordados dan cuenta de esta ambivalencia: registran las pérdidas provocadas por la guerra, pero esta nostalgia no es excluyente con la fe en el progreso que pregonan. En la misma línea puede leerse la recurrencia con que, en sus textos, aparecen las ruinas: formas del pasado en el presente que constituyen una de las marcas principales de la guerra sobre el espacio. En las ruinas prevalece la idea de destrucción, una destrucción que no es resultado del paso de los siglos sino una destrucción reciente, producto de la acción humana.

La importancia de las ruinas radica, pues, en que hacen visible la guerra. Y aquí aparece quizás uno de los aportes más interesantes de Uriarte, en la línea de lo que ya había anticipado en *Entre el humo y la niebla. Guerra y cultura en América Latina*, libro que compiló en 2016 junto con Felipe Martínez-Pinzón: la cuestión de la representación de la guerra. Si, por un lado, la guerra moderna acarrea grandes dificultades representativas, que se originan en parte en las dificultades que existen incluso para percibirla, al mismo tiempo, insiste en ser

representada. En ese sentido, Uriarte propone que la guerra requiere y por lo tanto produce (*hace*) nuevas maneras de mirar y de nombrar. Uriarte lee, entonces, los textos de Richard Burton, William Hudson, Francisco Moreno y Euclides da Cunha también como espacios donde tiene lugar una lucha por decir esas guerras de las que estos viajeros son testigos pero que sin embargo parecen escapárseles: guerras que ante sus ojos se van volviendo inmatrimales primero, invisibles después, para

finalmente desaparecer en la paz establecida a fines del siglo XIX.

Cerca del final de su recorrido, Uriarte dirá: “Este libro no es solo sobre guerra, masacres y exterminio sino también sobre resistencia” (p. 267). En efecto (y para eso fue necesario el recorrido), pueden percibirse ahora “presencias, palabras, acciones, signos, gestos sutiles, a veces casi imperceptibles que permanecen irreductibles” (p. 267), que no han conseguido ser apropiados, desaparecidos

del todo. Entonces, en la medida en que echa luz sobre esas formas de permanencia y resistencia, tal vez este sea un libro profundamente necesario en un año en que la guerra vuelve como metáfora, como nombre posible para lo que no podemos ver pero necesitamos nombrar.

Lara Segade
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de las Artes

Claudio Lomnitz,
Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía,
México, Fondo de Cultura Económica, 2018, 336 páginas

Historiador y antropólogo cuya producción variada y original siempre ilumina el objeto sobre el cual ha escogido trabajar, Claudio Lomnitz ha hecho un nuevo, y fundamental, aporte a la historia intelectual y cultural latinoamericana al publicar *Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía*. Habitado por la precisión en el uso de las fuentes que es marca de todos sus libros, *Nuestra América* presenta la particularidad de ser también un libro muy personal, ya que el objeto de estudio que ofrece el hilo conductor a su intuitiva y siempre bien delineada indagación histórica es su propia familia, cuya trayectoria aborda desde comienzos del siglo xx en una pequeña aldea en la frontera entre Rumania y Ucrania, hasta los años 1960 y '70, con un colofón íntimo y emotivo que sitúa la perspectiva del historiador en el presente, al pasar del registro de la historia al de la memoria personal, imbuida –como toda memoria– de afectos, melancolía y entusiasmo. Esa última sección del libro, en la cual el historiador se convierte en objeto de su propio relato, modifica su sentido general, y lo convierte en algo más que un puro ejercicio académico de historia cultural e intelectual. Hace de él un ensayo de interpretación de la realidad latinoamericana, dentro de cuyos desbordantes anaqueles se presenta ocupando ya el lugar de un clásico.

Dividido en cinco partes y profusamente ilustrado –las fotografías son en sí mismas un testimonio histórico de extraordinario valor dentro de este trabajo– *Nuestra América* sigue en detalle la historia de dos familias, los Milstein y los Adler –los abuelos maternos del autor–, en su difícil, complejo, periplo desde ese continente en llamas que era Europa en la primera mitad del siglo xx hacia este otro continente, que si bien era apenas más pacífico que aquel, era por lo menos más acogedor –salvo en momentos de crispación política– para los extranjeros en su seno: la diferencia que emerge claramente entre una situación y otra, a través de la minuciosa reconstrucción histórica realizada por Claudio Lomnitz –atenta siempre al detalle iluminador y a la excepción que obliga a matizar el argumento– es que en países como los principados rumanos transformados en Reino de Rumania, donde las familias judías eran nativas –desde decenas de siglos atrás–, ellas nunca alcanzarían a ser ciudadanas de pleno derecho, mientras que en este nuevo mundo donde llegaban como auténticamente extranjeras, podrían a pesar de ello convertirse en compatriotas de los nativos (aun cuando aquí también hubo graves episodios de antisemitismo) y participar activamente de proyectos liminares para la construcción

de una identidad americana, como aquel animado por José Carlos Mariátegui y su revista *Amauta*. Como el argumento que desarrolla posee muchos niveles y dimensiones, cualquier esfuerzo por sintetizar el esquema básico de esta obra deberá, necesariamente, dejar afuera aspectos fundamentales. En la lectura que aquí proponemos, realizada desde la perspectiva de la historia intelectual, la estructura del libro se puede esbozar articulada en torno a dos polos: uno, centrado en la experiencia cultural, social e intelectual de las comunidades judías en el Viejo Mundo (en este caso, Rumania y Ucrania) y otro, centrado en la experiencia paralela pero distinta de intelectuales, comerciantes y empresarios judíos en el Nuevo Mundo (fundamentalmente Perú y Colombia –con referencias a Chile, México y los Estados Unidos–). Como eslabón entre esos dos polos se coloca el momento Mariátegui –bisagra que imprime uno de sus sentidos fundamentales al libro–, cuya figura aparece iluminada ahora desde una perspectiva que no ha sido la más común entre los centenares de estudios dedicados a explorar el pensamiento del intelectual peruano, la de su relación con la cultura judía. A lo largo de esa estructura polar, se explora también, en clave de historia cultural e intelectual: la relación entre lo cosmopolita y lo

nacional; el antisemitismo en Europa y en América Latina –tema previamente estudiado magistralmente por este autor para el caso de México, en *El antisemitismo y la ideología de la Revolución Mexicana* (FCE, 2010)–; las especificidades de la experiencia judía en el marco de países donde la población judía era de escaso peso demográfico –como Perú y Colombia en los años 1920 a 1950–; los modos complejos en que se relacionaban proyectos indigenistas y hebraístas en el período de entreguerras, entre otros muchos tópicos.

El núcleo central de *Nuestra América* –que contiene los análisis que de modo más directo pueden interesar a especialistas en la historia intelectual latinoamericana– se concentra en dos personajes –Miguel “Misha” Adler y Lisa Noemí Milstein– y su encuentro definitorio con José Carlos Mariátegui y el grupo de *Amauta* en Lima, episodio deslumbrante que marcó la formación intelectual de ambos, además de incidir de modo decisivo en su experiencia de vida. La historia intelectual de Miguel Adler anterior a su llegada al Perú había estado marcada por la efervescencia cultural que el sionismo, con su proyecto de recuperación del hebreo como lengua viva para uso cotidiano, venía impulsando desde fines del siglo XIX en el interior de las comunidades judías del este europeo, y por su participación en el movimiento de la *Hashomer Hatzair* con sus elementos socialistas y su ideología de cultivo del cuerpo en contacto con la naturaleza, formación que pudo completar recién luego de su arribo al Perú en la Universidad Nacional de

San Marcos, donde se graduó en filosofía, con una tesis sobre Marx. Su llegada a ese país, desde la lejana Besarabia, se había producido en función de un oficio específico: su condición sociolaboral de “kláper”. Vendedor puerta a puerta, especializado en comercialización a plazos, Claudio Lomnitz reconstruye la experiencia social y cultural de quienes, como Miguel Adler en los inicios de su vida adulta, ejercieron ese oficio, basándose para ello en la correspondencia familiar y en un texto olvidado (pero rico en sugerencias) de la literatura en yiddish, *Gente en la Noria (Cuentos Bogotanos)* del también “kláper”, y escritor, Salomón Brainski. Más joven que Miguel Adler, Noemí Milstein llegó niña con su familia al Perú, donde completó sus estudios secundarios y comenzó su carrera universitaria (que no pudo terminar debido, en su caso, a la persecución política de 1930). Ambos se conocerían en el marco de su participación dentro del grupo intelectual formado por Mariátegui en torno a su revista *Amauta*.

Un aporte fundamental de este libro consiste en la reinterpretación que ofrece de la figura intelectual de Mariátegui, analizado por fuera de los esquemas más comúnmente aplicados al estudio de su obra –el marxismo, el indigenismo, el nacionalismo peruano, el vanguardismo literario–. En la estela de Martín Bergel, Lomnitz enfatiza en cambio el cosmopolitismo como un elemento central en el proyecto intelectual de Mariátegui: un cosmopolitismo cuya particularidad consistió en su

búsqueda de elementos de solapamiento entre lo nacional y lo cosmopolita, como también entre lo americano y lo universal, que, en vez de ser a priori antitéticos, se podían reforzar y resignificar mutuamente. Dentro de esa matriz intelectual, el cosmopolitismo cultural intrínseco a la experiencia nacional judía, observa Lomnitz, le resultaba a Mariátegui un elemento fundamental, un anclaje y un mirador, para su proyecto de interpretación de la realidad, no solo peruana ni americana, sino de la modernidad del siglo XX en la cual el proyecto de *Amauta* estaba inmersa. La relación entre Misha Adler y Noemí Milstein con el resto del grupo mariáteguista, a partir de su incorporación al círculo de *Amauta* como traductores, y la relación que vía Adler se entabló entre la revista de este último, *Repertorio Hebreo*, y Mariátegui, ofrecen a Lomnitz un conjunto de elementos nunca antes analizados para realizar una descripción densa (en el sentido de Clifford Geertz) del hebraísmo cosmopolita del autor de los *Siete ensayos* y su funcionalidad dentro del proyecto intelectual más general que impulsaba –político, cultural, artístico, etnográfico, revolucionario–. Dos citas a Mariátegui, tomadas del artículo publicado en *Repertorio Hebreo*, condensan el sentido de ese hebraísmo: “El pueblo judío que yo amo no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional. A fuerza de identificarse con todas las razas, posee los sentimientos, los idiomas, y las artes de todas ellas. [...] El internacionalismo

no es como se imaginan muchos obtusos de derecha e izquierda la negación del nacionalismo, sino su superación” (p. 102). Una observación fundamental que aparece en esta sección del texto es que, si para Mariátegui el contacto con la cultura judía ofreció un posicionamiento a partir del cual refinar su propio pensamiento crítico –cuya originalidad trascendía los ismos que a veces interpelaba–, el contacto de Misha Adler y Noemí Milstein con Mariátegui les permitió a ellos –y, a través de ellos, a otros interlocutores que formaron parte de los soportes intelectuales que los acompañaron en sus esfuerzos por crear una revista cultural judía, en el Perú (y, más tarde, en Colombia)– repensar el proyecto de emancipación judía que en el umbral de los años 1930 los convocaba con tanta urgencia. A ello se sumaba un elemento más de la modernidad de Mariátegui, su feminismo en los hechos, ya que el texto subraya que, en el caso de Noemí Milstein, la centralidad dada a la participación de las mujeres intelectuales en *Amauta* y en los demás círculos de sociabilidad intelectual que su creador supo animar, sirvió para reforzar en ella el ideal paralelo de emancipación específica de la mujer.

La breve pero fecunda experiencia de *Repertorio Hebreo* aparece analizada como parte de esta exploración original del mundo cultural del “Amauta” Mariátegui y su grupo. Con más de un punto de contacto con la revista semejante fundada por Samuel Glusberg en Buenos Aires, *Cuadernos de Oriente y Occidente* (1926-1927), la

revista de Adler resultó una empresa aun más difícil de realizar que aquella, debido a la diferencia en la densidad del mundo editorial peruano y argentino, y también a la escasez local de una masa crítica de escritores, pensadores y empresarios culturales judíos, en comparación con Buenos Aires. Claudio Lomnitz analiza con precisión el modo en que esta revista supo inscribirse dentro del campo intelectual peruano mientras al mismo tiempo interpelaba un universo cultural de alcance mucho más vasto, aquel de la “revolución en el mundo judío” (p. 120) y la rica tradición cultural que le ofrecía su trasfondo. Con mayor esfuerzo del que hubiera exigido una empresa paralela en Buenos Aires, buscó esta revista “la prolongación del diálogo con el grupo de *Amauta*, sólo que ahora en un espacio abocado a la cultura judía” (p. 121), lo cual implicó, dentro de una coincidencia general con el ideario mariateguiano, ciertas inflexiones matizadas, como su esfuerzo por demostrar que el sionismo y el comunismo no necesariamente eran excluyentes, y su defensa del proyecto de creación de un Estado judío, al que la experiencia adquirida por Adler en Rumania –que, después de la Revolución Rusa (y antes del Tercer Reich) “se había convertido quizá en el peor país para los judíos de toda Europa”– demostraba revestir el aspecto de una tarea imperativa. Posiciones plurales en el interior de la constelación *Amauta* que la riqueza del proyecto intelectual y político de Mariátegui había hecho posibles, y que Adler con su revista había sabido replicar.

Si la sección dedicada a examinar la experiencia peruana de los dos intelectuales asociados al momento Mariátegui de los años 1920 es la que mayor relevancia directa tiene para los lectores de *Prismas*, no por ello deja de revestir importancia fundamental el conjunto del libro para los que estudian la historia cultural e intelectual latinoamericana, europea, y judía en el siglo XX. Obra que combina el empleo de las herramientas de la antropología histórica y la historia cultural e intelectual en su sentido más rigurosamente académico con la libertad de reflexión que ofrece el ensayo de ideas y –de modo creciente en su último tramo– el libro de memorias, el sentido –y la importancia central– de *Nuestra América* reposa en la totalidad del libro, cuyo valor es mayor a la suma de sus partes (aun cuando cada una de ellas sea de por sí valiosa, como es el caso de la porción peruana de la segunda sección). Desde la reconstrucción minuciosa del entorno cultural en que se formaron sus bisabuelos y abuelos, en una pequeña población ubicada en la frontera entre Besarabia y Ucrania, hasta la evocación de la relación del propio autor con sus padres y abuelos y con los saberes y tradiciones que ellos transmitían, *Nuestra América* ofrece una historia cultural de la experiencia judía en el tránsito desde el Viejo Mundo al Nuevo, que ilumina aspectos fundamentales de esa experiencia, a la vez que plasma un sentido nuevo para lo americano y sus identidades, aquel de la América judía, tan central para una cabal

comprensión de la experiencia americana como cualquiera de las Américas más comúnmente visitadas por el ensayo de interpretación americanista, fuera ella la “indo”, la “afro”, o la “euro” américa de la doxa.

Como es imposible cubrir en el espacio de una reseña toda la riqueza historiográfica, toda la original instigación intelectual, de este libro polifónico, nos limitamos a destacar algunos de los aspectos que más han llamado la atención en nuestra lectura. Primero, la propia estructura del libro que alterna y coteja espacios de experiencia distintos –por ejemplo, Rumania/Ucrania y Perú/ Colombia– mientras simultáneamente avanza en el tiempo, hacia el presente desde el cual nacen las preguntas que le han dado origen. Los términos abstractos de Koselleck –espacio de experiencia y horizonte de expectativa– se infunden y transforman aquí mediante el contacto con la vivencia cruda, visceral, tangible, de la vida misma, en un relato que alterna los horrores de las masacres perpetradas por vecinos cristianos contra sus vecinos judíos, con los momentos de vitalidad y exuberancia que pudieron conocer jóvenes inquietos en países nuevos y ante la intimación de la utopía. Segundo, la anatomía del antisemitismo rumano de entreguerras que le permite, por un lado, colocar en su justa perspectiva a autores cuyo pasado mitificado llevó a una valoración imprecisa de su obra en épocas recientes –Mircea Eliade, por ejemplo, o Emil

Cioran– y matizar, por otro lado, en forma persuasiva el argumento de Hannah Arendt acerca de “la banalidad del mal”, al observar que la burocratización del genocidio perpetrado por el nazismo no reemplazó al salvajismo de las masacres campesinas antisemitas perpetradas de forma brutal y directa por rufianes en absoluto “burocratizados”, sino que pudo convivir, y hasta solaparse en parte, con él. Tercero, la reconstrucción del mundo social y cultural de la pequeñísima colectividad judía en Colombia, y de los proyectos fallidos de Miguel Adler que, en ese contexto más difícil aun, parecen haber prolongado hasta los años 1930 y 1940 el ímpetu y la sensibilidad del momento mariateguiano, en las revistas *Nuevo Mundo* y *Grancolombia*, y en la editorial Nuevo Mundo. Cuarto, la interrogación al concepto mismo de “nación” que recorre el texto entero, y que aparece en relación con las opciones diversas y nunca fáciles que se presentaban a los protagonistas de la saga familiar narrada por el autor en este libro (y al autor mismo) –Perú o Colombia o Chile o México o los Estados Unidos (las opciones americanas) o la Unión Soviética (la opción nacional-internacionalista) o Israel (la opción sionista)– y a la que el autor de *La nación desdibujada*² responde con

² Claudio Lomnitz, *La nación desdibujada. México en trece ensayos*, México, Malpaso Editorial, 2016.

“actitud zapatista”: “la nacionalidad es (también) de quien la trabaja” (p. 288). Fecundo en hallazgos históricos, y rico en hipótesis sugerentes que despiertan resonancias en el campo de la historia intelectual y también en otros campos, la escritura personal, sagaz, intuitiva de Lomnitz –que alcanza momentos de emotividad intensa en episodios como el de la pequeña Shura, dejada atrás en el cruce nocturno del río Dniéster–, ha sabido elaborar con *Nuestra América* un estudio académico y profundamente personal a la vez, que enriquece la historia intelectual latinoamericana con un trabajo de investigación cuya ambición y rigor en la acumulación de pruebas documentales no son menores que la perspicacia con que esas pruebas han sido obligadas a liberar sus múltiples y ambivalentes sentidos; y que sugiere perspectivas renovadas para un campo que corre a veces el riesgo de obturar demasiado, en aras del concepto y su historia, la vivencia desordenada y visceral, habitada por miedos, deseos y esperanzas, de los sujetos de carne y hueso que son, ineluctablemente, sus portadores, sus artífices y sus destinatarios, y a los cuales alude con precisión magistral el subtítulo: *Utopía y persistencia de una familia judía*.

Jorge Myers
Universidad Nacional
de Quilmes / CONICET

Martín Bergel,

La desmesura revolucionaria: Cultura y política en los orígenes del APRA,
Lima, La Siniestra Ensayos, 2019, 382 páginas

Esta investigación de Martín Bergel reúne once estudios densamente relacionados entre sí. Cada uno sondea un tema o a una figura histórica del aprismo. El conjunto abre nuevas vistas no solo a la historia del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), sino también a la relación entre historia intelectual y política popular en nuestro siglo XX.

El libro se divide en tres partes. La primera trata del APRA en los espacios transnacionales y refiere a la historia temprana del movimiento, en los años '20 del siglo pasado. La segunda parte estudia figuras fundadoras del movimiento, principalmente a Manuel Seoane, Luis Heysen, Luis Alberto Sánchez, y también desde luego a Víctor Raúl Haya de la Torre. La última estudia el arraigo del APRA en la política peruana (el Partido Aprista del Perú), desde sus inicios en los años '30 y durante los años más duros de la represión, hasta 1945.

El arco histórico del libro comienza, entonces, en el exilio, donde nace el movimiento como un partido latinoamericano antiimperialista, y concluye en una serie de estudios que dan cuenta del complejo proceso de arraigo popular del aprismo en el interior del Perú. El movimiento aprista comienza, pues, como una militancia compartida por una red de

jóvenes amigos unidos en el exilio, y sostenida a través de una intensísima correspondencia, así como también por un circuito internacional de viajes y conferencias impartidas en las capitales de América Latina. Sin embargo, en esta historia el exilio tuvo un retorno heroico, en 1930-1931, que consiguió arraigar al movimiento en el "mainstream" de la política peruana, principalmente en un "pueblo" compuesto por trabajadores industriales y sectores populares y de las clases medias urbanas.

El libro de Martín Bergel ofrece claves analíticas para entender lo que significó este proceso tan complejo, que se origina en una pequeña vanguardia y termina formando un partido de masas. La historia, como dije, empieza en el exilio (o, en realidad, en múltiples exilios, ya que los exiliados peruanos se desperdigaron a lo largo de una amplia geografía, en todo el continente americano y también en Europa). La expulsión del Perú fue, entonces, la condición del movimiento, pero ese exilio también fue posible debido a que los jóvenes de la generación del 900 tenían desde antes algo de inasimilable –o, mejor dicho, algo de asimilación difícil– para la política peruana de su época. Y es que el movimiento estudiantil de 1923, del cual salieron estos exiliados, fue

producto de un cambio en la composición social del estudiantado de la Universidad de San Marcos, que pasó de ser un club para los hijos del "civilismo" limeño a recibir una población estudiantil mucho más diversa, tanto desde el punto de vista de sus orígenes geográficos como de clase.

La movilidad ascendente de algunos sectores medios y de trabajadores industriales en Lima y en las principales ciudades de la provincia peruana produjo un fermento en la universidad, que se expresó en la fundación por Víctor Raúl Haya de la Torre de la Universidad Popular González Prada, donde se tejieron alianzas entre el estudiantado limeño (o neolimeño) y la clase proletaria que, ya para entonces, empezaba a despuntar en el Perú.

Pero así como el movimiento estudiantil del '23 nace de presiones que podríamos llamar "internas" a la sociedad peruana –y que fueron, irónicamente, reflejo de los progresos modestos, pero reales, que había alcanzado el civilismo–, los arrojados estudiantes peruanos, rebosantes de confianza, gozaron también de apoyos provenientes del extranjero, detonados por la reforma universitaria de la Universidad de Córdoba (1918), con toda su fuerte vertiente latinoamericanista, que encontró eco en México y en el

Caribe y en todas las capitales de Sudamérica. Así, cuando los individuos que juntos fundarían el APRA marchan al exilio, reciben una muy buena acogida en las capitales de América Latina, donde cada uno era visto y conocido como personero de “la juventud peruana” y como el espíritu encarnado de la fraternidad latinoamericana.

En su primera parte, el libro muestra cómo el APRA nace como una red vanguardista e ilustrada de jóvenes exiliados, que tejieron sus prácticas de militancia por medio de una correspondencia intensa entre ellos y a partir de una confianza rebosante (casi arrogancia, diría yo) respecto de su propia relevancia, gracias a su participación protagónica en una serie de ceremonias que exaltaban la hermandad latinoamericana, y que se fueron armando a partir de una afinidad entre estos exiliados, los movimientos juveniles nacionalistas que se concentraban en las universidades de las capitales del continente y los aliados de estos últimos en las prensas de vocación nacional.

Esta parte del libro tiene significación para los estudiosos del nacionalismo en América latina. Benedict Anderson sugirió hace tiempo que nuestros nacionalismos tuvieron como su condición de posibilidad lo que el llamó (siguiendo al antropólogo Víctor Turner) “peregrinaciones burocráticas”, es decir que los viajes y las visitas que se hacían para administrar los reinos y las capitanías del imperio ayudaron a conformar un imaginario nacionalista en América.

Un siglo después de las independencias, y ante el desprestigio repentino de Europa, provocado por la barbarie de la Primera Guerra Mundial, surge en Latinoamérica una generación que se identifica por su juventud, su pureza, vitalidad y libertad frente a los intereses creados. Se trató, entonces, de una generación que se veía a sí misma como el sujeto social que había sido convocado por José Enrique Rodó en su *Ariel* (“la juventud americana”), para construir un futuro hispanoamericano y anti-yanqui. Solo que ahora esta generación de jóvenes estaba también sostenida institucionalmente por su influencia en las universidades, así como por su uso prolijo de una extensa red de periódicos y editoriales en las principales capitales de “Nuestra América”.

Bergel describe los viajes de varios de los personajes centrales del grupo, como Heysen, Seoane, Luis Alberto Sánchez o el propio Haya, y detalla la forma (algunas veces apoteótica) en que fueron recibidos en las capitales por las que pasaban. Y es que su presencia y sus conferencias públicas eran aprovechadas políticamente para consolidar una imagen de la fraternidad latinoamericana y la de su sujeto social privilegiado: “la juventud”, en lo cual participaban por igual editores, rectores, líderes sindicales y algunos presidentes de la república.

El autor desarrolla su análisis de este fenómeno ceremonial y político tanto a nivel de las redes de correspondencia de este círculo vanguardista peruano como a

través de estudios de caso de las experiencias y las ideas publicadas de personajes específicos, vistos desde su práctica política en ciudades como Buenos Aires, México, Santiago, París o Londres. Uno de los muchos méritos de este libro es que evita el “hayacentrismo”, que es tan corriente en la memoria aprista, para ofrecer en cambio estudios puntuales de una serie de personajes que también son importantes, pero poco conocidos fuera del Perú.

El giro más interesante del libro, en mi opinión, es que plantea la pregunta de cómo el aprismo pudo pasar de ser un movimiento antiimperialista de corte leninista conformado por un pequeño grupúsculo de militantes letrados, a ser un partido popular de masas en el Perú. No es sencillo entender cómo se dio esa transformación, que arranca con la caída del presidente Augusto Leguía y el regreso de la plana mayor del APRA al Perú en 1930 y 1931 y la formación del Partido Aprista Peruano, pero que fue reprimido casi de inmediato, para entrar en una clandestinidad de casi quince años. Resulta apasionante pensar cómo fue que el APRA se arraigó como partido popular durante su época de clandestinidad tan prolongada.

Los últimos capítulos del libro se abordan en torno a una pregunta: ¿cómo un partido ilustrado, abanderado por un sujeto social vanguardista (identificado como “la juventud”), consigue una base social multclasista? El autor responde a la pregunta con una investigación original de los impresos apristas entre 1930-1945, y descubre algunas

ironías importantes: las cárceles, los exilios y las represiones que siguieron al ascenso a la presidencia de Luis Miguel Sánchez Cerro en 1931 detonaron un proceso muy distinto al del exilio de Haya de 1923, porque para 1931 el Partido Aprista Peruano había conseguido un importante caudal electoral, y tenía ya un periódico nacional que se identificaba como órgano del aprismo. Ese periódico había conseguido ampliar su compenetración con “lo popular” gracias a sus páginas de deportes y entrevistas a celebridades, más

que a su apego a un estricto leninismo.

Bergel muestra, además, que el Partido Aprista Peruano no hizo mayores esfuerzos por interpelar “al indio” como sujeto político –en esto se diferenció del núcleo que agrupó José Carlos Mariátegui unos años antes–; en cambio, la identificación exaltada del aprismo con “el pueblo peruano” interpelaba a la clase trabajadora y a sectores populares y medios urbanos. Interesa, también, la alianza que teje el aprismo con los llamados “canillitas” –niños y jóvenes repartidores de

periódicos–, que ofrecen a los líderes partidistas una imagen de la “juventud”, distorsionada pero no corrompida por la explotación capitalista, porque estos jóvenes indigentes no pertenecían a ningún ateneo, pero eran apristas. Así, “el pueblo” con el que tanto se identificó el APRA podía ser visto como una potencialidad que, guiada por una vanguardia ilustrada, podría un día acceder al lugar al que estaba destinado.

Claudio Lomnitz
Columbia University

Fernando Degiovanni,
Vernacular Latinamericanisms. War, the Market, and the Making of a Discipline,
Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2018, 238 páginas

En los debates sobre la identidad latinoamericana emerge con frecuencia el lugar común de que el sentimiento de pertenencia a la región, como una cultura diferenciada dentro del hemisferio occidental, es obra exclusiva de una tradición autóctona de pensamiento que va de Simón Bolívar a José Martí y de ahí a ensayistas de principios del siglo xx, como José Enrique Rodó o José Vasconcelos. Fernando Degiovanni, profesor universitario en Nueva York, cuenta otra historia en su último libro. El latinoamericanismo o, más bien, los latinoamericanismos intelectuales no se entienden sin el papel del campo académico de los Estados Unidos.

Tras la guerra de 1898 en el Caribe, el lanzamiento de la campaña panhispanista por parte de un grupo de letrados peninsulares (Rafael Altamira Crevea, Rafael María de Labra, Adolfo González Posada...) fue respondido por una corriente intelectual latinoamericanista, inspirada en buena medida por el arielismo de Rodó, pero que en la obra de los argentinos José Ingenieros y Manuel Ugarte y el venezolano Rufino Blanco Fombona adelantaba un antimperialismo liberado –sobre todo en los dos primeros– de los elementos evolucionistas y eugenésicos que predominaban en la arquitectura retórica del pensador uruguayo.

Degiovanni sostiene que a la par de aquella renovación del latinoamericanismo, ligado al impacto de la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria cordobesa, y que enlaza a figuras como el mexicano José Vasconcelos y el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, desde la academia norteamericana comienza a articularse un hispanoamericanismo contrario, que enfatizaba el diálogo entre las dos Américas. El profesor de Harvard University, Jeremiah D. M. Ford, jugó un papel clave en la difusión de aquel hispanoamericanismo, que se manifestó no solo en la construcción de un canon literario por medio de cursos y antologías sino en una agenda diplomática panamericana por medio de viajes por Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil y de la colaboración directa con la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado.

Degiovanni observa diferencias precisas en los referentes de Ford, Ugarte y Blanco Fombona a la hora de definir un concepto de identidad cultural, pero señala que en los tres casos el diálogo o la confrontación con la cultura estadounidense se producían por medio del énfasis en los ascendentes europeos de América Latina. Un discípulo de Ford, Alfred Coester, completaría aquel avance hacia

un hispanismo académico desde los Estados Unidos con su obra *The Literary History of Latin America* (1916), donde a la vez que rechazaba el nacionalismo cultural latinoamericano, tipo Ugarte, reaccionaba contra las visiones peninsulares de la literatura regional que proponían autores como Marcelino Menéndez y Pelayo.

Dos figuras centrales del hispanismo en los Estados Unidos y de América Latina, Federico de Onís y Américo Castro, se encargaron de superar aquel desencuentro. El primero fue fundador del Instituto de las Españas en la Universidad de Columbia de Nueva York, en 1920, y del Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico, en San Juan, en 1927. El segundo, involucrado en la causa republicana en España, fue profesor en Wisconsin, Texas y Princeton y, como otros exiliados en los Estados Unidos tras la Guerra Civil (Tomás Navarro Tomás, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Juan Marichal...), contribuyó a una visión hispanocéntrica de América Latina que alcanzó una familiaridad poco reconocida con la política de los Estados Unidos hacia la región a mediados del siglo xx.

Degiovanni explora las extrañas conexiones entre literatura y política, profesorado y diplomacia, y propone un retrato poco condescendiente de esa tradición académica. En

varios sentidos la interacción entre académicos estadounidenses y españoles aparece como un proceso de colonización simbólica entre imperios: del viejo imperio español por parte del nuevo imperio norteamericano y de este último por parte de un latinoamericanismo vernáculo que, a partir de los años '20, asciende desde el Sur, impulsado por procesos revolucionarios y populistas como el mexicano, el argentino y el brasileño. Dentro de estos últimos, Degiovanni destaca la obra del dominicano Pedro Henríquez Ureña, de su discípulo argentino Enrique Anderson Imbert y del aprista peruano Luis Alberto Sánchez. Menos espacio dedica a otros latinoamericanistas vernáculos como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas o Fernando Ortiz, autores centrales para comprender las diversas estrategias del prefijo en la conceptualización de lo americano.

Recordemos, por ejemplo, que en las ediciones españolas y argentinas de *La Raza Cósmica* de Vasconcelos, la de la Agencia Mundial de Librería, que dirigía E. Ramírez Ángel y la de Espasa Calpe, se agregó un subtítulo que rezaba "La misión de la raza iberoamericana". Ese subtítulo, que no aparece en muchas ediciones mexicanas, por ejemplo la de la editorial Porrúa, estaba justificado porque en algún momento Vasconcelos se refería, enigmáticamente, a "cuán distintos son los sonos de la formación iberoamericana". Sin embargo, su idea de la raza cósmica suponía un rebasamiento simbólico de los ascendentes y de las propias

identidades latina y sajona, hispana y portuguesa de la América del Sur. Vasconcelos tomaba de la morfología histórica, a la manera de Burckhardt, Spengler o Toynbee, la idea de que las razas, como las civilizaciones, eran perecedoras, por eso decía: "ninguna raza vuelve, cada una plantea su misión, la cumple y se va".

Aunque no es su propósito, este importante estudio de Degiovanni confirma que el uso de aquellos prefijos –ibero, hispano, latino, indo (recordemos que Haya de la Torre, Mariátegui y Vasconcelos usaron el término de Indoamérica y que Gilberto Freyre y Fernando Ortiz preferían hablar de Afroamérica...)– buscaba un significado genealógico. El prefijo suponía un origen racial y civilizatorio, en un pasado secular, desactivado por un presente y un futuro de mestizaje. Aun así, Vasconcelos hablaba de los "españoles y portugueses de América", en presente, para referirse a los inmigrantes de la península, como un componente de aquella quinta raza, la raza cósmica. También en presente hablaba Mariátegui cuando se preguntaba si existía un pensamiento hispanoamericano, a propósito del congreso de "intelectuales iberoamericanos" impulsado por Edwin Elmore en 1925. En aquel texto en la revista *Mundial* de Lima, Mariátegui tomaba distancia del argentino Alfredo Palacios y del propio Vasconcelos, a quienes señalaba una "exaltación verbal" que los llevaba a dar por muerta la civilización occidental y asegurar la existencia de algo, a su juicio,

no verificable como una "filosofía hispanoamericana".

La práctica simultánea de tantos prefijos distintos era una estrategia del campo intelectual latinoamericano para resistir, a la vez, el panamericanismo y el panhispanismo. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Lezama Lima dialogaban, fundamentalmente, con el mundo hispanoamericano, pero también reclamaban una noción de América, sin prefijo ni adjetivo, como se lee en ensayos como *Utopía de América* del primero, "Notas sobre la inteligencia americana" del segundo y *La expresión americana* del tercero. No se trataba de un guiño al panamericanismo, como parece desprenderse de algunos pasajes de Degiovanni, sino de una operación discursiva que buscaba rescatar el concepto de América de su captura estadounidense.

Aquel debate de Mariátegui con Elmore, Palacios y Vasconcelos se repetirá, casi, en los mismos términos veinte años después con Risieri Frondizi en la Argentina, quien sí usaba el término de "filosofía iberoamericana", y cuarenta años después, en plena Guerra Fría, tras la publicación del ensayo del peruano Augusto Salazar Bondy, *¿Existe una filosofía en Nuestra América?* (1968), que respondió el mexicano Leopoldo Zea. Con el tiempo, la respuesta afirmativa a la pregunta se fue naturalizando en el campo de los estudios filosóficos, como prueba un buen número de libros de historia de la filosofía iberoamericana: Larroyo, Salmerón, Robles, Reyes Mate... La preferencia por el

adjetivo iberoamericano en el campo de los estudios filosóficos tiene que ver con un sentido no genético del término, asegurado por la presencia de muchos pensadores peninsulares, exiliados o no (Ortega y Gasset, Gaos, Ferrater Mora, Zambrano...) en la formación de la propia filosofía latinoamericana.

El exilio republicano dio un aliento importante al hispanoamericanismo y, más específicamente, al iberoamericanismo. Al menos dos exiliados, Américo Castro y Jesús Galíndez, contribuyeron decisivamente a la noción de Iberoamérica desde los Estados Unidos. Castro, recién llegado a los Estados Unidos, donde se instalaría en la Universidad de Princeton, publicó en Nueva York el ensayo *Iberoamérica. Su presente y su pasado* (Nueva York, The Dryden Press, 1941). Antes se había interesado en lo que llamaba “lo hispánico”, pero el contacto con América Latina, desde los Estados Unidos, especialmente con México, Argentina y Chile, lo llevó a reformular la identidad regional en clave iberoamericana.

Además de con la colonización de imperios y el aprovechamiento del espacio académico estadounidense, Degiovanni relaciona la emergencia de aquellos

latinoamericanismos con el contexto persistente de las guerras. Desde la hispano-cubano-americana de 1898 hasta la Guerra Fría, pasando por el primero y el segundo conflictos mundiales y la Guerra Civil española, el escenario bélico es un telón de fondo en la construcción de los discursos culturales identitarios de América Latina. Dada la importancia de la Guerra Fría para el relanzamiento de aquellos discursos, especialmente en su variante antiimperialista radical, la última parte del volumen parece desbalanceada.

A partir de los años ‘70 el latinoamericanismo académico en los Estados Unidos entró en una fase de expansión, que proyecta todos los síntomas de otra colonización del imperio. Ese latinoamericanismo que llega a formulaciones altamente ideologizadas en las últimas décadas, a través de la disciplina de los “estudios culturales” que, paradójicamente, partió de teorías críticas de la identidad, asociadas a la filosofía posmoderna de fin de siglo, no oculta su deuda con la hegemonía de la izquierda autoritaria de la región, en el largo periodo que va de la institucionalización definitiva del socialismo cubano a la instauración del régimen

chavista. Degiovanni toma distancia explícita de algunos autores de esa corriente (Walter Mignolo, John Beverly, Román de la Campa...), pero el mundo bipolar y la Post-Guerra Fría neoliberal quedan fuera de su intervención.

Probablemente, si esa historia del latinoamericanismo académico se extendiese a los últimos decenios, las conclusiones de este estudio serían más o menos las mismas. Solo en apariencia el entendimiento entre el latinoamericanismo universitario y la política hemisférica de Washington se vio enturbiado durante la Guerra Fría. El predominio de premisas neomarxistas o, incluso, decoloniales, en amplias zonas de ese campo no ha discontinuado la alianza básica entre la visión académica de la identidad latinoamericana y la estrategia de Washington o de las élites políticas nacionales. Las fricciones entre esos paradigmas escolásticos y los “latinoamericanismos vernáculos”, construidos en los campos intelectuales de la región, siguen siendo tan habituales en nuestros días como hace un siglo.

Rafael Rojas
CEH / El Colegio de México

Cecilia Nuria Gil Mariño,
Negocios de cine. Circuitos del entretenimiento, diplomacia cultural y Nación en los inicios del sonoro en Argentina y Brasil,
Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2019, 269 páginas

Negocios de cine, la nueva investigación de Cecilia Gil Mariño, se presenta como un ensayo en continuidad con las ideas de su libro anterior, *El mercado del deseo*, ya que recupera el análisis de las prácticas de consumo cultural al profundizar, en términos técnicos, políticos y comerciales, la cinematografía argentina y brasileña durante la década del '30 y el '40.

Esta publicación es fruto de su participación en el Concurso para la Publicación de Tesis de doctorado en formato libro impreso realizado en 2019 por la Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual (ASAECA) y el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes. La conquista del primer premio le permitió a la autora difundir lo que en el 2016 fue su tesis de doctorado en Historia, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El libro está organizado, al igual que su escrito precedente, en tres capítulos, un prólogo y un epílogo. El prólogo conserva la estructura de tesis al plantear de manera generalizada las principales líneas de investigación. Luego de una primera aproximación a la pregunta por las transformaciones suscitadas con la llegada del cine sonoro, se propone delimitar diversas áreas temáticas que se

desarrollarán posteriormente. La indagación central se volcará, nuevamente, sobre las estrategias de mercado utilizadas por los empresarios a la hora de triunfar en el escenario regional, ámbito de estudio que se profundiza en esta oportunidad, al incorporar el análisis comparativo con la industria cultural brasileña.

Es pertinente señalar que, para la autora, el análisis de estas dinámicas está sustentado en el marco teórico de los *Estudios Culturales*, al sostener la necesidad de construir una “historia de las conexiones para pensar la cuestión nacional” (p. 26), lo que equivaldría a problematizar la circulación y el consumo de bienes culturales en términos transversales. Existen, así, formas de *reapropiación* en el desarrollo de modelos industriales cinematográficos que el ensayo propone analizar para establecer una mirada regional sobre los procesos de producción de sentido y la masificación de los productos culturales en América Latina.

El ensayo realiza un estudio comparativo con el objeto de evidenciar mecanismos de reclutamiento de artistas a nivel local, de elección de producciones y representaciones por parte de los empresarios con el propósito de conquistar un mercado regional. Así, la autora instala como hipótesis central

en referencia a los usos estratégicos la idea de que mayormente triunfaron los mecanismos de *cooptación* destinados a desarrollar los proyectos modernizadores, lo que además permitiría pensar, más allá de las diferencias entre Argentina y Brasil, la posibilidad de proyectar una historia común de las industrias culturales a nivel continental. Para ello, define como línea de trabajo la idea de una *tensión aparente* entre las representaciones norteamericanas sobre lo argentino y brasileño, y la producción de sentidos local. Según la autora, esas imágenes estereotipadas, o lo que denomina “lo nacional *by the Americans*” (p. 28), fueron un punto de partida para la producción local, que utilizó esos clichés para readaptarlos o diferenciarse de estos, construyendo así un cine masivo para la audiencia interna, y una proyección siempre latente a nivel continental (p. 105).

En el primer capítulo propone desarrollar la hipótesis de la *tensión aparente* a partir de un recorrido analítico extenso por diversas fuentes audiovisuales y periodísticas, para problematizar la repercusión, el rol y la funcionalidad de las representaciones estereotipadas desde Hollywood. La utilización de figuras como

Carlos Gardel y Carmen Miranda refleja, según la autora, las estrategias comerciales del cine norteamericano para conquistar el mercado latino, así como la aceptación en la industria local debido a la capacidad que presentaron estas estrellas para constituir imágenes de lo nacional y lo moderno. Desde allí se vuelve a la idea de la modernización de la nación propuesta por Florencia Garramuño, en tanto se analiza la elección del tango y del samba, no solo como elementos constitutivos de una identidad nacional, sino que “también sirvieron para nacionalizar el propio cine en un viaje de ida y vuelta”.¹

La relación entre las representaciones americanas y las propias se analiza también a partir de la instalación de la Office of Inter-american Affairs (OIAA), una agencia que promovía la integración americana y que, bajo esa lógica, produjo una serie de films caracterizados por el uso indiscriminado de elementos típicos regionales. La reconstrucción de las opiniones publicadas en la prensa gráfica especializada sobre estos intercambios diplomáticos inaugurados durante la Segunda Guerra Mundial es quizá lo más novedoso de este primer capítulo, ya que profundiza específicamente en el comportamiento comercial de la industria argentina y brasileña frente a esa americanización. Desde esos discursos se cuenta la historia

de actitudes de resistencia a las producciones enmarcadas bajo la OIAA, que van desde un evidente rechazo, a sacar de cartelera e incumplir contratos de difusión, evidenciando un uso inesperado para la industria hollywoodense. Esto ratifica la hipótesis de la autora de que solo tuvieron éxito los proyectos culturales americanos que los empresarios locales podían utilizar a su favor.

El segundo capítulo aborda las estrategias para colocar en el mercado internacional las producciones nacionales, para lo cual parte de las diferencias sustanciales en la constitución de la industria cinematográfica en cada país. La comparación pone el foco en comprender las experiencias de cine y la posibilidad para desarrollar *negocios duraderos* en el empresariado argentino y brasileño.

Para realizar este estudio comparativo, se vuelve sobre la cabalgata y la ópera tanguera para el caso argentino, y sobre los films de carnaval para el brasileño. Bajo un nuevo rótulo, la autora retoma las hipótesis construidas en su primer ensayo, y por ende el análisis de fuentes previamente estudiadas, como es el caso de los films de Manuel Romero, Eduardo Morera y José Agustín Ferreyra. En esta oportunidad, propone la idea de una *territorialización* del tango, al plantearlo como una “afirmación identitaria estable” (p. 134) en tanto les permitió a los empresarios argentinos mantener un esquema de producción basado en tópicos que realmente funcionaban.

En contraposición al papel del tango, el análisis se vuelca sobre las características de la

industria cinematográfica brasileña a partir de la utilización del samba. Aquí propone una diferenciación esencial entre ambos países en cuanto al papel del Estado en la utilización de estos géneros para constituir la identidad nacional. Surge entonces la pregunta por las dinámicas elegidas para nacionalizar el cine brasileño, ya que, como sostiene la autora, no fue una preocupación del gobierno de Vargas el desarrollo de un cine comercial, sino que más bien se promovió un cine documental y educativo. La reconstrucción que realiza de las producciones cinematográficas de Wallace Downey y del estudio Cinédia, de Adhemar Gonzaga, permite vislumbrar finalmente que el éxito de las estrategias para la industria brasileña estuvo asociado a la construcción de imágenes para la nacionalización que privilegiaron las tramas sobre el carnaval, enfocadas en lo que transcurría en los *blocos de rua* del centro de la ciudad, ocultando así los elementos populares de la identidad cultural brasileña.

El capítulo final presenta el análisis más logrado y con mayores implicaciones, ya que se propone analizar la existencia de una diplomacia iniciada entre los gobiernos de Vargas y Justo, que moldearía un círculo de intercambios culturales en beneficio de las estrategias comerciales de la industria. Esta *confraternidad* servirá tanto para la radiofonía y el circuito artístico delimitado entre las naciones, como para las relaciones comerciales en el cine. Un relevamiento de notas de la prensa gráfica argentina y brasileña nuevamente sirve para

¹ Florencia Garramuño, *Modernidades primitivas: tango, samba y nación*, Buenos Aires, FCE, 2007, p. 230.

poner de manifiesto la importancia de los intercambios ya que, no sin tensiones y contradicciones, se rescataba una “convivencia de diferentes imágenes de la nacionalidad para ambos países” (p. 185).

Se incorpora asimismo la reconstrucción de ciertas trayectorias empresariales, que sostienen la hipótesis de la *confraternidad*, y que contribuyen a fortalecer la idea de un sistema de estrellas local y regional en beneficio de la industria del espectáculo. La presentación de Jaime Yankelevich como *hombre de negocios* a partir de las opiniones divulgadas por la prensa nos da la pauta de una incorporación efectiva de diferentes personalidades del mundo artístico, como directores artísticos y productores, con los que se sostenía la idea de un sistema de estrellas funcional al empresariado. Como sostiene Gil Mariño, Yankelevich logró esa imagen al presentarse en las revistas especializadas junto a las más populares estrellas de la industria brasileña y del ámbito regional: Carmen Miranda, Raúl Roulieu, Ramón Novarro, entre otros.

Del otro lado de la frontera, se enfoca en la figura de Adhemar Gonzaga y en sus viajes hacia Buenos Aires en busca de relaciones profesionales con artistas de la industria argentina. La excursión de Gonzaga finaliza

en la realización de los films *Carioca Maravilhosa* (1936) y *Noites cariocas* (1935), ambas coproducciones con la participación del actor argentino Carlos Viván. Asimismo, realiza una descripción de fuentes del archivo personal y profesional de Oduvaldo Vianna, director brasileño contratado por la Productora Argentina de Filmes (PAF) para realizar la versión cinematográfica de la obra *El hombre que nació dos veces* (1938). Según la autora, Vianna se convierte en un *operador cultural-comercial* para la industria argentina a partir de su instalación en Buenos Aires, lo que es resaltado por la prensa brasileña como un rotundo éxito de exportación.

El epílogo retoma las conclusiones generales de cada capítulo y resalta la mirada clave del ensayo: la idea de los *usos* empresariales como representación efectiva del carácter coyuntural de las producciones cinematográficas de la época (p. 243). Bajo ese abordaje analítico toma sentido la red de prácticas comerciales y culturales trazada por la autora para pensar las dinámicas de producciones cinematográficas en Argentina y Brasil en los inicios del cine sonoro. Gil Mariño cierra *Negocios de cine* pensando nuevas líneas de trabajo, como la incursión y distribución en el mercado extranjero a partir de la utilización de estrellas que

condensaran la identidad nacional. Aquí retoma la figura de Libertad Lamarque y, aunque sin extender su desarrollo, analiza su valor para los empresarios en términos de versatilidad.

El ensayo acierta en presentar un análisis detallado de fuentes –películas, prensa gráfica especializada, archivos personales y profesionales –que le permite sostener la hipótesis de una “complejidad del entramado cultural y comercial del campo cinematográfico en ambos países” (p. 243), en concordancia con una forma de hacer historia cultural basada en la interdisciplinariedad.² Quizá lo más novedoso de la propuesta de Cecilia Gil Mariño siga siendo la persistencia por una forma de hacer Historia de los Medios en la que se propone una revisión de las trayectorias artísticas y empresariales, no como núcleos aislados, sino de forma sistematizada y vinculada a la emergencia de un sistema de medios regional altamente conectado.

María Julia Alarcón
Universidad de Buenos
Aires

² Matthew B. Karush, *Cultura de clase: Radio y cine en la creación de una argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013, p. 31.

Ezequiel Adamovsky,
El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 264 páginas

El nuevo libro de Ezequiel Adamovsky pertenece a la colección “Hacer Historia” de Siglo XXI, que desde 2002 relevó a la serie “Historia y Cultura”, dirigida por Luis Alberto Romero. Uno de los primeros títulos del proyecto que llevó adelante Romero, allá por 1988, fue el clásico *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, de Adolfo Prieto. Continuando la senda de aquella línea editorial, el libro de Adamovsky retoma, amplía y resitúa varios de los problemas planteados por Prieto, discute con él y lo hace además mediante un tipo de escritura que, sin perder rigor investigativo, apunta a un público de lectores que desborda el marco estrictamente académico.

Desde hace varios años, las publicaciones de Adamovsky se mueven en ese doble registro, entre la academia y la divulgación, con una notable capacidad para abrir debates e interpelar, con actitud polemista y hasta provocadora, a públicos variados. De las imágenes de Rusia que circularon en Europa a los emblemas del peronismo, pasando por la historia de las clases medias argentinas y el ascenso del PRO, en la aparente heterogeneidad temática de sus investigaciones hay un núcleo de obsesiones comunes que gira en torno a las identidades étnicas y de clase. En esa

corriente de trabajo se inscribe, también, *El gaucho indómito*, que parte de una pregunta sugerente: ¿cómo fue que una figura tan problemática como la del gaucho –matrero, asesino y poco afecto al trabajo– se convirtió en emblema de la argentinidad? ¿Y qué tiene para decimos esa propia inconveniencia acerca de una serie de enfrentamientos profundos que recorren la historia argentina?

Si uno de los logros principales del libro de Prieto había sido definir un objeto de estudio a partir de un corpus de folletines que hasta entonces se presentaba difuso bajo caracterizaciones despectivas o rótulos imprecisos como los de regionalismo y nativismo, Adamovsky va un paso más allá y, en la introducción, redefine el criollismo a partir de una formulación flexible que sorprende por su simpleza y eficacia. El criollismo es, para él, “un modo particular de hablar de lo popular –de la vida del bajo pueblo, de su pasado, de sus aspiraciones, de sus valores– a través de la figura del gaucho” (p. 13). Una definición amplia y difícil de olvidar, que parece destinada a perdurar en los estudios sobre el tema. En lugar de ceñir el fenómeno, como Prieto, al período 1880-1910, *El gaucho indómito* corrobora –en sintonía con lo que ya habían notado otros investigadores– que la

vigencia del criollismo se extiende bastante más allá de los procesos modernizadores del cambio de siglo. En una apuesta ambiciosa, el trabajo abarca una gran variedad de fuentes a lo largo de un período extenso, desde comienzos del siglo XIX hasta, por lo menos, mediados del XX. Este abordaje audaz y su particular definición del criollismo “popular” –calificación que excluye el criollismo “nativista” impulsado por las élites, los intelectuales y el Estado– posibilitan muchos de los puntos álgidos del texto, así como también invitan a la discusión en varios pasajes.

El libro consta de nueve capítulos más las conclusiones. Esta estructura podría dividirse, a su vez, en dos partes. Del primero al cuarto capítulo, Adamovsky revisa diversas figuraciones del emblema gaucho pasando el cepillo de la historia a contrapelo de las imágenes “oficiales”. En función de este planteo inicial, del capítulo 5 al 9 el autor vuelca sus ideas más estimulantes e introduce nuevos problemas en la historia del criollismo.

El capítulo 1 indaga las relaciones entre oralidad popular y cultura impresa en el siglo XIX. El foco aquí está puesto en la poesía gauchesca, en un recorrido que va de los usos políticos del género en las guerras independentistas a la

gauchesca como crítica social en *Martín Fierro* y la emergencia de la novela popular con *Juan Moreira*. Si bien este esquema sigue las conocidas investigaciones de Ángel Rama y Josefina Ludmer, hay dos cuestiones que sobresalen. Por un lado, el interés por figuras como las de Bartolomé Hidalgo o José Hernández en tanto “mediadores culturales” entre lo plebeyo y lo letrado. Podría afirmarse, a este respecto, que *El gaucho indómito* aspira a funcionar como una instancia semejante de mediación cultural, al proponer una contrahistoria de la figura del gaucho como emblema plebeyo. Por otro lado, se advierte en este capítulo una preocupación que recorre el libro: ¿de qué maneras los problemas de preservación del acervo cultural de las clases populares producen sesgos de archivo que afectan nuestra percepción de la propia historia de esos sectores?

El capítulo 2 desglosa a los diferentes agentes de la cultura de masas que, en el cambio de siglo, funcionaron como canales de difusión del criollismo (editores, autores, centros criollos, circos y publicidades gráficas, entre otros). A diferencia del estudio de Prieto, Adamovsky incorpora también un examen de la presencia del criollismo en otros medios, como la música popular, la radio y el cine. Esta apertura mediática permite extender la periodización hasta fines de los años '40, momento a partir del cual el criollismo, según la hipótesis del autor, se vuelve un elemento residual de la cultura de masas.

El tercer capítulo se consagra a estudiar el vínculo ambivalente, entre la fascinación y el rechazo, de las élites dirigentes y los intelectuales nacionalistas con el fenómeno del criollismo. Se repasa, así, la actitud ambigua de los intelectuales de la Generación del 37, las posteriores reacciones adversas de la élite gobernante frente a la glorificación del matrero, la canonización del *Martín Fierro* en torno al Centenario y el auge del movimiento tradicionalista en las décadas de 1920 y 1930, además de sus nexos con la literatura “culta” de autores como Güiraldes y Borges.

Frente a estas manifestaciones, el capítulo 4 pone el acento en la capacidad del criollismo de articular a las clases populares en un todo imaginado por oposición a las élites, ya sea mediante visiones nostálgicas del mundo rural o impugnaciones a la ley, el capitalismo y los inmigrantes, entre otros mecanismos. Dentro de este panorama, llama la atención el vínculo entre criollismo y masculinidad, en tanto el recurso al emblema gaucho como modo de afirmación masculina es un rasgo común del criollismo “popular” y del “elitista”. Sobre el final, de todas formas, el capítulo resalta la diferencia entre ambas variantes en función de la presunta eficacia del criollismo popular por sobre el de élite (dado que este último, para adoptar el emblema gaucho, requiere acallar el recuerdo de sus insumisiones). Queda abierta, en este sentido, la pregunta de si la adopción del emblema gaucho por parte del criollismo popular no exige también omitir

o suavizar el recuerdo de sus apropiaciones nacionalistas.

Los capítulos 5 y 6 rastrean cómo las evocaciones gauchescas canalizaron disputas diversas sobre el perfil racial de la nación. Se trata de un aporte sumamente productivo a los estudios sobre el criollismo, que hasta ahora no se habían cruzado con los estudios étnicos. La hipótesis que rige este cruce afirma que el criollismo tuvo, entre otras, la función de visibilizar la heterogeneidad étnico-racial del pueblo argentino, socavando de manera indirecta los discursos blanqueadores y el mito de la Argentina europea. El capítulo 5 despliega esta idea apelando a una multiplicidad de fuentes que revelan un asombroso trabajo de archivo. El capítulo sexto, en cambio, supone una estrategia inversa y se concentra en el caso excepcional del payador Martín Castro durante los años '20 y '30. Mediante un enfoque microhistórico a lo Ginzburg, Adamovsky encuentra en el criollismo de Castro una contrahistoria del desarrollo argentino desde el punto de vista de los pueblos originarios que, en varios aspectos, parece anticipar los debates intelectuales de las décadas siguientes.

El capítulo 7, uno de los más potentes del libro, se interroga por los puntos de contacto entre las visiones sobre el pasado que proyectaron el criollismo y el revisionismo histórico, dos campos de estudio que, en general, habían sido encarados separadamente. Frente a esta cuestión, Adamovsky concluye no solo que las visiones disidentes sobre el pasado que habilitaba el criollismo transitaban por carriles

independientes a las de los intelectuales revisionistas, sino también que, muy posiblemente, estos últimos hayan sido influidos por aquellas. Como suele ocurrir con los grandes descubrimientos, esta idea es tan sencilla y convincente que asombra que no hubiera sido formulada antes (al menos, no con tanta eficacia). Quizás ese sea, junto con su definición del criollismo, uno de los aportes más duraderos del libro: la certeza de que, luego de leerlo, toda reflexión sobre el revisionismo histórico es correlativa a un uso del criollismo.

Los últimos dos capítulos abordan la politización explícita del criollismo durante el primer peronismo. El capítulo 8 se ocupa de la centralidad del criollismo para el movimiento peronista gracias a una apropiación doble (de las masas y del líder), que por diversos medios trazó una continuidad histórica entre el gaucho y el descamisado como símbolos de las clases oprimidas. Una cadena de equivalencias que, tras la caída de Perón, se extendería a la figura del “cabecita negra”, abarcando también el uso del criollismo como marca de etnicidad que aparece en los capítulos 5 y 6. El capítulo 9, en tanto, focaliza sobre una trayectoria concreta, esta vez, representativa de su tiempo: la del folklorista Buenaventura Luna. Para ello, Adamovsky reconstruye con precisión el modo en que, en su

pasaje de la militancia política al folklore, la obra de Luna transfiere metonímicamente los rasgos espirituales y étnicos del gaucho al trabajador y el cabecita negra peronista.

Finalmente, por un lado, las conclusiones terminan de justificar el recorte temporal del libro en función de un entramado de factores que, desde fines de los años ‘40, desplazaron al criollismo de la posición de centralidad que tenía en la cultura argentina. Por otro lado, valiéndose del concepto antropológico de etnogénesis, se describe el criollismo como parte de un proceso por el cual, a partir de una enorme heterogeneidad cultural, los argentinos intentaron construir un sentido de distintividad. Si bien el intento de probar la singularidad del gaucho frente a otros símbolos nacionales puede resultar algo forzado, son muchas y desafiantes las preguntas que se abren cuando el autor repasa los cabos sueltos que dejan algunos capítulos del libro y examina los usos del criollismo en las últimas décadas.

Quizás una manera de agrupar estos interrogantes sea reenfocando la noción de lo popular que implica definir el criollismo como “un modo de hablar de lo popular [...] a través de la figura del gaucho”. Si además de concebir lo popular en el sentido de “plebeyo” lo hacemos en el sentido de algo que refiere al cuerpo político como un todo,

surge entonces la posibilidad de pensar el criollismo como una forma de expresar la fractura constitutiva de la noción de pueblo. ¿Cuántos criollismos hay, en efecto, cuando se entiende el fenómeno de esa manera? Seguramente, más de los que propone la dicotomía entre uno popular y otro elitista. La nacionalización del gaucho por obra del movimiento folklórico, por ejemplo, permitiría explorar un criollismo no pampeano. Inclusive, hay usos de la figura del gaucho en el cine de Hollywood, la música o la literatura (varios de ellos, aludidos en el libro) que sugieren la existencia de un criollismo globalizado. Hasta el culto reciente del Gauchito Gil, sobre el que Adamovsky se detiene al final del texto, supone un criollismo religioso. Y la última novela de Cabezón Cámara, también mencionada en las conclusiones, ¿no es acaso una invitación a imaginar un criollismo feminista? Puede que en esa multiplicidad radique, precisamente, otra de las sorpresas –y no son pocas– que nos depara este libro: la insinuación de que, si el gaucho es un emblema indómito, disputado, no puede haber uno o dos, sino múltiples criollismos.

Nicolás Suárez
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Leandro Losada,
Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940,
Buenos Aires, Katz Editores, 2019, 196 páginas

El libro del historiador Leandro Losada, *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940*, logra de forma erudita y a la vez ágil dar cuenta de las polémicas y deliberaciones acerca del pensamiento de Maquiavelo en un período de 110 años. Lo hace de una manera tal que facilita al lector un viaje penetrante en las distintas miradas que existieron en ese período sobre el autor florentino, constatando la similitud de ellas con las investigaciones y los debates en otras latitudes. Al mismo tiempo, recorre ese trayecto de disputas adentrándose en parte de la historia intelectual y política argentina. La obra de Losada permite tanto una lectura de un público especialista como la de uno no necesariamente experto.

El autor reconstruye los debates y sus contextos desde un eje exegético central: liberales y antiliberales. El mismo autor define su acometido como “un libro sobre la historia del pensamiento liberal y antiliberal en la Argentina entre 1830 y 1940, desde el prisma que ofrecen las alusiones o reflexiones sobre Maquiavelo” (p. 9). Ahora bien, estas familias ideológicas no determinan el cariz que adquiere en cada pensador y político en lo tocante al autor de *El Príncipe*; por el contrario, uno encontrará enconados críticos antiliberales y otros defensores.

Lo mismo ocurrirá con los liberales. En ese sentido, una pregunta que queda abierta en el trabajo de Losada se refiere a la selección de este “prisma” maquiaveliano por sobre otros posibles para la finalidad que se propone en el libro.

Una explicación puede residir en que, según explica el autor, las exposiciones sobre Maquiavelo transcurren de forma triangular a partir de las características definitorias que se interpretan de su pensamiento: la naturaleza del poder, las posibilidades de la libertad y la relación entre las dos anteriores (p. 182). Losada no esquematiza este argumento (no es parte de su objetivo) pero de la lectura se desprende que esas relaciones entre poder y libertad podrían ser de cuatro tipos: antitética-agonal (el poder por naturaleza niega la libertad), tensional (conviven irritándose mutuamente), complementaria (cuando el poder es garante de la libertad) o de sumisión (cuando el poder subyuga a la libertad en nombre del orden o la libertad subordina al poder en vista de su propia maximización y protección). En esa esfera de concomitancia e incompatibilidad entre poder y libertad se puede comprender la elección de Maquiavelo como prisma del pensamiento liberal argentino si se entiende por “prisma” no solo una perspectiva sino también un instrumento óptico: en este caso

las alusiones al nombre ‘Maquiavelo’ remiten a oposiciones, pulsaciones y posibles reconciliaciones en el núcleo del binomio poder/libertad en ese período de la historia argentina. Para el autor, en ese binomio residiría la definición de liberal/antiliberal en la política argentina. El binomio poder/libertad personificado en “Maquiavelo y sus ideas” logra establecer, como instrumento óptico, la afinidad o no hacia el liberalismo, el “realismo político”, el “individualismo”, y el “republicanismo” en la historia argentina entre 1830 y 1940.

Como indica Losada, más que proponerse un estudio detallado de la obra de Maquiavelo, muchas de las referencias al florentino se utilizan tanto para criticar o defender la realidad política argentina como la emergencia de nuevos fenómenos político-sociales en ese período. De aquí que el autor se concentra en los modos de evocación de Maquiavelo (p. 12). Estos modos podrían ser interpretados, parafraseando a Pocock,¹ como el punto de interacción y fricción entre

¹ J. G. A. Pocock, *The Concept of Language and the métier d'historien: some considerations on practice*, en Anthony Pagden (ed.), *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 19-22.

langue y *parole*, entendidas, respectivamente, como las propiedades estructurales inherentes al lenguaje y las declaraciones individuales del hablante, donde *langue* contribuye a estructurar el pensamiento y el habla en dominios delimitados temáticamente, pero esas estructuras lingüísticas no excluyen ni prohíben formas diversas de pensar o hablar sobre un tema, porque en toda sociedad existe, al menos potencialmente, más de una *parole* disponible para los hablantes. En cierta forma, el libro de Losada trata sobre distintas *parole* sobre Maquiavelo en el liberalismo y en el antiliberalismo argentino articuladas en diversas *langue*.

El trabajo está dividido en tres grandes secciones: “Maquiavelo, del repudio a la vigencia (1830-1910)”, “Maquiavelo y el antiliberalismo (1920-1940)” y “Maquiavelo, entre el realismo político y la libertad (1920-1940)”. Es posible distinguir en cada uno de los debates que el autor analiza semejanzas con la circulación de Maquiavelo en otros espacios y períodos. Entre los debates, primero, tenemos aquellos que lo describen como un promotor de tiranos, la comprensión de su trabajo centrada en *El príncipe* y que se encarna en la popularización del concepto “maquiavelismo” como un proceder con “astucia, doblez y perfidia” (la definición actual del diccionario de la *Real Academia Española*). Esa mirada que lo equipará con un personaje mefistofélico no estuvo ausente en el caso argentino: por el contrario, fue relevante en los análisis de liberales como Esteban

Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi (p. 51) para quienes *El príncipe* era un manual de la tiranía, donde el poder, su conservación y expansión, definían la política. Maquiavelo se volvía así para ellos un autor obsoleto y repudiable. Obsoleto, por no entender la centralidad de la libertad de los modernos basada en la autonomía individual. Repudiable, por disociar la acción política del sustrato ético que debía acompañarla. Losada analiza a otros opositores a Rosas, como José Rivera Indarte, quien consideraba que *El príncipe* servía para analizar la conducta y las tácticas del mismo Rosas. Desde su lectura, Rivera Indarte podía afirmar: “Es acción santa matar a Rosas” (p. 30). La asimilación de Rosas al maquiavelismo permitía la justificación del tiranicidio.

Por otro lado, Losada estudia la recepción de Maquiavelo en antiliberales identificados con el tradicionalismo católico (especialmente durante 1920-1930): el florentino era percibido aquí como un maestro de lo maligno en política. Por ejemplo, según narra el autor, a inicios de la década de 1930, Julio Meinvielle criticaba la destrucción que la modernidad significó al proyecto de una sociedad cristiana perfecta en la cual confluían los derechos de Dios, los hombres y las instituciones; y ubicaba a Maquiavelo como una referencia fundacional del surgimiento de falsos absolutos como el Estado, la clase, el individuo y la nación (pp. 102 y 103). En esta tradición católica,

Maquiavelo era asociado al punto de inicio de la genealogía de la decadencia moral del mundo moderno.

Un segundo debate sobre Maquiavelo concierne a la perspectiva antiliberal y apologética, ejemplificada en autores como Leopoldo Lugones, quien reconoce al florentino como un demoleedor del liberalismo al rescatar el mundo clásico, especialmente el romano, y al resaltar a través de ese pasado la grandeza de la patria, el militarismo y una política de base biológica (p. 82). De igual forma, Lugones celebraría el uso de los antiguos de un modo radicalmente distinto al realizado por el cristianismo. Gracias a Maquiavelo, sostenía Lugones, la virtud de los antiguos era rescatada como fuente de modernidad, y en ruptura con la tradición cristiana. En esta narración laudatoria, Maquiavelo habría abierto la posibilidad de revivir el pasado indicando una innovación no vista: la actualización y renovación de la idea de grandeza romana, que se traducirá en el proyecto de construcción de una nueva sociedad. En la interpretación de Lugones, se combinarán el rescate de elementos clásicos, con un vitalismo biológico que valoraría la “vida por la vida misma” para confrontar la tríada cristianismo, liberalismo y socialismo (p. 84-85).

El tercer debate que atraviesa el libro de Losada –y el más interesante– se refiere a un *Machiavellian moment* argentino (p. 189) en el que aparece un Maquiavelo republicano, compatible con el liberalismo. Se trata de una concepción defendida por

Mariano De Vedia y Mitre, quien enseñaba a Maquiavelo como profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires (p. 147). Esta visión del Maquiavelo republicano se aproxima a las lecturas de Quentin Skinner² y John Pocock,³ que ven en el autor de *El Príncipe* a un republicano cuyas ideas políticas sobre la república se articulan a partir del problema de la libertad. De Vedia defendió esta idea de republicanism maquiaveliano de una forma más nítida aun que José Luis Romero (ppp. 171-173). Para Losada, De Vedia hizo coincidir en Maquiavelo “republicanismo y liberalismo (y democracia)” (p. 164), destacando la importancia que Maquiavelo le daba al conflicto entre la plebe y la élite para mantener la libertad: “Que la desunión entre la plebe y el Senado hizo libre y poderosa a aquella república”, según describía en los *Discursos*

² Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza, 1984.

³ J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico: El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002.

sobre la *Primera Década de Tito-Livio* (p. 165). Esta comprensión de De Vedia sobre la importancia del conflicto en Maquiavelo es sorprendentemente cercana a la interpretación de Claude Lefort.⁴ Para De Vedia, Maquiavelo fue el vehículo de transmisión principal de los ideales clásicos de la libertad como *no-dominación*, a partir del conflicto entre la élite, los ‘pocos’, que buscan dominar al pueblo, y ‘los muchos’, que buscan no ser dominados y por ello se presentan como los custodios posibles de la libertad.⁵

⁴ Claude Lefort, *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Madrid, Trotta, 2010.

⁵ Este argumento de De Vedia se puede relacionar también con otras interpretaciones contemporáneas sobre Maquiavelo. Véase Maurizio Viroli, *La elección del príncipe*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2014; Philip Pettit, *Republicanism: Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1999; Miguel Vatter, *Between Form and Event: Machiavelli's Theory of Political Freedom*, Nueva York, Kluwer Academic Publishers, 2000 y su guía de *El príncipe: Machiavelli's 'The Prince': A Reader's Guide*, Bloomsbury Academic, 2013.

El libro de Losada representa un aporte significativo para la teoría y la historia política argentina. En particular, para la historiografía sobre el liberalismo en la Argentina y para los interesados en la obra misma de Maquiavelo. Pero hay dos motivos más que dan cuenta del valor de esta obra: por un lado, representa una invitación a repensar el binomio poder/libertad como fórmula que actúa para modelar la política y sus instituciones. Esa fórmula cobra particular relevancia en la actualidad, y permite pensar, a través de Maquiavelo, la emergencia de figuras autocráticas desde las mismas democracias. Por otro lado, el libro de Losada funciona como un recordatorio para las jóvenes generaciones respecto al uso de conceptos y referencias: no existe neutralidad ideológica en las interpretaciones de autores e ideas.

Gonzalo Bustamante
Kuschel
Universidad Adolfo Ibáñez

María Bjerg

Lazos rotos. La inmigración, el matrimonio y las emociones en la Argentina entre los siglos XIX y XX

Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2019, 125 páginas

Lazos rotos se pregunta sobre el impacto de la migración en los vínculos conyugales y en las subjetividades. Coloca así un interrogante clave y casi ausente en la historiografía. Es sabido que, en general, el marido partía solo hacia América. Si los cónyuges habían convenido que la mujer y los hijos migrasen era él quien debía llamarlos y facilitarles el viaje. Si el pacto había sido el retorno el marido tenía que volver. Las cartas, las remesas y la promesa del reencuentro mitigaban el amor congelado y la intimidad en espera. Se daba por sentado que la mujer, bajo la tutela de su padre, hermanos o suegro, administraba austeramente el dinero y que el marido no la olvidaba. Si cientos de parejas reprodujeron este esquema otras tantas no pudieron sostenerlo. Es a partir de la ruptura de los acuerdos por alguno de los cónyuges, y del conflicto subsiguiente, que Bjerg bucea en la reconfiguración de los vínculos afectivos y en el impacto emocional de la migración entre las últimas décadas del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial. Para ello se apoya en un vasto corpus documental integrado por expedientes judiciales, registros parroquiales y civiles, códigos civiles y penales, censos de población y periódicos. Con pericia la autora acorta la

distancia impuesta por un océano inconmensurable y construye puentes empíricos e interpretativos entre la aldea de origen y el país receptor. En los cuatro capítulos que componen este pequeño gran libro, precedidos por una breve introducción y un corto epílogo, encarnan personajes minúsculos que en sus peripecias y felicidades cotidianas dialogan con sus propios pasados, confrontan por sus expectativas frustradas y sufren por el desmoronamiento de sus relaciones primarias. Estas experiencias son comunicables por medio de entrelazamientos complejos entre lo micro y lo macro, entre el caso y problemas sociales y culturales más amplios.

El libro se inicia con “La promesa, la espera y la traición” donde se narran historias de bigamos denunciados a la justicia por sus esposas legítimas. Luego de años de espera en la aldea de origen mujeres, solas o con sus hijos, se lanzaron a cruzar el atlántico para reencontrarse con sus maridos que las habían abandonado. Descubrieron, o ya sospechaban, que la causa de la desaparición era la bigamia. El conflicto conyugal opera como el puntapié inicial para un sutil trabajo de reconstrucción de biografías mínimas. Las emociones no preexisten en los actores y las

actrices de *Lazos rotos*, no son estados psicológicos preexistentes, sino componentes centrales de las interacciones sociales y de los vínculos conyugales. No están “en” cada uno de los sujetos sino que surgen del contacto entre ambos y del contacto de estos con los objetos. El abandono y la traición, presente en las acciones iniciales emprendidas por las mujeres en este capítulo, son parte del quiebre conyugal, que es inescindible de un abanico de emociones en conflicto. Uno de los méritos del libro es prestar atención al conglomerado de emociones y no, como es habitual, poner el foco en una de ellas. El cariño muta en rencor y el resentimiento en ira. Un papel en apariencia anodino como la partida de matrimonio se transforma en una prueba crucial para legitimar la acusación de bigamia y se transfigura en un *objeto emocional*. Los objetos son nodales tanto en las relaciones que mantenemos con los otros como con nosotros mismos. Portan y generan emociones que conllevan, como es el caso de este capítulo, el tránsito entre el amor y el desafecto, la comunión y la desunión, el anhelo y el olvido.

El abandono formó parte de la experiencia migratoria y encontró en el adulterio una de sus manifestaciones. Del

adulterio se ocupa el capítulo dos, “Quebrantar los deberes sagrados”. La acusación motorizada por los hombres encuentra su espesor y legitimidad en el honor, la práctica social y el sufrimiento emocional. El honor aparece una y otra vez en *Lazos rotos* pues vertebra la autoridad y la reputación masculina. Recostado en el hombre proveedor y en la fidelidad y la obediencia de la esposa, también en la obediencia de los hijos al padre, su presencia fue global. Prácticamente no hay idioma en el mundo que no le tenga una palabra reservada, y sus contenidos, como ya ha sido demostrado al menos en el lapso temporal que comprende este libro, no fueron sustantivamente diferentes en el pequeño poblado italiano o español y en una ciudad de la provincia de Buenos Aires, e incluso en la capital cosmopolita. Cuando el hombre no lograba colmar las expectativas sociales el andamiaje del honor se desmoronaba. El ímpetu con que acusaban a sus esposas obedecía a este principio y la presencia masculina en los tribunales buscaba restituir el orden moral, sexual y emocional perdido. El honor podría pensarse como una emoción en sí misma, como propone Ute Frevert, o como una noción relativamente móvil en contextos en transformación y en este libro se lo piensa con un entramado emocional mayor. El caso de Pedro Lamar (jornalero italiano que acusa a su esposa de adulterio con su hermano) muestra claramente cómo su honor masculino se entrelaza con un complejo de emociones

tales como el rencor, la ira, la vergüenza, la venganza y el sufrimiento. El cuándo, dónde, entre quienes, lo que llamamos contextualización, es central para ver no solo qué emociones sino también lo que ellas significan. La información sobre órdenes de captura de la policía de la provincia de Buenos Aires que ofrece el capítulo permite ver que la mayoría de las mujeres adultas prófugas eran inmigrantes denunciadas por sus maridos y que muchas huían del sufrimiento emocional en un hogar autoritario. En una interpretación original, Bjerg propone pensar el adulterio como una vía de escape a la violencia –física y espiritual– que experimentaban las mujeres. El adulterio es interpretado como la búsqueda de un refugio emocional y ofrece otra arista para retomar la pregunta central: el impacto de la migración. No es solo el de la separación de los cuerpos sino también el de las dificultades del reencuentro de los cuerpos. Cuando la pareja volvía a unirse no siempre era posible recrear la semántica y la práctica del afecto. Los expedientes judiciales de adulterio muestran el lado sombrío de la vida matrimonial en tiempos de migración y permiten indagar en las consecuencias emocionales de la movilidad espacial, las separaciones prolongadas y las esperanzas malogradas.

La convergencia del matrimonio en la Argentina podía estar plagada de tropiezos y reactualizar, modificada, la violencia doméstica anclada en supuestas o reales infidelidades, en la

insubordinación femenina y en cuestiones de dinero. Es el eje del capítulo tres “Cuerpos (in)dóviles y odios cotidianos”. Centrado en la reconstrucción de cuatro casos, se muestra cómo los maridos –también abogados defensores y magistrados– legitimaban la violencia verbal y física hacia las esposas apelando a su autoridad y a la educación emocional basada en la sumisión de las mujeres. Como se explicó en la comisaría, Francisco Debenedetti, denunciado por los vecinos del conventillo luego de la golpiza que propinó a su esposa Teresa, estuvo “obligado a hacerlo para evitar que la esposa mande más que él en el hogar”. Sin ser un rasgo estructural del período, sostiene la autora, la violencia doméstica fue una práctica habitual en numerosos hogares. Habitual y legítima también en las páginas de los periódicos que, más allá de los matices, apenas si condenaban los excesos. Solo cuando la víctima arañó el umbral de la muerte, las crónicas usan el lenguaje de la compasión. Los acusados, también los abogados defensores y en ocasiones los jueces, preferían en los estrados apelar a la ira (a veces referida como furia o como pasión) para justificar la agresión. Cuando se trataba de las mujeres la ira no aparecía, necesariamente, como una emoción sino como una manifestación patológica. Una mujer “crispada y nerviosa”, como Francisco definió a Teresa, no solo causaba la violencia conyugal, sino que justificaba, al desafiar su autoridad, la propia ira de Francisco. En un trabajo impecable de reconstrucción histórica a partir del cruce de

documentos diversos, del cotejo de retóricas y de situaciones disímiles, se comprueba que en algunos casos la violencia devino una dinámica de la relación conyugal en la Argentina. Por ello fue, se sugiere, una de las consecuencias del costo emocional del complejo proceso de migrar.

El cuarto y último capítulo, “La pasión de los celos”, explora la violencia radical sufrida por las esposas. “Uxoricidio”, “homicidio” y “tragedia” eran, según los expedientes judiciales y las crónicas periodísticas consultadas por la autora, los modos de nombrar el crimen. Bjerg restituye de manera notable lenguajes, gestos, escenarios, expectativas, valores. Una configuración dinámica diseñada por la prensa, el asesino, el abogado defensor, el fiscal, el juez, los vecinos, el amante –sí lo hubo– y el cuerpo de la víctima muestran cómo se expresaba emocionalmente la autoridad marital. A menudo la indignación, la vergüenza y los celos se transformaban en rencor y desprecio, en ira y odio. Sin manifestarse necesariamente de manera secuencial, estas emociones aparecen asociadas de algún modo con el acto final de matar. Dos ideas me parecen esenciales. La primera es que la confrontación analítica, en diferentes espacios y momentos, de los lenguajes de los actores revela que hay dominios que pueden ser emocionalmente neutros y que más allá de las diferencias de clase y de poder, los hombres veían los celos como el motor de la violencia masculina, que

podían en ocasiones justificar y que usaban para explicar comportamientos masculinos. La segunda apunta a proponer que es un abanico de emociones las que hacen posible una experiencia emocional.

El uxoricidio muestra también aspectos de la dinámica de la autoridad en el hogar. *Lazos rotos* también muestra que la autoridad conyugal la tiene el varón, y que la mujer es su “propiedad”, y ahonda en los retos que planteaban las mujeres. Si el uxoricida Ángel Fiorda dijo a la policía “[...] que no le importaba nada y que la había castigado porque tenía macho” su víctima, Filomena, tampoco se privó de hacer público “que ya no quería más a su marido y sí a Cocucci”. Esta declaración, precedida de varios intentos de fuga y fugas transitorias con su amante, y de expresiones públicas de fastidio –especialmente con su cuerpo– por ejemplo, cuando su marido insistía en acariciarla frente a los vecinos expectantes, muestran que Filomena no vacilaba en desafiar en público, y también en la pieza del conventillo, a su cónyuge. Sus palabras y sus gestos no solo se daban de bruces con el concepto de autoridad y de honor hegemónico, sino que la obediencia femenina era un indicador del “cariño” que auguraba la estabilidad del vínculo conyugal. No es el amor, llamativamente, la emoción que prima en el vocabulario de los actores. Tampoco se impone como categoría analítica o como integrante necesario en una narración histórica muy

cuidada y estilísticamente impecable. Se echa de menos una reflexión mayor sobre este punto, precisiones sobre su equiparación, o no, con el “cariño” (aparece como la emoción vedette en las relaciones existentes o imaginadas entre las parejas); sobre las razones posibles por las que no aparece casi en los escritos de los fiscales; y sobre los vínculos posibles con los usos y sentidos del amor que sabemos se encontraban en la prensa y en una parte del discurso médico y literario. ¿Tal vez la emoción del amor ampliamente idealizada, profundamente mitologizada, objetivo individual e institucionalizado en el matrimonio y la familia que proliferaba en expresiones contemporáneas al período aquí analizado; era también desafiada por estas historias tan verdaderas como trágicas?

María Bjerg saca de los “murmillos del mundo” a hombres y mujeres que cruzaron el océano para intentar una vida mejor en la Argentina. Ninguno de estos protagonistas puede ingresar en la narrativa del progreso y del ascenso que ejemplifican tantas otras biografías y corroboran datos estadísticos. *Lazos rotos* no pone necesariamente en entredicho esta tradición historiográfica, a la que Bjerg también ha contribuido de manera decisiva, sino que agrega otras experiencias también verdaderas. Más que contraponerse, ambas narrativas, creo, se soportan y validan mutuamente. En esta historia emocional de la migración la autora logra restituir las experiencias en su discontinuidad y, al mismo

tiempo, las reorganiza y las explica de manera magistral. Para ello se apoya en un minucioso trabajo de archivo, en un conocimiento bibliográfico impresionante, en una apropiación creativa del andamiaje conceptual de la “historia de las emociones”

y en el propio proceso de escritura. Para aquellos interesados en las migraciones, en una perspectiva histórica de la violencia doméstica y las emociones, esto es, cómo podemos bucear en las experiencias que han originado una emoción y las formas en

que son comunicadas, *Lazos rotos* es un libro imprescindible.

Sandra Gayol
Universidad Nacional de
General Sarmiento / CONICET

María Celia Vázquez,
Victoria Ocampo, cronista outsider,
Rosario/Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2019, 250 páginas

María Celia Vázquez, especialista en literatura argentina del siglo xx, ofrece en *Victoria Ocampo, cronista outsider* una mirada aguda y provocadora sobre una de las personalidades más relevantes y transitadas de la historia literaria y cultural argentina, que recibió una Mención especial por el Fondo Nacional de las Artes en el género ensayo en 2017. En la contratapa del libro, Nora Domínguez lo cataloga como “una vuelta más sobre Victoria Ocampo”. En efecto, el trabajo propone un modo distinto de pensar la figura y la obra de la directora de *Sur*. Centrada en la lectura de una zona específica de su literatura –los *Testimonios*–, Vázquez rescata a una Ocampo diferente de la escritora de textos autobiográficos y la creadora de una relevante empresa cultural: la cronista dueña de un firme deseo de participación en la esfera pública.

En un ejercicio retrospectivo, Vázquez sitúa su primer acercamiento a los escritos de la directora de *Sur* en los años setenta en su Guaminí natal, cuando la bibliotecaria de la localidad le regaló un tomo de los *Testimonios* de Ocampo. Décadas más tarde, investida ya de categorías y conceptos de teoría y crítica literaria y en el marco de sus estudios sobre el peronismo de izquierda, la autora regresó a la obra de Ocampo. En ese sentido, su

investigación posee una marca de origen definida desde la cual reconstruir la motivación que la llevó a redescubrir a Victoria Ocampo y arraigar el momento en que esa (su) mirada sobre esta “cronista outsider” se funda. Ese sello reside en su lectura del ensayismo nacional popular, en particular en el impacto que le provocaron las feroces críticas infligidas por Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui a Ocampo.¹ Ese punto de partida es central en el trabajo de la autora pues delimita el lugar desde el cual se aproximó a la figura y a la obra de la fundadora de *Sur*; esto es, en su relación con destacados debates político-culturales de la Argentina del siglo xx. Si el ensayismo de la izquierda nacional la llevó a volcar su mirada sobre Ocampo, la revisión de su obra a la luz de esa inquietud la hizo anclar su atención en los *Testimonios*, esa serie de diez volúmenes publicada entre 1935 y 1977, en la que Ocampo recopiló escritos previamente difundidos en la prensa y en *Sur*.

En su examen del corpus, Vázquez se pregunta por la especificidad de esos textos

¹ Judith Podlubne, María Fernanda Alle, “Ensayo. Victoria Ocampo, peronismo y payadas”, *Revista Ñ*, 12 de junio de 2019 <https://www.clarin.com/revista-enie/literatura/victoria-ocampo-peronismo-payadas_0_QL_jYchWk.html>.

y advierte que se trataba de “formas discursivas híbridas” –testimonios, ensayos, notas de actualidad y obituarios– elaborados en sintonía con las particularidades de la escritura periodística. Este aspecto, precisa la autora, los diferenciaba de la escritura autobiográfica de Ocampo y los dotaba de una independencia que no había sido señalada por las investigaciones de la crítica literaria más atentas a escudriñar ese otro registro de su literatura. El análisis de Vázquez fue central para que pudiera postular que, junto con el impulso autobiográfico, existía en Ocampo otro, marcado por una “voluntad de intervenir en los debates públicos (culturales y políticos)” a partir de la cual alcanzó “visibilidad y renombre más allá del campo literario”. Los *Testimonios* son entonces presentados como una serie que puede ser leída en forma independiente y los textos allí reunidos destacados como textos periodísticos.

Definidos el carácter y la particularidad de los escritos, Vázquez se pregunta quién escribe esos textos. ¿Ocampo escritora? ¿Ocampo periodista? El trabajo se adentra, en esa instancia, en la problemática asunción por parte de Ocampo de una u otra identidad literaria y busca responder la cuestión indagando en su relación con el proceso de autonomización del campo literario, la

profesionalización de la figura del escritor, la modernización de la prensa y la participación de las mujeres en estos procesos. Desde esa labor, Vázquez delimita los conflictos de Ocampo del plano analítico y enfatiza el carácter de periodista, en especial de cronista, que asume la escritora en aquellos textos híbridos en tanto, indica, estos cumplen con las características de la prosa periodística. Pero Ocampo, señala, es una cronista *outsider*, un rasgo que resulta de la motivación que la lleva a producir los textos incluidos en los *Testimonios*: más que la profesionalización –no es una *media worker*, enfatiza la autora– es su voluntad por registrar su experiencia –expresar “lo visto y vivido”– y “dar respuesta a su inclinación literaria” lo que la lleva a escribir. Ocampo se configura así como una testigo del mundo sobre el cual busca emitir una opinión, un aspecto, destaca Vázquez, que le permite participar en la esfera pública y afirmarse en ella como mujer.

Para comprender la figura de Victoria Ocampo como “cronista *outsider*”, Vázquez busca “reconstruir los modos de intervención y los mecanismos de autoafirmación” que desarrolló entre los años treinta y los sesenta –aunque examina también trabajos posteriores– a partir de una doble lectura. Por un lado, al concebir sus crónicas como testimonios de décadas complejas en las que Ocampo fue objeto de fuertes críticas y frente a las cuales articuló un estilo defensivo, cuya identificación requiere reconstruir contextos de debate específicos. Por otro lado, la reconstrucción de esos debates

permite pensar los *Testimonios* como reservorio de problemas, temas y figuras centrales para la historia cultural argentina del siglo pasado. Desde esa perspectiva, en su estudio sobre esa faceta de Ocampo y esa sección de sus escritos, la autora atraviesa “la cuestión nacional en los años treinta, la política internacional en los años cuarenta y el populismo cultural asociado con el peronismo en los cincuenta y sesenta”, en un libro organizado en tres apartados: Espacios, Litigios y Duelos.

Qué es la Argentina y ser argentina para Victoria Ocampo son los interrogantes centrales que articulan los dos primeros capítulos del trabajo. Para desentrañarlos, Vázquez analiza aquellos textos de Ocampo en los que estas cuestiones aparecen tematizadas, colocándolos en diálogo con los debates sobre la nación de la década del treinta, así como en el cruce entre cosmopolitismo y argentinidad, en el que su identidad se vio confrontada en función de su participación en el campo intelectual local o en el de los centros metropolitanos internacionales. En ese recorrido la autora busca destacar los escritos de Ocampo sobre la nación como textos de intervención pública, insertos en un debate mayor con el que dialogan y polemizan. Esos textos, en los cuales encuentra que emerge una Ocampo ensayista que interpela a la polis desde una asumida autoridad moral, representan para Vázquez “uno de los eslabones iniciales de la cadena de textos que se ocupan de auscultar los designios de la nación”. El modo en que Ocampo descifra el carácter de

la nación encuentra resonancias en su proceso de autofiguración, que se desarrolla en un juego de tensiones entre una identidad cosmopolita y otra argentina, que se presenta a veces como “natural” y otras como “dramatización”. En una revisión de algunos de sus trabajos sobre escritores europeos, Vázquez reconstruye, deconstruye y pone entre paréntesis la construcción de la minoridad desplegada por Ocampo en su relación con personalidades centrales de la escena cultural europea.

El segundo apartado –Litigios– constituye el nudo del libro, en el cual la autora desentraña la existencia en Ocampo de una “ética del litigio” que determina los modos de su participación en los debates públicos que la tuvieron por objeto de la crítica o en aquellos en los que tuvo una intervención directa. Pero esa “ética del litigio” no es autoevidente sino que, como demuestra Vázquez a lo largo de los cuatro capítulos que componen esta sección, exige reconstruir los contextos de disputa que permiten advertir la intencionalidad polémica de los discursos de Ocampo. Con ese fin, en los capítulos tres y cuatro Vázquez se detiene en la batalla en torno al peronismo que dividió al campo intelectual desde los años cincuenta y reconstruye la “trama discursiva beligerante” en la que se asentó la ofensiva de los escritores del nacionalismo popular contra los intelectuales liberales. Una ofensiva en la cual –de acuerdo a la lógica de la política como hostilidad– Ocampo devino “enemiga del pueblo”. En segundo término, se detiene en

aquellos textos escritos por Ocampo tras el derrocamiento de Perón en los que, por vez primera, se pronuncia pública y explícitamente sobre el peronismo, para descifrar allí el lugar desde el cual enuncia sus críticas, el tono y el modo con las que las realiza para enfrentar luego sus argumentos con la refutación de sus adversarios. Por su parte, en los capítulos cuatro y cinco –en los que se encuentran algunos de los momentos más destacados del libro– el trabajo de Vázquez se detiene a escudriñar las diferentes estrategias defensivas que Ocampo despliega al polemizar, por un lado, con miembros de su círculo de pertenencia y, por otro lado, con sus oponentes del nacionalismo popular. En una muy aguda lectura de las crónicas urbanas de Ocampo Vázquez advierte el despliegue de ciertas “indirectas públicas” mediante las cuales la escritora refiere su antiperonismo y responde a sus adversarios, sin identificarlos, desde la ironía, el humor, el ridículo o el recurso a mecanismos dialógicos. Esta

estrategia defensiva, sin embargo, se torna directa y explícita en el intercambio epistolar que Ocampo mantuvo con Arturo Jauretche, quien en el tránsito de esa experiencia se convierte en un enemigo privado. La contracara de ese proceso es presentada por Vázquez en las polémicas públicas que Ocampo entabla con amigos y colaboradores como Jorge Luis Borges y Waldo Frank, en cuyo marco devienen adversarios.

Los dos capítulos finales se centran en el duelo, un tópico, destaca Vázquez, que a pesar de componer una porción significativa de los textos que integran los *Testimonios*, no había sido previamente abordado por la crítica. La autora inicia así el estudio de los obituarios de Ocampo en un intento por descubrir las políticas de la amistad que desplegó –en este caso– en relación a sus escritos sobre la muerte de María de Maetzu y de Pierre Drieu La Rochelle. Una apuesta fructífera, la realizada por Vázquez, al demostrar cómo las despedidas

a los amigos son textos de intervención que pueden asumir la forma de un discurso político –en torno al feminismo en el caso de Maetzu– o la del privilegio del afecto por sobre los desencuentros políticos –en el de La Rochelle– aun a riesgo de quedar ella misma expuesta a la crítica pública.

A través de una escritura amena y asentada en un sólido conocimiento de Victoria Ocampo, su obra y los debates en que participa, Vázquez ofrece con *Victoria Ocampo, cronista outsider* un aporte relevante para el conocimiento de una de las figuras más importantes de la Argentina del siglo xx. Es este un libro de crítica literaria y cultural pero, también, de historia intelectual de significativas contribuciones para el estudio de las mujeres intelectuales y su vinculación con la esfera pública.

Silvina Cormick
Universidad Nacional de
Quilmes / Universidad
de Buenos Aires

Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre,
Mar del Plata. Un sueño de los argentinos,
Buenos Aires, Edhasa, 2019, 360 páginas

Como afirman sus autores, este libro presenta los resultados de un proyecto de larga gestación. En efecto, la idea rectora de la obra, como argumento sociológico, se presentaba ya en un texto breve de Juan Carlos Torre en *Punto de Vista* (1995) dando cuenta del proyecto del futuro libro de autoría compartida entre el sociólogo y la historiadora Elisa Pastoriza. La densidad histórica de ese argumento adoptó un mayor desarrollo en el artículo escrito por ambos para la *Historia de la vida privada en Argentina* (1999).¹ Por lo tanto, nos encontramos ante un trabajo maduro que capitaliza, además, los resultados de una amplia producción de investigación sobre la ciudad, desarrollada desde los años 1990 por historiadores pero también por arquitectos locales, nucleados sobre todo en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Las investigaciones de Pastoriza constituyen referencias centrales dentro de esa producción, además de que ella ha dirigido o estimulado muchos de esos trabajos en los cuales el libro se apoya. La

madurez de los argumentos y el conocimiento profundo de las fuentes en las que sustentan su trabajo han permitido a los autores construir un texto claro y sereno, con pocas notas indispensables que no interrumpen una lectura fluida, pensado en función de sostener el interés de distintos tipos de públicos, incluyendo los no académicos o no especializados. Las bien elegidas ilustraciones y los recuadros que resaltan ciertas fuentes también aportan a ese carácter atractivo y abierto de la obra.

La mirada sobre Mar del Plata que la obra proyecta no es la de la historia urbana –aunque recoge aportes de tal perspectiva–. En cambio, la clave a la aproximación narrativa y analítica del libro se encuentra en el subtítulo de la obra, que se mantiene desde el artículo de 1999, cuando la expresión “el sueño de los argentinos” sustituía a “una utopía argentina”, presente en el texto de 1995. Sustitución sintomática de una búsqueda de ajuste conceptual para un mismo objeto problemático. En el último capítulo del libro, esta idea se expresa de manera directa: “Nuestro objetivo no fue hacer la historia de Mar del Plata como tal; ello hubiera requerido una exploración más exhaustiva y ampliar el recorte temporal. Más bien, buscamos reconstruir la trayectoria del gran balneario como una

metáfora de la dinámica de la sociedad argentina a lo largo del tiempo. Al cabo de este ejercicio emerge una conclusión: a partir de 1970 comenzó a perder consistencia lo que hemos denominado el experimento social de los argentinos: acoger en un espacio físico común y a la vez internamente diferenciado los planes de verano de los más diversos sectores sociales” (p. 351).

Se trata de una historia social de ámbitos, prácticas y representaciones sociales cuya referencia común es la principal ciudad balnearia del país –que posiblemente merezca también ser incluida entre los más bellos y complejos balnearios urbanos de masas de América Latina–. La historia social que la obra traza se encuentra fuertemente marcada por la política, aunque sin verse subsumida en ella. En rigor, el libro presenta una historia de procesos culturales protagonizados por distintos sectores sociales que, aunque acelerados o no por la política dominante en cada momento, reconocen pulsiones sostenidas, en parte contrapuestas y en parte complementarias: el impulso hacia la ampliación social o democratización de los consumos y la imposición de mecanismos de distinción social, que a través de la exclusión reordenan jerárquicamente ese universo en expansión. La dinámica de

¹ Juan Carlos Torre, “Mar del Plata, una utopía argentina”, *Punto de vista*, n° 51, abril de 1995, pp. 23-24. Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, “Mar del Plata, un sueño de los argentinos”, en Fernando Devoto y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en Argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 49-78.

la historia de la sociedad argentina del siglo xx hasta los años 1970: una convivencia entre distintos sectores sociales, en gran medida incómoda y conflictiva, pero finalmente posible. Mar del Plata, “la ciudad feliz”, más que metáfora –podríamos pensar nosotros– resulta una materialización de esa historia, que, pacificada por su principal función urbana, condensa miradas, expectativas y experiencias en forma de sueño.

El argumento se desarrolla en seis capítulos que se ocupan de los distintos tiempos sociales que impulsaron la conformación de la ciudad, desde la villa de las últimas décadas del siglo xix hasta el balneario de masas de los años 1960 y el inicio de los 1970. Los tres primeros capítulos (i: “Un lugar de veraneo junto al mar”, ii: “La construcción de la villa balnearia” y iii: “El ocio distinguido a orillas del Atlántico”) se inician alrededor de la fundación de Mar del Plata en 1874 y la llegada del ferrocarril en 1887, cubriendo el período de la villa construida a medida de la élite porteña, sus ámbitos, instituciones y prácticas. Los tres últimos (iv: “El ocaso de la villa balnearia”, v: “La ciudad balnearia” y vi: “El balneario de masas”), trazan la historia de la ampliación de usuarios del balneario entre los sectores medios primero y populares después, además de las transformaciones y los conflictos que esa ampliación produjo en la ciudad. El dinamismo de la economía de amplios sectores del país, las posibilidades de ascenso social, las políticas del radicalismo y

del peronismo a nivel nacional son los principales y conocidos fundamentos de esta historia. La obra complejiza este proceso incorporando también otros como la presencia política del socialismo en el gobierno local en los años 1920 y los 1960, que impulsaron esa misma tendencia a transformar a Mar del Plata en “la ciudad de todos”, tendencia que políticas conservadoras como las de la década de 1930 no detuvieron. Por el contrario, ellas produjeron transformaciones urbanas que hasta hoy permanecen como íconos del balneario de masas (antes de que tal categoría se consolidara en la realidad urbana y social), como son las obras de Alejandro Bustillo en la Playa Bristol. El libro registra así los sutiles vínculos que articularon los distintos tiempos sociales de la ciudad y el juego complejo entre el peso de las inercias y la urgencia de las resignificaciones: Mar del Plata cambiaba y a la vez permanecía fiel a sí misma. Todo lo dicho vale para el período que analiza el libro, que se detiene en 1970. Lo cierto es que de allí en adelante Mar del Plata, pese a mantenerse hasta el presente como una de las más bellas ciudades argentinas, dejó de concitar el interés que sectores sociales muy amplios, sobre todo altos y medios, habían depositado en ella. Las razones de esa distancia son complejas y reconocen orígenes diversos, pero evidentemente, como afirma el libro, la ciudad dejó de condensar aspiraciones de una parte importante de la sociedad argentina, aquella que ostenta una alta capacidad de consumo.

Volviendo al tema de la incidencia de la política sobre los procesos de ampliación de consumo de la ciudad, es particularmente interesante detenerse en la forma en que son presentados los desarrollos producidos bajo el primer peronismo –período que ambos autores conocen profundamente y que han abordado de manera original en otros trabajos–. El peronismo, como es sabido, consideró el turismo y las vacaciones como uno de los instrumentos de los procesos de democratización social que promovía. El complejo de los hoteles de Chapadmalal erigido por el Ministerio de Obras Públicas y administrado posteriormente por la Fundación Eva Perón es un claro indicador de que Mar del Plata, por su historia, fue el principal objetivo de las políticas. La ciudad reunía dos características: pervivía su imagen de símbolo del “ocio distinguido”, pero también estaba preparada, desde principios de siglo xx, para asimilar procesos de apertura y ampliación. Sin embargo, plantea la obra, la ampliación hacia la población popular no fue inmediata sino paulatina, porque la exclusiva puesta en vigencia de políticas no resulta suficiente para que se produzcan cambios en las prácticas. Por un lado, deben aparecer nuevos tipos de ámbitos y ello demanda su propio tiempo: así, por ejemplo, la mayor parte de los hoteles sindicales se instalaron después de la caída del peronismo. Al mismo tiempo, la legitimidad del ocio vacacional exigió un cambio en la mentalidad popular que no se produjo de manera inmediata. Las clases medias, sobre todo en los sectores más altos,

estaban en cambio más preparadas para beneficiarse rápidamente por las políticas impulsadas por el peronismo: el sector inmobiliario de Mar del Plata aprovechó los beneficios en cuanto a estímulo a la construcción de la Ley de propiedad horizontal (1948) a partir de su sanción, produciendo un boom de edificios de departamentos dentro de la nueva legislación, como el que transformó completamente la avenida Colón, con anterioridad a otras ciudades argentinas.

El “experimento de los argentinos”, nos dice la obra, articuló la pulsión igualitaria o modernizadora con la apelación a la distinción social, modulando de manera particular el primer impulso. Por un lado, los sectores altos no reaccionaron frente al avance de otros sectores sociales abandonando la ciudad, sino huyendo de él a través de la ocupación y conformación de nuevos espacios urbanos –la geografía local permitía estos desplazamientos que redundaban en una expansión de la mancha urbana– al mismo tiempo que, a modo de filtros, cambiaban sus conductas en cuanto a sociabilidad. Los sectores medios y populares que ocuparon los lugares que

los altos se sentían presionados a abandonar, de alguna manera, aceptaban los valores producidos por la élite, integrando sus aspiraciones a esos valores, aunque debieran traducirlos a sus posibilidades y recursos. Si en los procesos a los que nos referíamos en párrafos anteriores los planos materiales, esto es la economía y la política, eran las fuerzas fundantes, en estos otros procesos de distinción el mismo rol es cumplido por el plano simbólico, esto es, por la cultura. De allí la importancia que el libro asigna a una gran variedad de fuentes que constituyen representaciones capaces de registrar experiencias y expectativas de distintos sectores de la sociedad. Memorias y crónicas sociales son las fuentes que más se tematizan. Las fuentes gráficas –fotografías familiares y periodísticas, imágenes de arquitectura o ámbitos urbanos, publicidades– tienen una fuerte presencia en el libro, pero parecen menos problematizadas por el análisis que las escritas.

Dos capítulos se centran particularmente en modos de vida, prácticas, estéticas y valores, condensados en dos diferentes culturas del veraneo: “El ocio distinguido a orillas del Atlántico” y “El balneario

de masas”. Estos capítulos desarrollan una historia cultural de la ciudad. De manera más amplia, es necesario consignar que toda la obra sostiene un hilo de lectura que es el de los cambios en las formas de vivir el ocio balneario y en las relaciones entabladas entre veraneantes y playa: una historia cultural del veraneo en Mar del Plata. Sin embargo, fiel al argumento central del libro, el análisis cultural que emprende remite a la experiencia social, en el sentido de que es lo social aquello que está problematizado, mientras que el plano específicamente cultural no llega a alcanzar la profundidad y la sutileza que aborda el análisis social de la cultura. Así quedan fuera de la problematización de la obra aspectos visuales, estéticos, materiales, de un universo cuya riqueza presenta pero no agota. De esta manera, podemos pensar, este libro estimula futuras investigaciones sobre Mar del Plata que podrán tomar nuevos caminos, pero indudablemente deberán partir de él.

Anahi Ballent
Universidad Nacional de
Quilmes / CONICET

Marina Franco,

El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983),

Buenos Aires, FCE, 2018, 411 páginas

El campo de la historia argentina reciente, que ha tenido en la investigadora Marina Franco a una de sus principales figuras impulsoras, se ha desarrollado vigorosamente en los últimos años. Cada vez son más los estudios que, a partir de abordajes transversales que entrecruzan la historia cultural y política, la sociología, la ciencia política y los estudios sobre memoria, buscan comprender cuestiones del pasado próximo, y en un lugar destacado los procesos de violencia política y represión estatal ocurridos (aunque no solo) en el ámbito local. *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*, último libro de la historiadora, es un trabajo que surge de ese diálogo de la historia con otras disciplinas y que tiene como foco de indagación principal el surgimiento del problema de la represión como asunto público en la etapa final de la última dictadura argentina.

Si bien el foco principal está en los años postreros de la dictadura, el libro propone un recorte temporal más amplio, que comienza con la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en 1979 y termina con las elecciones de 1983. A través de diversas fuentes –la ya clásica prensa escrita de la época como

Clarín y *La Nación*, el no tan explorado *Tiempo Argentino*, entrevistas personales y archivos orales de segunda mano–, Franco descifra los vínculos que se tejen entre la sociedad y el autoritarismo a partir de un juego de fuerzas en el que distintos actores de la escena pública atribuyen determinados sentidos al tema de la represión. Así, los partidos políticos, los medios de prensa, la Iglesia católica, el Poder Judicial y las organizaciones de Derechos Humanos se imbrican en un escenario complejo de posiciones indeterminadas y hasta cambiantes. Como plantea la autora, el problema de la violencia estatal no se vuelve un hecho a visibilizar, denunciar y juzgar de manera automática, sino que se vincula con las diferentes dimensiones que fue adquiriendo el derrumbe castrense. En ese sentido, desde el comienzo el libro hace explícito su argumento principal: “la emergencia del tema fue en buena medida (aunque no por completo) una consecuencia de la deslegitimación y el derrumbe del régimen militar, y no al revés, como suele creerse” (p. 31). En otras palabras, el rechazo ético y humanitario generalizado de la represión estatal no ocurrió tanto por su especificidad propia, sino que dependió de otros factores de

deslegitimación, vinculados a diversos planos (militar, político, económico y social).

El final del silencio se estructura en cuatro capítulos, ordenados a partir de un criterio temporal y analítico. En el primero de ellos, “La legitimidad de la represión y la deslegitimación del régimen”, Franco se detiene en los años 1979 y 1980 y ubica la visita de la CIDH como el primer momento donde se difunden pública y oficialmente las violencias del régimen. Sin embargo, sostiene el apartado, la recepción del informe en plena vigencia de la “lucha antisubversiva” indica un clima general a favor de las Fuerzas Armadas. La autora reconstruye detenidamente el modo en que, a pesar de que los crímenes comenzaban a ser visibles tanto en el informe de la CIDH como fragmentariamente en la prensa, la cuestión de la violencia estatal no llegaba a configurar un problema público. Más bien al contrario, sirvieron para fortalecer las bases de apoyo del gobierno castrense en la tarea política de garantizar el orden social. En este punto, se pone de manifiesto cómo, tras la publicación del informe, la Junta Militar emprende una seguidilla de movimientos tendientes a cerrar la etapa previa y apostar a una convergencia cívico-militar que garantice la continuidad del proyecto dictatorial a partir de

un horizonte político: entre ellos, pueden mencionarse las “Bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional”, la conformación del Movimiento de Opinión Nacional, el llamado “contrainforme de la CIDH”, las “Premisas básicas no negociables”, etc. Ubicadas en ese marco, las denuncias eran justificadas por circunstancias inevitables que eludían toda responsabilidad gubernamental. Simultáneamente, el capítulo reconstruye el progresivo proceso de deslegitimación del régimen, no asociado a la cuestión humanitaria sino al plan económico y sus consecuencias sociales. La violencia relatada en las todavía esporádicas noticias era percibida por los actores de la época no como una evidencia empírica capaz de ser articulada bajo una denuncia, sino solamente, dice Franco, como una presencia.

“La ilusión de la apertura y la búsqueda del cierre”, segundo capítulo de *El final del silencio*, se detiene en el momento pre-Malvinas (1981-1982) como un período con densidad propia. Comenzando por la presidencia de Roberto Viola, la autora retrata las inconsistencias internas del régimen en lo que respecta a las condiciones del estatuto de partidos. Problematicando conceptos como “transición argentina” y “derechos humanos”, Franco repasa los posicionamientos que tuvieron los diferentes actores en esta etapa. El nuevo ciclo inaugurado por Viola permite entrever algunas señales (aunque todavía escasas) que hacen suponer un crecimiento de las voces denunciantes, pero

quizá sea precisamente el carácter limitado de las mismas lo que permite sintetizar un cuadro de época. Salvando excepciones (como el caso del *Buenos Aires Herald*, *La Opinión* o las propias organizaciones humanitarias), la denuncia de la represión no tenía un papel central en los discursos que circulaban en 1982 entre los partidos políticos, la Iglesia católica y la prensa, tanto “masiva” como “no hegemónica”: mientras que los sectores católicos y la naciente Multipartidaria se eslabonaban bajo la advocación de la reconciliación nacional, ni siquiera las voces consideradas más antiautoritarias (tal como la revista *Humor*) hacían de las violaciones de derechos humanos el eje principal de sus intervenciones. En cambio, para entonces “el problema de los desaparecidos” fue adquiriendo una relativa autonomía en los debates públicos. Si para 1981 ese tópico aún era un elemento político sin demasiado peso propio, hacia 1982 la cuestión asumía mayor espesor.

El tercer capítulo, “La eclosión antidictatorial”, busca iluminar ciertas zonas grises en lo que respecta a la significación pública de la guerra de Malvinas. Lejos de situarla como un parteaguas que modificó drásticamente los sentidos sobre la violencia, Franco inteligentemente ubica la derrota bélica en el contexto de la crisis económica, el clima antimilitar y en lo que denomina “el fin de las Fuerzas Armadas victoriosas en la guerra interna”. *El final del silencio* muestra que en este período la búsqueda por cerrar el tema de la violencia estatal por parte de la institución

militar también involucró a los dirigentes políticos, a la Iglesia católica y a la prensa. Muchas de estas voces, al tiempo que exigían “información y verdad”, dejaban sin cuestionamiento la “lucha antisubversiva”. Mientras, los organismos de derechos humanos profundizaban una dirección de involucramiento de los medios de comunicación y el Poder Judicial en función de visibilizar sus reclamos. El capítulo además recorre las manifestaciones de estos organismos en la escena pública, subrayando, por caso, que las explicaciones que exigían las Madres de Plaza de Mayo no perseguían el mismo objetivo que las del resto de los actores públicos. De “Aparición con vida” en el año 1981, la consigna pasó a ser “Juicio y castigo a los culpables” en 1982. Sin embargo, nos recuerda Franco, este último vocablo carecía todavía de un sentido homogéneo y no contaba con gran legitimidad política. El libro muestra que, en la medida en que aumentaba el clima antidictatorial y opositor, el gobierno castrense emprendió una estrategia de clausura y autoconfirmación, basada en un conjunto de acciones psicológicas encaminadas a evitar un “rebrote subversivo”. Esta vez, plantea la autora, la subversión era identificada con los organismos de derechos humanos dentro y fuera del país. Consecuentemente, la reafirmación de ese marco de sentido se cristalizaría más tarde en el llamado “Documento final”, en abril de 1983.

En el último capítulo, “Las opciones se estrechan”, Franco

se concentra en el año 1983, comenzando por el Documento final y las disidencias internas en torno a la ley de la autoamnistía hasta llegar a las elecciones de octubre. Ilumina ciertas dimensiones del juego de fuerzas, como el hecho de que los partidos políticos (a diferencia de los organismos de derechos humanos) llegaron a ser consultados en torno a la ley de autoamnistía. Asimismo, el capítulo examina los recomodamientos del Poder Judicial y su alejamiento de la Junta en un momento en que la institución militar buscaba protegerse judicialmente. ¿Cómo se volvieron las banderas de justicia e investigación sobre los crímenes dictatoriales un horizonte capaz de encarnar en un proyecto de gobierno?, se pregunta Franco. Si hasta entonces las consignas de “juicio y castigo” no tenían un sentido unívoco, el libro muestra que en este momento la exigencia de justicia adquiere un carácter más orgánico. Sin embargo, como se desprende del análisis, existía un hiato ineliminable entre el rechazo social de la autoamnistía y el reclamo de justicia por los crímenes. Para 1983, explica la autora, la prensa continuaba hablando en términos hegemónicos de “violencia subversiva”. Sin embargo, algo

tuvo que haber cambiado –acierta– para que algunos discursos públicos del último año de la dictadura tuviesen un mayor énfasis en los derechos humanos. De allí que la figura de Raúl Alfonsín aparezca acaso como un símbolo de distinción entre los demás candidatos de la contienda electoral. Lejos estaban los argentinos en 1983 de presenciar la emergencia de un nuevo paradigma sobre los derechos humanos. Como afirma la autora, ese proceso apenas comenzaba.

El libro de Franco reconstruye los pliegues de un final del silencio que, al margen de lo que la memoria social contemporánea evoca, demoró en llegar. Sin duda, un punto a destacar de esta exhaustiva investigación es que desestabiliza ciertas ideas comunes acerca del período, como aquella que sostiene que amplios sectores sociales ignoraban el tema de la represión (el remanido “no sabíamos nada”). Después de todo, como observa la autora, el hecho de que las denuncias por la represión hayan tenido visibilidad de manera temprana no se tradujo en un cambio radical en la forma de pensar lo sucedido. Con respecto a esto, cabría preguntarse si dentro del valioso menú de actores que ella considera, los provenientes

de la esfera transnacional pudieron tener (además de la visita de la CIDH) algún peso en la configuración de los sentidos públicos sobre la dictadura. Otra cuestión a subrayar es que el texto se aproxima a las significaciones sobre el horror a partir de un continuo ejercicio de autorreflexividad y vigilancia epistemológica que en ningún momento deja de lado la pregunta por las condiciones de producción historiográficas. En síntesis, *El final del silencio* es un relato acerca de cómo los derechos humanos y el reclamo por los desaparecidos se volvieron un discurso público dominante, pero también funciona como una caja de herramientas tanto metodológica como política que nos interroga acerca de qué manera y por qué narramos la historia. La insistencia de Franco en reconstruir una parte de la historia de las violencias extremas sin una mirada complaciente no es solo una propuesta sofisticada para pensar el pasado reciente argentino, sino también un imperativo actual, necesario e inaplazable.

Paola Benassai
IGG / Universidad
de Buenos Aires

Manfredo Tafuri, Fernando Aliata, Anahi Ballent, Alejandro Crispiani, Mercedes Daguerra, Adrián Gorelik, Jorge Francisco Liernur, Graciela Silvestri, *Tafuri en Argentina*, Santiago de Chile, ARQ ediciones, 2019, 274 páginas

En 1981, el historiador de la arquitectura italiano Manfredo Tafuri visitó la Argentina. A lo largo de ocho agitados días dictó un curso en el Centro de Arte y Comunicación (CAYC), conducido por Jorge Glusberg, su anfitrión, y participó de múltiples actividades: una conferencia en el Centro de Arquitectos de Rosario, una reunión en La Escuelita porteña, otra con un grupo convocado por Jorge Liernur (su único vínculo previo), una tercera con un sector de la Sociedad Central de Arquitectos, a lo que se sumarían entrevistas para la revista disciplinar *Dos puntos* y los suplementos especializados de *La Nación* y *Clarín*. La urgencia anuda el interés del visitante, la agitación de ciertos núcleos disciplinares y una Argentina que –ella no lo sabe a ciencia cierta– ha comenzado a transitar la última etapa de la dictadura.

Tafuri en Argentina ofrece buena parte de los materiales de ese encuentro y una serie de medulosas interpretaciones de la visita, el visitante y lo que ambos pudieron implicar en términos disciplinares y culturales. Sus artífices son algunos de aquellos jóvenes arquitectos que rodearon el episodio, hoy reconocidos historiadores. Interpelados por el tema, en el que encuentran su matriz grupal e historiográfica,

buscan hacer de esa experiencia “excéntrica” la ocasión de ensayar nuevas preguntas y perspectivas sobre su figura y producción. La fórmula “Tafuri en Argentina” es así el centro de sucesivas “órbitas”, situadas a diversa distancia del encuentro y de variado alcance, que se reorganizan en tres secciones. “Documentos” integra dos entrevistas ligadas al grupo, de 1981 y 1983, y la transcripción de la conferencia rosarina. “Artículos” reúne seis intervenciones fuertes, que abordan sucesivamente los contextos italiano y argentino, las variaciones del paradigma centro-periferia en la producción tafuriana y algunos de los motivos y las líneas de indagación estimulados por la figura y el grupo veneciano (la “investigación policéntrica”, la historia de la vivienda, la crítica). El “Apéndice” congrega las demás entrevistas y algunas cartas de Tafuri a Liernur entre 1974 y 1989. Una cuidada edición santiaguina completa el atractivo de conjunto.

Testimonios

Conocido en ámbitos discretos de la cultura arquitectónica argentina desde años atrás, hacia 1981 Tafuri es asociado a una perspectiva y una institución originalmente muy conectadas y en las que ha sido protagonista: la *crítica de la ideología*

contorneada por el grupo de la revista *Contropiano*¹ a fines de los sesenta y el Dipartimento de Storia dell’Architettura (DSA) del Istituto Universitario di Venezia (IUAV), que dirige, producto de una sonada experimentación en los setenta. En 1981, esa experiencia está cerrada y Tafuri ha operado sensibles desplazamientos teóricos e historiográficos, pero la expectativa anterior marca algunas entrevistas, balizando el espacio de una sorpresa. Parte de la novedad viene de la acumulación del DSA donde, pese a varias frustraciones, un plantel notable (Massimo Cacciari, Francesco dal Co, Giorgio Ciucci, Franco Rella) alimenta una cierta mirada de la historia: unitaria, autónoma, compleja, filológica.

Romano, de 45 años, algo explosivo, diestro en los debates del estructuralismo, el marxismo y el posestructuralismo, Tafuri desplegó en la visita sus inquietudes recientes, movilizándolo la enorme

¹ Revista del “área comunista”, inicialmente dirigida por Cacciari, Asor Rosa y Antonio Negri (que se va) y acompañada por Mario Tronti y varios integrantes del IUAV. Allí se publicó “Para una crítica a la ideología arquitectónica” en 1969. Entre los textos de temprana traducción de Tafuri [1968], *Teorías e historia de la arquitectura*, Barcelona, Laia, 1972.

acumulación veneciana. La notable entrevista coral condensa un proyecto historiográfico personal que, sobre ese fondo, ha ganado nitidez en los últimos años:² el tránsito de la noción de *ideología* como “falsa conciencia” a la de *representaciones* (entre Foucault y los *Annales* de las *mentalidades*); la identificación entre crítica, historia y “pensamiento destructivo”; una idea de *productividad histórica* de largo plazo; el llamado a restituir *estrategias*, complejos de lenguas que “hablan aunque no las planifique nadie”, a elegir temas según su rendimiento u opacidad, a adoptar un método que trace círculos (¿“órbitas”...?) y ataque los problemas por todos lados.

En la conferencia rosarina, la contraposición entre “Lo clásico y lo moderno” le permite desmontar representaciones que cercaba desde la crítica de la ideología arquitectónica: un “movimiento moderno” que no logró asir las fracturas de la experiencia iluminadas por Freud, Nietzsche o Simmel; un innombrado posmoderno que pretende saltar esa irrealización y minimiza lo clásico, “pensamiento de los confines”. Las cuestiones asoman también en las entrevistas de *Clarín*, *La Nación* o *Dos puntos*, en sus consideraciones sobre arquitectura y vanguardias, razón e irracionalidad o en su modesta apreciación de la arquitectura argentina.

² Véase Manfredo Tafuri [1977], “El proyecto histórico”, en *La esfera y el laberinto*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984.

El tema del DSA, recelado en 1981, será ampliamente desplegado en la entrevista de 1983.³ A distancia de sus frustraciones –comenzando por la articulación de los centros consagrados a la historia en Venecia y Padua, conforme una idea unitaria de la disciplina–, Tafuri subrayará los acuerdos más durables en torno a esta, el método filológico y la formación de historiadores “puros”, no subordinados al proyecto arquitectónico ni a una preservación crecientemente institucionalizada. Allí consignará también, con manifiesto orgullo, la reciente edición de *L'armonia e i conflitti* dentro de la colección Microstoria.⁴

Lecturas

Los artículos multiplican los núcleos problemáticos y los ángulos de interrogación, en asedio muy tafuriano. En la *órbita* de las contextualizaciones, Mercedes Daguerre reinscribe el Tafuri que llega a la Argentina: *La esfera y el laberinto* ha cerrado el ciclo de interés por la arquitectura contemporánea, en beneficio del Renacimiento; esto expresa la individualización de los proyectos del DSA iniciada en 1977, inversa a la

³ Ambas originalmente publicadas en la revista *Materiales* (nº 3, 1983, y nº 5, de 1985), que conectó el Departamento de Análisis Crítico e Histórico de La Escuelita, en 1982, y el Programa de Estudios Históricos de la Construcción del Habitar (PEHCH) del CESCO, en 1983. El nº 5 se consagró al DSA-IUAV.

⁴ Antonio Foscari y Manfredo Tafuri, *L'armonia e i conflitti. La chiesa di San Francesco della Vigna nella Venezia del '500*, Turín, Einaudi, 1983.

caída de tensión política, que en Tafuri convive con un creciente interés por los problemas epistemológicos de la historia y una marcada apertura al cuadro internacional; varía entonces el lugar de la *crítica*, asociada ahora a una heterónoma tradición de pensamiento negativo e identificada con la historia. En dirección inversa, Adrián Gorelik y Graciela Silvestri se interesan por la Argentina a la que llega Tafuri, un país político y disciplinar en el que las fisuras de la dictadura habilitan una activación teórico-crítica hasta allí dada en ámbitos restringidos. La Escuelita, sectores de la SCA o el núcleo rosarino son parte de ese territorio bien dispuesto, sobre el que ya vienen incidiendo “tres Italias”, expresivas de una “nueva politicidad”: la del reformismo urbano de Bolonia; la morfológica de Carlo Aymonino, ex director del DSA; la de Tafuri, cuya visita precipita más que el paso por Venecia (1974-1976) el definitivo vuelco a la historia de Liernur. De aquí surgirá la germinación más duradera, en sintonía con la activación teórico-crítica y en contraste con una historiografía disciplinar cristalizada y funcional. El CAYC, limitado y crucial, es también releído con provecho.

En otra *órbita*, Jorge Liernur analiza las variaciones del paradigma centro-periferia en Tafuri. La pobre ponderación de América latina en *Arquitectura contemporánea*⁵

⁵ Francesco dal Co y Manfredo Tafuri [1976], *Arquitectura contemporánea*, Madrid, Aguilar, 1978.

es asociada a un “campo de visión histórica” recortado por las tesis *operaristas* que subrayaban el interés de los centros del capitalismo avanzado. Esa “geografía de la mirada” habría oscurecido el momento anterior, más atento a los concretos “humus culturales” en que actuaban los “ciclos de emisión” centrales. Desde los ochenta, las indagaciones sobre Roma y Venecia en los siglos xv y xvi, sensibles a la conflictividad y a la variación del vínculo entre centros y a las resistencias de la periferia, marcarían otra inflexión, no ajena al impacto de la inmigración en Italia.

Los siguientes textos se concentran en motivos o temas tafurianos/venecianos específicos. Fernando Aliata, alumno del IUAV entre 1983 y 1986, reinscribe los desplazamientos de Tafuri en la Italia de los años ochenta, con sus retornos y concurrencias (a Warburg o con los microhistoriadores). Uno lleva a la *ricerca policéntrica* (*L'armonia e i conflitti...*), que multiplica focos y escalas de análisis del hecho arquitectónico para devolver tramas e identificar intersecciones entre fenómenos y duraciones diversos (un arquitecto y una mentalidad, por caso). Prometedora frente a la objetada *estructura* de los *Annales*, la *ricerca* acabaría por disolverse en un cuadro disciplinar general muy desalentador para el último Tafuri.

Anahi Ballent, por su parte, analiza el impacto veneciano en la definición de uno de los temas desplegados en el PEHCH: la vivienda masiva, asociada a inquietudes por el vínculo entre vida cotidiana y gran ciudad. Consignado el relieve de los

trabajos de Tafuri sobre la planificación, Dal Co sobre la “cultura del habitar” o Georges Teyssot sobre el “proyecto doméstico”, subraya que su recepción fue poco matizada, en parte porque las urgencias de un sector excéntrico a la disciplina y con múltiples inquietudes alentaban a leer la variedad veneciana como una única escuela. Con todo, ese impacto de conjunto habría permitido ampliar el universo temporal, temático y social respecto de la historiografía anterior, ganar complejidad multiplicando los referentes (Foucault, Elias, Simmel, Benjamin) y construir “objetos heterónomos” que anudaban diversas dimensiones.

Finalmente, Alejandro Crispiani considera una metáfora con la que Tafuri buscó exponer el papel de la crítica en la entrevista coral: la imagen de un arquitecto en un cuarto en el que comienza a subir el agua, que podría salvarse si supiera, como el crítico, que las paredes no existen. Con antecedentes en Wittgenstein y varias filiaciones posibles (Weiss, Sade, Piranesi, Weber, entre las consideradas), la imagen es relacionada con el desplazamiento de la *crítica de la ideología* a la de las *representaciones*, que no declina voluntad de develamiento. Se trata de mostrar la división del trabajo en la que la arquitectura se pierde. Contraria a cualquier “síntesis pacificadora” y deriva operativa, la historia crítica debe exponer crudamente las cosas.

Excentricidades

Tafuri en Argentina rodea un hecho de circulación disciplinar

y cultural; su foco *excéntrico* ilumina tanto a un Tafuri desplazado cuanto a una germinación local bastante inédita. Muy bien situada por el Prólogo, esa deriva interesa a un par de los artículos, aunque marca la composición del conjunto y está en el revés de los testimonios más ligados al grupo. Es, en tal sentido, la parte involuntaria de este gran convite.

Es claro que en la productividad del encuentro argentino obraron más que cualidades intrínsecas, aunque sobran; Tafuri prosperó porque venían reuniéndose condiciones bastante especiales para ello. Y quizá merced a otras excentricidades, que alimentaban homologías de posición en territorios y momentos disímiles. La primera, de la historia de la arquitectura frente a la historia *tout court*, con la que se identificó durablemente pese a la respuesta “totalmente negativa” de “los historiadores” (p. 56) al proyecto de unificación departamental. Si aquí Tafuri arraigó en una formación de arquitectos *yendo* decididamente hacia la historia, allí parece haber sido más complejo el diálogo con el resto de la historiografía que la proyección (también internacional) del DSA por el vector de la arquitectura que desmontaba (y esto pese a sus afinidades con los microhistoriadores).

A la vez, cabían aquí y allí reconocimientos en torno a otra excentricidad, *nacional*, del orden de aquella asimetría historiográfica con Francia que “El nombre y el cómo” buscaba enderezar con una excepcional

respuesta de método.⁶ Expresiva de un cosmopolitismo hecho en la adversidad, tanto en ella como en la *ricerca policentrica*

⁶ Carlo Ginzburg y Carlo Poni [1979], “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, en Carlo Ginzburg, *Tentativas*, Rosario, Prohistoria, 2004. 1979 es también el año de “Indicios...” y de “Centro e periferia”, junto a Enrico Castelnuovo, significativa revisión de la historicidad y productividad de los términos (en *Storia dell’arte italiana*, parte I, vol. I, Turín, Einaudi, 1979).

de Tafuri sobresale, más que el principio inductivo o deductivo, una voluntad integral dada por la ambición de las preguntas y la multiplicación de las variables. Los objetos complejos que caracterizan a los historiadores que urdieron este *Tafari...*, dispositivos o términos que condensan o congregan múltiples dimensiones y temporalidades prontas a intersectarse y desplegarse, no son ajenos a esas búsquedas. Partiendo de

una formación singular, contra el telón de una deslucida historia disciplinar y en consorcio con otras historias en acelerada renovación, en esos diálogos excéntricos surgió una de las zonas más sólidas e innovadoras de la historiografía argentina contemporánea.

Ana Clarisa Agüero
Universidad Nacional de
Córdoba / CONICET

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 24 / 2020

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

La sección es organizada por Gabriel Entin, Ximena Espeche y Ricardo Martínez Mazzola.

Pablo Manolo Rodríguez,
Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas,
Buenos Aires, Cactus, 2019,
512 páginas

Retomando la arqueología focaultiana como método histórico-intelectual, en *Las palabras en las cosas* Rodríguez reconstruye el sistema de pensamiento que emerge tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y que, sobre la base de una descomposición de lo que Foucault llamó la episteme moderna, comienza a perfilar un nuevo a priori histórico. Una de las tesis directrices del libro es que esta reconfiguración encuentra un índice privilegiado no en el estructuralismo francés o en el giro lingüístico, tampoco en razones geopolíticas o en la generalización de una cosmovisión cultural particular, sino en ese híbrido de ciencia y técnica, de saber y poder, que es la cibernética. Esta constituye un punto clave para pensar la articulación de una episteme posmoderna que, en torno de cuatro conceptos rectores (información, organización, comunicación, sistema) y a lo largo de la segunda parte del siglo xx, se efectúa transversalmente en un conjunto de formaciones discursivas y no discursivas. En este sentido, el libro desarrolla una historia intelectual, técnica y política de la cibernética que si recupera el método arqueológico de Foucault, también lo rectifica y amplía. Por un lado, no se limita al análisis de saberes, sino que también incluye la tematización

de técnicas, dispositivos de poder y prácticas de gobierno, integrando así otros desarrollos del filósofo francés. Por otro lado, neutraliza una de las principales objeciones a la arqueología (a saber, el carácter problemático de los cortes discontinuos entre epistemes) y plantea una genealogía de la estadística. Esta oficia como hilo conductor subterráneo que permite pensar progresiva y articuladamente su centralidad en tanto técnica de gobierno, su importancia en la redefinición e historización de las ciencias formales, y su valor para rastrear la procedencia de la teoría matemática de la información.

Desde este horizonte general, presentado en los primeros tres capítulos, el libro se despliega en dos bloques: dedica cuatro capítulos al análisis de los cuatro conceptos rectores y de sus efectuaciones científico-técnicas, organizando la base teórica e histórica sobre la cual los últimos cuatro capítulos avanzan en la caracterización de la episteme posmoderna y de las ciencias poshumanas en correlación con debates filosóficos contemporáneos. En este decurso, Rodríguez aborda el concepto de sociedades de control, analiza el carácter biopolítico que asumen la medicina y los dispositivos de la salud al calor de los desarrollos de la biología molecular, y problematiza las nuevas formas de subjetivación que emergen en los entornos digitales a partir de la idea deleuziana de lo *dividual*, entre otros tópicos.

Juan Manuel Heredia
UNQ-CONICET / UBA

Fabio Wasserman (comp.),
El mundo en movimiento: el concepto de Revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos xvii-xx),
Buenos Aires, Miño y Dávila,
2019

El libro compilado por Fabio Wasserman reúne a doce autores que analizan los usos del concepto de revolución en Iberoamérica, el Atlántico norte y las Antillas francesas, entre los siglos xvii y xix, si bien dos capítulos se refieren también al xx. Se trata de una obra de historia conceptual apoyada en la *Begriffsgeschichte*, con la cual Koselleck –citado en siete de los diez capítulos– ha explorado la revolución como concepto y como metáfora, y en menor medida en la Escuela de Cambridge. En su capítulo sobre la revolución en la Inglaterra del siglo xvii Nicolás Kwiatkowski discute con Pocock sosteniendo que las cosas preceden a las palabras, y mostrando que el vocabulario había cambiado antes de la Gloriosa Revolución de 1688. Por su parte, Marcos Reguera indaga sobre los momentos de “revolución” en los Estados Unidos incorporando el concepto de “experimento”. El ensayo de Jacques Guilhaumou sobre el lenguaje político en la Revolución Francesa constituye un ejercicio de análisis de nociones-conceptos de la escuela de lexicografía de Saint-Cloud. Los lenguajes revolucionarios franceses le sirven a Alejandro Gómez para reflexionar sobre el concepto durante la revolución en Santo Domingo entre 1789-1793. Los textos de Fátima Sa e Melo Ferreira (sobre el concepto de

revolución en Portugal entre 1770 y 1870), Wasserman (referido a “revolución” en el Río de la Plata entre 1780 y 1850), Alexander Chaparro Silva (un estudio del término en Tierra Firme entre 1781-1832), Guillermo Zermeño (sobre el concepto en México entre el siglo XIX y mediados del XX), y João Paulo Pimenta y Rafael Fanni (quienes a partir de la reconstrucción diacrónica del concepto indagando sobre los sentidos de “Brasil”), se basan o relacionan con el proyecto *Iberconceptos* y los dos volúmenes del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (2010, 2014), dirigidos por Javier Fernández. Junto a Gonzalo Capellán de Miguel, Fernández Sebastián explora “revolución” en España entre 1808 y 1898: las fuentes iconográficas que incorporan al análisis representan un aporte original. Ordenados cronológicamente, los capítulos dialogan entre sí y forman un mosaico sobre los significados de revolución (y sus propias revoluciones semánticas) en diversos espacios lingüísticos del mundo atlántico. Al mismo tiempo, exceden este objetivo: evidencian también una reflexión histórica e historiográfica sobre los sentidos de una modernidad política que, identificada con la noción de revolución, se revela como una experiencia plural articulada sobre problemas comunes: la república, la nación, la ciudadanía, la opinión pública, los lenguajes políticos, las rupturas, cambios y permanencias temporales.

Gabriel Entin
CONICET-UNQ / UNSAM

Beverly Adams y Natalia Majluf (eds.), *Redes de vanguardia. Amauta y América Latina, 1926-1930*, Lima, Museo de Arte de Lima y Blanton Museum of Art, 2019, 352 páginas

Inaugurada en febrero de 2019 en el Museo Reina Sofía de Madrid, y expuesta luego sucesivamente en el Museo de Arte de Lima, el Museo de Bellas Artes de Ciudad de México y el Blanton Museum of Art de Austin, Texas, la muestra *Redes de vanguardia. Amauta y América Latina, 1926-1930* constituyó, además de un suceso de público, un verdadero hito dentro del frondoso campo de estudios dedicados a José Carlos Mariátegui. Prueba de lo cual es el bello libro-catálogo que acompañó la exhibición, un resultado de los años de laborioso trabajo en archivos e instituciones de varios países de sus curadoras Beverly Adams y Natalia Majluf. El volumen, que reúne además de centenas de imágenes y recursos que integraron la muestra, ensayos de una decena de especialistas de la región en historia del arte y en redes intelectuales latinoamericanas, parte de una inmersión profunda en el gran proyecto de vida que fue para Mariátegui su revista *Amauta*, enfocada en sus dimensiones materiales, las conexiones nacionales, continentales y globales que propició, y sobre todo en su cultura visual, hasta ahora escasamente analizada. La iniciativa tuvo en su centro una apuesta por aportar nuevos elementos y una mirada innovadora sobre las vanguardias latinoamericanas

en su cruce y yuxtaposición con las estéticas indigenistas, así como por sacar a la luz una faceta desatendida de la praxis intelectual de Mariátegui: su afición por la plástica y su labor como crítico de arte.

En definitiva, mientras el mariateguismo crece exponencialmente cual formación coralina brindando raramente contribuciones renovadoras, el proyecto liderado por Adams y Majluf se destaca por la rigurosidad de la investigación que le dio sustento, y por ofrecer tanto una sofisticada discusión conceptual como una amplia batería de materiales que invita a desarrollar nuevas indagaciones sobre Mariátegui y las vanguardias continentales. Señalemos apenas dos de sus aportes más valiosos. Por un lado, un redimensionamiento del significado de los años que el autor de los *Siete ensayos* pasa en Europa, a partir de la reconstrucción minuciosa de sus visitas a distintas exposiciones de arte (guiado en ese camino por Emilio Pettoruti) y de los vínculos que establece con grupos de vanguardia. Por otro lado, una relectura de la propia *Amauta*, que a la luz de los indicios que se ofrecen debe dejar de ser contemplada únicamente como la revista de Mariátegui, para pasar a ser pensada como un laboratorio dinámico de debate entre diversas estéticas vanguardistas e indigenistas (y allí cobra relieve propio la figura del pintor José Sabogal, autor de casi todas sus portadas).

Martín Bergel
UNSAM / UNQ-CONICET

Pedro Demenech,
*Velhos e novos mundos:
Ángel Rama em seu Diário
(1974-1983)*,
Porto Alegre, CLASS, 2018,
290 páginas

El trabajo de Pedro Demenech, resultado de su tesis doctoral, centra su estudio en el crítico uruguayo Ángel Rama durante el período en que estuvo exiliado. Así, el *Diário* que Rama escribiera durante su exilio es el objeto primordial sobre el que recae el análisis. Y, al mismo tiempo, lo utiliza para revisar qué de ese exilio modifica las herramientas críticas de Rama. Y, también, modificaría el modo en que hemos leído hasta ahora otras producciones colindantes como *La ciudad letrada*. Así, el diario de Rama constituiría para Demenech un texto que abisma una relación entre continuidad-discontinuidad; entre el sujeto y el mundo; entre el cosmopolita y el latinoamericano; entre la utopía y la derrota: un modo de contar la experiencia del exilio. Esto constituye una elección teórico-metodológica que explicita tanto sus alcances como sus limitaciones: la de una sola formulación acerca de la “sujetividad” como brújula para organizar un mapa analítico. Demenech elige la revisión del género diario, así como se pregunta por su relación con el género del ensayo, para revisar la conformación de una imagen de escritor/crítico, que implica también una apuesta por rastrear las modulaciones de esa misma escritura. En esa modulación, toda escritura obviamente es una lectura específica, condicionada por la

situación de quien escribe. De este modo, uno de los núcleos conceptuales del trabajo de Demenech es el del estudio del vínculo entre diario e identidad, y al mismo tiempo, el de diario y sociedad. En esta relación ambigua –porque el diario también es un género estandarizado–, sigue la trayectoria de Rama como una trayectoria por la conformación de “América Latina” como categoría analítica y de compromiso intelectual, especialmente luego de la Revolución Cubana, a la que el propio Rama llamaría “hecho cultural” del año 1960. De este modo, para Demenech la trayectoria de Rama y sus explicaciones en el diario íntimo espejarían en tensión sus reflexiones acerca de “América Latina” y repondrían los problemas que el propio crítico habría manifestado en torno de la construcción de un sentido pasible de ser compartido: la utopía revolucionaria, la integración latinoamericana, el “otro” Occidente y sus culturas.

Ximena Espeche
UBA-CONICET / UNQ

Maximiliano Figuepron, *Morir en las grandes pestes. Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2020,
190 páginas

Esta obra reformula en formato de libro de la colección *Hacer Historia* la tesis que obtuvo el primer premio del concurso *Mejor tesis doctoral de 2017* promovido por la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (AAIH). Aparece en 2020, en medio de la pandemia de COVID-19, que resulta un contexto particularmente apropiado para el libro, ya que invita a entender la pandemia del presente en relación con historias de larga duración. Pese a ello, la obra, que se suma a una prolifera producción historiográfica que en nuestro país cuenta con aportes como *La ciudad impura*, de Diego Armus (2007), presenta valores que trascienden el interés coyuntural.

El estudio se inicia haciendo alusión al potente cuadro de Juan Manuel Blanes, *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires* (1871), exhibido el mismo año de la epidemia. La imagen desencadena preguntas, además de sobrevolar todo el libro y ser retomada en tanto narrativa y memoria social de las pestes en el último capítulo. El autor se pregunta por qué esa epidemia es recordada, particularmente, como si hubiera constituido un episodio único y singular, cuando en realidad fue una de las tantas pestes que asolaron la ciudad. Para ello considera que no debe apelar exclusivamente

a los aspectos específicos de la enfermedad sino a la forma en que las epidemias fueron experimentadas y narradas por distintos actores, tanto en su momento de desarrollo como en su historización posterior: la huella que las epidemias dejaron en la ciudad. Antes que la historia de la ciencia es la historia cultural, en tanto análisis de representaciones, el instrumento capaz de orientar en esta búsqueda.

Más que las epidemias, se propone estudiar las crisis epidémicas, es decir, aquello que la presencia de las pestes obliga registrar y lo que la sociedad produce como respuesta a ella. En efecto, estas enfermedades operan como vectores de cambios urbanos, estatales o culturales. Sobre la base de la elección del período epidemiológico 1867 (cólera)-1871, desarrolla tres temáticas interrelacionadas: el papel del Estado, las respuestas sociales y las prácticas y rituales fúnebres, recuperando el entramado sociocultural que, como dice el libro, dio –y continúa dando– sentido a las epidemias.

Anahi Ballent
UNQ-CONICET

Josep Sabah,
Entre lenguas y mundos. Las cartas de un maestro de la Alliance Israélite Universelle desde el Litoral,
traducción, prólogo y notas de
Mónica Szurmuk,
Paraná, Eduner, 2019, 368
páginas

Entre lenguas y mundos reproduce las cartas del maestro Josep Sabah (1863-1925) escritas a lo largo de 28 años, entre 1894 y 1922. Sabah, nacido en Smyrna en tiempos del Imperio otomano y educado como maestro en la Escuela Normal Oriental de París, fue enviado por la *Alliance Israélite Universelle* a organizar las escuelas de las colonias judías de la *Jewish Colonization Association* en Entre Ríos. Las misivas, traducidas cuidadosamente del francés por Mónica Szurmuk, están en su mayoría dirigidas a sus empleadores: las autoridades de la *Alliance* en París y de la filial de la *Jewish Association* en Buenos Aires. La compilación abre con un estudio de Szurmuk que contextualiza la llegada y la posterior labor de Sabah en la Argentina y concluye con un anexo que contiene una cronología, algunos mapas e imágenes. Esas páginas funcionan como guías esenciales sin las cuales algunos fragmentos de las cartas serían difíciles de comprender.

Szurmuk encontró las cartas por azar en un archivo en París en búsqueda de información para la bibliografía que escribió sobre el intelectual de origen judío Alberto Gerchunoff. El libro contiene todas las cartas del legajo: aquellas que se podrían calificar de rutinarias y

burocráticas junto con otras donde Sabah ofrece retratos más elaborados de su tarea y de ese universo. El gesto de Szurmuk de copiar las cartas, traducirlas y reunir las en un libro produce un efecto prodigioso: el de rasgar el velo de una existencia singular y poco notada por la historiografía. Aun si escritas para ser leídas por sus superiores, el largo arco temporal cubierto por estas cartas permite recorrer, casi como si fuera un diario, prácticamente toda la vida de este maestro en la Argentina. Ofrecen pistas para investigadores de distintos temas y se revelan como una fuente para quienes se dedican al estudio de las colonias y de la inmigración, pero también para los estudiosos de la educación y de sus figuras. La productividad de la compilación no reside solo en la peculiaridad y rareza de la fuente, ni en la cuidada traducción y las oportunas notas aclaratorias de Szurmuk, sino en la decisión de incluir todas las cartas del legajo, aun las aparentemente intrascendentes. Es en la variedad de cartas que Sabah enviaba puntualmente a sus jefes donde se dimensiona la materialidad y la cotidianeidad de la tarea que este maestro tenía entre manos y se adivinan los rastros de su educación y de los imaginarios que sustentan sus acciones. Gracias al trabajo de Szurmuk las cartas están allí para quienes deseen sumergirse en ese mundo pero también para que futuras investigaciones las hagan hablar y les formulen las preguntas pertinentes.

Flavia Fiorucci
CONICET-UNQ

Mariana Luzzi y Ariel Wilkis, *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*, Buenos Aires, Crítica, 2019, 336 páginas

En los últimos años una nueva generación de sociólogos argentinos ha expandido el terreno de la disciplina para echar luz sobre el sentido de objetos que no habían sido analizados previamente. Uno de ellos, abordado en este libro por Mariana Luzzi y Ariel Wilkis, es el desvelo nacional por el dólar. Partiendo de que esa moneda no es para los argentinos solo una divisa extranjera, los autores se apoyan en un amplio registro de fuentes –periódicos y noticieros, spots publicitarios y chistes, transferencias de futbolistas y datos del mercado inmobiliario; registros de la propia experiencia y entrevistas a diferentes actores– para reconstruir el proceso de socialización económica a través del cual el dólar se volvió tan “popular”. Ubican el comienzo en los ‘30, momento en que el establecimiento del control de cambios convirtió al mercado de divisas en terreno de disputa política. Señalan luego que, si bien los problemas de divisas del primer peronismo contribuyeron a darle visibilidad, fue a fines de los ‘50 que el dólar se integra en el repertorio de amplios sectores sociales. En ello, subrayan, cumplieron un papel importante los medios de comunicación que construyeron el mercado cambiario como un espectáculo presentado a través de crónicas y producciones fotográficas. Los autores reconstruyen cómo a través de distintas coyunturas –“Rodrigazo”, “Tablita

financiera”, “Plan Austral”–, en los ‘70 y ‘80 los usos del dólar fueron cambiando y creciendo hasta que la hiperinflación, permitió postularlo como “hecho social total” que merecía la atención de sociólogos, psicólogos e incluso sexólogos. La “convertibilidad” sería un intento de tomar en cuenta esa situación, no ya para reformar a los actores sino para contenerlos bajo un nuevo orden. Ese orden haría nacer un “partido de los deudores en dólares”, fuerza latente que se haría visible y tomaría las calles cuando, años después, una nueva devaluación lo hiciera saltar por los aires. La movilización de los “ahorristas” colocaría, por primera pero no por última vez, al dólar como centro de un conflicto que se dirimía en las calles y se planteaba en términos de derechos ciudadanos.

Al recorrido cronológico sigue la indagación del sentido que distintos actores dan hoy al dólar. El testimonio de Lucy, una migrante paraguaya, informa sobre la función de “distinción moral” que cumple el ahorro en esa moneda; las palabras de operadores financieros dan cuenta del modo en que interpretan sus intervenciones. Discutiendo con lecturas economicistas y culturalistas, los autores proponen su explicación de la centralidad de esa moneda: el dólar es una “institución política” argentina. A través de una historia de incertidumbre los argentinos encontraron en él un indicador que les permite evaluar la actuación de un gobierno y realizar estimaciones respecto al futuro.

Ricardo Martínez Mazzola
CONICET / UNSAM-UBA-UNQ

Cecilia Durán,
Arquitectura como arte público. Estado, arquitectos y cultura en la Revista de Arquitectura (1925-1943), Rosario, Prohistoria, 2020, 180 páginas

El trabajo de Cecilia Durán aborda la producción de la arquitectura pública modernizadora entre 1925 y 1943, centrándose en los debates sobre las relaciones entre arquitectura, arte (decoración) y política. Para ello, analiza las publicaciones sobre el tema que aparecieron en la *Revista de Arquitectura*, órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos. Con esto busca reponer un conjunto de discusiones y nociones que, formuladas en un momento de transición, le permiten a Durán mostrar un panorama más complejo y rico que el que había ofrecido, hasta ahora, la historiografía de la arquitectura. Incluso aquella que, como la realizada por Jorge Francisco Liernur, permitió repensar el desarrollo de la arquitectura moderna en la Argentina. Y es que, en ese período, el concepto de arquitectura moderna todavía estaba en construcción. En tal sentido, es particularmente interesante ver como en esos años una buena parte de la producción de la arquitectura pública estaba tanto asociada a ciertos valores de la arquitectura moderna, cuanto a un carácter monumental. De todas maneras, uno de los principales aportes del trabajo es el de recuperar un debate soslayado por aquella historiografía, que es el del lugar de la decoración en la arquitectura pública. De este

modo, da cuenta de las distintas modulaciones que este adoptó, desde la ornamentación a la síntesis de las artes, así como de los sectores que estaban comprometidos con uno u otro.

El libro se estructura en una introducción y tres capítulos. El primero aborda la *Revista de Arquitectura* en cuanto tal, teniendo en cuenta la composición de su equito redactor, los contenidos difundidos, los vínculos con otras revistas y otros espacios del campo disciplinar, así como las transformaciones materiales de la revista. El segundo capítulo ofrece un mapa de las principales obras de arquitectura pública publicadas por la revista, teniendo en cuenta cómo fueron presentadas y discutidas. Al mismo tiempo, se analiza cómo esas obras renovaron el imaginario sobre la obra pública, poniendo en relación arquitectura, política y arte. El último capítulo avanza sobre los distintos actores que intervinieron en la producción de esas obras y en las discusiones asociadas a ellas. Aquí se analiza no solo a los arquitectos, sino también las principales instituciones del campo y las diversas estrategias y actividades que se desarrollaron, en un momento en que los arquitectos y sus asociaciones gremiales ganaban notoriedad en la esfera pública.

Sebastian Malecki
UNC-CONICET

Enriqueta Muñiz,
Historia de una investigación. Operación Masacre, de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor),
Buenos Aires, Planeta,
295 páginas

La publicación del libro *Historia de una investigación* es una buena noticia para quienes se interesen en la historia de la literatura argentina, del periodismo y la edición, y los estudios con perspectiva de género, entre otras disciplinas. Restituye el nombre y la trayectoria vital de una de las principales hacedoras de la investigación que luego formó parte de *Operación masacre*, del escritor argentino Rodolfo Walsh. *Operación Masacre* es un texto fundamental del periodismo de investigación, un clásico de la literatura y un documento sobre la historia de la represión en la Argentina.

Como ya es conocido, el libro de Walsh narra la investigación acerca de los fusilamientos clandestinos a civiles en José León Suárez, provincia de Buenos Aires, el 9 de junio de 1956. Poco menos de un año después del golpe de Estado en 1955.

El volumen está conformado por los cuadernos que escribió Enriqueta Muñiz sobre esa investigación, dos textos firmados por Daniel Link y Diego Igal y otros papeles inéditos de enorme valor. Los recuerdos del día a día, con los tachones de algunos nombres y algunas páginas arrancadas, son la materia prima de este relato. La edición no transcribe los cuadernos de Muñiz, sino que

los expone como fuentes escritas primarias.

Muñiz es así la narradora y protagonista de una investigación, y a la vez cuenta la historia de una relación de amistad, profesional y quizás amorosa.

Link, ensayista, académico y escritor, ya había trabajado con papeles inéditos de Walsh en el volumen *Ese hombre y otros escritos*. Igal, periodista, siguió la pista de su colega Muñiz desde 1993, buscando entrevistarla sin éxito. Uno y otro componen sus propias *historias de investigación*: la propuesta de lectura sobre la trayectoria de Walsh como escritor y militante de Montoneros, de *Operación Masacre* como una revisión de otro libro fundante de la literatura argentina, *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento. Link piensa las mediaciones que llevan a la publicación de un libro como una forma de estudiar la conformación de un canon. Igal la búsqueda de una entrevista imposible, que termina en abrir una puerta a los papeles de Muñiz y a su historia.

Ximena Espeche
UBA-CONICET / CHI-UNQ

María Fernanda Alle,
Una poética de la convocatoria. La literatura comunista de Raúl González Tuñón, Rosario, Beatriz Viterbo, 2019, 488 páginas

La investigación sobre Raúl González Tuñón realizada por María Fernanda Alle abarca el conjunto de la producción literaria del poeta, su biografía político-intelectual y sus interacciones con grupos literarios y políticos. Este estudio, basado en un destacable trabajo con fuentes documentales y en el uso de herramientas heurísticas de la crítica literaria, la historia intelectual y la teoría crítica, ofrece una fructífera vía de entrada al problema del vínculo entre el artista y la política partidaria. El libro indaga, en particular, el modo en que Tuñón se incorporó al comunismo y sus respuestas al dilema de conciliar la vida literaria y las normativas del partido. Estas respuestas rondaron en torno a su propuesta de una “poética de la convocatoria” y al “realismo romántico”, construcciones que permiten observar el impacto de las directivas soviéticas (p.138) desde una perspectiva novedosa, tomando distancia de las formulaciones más opacas de la historiografía sobre comunismo.

Este exhaustivo y valioso trabajo consta de tres modalidades de análisis que merecen ser subrayadas. En primer lugar, la manera en que la autora señala aspectos de continuidad entre los años vanguardistas de Tuñón y su etapa política iniciada con la revista *Contra*. A partir del

análisis de tópicos, estilos e insistencias con personajes como el de Juancito Caminador, se pone en evidencia la sensibilidad lúdica e irreverente de Tuñón como una marca personal y poética, que perduró hasta sus últimos días. En segundo lugar, la fecundidad del abordaje basado en la construcción de una “imagen de escritor” por parte de Tuñón, para indagar el profundo deseo del poeta por transformar su vida literaria en una actividad política, en un modo de intervención que convocara y movilizara a quienes leyeran su obra. En tercer lugar, la estrategia analítica con la que se problematiza el vínculo con la estructura partidaria a partir de la indagación en torno a las formulaciones sobre el realismo, el realismo socialista y el realismo romántico, esta última elegida por Tuñón para describir su obra poética. Estos aspectos, sumados a un erudito trabajo documental, dan forma a una investigación que propone un nuevo modo de abordar la compleja trama entre posiciones estéticas, vida intelectual y militancia política.

Laura Prado Acosta
UNQ / UNAJ-CONICET

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo notas al pie y bibliografía).
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions.

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en www.historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas.